ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA

REVISTA

DE ESPAÑA

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

VIGÉSIMO AÑO

TOMO CXIV.—ENERO Y FEBRERO

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle del General Castaños, núm. 9,
bajo derecha.

ESTAB. TIP. DE «EL CORREO,»
á cargo de Francisco Fernández,
8 San Gregorio, 8

1887

463009

AP
60
R4
t.114

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA [1]

ALEMANIA

I

¿Ha surgido de Sadova y Sedán, de Magenta y Solferino, ó viene formándose desde 1648, guerra de los siete años y la partición de Polonia?

Pepino y Carlo Magno establecieron un Imperio en Occidente que se mantuvo poco, restablecido por Otton en 962.

Las Casas de Franconia y de Suavia ú Hohenstaufen, desde los años 1024 hasta Federico II en 1250, último de su reinado, en anarquía interior, guerras en Italia, competencia con los Papas y Cruzadas, ocuparon sus esfuerzos y genio. «El desorden que reinaba en Alemania fué tanto mayor cuanto más duradero, como dice un historiador. Era forzoso elegir á un hombre de talento y energía que fuese del agrado de todos, que restableciese la dignidad imperial, y, sin embargo, no muy poderoso, á fin de que los Príncipes no pudiesen concebir

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre y 10 y 25 de Diciembre.

temores acerca de su propio poder... Había en Suiza un Conde, llamado Rodolfo de Habsburgo, que no era poderoso por la extensión de sus tierras y el número de sus vasallos, pero que se había captado el aprecio del pueblo y de los Grandes con su magnanimidad, su sabiduría y su justicia. En otro tiempo había sido compañero y amigo de Federico II, que había sido su padrino en el año de su nacimiento, es decir, en el de 1218, y le había armado caballero en una de sus expediciones á Italia, según se cree después de la ventajosa batalla de Cortona.» Un sencillo caballero que vivía en sus tierras, durante mucho tiempo protector de Zurich, Strasburgo y de las ciudades situadas al pie del monte San Gothardo, en los Alpes, es el fundador de la ilustre Casa de Austria, el que establece la concordia con la Iglesia y levanta el Imperio.

En la parte que hemos de dedicar á Austria-Hungría, el Estado conservador por excelencia en Europa, el centro de la política continental, daremos algunas noticias, ó mejor dicho, expondremos nuestras reflexiones respecto del antiguo Sacro-romano-Imperio. El muy moderno de Alemania se explica por el triunfo del protestantismo y de la revolución, abatido y destruído el de Austria en las guerras de los treinta años y de Napoleón, ganado palmo á palmo, con larga vista y admirable constancia y celo, por la Casa de Hohenzollern. Descienden los Hohenzollern de Tasilo, que vivía allá por los años 800. Cuando los Caballeros de la Orden Teutónica eligieron Gran Maestre en 1511 al Margrave Alberto, de la línea de los Hohenzollern de Franconia, fuéle preciso reconocerse vasallo, en 1525, de los Reyes de Polonia; pero el animoso Príncipe, patrocinando, de acuerdo con Martín Luthero, la Reforma religiosa, se alzó proclamándose, secundado por los Caballeros, Duque de Prusia, el cual ducado, en su descendencia, pasó á los Hohenzollern del electorado de Brandemburgo, en 1608, de creación imperial, confirmada en el Concilio de Constancia por Segismundo en 1417. En la primera Liga protestante, que precede de un año á la Confesión de Ausburgo de 1530, vemos figurar á Alberto, Margrave de Brandembur-

go, anteriormente Gran Maestre de la Orden Teutónica y á la sazón Duque de Prusia, y que había introducido las nuevas doctrinas en sus Estados, como se ha dicho, en alianza particular con el Elector de Sajonia.

La desconfianza entre los partidos religiosos, aunque vencidos en la guerra de Schmalkade de 1546 á 1547, volvió de nuevo á renacer en Alemania, en la *Unión de* 1608, de la que forman parte sólo el Margrave de Brandemburgo, el Conde palatino, Felipe Luis de Neuburgo, el Duque de Wurtemberga, el Margrave de Baden, y las importantes ciudades de Strasburgo, Nuremberga y Ulma; el Elector de Brandemburgo no dejaba de tener hacia ella algunas simpatías. Al siguiente año, es decir, en el de 1609, sobrevino un acontecimiento en el que la Liga pudo tomar una parte muy activa. El Duque Juan Guillermo de Juliers, que poseía las excelentes tierras del bajo Rhin, de Juliers, de Cléveris, de Berg y de Marck, murió sin hijos el 25 de Marzo de dicho año. Dos de los pretendientes, el elector de Brandemburgo y el Conde palatino de Neuburgo, se pusieron en posesión de la herencia y convinieron juntos, en Dusseldorf, en gobernar el país en común hasta que quedase arreglado el asunto. No lo aprobó el Emperador. Viendo la *Unión* protestante que la Casa de Austria intervenía en este negocio, se decidió á favor de los dos Príncipes amenazados é hizo preparativos para prestarles socorros. Enrique IV, Rey de Francia, entró en la Liga y fortificó de este modo el partido contrario al Emperador: son los movimientos precursores á la famosa guerra de los treinta años.

La paz de Westfalia es de 1648: allí asoma el Imperio protestante de Alemania, coronado en 1870 en los Salones de Versalles de Luis XIV, nieto de Enrique IV; Napoleón III y Enrique IV se juntan por modo extraño en 1609 y 1866.

Federico Guillermo, llamado comunmente el Gran Elector, nace en Berlín en 1620 y reina de 1640 á 1688: en diez años organiza un ejército permanente de 25.000 hombres, imitando el modelo sueco, en la guerra de los treinta años celebrado, y unido á Holanda pelea contra los franceses, bate á los suecos

en Fehrbellin, invade y conquista la Pomerania, presta auxilio al Emperador con 8.000 soldados en la guerra de Hungría, y obtiene como recompensa el círculo de Schwiebus en Silesia: no siempre afortunado, pierde muchas de sus adquisiciones y muda sus alianzas; por la revocación del Edicto de Nantes rompe con Luis XIV, al que se había acercado, y acoge con solicitud á los protestantes franceses en sus Estados: agregó á su dominio un territorio de 4.020 kilómetros cuadrados, que comprendía á su muerte una superficie de 11.430 kilómetros cuadrados. En la paz de Westfalia, el Elector de Brandemburgo, que tenía derechos efectivos sobre toda la Pomerania, sólo obtuvo la oriental, y en resarcimiento de la occidental recibió el Arzobispado de Magdeburgo, y los Obispados de Halberstad, Minden y Camin, á título de principados legos.

Hijo del Gran Elector, Federico III de 1688 á 1701, y como primer Rey de Prusia Federico I, título que recibe del Emperador, reina hasta 1713; un Rey protestante del Sacro-romano Imperio, el segundo en dignidad de la federación, sin dotes personales relevantes que le distingan, pero colocado eminentemente, medio siglo después de la paz de Westfalia, como para estimular los apetitos de la ambición prusiana, ayudó á Orange con 6.000 soldados contra Jacobo II; dió 30.000 al ejército imperial en 1689: tomó parte en la campaña imperial en 1690: socorrió con 6.000 para hacer frente á los turcos; compró por dinero dignidades y territorios; allegó 20.000 combatientes para la guerra de sucesión, y 6.000 en Italia á las órdenes del Príncipe Eugenio: parecían los prusianos los suizos alquilados de la época, pero todo con fruto y sirviéndoles la guerra de ejercicio y escuela.

Heredó la Corona Federico Guillermo, que reinó hasta 1740; poseído de la avaricia de atesorar y mantener soldados, elevó las rentas, y con la unión á sus Estados de una parte de la Pomerania, legó á Federico II, llamado *el Grande,* un territorio de 123.724 kilómetros cuadrados.

Federico *el Grande* reina hasta 1786 y da á Prusia la consideración de potencia de primer orden en Europa. Se enciende

la guerra de sucesión de Austria por muerte de Carlos VI y pretensiones á su Corona del Elector de Baviera, que estimulan los ofrecimientos secretos de la Francia; mas antes de resolverse con las armas la cuestión de herencia, lánzase de repente un ejército de Federico II sobre Silesia, apoderándose de ella por reclamaciones fundadas en antiguos títulos. En sus Memorias, después de haber referido en la historia de la casa de Brandemburgo la elevación de la Prusia á reino, exprésase con este motivo así: «Este es un verdadero incentivo que el Rey Federico ha arrojado á todos sus sucesores, porque parece decir: «Os he adquirido un título, y á vosotros toca haceros »dignos de él; yo he echado los cimientos de vuestra grande»za; de vosotros es completar la obra.»

Para llevar á cabo el *incentivo* le había dejado su padre, Federico Guillermo, un magnífico ejército fuerte de 80.000 hombres, y más de 8.000.000 de escudos de oro en el Tesoro. Cerca de Wolwitz *le ganó* el Feld-mariscal Schwerin una batalla. Tiene María Teresa, mujer heróica, que hacer frente á la coalición de la Francia, la Prusia, la Baviera y la Sajonia. Federico II se mantenía constantemente en posesión del hermoso país de Silesia, y avanzaba hacia la Moravia, y en Czaslau *gana personalmente* una batalla disputada, y diez y ocho cañones, y la paz, que firma el 28 de Junio de 1742 en Berlín, continuando la guerra de sucesión de Austria sin ese enemigo. En la segunda guerra de Silesia, de 1744 á 1745, al frente de 100.000 hombres, penetró en Praga el Rey de Prusia, triunfa del Príncipe de Lorena en Hohenfrichberg y en Sorr, sin más de 18.000 soldados contra 40.000; Dessau derrota á los sajones cerca de la aldea de Kesselsdorf: la segunda paz con Austria y sus aliados se hizo en Dresde, donde entrara el Rey. De 1756 á 1763 tiene lugar la guerra de los siete años, el prodigio de Federico II, el asombro de los Capitanes, la gloria y fama de Prusia. De repente, en el mes de Agosto de 1756, entraron en Sajonia 60.000 prusianos y pidieron que se les dejase libre el paso para ir á la Bohemia: inferior en número, y distraídas las principales fuerzas contra los sajones, libra batalla en Lowoesits al Feld-mariscal austriaco,

empeñada, pelea tenaz, indecisa, ya perdida por falta de cartuchos, pero la bayoneta la decide á favor del Rey; los valientes sajones, encerrados en Pirna, que ni habían dormido ni comido durante tres días, se vieron obligados á deponer las armas, en número de 14.000 hombres que quedaban, en unión con su General, el Conde Rutowscki, el 14 de Octubre. Cuatro batallas inmortales libra Federico II en la campaña en 1757: las de Praga, Kollin, Rosbach y Leuthen; le costó muy cara la primera victoria; 15.000 prusianos muertos ó heridos, y entre los primeros el inestimable Mariscal Schwerin: en Kollin perdió 14.000 soldados, entre muertos, heridos y prisioneros, y 45 piezas de artillería; casi la mitad del ejército, porque 32.000 prusianos habían combatido á 66.000 austriacos y sajones (¡qué cambio de fortuna!); pero en Rosbach, el 5 de Noviembre, con 22.000 hombres, y los franceses 60.000, *en menos de media hora se decidió la acción*, cogiéndoles 7.000 prisioneros, entre ellos nueve Generales, 320 Oficiales, 63 cañones y dos banderas, no habiendo costado esta victoria á los prusianos más de 91 muertos y 264 heridos; salvado había la Sajonia; pero la Silesia, por una serie de contratiempos y alguna flaqueza y hasta traición de sus tenientes, parecía perdida; en los momentos más fatales y críticos era cuando el ilustre Capitán desplegaba toda la grandeza de su genio, la riqueza de sus recursos y su irresistible poder para ganar el aprecio de sus soldados; avanzó el 3 de Noviembre contra los austriacos, sobre una llanura inmensa situada en las cercanías de Leuthen, y al cabo de tres horas de fuego había obtenido la más completa victoria; el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres; batallones enteros fueron hechos prisioneros, y el número de éstos ascendía á 21.000; perdieron, además, los austriacos 130 cañones y 3.000 carros. Napoleón dice: «Obra maestra por los movimientos, las maniobras y la resolución, bastaría la batalla de Leuthen para inmortalizar á Federico II y colocarle entre los mayores Capitanes.» La campaña de 1758 se ilustra por las dos grandes arremetidas de Zorndorf y de Hochkirch: el 25 de Agosto bate el Rey, desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche, á los rusos,

sucumbiendo 19.000, pero también 11.000 prusianos; el 14 de Octubre, apostados los austriacos en la aldea que da nombre al segundo hecho, atacan al enemigo con arrojo antes de romper el día y le sorprenden, perdiendo éste varios de sus Generales, 3.000 hombres de las mejores tropas y más de 100 piezas de artillería, con todos los bagajes. Al fin de la campaña, Federico volvió á hallarse en posesión de los mismos países que el año anterior, á pesar de los reveses que había sufrido; además tenía en su poder á Schweidnitz, que antes le faltaba, y en Westfalia todas las provincias que el valor del Príncipe Fernando de Brunswick había arrancado á los franceses, con otras ventajas entre el Rhin y el Mosa. Minden, Kunersdorf y Maxen constituyen las grandes páginas de la campaña de 1759. Corresponde la primera al Príncipe Fernando contra el francés; pierde la segunda batalla Federico II, enfrente de rusos y austriacos, y se rinde en la tercera el General prusiano Finik con sus 15.000 hombres. Liegnitzg y Torgau llenan la campaña de 1760. Crítica era la posición del Rey; pero restablece su fortuna contra el hábil Laudon ganándole 82 cañones, matándole 4.000 hombres, causándole 6.000 heridos, en una batalla librada de noche y decidida á las cinco de la mañana el 15 de Agosto; venció también, en otro combate nocturno, á Daun, el venturoso de Kollin y Hochkirch, en la segunda jornada, el 3 de Noviembre. Consagró Federico II la campaña de 1761 á la defensiva; juntáronse, al fin, á pesar de las maniobras del Gran Capitán, rusos y austriacos en número de 130.000 soldados, y con escasa la tercera parte tuvo que atrincherarse en Funzelwitz el Rey, el cual se vió libre del adversario por sus discordias, que los separaron sin haber hecho nada. Mal iban, sin embargo, entre tanto los asuntos del Monarca prusiano; pero el siguiente año trajo consigo un nuevo rayo de esperanza, tanto mayor, cuanto que era inesperado: murió su enemiga, la Czarina Isabel, el 5 de Enero de 1762, y se veía libre de una de las tres mujeres que en su daño se habían conjurado, bien distintas para que se las compare y aun ponerlas juntas, á saber: la noble y virtuosa María Teresa, la de Rusia, ni noble ni vir-

tuosa, y la Pompadour, que basta nombrarla. Pedro III, sobrino de la moscovita, subió al Trono; comenzó por dar libertad á todos los prisioneros prusianos, sin exigir rescate; hizo la paz el 5 de Mayo; devolvió á la Prusia, sin indemnización, lo que ocupaba y habia adquirido; dió á su General Czerintschef orden que con 20.000 rusos ayudase al Rey; Suecia siguió su ejemplo, y el 22 del mismo mes firmó el tratado de paz con la Prusia. La última campaña de 1762 corona con la victoria de Reichembach, el 21 de Junio, al ilustre Capitán de la guerra de los siete años, y el sitio de Shweidnitz, que dura nueve semanas y dirigió hasta el fin con el mayor celo, rindiéndose la plaza con 10.000 hombres el 9 de Octubre, todos sus esfuerzos. Pero los últimos combates corresponden, en Sajonia y Bohemia, al Príncipe Enrique, Seidlitz, Kleist y Belling, célebres Cabos de Federico II. Fernando, con solos 80.000 guerreros, hizo frente en la baja Sajonia y en la Westfalia á los mayores sacrificios de la Francia, que agotaba todos sus recursos y juntó hasta 150.000 soldados, concluyendo sus gloriosas campañas por los combates felices de Wilhelmsthal, y luégo el de Lutherberg, echando al enemigo de Cassel el 1.° de Noviembre.

El 29 del mismo mes pactó el Rey un armisticio con el Austria y Fernando con Francia. Las paces de París y de Hubersburgo se firmaron el 10 y 15 de Febrero de 1763. Prusia se cubrió de gloria y grandeza en las campañas y batallas de la guerra de los siete años, que colocaron á Federico II, sus Generales y soldados, por el valor, disciplina y táctica, en el primer puesto de la fama militar y renombre en Europa. A las paradas y maniobras de Postdam acudían los militares de todos los países. Privó el uniforme prusiano. Se puso sobre todas la maniobra y táctica del admirado y sorprendente ejército, y *el movimiento envolvente*, causa de los triunfos, á juicio de los encomiastas y entusiastas. En el modelo del famoso ejército de Gustavo Adolfo de Suecia se había vaciado el prusiano; en el modelo del prusiano de Federico II empezaron á vaciarse los ejércitos todos. Por la preponderancia que alcanzó Prusia como primera potencia militar de Europa, y el puesto que tomó desde Hubers-

burgo entre las naciones, hemos juzgado de interés y oportunidad decir algo de las guerras y batallas del gran Capitán.

Con las particiones de Polonia, aunque no alcanzó las últimas, preparadas por la primera, ensanchó su territorio patrimonial y conquistado el Rey, agrandó los horizontes, determinó la influencia de Prusia en los Consejos de Soberanos, para poder hacer frente á Francia é influir en Alemania, y debe asegurarse que fijó sobre puntos de apoyo de dos lados la política y los destinos de su reino: caminaba á tomar el primer puesto.

En Federico II se descubre, al cabo de la navegación, *la tierra* del Imperio, nuevo mundo para Prusia, de que iban á tomar posesión y conquistarla sus sucesores. Monarca aún más grande, si cabe, que en la guerra en el gabinete y los afanes de la paz, llena su siglo con su persona.

«Durante la calma de treinta años cerca que se siguieron á la paz de Hubersburgo—dice el historiador Kohlrausch—los gérmenes de una multitud de nuevos frutos que habían sido plantados anteriormente en Alemania, comenzaron á crecer y á llegar á su perfecta madurez.»

Si el primer Duque de Prusia, Alberto, por los consejos de Martín Luthero, abrazó la Reforma, como el Margrave y Elector de Brandemburgo la aceptaron, en quienes se juntan esos Estados, constituyendo respetable fuerza de resistencia é iniciativa protestante, así en la guerra de los treinta años los Electores, cuanto Guillermo y Federico Guillermo la completan además, robustecida por los enlaces de familia con los de Orange y Hannover; y Federico II, á su vez, Príncipe filósofo, amigo de Voltaire, D'Alambert y Diderot, precursores de la Revolución francesa, une á la perturbación que causan las nuevas iglesias la de las nuevas ideas y, reinando autoritariamente, debía ser, por necesidad, centro en Alemania de un imperio restaurado con elementos de las edades modernas. A la par de los Príncipes de la Unión de 1609, ganan los de Brandemburgo soberanía independiente, pero el primer lugar entre los protestantes, en Westfalia, y por la paz de Hubersburgo, que legitima las violencias poco respetuosas de Federico II, la casi igualdad, bajo

cierto punto, y la superioridad en otros, respecto de la Casa de Austria Lorena: los franceses de la República y Napoleón I, émulos de Enrique IV, Richelieu y Mazarino, derribarán pronto el solo obstáculo que en robustas manos austriacas tal vez podía ponerse delante á la preponderancia de Prusia en Alemania; y Napoleón III coronará el edificio: hará de un Rey de Prusia un Emperador de Alemania, el Carlomagno del siglo XIX, doce siglos después del primero.

El objeto de los cuidados más grandes de Federico II fué la restauración del ejército, á fin de que ningún enemigo osase esperar obtener ventajas en la guerra ó intentar un ataque repentino. Pero los ejércitos no viven sin dinero. El volver la animación y la vida á los países asolados era una ocupación mucho más beneficiosa, y cuyos frutos serían más duraderos y uno de sus laureles. Distribuyó granos, eximió de impuestos por seis meses á la Silesia, la Pomerania y las Marcas, que habían sido devastadas; empleó gruesas sumas en fomentar la agricultura y la industria; estableció escuelas.

Los cuidados tan constantes del Rey por la agricultura elevaron ésta á un alto grado de producción. Lo inculto resultó, por la virtud de los abonos, tierra productiva. Hizo venir labradores de otros países. Ascendía el número de las casas incendiadas—por los rusos en mayor parte—á 14.500. Edificó solamente en la alta Silesia 203 aldeas, y así pudo ver en 1777, en el censo de población que mandó hacer, aumento de almas 180.000 más que antes de la guerra.

Aquel reino de Federico II, aún todavía con la conquista de la Silesia y partición de Polonia, no juntaba sino 5 ½ millones de habitantes en 192.540 kilómetros cuadrados.

Poca participación tomó en las guerras de la República francesa; pronto hizo la paz. Carlos Guillermo Fernando, Duque de Brunswick-Luneburgo, firmaba en Coblenza, el 25 de Julio de 1792, el famoso manifiesto al pueblo francés que precipitó los acontecimientos, y con los ejércitos de Austria, de los tres Electores y de los dos Landgraves de Hesse, al frente de 138.000 soldados de la primera coalición, amenazaba:

eran 60.000 los prusianos: el 22 de Agosto, Longwy les abrió sus puertas. Si al manifiesto respondió París con la jornada del 10 de Agosto, á la toma de Longwy contestó con las terribles del 3 de Setiembre; á las armas sobre el campo de batalla, el cañoneo de Valmy, el 20 de Setiembre, donde se dispararon más de 20.000 tiros de cañón: los prusianos se retiraron. En la segunda coalición de 1794 tomaron á Maguncia, y después de sus maniobras en los Vosgos, repasaron el Rhin. La paz firmaron con la República francesa en Basilea el 5 de Abril de 1795, dejando solos á imperiales y austriacos; y no volvieron á medir sus armas con los vencidos en Rosbach sino para ser á su vez hechos pedazos en Auverstaed y Jena y apurar el cáliz en Tilsit; campañas las de 1806 y 1807 no menos desastrosas en un sentido que lo ha sido la de 1870 en otro; sorprendentes las tres, y acaso efecto de un mismo sentimiento de amor propio y desorden interior y parecida rivalidad.

Napoleón I había triunfado en 1805 en Ulma y Austerlitz. Prusia, en 1866, en Sadova. M. Thiers, al decirnos el entusiasmo loco de Berlín en 1806 pidiendo la guerra, como París en 1870. añade: «En todo cuanto sucedía en Berlín, sólo había una cosa verdadera y honrosa, y era el patriotismo alemán, humillado con los triunfos de la Francia y pronto á estallar al menor pretexto, fuese fundado ó no lo fuese; pero este sentimiento estallaba fuera de tiempo.» Para mayor parecido de ambas circunstancias y situaciones, aquéllas de 1806 y 1870, habrá que recordar cuánto influyeron en ellas dos beldades coronadas y célebres, á saber: la hermosa Reina Luisa y la hermosa Emperatriz Eugenia, corazones varoniles y ligeros; ambas, en días de luto y desengaños, por todo extremo desgraciadas y afligidas, mártires de su entusiasmo. Prusia había crecido, después de Federico II, con las adquisiciones de Anspach y Baireuth, y nuevos repartos de Polonia, hasta juntar un territorio de 259.000 kilómetros cuadrados, que Napoleón I redujo casi á la mitad: mas también admira y sorprende cómo pudo tan pequeño Estado, por su gran fuerza de voluntad y los gérmenes de vida que los Electores y Reyes depositaron en él, levantarse vengador de

la postración y ser, sin género de duda, en 1813, 1814 y 1815, espada infatigable y terrible, y la voz del combate, y el pecho de mayor entusiasmo henchido, en la guerra contra otro Xerjes, Esparta á su vez, el antiguo Electorado: quedó fijado su territorio por el tratado de Viena en 278.887 kilómetros cuadrados. No diremos que ganó entonces en posición política y militar, pues no aumentó la que tenía adquirida antes de la Revolución francesa; pero constó constantemente entre las cinco grandes potencias firmantes de la paz, y entró en la Santa Alianza muy unida á Rusia, y en posición de no ser desoida en los casos difíciles, aunque en la Confederación germánica le faltase algo.

Después de la campaña de Bohemia de 1866, el reino de Prusia medía 355.000 kilómetros cuadrados; está ya en vísperas de ceñirse la corona imperial su Monarca. Pero ¿cómo ha podido en tan poco tiempo, partiendo de 1648, llegar en 1870 á tan extraordinaria altura? «Por su naturaleza, esencialmente militar;» dirán la mayor parte de los enterados; por el ejército que organizó el Gran Elector, modelado en el de Gustavo Adolfo; por el cuidado constante que al mismo consagran los tres Reyes Federico I, Federico Guillermo I y Federico II; por la organización que le dieron Stein y Sharnhorst en 1807; por los heroismos de 1813, 1814 y 1815. Mucho debe al ejército Prusia indudablemente, mucho, mucho; pero penetrando á mayor profundidad en la parte ordenada de la obra del Gran Elector y de Federico II, acaso se descubra la verdadera causa, para nosotros, digámoslo asi, *nacional* y *real*, de aquel sorprendente y casi maravilloso engrandecimiento, á saber:

El territorio, apartado y frío, arenisco y poco denso de población del núcleo prusiano y brandemburgués, distaba de ser favorable al aumento rápido de la riqueza, aunque el carácter del habitante, enérgico, sóbrio, inteligente y sumiso, estimule á vencer dificultades, hacia lo cual dirigieron sus principales cuidados los Soberanos de Prusia, Reyes, sí, pero servidores de sus súbditos: montaron la administración con extraordinaria economía y establecieron la justicia sobre bases de severa

equidad; del Rey abajo, no se sustrae nadie en Prusia á lo que la ley dispone y el deber ordena. El severo protestantismo ocupa un gran lugar en el método, plan y engrandecimiento de la Prusia; infunde desde su principio por los servicios religiosos con austeridad, en lengua vulgar, la unión del pueblo con el Soberano, estrechando igualmente los lazos feudales de los terratenientes con la nobleza y el propietario, como los de todo contribuyente con el Estado, en cierto modo confundidos en la honrosa carrera de las armas, propia de las razas enérgicas, y popular por las victorias y adquisiciones. Sin el carácter de los Príncipes y la para todos igual disciplina, difícilmente la soportarían como un deber, introduciéndose en cuanto allí existe por el ejemplo común y la costumbre de su regularidad y compás. Al mismo tiempo indican una serie de nombres de hombres célebres, nacidos en los Estados de Prusia, superioridad de inteligencia y facultades especiales: Copérnico, de Thorn; Kant, de Koenigsberg; Fichte, de Lusacia; sin nombrar más ilustraciones en ciencias, artes y literatura, libres pensadores las manifiestan; como son de notar los esfuerzos constantes de los Soberanos por atraer y premiar sabios, escritores, militares y artistas, acogiendo á los industriosos calvinistas que el fanatismo de Luis XIV expulsó de Francia y dieron estímulo á la industria prusiana.

En sí, el lutheranismo favoreció la libertad de interpretar, pensar y juzgar, pero recomendó la obediencia al Príncipe; emancipó de los Papas, mas por la secularización aumentaba el poder civil y estrechaba el lazo que debía unir al Soberano temporal el súbdito: de la libertad de examen y obligación de obedecer jerárquicamente, ha resultado un progreso en la Prusia algo diferente del menos disciplinado y anárquico de los pueblos del Mediodía de Europa.

La dispersión, en 1806, de los vencidos en Auverstaed y Jena, fué pasmosa. Al cabo de un mes era dueño Napoleón de toda la Monarquía prusiana. Triunfos tan brillantes—dice M. Thiers—contra el ejército prusiano, los atribuían á los principios sobre que descansaba la nueva sociedad francesa, expli-

cando el ardor increible de sus soldados por la extraordinaria ambición que habian sabido excitar en ellos, abriendo ante sus ojos una carrera inmensa, en que podía entrar un aldeano para salir siendo Mariscal. Napoleón, sin embargo, habia arrinconado la libertad francesa como dige inútil, y establecido el más autocrático de los despotismos. Federico Guillermo dió entonces una orden que tendía á borrar en el ejército prusiano las distinciones hijas del nacimiento. Otra eficaz resolución tomó también: «El exceso mismo de la desgracia fué la causa de la resurrección de la Prusia como potencia militar,»—dice D. J. A. Rascón, en su opúsculo interesante *El ejército de la Alemania del Norte*;—y añade: «Humillada hasta el extremo de imponerle Napoleón la condición de no mantener sobre las armas más que 42.000 hombres; agotada por las contribuciones que le exigió al mismo tiempo, y disminuído su territorio á la mitad, la salvaron dos hombres eminentes que comprendían la fuerza que dan á las naciones los principios liberales: Stein, que abolió las iniquidades del régimen feudal, emancipó á los campesinos, estableció la contribución igual y proporcional, extendió las franquicias de las ciudades y aumentó la independencia de las administraciones locales; y Scharnhorst, que reorganizó el ejército según un nuevo sistema que le permitió eludir las duras restricciones que pesaban sobre el país. El sistema era muy simple y consistía en abreviar la duración del servicio y hacer pasar constantemente los nuevos reclutas por los cuadros permanentes; de modo que, con un efectivo que no excedía de los 42.000 hombres impuestos como máximo por Napoleón, y un gasto reducido en proporción á ese número, se formaron grandes reservas, ejercitadas en los giros, en el manejo de las armas, en las maniobras y en todos los deberes del servicio, y á esta base de organización se aplicó el principio, tomado de las Repúblicas antiguas y consagrado por la Revolución francesa, de que todo ciudadano está obligado á defender á su patria con las armas.»

Así se explica cómo un pueblo de cinco millones de almas ha podido reconstituir su ejército con una prontitud que, como

dice M. Thiers en su *Historia del Consulado y del Imperio*, revelaba una organización secreta y prolijamente preparada; de los 20.000 que habían dado á Napoleón para la campaña de Rusia, más de una tercera parte sucumbieron; pero por la organización de Scharnhorst y con los alistamientos espontáneos de la juventud, pudieron juntar *ciento veinte mil hombres*, 60.000 de ellos de tropas activas perfectamente instruídas, cerca de 40.000 de tropas que se estaban formando con destino á unirse á las primeras, y cerca de 20.000 en las plazas. Esperanza tenían de elevar ese armamento á 150.000 hombres y de poner en línea 100.000 de ellos si recibían pronto los subsidios ingleses.

La juventud de las escuelas y del comercio llenaban los batallones de cazadores de á pié, agregados á los regimientos de infantería; la juventud noble ó rica entraba en los cazadores de á caballo, agregados á cada regimiento de caballería. No de otro modo pudieron vengar los combates de Schleitz y Saafeld, batallas de Jena y Auverstaed, toma de Erfurt, sorpresa de Halle, las rápidas ocupaciones de Leipzig, Wittemberg y Dessau, entrada triunfal en Berlín, rendiciones de Prenzlow, Lubeck, Magdeburgo, Stettin y Custrin, en 1806; *con la revancha* y desquites en 1813, 1814 y 1815. de Janowitz, Gross-Beeren, Kulma, Deunewitz, las tres memorables jornadas de Leipzig, invasión de Francia, primera ocupación de París, batalla de Waterlóo y segunda entrada en París.

Acaso en Viena, unida Prusia á Rusia, pero enfrente de Austria, Inglaterra, Francia y Baviera, ganó menos de lo que merecía el entusiasmo nacional y su ambición, resignándose á recibir, del reparto que allí hacían, la mitad de Saxonia, y no la mejor; acaso en la Confederación germánica, aunque igual en votos á Austria, le disgustó la facultad dada á la última de presidir la Dieta federativa.....; pero su proverbial energía y sagacidad prepararían los medios de ir juntando los que para preponderar y ser la representación de la patria germánica necesitaba en un período de paz y de reposo; porque Prusia, por su particular disciplina, aprovecha las treguas de la guerra con

tanta fortuna como las victorias en las campañas, constantemente activa é inteligente: empujada por el sentimiento religioso de la Reforma y el libre examen de Francia, Inglaterra y Alemania, se apropia sus fuerzas, á cuya disposición pone las armas, y encauza aquéllas. Observó el aumento que el comercio inglés y el del mundo, apenas cicatrizadas las heridas del combate, adquiere, y organiza en 1833 el *Zollverein*, libertad interior de cambios entre ciertos Estados, ó, por decirlo así, una Dieta germánica comercial, cuya presidencia no le podrá disputar el Austria, régimen que es el germen de la preponderancia prusiana en Alemania, un mercado para su industria, un aumento de ingresos para su Tesoro, una primera etapa para la unión militar independiente, una nueva unidad nacional, y por sus pasos contados, á las pocas jornadas, el Imperio protestante de Alemania.

Tuvo Prusia, con ser tan joven, un período de flaqueza que le costó mucho y explica el mal papel que hizo en las campañas de 1792, 1793 y 1794 y desastres sin cuento de 1806. Guillermo II, sucesor de Federico *el Grande*, olvidó los preceptos y los ejemplos severísimos y constantes de sus mayores, desordenando y gastando, promoviendo el favoritismo y desconcertando la Administración. Caro lo pagó su hijo Guillermo III, pero aprendió. Por la disciplina, la economía, el trabajo, la actividad, el sacrificio y el ahorro, obran las fuerzas vivas y extraordinariamente activas de la Prusia; á sus virtudes lo debe todo; porque si se estancase ó no encauzase lo nuevo, la veríamos decrépita ó deshecha. Como protestante y revolucionaria, invadiendo y atropellando lo antiguo, se formó de despojos; uniéndolos y dirigiéndolos, hízose primera potencia é imperio moderno. Será preciso presentarla en la faz que ha tomado.

II

No ha dejado de tener muchas vacilaciones Prusia en el largo período de 1815 á 1866; durante todo ese tiempo, las ideas modernas la empujan. Por los repartos de Polonia y las gue-

rras de la independencia únese á Rusia y Austria, intima con la primera, recela de la segunda y trabaja por postergarla; y cuando la ha humillado y puesto en segundo término, en 1866 y 1870, la acaricia y seduce para conservar la paz y matar las esperanzas de sus contrarios. Teme, en 1830, el pacífico y prudente Guillermo III los efectos de las jornadas de Julio de París, de Setiembre en Bruselas, de Noviembre en Varsovia, y se alarma; pero el carácter de Luis Felipe y la modificación de Inglaterra sujetan y tranquilizan á las potencias del Norte. De nuevo, en 1848, estalla la revolución en la capital de Francia y derriba el Trono *de la burguesía*, levantado en las barricadas y por los 221, retumbando en Italia y Alemania, en Milán, Venecia y Palermo, en Viena y Berlín, con espanto y estrago. La palabra empeñada en 1813, que olvidaran en 1815, hubo de cumplirse en 1848, al grito también de «¡Patria alemana!» y el Rey Guillermo IV paseó los colores nacionales por las calles. No vivía Federico II hacia mucho tiempo, y no había encontrado todavía en escena Bismarck; pero dos Reyes en el Piamonte darán pronto un ejemplo, y el gran Cavour un modelo muy fino á la diplomacia prusiana, contando además, como en Plombieres el piamontés, en Biarritz el prusiano, con la conspiración ó cooperación del aventurero Napoleón III. Difícil había sido la posición, en la Asamblea de Francfort, de Prusia y Austria, metidas entre profesores y estudiantes. Les convenía restablecer la paz, asegurar los tronos, calmar las pasiones, volver á lo anterior con algunas concesiones. Eso hizo Guillermo IV. Napoleón III proporcionó, por su parte, cierto período de sosiego, y afortunado en sus empresas contra Rusia y Austria, dió lugar á serias meditaciones, encaminadas á una resolución vigorosa.

¿Qué era Prusia, antes de Sadova, en 1866? Un Estado de una superficie de 280.194 kilómetros cuadrados, y población de 18 á 19.000.000 de almas (18.500.446 en 1861), y unos ingresos de 150.714.031 thalers en 1865; sus gastos ordinarios y extraordinarios en 150.599.164 encerraba (el thaler ó 3,71 pesetas).

Su ejército, en el pie de paz, constaba de 199.298 hombres. En pie de guerra, de 634.421, como sigue:

Ejército de operaciones.....	356.532
Tropas en los depósitos.....	123.923
En las guarniciones.....	153.966

La segunda landwer, 95.000.

Un total, por lo tanto, de 743.294 soldados.

Y sin embargo:

	Thalers.
El presupuesto ordinario de la Guerra era de.....	39.496.561
El extraordinario de.....	1.780.000
Total.....	41.276.561

Es decir, 153.134.404 pesetas.

Reunía el Zollverein una población de 35.886.282 almas. Sus productos brutos sumaban 24.369.114 thalers, y 21.297.505 los netos; de estos últimos correspondían á Prusia 10.963.143 thalers.

El pie de guerra del ejército prusiano y el presupuesto ordinario y extraordinario del ramo no nos parece que se han estudiado bastante, aunque tanto se habla, y no menos se imita, con la superficialidad común á todos los tiempos y naciones, en estos nuestros días, por militares y paisanos, lo de Alemania.

Triunfante en Sadova y Sedán, el Rey de Prusia coloca sobre su cabeza la corona de Carlo Magno.

III

Presenta el cuadro de los miembros de la Confederación del Imperio de Alemania, partes de su población y densidad de la misma por kilómetro superficial cuadrado en cada una de

ellas, á simple golpe de vista, el conjunto como sigue, á saber:

ESTADOS	Superficie en kilómetros.	Población en 1.º Diciembre 1882.	Densidad por kilómetro.
Reino de Prusia	348.253,30	27.279.111	78
— de Baviera	75.859,71	5.284.778	70
— de Saxonia	14.992,94	2.972.805	198
— de Wurtemberga	19.503,69	1.971.118	101
Gran Ducado de Baden	15.081,13	1.570.254	104
— de Hesse	7.681,13	936.340	122
— de Mecklemburgo..			
— de Schwerin	13.303,77	577.055	43
— de Saxonia Weimar	3.592,64	309.577	86
— de Mecklemburgo .			
— de Strelitz	2.929,50	100.269	34
— de Oldemburgo	6.420,22	337.478	53
Ducado de Brunswick	3.690,43	349.367	95
— de Saxonia Meiningen	2.648,45	207.075	84
— de Saxonia-Altemburgo	1.323,75	155.036	117
— de Saxonia Coburgo Gotha	1.968,05	194.716	99
— de Anhalt	2.347,35	232.592	99
Principado de Schwarzburgo			
— de Rudolstadt	940,42	80.296	85
— de Schwarsburgo			
— de Sondershausen	862,11	71.107	82
— de Waldeck	1.121,00	56.522	50
— de Reus (mayor)	316,39	50.782	161
— de Reus (menor)	825,67	101.330	122
— de Schaumburgo			
— de Lippe	339.71	35.374	104
— de Lippe	1.222,00	120.246	98
Ciudad libre de Lubeck	297,07	63.571	214
— de Bremen	255,50	156.723	613
— de Hamburgo	409,78	453.869	1.107
Territorios imperiales de Alsacia-Lorena	14.508,10	566.670	108
	540.514,44	45.234.061	84

Imperio un poco mayor que Francia (Francia 528.572), pero de bastante más población, pues la de la República sólo cuenta 71 almas por kilómetro cuadrado.

Costas y fronteras indican la posición que en Europa ocupa en su centro, determinan su interés y la acción que puede

ejercer por el número de sus ejércitos y riqueza, de que daremos alguna noticia.

Tienen los aledaños del Imperio una longitud de 8.149'2 kilómetros, siendo 5.204'9 fronteras territoriales: con Rusia, 1.193'1 kilómetros; Austria-Hungría, 2.317'0; Suiza, 332'9; Francia, 404'3; Luxemburgo, 208'0; Holanda 548'9, y Dinamarca 114'9; las costas miden 2.944'3 kilómetros en junto: en el mar del Norte, 741'4; en el Báltico, 1.728'2; en el golfo Curische Haff 256 y en el golfo Frische-Haff 218'7.

Alemania es un inmenso campamento, un bosque de bayonetas.

Prusia levantó su poder asentándole sobre la organización militar, y la fuerza de las armas afirma el del Imperio en iguales medios y cuidados.

El alemán capacitado para llevar las armas, es soldado; ha de servir en tiempo de paz, al cumplir veinte, tres años en el ejército activo, cuatro en la reserva, forma á los siete parte del *Landwehr* durante cinco, y luégo pasan á la *Landsturm* hasta los cuarenta y dos cumplidos; en 293 batallones está organizada la primera clase del último servicio, como los 293 de los existentes en el *Landwehr*.

Un pie de paz de 18.150 Jefes y Oficiales, 427.274 clases y soldados, 81.773 caballos y 1.374 cañones, resulta imponente; en dicha fuerza no se comprenden 1.686 médicos cirujanos, 783 de administración militar, 619 veterinarios, 737 armeros y 93 silleros guarnicioneros. En el pie de guerra forman 35.400 Jefes y Oficiales, 1.500.000 clases y soldados, 312.000 caballos y 2.500 cañones; sólo para el servicio de caminos de hierro y telegráfico se destinan 1.238 Oficiales, 7.000 hombres y 5.400 caballos. Agregado el *Landsturm* á esas cohortes de guerreros, resultan 2.650.000 hombres de armas, y con los totales inscritos hasta los cuarenta y dos años, 5.670.000.

Son en número de 17 los cuerpos de ejército, á saber: 1, Prusia; 2 Pomerania; 3, Brandemburgo; 4, Sajonia; 5, Posen; 6, Silesia; 7, Westfalia; 8, Rhin; 9, Schleswig-Holstein; 10, Hannover; 11, Hesse-Nassau; 12, Sajonia; 13, Wurtem-

berg; 14, Baden; 15, Alsacia-Lorena; 16 y 17 Baviera; la Guardia Imperial alemana y Guardia Real prusiana componen aparte.

En nueve distritos de plazas fortificadas compréndense las de defensa de costas y fronteras, campos atrincherados y protección de las cabezas de líneas férreas en los enlaces.

1 Konigsberg.—Comprende: *Königsberg*, de primer orden, campo atrincherado; Mariemburgo, Dirschau, protectora de camino de hierro; Memel, de costa; Pillau, de costa.

2 Danzig.—*Danzig*, de primer orden, campo atrincherado; *Thorn*, de primer orden, campo atrincherado; Stralsund, de costa; Swinemunde, de costa.

3 Posen.—*Posen*, de primer orden, campo atrincherado; *Neisse*, de primer orden, campo atrincherado; Glatz, Glogau, Kónigstein y Torgau, protectoras de caminos de hierro.

4 Berlín.—*Küstrin*, *Magdeburgo* y *Spandau*, de primer orden y campos atrincherados.

5 Maguncia.—*Maguncia*, *Rastad*, *Strasburgo* y *Ulma*, de primer orden y campos atrincherados; Neu-Breisach.

6 Metz.—*Metz*, de primer orden, campo atrincherado; Diedenhofen, Saarlouis y Ritsch, protectoras de caminos de hierro.

7 Colonia.—*Colonia y Coblenz*, de primer orden, campos atrincherados; Ehrenbreistein, Dusseldorf y Vesel, protectoras de caminos de hierro.

8 Altona.—*Sonderburg-Düppel*, de primer orden, campo atrincherado; Travemunde, Frederichsort, Emsmunde, Kiel, Elbamunde, Vesermunde y Wilhemshaven, de costa (*munde* quiere decir boca, y *haven*, bahía.)

9 Munich.—*Ingolstadt*, de primer orden y campo atrincherado; Germershein, protectora de caminos de hierro.

Sobre el mapa de Alemania merecen estudiarse las posiciones de los puntos fortificados en las costas, fronteras y caminos de hierro, y se comprenderá así, con mayor facilidad, el cuidado puesto para la defensa de la integridad nacional.

En el año de 1885 estaban en explotación 37.134 kilómetros de vía férrea, siendo 32.174 del Estado, 674 explotados por el

mismo de las Compañías particulares y 4.286 kilómetros los que regían las últimas. Bien se ve, por lo tanto, cuán poderoso no será el Imperio que dispone de tantos soldados, caballos, cañones, plazas fuertes y vías de rapidísima comunicación; el pase del ejército del pie de paz al de guerra se efectúa con rapidez extraordinaria; la voluntad está en Berlín, la que dispone que acuda al momento á las fronteras el germano.

Reunía la marina de guerra 27 naves blindadas, en 1885, fuerte de 558 cañones, máquinas de vapor de 163.005 caballos indicados; toneladas de desplazamiento 182.200, y golpe de gente de 16.682 hombres.

Prusia ha dado al Imperio su fisonomía en todos los servicios.

Cuestan las armas de tierra, según el presupuesto de la Guerra de 1885-1886, una suma de 340.672.513 marcos el ordinario, y 32.143.358 marcos los extraordinarios; en junto, 372.815.871 marcos, cantidad igual á 466.019.838 pesetas.

A 33.080.594 marcos el ordinario de Marina, más 9.259.400 marcos los extraordinarios, ó un total de 43.339.994 marcos; ascienden los gastos de la marina de guerra á 52.924.992 pesetas.

Meramente indicadas quedan en guarismos generales disposiciones de organización administrativa superiores á las de toda otra nación en Europa, efecto de un orden admirable que no será nunca bastantemente estudiado, genio propio de los gobernantes de Prusia, consagrados á cumplir las órdenes soberanas con rigor matemático y puntualidad exquisita, á que se sujetan los que mandan y los que obedecen. Aquello está montado —como se dice en prosa familiar en España—al pelo; es un reloj, es un cronómetro inglés.

IV

¿Corresponden los recursos económicos á los sacrificios militares en Alemania?

Rigurosamente, diremos que sí: lo bien estudiados y ajustados que están los servicios, dan para todo.

Bien indica ya la densidad de población, de 84 habitantes por cada kilómetro cuadrado, los medios de subsistencia, gracias al trabajo perseverante del hombre; pues Prusia, Holstein, Hannover, Brunswich, Oldemburgo, Lippe y tres ciudades libres, Hamburgo, Lubeck y Bremen, tienen territorio llano, arenisco y pantanoso, que va elevándose en dirección al Sur. Son, en las comunicaciones interiores y por sus riberas, importantes los ríos Elba (curso de 985,9 kilómetros); Rhin, de 1.141,7; Oder, de 682,9; Danubio (cuya mayor longitud corresponde á Austria-Hungría y Estados danuvianos), de 2.465,6 kilómetros todo él; Weser, de 500; Ems, de 300, etc. Pocos ríos habrá en Europa como el Elba, merecedores de las bendiciones del pueblo por su utilidad y beneficios; extenso curso navegable, nace en Bohemia, no lejos de Silesia, en la parte más elevada de los montes Riesen, á 1.420 metros sobre el nivel del Océano, que nutriéndose de variedad de afluentes, penetra en la llamada Suiza sajona, baña á Dresde, y, entrando en las tierras llanas de la Alemania del Norte, se ensancha 200 metros, con profundidad media de 2 á 3 metros en las más bajas aguas; métese en la Sajonia prusiana, el Brandemburgo, el Ducado de Anhalt; lame sucesivamente los muros de Torgau, Wittemberga, Magdeburgo y de Tangermunde, separa el Hannover de Mecklemburgo, de Laumburgo, de Hamburgo, de Holstein, y más abajo de la ciudad libre alcanza profundidad de 8 y 9 metros en el canal, entrando por el mar del Norte en Cuxhaven, donde mide 20 kilómetros de ancho: la superficie de la cuenca del Elba comprende un total de 18.000 kilómetros cuadrados: empieza á ser navegable para pequeñas embarcaciones en Melnik, y en Pirna para mayores; las naves de altura lo remontan hasta Hamburgo: súrcanle vapores de ida y vuelta en Dresden y Magdeburgo. Forman otros tantos golfos las embocaduras del Elba, Ems, Weser y Trave; el Stettiner-Haff es otro abierto por el Oder.

Acaso descubra de una vez en cierto modo el censo de población, clasificada por oficios y ocupaciones, la extensión de la

actividad germánica, para que podamos en otros datos comprobarla. Dedícanse á la agricultura y ganadería familias que juntan 18.840.818 personas; á industria forestal, caza y pesca, 384.637; á minería, metalúrgica y otras industrias, 16.058.080; comercio y tráfico, 4.531.080; servicio doméstico y jornal, 938.294; profesiones, 2.222.982; sin profesión ni ocupación conocida, 2.246.222.

Bastaría también fijarse en el número de viajeros y buhoneros de las casas de comercio y fábricas de Alemania que recorren el mundo, para conocer cuán grande es la suma actividad industriosa del germano, manifiesta en el censo de población y de emigración. Cuéntanse de los primeros, llamados comisionistas, 31.285 en el año de 1870, y no menos de 65.978 en el de 1882; de la categoría ambulante por aldeas, villas, calles y plazas, 136.766 buhoneros en 1870, y 227.617 en 1882. En los años de 1880, 1881, 1882, 1883 y 1884, emigraron 106.190, 210.547, 193.869, 166.119 y 143.486 alemanes, casi todos ellos á los Estados Unidos de Norte América.

Bien que las costas de Alemania, se puede decir, tengan bastante prolongación, las del Báltico, de 1.728,2 kilómetros longitudinales, se cierran por los hielos mucha parte del año, y, sin embargo, la marina mercante del Imperio juntaba en 1884 el número de 4.315 naves, midiendo 1.269.477 toneladas, servidas por 39.615 hombres, las cuales eran vapores 603, de 374.699 toneladas y 12.678 tripulantes.

El comercio general de importación y exportación en los años de 1882, 1883 y 1884, toma un gran incremento, como puede verse á renglón seguido, á saber:

Comercio especial.

AÑOS.	MERCANCÍAS.—MARCOS		NUMERARIO.—MARCOS	
	Importación en millones.	Exportación en millones.	Importación en millones.	Exportación en millones.
1882.....	3.164'6	3.244'8	35'1	53'5
1883.....	3.290'8	3.335'0	27'1	62'8
1884.....	3.284'9	3.269'4		
Comercio general (especial y tránsito).				
1882.....	4.911'9	4.959'7	51'9	70'3
1883.....	5.086'3	5.089'6	34'8	70'5
1884.....	»	»	»	»

Gran riqueza mineral explota el Imperio, cual se expone en los datos de 1882, á saber:

Carbón de piedra, toneladas.....	52.118.595
Lignito.....	13.259.616
Mineral de hierro.....	8.263.254
— de zinc.....	694.711
— de plomo.....	177.656
— de cobre.....	566.509
Sal gema.....	322.442
Cainita y sales análogas.....	1.201.392
Sal común.....	459.499
Cloruro de potasio.....	148.403
Fundición de hierro, lingote.....	3.380.806
— de zinc.....	113.418
— de plomo.....	92.591
— de cobre.....	16.202
— de plata, kilogramos.....	214.982
— de oro.....	376

Basta considerar la masa de carbón de piedra y la respetable cantidad que los altos hornos alemanes han colado de lingote, para estimar en estos nuestros días y tiempos modernos el poder industrial en minería y metalúrgica del gran Imperio germánico, que ocupa en ese ramo el segundo lugar en Euro-

pa, sólo precedido por la Gran Bretaña. No producían las minas de carbón de piedra sino 12.350.000 toneladas en 1860; 1.310.000 toneladas de hierro en lingote en 1870 colaban, cuyo consumo interior era de 420.000 toneladas en 1850, y de 2.520.000 toneladas en 1881: datos son bastante elocuentes.

Del *Diccionario de Estadística*, de Michael G. Mulhall, autor respetabilísimo que toma sus noticias de puras fuentes, vamos, como término de este trabajo, á presentar, respecto de la agricultura y ganadería alemana, lo más culminante, con el objeto de que se forme juicio cabal de aquella riqueza y fuerzas vivas del Imperio, completando las anteriores informaciones sobre población, marina, industria y comercio por nosotros cocopiadas.

Menos rica que Francia, mayormente favorecida del cielo aquélla, estímase la fortuna de la industria agrícola de Alemania, comprendidos los ramos de labranza, pastos y bosques, en un total de 69.000 á 70.000 millones de pesetas, ó á razón de 1.550 pesetas por habitante; la de Francia se aprecia en más de 81.000 millones, que tocan á 2.200 pesetas por alma; la forestal y ganadera es mayor en el Imperio que en la República, por cuanto la primera está representada por un capital de 6.600 millones de pesetas y 4.550 respectivamente, como la segunda avaloraron en 5.870 millones y 5.300 millones de pesetas en ambos países, cual se han nombrado. Los rendimientos ó rentas varían bastante en Alemania y Francia, pues los granos producen 3.225 millones y 5.300 millones en una y otra tierra; otros cultivos, 4.575 milllones y 4.100 millones; la ganadería 3.300 millones y 2.750 millones, y el ramo forestal 300 millones y 225 millones de pesetas en cada parte; corresponden por esos ingresos al germano 501,25 pesetas por habitante; al francés, 627,50. Pero la tierra está muy diversamente repartida entre unos y otros, pues el número de propietarios sumaba (en 1881) 6.942.974 en Francia, y no más de 2.436.000 en Alemania; cultivan á razón de 55,20 hectáreas los 100 habitantes en Alemania y 60,40 hectáreas los 100 habitantes en Francia.

Los guarismos de cabezas de ganado de la industria pecua-

ria de ambos países en 1880 también merecen compararse, y para que resulten bien claros los presentamos en el estado que sigue, á saber:

	ALEMANIA	FRANCIA
	Cabezas.	Cabezas.
Vacuno.....	15.790.000	11.480.000
Caballar.....	3.360.000	2.833.000
Lanar.....	25.200.000	23.370.000
De Cerda.....	7.130.000	5.810.000

Suficientes datos van consignados para poder formar juicio de la riqueza alemana; queda demostrado el vigor del habitante, que ha reducido á cultivo y producción tierras ingratas, frías y resistentes al arado por su naturaleza; eso sí, el hombre vale allí, con razón y verdad, mucho más que el suelo, comprendido todo él, desde las zonas grados 57 al 47 de latitud Norte; en los 56-57 cuentan 6.144,1 kilómetros cuadrados; entre los 55-56 son 50.804,9, y 98.145,0 kilómetros cuadrados en los 54-55 grados; Francia no tiene sino 162,4 kilómetros cuadrados en la zona comprendida entre los grados 51-52 de latitud Norte.

V

Nuestras primeras observaciones respecto de los orígenes históricos de Prusia, su representación entre los principados protestantes, el genio del Gran Elector, ambición vanidosa de su primer Rey, la previsión del segundo, como las consecuencias que sacar supo Federico II de la caja y soldados de su padre, han sido hechas para explicar la formación del nuevo Imperio germánico en el centro de Europa en condiciones de poder acudir de todos lados, conservando en sus manos el fiel de la balanza en el equilibrio europeo. No se sabe quién ha tenido más parte en lo que es principio y causa del engrandecimiento de la Monarquía prusiana, á saber: si su inteligente aplicación y voluntad admirable para ir avanzando y progre-

sar, atraer y dominar metódicamente como han acreditado sus Príncipes y gobernantes, ó la misma naturaleza y aptitud del vigoroso y obediente habitante, tan blando en el respeto y enérgico en la ejecución. Sin el instrumento, poco habría podido hacer el Príncipe, el Gran Elector y Federico II: el alemán del Norte, el protestante, sobre todo, manifiesta en las artes y oficios, en el taller y el escritorio, en el obrador y la tienda, lo mismo en Francia que en Inglaterra, y allá lejos, en los Estados Unidos de Norte América, singular inteligencia, voluntad y actividad para el trabajo y la competencia en todo ramo de industria; combina como ninguno la imaginación con la razón, el compás con el golpe de vista, el placer con la aplicación; necesita alimentarse y beber; tiene gran fantasía y no escasa frialdad y cálculo; va por los espacios y se afirma en la tierra; ama su suelo y corre por el ajeno; es burlón, cáustico y satírico, y parece respetuoso y distraído; se hace pronto cargo de las costumbres de otros países, se acomoda á ellas, las observa con sagacidad, explota el terreno y sácale todo el partido que puede en la especulación; vasto y racionalista, pero en la realidad positivo é indiferente, el pensamiento tiene libre y la voluntad obediente: ningún pueblo en el mundo será más revolucionario que el alemán, pero ninguno tampoco se organizará mejor. Esa opinión tenemos, no de ahora, sino en largo trato con ellos. Pero en el estudio que hemos hecho de Prusia, admiramos, en primer término, la influencia que el Príncipe ha tenido sobre su pueblo y los resultados maravillosos, y por lo tanto increibles, que han logrado en tan poco tiempo. ¿Deben servirnos de ejemplo? Dudo mucho sea siempre provechosa la imitación.

El individualismo germánico, disciplinado, encauzado, sujeto y dirigido por sus Príncipes, pero que se esplaya y fortifica en Norte-América, nutrido en el protestantismo, la filosofía y la ciencia, va haciéndose, desde la Revolución francesa, gran camino en Alemania, y recibe fortaleza y estímulo de fuera, de todas partes; en la paz y amor al trabajo crecen los intereses de la clase media y pueblo; el comercio aumenta sus

relaciones y necesidades; la industria las multiplica con el peligro de la concurrencia y extensión de la clase obrera en sus varias jerarquías, aptitudes y ambiciones; los soplos de los Estados Unidos son muy peligrosos, y por eso quiere, sin duda, el Canciller, llevar la emigración á otra parte, á colonias que busca en África y Australia: no menos de 797.911 súbditos del Imperio alemán han emigrado en los cinco años de 1880 á 1884 al territorio de la Unión Norte-Americana, inscritos en los registros del ejército los varones de veinte á cuarenta y dos años, y, por lo tanto, con obligación de regresar á su patria cuando los llamen, que no harán con buena voluntad ni mucha disposición para la disciplina: problemas son estos muy graves; la guerra misma puede llegar á ser caso tal vez dificultosísimo por el crecimiento extraordinario de la industria y el comercio, como sucede en la Gran Bretaña, donde el alistamiento general no lo toleraría el pueblo y el interés de su riqueza. No nos parece tan sólido el poder militar de Alemania como á sus admiradores, aunque actualmente pudiera ser grave imprudencia ponerle otra vez á prueba amenazando sus fronteras, que son sus bayonetas. Poco han invadido el terreno ajeno los tudescos, lentos siempre, amigos de la familia y sosiego. Bajaron mucho á Italia con los Emperadores de Occidente. Sufrieron crueles acometidas en su territorio, presa de guerras religiosas, de ambiciones francesas y querellas de sucesión. Luis XIV y Napoleón I han dejado un recuerdo indeleble, vivo en la memoria de las presentes generaciones, y para defenderse armáronse las de 1813, y con ardor entraron en Francia, en 1814, 1815 y 1870 á detener á Napoleón I y III, y asegurarse independencia; pero, á pesar de haberse engrandecido como nunca soñaron, hace diez y seis años que conservan la paz. Luis XIV y Napoleón I no sosegaban; Alemania va despacio y toma largos descansos; sería terrible su desquite, por la felicidad y satisfacción que disfruta, si la volvieran á provocar y viera la patria en peligro. Domina la población protestante en el Imperio alemán en número de 28.331.152 almas; pero son 16.232.651 los católicos, 78.031 los de iglesias disidentes, 561.612 judíos, y

30.615 habitantes hay de varios credos y que no profesan ningún culto.

Escuelas elementales cuentan 57.000, con asistencia de 7.100.000 alumnos; 332 escuelas normales y 26.281 escolares, y 1.100 escuelas superiores, concurridas por 231.214 discípulos.

Al Gran Canciller no le son indiferentes ninguna de las cuestiones europeas, que sigue de cerca, aunque parezcan no interesarle directamente. Como Federico II, dedica á los cuidados de la paz y prosperidad pública el mismo celo, teniendo la vista encima del ejército; y siendo muy germano, estudia bastante lo que es francés, causándole la misma inquietud que al vencedor de Rocroi, que no vió claro, sin embargo, el peligro de la Revolución francesa para sus planes alemanes, cual es posible no perciba bien, en su desprecio á la economía política, por cuanto le contraría ó no le hace al caso, lo que produce y amontona en poco tiempo de paz y reposo. Dios permite la formación de grandes Estados, y los deshace pronto, cuando una sola voluntad los junta, pues de las generales se preocupa para afirmarlos y perpetuarlos.

Servando Ruiz Gómez.

(Continuará).

EL HUMORISMO

El mundo es de los literatos.

Los hechos son el alma de la historia, los entusiasmos son el asunto de la oratoria, las costumbres el tejido de la novela, las risas y las lágrimas toda la poesía, y los problemas de la vida el drama.

Lamartine ha dicho que una nube en el pensamiento cubre y descolora más la tierra que una nube en el horizonte. No es, por lo mismo, la realidad igual cosa para todos, como no es la belleza, como no lo son los colores. Cada uno lleva consigo su punto de vista, el espectáculo está dentro del espectador, y se ve la luz porque en el ojo humano hay algo semejante al sol, según declaración expresa y averiguación pregonada por los anatómicos de la psicología, como Victor Cousin.

Una disposición habitual ó accidental del temperamento, constante ó pasajera, hace que el escritor deje en lo que escribe, ó en mucha parte de lo que escribe, porque la abundancia importa poco, su carácter, su condición, ó el estado de su espíritu impreso, con signos indelebles y con eterna expresión. Por eso hay escritos nerviosos, atrabiliarios, dulces y melancólicos, y cuando todo el ser del artista en el momento de crear ó producir se refleja en sus mismas obras, confundiéndose en ellas el amor y el disgusto de la vida, la genialidad, la viveza y el candor, la idea de la universalidad y la idea

del aniquilamiento, y el grande afán, el anhelo grandísimo de alcanzar la verdad absoluta, vencido por la humana condición maldecida é impotente, surge por sí misma la producción humorística, que no es otra sino la más filtrada, la más influída por aquel sentimiento indefinible que el alma experimenta delante del problema de su destino.

Los autores de esta literatura no son ni una escuela ni un género. No son ellos, son sus producciones las que determinan esta especie de las obras bellas que, más ó menos, raro es el talento genial que no las ha producido.

Y en esta edad contemporánea, en que todo se cuartea y se desmorona, y se disipan las creencias, y más pronto se aborrece el absurdo con que se pretendió llenar el vacío que aquéllas dejaron; en que la filosofía vive de la realidad, cayendo en los delirios que niegan la libertad moral, ó en un positivismo que por mucho que pretenda alzar el vuelo, condenado vive á sacudir con sus alas la misma tierra que quiere abandonar, y el arte es individualista porque es rebelde, y es rebelde porque es humano; donde faltan los éxitos porque reinan las dudas, y no corren las lágrimas porque los dioses se fueron, y no vuelven porque no los esperamos; donde faltan los ideales colectivos, y nos atormenta el pasado y queremos devorar el tiempo que nos queda antes que llegue, no hay molde que no esté roto, ni escuela que no viva desacreditada, ni precepto posible, ni regla, ni tradición, ni mandato que merezca una sombra de consideración ó de benevolencia.

¿No habéis apreciado aquel punto de conjunción en el que se unen la sátira y la elegía, la sátira que fustiga á los opresores y la elegía que se lamenta por los oprimidos?

Pues en ese punto de conjunción aparece el problema de la vida, y exclama á un tiempo toda la literatura del humor:

—*¡Pobre hombre! ¡Maldito sea todo lo que se agita en torno suyo!*

Porque es palpitación y creencia de estas producciones, ó desesperadas, ó ligeras ó interesantes, que nuestros hijos vivirán en medio de tales agitaciones futuras, que podrán juzgar

como idilios y escenas bucólicas las tremendas catástrofes que nosotros hemos presenciado.

No preguntéis cuándo nació el humorismo, porque tan difícil sería saber cuándo nació la filosofía. Dicen los que presumen conocer este último nacimiento, que la filosofía vino al mundo el primer día que el hombre hizo una reflexión.

Del humor no se sabe la patria, ni se ha visto la cuna.

También se dice que Aristóteles enseñaba á tocar la trompa épica, y nunca supo arrancarle sonidos que acreditaran su maestría. También se ha supuesto que Longino entendió el sublime, y no lo hizo jamás. También Cervantes llegó á definir la poesía maravillosamente, y no escribió más que versos desdichados.

¿Quién no ha sentido, por otra parte, el humor en el laconismo espartano, entre los cínicos en Grecia, en los poetas elegantes del tiempo de Mecenas, en los estóicos servidores de las matronas, y después en la literatura picaresca, y en la *Resignación*, del Padre Young, y en el desprecio de la vida en Santa Clara, que sólo encontraba en el mundo la escoria, y en el agudo Arcipreste de Hita, y en el desvergonzado Bocaccio, y en el indecente Rabelais, porque lo era su época y lo eran entonces hasta los relieves de las sillas en los coros de las iglesias, y en la risa leal de Cervantes, y en las amargas ironías de Voltaire, y en todos los contrastes de la misma realidad que alimenta y sostiene la literatura universal?

Hay una secta furibunda, que ha hecho el proceso de todas las cosas y se sabe la vida de memoria, para la cual no existe grandeza que se sostenga ante su pensamiento, porque conocen el mecanismo y desprecian el aparato. Ellos dicen muy alto lo que todos decimos muy bajo, y condenados por la naturaleza á combatir sin armas—porque son escépticos contra la verdad, misántropos después de explorar las virtudes del hombre y no encontrarlas, ó no sentirlas después de haberlas encontrado, y salteadores contra los partidos, porque no hay un humorista que sea consecuente, y ahí tenéis á nuestros contemporáneos Blasco y Valera—cuentan lo que ven como se les

presenta, ofrecen sin vestiduras lo que nació desnudo, no tienen precio como cronistas, porque al describir deshacen y descoyuntan lo descrito, sacrifican un sentimiento á una frase, porque la frase esculpida dura mucho y el sentimiento pasa sin dejar una huella, y pervierten la inocencia de un alma creyente, sin remordimiento alguno, como puedan administrar el veneno en una ingeniosidad maldita...!

...¡Creía mucho en Dios, y hasta creía,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía!

Esto, que lo dijo Campoamor á una amiga suya, no lo diría jamás á su hija, si la tuviese, hasta después, hasta mucho después que la hubiera casado.

Los que no creen tienen la filosofía del dolor.

No conocen nada más absurdo que la mayor parte de los sistemas que explican el mal como una cosa negativa, cuando en su pensamiento es lo único positivo, porque es lo único que se deja sentir.—Toda satisfacción es para ellos negativa, porque suprime un deseo; y todo bien negativo, porque termina una pena.—Y no conciben el amor del marido, sino los riesgos del amante, y no consideran resueltas jamás todas las dificultades de la existencia, porque cuando se acaban las preocupaciones de la vida anuncian las preocupaciones de la muerte.

No les quedan más ilusiones... que las de óptica.

Ante el progreso dudan, porque la mayor civilización consolida el despotismo de las ciudades, hace reventar de hartura á los grandes centros y morir de hambre á los pueblos del campo.

Es bella esta filosofía, porque es triste. Tiene la belleza de la amargura sin consuelo, del dolor sin medicina, y sale riendo, no con la carcajada natural, sino con la contracción nerviosa; que si no temiera ofender al público y no supiera que interesa poco el dolor ajeno, esta filosofía se proclamaría llorando.

Los contemporáneos de Sterne ponían, como base de su metafísica especial, este lema, verdaderamente extraño: *Lo infinitamente pequeño gobierna al mundo.*—Después se dedicaban á un estudio de análisis y disección extraordinario y penosísimo, para deducir consecuencias como la siguiente: Si la nariz de Cleopatra hubiera sido menos aquilina, la historia del mundo hubiese cambiado, porque ya se sabe que á Marco Antonio le gustaron siempre las narices largas y puntiagudas.

En tales análisis ocurre á menudo que el escritor brilla más que el asunto, y es él quien se queda en la mente de sus lectores, y no las ideas que vierte ni los personajes que crea; confirmando esta presunción las mismas críticas de sus obras, más extensas ordinariamente que las producciones examinadas. El crítico de Sterne escribió dos tomos voluminosos sobre su *Viaje sentimental.* Sterne era cura y, asustado por tanto comentario á sus obras brevísimas, exclamó que aquellos dos tomos eran la sotana más grande que le habían hecho en su vida.

Los sectarios de este sistema son los que aseguran que nada hay trivial en el mundo, son los que se preocupan de sus asuntos excesivamente, los que se colocan en la situación del lector y del novelista al propio tiempo, los que escriben sobre sí mismos y para ellos principalmente; en una palabra, los que mi amigo Luis Vidart aborrece con toda su alma, porque sospecha que no escriben nunca de buena fe, y porque le hacen reir ó le hacen llorar, sin convencerlo jamás, ni de la risa, ni del llanto.

Selgas se les parece mucho en sus *Hojas sueltas*, porque suelen ser gente candorosa; y cuando, en el artículo *La cara* dice nuestro inolvidable escritor—LA CARA: *he aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos*, se sonríen los enemigos de esta literatura; se sonríen sin poderlo remediar, y después se enfurecen porque les ha producido alguna emoción un descubrimiento que no lo es, una observación que ya la sabían todos, pero que á nadie se le había ocurrido decirla con tanto candor, con tanta gracia, con tanto humorismo.

Se les atribuye la creación de las sociedades protectoras de los animales, porque, según Walpole, les interesa más un animal muerto que un pariente vivo.

Esta misma afición á descomponerlo todo, lleva también al escepticismo, punto final frecuentemente de toda la literatura humorística, porque más que las causas, define los efectos, destruyendo lo permanente y creando lo transitorio. Así es que parece que acaban de creer en algo, y realmente empiezan á no creer en nada. Niegan por un proceso semejante lo absoluto de la moral, porque no hay duda que lo que nos cubre de vergüenza más aquí del Ecuador, nos cubriría de gloria más allá, y ya se sabe que si en Europa los matrimonios son definitivos, en Asia hay mucha gente todavía que sólo se casa por una temporada.

No estudian lo ideal en los grandes hombres que fueron, porque quien de tal se preocupa, más que humorista de nacimiento, lo es de afición; sino lo real entre los pequeños hombres que aún nos quedan, y esto tiene, sin duda, más novedad y más interés.

Se les tacha de paradójicos, y se defienden diciendo que la paradoja siempre envuelve una idea; y que en el caso de que muchas paradojas escritas por una sola pluma hagan suponer á los necesitados de sustancia gris que quien tan fecundo es en apariencias de razón, enferma la debe tener, ellos aseguran que esta miserable convicción de la locura del prójimo la adquieren más fácilmente aquellos que se asustan de que en el cerebro ajeno quepa lo que jamás podrían ellos guardar en el suyo. Es, por lo mismo, la acusación de aquel exceso, una confesión de incapacidad pregonada por los maldicientes y pregonada á costa suya.

No son felices, porque les falta la esperanza. Y no esperan, porque esta virtud promete, y ellos viven del capital, y no del crédito.

Los rematados del escepticismo no ven en el hombre más que una apariencia; detrás, el esqueleto; detrás, nada.

Los que todavía aman la existencia, que son el mayor nú-

mero, han aceptado todos la definición de Lord Byron, y dicen que el hombre es un péndulo que se pasa la vida oscilando entre la risa y el llanto.

Las artes bellas todas tienen sus encarnaciones geniales, personalísimas, humorísticas verdaderamente.

El cuarteto de Haydn, creado por él, perfeccionado por Mozart, engrandecido por Beethoven é idealizado por Mendhelson, es la música del humor, donde rápidamente se suceden todos los tiempos, y donde un tema cabe en cinco compases y se repite descompuesto, desconyuntado, vuelto á componer y vuelto á ordenar, en menos de treinta minutos.

La *Danza macabra* es el pequeño magnífico poema de Saint-Saens.

Las escultoras bizantinas tienen bastante de humorísticas en la cabeza y en los pies, y no hay Cristo de aquella época ante el cual puedan rezar fervorosamente el devoto más convencido ni el creyente más ardoroso.

Entre nosotros, Casado del Alisal ha hecho un cuadro humorístico, *La Campana de Huesca;* Benlliure una escultura, *El sacristán;* Urgell un paisaje, *El cementerio;* y Lengo muchas poesías al óleo... á las flores y á los pájaros.

Pero la obra maestra y excelentísima, la producción maravillosa del individualismo más genial y más independiente, es la creación extraordinaria y sublime de Rembrandt, su gran cuadro *Jesucristo crucificado.*

Allí el único rayo de luz cae sobre la frente del Salvador, iluminando aquel rostro que tiene la huella del supremo dolor corporal en la agonía, y el reflejo de la divina esperanza en la misericordia de Dios. Con los ojos y los labios entreabiertos, parece que exclama: «¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!» Al pie de la cruz, en ténue claridad y ténue sombra las mujeres y los discípulos; María, la Madre Santísima, que recuerda aquellos desgraciados que Dante compadecía, porque á fuerza de llorar se les habían acabado las lágrimas, y todos en actitud patética, melancólica y triste, pero creyente y confiada en su inmenso dolor. En la penumbra los

dos criminales, uno sombrío, otro espantado; uno mirando al Redentor, sorprendido y despierto, y otro con la vista fija en el suelo y todo el cuerpo buscando por su propio peso el centro de la tierra, donde bien pudiera estar el infierno de las almas. Y allá, en último término, desdibujado y confundido, revuelto y pecador, atropellado é informe, un grupo maldito, el pueblo deicida, la canalla... á oscuras! Nada más hermoso.

La tierra, para estos literatos del humor, suele ser generalmente un inmenso cementerio, pero no les impiden amarla todas las maldiciones que arrojan sobre ella. Y, al mismo tiempo que hijos del sublevado Adán, estos sublevados contra todo idealismo parecen discípulos de Horacio por su alegría espontánea y su inclinación á los placeres fáciles, á la ociosidad y á la contemplación de la naturaleza, á las amistades distinguidas y al vino viejo. Suelen comenzar por la sátira, como todos los que desean hacerse una posición; suelen arrepentirse del primer amor y buscar el segundo, porque, según ellos, todos los primeros amores son una tontería; y acaban, cuando se les apaga la vida, por desear cuanto antes el momento aquel en que todos seremos contemporáneos, la hora del juicio final, por ejemplo, anhelando, cuando ellos se mueren, que nadie les sobreviva.

En la novela no pintan, dibujan. No hacen figuras de color, sino de relieve. Aborrecen la mentira, y, generalmente, escriben autobiografías ó disfrazan historias; tienen á gala hacer que los execren los hipócritas y que les cobren miedo los farsantes; y cuando Thakeray veía en las calles de Londres algún muerto de hambre, decía al que le acompañaba:

—Ahí va un abogado sin dientes.

Según ellos, quien cuenta historias vive siempre, y quien imagina novelas no tiene fama ni vida brillante más que diez años, como las Constituciones políticas de España próximamente: del 1837 al 1845, del 1845 al 1854, del 1854 al 1869, del 1869 al 1876, y del 1876 hasta que se pueda hacer otra.

En la crítica son implacables. Un gran hombre español, tocado de esta predisposición humorística, ha dicho que el Jus-

ticia de Aragón, Lanuza, no supo que tenía cabeza hasta que se la cortaron.

Escribiendo la vida de un santo, Swiff, para llamar á Dios, le llamaba *Lord*.

Carlyle declaraba que para Inglaterra hubiera sido mejor no poseer la India que no haber tenido á Shakespeare.

En su vida familiar tutean á todo el mundo, y en sus libros manejan el doble sentido admirablemente; escandalizan á sabiendas de que escandalizan, pero no reconocen á nadie el derecho de que se queje, porque sus audacias están bien manejadas y, según la creencia más extendida entre todos ellos, no puede darse el culto de lo bello más que en un mundo agradablemente libertino.

A diferencia de lo que sucede á los oradores parlamentarios, que porque saben todas las palabras piensan que saben todas las ideas, la literatura del humor es sóbria, es ligera, es breve, es compendiosa y fuertemente nutrida de conceptos. Jaubert el articulista declaraba que, cuando de su pluma había salido la última gota de luz, no escribía más, ni escribiría aunque lo mataran. Y repitió cien veces que, si había algún escritor preocupado por el afan de meter un libro en una página, una página en una frase y una frase en una palabra, ese hombre era él.

¿Quién no recuerda ahora los admirables artículos de Larra?

¿Y quién no trae á su memoria las crónicas sabrosísimas de Fernández Flórez?

También echaron su cuarto á espadas en la política. Dikens afirma que el político ha de ser tornátil, para coger las cosas, por el mejor asidero, ó por el único pelo las ocasiones, y Albareda, que contagiado del humor ha sido un periodista rayano en las fronteras de este linaje de clínicos ilustres declaraba que, para prosperar en los partidos, forzoso era mostrarse muy servil ó muy valiente. Todos ellos se confiesan influídos de una tendencia conservadora, y declaran frecuentemente los maestros que la razón y la libertad serán siempre gobernadas por

la imaginación, y la imaginación sucumbirá constantemente bajo el imperio de las circunstancias.

Y oid cómo definen el amor. Poco honesta es la definición, pero es muy gráfica:

«Lo que mantiene el entusiasmo en el corazón del hombre no es la virginidad del cuerpo, sino la virginidad del alma. La mujer más hermosa que he conocido es la que menos me ha interesado, porque antes de atreverme parecióme que me toleraría toda clase de atrevimientos. Si cuando yo la conocí hubiera sido ya de otro, me hubiera espantado; pero estando intacta, me daba compasión.....

»Me daba compasión, y era hermosa, joven, rica y virgen. La seguridad que yo tenía de que si la besaba por sorpresa me lo agradecería, por confesión anticipada, me quitó todas las ilusiones.»

Generalmente necesitan estos desgraciados una Dulcinea constante en la cabeza, generalmente no se casan, y si se casan, generalmente no tienen hijos, y generalmente, si los tienen, los educan muy mal; pero siempre, siempre y á todas las mujeres que conocen, les juran el mismo amor hasta la eternidad, porque no saben amar de otra manera.

Augusto Ferrán se murió loco, como el admirable Swiff, y cantaba llorando:

Me llama holgazán tu madre:
¡Como si el querer no fuera
Una ocupación muy grande!

No tienen prisa en comer la fruta verde, porque son espíritus de gran educación; y en el amor, estas gentes de complexión delicada tienen toda la paciencia de buen gusto para esperar la sazón, que llega con el tiempo.

Y callan mucho, porque el silencio, en los misterios del corazón, es más elocuente que la palabra.

Cuando creen, creen de veras, como Schlégel, y en sus poesías se oyen las campanas, como les decían sus rivales, y sus

libros huelen á incienso, y sus pensamientos parecen tonsurados. Y cuando aborrecen, abominan hasta más allá de la vida material, y pregonan, como Heine, que se debe perdonar á los enemigos, pero después de ahorcados.

Son sensibles como las mujeres nerviosas y como las guitarras de Aragón, que nunca están bien templadas, y se cuenta de Saint Beuve, que dejó de asistir al café porque un día que se encontraba en Gibraltar penetró en uno de aquellos establecimientos con gana de comer jamón crudo y carne seca, y encarándose con un camarero andaluz, de la misma Málaga, le preguntó:

—Mozo: ¿qué tiene Vd. frío?

Y le contestó el vándalo:

—Los piés, señorito.

Saint Beuve salió escapado y no volvió á pensar jamás en la comida fiambre.

No se sabe de ningún humorista que se haya condenado, ni tampoco hay noticia de haber canonizado más que alguna santa, por su desamor á las cosas mundanales; pero se supone que más allá de la tumba han encontrado un dulce y tranquilo reposo, porque el gran poeta Leopardi suplicaba á sus parientes que no escribieran en su tumba más epitafio que estas palabras:

¡DEJADME EN PAZ!

Conrado Solsona.

EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO [1]

LEY DEL PROGRESO HUMANO

III

Es la ley del progreso humano aquella bajo cuyo régimen marcha la civilización. Esta ley debe explicar clara y definidamente, y no por vagas generalidades ó superficiales analogías, por qué existe actualmente tan gran diferencia en el desarrollo social, aunque puede presumirse que la especie humana marcha con las mismas capacidades y en progresión simultánea. Ella debe dar cuenta de las civilizaciones estancadas y de las decaídas y destruídas; de los hechos generales, como la elevación de las civilizaciones, y de la fuerza de petrificación ó enervante que ha desenvuelto siempre hasta el presente el progreso de la civilización. Ella debe responder de la retrocesión, así como del adelanto; de las diferencias de carácter esenciales entre las civilizaciones asiáticas y europeas; de las diferencias entre la civilización clásica y la moderna; de las diferentes proporciones en que se realiza el progreso, y de aquellas rápidas impulsiones, saltos y detenciones del progreso, que son tan característicos

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Diciembre.

como fenómenos menores. Y así ella nos expondrá cuáles son las condiciones esenciales del progreso y en qué le hace avanzar y en qué retardar el conjunto social.

No es difícil descubrir tal ley. No tenemos que hacer más que observar bien poco, y la veremos. No pretendo darla precisión científica, sino sólo indicarla.

Los incentivos al progreso son los deseos inherentes á la naturaleza humana (el deseo de dar satisfacción á las necesidades de la naturaleza animal, á las de la naturaleza intelectiva y á las necesidades de la naturaleza simpática; el deseo de ser, de conocer, de hacer); deseos que casi ambicionan lo infinito, no pueden ser satisfechos cuando crecen con lo mismo que se va empleando para satisfacerlos.

La inteligencia es el instrumento por cuyo medio avanza el hombre y por cuyo mismo medio es asegurado cada adelanto y convertido en ventajoso fundamento para nuevos progresos. Aunque al apropiarse nuevos pensamientos no pueda añadir un codo á su estatura, puede, sin embargo, extender sus conocimientos del universo y su poder sobre el mismo, en el cual, según podemos ver, hay un grado infinito. El breve espacio de tiempo de la vida humana sólo permite al individuo recorrer corta distancia; pero aunque cada generación puede hacer poco, sin embargo, sucediéndose las generaciones y excediendo siempre á las anteriores, se puede elevar gradualmente el estado de la especie humana, como los pólipos de coral, edificando una generación sobre la obra de otra, se elevan gradualmente del fondo del mar.

El poder mental es, por lo tanto, el motor del progreso, y el hombre tiende á avanzar en la proporción del poder mental empleado en la progresión; poder que se dedica á la difusión de los conocimientos, al perfeccionamiento de los métodos y al perfeccionamiento de las condiciones sociales.

El poder intelectual es actualmente una cantidad fija; es decir, hay un límite al trabajo que un hombre puede hacer con su inteligencia, como lo hay para el que puede hacer con su cuerpo; por consiguiente, la fuerza mental que puede emplearse

en el progreso es solamente la que ha quedado después de la que se requiere para propósitos no progresivos.

Estos propósitos no progresivos, en que se consume el poder mental, pueden ser clasificados como actividad de sostenimiento y de conflicto. Por sostenimiento quiero decir, no sólo el mantenimiento de la existencia, sino la conservación de la condición social y preservación de los progresos ya conseguidos. Por conflicto significo, no solamente la guerra y los preparativos para la misma, sino todo empleo del poder mental buscando la satisfacción de deseos á expensas de otros, y la resistencia á tales agresiones. Comparando la marcha de la sociedad con la de un buque, se ve que su progreso á través del agua no depende del esfuerzo empleado por la tripulación, sino del esfuerzo dedicado á su propulsión. Esta será aminorada por un gasto de fuerza requerida para baldear el agua, para luchar entre sí los tripulantes ó para llevar la nave en distintas direcciones.

Ahora bien; como en un estado de separación se requieren todas las aptitudes del hombre para mantener su existencia, y el poder mental sólo queda libre para más elevados usos, por medio de la asociación de los hombres en comunidades que permitan la división del trabajo y todas las economías que se originan con la cooperación del engrosado número, resulta que la asociación es la primera condición esencial del progreso. El adelanto se hace posible cuando los hombres se reunen en pacífica asociación; y cuanto más amplia é íntima es la asociación, tanto mayor es la posibilidad del adelanto. Y como el despilfarrado gasto de poder mental, distraído en los conflictos, se hace mayor ó menor á medida que es ignorada la reconocida ley moral, que concede á cada uno igualdad de derechos, se sigue que la igualdad (ó justicia) es la segunda condición esencial del progreso.

Así, la asociación en igualdad es la ley del progreso. La asociación liberta el poder mental para poder ser invertido en el adelanto, y la igualdad (ó justicia ó libertad, pues estos términos significan aquí la misma cosa: reconocimiento de la ley

moral), previene la disipación de este poder en infructuosos esfuerzos.

Aquí la ley moral es la que explicará toda diversidad, todo adelanto, todo alto y todo retroceso. Los hombres tienden al progreso precisamente en la misma medida en que se asocian, y con la cooperación mutua aumenta el poder mental, susceptible de invertirse en el adelanto; pero precisamente cuando es provocado un conflicto ó cuando la asociación origina la desigualdad en la condición ó en el poder, esta tendencia á la progresión es disminuída, contenida y, finalmente, anulada.

Dada la misma capacidad innata, es evidente que el desarrollo social se realizará con más rapidez ó lentitud, se detendrá ó retrocederá según la resistencia que encuentre. Estos obstáculos para el adelanto pueden clasificarse, en general, con relación á la sociedad misma, como externos é internos; los primeros operan con mayor fuerza en las primeras etapas de la civilización, los últimos se hacen más importantes en los posteriores períodos.

El hombre, según su naturaleza, es sociable. No necesita ser cogido y domesticado para inducirle á vivir con sus semejantes. El extremo desvalimiento en que viene al mundo, y el largo período que se requiere para la madurez de sus facultades, necesitan las relaciones de familia no interrumpidas, y éstas, como podemos observar fácilmente, son más amplias, y en su extensión más fuertes entre los hombres más rudos que entre los más cultos. Las primeras sociedades son familias, desarrollándose éstas en tribus, que aún mantienen sus mutuas relaciones de sangre; y aun cuando lleguen á formar una gran nación, claman por una común descendencia.

Dados seres de esta especie, colocados en un globo de superficie y clima tan diversos como los de éste, es evidente que, con iguales capacidades é igual origen el desarrollo social debe ser muy diferente. El primer límite ó resistencia para la asociación, depende de las condiciones de la naturaleza física; y como ésta varía en alto grado con la localidad, deben mostrar éstas la correspondiente diferencia en el progreso social.

En el rudo estado de conocimientos, en que la seguridad de la subsistencia depende de lo que espontáneamente ofrezca la naturaleza, la rapidez del aumento de los hombres y la conexión que puedan éstos guardar entre sí á medida que crecen en número, dependerá en muy gran parte del clima, del suelo y de su conformación física. Donde se requiera mucha alimentación animal y vestidos de abrigo; donde la tierra parece pobre y avara; donde la vida exuberante de las florestas tropicales burla el débil esfuerzo empeñado por pueblos bárbaros para dominarla; donde las montañas, los desiertos ó brazos de mar separan y aislan á los hombres, la asociación y el poder de perfeccionamiento que desenvuelve sólo pueden en un principio hacer pequeños progresos. Pero en las ricas llanuras de los climas cálidos, donde puede mantenerse la existencia humana con un muy pequeño empleo de fuerzas y necesita un área mucho más reducida, el hombre puede vivir en más estrecha unión, y es mayor desde un principio el poder mental que pueda dedicarse al perfeccionamiento. De aquí que la civilización surja primero en los grandes valles y mesetas en que se encuentran sus primeros monumentos.

Pero esta diversidad en las condiciones naturales produce directamente, no sólo diversidad en el desarrollo social, sino que, por originar diversidades en el desarrollo social, hace sensible en el hombre mismo un obstáculo, ó más bien, una fuerza contraria al perfeccionamiento. Cuando familias y tribus están separadas unas de otras, el sentimiento social deja de sentirse entre ellas y surgen las diferencias de lenguaje, costumbres, tradiciones, religión, en suma, en toda la red social que cada comunidad, grande ó pequeña, teje contínuamente. Con estas diferencias crecen las preocupaciones, nacen las animosidades, el contacto produce fácilmente las querellas, las agresiones engendran nuevas agresiones, y los agravios inflaman la venganza (1).

(1) Cualquiera que se haya emancipado en cierto grado de los prejuicios y que tenga contacto con diferentes clases de gentes, podrá ver en la sociedad civilizada cuán fácil

Así entre estos agregados sociales, entre sí separados, nacen los sentimientos de Ismael y el espíritu de Caín, la guerra llega á ser la crónica y aparentemente la relación de las sociedades entre sí, y el poder del hombre se consume en el ataque ó la defensa, en la mutua mortandad y destrucción de riquezas ó preparativos guerreros. Testificaciones tiene la época presente de la persistencia de estas hostilidades, de las tarifas de protección y de los ejércitos en pie de guerra en el mundo civilizado; lo difícil que es vencer la idea de que no es estafa la hecha á un extranjero, se muestra en la dificultad de obtener tratados internacionales de propiedad literaria. ¿Podemos admirarnos de las perpetuas hostilidades de tribu y de raza? ¿Podremos admirarnos de que estando cada comunidad aislada respecto á las demás, quedando cada una de ellas sin recibir influjo alguno de las restantes, y ocupadas en tejer separadamente la red de su contorno social, de que ningún individuo podía escapar, podremos en estas condiciones admirarnos de que la guerra fuese la regla y la paz la excepción? «Ellos eran precisamente tal como somos.»

Pero la guerra es la negación de la asociación. La separación de los hombres en diferentes tribus por la continua guerra, impide de este modo el adelanto, mientras en las localidades donde es posible un grande aumento de número sin mucha separación, la civilización gana las ventajas de la mencionada excepción á la guerra de tribu, aun cuando la comunidad, como un todo, sea llevada á la guerra más allá de sus fronteras. De este modo, allí donde sea más ligera la resistencia de la naturaleza á una estrecha asociación entre los hombres, la fuerza contraria á la de la guerra se dejará sentir fácilmente desde un principio, y en las ricas llanuras donde empieza primero la civilización, puede elevarse ésta á gran altura, mientras que las tribus dispersas permanecen aún bárbaras. De este

es para la ignorancia pasar al desprecio y al descontento; cuán natural es para nosotros el considerar cualquier diferencia en las costumbres, las maneras, la religión, etc., como prueba de la inferioridad de aquellos que difieren de nosotros.

modo, cuando las pequeñas y separadas comunidades existen en un estado de guerras crónicas, el primer paso á su civilizacion es la presencia de una tribu ó nación conquistadora que una estas pequeñas sociedades en otra más extensa en que se conserve la paz interior. Donde se quebranta este poder de asociación pacífica por asaltos externos ó por disensiones intestinas, cesa el adelanto y empieza el retroceso.

Pero no es la conquista sólo la que ha operado esta tendencia á la asociación, y la que ha promovido la civilización al libertar al poder mental de las necesidades de la guerra. Si las diversidades de clima, suelo y configuración de la superficie de la tierra operan al principio en favor de la separación de la especie humana, también operan estos mismos agentes para fomentar el comercio. Y éste que es en sí mismo una forma de la asociación ó cooperación, ejerce su influjo en favor de la civilización, no sólo directamente, sino por crear intereses que son opuestos á la guerra, y por disipar la ignorancia, que es la fértil tierra de las preocupaciones y animosidades.

Esto mismo tiene lugar con la religión; aunque la forma que ha tomado y las animosidades que ha despertado hayan separado con frecuencia á los hombres y originado la guerra, no obstante, otras veces ha sido el medio de promover la asociación. Una adoración común ha mitigado con frecuencia las guerras y suministrado las bases de unión, á la vez que el triunfo del Cristianismo sobre los bárbaros de Europa marca el nacimiento de la moderna civilización. Si no hubiese existido la Iglesia cristiana cuando se despedazó el Imperio romano, Europa, destituída de todo lazo de asociación, pudiera haber caído en un estado que no sería muy superior al de los indios de la América del Norte, ó hubiera recibido sólo la civilización sellada con la cimitarra de las hordas asiáticas, que hubieran invadido este suelo, moldeadas como estaban en un gran poder, merced á una religión que, naciendo en los desiertos de la Arabia, había unido tribus separadas desde un tiempo inmemorial, y á partir de este momento se esparció en una mayor sociedad, trayendo á una fe común gran parte de la raza humana.

Observando lo que conocemos de la historia del mundo, vemos que la civilización ha nacido en donde quiera que los hombres se han asociado, y de análogo modo ha desaparecido donde quiera que esta asociación se ha quebrantado. Así la civilización romana se extiende por Europa, merced á las conquistas que la aseguraban eterna paz, y esa batida por la incursión de las naciones del Norte, que dividieron otra vez la sociedad en dispersos fragmentos; y el progreso que ahora se desarrolla en nuestra moderna civilización, empezó cuando el sistema social agrupaba de nuevo á los hombres en mayores comunidades, y cuando la supremacía espiritual de Roma trajo estas comunidades á una común relacion, como habían hecho antes sus legiones. Cuando los vínculos feudales se desenvolvieron en las autonomías nacionales, y el Cristianismo operó la mejora de las costumbres, florecieron de nuevo conocimientos que habían estado ocultos en días de inquietud, se ataron los lazos de unión pacífica en una organización que todo lo penetraba, y se enseñó la asociación en sus Órdenes monásticas, entonces fué posible un mayor progreso, que ha adelantado con más y más fuerza á medida que los hombres han venido á una asociación y cooperación más estrechas.

Pero nunca comprenderemos el curso de la civilización, ni los variados fenómenos que su historia presenta, sin tomar en consideración lo que podré llamar su resistencia interna ó fuerza contraria, que surge en el corazón de la progresiva sociedad y que es lo único que puede explicar cómo una civilización que empezó con brillantez se ha detenido por sí misma ó ha sido destruída por los bárbaros.

El poder mental, que es el motor del progreso social, queda libre por la asociación, que es lo que tal vez pueda ser llamado más perfectamente una integración.

La sociedad, en este proceso, se hace más compleja, sus individuos más dependientes unos de otros. Las ocupaciones y las funciones son especializadas. La población, antes errante, toma una residencia fija. En vez de procurar cada hombre subvenir á todas sus necesidades, los varios comercios é industrias

son separados; un hombre adquiere habilidad en una cosa, otro en otra. Esto tiene lugar también con los conocimientos, cuyo cuerpo tiende constantemente á hacerse más vasto de lo que un solo hombre puede abarcar, y son separados en diferentes partes, que adquieren y prosiguen diferentes individuos. De igual modo el ejercicio de las ceremonias religiosas tiende á pasar á manos de un cuerpo especialmente dedicado á este propósito, y la conservación del orden, la administración de justicia y la determinación de los deberes públicos y la práctica de las decisiones, la dirección de la guerra, etc., pasan á ser funciones especiales de un gobierno organizado. Más brevemente, para usar el lenguaje en que Herbert Spencer ha defendido la evolución, el desarrollo de la sociedad es, en relación á sus componentes individuales, la transición de una indefinida incoherente homogeneidad á una definida coherente heterogeneidad. Cuanto más inferior sea la etapa del desarrollo social, tanto más se asemejará la sociedad á uno de esos seres animales inferiores que no tienen órganos ni miembros, y de los cuales puede separarse una parte sin que dejen de vivir. Cuanto más elevado sea el grado de desenvolvimiento social, tanto más se asemejará la sociedad á los organismos superiores en que están especializados los poderes y las funciones, y cada miembro es vitalmente dependiente de los otros.

Ahora bien; este proceso de integración en la especialización de las funciones y poderes, está acompañado, á medida que crece en la sociedad, de una tendencia á la desigualdad, por cuya virtud es probablemente una de las leyes más profundas de la naturaleza humana. No quiero afirmar que la desigualdad sea el resultado necesario del crecimiento social; pero esta es la tendencia constante del crecimiento, si no está acompañado de cambios en la agregación social, que asegurarán la igualdad en las nuevas condiciones producidas por el crecimiento. Quiero decir con esto que el aparato de leyes, costumbres é instituciones políticas que cada sociedad teje para sí, tiende contínuamente á hacerse demasiado tirante, á medida que la sociedad se desarrolla. Quiero también decir que el hom-

bre, á medida que avanza, traza un laberinto en el cual perderá infaliblemente su camino si la temeridad le impulsa á continuar vía recta, y á través del cual sólo la razón y la justicia podrán conservarle contínuamente en camino ascendente.

Mientras la integración que acompaña al crecimiento tiende por sí misma á dejar libre el poder mental para operar el perfeccionamiento, con el crecimiento del número y el aumento de complexidad en la organización social se origina una contra-tendencia que produce un estado de desigualdad, aminora el poder mental y, á medida que crece, obstruye y conduce á un alto el adelanto.

El trazar en su más alta expresión la ley que hace crecer con el progreso la fuerza que detiene el progreso, sería, según mi sentir, proponerse la solución de un problema más profundo que el del génesis del universo material, el problema del génesis del mal. Me contentaré con indicar la manera como surgen tendencias que obstruyen el adelanto á medida que la sociedad se desenvuelve.

Hay dos cualidades en la naturaleza, que será conveniente tomar en consideración. La una es el poder del hábito, la tendencia á continuar haciendo las cosas por el mismo proceso; la otra es la posibilidad de una deterioración mental ó moral. El efecto de la primera en el desarrollo social es continuar los hábitos, costumbres, leyes y métodos mucho tiempo después de que hayan perdido su original utilidad; y el efecto de la otra es el permitir el desarrollo de instituciones y modos de pensamiento, contra los cuales se sublevan instintivamente las percepciones normales de los hombres.

Ahora el crecimiento y desarrollo de la sociedad tiende, no solamente á hacer á cada individuo más y más dependiente de todos y á disminuir la influencia individual, aun en su propia condición, comparada con la influencia de la sociedad, sino que el efecto de la asociación es dar nacimiento al poder colectivo, que es sensiblemente distinto de la suma de los poderes individuales. Las analogías, ó tal vez aclaraciones de la misma ley, se pueden encontrar en todas direcciones. A medida que crece

en perplejidad la organización animal, se levanta sobre la vida y el poder de las partes una vida y poder del todo integral; sobre la aptitud para movimientos involuntarios la capacidad de movimientos voluntarios. Las acciones é impulsos de las corporaciones de hombres son, según se ha observado con frecuencia, diferentes de aquellas que en las mismas circunstancias se hubieran suscitado en los individuos. Las cualidades guerreras de un regimiento pueden ser muy diferentes de las de los soldados, considerados individualmente. Pero acerca de esto no hay necesidad de aclaraciones. Donde la población está dispersa, la tierra no tiene valor; precisamente á medida que los hombres se congregan, nace y aparece el valor de las tierras, cosa evidentemente distinta del valor producido por el esfuerzo individual; valor que nace de la asociación, que crece en la misma medida que la asociación y desaparece cuando la asociación es interrumpida. Esto mismo es cierto en el poder, bajo formas distintas de aquellas generalmente expresadas en términos de economía.

Pero, á medida que la sociedad crece, la disposición á continuar con el previo ajustamiento social tiende á depositar este poder colectivo, á medida que crece, en manos de una parte de esta comunidad; y esta desigual distribución de la riqueza y el poder adquiridos con el adelanto de la sociedad, tiende á producir mayor desigualdad, puesto que la agresión crece con aquellos mismos medios que al parecer habrían de apaciguarla, y la idea de justicia es debilitada por la habitual tolerancia de injusticia.

Por esta vía, la organización patriarcal de la sociedad puede fácilmente convertirse, con su crecimiento, en una Monarquía hereditaria, en la cual el Rey es un dios en la tierra, y los que suman la masa del pueblo sólo esclavos de su capricho. Es natural que el padre sea la cabeza que dirija la familia, y que á su muerte le suceda en este primado el hijo mayor, como miembro mayor y más experto de la pequeña comunidad. Pero el continuar esta disposición de cosas cuando la familia se desarrolla, es confiar el poder á una línea particular, y el poder

así conferido continúa necesariamente creciendo á medida que el tronco común se hace mayor, y en el mismo grado que crece el poder de la comunidad. La jefatura de la familia pasa á un Rey hereditario, que llega á considerarse él mismo, y á ser considerado por los demás, como investido de superiores derechos. Con el crecimiento del poder colectivo, comparado con el poder del individuo, crece su poder de castigar ó recompensar, y al mismo tiempo las sugestiones á adularle ó temerle, hasta que finalmente, si no se interrumpe este proceso, llega á arrastrarse envilecida una nación á los pies de un trono, y cien mil hombres trabajan cincuenta años para preparar una tumba á un ser de su misma especie mortal.

Así el caudillo de una pequeña banda de salvajes sólo es uno de tantos, á quien siguen los demás como el más bravo y más prudente entre ellos. Pero cuando vienen á obrar juntos cuerpos más extensos, la selección natural se hace más difícil, se hace necesaria y puede forzarse á la obediencia ciega, y de las mismas necesidades de la guerra, cuando son conducidos en mayor escala, nace el poder absoluto.

Lo mismo tiene lugar con la especialización de las funciones. En el poder productivo hay una ventaja manifiesta cuando el crecimiento social ha ido tan lejos que, en vez de exigir para los fines de la guerra directamente el trabajo á cada productor, se puede fijar una fuerza militar regular; pero esto tiende, inevitablemente, á la concentración del poder en manos de las clases militares ó de sus jefes. El mantenimiento del orden interior, la administración de justicia, la construcción y cuidado de las obras públicas, y principalmente la observancia de la religión, todo ello tiende de un modo análogo á pasar á manos de clases especiales, cuya inclinación es amplificar sus funciones y extender su poder.

Pero la gran causa de toda desigualdad es el natural monopolio que se concede con la posesión de las tierras. Las primeras nociones de los hombres parecen haber sido que la tierra es propiedad común: pero las rudas prácticas por que esto es reconocido en un principio, tales como la repartición anual de las

tierras ó el cultivo en común, sólo son compatibles con un grado inferior de desarrollo. La idea de propiedad, que nace, naturalmente, con referencia á las cosas de producción humana, es fácilmente trasferida á la tierra, y una institución que asegura al que utiliza y mejora la tierra la debida recompensa á su trabajo cuando la población está esparcida, da últimamente por resultado, cuando la población crece y las rentas suben, el despojar al productor de sus ganancias. Cuando el poder político y religioso pasan á manos de una clase social, no solamente pasan á ser propiedad de ella las mencionadas ganancias, sino que la apropiación de las rentas con fines públicos, único medio por que puede ser retenida la tierra en propiedad común, en una organizacion parecida en algo á un alto desarrollo, se convierte en propiedad territorial, y el resto de la comunidad quedan sólo convertidos en terratenientes. Y las guerras y conquistas, que tienden á la concentración del poder político y á la institución de la esclavitud, dan, naturalmente, por resultado la apropiación del suelo cuando el crecimiento social ha dado valor á la tierra. Una clase dominante que concentra el poder en sus manos, pronto concentrará de igual modo la propiedad de las tierras. A ella corresponderán en partición grandes porciones del suelo conquistado, que labrarán los primeros habitantes como arrendatarios ó como siervos, y serán prontamente adquiridos los dominios públicos ó las tierras comunales que, en el crecimiento natural de la sociedad, son dejadas todavía por algún tiempo sin cultivar en todos los países (y en cuyo estado el primitivo sistema de cultivo de aldea abandona á pastos ó á bosques). De esto se pueden ver modernamente muchos ejemplos. Y una vez establecida la desigualdad, la propiedad de las tierras tiende á concentrarse á medida que crece el adelanto.

Sólo intento hacer resaltar el hecho general de que la desigualdad tiende á establecerse por sí misma á medida que avanza el desarrollo social, y no el determinar las consecuencias particulares, que variarán naturalmente con las diferentes condiciones. Pero este hecho principal hace inteligibles todos los

fenómenos de petrificación y retrogresión. La desigual distribución del poder y las riquezas obtenidas por la integración de los hombres en la sociedad, tiende á detener y, últimamente, á contrabalancear la fuerza por cuyos perfeccionamientos se han formado, y en cuya virtud marcha la sociedad. De una parte, la masa de la comunidad está compelida á invertir su poder mental sólo en la existencia de conservación. De la otra, se invierte el dicho poder en conservar y hacer más violento el sistema de desigualdad en la ostentación, el lujo y la guerra. Una comunidad dividida en una clase que rige y otra que es regida, en los muy ricos y los muy pobres, puede empezar como gigantes y concluir como buhoneros expendiendo baratijas; pero serán sus monumentos de cruel orgullo ó de estéril vanidad, ó de una religión desviada de su objeto de elevar al hombre y convertida en instrumento para abatirle. La inventiva puede continuar en cierto grado avanzando por algún tiempo; pero será la invención del refinamiento en el lujo, no las invenciones que realzan el trabajo y aumentan el poder. En los arcanos de los templos ó en los laboratorios de los físicos, puede aún buscarse el conócimiento; pero éste será escondido como cosa secreta, ó si se atreve á salir de la superficie para elevar el pensamiento común ó alumbrar la vida general, será hollado como innovación peligrosa. Como tienda á disminuir el poder mental destinado al perfeccionamiento, la desigualdad tiende á hacer al hombre adversario del adelanto. Harto conocido es, para que necesite aclaraciones, cuán fuerte es la tendencia á adherirse á los antiguos métodos entre las clases que se ven retenidas en la ignorancia, por estar obligadas al trabajo sólo por mantener la existencia; y, por otra parte, es igualmente plausible la tendencia de conservación de las clases á quienes el existente organismo social concede especiales ventajas. Esta tendencia á resistir las innovaciones, aunque consistan en mejoras, se puede observar en toda organización especial, en religión, en leyes, en medicina, en ciencias, en los gremios de oficios, y se hace cada vez más extensa á medida que la organización es más compacta. Una corporación circunscrita tiene

siempre un instintivo disgusto de las innovaciones y de los innovadores, que sólo es la expresión de un instintivo temor de que el cambio derribe las barreras que le circuyen y separan del resto de la sociedad y la robe importancia y poder, estando siempre dispuesta á guardar cuidadosamente su especial conocimiento ó habilidad.

Por este medio es por el que sucede la petrificación al progreso. El progreso en la desigualdad conduce necesariamente el perfeccionamiento á una obstrucción, y si aún persiste ó provoca una vana reacción, abrumará al poder mental con nuevo peso y empezará la retrogresión. Estos principios hacen inteligible la historia de la civilización.

En las localidades donde el clima, el suelo y las condiciones físicas tienden menos á separar los hombres á medida que crecen en número, y en donde, en virtud de esto, se desenvolvió con cierta amplitud la primera civilización, la interna resistencia al progreso se desarrollará naturalmente de una manera más regular y completa que allí donde pequeñas comunidades han desenvuelto diversidades de cultura y fueron conducidas después á una común asociación. Esto es lo que yo pienso que explica los caracteres generales de las primeras civilizaciones, comparados con las civilizaciones posteriores de Europa. Estas comunidades homogéneas, desenvolviéndose desde un principio sin desavenencias ni conflictos entre diferentes costumbres, leyes, religiones, etc., manifestarán mucha mayor uniformidad. Las fuerzas de concentración y conservación, todas impulsaran aunadas, por decirlo así. La rivalidad de los jefes no se contrabalanceará, ni la diversidad de creencias impedirá el crecimiento de la influencia sacerdotal. El poder político y el religioso, la riqueza y el saber, tenderán de este modo á converger en el mismo centro. Las mismas causas que propendieron á hacer hereditaria la corona y el sacerdocio, tenderán también á hacer hereditarias las artes y la labranza, y á separar la sociedad en castas. El poder que de este modo deja libre la asociación para el progreso, será prodigado y se elevarán gradualmente las barreras que han de obstruir el ul-

terior progreso. El sobrante de la energía de las masas se dedicaría á la construcción de templos, palacios y pirámides; en servir al orgullo y saciar el lujo de los gobernantes; y si entre las clases desocupadas ocurría alguna disposición para el perfeccionamiento, sería sofocada inmediatamente, por el temor á las innovaciones. Desarrollándose la sociedad por este camino, debe detenerse á la larga en un conservadorismo que no permita más progreso.

La duración de este estado de completa petrificación parece depender de causas externas, pues los lazos de hierro que rodean al contorno social en su crecimiento, reprimen tanto las fuerzas de desintegración como el adelanto. Esta sociedad será conquistada más fácilmente, pues las masas del pueblo han sido arrastradas á una aquiescencia pasiva en una vida de trabajo sin esperanza. Si el conquistador no hace más que ocupar el lugar de las clases gobernantes, como hicieron los hyksos en Egipto y los tártaros en China, todas las cosas continuarán como antes. Si asolan y destruyen, la gloria de los palacios y los templos sólo se conservará en ruinas, la población se dispersará y los conocimientos y artes quedarán perdidos.

La civilización europea difiere en carácter de las civilizaciones del tipo egipcio, en que nace, no de la asociación de un pueblo homogéneo, desarrollándose desde un principio ó al cabo de un largo tiempo bajo las mismas condiciones, sino de la asociación de pueblos que en la separación han adquirido un carácter distintivo social, y cuyas menores organizaciones han prevenido por más largo tiempo la concentración del poder y las riquezas en un solo centro. La conformación física de la Península griega está dispuesta para separar el pueblo, en un principio, en varias comunidades pequeñas. Cuando estas pequeñas repúblicas y reinos nominales cesaron de malgastar sus energías en la guerra y se extendió la pacífica cooperación del comercio, entonces brilló la luz de la civilización. Pero el principio de asociación nunca fué bastante fuerte para salvar á Grecia de sus guerras de tribu, y cuando se dió fin á estas guerras por la conquista, entonces obró sus efectos la tenden-

cia á la desigualdad, que había sido combatida con varios lemas por los sabios y hombres de estado griegos, y el valor helénico, sus artes y literatura, fueron ya dominio del pasado. Asimismo en el nacimiento y desarrollo, la declinación y caída de la civilización romana, pueden verse los efectos de estos dos principios: asociación é igualdad, de cuya combinación resulta el progreso.

Naciendo el poder romano de la asociación de labradores y ciudadanos libres de Italia, y ganando nuevas fuerzas por la conquista, que trae las naciones hostiles á relaciones comunes, pudo conducir los pueblos dominados á una paz universal. Pero la tendencia á la desigualdad, deteniendo desde un principio el progreso real, aumentó en el mismo grado en que se extendía la civilización romana. Esta no se petrificó, como sus civilizaciones congéneres, donde los fuertes lazos de la costumbre y la superstición tenían sojuzgado al pueblo y probablemente también le protegían, y, en cierto modo, conservaban la paz entre gobernantes y gobernados: la sociedad romana se descompuso, declino y cayó. Roma estaba muerta en el corazón mucho tiempo antes que los godos ó los vándalos hubieran roto el orden de las legiones, y aun en el tiempo mismo en que sus fronteras se extendían. La grandeza del Estado arruinó á Italia. La desigualdad había agotado las fuerzas y destruído el vigor del mundo romano. El Gobierno se convirtió en un despotismo que ni el asesinato pudo atemperar, el patriotismo en servilismo, los vicios más abyectos se ostentaban en público, la literatura descendió á la puerilidad, la instrucción fué olvidada, las fértiles regiones quedaron devastadas sin las asolaciones de la guerra, la desigualdad produjo donde quiera el decaimiento político, mental, moral y material. La barbarie que abrumó á Roma no vino de afuera, sino de dentro de ella. Era el producto necesario del sistema que había sustituído con esclavos y colonias al independiente labrador de Italia, y había dividido las provincias como propiedad entre las familias senatoriales.

La civilización moderna debe su superioridad al crecimiento de la igualdad con el desarrollo de la asociación. Dos gran-

des causas contribuyeron á esto: la explosión del poder concentrado en innumerables pequeños centros á influjo de las naciones del Norte, y la influencia del Cristianismo. Sin el primero, hubiera tenido lugar la petrificación y lenta decadencia del imperio de Oriente, donde la Iglesia y el Estado se habían unido estrechamente, y la pérdida del poder exterior no introdujo alivio ninguno en la tiranía interior. Y en lo que respecta á la otra, sólo hubiera habido barbarie en los principios de asociación ó perfeccionamiento. Los pequeños jefes y señores independientes que donde quiera se apoderaban de la soberanía local, se enfrenaban recíprocamente. Las ciudades de Italia recobraron su antigua libertad, se fundaron ciudades libres, echaron raíces las comunidades de las villas, y los siervos adquirieron derechos en el suelo que labraban. El fermento de las ideas teutónicas de igualdad ejerció su influjo á través de la desorganizada y dislocada fábrica de la sociedad. Y aunque ésta estaba dividida en innumerables y separados fragmentos, no obstante, estaba siempre á todos presente la idea de una asociación más estrecha, existía ésta en los recuerdos del imperio universal; se conservaba, igualmente, en las pretensiones de una Iglesia universal.

Aunque el Cristianismo fué violentado y mistificado al filtrarse á través de una civilización corrompida; aunque los dioses paganos habían sido tomados en su panteón mismo, y las formas paganas, en su ritual é ideas, habían sido admitidas en el credo de aquél, no obstante, su idea esencial de la igualdad de los hombres nunca fué completamente destruída. Ocurrieron dos cosas de la mayor importancia para la incipiente civilización, á saber: el establecimiento del Papado y el del celibato del clero. La primera evitaba la concentración del poder espiritual en la misma línea, de igual modo que el temporal; y la segunda prevenía el establecimiento de la casta sacerdotal, en un tiempo en que todos los poderes tendían á la forma hereditaria.

La Iglesia, á despecho de todo, en sus esfuerzos por la abolición de la esclavitud, en su tregua de Dios, en sus Órdenes

monásticas, en sus Concilios, que unían todas las naciones, y en sus edictos, que circulaban sin obstáculo á través de las fronteras políticas; en el humilde nacimiento de las manos en que colocaba el Signo ante el cual doblaba la rodilla el más altivo; en sus Obispos, que por la consagración eran convertidos en Pares de la más alta nobleza; en su «Siervo de los Siervos,» pues tal corría su título oficial, que en virtud del anillo de un simple pescador clamaba el derecho de arbitraje entre las naciones, y cuyo estribo era sostenido por los Reyes, fué promotora de la asociación, testimonio de la igualdad natural de los hombres; y por la Iglesia misma fué sustentado un espíritu tal, cuando su primera obra de asociación y emancipación estaba cerca de su conclusión (cuando los lazos que ella había atado habían llegado á ser tirantes, y la instrucción que ella había conservado la legó al mundo), que rompió las cadenas con que ella misma hubiera aprisionado al mundo, y en una gran parte de Europa quebrantó la organización de ésta.

El nacimiento y desarrollo de la civilización europea es asunto demasiado vasto y complejo, para ser presentado en su debida perspectiva y relación, en unos cuantos párrafos; pero tanto en sus detalles como en sus principales rasgos, acredita la verdad de que el progreso marcha á medida que la sociedad tiende á una agrupación más estrecha y con mayor igualdad. La civilización es la cooperación. La unión y la libertad son sus factores. La gran extensión de la asociación, no sólo en el crecimiento de comunidades más extensas y más densas, sino en el aumento del comercio y los múltiples cambios que enlazan entre sí á las comunidades y las eslabonan con otras comunidades, aunque éstas se hallen separadas por vastos espacios; el crecimiento de las leyes internacionales y municipales, el progreso en la seguridad de la propiedad y de las personas, de la libertad individual, y hacia el gobierno democrático; el progreso, en una palabra, hacia el reconocimiento de los iguales derechos á la vida, la libertad y la realización de la felicidad, es lo que hace á nuestra moderna civilización en tan alto grado superior á cualquiera de las que le precedieron. Estas son

las condiciones que han dejado libre el poder mental, que ha arrollado el velo de ignorancia que, excepto una pequeña parte, ocultaba el globo al conocimiento del hombre; las que han medido las órbitas de las giratorias esferas y nos invita á contemplar su movimiento; las que nos muestran las palpitaciones de la vida en una gota de agua; las que han abierto á nuestros ojos las antecámaras de los misterios de la naturaleza y leído los secretos del pasado enterrados por largos siglos; las que han puesto á nuestro servicio fuerzas físicas en cuya comparación los esfuerzos humanos son insignificantes, y han aumentado el poder productivo por mil grandes invenciones.

En este espíritu de fatalismo á que he aludido antes, y que penetra la actual literatura, es moda hablar aún de la guerra y la esclavitud como medios de progreso humano. Pero la guerra, que es lo opuesto á la asociación, sólo puede ayudar al progreso cuando previene ulteriores guerras, ó cuando derriba las barreras antisociales, que son á su vez una guerra pasiva.

En cuanto á la esclavitud, yo no puedo ver cómo haya podido nunca haber coadyuvado al establecimiento de la libertad; y la libertad, sinónimo de igualdad, es, desde el estado más rudo que pueda imaginarse en el hombre, el estímulo y condición del progreso. La idea de Augusto Compte, de que la institución de la esclavitud destruyó el canibalismo, es tan fantástica como la humorística noción de Elías acerca del modo como adquirió el hombre el gusto por el lechón asado. Pretende que una propensión que no se ha encontrado nunca desenvuelta en el hombre, á no ser como resultado de las condiciones más antinaturales (la más horrenda necesidad ó la superstición más embrutecedora) (1), es un impulso original, y que el hombre, el superior entre los animales, aun en su más bajo estado, tiene apetitos naturales que no manifiestan los más nobles brutos. Y

(1) Los insulares de Sandwich honraban á sus buenos jefes comiéndoselos. Nunca tocaban á sus jefes tiránicos y malos. Los nuevo-zelandeses tenían la idea de que devorando á sus enemigos adquirían la fuerza y valor de éstos. Este parece ser el general origen de devorar á los prisioneros de guerra.

esto tiene lugar con la idea de que la esclavitud dió principio á la civilización por permitir á los amos tiempo libre para el perfeccionamiento.

La esclavitud no ayudó ni pudo ayudar nunca al progreso. Ya consista la comunidad en un solo amo y en un solo esclavo, ya en miles de amos y millones de esclavos, la esclavitud envuelve siempre una disipación del poder humano, pues no sólo es menos productivo el trabajo del esclavo que el del hombre libre, sino que el poder del amo es malgastado igualmente en aprisionar y vigilar á sus esclavos, y es distraído de direcciones en que reposa realmente el adelanto. La esclavitud, desde su principio hasta su fin, así como cualquier otra negación de la igualdad natural del hombre, ha embarazado y estorbado el progreso. En la misma proporción que la esclavitud toma una parte importante en la organización social, cesa el progreso.

El que la esclavitud fuese tan universal en el mundo clásico, es indudablemente la razón por qué la actividad mental, con su culta literatura y su refinado arte, no acertó nunca en los grandes descubrimientos é invenciones que distinguen á la moderna civilización. Ningún pueblo que haya tenido esclavos ha sido nunca inventivo. Sea la que quiera la causa que degrade al artesano y le robe el fruto de su trabajo, sofocará el espíritu de invención y estorbará el aprovechamiento de las invenciones y descubrimientos aunque hayan sido ya hechos. A la libertad sola es dado el interpretar los poderes que despiertan al genio á cuya custodia están los tesoros de la tierra y las invisibles fuerzas del aire.

Esta es la ley del progreso humano; ¿cuál es, pues, la ley moral? La civilización debe avanzar justamente en la misma medida que la disposición social promueva la justicia, y en el mismo grado que reconoce la igualdad de derecho entre hombre y hombre, y á la par que asegure á cada uno la perfecta libertad, que está sólo limitada por la igual libertad de cualquier otro. Cuando decaigan estas condiciones, la progresiva civilización debe venir necesariamente á un estancamiento ó á un retroceso. La economía política y la ciencia social no puede

dar lección alguna que no esté comprendida en las sencillas verdades que fueron enseñadas al humilde pescador y á los aldeanos judíos por El que fué crucificado hace mil ochocientos años, sencillas verdades que, bajo la urdimbre del amor propio y de los yerros de la superstición, parecen yacer en el fondo de toda religión que se haya esforzado en formular los sufrimientos morales del hombre.

Francisco Molina Salmerón.

(Concluirá.)

EL TEMPLO DE ESCULAPIO EN ATENAS

Una vez que Pittakis ha llegado á descubrir el sitio donde estuvieron los *Propileos*, y que Pausanias dejó escrito que el templo de Esculapio se encontraba en el camino según se iba hacia ellos desde el teatro de Baco y no lejos del sepulcro de *Kalos*, su verdadero emplazamiento se halla entre el teatro, el muro Serpentzé y el Odeón de Herodes Ático. Pero resulta que en la parte meridional del Acrópolis, sitio del cual ahora se trata, había dos templos. Uno próximo al teatro y otro próximo al Odeón, y en terraplén diferente, aunque si el uno constaba de templo, galerías, pórticos y fuente, de templo, galerías y pórticos constaba el otro.

Algunos han querido suponer la existencia de un tercero en el Pireo. En Pausanias nada se encuentra acerca del particular, á pesar de que trata de los que había consagrados en el mismo Pireo á Júpiter, Minerva (Capítulo I, 3.°, *Descripción de Grecia*), por lo que no es fácil de ser admitida la interpretación que da el Escoliasta de Aristófanes de la expresión: Τὸ Ασκληπιεῖον τὸ ἐν ἄστει: *El templo de Esculapio en la Ciudad*, como para distinguirle del que había en el Pireo. Esta expresión aparece ya en algún monumento del siglo IV antes de Jesucristo. El templo de Titané estaba cercado de corpulentos cipreses, y la estatua que él guardaba solamente enseñaba las partes anteriores de la cara,

manos y pies, por estar cubierta de larga y blanca túnica, con su correspondiente palio. Y la de Hygia era difícil distinguirla, por la gran cantidad de pelo que en ella ponían las mujeres, á manera de ex-votos, y por las bandas que la cubrían, según el modo de ser babilónico. Del templo argivo se dice que era notabilísimo, estando en él la estatua en actitud sedentaria, representando una edad viril.

El templo y bosque de Esculapio en Epidauro veíase cercado por todas partes. La imagen del dios, en cuanto á su tamaño, era la mitad de la de Júpiter Olímpico en Atenas. Su materia, oro y marfil. Estaba sentado en el trono. En una mano llevaba el cetro, mientras que con la otra aplacaba al dragón, teniendo á los pies el perro. Más arriba del templo se levantaban las galerías, en las que dormían los enfermos. Hubo muchas estelas, en las que se daba cuenta de las curaciones. La lengua en que estaban redactadas, fué la dórica. Alzábase junto al templo un teatro. El mismo Pausanias, tratando del templo de Esculapio que había en Syción, escribe:

«De aquí arranca el camino que lleva hacia el templo de Esculapio. Estando el caminante cerca de la villa, distingue, hacia la izquierda, dos capillas. La antigua conserva solamente la cabeza de una imagen del Sueño. El postigo está consagrado á Apolo, y en él entra solamente el sacerdote. A la puerta del templo infunde miedo la boca de una corpulentísima ballena. A medida que uno vase acercando á la estatua de Esculapio, preséntanse á derecha é izquierda las de Pan, Diana, sentado el primero y de pie la segunda. Aparece Esculapio imberbe y hecho de oro y marfil, obra de Calamides, teniendo en una mano el cetro, mientras que con la otra sostiene una piña. Según se cuenta, Nicágora, mujer sicyoniana, trasportó al dios, bajo la forma de un dragón, en un carro tirado por machos. Esta Nicágora fué madre de Agasicles y mujer de Equetimo. Pequeñas imágenes penden del techo, y se cree sea la de Aristodame, madre de Arato, la que está en el dragón.» Con estas palabras de Pausanias reciben más claridad las siguientes consecuencias que se desprenden de la *inscripción-decreto*

del sacerdote *Meniscos*, en tiempo del Arcontado de Lysandro, publicada en el tomo II-I. *Addenda et corrigenda* 489[b] del CORPUS INSCRIPTIONUM ATTICARUM. Trató Meniscos de hacer restauraciones á su costa en el templo de Esculapio de Atenas, y de la proposición que hizo al Consejo resulta, según lo que la inscripción contiene, que: *La antigua entrada del santuario estaba en mal estado. Que el techo de la parte posterior del propileo se hallaba muy deteriorado, pudiendo decirse lo mismo de la capilla del* ANTIGUO *templo.* Es decir, que había una *antigua entrada* y *un antiguo templo.*

Dábanse, pues, en Atenas dos templos: el viejo, frente á la puerta antigua, y el posterior, frente á la puerta correspondiente. La distancia de uno á otro era corta, y ambos estaban dentro de un muro circundante. La reparación de Diocles, solicitada llevar á cabo por cuenta propia, era para el primero. Cada uno tenía su puerta y propileo en la muralla circunvalante. El templo servía de morada á la divinidad. Próximamente á éste hallábanse los pórticos, ó sean galerías cubiertas y de buena ventilación, en las cuales se alojaban los que al templo acudían. Para las abluciones y purificaciones de los *suplicantes* y demás operaciones preliminares que el dios ordenaba á los enfermos, había una fuente. Ya se ha tratado antes de los Asclepicios que hubo en Epidauro y en *Tetané.* La opinión de Koehler, para quien solamente hubo un templo, siendo los monumentos del terraplén occidental pertenecientes á un templo de Themís, á una capilla de Isis, á un altar de las Ninfas, y que la fuente era de las últimas, debe ser desechada, por cuanto ya se ha visto no ser el templo de la salud en Atenas el único doble y dedicado al mismo dios. Probablemente ocupaba toda la superficie de los terraplenes de Este á Oeste. El santuario tendría unos cien metros de largo.

Confundidos todos los restos y viéndose mezclados los de la época bizantina con los de muy remotas edades, y hallándose, sobre construcciones pétreas, fábricas hechas de ladrillo, no puede asegurarse sin razonar prudentemente, según la verdad que la ciencia exige, cuál de los dos templos fuera el de más

remota construcción. Hay piedra del Pireo, y conocido es que pertenece su existencia en las construcciones atenienses á la época de las notables construcciones griegas. Esto, con relación al templo occidental. El templo del Oriente tiene datos de tiempos más cercanos; y si junto al templo anterior hay restos de un pórtico de construcción que corresponde al segundo siglo antes de Jesucristo, en el próximo al teatro, que es el más moderno, se trasluce el emplazamiento de otro pórtico construído entre el cuarto y tercer siglo antes de la Era Cristiana, porque el mármol del Hymeto no fué empleado en las construcciones atenienses hasta el siglo IV, y hallándose esta clase de mármol en las ruinas de la parte oriental, no puede su antigüedad remontarse más arriba. Sin embargo, aparece una dificultad aún para conceder que sean del siglo IV, consistente en la existencia de unas columnas dóricas estriadas hasta la mitad de su altura, del mismo modo que las que se encuentran en las *villas* greco-romanas de Herculano y Pompeya: mas teniendo en cuenta las sucesivas reparaciones hechas por sacerdotes celosos, particulares llenos de piadosa devoción, quizás por el Estado mismo, y contándose con la dedicación de un altar en honor del dios, hecha por un tal *Telémaco*, que vivió en el siglo IV, por lo menos acerca de esta época ya no puede dudarse, y sobre todo cuando son dos los monumentos epigráficos que se conocen del mismo Telémaco. Está incompleto el primero y dice así:

Τηλέμαχος ἱδρύσα το
. . . . . ον και τον βωμόν
Ἀσκληπιῶι πρωτ . . . . .
. . . . . οις Ασσκληπι
Λις Ασσκληπι
. . . . . Και . . . . .

Kumanudis lee ἱδρυσατο. De todos modos, basta para el caso

presente la palabra BRŌMON-*ara* y el contenido del verbo ἱδρυω, colocar, juntamente con su completo indirecto Ασκληπιοι. El mismo Kumanudis indica, como perteneciente al templo occidental, un pedazo de arquitrave jónico, en el que se lee: *A Asclepios é Hygia, por la salud de Tiberio César*. Una segunda inscripción se conoce del templo de Demojares de Azenia (arconta), grabada en un gran pedazo de mármol pantélico, sin duda desprendido de algún pórtico. En otras se da cuenta de reparos en los pavimentos, de arreglos de una fuente, sin indicar cuál de las dos fuera, etc., etc. Con todos estos datos, ¿puede seguramente decirse cuál fuera el templo antiguo? En verdad que no. Pero muy probablemente ha de tenerse por tal el próximo al teatro, si bien no se tomen los restos actuales como si fueran los propios del primitivo. El primitivo, ó sería destruído, ó á causa de algún accidente pediría poco menos que una reconstrucción, y en aquel entonces sería edificado el occidental, perteneciendo todo el terreno al mismo edificio antiguo, luégo que de nuevo se vió en estado propio para el servicio del dios y de los enfermos, y muy adecuado á la grandeza de la ciudad de Atenas.

Así ya podía contener dos templos ó capillas, ambas consagradas á Esculapio é Hygia, dos fuentes, los pórticos ó galerías destinados para los enfermos, y las habitaciones del sacerdote y ministros agregados al culto, altares votivos, etc., etc.; y todo esto contenido de Oriente á Occidente, entre el teatro y el Odeón de Herodes y al Mediodía del Acrópolis.

Conviene distinguir con mucho cuidado y no tomar todo el *Asclepieio* cual si fuera todo templo. Este era, por lo general, en tales edificios de pequeñas dimensiones, y se concibe muy bien. Porque, ante todo, se necesitaba mucho terreno para que pudieran estar bien y desahogadamente los que buscaban en el poder divino de *Asclepios* el remedio para su quebrantada ó perdida salud, y espacio para que las entradas y salidas fueran capaces y amplias para los días especiales de culto extraordinario, en los cuales la concurrencia sería numerosísima. El templo no era más que una capillita, aún menor que las

ordinariamente visitadas en las romerías cristianas, y el cual, según *Pausanias,* tenía pinturas. No añade qué clase fuera la de dichas pinturas, y ni siquiera da á entender si serían exteriores ó interiores. Dentro de la capilla se hallaba el mismo contenido que hay en las que se veneran imágenes milagrosas. Colgados en los muros había numerosísimos ex-votos; figuras de manos, pies, ojos, vasos, anillos, monedas y bajo-relieves, en los cuales se vería lo que la divinidad hubiera conseguido hacer, atendida su potencia. Santuarios se conocen en España cuyos altares parecen museos anatómicos, recargados de piernas, brazos, ojos, pechos, y aun de muletas y anteojos; objetos que, si indican buena intención, carecen de valor intrínseco y predican contra la estética. Los objetos solían ser de oro, plata, bronce, y algunos de mármol, y siempre obras de arte. Los que más abundan en las iglesias católicas son de cera. Guardadas las debidas y prescritas disposiciones, podían utilizarse los objetos depositados, pero siempre para el servicio inmediato de la divinidad, dándose cuenta rigurosísima de todo y haciendo constar luégo en estelas de mármol los nombres de los que tales objetos habían ofrecido; así, aun cuando fueran fundidos para el servicio divino, no se perdía la memoria, ni del donante, ni del valor del objeto donado. En el fondo estuvo la estatua de Asclepios, y quizás la de Hygia.

Nada refiere Pausanias. La estatua del dios en Epidauro era de oro y marfil. En Atenas tendrían sus habitantes algún simulacro de los antiguos, cuyo nombre era el de ξόανον? El silencio de Pausanias obliga al escritor á ser cauto en este punto. Siempre que ha tenido ocasión, ha dado todos los detalles necesarios. Cuando se abstiene, señal será de que no le fué muy fácil indicarlo ni aun con visos de probabilidad. Espérense, pues, nuevos datos arqueológicos y epigráficos para resolver este paso, aún incierto. Los epígrafes conocidos hasta el día por la ciencia epigráfica, solamente dicen Θεός, Θεοῦ, con relación á la imagen misma. Sin embargo, de entre los escombros del Asclepieios han salido á flor de tierra bajos relieves, en los cuales se ve al *dios* sentado, de complexión robusta y barba cerrada.

La estatua tendría la misma forma y la misma actitud, y por haber sido de mármol habrá sido destruída, ó siendo de oro, algún *incrédulo* sacó de ella todo el partido posible... No lejos de la representación de la divinidad campearía la cama, en la cual sería acostada la imagen del dios, que para estos usos se tenía en reserva, y que por lo general era leñosa. Para ofrecerle, según costumbre, el banquete, próxima al lecho estaba la mesa. La estatua contaba con acompañamiento. Según los textos de los catálogos dados á conocer por la epigrafía, se encontraba al lado del dios la estatua de Polycritos. Este nombre, ¿corresponderá al famoso médico de Mendé? Monumentos honoríficos y estatuas de médicos célebres circundaban á Asclepios. Se da cuenta de una perteneciente á un cirujano, y entre otros objetos esculpidos se hace mención de un estuche de variados instrumentos quirúrgicos. Contaba el templo con mesas para ofrendas, lámparas, trípodes, colocados en el centro. Todo lo cual constituiría el tesoro de cuyo recinto especial no se hace mención, pudiéndose traslucir por ello que no sería de gran riqueza, cuales fueron los de otros templos. Del templo de Epidauro se sabe por Pausanias que estaba dentro de un bosque sagrado.

Los bajo relieves atenienses presentan á los suplicantes caminando hacia el dios y dentro del templo con la mano derecha levantada, llevando al sacrificio para Asclepios un cerdo y un carnero. Además, vese representado el tronco de un árbol, á lo que se deja traslucir, plantado en medio del recinto sagrado. Entre el templo y las galerías estaban las estatuas del mismo dios y de sus hijos Hyguia, Panequia, Aqueso, Macaon y Yaso, no faltando tampoco Serapis, Pan, Isis, Afrodites, Demeter, Athena, Heraclés, Hypnos, Hermes y las de las ninfas, ya representados en sus estátuas ó por sus altares en sus correspondientes jardines. Algunos héroes, por sus circunstancias muy especiales, tenían sitio en tan venerando lugar.

En la parte interior del muro de circunvalación, ya sostenidos por sus correspondientes pedestales ó empotrados en la fábrica, veíanse grandes bajo relieves, á veces de variados co-

lores, los cuales recordaban escenas votivas en conformidad con el destino del santuario. Las inscripciones fueron en número considerable, y algunas de ellas contenían curiosísimos datos. Los documentos pertenecientes á los archivos estaban escritos en marmóreas estelas, en las que se consignaban los actos públicos propios del tiempo y de los sacerdotes, etc. Debían ponerse á la vista de todos. Parte correspondían á las ofrendas hechas y recibidas, parte á decretos dados en honor de los sacerdotes que cumplían religiosamente con sus obligaciones. No faltaron algunas en las que se mencionaban recompensas dadas á los médicos públicos, ó por su diligencia y esmero en el curar, ó por su notable desinterés.

Dentro de este recinto se celebraban las fiestas de Asclepios é Higia.

Dicho lo que era el templo, considerado bajo su punto de vista material, y conocido su emplazamiento, éntrase ahora en la cuestión del culto, que abraza dos partes: una por lo que mira á los ministros, otra por lo referente á las ceremonias y prácticas religiosas en sí mismas, en cuanto propias de la veneración de Esculapio. Aún se camina entre sombras al explorar el terreno para conocer á ciencia cierta lo que representaron y fueron los sacerdotes en la antigüedad pagana griega. Se ha escrito poco, y conjeturas infundadas abundan en las producciones de los sabios. Puntos hay que arrojan alguna luz después de tener á disposición nuestra tanto monumento epigráfico de los que poco á poco van saliendo de entre los escombros venerandos de los antiguos templos. Los textos de los historiadores y poetas griegos ya se pueden interpretar con más acierto.

Los atenienses, y en general los griegos, llamaban á los sacerdotes ἱερεῖς; y al sacerdote de Esculapio se le denominaba ἱερευς του Ασκληπιου, y también ἱερευς Ασκλαπιου και Υγιειας. Figuraba en primer lugar, y de él dependían todos los que estaban destinados al servicio del culto en el templo. Seguían los *Zacoras*, *Cleiducos*, *Pyrforos*, *Canéforos* y *Arréforos*. Estos cargos constituían todo el personal estrictamente religioso. El SACERDOTE:

sus funciones eran varias; la primera, la alta inspección de todo lo referente al santuario; cuidaba de la conservación y adorno del templo y de cuantos objetos en él se contenían, ya de inmediato servicio del dios, ya respecto de los ex-votos y donaciones, etc. Tenía poder omnímodo, puesto que las leyes le concedían velar por el exacto y riguroso cumplimiento, no sólo de las ceremonias, sino también de todos los ritos peculiares y propios del culto de Esculapio é Higia. También salía responsable de todo ante el Consejo y el pueblo. Cuanto se hiciese en los sacrificios no debía apartarse en nada de lo tradicional y prescrito por leyes positivas. Así como nada podía introducirse de nuevo, *motu proprio*, nada podía variarse tampoco. Pero ¿qué hacía el sacerdote por sí mismo? ¿En qué operaciones tomaba él solo parte? ¿De cuáles era simple espectador? Nada aún se sabe. Girard cita solamente lo que Aristófanes dejó escrito en el *Plutus*, ó sea la víspera de las fiestas: al recorrer los altares, á fin de conocer por sí mismo si se hallaban debidamente dispuestos y adornados, recogía las tortas que en ellos hubieran dejado los *suplicantes*. Pero hay un texto de mucho valor, y por cierto en Pausanias, libro II, Capítulo XXIII, y es muy extraño que Girard no le haya aprovechado; porque además de indicarse que en el templo de Sycion, dedicado á Esculapio, se daba un templo duplicado, lo mismo que en la Acrópolis, léense las siguientes y muy notables palabras: *El postigo está dedicado á Apolo Carneo*, en donde sólo podía entrar el sacerdote, según queda dicho. Era el cargo anual y electivo, y, por lo tanto, sería una casualidad que el sacerdote fuera médico.

Seguía en dignidad al sacerdote el Zácora. Al principio cuidaba de la limpieza y arreglo material del templo, y de su cargo era lo no compatible con la alta dignidad sacerdotal. Apagaba las lámparas cuando los enfermos se entregaban al sueño esperando la visión del dios. En épocas posteriores, adquirió ser dignidad igual á la sacerdotal. Consagraba los ex-votos y mandaba componer los himnos, reparando el templo (cuando no fuesen de consideración) á expensas suyas. Así como el sa-

cerdote era anual y por elección, del zácora nada se sabe acerca del particular. Se deseaba mucho semejante carga. Según Arístides, estaban á su cuidado inmediato los enfermeros CLEIDUCOS. Quiere decir, *llaveros*. Se sabe de uno de la ciudad de *Hera* que tuvo el encargo de llevar las llaves sagradas en determinadas fiestas. En las inscripciones del Acrópolis se leen los nombres de cuatro. También se necesitaba encender el fuego en los altares y aras, é incumbía á los PYRFOROS. Había cargos para las mujeres. Llevaban canastillos de flores y frutas, ó los objetos necesarios para el sacrificio en las procesiones. Concluído el acto, cesaba su obligación. Estas eran las CANÉFORAS y ARRHÉFORAS.

Había también, como encargados administrativos, los *ieropoioi*, quienes entregaban al tesorero lo recaudado por las ventas de pieles de las víctimas sacrificadas en la fiesta Asclepiacia.

Las fiestas principales celebradas en el Asclepieion fueron las *Epidaurias* y *Asclepieias*. En el tiempo comprendido entre Agosto y Setiembre tuvieron lugar las primeras, cuando las Eleusinas. Corresponden al día 18 del mes Boëdromion. El 17 por la tarde se hacían sacrificios, y el 18 por la mañana, á horas no muy avanzadas, el sacerdote degollaba la víctima. Por la tarde habría procesión y acaso algún sacrificio especial. El 19 eran llevados á Eleusis los objetos sagrados, acompañados de la imagen de IACCOS.

Las *Asclepieias* predecían á las *Donisiacas*. El día de su celebración, el 8 de Elafebolion (Marzo-Abril).

¿Tendría Apolo un sacerdote especial y que no fuese el de Esculapio? Al no hacer Pausanias indicación semejante, bien podrá creerse que era uno sólo y el mismo del servicio para Esculapio. No obstante la cita copiada, no se ha puesto en claro qué hacía el sacerdote. Solamente consta lo siguiente: Επιμέλεσθαι δέ αὐτὸν καὶ τας στοιας τας ἐν τῳ Ασκλαπιείῳ ὅπως καθαρά ᾖ.... Debía vigilar (el sacerdote) αυτον ÉL MISMO y con *diligencia* lo perteneciente á los *pórticos* (στοιας), etc. (Véase la *Revista de Atenas* Αθήναιον VII, pág. 207, núm. 2, línea 24). Las curas y los *mila-*

gros, ¿se verificarían en su presencia? Las inscripciones de las estelas nada refieren, si bien por otras *inscripciones-decretos* se sabe que él proponía al Consejo y al pueblo la fundición de los ex-votos. Este punto pertenece, es verdad, á la parte administrativa. A causa del texto arriba copiado, se ha visto que en Syción entraba solamente en el pórtico el sacerdote.

Asclepios es considerado como hijo de Apolo. En cuanto á lo propio y exclusivo del culto, ¿convendría con lo del culto de Apolo? Sería sumamente largo el artículo si se tratara la cuestión del culto privado. Quizás en otra ocasión pueda hacerse, dando cuenta al mismo tiempo de las estelas, á las que hace referencia Pausanias y que han aparecido en Epidauro.

Bernardino Martín Mínguez.

EL PROYECTO DE LEY

SOBRE SERVICIOS POSTALES MARÍTIMOS

Entre los proyectos de ley presentados por el Gobierno y que serán reproducidos al inaugurarse las tareas de la segunda legislatura, figura en primer término el referente á los servicios postales marítimos, encaminado á confiar á la empresa Trasatlántica, no sólo las comunicaciones con nuestras provincias de Ultramar y posesiones de Asia, sino el recorrido de otro más extenso trazado que abarque muchos de los puertos de África y América.

Las discusiones en la prensa, así como lo manifestado ante la Comisión del Congreso por Diputados y navieros, unido á la importancia del asunto, ha sido causa de que la opinión fije su atención en el proyecto de ley, examinando, no sólo lo que significa para el momento, sino lo que representa para el porvenir de nuestra navegación de altura.

La visible decadencia de la marina mercante, la falta de comunicaciones ordenadas entre la Península y los mercados de América y de África, la necesidad de aumentar el comercio nacional, buscando unas veces el punto productor de las primeras materias y otras el mercado para el consumo de nuestras manufacturas y productos agrícolas, hacen comprender en el Gobierno el deseo de conjurar la crisis presente y de abrir

nuevas vías que aseguren el progresivo desarrollo de la riqueza.

Digno es, por muchos conceptos, de aplauso el pensamiento del Gobierno, y causa, en verdad, profunda y amarga pena que, mezclándose el interés privado con el general del país haya reducido la cuestión, empequeñeciéndola, desde el momento en que se exige, no una subvención para el servicio, sino una protección decidida á determinada empresa.

No es nuestro ánimo rebajar la importancia de la Compañía Trasatlántica, ni mucho menos despreciar las condiciones de sus buques; nos apartamos voluntariamente de lo particular, para fijarnos sólo en el proyecto con relación al servicio, sin tener en cuenta intereses peculiares de empresas ni de navieros.

Se trata de un servicio público de la mayor importancia, que exige, no sólo la iniciativa del Gobierno, sino la intervención del Parlamento, y no es posible estudiarlo en otro orden de ideas que en el elevado de los intereses generales, prescindiendo de otros, si también legítimos, menos atendibles para el país.

En este concepto, nos parece más propio de los poderes públicos presentar un proyecto que abra las puertas á todas las empresas, capaz de producir en la competencia y noble emulación la mejora en todos los medios propios de la oferta no limitada, y que produzcan el éxito que lleva consigo la libre concurrencia.

En la forma que se ha dado al proyecto, aparece sólo una autorización para llevar á cumplido efecto, y con las garantías propias de una ley, un contrato préviamente celebrado con la Compañía Trasatlántica; lo cual limita de tal modo la libertad de acción, que no es posible ni el concurso, ni la licitación de ningún género.

Antes de reducir á términos tales la reforma en el servicio marítimo postal, debieran haberse llenado otras exigencias en beneficio del interés público.

Por iniciativa provechosa del actual Gobierno, se estable-

cieron y funcionan Cámaras de Comercio en todas las poblaciones de importancia. Estos centros, compuestos de personalidades inteligentes y prácticas en todas las manifestaciones del comercio, debieran prestar el concurso de su saber y de su experiencia, siendo el asunto digno de una información amplia, en la que se hubieran expuesto, no sólo asesoramientos provechosos, sino tal vez soluciones de grande utilidad y de provechosa trascendencia.

Recientemente, y con el solo objeto de conocer y apreciar la situación de una comarca respecto á la producción arrocera, se nombró una Comisión, compuesta de reconocidas capacidades, que informase al Gobierno los medios más adecuados para resolver una cuestión arancelaria sin irrogar lesión á los intereses del productor ni á las facilidades del consumo. Si un interés regional merecía estudio tan minucioso, con más razón debiera haberse seguido igual ó parecido procedimiento respecto á la concesión de un servicio que afecta, en primer término, al interés general del comercio, y en segundo, á una industria tan afligida y decadente como la naviera, y en la función más importante, cual es la navegación de altura.

Entre nosotros, con más ó menos fortuna, existen Compañías que, sin otro auxilio que el de sus peculiares esfuerzos, sostienen líneas de vapores entre los puertos de la Península y los de las Repúblicas hispano-americanas. Desde el momento en que funcione otra empresa al amparo del patrocinio oficial, con fuertes subvenciones por cada milla que recorra y exenciones arancelarias para los productos ó mercancías trasportados con su bandera, no sólo será difícil, sino imposible toda competencia, y la Compañía subvencionada se encontrará en el disfrute de un constante privilegio, capaz de asegurarle una exclusiva provechosa para su propio interés, al mismo tiempo que extinga toda iniciativa privada y que haga imposible la existencia de toda otra empresa alejada de la protección y entregada á sus recursos privados. El día en que se lleve á efecto el contrato con la Trasatlántica, los navieros españoles separados de la Compañía favorecida, no sólo tendrán que alejarse de los

puertos de nuestras posesiones, sino que se encontrarán forzosamente apartados de Marruecos y de la América española, teniendo que apagar las calderas de sus buques y dejarlas como capitales muertos junto á muelles donde no se amontonen mercancías para su tráfico.

La protección dispensada á una sola empresa, se trata de justificarla como muestra de gratitud por los servicios prestados á la patria durante la campaña de Cuba. No negamos el patriotismo de la empresa de vapores López y Compañía, trasportando tropas y efectos para atender á las exigencias de la guerra separatista sin exigir inmediato pago á un Tesoro empobrecido por grandes desastres nacionales. Pero es fuerza reconocer que el Estado, en cuanto le fué posible, satisfizo aquellos legítimos créditos; que en fecha bien reciente ha llevado á cabo un empréstito de considerable importancia para pagar los intereses del Banco Hispano-Colonial y los débitos restantes á la Trasatlántica, y que lo cobrado por importe de trasportes representa mucho más que el total valor de la flota presentada por la Compañía para recoger en su beneficio el conjunto de los trasportes marítimos.

Sin registrar mérito alguno á las prórogas admitidas para el cubano, no es posible olvidar que otras deudas más sagradas y que constituyen el sustento del pobre, no se encuentren satisfechas aún, ni lo estarán dentro de bastantes años. El Banco Hispano-Colonial y la Trasatlántica, habrán cobrado tarde, pero al fin cobrarán, y no sin largueza, los intereses de su deuda y los servicios de su flota; en cambio los pobres licenciados del ejército de Cuba, las familias de los fallecidos en defensa de la integridad de la patria, no han logrado ni una parte siquiera de sus modestos alcances, y ni siquiera encontraron medio de pago en la operación de crédito ultimamente realizada.

Las grandes empresas alegan con razón en su abono unos cuantos años de paciencia, y la demora, por tanto, de sus periódicos dividendos; los pobres soldados que sobrevivieron á la campaña distraen el hambre de sus hijos con el relato de sus sufrimientos, y las familias de los fallecidos entregan al espe-

culador, con el abonaré de los alcances, por unas cuantas pesetas, la herencia no recibida, pobres ahorros salpicados con la sangre de oscuro y olvidado mártir.

En cuanto al verdadero interés del público, los servicios marítimo-postales no deberían en modo alguno quedar reducidos á una sola empresa por un número de años bastante para asegurar la institución de un verdadero monopolio. La mayor parte de los Gobiernos de otras naciones tienen establecidas líneas paralelas de navegación, suvencionando á distintas Compañías. Por este medio obtienen en primer término una protección bien dispensada á la navegación de altura, y en segundo un resultado de práctica utilidad para el servicio público. La intervención de Compañías diversas suscita entre ellas la emulación, produciendo el beneficioso efecto de adelantar constantemente en velocidad y mejorar todas las condiciones del trasporte.

Merced al servicio de las líneas paralelas de navegación, se hacen rápidos y cómodos viajes en los buques de la Mala inglesa y de las Mensajerías de la República vecina, y los fletes para el comercio se reducen á los términos aceptables que impone el principio económico de la libre concurrencia.

Entre nosotros, al establecerse una sola Compañía privilegiada, ni será posible la competencia, ni el comercio encontrará ventajas, ni será posible la desaparición de todo abuso, por mucha que sea la intervención oficial; y á pesar de cuantos Inspectores se nombren para cuidar de que no sufran lesión los intereses del público, esto está en la conciencia de todos, pues ejemplos, por desgracia, tenemos de la manera como se imponen determinadas empresas.

Para terminar estas impresiones acerca de un proyecto de importancia y de trascendencia, no podemos por menos de lamentarnos, al ver que en nuestro país no logra la experiencia curarnos de errores, causa casi exclusiva de públicas y particulares desgracias.

Siempre los hombres del Gobierno han hecho del privilegio un sistema. Primeros colonizadores en el Continente americano,

instituimos el monopolio para matar las fecundas iniciativas de la libertad de comercio, llevando el tráfico á los dominios de unas Compañías privilegiadas, menos soportables que los rigores dictatoriales de los severos organismos del poder. Comercio sostenido en semejantes condiciones, en vez de ensanchar su esfera de acción limitaba poco á poco sus medios de resistencia, y tras una vida artificiosa, mantenida al calor de la protección oficial, ni desarrolló la protección, ni extendió el consumo, ni dejó establecida la permanencia del mercado.

Ha trascurrido mucho tiempo, y aún sentimos y sentiremos las consecuencias de tan sensibles guerras, viéndonos obligados, en vez de recibir auxilio de las Colonias, á llevarles los recursos de la Metrópoli.

Hoy, en el orden de la navegación, hacemos una cosa parecida; vamos al establecimiento de una Compañía privilegiada y exclusiva; á la vuelta de muy poco tiempo, habremos sacrificado la poca navegación de altura que aún mantiene nuestra producción y nuestro fatigoso comercio; dentro de algunos años, no se habrá creado nada y estaremos sujetos á las imposiciones propias de toda especulación que no tiene competencia y que cuenta con plazo indefinido y con las garantías litigiosas de las cláusulas de un contrato.

Antonio García Alix.

FILOSOFÍA DE LA MISERIA [1]

SUMARIO: Explicación previa.—Preliminar general de filosofía economista.—Absorción de todos los elementos de la vida social por la política.—Disolución.—Determinación del problema social de la miseria.—Estado de la cuestión.—Términos críticos del problema.—Sus términos reales.

I

Aun cuando hay de quien se dice que *vive con filosofía su miseria*—porque resignadamente la soporta—y de séres miserables que *tienen su filosofía*—porque hábilmente explotan la compasión que saben inspirar á los demás—no es que el estado de miseria tenga *su filosofía especial;* es, antes bien, que la Filosofía puede hacerla objeto de su estudio y averiguar su generación, seguir analíticamente su desarrollo é indicar los medios sociales que conviene oponer á su crecimiento y los procedimientos adecuados para remediarla. He ahí lo que en el presente estudio nos proponemos.

(1) Terminábamos con una promesa el artículo *El Economismo*—publicado en el número de esta REVISTA correspondiente al 10 de Julio—y nos disponemos á cumplirla. Decíamos allí que no debíamos esperar de la pródiga munificencia del tiempo la solución al problema de la miseria, y nos proponemos resolverlo en el presente estudio, que procuraremos reducir al límite de tres artículos.

Recorriendo el áspero camino de la vida con ánimo de examinarlo y de reparar sus dificultades, para facilitar la marcha de los hombres, sálenos la historia al paso con *la miseria esculpida en la frente* y *la prosperidad grabada en el corazón*. Y es que la prosperidad ha sido, desde siempre, el deseo de todos los tiempos y de todos los pueblos; la miseria, el resultado final de la vida.

Como quiera que, aun cuando nos proponemos ésta con resultado individual, no podemos hacerla sino socialmente y pegados al mundo en medio del cual vivimos, hemos de concertar nuestra acción con la acción de los demás y con el estado de los elementos.—Depende todo del concurso de circunstancias que se invierten en los hechos, lo cual escapa á nuestra penetración.—Según el concierto de aquéllas, relativamente á nuestros propósitos, nos decimos *afortunados* ó *desgraciados*. Así es que si, obtenemos un fin satisfactorio, es por *casualidad*. Lo recogemos comunmente adverso, por *fatalidad*. Son las dos ocultas fuerzas que conducen la existencia (1). Rudy (2) amó á Babette y logró casar con ella, por casualidad; pero no colmó su dicha, por fatalidad. En cambio, por fatalidad, Knoud (3)

(1) La existencia *histórica*, no la existencia *reflexiva*: esto es, en cuanto determinada concisamente en el pensamiento. Con efecto, reflexionamos un propósito y nos trazamos un plan para ejecutarlo; íntimamente vemos el fin y mucho de lo que puede *favorecer* el resultado y *contrariarlo*: en vista de todo lo cual, regulamos *discretamente* nuestra acción. Acontece, sin embargo, en la experiencia, que nuestro plan se desbarata; bien por falta de condiciones personales para su ejecución, ora por escasez de previsión; ya porque lo pensado favorable se trueca en adverso, ó porque los elementos de este carácter superan á los dotados de aquél, etc. Eso constituye la *fatalidad*. Otras veces sucede lo contrario: todo concurre al éxito, y lo menos previsto sale al paso en pro de nuestro objeto; y aun lo fundadamente pensado adverso conviértese en favorable, en el concurso general de circunstancias, coincidencias, accidentes, relaciones, etc., que pueden concurrir en el desarrollo histórico de un plan ó efectivación de una conducta. En eso consiste la *casualidad*. Podemos, por tanto, conceptuar la fatalidad: *la contrariedad histórica de nuestros planes íntimos*. Y la casualidad: *la imprevista asistencia de las circunstancias al favorable resultado de nuestros propósitos*. Por consiguiente, es la primera el agente de la desgracia; la segunda eslo de la fortuna.

(2) *Cuento* de Andersen.

(3) Otro *Cuento* de Andersen.

no pudo lograr nada de Juana, aunque se lo propuso todo, porque la casualidad no le asistió jamás.

Ha sucedido á los pueblos lo propio que advertimos en los individuos. El Oriente, el Occidente, los helenos, los latinos, los bárbaros, los árabes...; Persia, Judea, Babilonia, Palmira, Ninive, Cartago, Sidon, Grecia, Roma, Venecia, Francia, España...; los sacerdotes, los guerreros, el pueblo..., han sido asistidos por la casualidad un momento y han brillado un día; luégo la fatalidad les ha barrido de sobre la haz de la tierra.

La Naturaleza, por otra parte, no recuerda un solo instante de salud perfecta, porque los estados son relativos á las organizaciones, al medio, al momento.....

Ni tiene memoria el corazón de uno solo de sus anhelos en cuya satisfacción haya podido regocijarse ni sido constante, porque son ambos estados contrarios á nuestra naturaleza (1).

(1) A la primer mirada parece esa una simple afirmación pesimista; reflexionemos un poco con objeto de fundarla.

A. CONSIDERACIÓN TRASCENDENTAL. El ser desenvuelve históricamente, ó hace efectivo en tiempo, su contenido, por lo cual no son nuestros estados simples *efectos* de una causa, sino momentos en los cuales el ser (sujeto de esos estados) se hace, elabora su historia: mas, como quiera que son cada vez esos estados engendrados con sustantiva propiedad y en sí mismos, en lo tanto, objetivamente reales, de un lado, y, de otro, es racional el principio generador de aquéllos, síguese la material imposibilidad—por la condición limitada de nuestra organización individual—de *persistir* en *un estado* por la obvia razón de que entonces no se harían posibles los siguientes, y acabaría nuestra historia en aquel punto, no obstante la subsistencia del ser, lo cual es contradictorio en los términos y absurdo en sí mismo. Ahora bien; cada momento tiene sus estados consiguientes y *de tinto*; frecuentemente, si no contradictorios entre sí, opuestos. En nuestra consideración metafísica, por tanto, es la *inconstancia* la forma de nuestra historia.

B. CONSIDERACIÓN FISIOLÓGICA. Nuestro organismo está constituído por varios órganos, cada uno de los cuales es conformado por su función, y funciona según su conformación propia y tiene exigencias nutritivas que son inherentes á su mecanismo propio (composición y función). Por eso, quien se alimente de una sola sustancia, sentirá hambre, aun después de harto, y acabará por morir de anemia. Hasta tal punto es este principio fisiológicamente axiomático que, dada una enfermedad y el género de vida del individuo, es posible determinar su alimentación. Asimismo, conocida ésta y el género de vida, puede trazarse *á priori* la historia patológica de aquél. Por consiguiente, para vivir *necesitamos variar* los materiales de nuestro sustento.

A los sacrificios, á los locos arrebatos, al ardiente fuego de la cosa deseada, se suceden, cuando la posesión es efectiva, el cansancio, el hastío, el tédio, el frío, el asco, el más profundísimo asco. Y es que lo espontáneo y connatural es la inconstancia; la constancia no puede resultar más que del cálculo. Ni habéis obtenido una satisfacción sino con esfuerzo y con dolor, ni habéis gustado un placer sin saborear al punto mismo sus amargas heces. Por eso, ni puede ser la vida más que una serie no interrumpida de deseos, ni otra cosa que un sufri-

C. CONSIDERACIÓN LÓGICA. Son nuestros *estados racionales* engendrados por *hechos reflexicos*, labrados á la directa vista de su objeto. Y como quiera que éstos son *rectificables*—por las naturales exigencias objetivas del conocimiento—y *modificables* aquéllos—porque la conciencia se forma en los *estados* de la razón (certeza)—no hay posibilidad racional de asegurar *á priori* mantener una afirmación. Puede suceder, y con frecuencia acontece, que otro día, al pensar en la misma cosa, penetremos más de ella ó hayamos eliminado del conocimiento algún elemento subjetivo, y entonces nos es racionalmente impuesta una afirmación distinta, como el natural producto de un estado racional nuevo.

Por eso es irracional, de un lado, la *obstinación*, y de otro, la pretensión de *responsabilidad*—exigida por el espíritu tradicional—á quien varía sus afirmaciones. Dicho se está que este principio no asiste á la *vanidad:* la modificación de nuestros estados íntimos ha de ser *racional* ú *objetiva*. Cuanto la prudencia aconseja es no inspirarse en la *vanidad*, asegurando de la conciencia una constancia á que la razón no puede asistir. Lo mejor es trabajar sin alarde y afirmar siempre lo que en nuestra investigación encontramos, sin consideración á lo afirmado ni precoces entusiasmos; que la ciencia no se nutre de elementos subjetivos: poner toda nuestra consideración en la cosa y rever cada día nuestra obra anterior y reedificarla silenciosamente en cada vista; tal es lo exigido. A esa comedida reserva se la ha denominado *modestia* y cualificado *virtud*; pero no es más que el consiguiente resultado á la imposición de la razón sobre el sentido: un hecho natural (de gravitación).

D. CONSIDERACIÓN ANTROPOLÓGICA. Nuestros estados humanos son complejísimos, porque presuponen en unidad (sintética-orgánica) la totalidad de nuestro ser individual. Verdad que nuestra historia debe ser conducida por la razón, y la generación de aquélla tiene lugar en ésta; pero es influído el desarrollo de la primera por multitud de agentes que colaboran con la segunda á la producción total: hemos nacido en *un medio social*—cuya cualidad accidentarán la casualidad ó la fatalidad,—estamos dotados de *una organización, de la cual somos víctimas*; habitamos *una determinada región*; respiramos *un clima;* nos *alimentamos* y *vestimos* como podemos.....; etc. Todo lo cual—sometido á la variable acción de la naturaleza y de la fortuna—influye nuestras necesidades y con-

miento constante: *vivir es sufrir*. Y si por desgracia vuestra llegáis á amar, ¡desdichados!.... Sólo la indiferencia puede procuraros una muy relativa calma. Si no la conseguís, habréis de recoger todas las decepciones, todas las intranquilidades, todas las zozobras, las cuales minarán vuestra organización.

Vuestras necesidades, aun las más imperiosas, no es que las satisfacéis, las exasperáis procurándoos algo, lo más sustancial, con que alimentar su esperanza (1) de sentirse satisfechas

forma nuestros gustos, los cuales se traducen en nuestros estados de cada momento y en los hechos que concretan éstos. La contrariedad produce disgusto, alegría la satisfacción, tristeza y retraimiento el dolor; la posesión hastío, la privación deseo, la rivalidad enojo, la adulación soberbia, la indiferencia depresión; ensimismamiento la pobreza, la riqueza expansión...; se habla bien de la mujer y se la mira con ilusión después de algunos días de abstinencia, como se idealiza el hambriento un pedazo de pan; pero se aparta de ella con asco después que la satisfacción ha tenido lugar, como molesta la presencia de los restos de los alimentos que nos han repleto el estómago, etc. Cierto es que frecuentemente no nos mostramos tal cual somos ó según estamos: es en holocausto de las *apariencias* ó de la *conveniencia*. Aparecemos de *conducta uniforme* y de *carácter constante* como resultado del *cálculo*: no somos leales. El enamorado que asegura á su querida amor, no ya *eterno*, pero siquiera *durable*, procede como insensato, y quien de su querida lo cree es un mentecato: nada hay tan flexible ni variable como el amor, ni nada que admita más mistificación. Como radicando en el vientre, tiene *algo* y aun *algos* de *escrementicio*. Ahora bien; cuando las materias fecales se acumulan en el recto, deseamos y buscamos, para satisfacer la necesidad, una cloaca; si bien, por comodidad, la preferimos limpia, ó lo menos mal-oliente posible; satisfechos ya, no volvemos á pensar en ello.

(1) Y la necesidad no la experimenta; la necesidad sólo siente la satisfacción, y eso porque la *alimenta* y *nutre*. Sucede á la necesidad lo que á todos los organismos. ¿Alimentáis el cuerpo? Pues no se nutrirá y desarrollará orgánicamente; antes bien, se nutrirá y desarrollará más el órgano cuyas necesidades más hayáis provocado: proporcionalmente al ejercicio específico. ¿Alimentáis el pensamiento? Pues se nutrirá y desarrollará en razón directa de su trabajo analítico (discreto-facultad). Teniendo en cuenta, eso no obstante, que si el ejercicio no es racional—si la resistencia impuesta no es proporcional á la potencia inherente á su cualidad—no hay nutrición capaz de restablecer la facultad en su poder; su destrucción es fatal. Hay más; no sólo es que hemos de restablecernos de las pérdidas sensibles causadas por el consumo y ocasionadas por el trabajo; es que la salud (antropológicamente considerada) exige no poner en acción el total de la potencia; para no comprometer todas las fuerzas, si no queremos sentir los horrores de la inercia, en el supuesto, por otra parte, que tiene lugar diariamente en los seres un gasto en el cual nunca se reintegran; por eso se deterioran y envejecen: es que *la integración no equivale nunca al consumo*.

en otro tiempo, que nunca llegará, y si llega, por fausto acaso, obráis siempre con temor (de mañana) y con cálculo (de lo que exigen otras). ¿Hay, quizás, quien llame *vivir* á eso? Nosotros lo denominamos *sufrir*, y entendemos por vivir el hecho de poder entregarse con ánimo sereno á lo que agrada, cautiva nuestras aptitudes y absorbe nuestra atención. Ahora bien; ¿quién es el dichoso mortal que en el trascurso (siempre largo) de su vida puede hacerlo una sola vez? Os consagráis hoy á vuestro asunto favorito, y os agobian mañana las imperiosas atenciones que dejásteis de satisfacer el día anterior. Este año os abre amorosa su fecundo seno la Naturaleza, y á seguida dispónese el vientre á todas las expansiones, se mira á la mujer menos sañudamente, alégranse los hombres, inclínanse menos difícilmente al amor, y los matrimonios se multiplican y la población crece. Al siguiente año ciérraos implacable su seno aquélla, y la alegría espira en los estómagos desde el momento que escasean los alimentos, la población se siente amenazada, comienza por enervarse y palidecer y acaba por morir ó emigrar; la población disminuye, los ánimos se entristecen, enervan y debilitan, y los hombres empiezan á sentir remordimientos por los locos raptos de alegría á que se sintieron trasportados, por la engañosa satisfacción de un día en que sintieron lleno el estómago.

Eso no obstante, se ha dicho por los optimistas ser el *mundo que habitamos el mejor de los posibles*. Bienaventurados aquellos quienes, *sin ilusión*, han podido asegurarlo (aunque sospechamos que con error ó mala voluntad), porque ellos se cuentan en el escaso número de los mortales á quienes ha ido bien en esta mísera tierra. Esos no han debido sentir necesidad, cuando chicos, de animales á los cuales estrangular ó sacar los ojos, ni de sostener ó malograr caros intereses cuando grandes. Ni de sudar mucho para comer poco y mal, ni encontrádose á oscuras durante el tiempo en que el sol no alumbra, ni hallado valladar en sus aspiraciones, etc. Es decir, esos, á imitación de Job, el personaje del poema judío, ó están dotados de una organización sin color ni sombra, ó son unos hipócritas solapados

que aspiran á la apoteosis en vida. ¡Muchos son los que por ese procedimiento han conseguido la aureola de la santidad en la tierra! Mas ¿sabemos, por acaso, si es santificado en el *cielo* lo que se santifica entre los hombres? Allá (si allá existiese y la hipocresía no tenía validez ó la insipidez no era premiada) no se contarán por millares los santos y los héroes, cual sucede entre nosotros.

Acontece con frecuencia que nuestros juicios dependan de nuestra organización. Eso no obstante, no carecemos de criterio que nos certifique en nuestros pensamientos; bástanos someter los elementos que nos *individualizan* al principio que nos objetiva; la *razón*, á cuya presencia no puede concluirse más que el mal y la adversidad (lo que tememos); como necesario resultado; la satisfacción y el bien (lo que deseamos), como interposición accidental, imprevista, sorprendente.

Al leer esto, no faltará algún precipitado que lo suponga una *queja*; no, no lo es; reconocemos la necesidad, la fatal necesidad de que suceda así. No hacemos más que recojer la realidad y declararla, protestando á la vez de cuantas ilusiones tienden á falsearla. *La vida está minada por el dolor; la conducta por la contrariedad.* Que el dolor y el mal son *fatales,* lo eleva á evidencia (si es que, por acaso, para alguno, la experiencia personal no) la sencilla consideración siguiente: *La naturaleza engendra la necesidad* (mal); *nosotros hemos de esforzarnos para satisfacerla* (dolor). A pesar de que dice el Evangelio que quien se cuida de los lirios de los campos y de las aves del cielo no desatenderá jamás á sus criaturas predilectas. En conformidad á esa máxima, la oración es un principio teológico. Eso no obstante, sentimos *hambre*, y sin esfuerzo nadie come; experimentamos la *desnudez*, sin que el cielo se cuide de vestirnos. Todo lo cual funda el juicio de la *ineficacia* é *inutilidad* economística de la oración.

Si hay á quien le ocurra la observación de que no toda la vida se resuelve en los límites—que los devotos llaman estrechos—del economismo, habrá de advertir que la ciencia es el natural fruto de la reflexión, y no obra de inspiración del Santo

Espíritu; que es el arte obra de compleja labor intelectual y técnica, etc. Y que los hombres no satisfacemos ninguna de nuestras necesidades sino mediante el obligado esfuerzo que es consiguiente y fatalmente obligado (necesario) para trasformar en obra la idea engendrada por la necesidad sentida. Y como quiera que, según notaremos, es la vida la síntesis de nuestras necesidades y no es posible vivir sin satisfacerlas, ni satisfacerlas sin sufrir, en la doble cualidad que les es aneja—por el hecho de experimentarlas y por el trabajo impuesto para resolverlas—la vida es dolor; vivir es sufrir, y necesario el mal, como la ley de nuestro ser y la *conditio sine qua non* de existir.

La ignorancia, la duda y el error en el pensamiento; las pasiones en el corazón; en el cuerpo la enfermedad...; necios cuando chicos, cuando grandes tontos, impertinentes cuando viejos..., insoportables siempre... ¡Decid, insípidos optimistas, decid! ¿Dónde—fuera del pensamiento—está el bien ni cosa que buena sea?

La adversidad en el pensamiento lleva al *escepticismo*, en el corazón á la *indiferencia*, en la vida á la *desesperación*, en el orden económico á la *pobreza*; formas distintas de la *Miseria*.

Y como quiera que el número de circunstancias adversas es, á la larga, mayor que el de las favorables, la fatalidad es la *ley*; la casualidad el *accidente*: la prosperidad un *deseo*; la miseria lo *real*.

Ahora bien; trátase de reducir la miseria, para lo cual hay necesidad de aumentar el número de circunstancias favorables sobre el de adversas. *Deseamos llegar á la prosperidad del mayor número*, en el aspecto económico siquiera sea; porque ya es teórica y experimentalmente axiomático que la pobreza no puede producir más que ignorancia y vicio, á pesar de la pretensión de todas las confesiones religiosas, la cristiana en primer término.

II

Supone la vida el *consumo* de cuantos elementos hay necesidad para producirla y sostenerla, lo cual exige, de parte de cada consumidor, la *producción* de esos mismos elementos. Y como quiera que la vida no ofrece solución ni tiene espera, el consumo es *incesante*, y así mismo ha de ser la producción, si no ha de sentirse interrumpida la satisfacción—siempre creciente—de nuestras necesidades.

Sálenos en este punto al paso—planteado por un fenómeno biológico—un problema crítico de trascendental importancia, cuyo examen no debe dejar pasar desapercibido la filosofía economística. Nosotros hemos de estudiarlo aquí mismo, porque habremos de utilizar su solución en el curso de este trabajo.

Helo aquí en preparación:

Tenemos por objeto (entero) en la vida la realización (histórica) de nuestra personalidad en esferas determinadas por nuestras *aptitudes* y *vocación*, lo cual *nos crea* y acumula en nuestro derredor un *montón* de necesidades *específicas*, las cuales habremos necesariamente de satisfacer, con *sacrificio*, si no de nuestra personalidad y *lesión*, del objeto propuesto.

El carácter, además, de cada satisfacción no es, como se ha dicho, «nuestra complacencia y plenitud;» es, antes bien, de *crearnos nuevas necesidades* (1): cada satisfacción las multiplica. Y como las satisfacciones van inherentes á la vida, podemos, economísticamente, definir ésta: la *expresión sintética de nuestras necesidades.*

Ahora bien—he aquí su planteo;—¿cómo hemos de atender á la satisfacción de éstas? Cada una solicita de por sí, y en par-

(1) Véase en esta REVISTA el número correspondiente al 10 de Julio, artículo *El economismo*.

ticular, nuestra atención (1), é inclina á su satisfacción nuestra actividad. ¿Cómo y dónde hallaremos los materiales economísticos correspondientes? Es en vano buscarlos. La naturaleza no ha podido ser tan previsora y no puede resultar tan pródiga. En la naturaleza encontramos cosas en el estado que les es propio, á cuya vista advierte el observador reflexivo la trasformación que hay necesidad de operar en ellas para adecuarlas á un determinado servicio: hacerlas *útiles*, mediante la encarnación en ellas de una idea y la aplicación de un procedimiento y un esfuerzo, hasta convertir en *útil* la cosa *bruta*.

He aquí, por consiguiente:

Una *necesidad sentida* y la obligada tendencia á satisfacerla.

(1) El *egoismo* caracteriza la necesidad, porque sólo se siente á sí misma; por eso va inherente aquél á todo ser que vive. Cada planta absorbe los jugos de la tierra sin tener en cuenta á las que crecen á sus inmediaciones, las cuales, si son menores, mueren de hambre.—Los animales se devoran entre sí, y sólo conceden participación á otros cuando, hartos ya, abandonan la presa.—Entre los hombres es el despojo cosa corriente: se deshonran, se utilizan, se abandonan.., según el género y el imperio de sus necesidades y la potencia con que se sienten para hacerlas efectivas. La de egoista ha llegado á ser una calificación denigrante. ¿Por qué? Quien apostrofa á otro con ese adjetivo, es porque no quedó para él lo que el otro tomó: es también un egoista (aunque hipócrita). ¿Cuál es, además, el criterio para definir el límite de lo que cada uno debe tomar para sí, sin exponerse á la calificación dicha? ¿Es la necesidad de los demás? Pero, ¿no es antes, para mí, y más imperiosa la necesidad propia que la ajena? ¿O debo atender á la satisfacción de la necesidad ajena con sacrificio, ó preferencia siquiera, de la propia? En eso consiste la *abnegación*, predicada como virtud, porque somos todos á descarla en la práctica de los demás, y se enaltece el virtuoso á los ojos de quienes, merced á él, pueden recoger más parte del botín. La abnegación es mejor para los demás; pero no humana para consigo. Por eso oimos predicarla mucho, pero somos pocos á practicarla. Por otra parte, según queda expuesto, cada individuo se necesita absolutamente, y aún no se basta. Lo racional, por tanto, es que cada uno procure satisfacerse por sí mismo.

Es ocasión el amor de un egoismo *sui generis*. Queremos los machos de la especie animal á que pertenecemos, y asimismo los machos de todas las especies animales—durante ciertos períodos muy singularmente, entre éstos—según nos confirma la observación de la experiencia, el bienestar y cómodo pasarlo de la hembra á quien acariciamos, con preferencia, por lo común, al propio bienpasarlo y cómodo estar. ¿Qué hombre, con efecto, no se desvive por mimar y colmar de atenciones y rodear de comodida-

Una *materia* economísticamente indefinida; pero capaz de trasformación.

Un *esfuerzo reflexivo* para conformar la cosa natural, en el mundo interior del pensamiento, á la satisfacción de nuestra necesidad.

Un *esfuerzo mecánico*—técnico-habilidad—para encarnar la idea en la cosa y trasformar ésta.

Por último, *un producto*. El cual pone el hombre á su servicio (se lo apropia) y lo consume en su satisfacción.

Ahora bien; cada necesidad exige cosas adecuadas á su satisfacción, según lo cual ha de conformar el hombre su actividad al trabajo específico, cuyo producto útil traduzca en hecho el *schema*, reflexivamente producido por el pensamiento, bajo

des á su bien querida hembrita? Arañad, sin embargo, hasta hacer saltar sangre en el corazón del macho, y hallaréis bien pronto de qué se trata: reflexiva ó inconsciamente aspiramos, no sólo á hermosear, enternecer y conformar á la satisfacción de nuestras adoradas tentaciones el ser y el estar de nuestra hembra, sino de al sorbiter todos los movimientos de su corazón, en satisfacción nuestra: tenerla propicia y cariñosa en nuestro halago; he ahí, en síntesis, nuestro afán.—¿Queréis ver á un macho ensoberbecido, preocupado, inquieto? Que advierta, mezclada con su imagen, la de otro macho, en la pupila de la hembra que acaricia. Y es que no puede consentir que le enajenen la propiedad de su obra más preciada—como el macho sea delicado—cual es la fábrica de su propia personalidad en el corazón (egoista á su vez) de una personalidad que le es extraña. ¿No será insensato construir fábrica tan critica y delicada sobre tan frágil y deleznable cimiento?

Por consiguiente, fúndase el altruismo del amor, ó es su causa, el egoismo propio. Hase dicho del amor que es el egoismo del otro: es verdad; pero fundado en el egoismo propio.

Nadie ha pensado en calificar de *egoista* al *niño* y es, eso no obstante, el más egoista de los seres, porque aún no siente más que á sí mismo. Un niño os dirá: *quiero*, y no entiende ningún razonamiento; sólo escucha la voz de su necesidad. Negadle lo que pide; llorará. Hacedle entender que para satisfacerle es preciso que muera otro individuo de su especie, que muera la humanidad..., seguirá diciendoos: *quiero*. Y es que el niño es la genuina expresión de la naturaleza, quien en toda su fuerza revela el imperio de la necesidad, en sí misma incontrastable: ó se la satisface, ó se sufre; no hay medio posible. Y si bien es cierto que la vida no presupone el placer, tampoco presupone el dolor, reflexiva y voluntariamente impuesto. El egoismo es el principio más elementalísimo de la vida, porqu la necesidad no tiene prójimo.

el ineludible imperio de la necesidad sentida, en lo cual consiste el trabajo *económico-artístico*. Y como quiera que éste absorbe la vida entera, podemos contestar á la cuestión anteriormente formulada: «¿Cómo hemos de atender á la satisfacción de nuestras necesidades?» Mediante la vida *económico-artística*, la cual podemos definir: *el resultado de nuestra actividad específica aplicada á la producción* (relativa á cada necesidad), *á la discreta distribución de lo producido* (entre todas ellas) *y al consumo* (por cada una) *de sus adecuados objetos.*

Pero cada producto exige del hombre un esfuerzo *reflexivo* (la concepción del producto) y un esfuerzo *mecánico* (hasta encarnar sensiblemente su concepción). En todo lo cual hay *un gasto* de fuerzas y un *deterioro* de naturaleza; por consiguiente, un *consumo de sí mismo*. Ese consumo viene á integrarse en el producto, el cual, utilizado por el productor, le recompensa del esfuerzo; pero no le reintegra en la cantidad consumida de sí mismo, porque aun cuando el producto es una trasformación de la necesidad que lo ha engendrado, no puede decirse que haya equivalencia entre el esfuerzo que la producción de aquél cuesta y la satisfacción que de su utilización nos resulta.

Por otra parte, lo consumido no se reintegra, por la material imposibilidad que hay en restablecer los estados de los seres y los momentos engendrados por esos estados sucesivos, durante los cuales los seres consumen parte de sí, se deterioran, envejecen, mueren.

El tigre siente hambre y se pone en acecho: *trabaja*. Siente la necesidad sexual, y busca la hembra: trabaja también. Se pone en relación sexual con ésta, y depone (en inconsciente obsequio de la especie) una gran parte de sí mismo: se consume á sí propio satisfaciéndose.

El hombre siente una necesidad y conforma su actividad á su fin: trabaja y se consume.

Obtengamos en este punto las inmediatas conclusiones que de lo expuesto se desprenden.

Como quiera que el trabajo tiene por objeto la sensibilización de una idea para la satisfacción de una necesidad, al hom-

bre no ha podido ocurrírsele trabajar sino *necesitado*. El *trabajo*, por consiguiente, no nos es *espontáneo*, nos es *reflexivo* é *impuesto*.

Por consiguiente, el hombre no trabaja en cuanto necesitados los demás, sino en cuanto necesitado él propio, es decir, trabaja *para sí*, produce *para él* y se consume *á sí mismo*.

Es más. Como quiera que, de un lado, aunque los demás la conozcan, nadie (más que uno mismo) siente la necesidad propia y las consiguientes exigencias inherentes á su satisfacción; y de otro, cada indivíduo necesita de sí y de su esfuerzo, y aun para satisfacerse no se basta, *cada hombre debe producirse á sí mismo y consumirse á sí propio*.

La predestinación trascendental es un cuento; la predestinación natural es un hecho: el hombre produce los indispensables materiales para la satisfacción de sus necesidades mediante un esfuerzo propio, y consume en sus satisfacciones sus productos; está condenado por su propia naturaleza á *devorarse á sí mismo*. Por consiguiente, el hombre *se nutre y vive de su propia sustancia*.

III

Se ha dicho que «nuestras necesidades han sido creadas para un fin... el de obligarnos á desarrollar nuestras facultades» (1). Pero aquéllas, bien lejos de ser *creadas*, son inherentes á nuestra manera de ser, unas, otras á nuestra manera de vivir, y otras engendradas por el número y calidad de necesidades satisfechas. Son, por consiguiente, nuestras necesidades, creación de nuestra propia naturaleza, y obedecemos á ellas como naturales, de la misma suerte que obedece á sus leyes cuanto existe, no como impuestas por acción ajena (creadas), sino como resultado de la constitución propia.

Por otra parte, el desarrollo de nuestras facultades y progreso personal no es un fin impuesto, sino el resultado fatal

(1) Melitón Martín, *Filosofía del sentido común*, pág. 44.

del ejercicio (trabajo), obligado de aquéllas por el inacallable grito de nuestras necesidades. Ni aun en los hombres es un propósito el progreso; trabajan, no para progresar, sino para satisfacerse, y el progreso viene constituído por el resultado de sus esfuerzos.

En su genuino sentido, el desarrollo es el principio del progreso, y todo desarrollo es un progreso. Ahora bien; el mundo sideral se desarrolla en el ejercicio de sus leyes durante la historia de su vida, aunque á nadie se le ha ocurrido hablar del progreso del globo. Los cataclismos se suceden á muy cortos intervalos, aunque la trasformación de la faz de aquél, con cuanto le puebla (razas, faunas y floras), no sea sensible sino de tarde en tarde.

Un músculo, un órgano, se nutre en razón directa de su ejercicio, y en la misma proporción se desarrolla: *progresa*. Y el hombre progresa en razón directa del desarrollo de sus necesidades, como la síntesis (que son) de sus potencias.

Adviértese, por lo expuesto, que toda necesidad tiene *un valor*: *la satisfacción que representa*; *y un precio: el necesario esfuerzo para obtener el producto que ha de satisfacerla*. Mas como quiera que sin el esfuerzo no llegamos al producto, no obtendremos aquel valor sin satisfacer (en dolor) su precio; pero cumplido ese requisito indispensable, es obtenido aquéllo. Por consiguiente, el pago de la satisfacción ó el precio de la necesidad es necesariamente (ha de ser) satisfecho al *contado*.

Es común, sin embargo, la opinión de que «toda satisfacción tiene su precio pagadero *antes* de lograrla, porque la naturaleza nunca fia» (1). Nunca fía, y sería contradictorio que fiase: es imposible que fíe; pero tampoco se cobra por *adelantado*. En efecto: se llama *pago al contado* el hecho de satisfacer el precio de una mercancía en el acto de recibirla. Ahora bien: ¿cuál es el precio del producto? El esfuerzo. ¿Habéis hecho éste? Pues habéis obtenido aquél. Es pagar en el acto de recibir. Acaso me observaréis que los esfuerzos comienzan mucho an-

(1) Melitón Martín, *Filosofía del sentido común*, pág. 47.

tes de obtener el producto; pero también es cierto que contáis las monedas antes de entregarlas al comerciante, y que regateáis antes de pagar. Más aún: sentís la necesidad de un objeto, y como quiera que para obtenerle necesitáis comprarle, trabajáis para adquirir el valor mediante el cual os procuráis lo deseado. ¿Cabe suponer que habéis satisfecho por adelantado el precio del objeto, por el hecho de haber tenido que adquirir préviamente el valor para comprarle? Además, la compra al fiado no es distinta de la compra al contado; en ambos casos se satisface el precio inmediatamente, en valor *efectivo* ó en *crédito*, y éste es un valor como cualquier otro.

Por otra parte, una fracción de los esfuerzos no es el precio del producto, sino el total de aquéllos. Desde que los esfuerzos comienzan, pónense en relación comprador y vendedor. Éste ofrece sus productos á *precio fijo*, aquél regatea y se ingenia para obtenerlos con el menor esfuerzo (á más bajo precio); pero que no lo satisfaga de algún modo, no lo obtendrá. Lo que sucede es que á la naturaleza no se la engaña. Si nosotros queremos trasmitir nuestro pensamiento á muchos individuos y darle carácter permanente, habremos de vaciarlo sobre el papel; y letra tras letra, y cuartilla tras cuartilla, llegar al fin. Pero eso no basta á nuestro objeto; no existiendo más ejemplar que el original, tardaría el pensamiento mucho tiempo en circular, aun entre muy pocos. Necesitamos muchos ejemplares; entonces elegiremos entre cuantos procedimientos estén á nuestra disposición. En ese momento, y no antes, llegamos al fin de nuestro objeto; pagamos el producto al propio tiempo de obtenerlo.

F. J. J. Benlloch.

(Continuará.)

LA PEÑA DEL ARROYO

I

Un murmullo de admiración se levantó al entrar en el salón la Condesa. Todas las miradas se fijaban en ella, que del brazo de su marido saludaba sonriendo. El blanco mármol de sus hombros resultaba más blanco por el color granate del vestido de terciopelo, y el color granate del vestido resultaba más rojo por la blancura mate del escote.

Orgulloso de su pareja avanzaba el Conde, á quien era aún más agradable que á su mujer el incienso de las alabanzas que por todas partes se escuchaban; inclinábase para hablarla, y sus ojos denunciaban su felicidad.

La Baronesa se adelantó á recibir á los recién llegados y estampó dos besos en las mejillas de la Condesa, exclamando, mientras estrechaba la mano del Conde:

—¡Creí que nunca volvían ustedes de ese viaje! ¡Cerca de un año sin ver á mi querida Sofía!...

—Yo también deseaba verte—dijo la Condesa—y prueba de ello es que, apenas llegados, he venido á abrazarte.

—El viaje—añadió el Conde—se ha prolongado más de lo que pensábamos; Sofía tiene un alma de artista, y siempre le parecía pronto para abandonar la artística Italia y la pintoresca Suiza.

—Siempre es pronto—dijo la Baronesa, acompañando sus pala-

bras de picaresca sonrisa—siempre es pronto, sobre todo cuando las bellezas de la naturaleza y del arte no son más que el marco de ese hermoso cuadro que se titula «la luna de miel.»

Sofía, ruborizada, dió un beso á la Baronesa, como confesando que había acertado.

El Conde saludaba á sus antiguos amigos y camaradas que, al par que la bienvenida, le daban la enhorabuena, mientras Sofía y Matilde, la Baronesa, su antigua amiga de colegio, se sentaban en un ángulo del salón.

Espléndida era la hermosura de la Condesa; espléndida como la hermosura de una hurí en el sueño de un musulmán. El brillo de sus aterciopelados ojos negros no podía resistirse sin sentir anhelos en el alma y fuego en el corazón.

La vibración de su acento repercutía en el fondo del alma con amorosos ecos y dejaba en la mente un indefinible recuerdo de dulzura.

El cuerpo de la Condesa unía la flexibilidad de la palmera á una elegancia indiscutible. Sus irreprochables manos tenían ese sello de distinción vinculado en las clases privilegiadas, y todo su ser respiraba un aire de tan encantadora secillez, que cautivaba.

Nada extraño es que el Conde adorase á una mujer que era tan adorable.

Enamorado de Sofía, habíase casado con ella sin pararse en si no era del mismo modo correspondido; sabía, sin embargo, que Sofía le estimaba, y esperaba que tras la estimación viniese el amor.

Un año hacía de su boda, y el Conde se creía ya amado. Su mujer no podía menos de apreciar las recomendables cualidades del Conde, y debía amarle.

Sofía, que guardaba en su alma un amor poco venturoso, un sueño de niña que había visto pronto desvanecido, sentía cierta repugnancia por un matrimonio á que no la inclinaba su corazón. Sólo por obedecer á su padre había consentido, esperando también llegase un tiempo en que pudiera pagar al Conde los tesoros de ternura que la prodigaba.

Era el Conde hombre capaz de hacerse amar, y en la época en que los vemos en casa de la Baronesa empezaba la Condesa á sentir

que el aprecio en que á su marido tenía iba convirtiéndose en amor. No poco había contribuído á este resultado el largo viaje que de recién casados habían emprendido; pues sabido es que los viajes, que estrechan los lazos de la amistad, aprietan más los del amor.

De carácter alegre y decidor, de vasta instrucción y de claro talento, había el Conde amenizado de tal modo el viaje, que no tuvo la Condesa tiempo de aburrirse, de volver su pensamiento á aquel ensueño de sus primeros días de mujer, á aquel Luis de Baeza que por primera vez había hecho latir su corazón de niña.

Recorriendo las montañas de Suiza, tuvo el Conde más de una ocasión de hacerse estimar doblemente de su mujer, pues el fogoso natural de la Condesa la impelía á emprender peligrosas excursiones, en las que su intrepidez no veía nunca el peligro, hasta que la mano del Conde acudía solícita y cariñosa á impedir á una desgracia, que alguna vez se hizo ya inminente.

Sofía pagaba al Conde con una sonrisa, y el Conde, que acababa de salvar la vida de su mujer, no ambicionaba más premio; presentía que llegaba el amor, y esperaba: esperando era dichoso.

Pero volvamos á los salones de la Baronesa. En el gabinete donde se juega al tresillo, bajo el dintel de la puerta que comunica con el salón de baile, vese un grupo que habla con animación, pero en voz baja. Le forman varios jóvenes elegantes, que sin duda se entretienen en comentar alguna crónica escandalosa, en arrancar girones de alguna honra, que arrojarán después á la calle para pasto de la maledicencia. Comprimidas risas brotan del grupo, haciendo volver el rostro á los silenciosos jugadores, y las miradas de los impertinentes murmuradores van recorriendo el salón, posándose de dama en dama, mientras en voz baja se refiere ó se inventa la historia de cada una.

Cuando la Condesa entró en el salón del brazo de su marido, suspendiéronse las risas y los murmullos en el grupo. Diríase que habían quedado mudos de asombro. Luis de Baeza, el más decidor, el más elegante, el más calavera, había palidecido intensamente. Arturo Silva, volviéndose á él, le preguntó:

—¿Conoces á esa mujer?

—Sí—dijo Luis—la conocí hace años; era muy niña, y ahora me

ha sorprendido verla del brazo del Conde de Peralta; debe ser su mujer; sabía que se había casado, por mi prima la Baronesa, pero ignoraba con quién.

—¡Hermosa mujer!—dijo el Vizconde de Tablagil, un gomoso que exageraba las modas hasta hacerlas ridículas.—¡Dichoso el hombre que pueda conquistar tanta belleza!

—No me parece el Conde hombre que se deje conquistar tan fácilmente la mujer—exclamó Silva.

—¡Bah! Cuando ellas quieren—dijo Luis Baeza, que no apartaba los ojos de la Condesa—cuando ellas quieren, ¿qué importa el marido?

—Mucho miras á la bella de Peralta—dijo el Vizconde de Tablagil, que se preciaba de observador:—mucho la miras, y apostaría á que ya te has enamorado de ella... ¡Oh! ¡Ten cuidado con el Conde!

—Si estoy enamorado de Sofía, de seguro no ha sido esta noche cuando se ha hecho el milagro—contestó Baeza en tono confidencial.

El grupo se estrechó en torno de Luis.

—Cuenta, cuenta—dijo el Vizconde.

—Eso será toda una historia—añadió Silva.

—Sepamos.

—Somos todo oídos.

—Hace seis años—empezó Luis de Baeza, dichoso de dar á conocer una historia que casi tenía olvidada y de que era protagonista una mujer tan hermosa—hace seis años fuí á pasar una temporada á la quinta de mi prima la Baronesa de Viasecas, y allí, por distraer mi aburrimiento, pasaba la mayor parte del día en el campo, vagando por sus hermosos bosques con la escopeta al hombro y un album debajo del brazo, y unas veces cazador, y dibujante otras, procuraba pasar del mejor modo posible la temporada, porque mi prima me había secuestrado. Mi prima solía reunir en su quinta la buena sociedad de los contornos; pero no había podido conseguir que yo me presentase, porque siempre me ha aburrido espontáneamente el trato de los provincianos. Un día que, persiguiendo una pieza, me alejé más de lo de costumbre, ví al doblar una colina un viejo palacio rodeado de hermoso parque y de extensos bosques, y atraído por la fresca sombra que brindaban, bajé hasta ellos, huyendo del sol que me quemaba las espaldas.

Después que hube descansado, me interné en el bosque, admirando su frondosidad y hermosura: llegué á un sitio en que un espeso seto me impedía seguir adelante; allí empezaba el parque y acababa el bosque; abrí el album y empecé á dibujar: al poco rato sentí que andaba alguien al otro lado del seto y que se agitaba el agua de un arroyo que corría entre la broza y las espadañas del parque. Me acerqué en silencio, separé la maleza y ví la más hermosa niña que podéis soñar. Sentada sobre una peña, se entretenía en formar un hermoso ramo de flores silvestres, mientras sus desnudos pies, de un tamaño inverosimil, blancos como la nieve, rosados como la aurora, agitaban el agua del arroyo.

—Buen principio de aventura—interrumpió el Vizconde—hubiera querido hallarme en tu lugar.

—Tú saltaste el seto—añadió Silva—te arrojaste á sus pies y.....

—Nada de eso—continuó Baeza—empuñé de nuevo el album y el lápiz y copié el hermoso modelo. Ahí le tenéis. No podéis negar que es hermoso. Entonces no alcanzaba el modelo el desarrollo que hoy, pero era la misma hermosura. Terminado el dibujo, le lancé con cuidado hacia Sofía, en cuya falda fué á caer. Lanzó un grito asustada; miró á su alrededor, y no viendo á nadie, pues yo me había ocultado, tomó la hoja del album, examinó el dibujo con creciente asombro, y después, sonriendo, volvió á mirar en torno suyo: era la oportunidad; me presenté; quiso huir, pero se quedó; la ofrecí mil excusas por mi atrevimiento, y la rogué que aceptase el dibujo como un recuerdo de mi profunda admiración. Una hora hablamos: aquella mujer, casi niña, era el candor y la sencillez en persona; yo la devoraba con los ojos; ella, sin saber por qué, se ruborizaba y bajaba los suyos tan hermosos. La acompañé hasta cerca de la casa, y me volví, antes de llegar á sitio donde pudieran verme. Llevaba la promesa de verla al día siguiente: la cita era en la Peña del Arroyo. Aquella noche no dormí, antes del alba estaba en el linde del parque sentado en la Peña del Arroyo, en cuyas aguas parecía ver aún el reflejo de sus pequeños pies: tardó en venir, pero vino; y, para no cansaros con este idilio pastoril, os diré que, durante dos meses, nos vimos todos los días en la Peña del Arroyo. Sofía me amaba con el fuego del primer amor, con entusiasmo, con veneración.

Vino á interrumpir nuestro amor campestre la noticia de que había muerto mi tío, el viejo Marqués de la Hortiga, dejándome por heredero de su inmensa fortuna: tuve que marchar á París; Sofía quedaba inconsolable; hicimos infinitos juramentos, y nos separamos. Durante cuatro ó cinco meses, el correo funcionó con admirable regularidad; después fueron siendo las cartas menos frecuentes por parte mía, hasta que dejé de escribir. Aturdido en el torbellino de los placeres de París, había olvidado completamente el amor de la hermosa Sofía: ella, cansada de no recibir contestación á sus cartas, dejó de escribirme, y ahí la tenéis, casada, más hermosa que nunca, y adorando quizás á su marido, que de seguro no conoce la Peña del Arroyo.

Una carcajada acogió estas últimas palabras de Baeza.

—Linda historia, á fé mía—dijo el Vizconde—pero le falta la conclusión; esta es la primera parte, falta la segunda. La terminación de estos amores pastoriles es tan vulgar, que no debe satisfacer á la idealidad de la Condesa ni á la buena fama de conquistador de nuestro amigo Luis.

—¡Oh! Sofía debe estar muy resentida conmigo—dijo Baeza—he sido un ingrato, y confieso que me pesa; ¡cuánta ternura, cuánto amor encerraban aquellas cartas, que aún conservo!

—¿Las conservas?—exclamó Silva—Es un detalle que importaría mucho conocer al Conde, su marido.

—Fíjate—dijo el Vizconde:—la Condesa nos observa mientras habla con tu prima Matilde; te mira, y su rostro se pone del color de su traje.

—¡Buena señal!—exclamó Silva—eso quiere decir que aún se acuerda de la Peña del Arroyo.

Luis de Baeza, que en materia de amor no creía en la virtud de la mujer, pero que en cambio se creía irresistible, y que al mismo tiempo se había sentido doble y nuevamente impresionado por la belleza de Sofía, se formó el propósito de añadir aquella conquista á las ya numerosas que contaba en su vida de calavera.

No era la conquista de la Condesa una conquista vulgar, no era una conquista fácil. Luis lo sabía, y se proponía emplear todos los medios que le llevasen á su objeto: eran necesarios mucho tiempo y mucha paciencia: esperaría.

Confiaba, ante todo, en sus dotes de seductor, en su hermosa figura; después confiaba en que el amor de Sofía no se habría apagado completamente y entre sus calientes cenizas quedaría aún alguna chispa que, avivada al soplo de su elocuencia, encendiese de nuevo la avasalladora hoguera.

¡Qué triunfo si conseguía hacer suya aquella mujer, si al carro de sus conquistas uncía aquella víctima más!

Luis miraba á la Condesa, y cada vez se sentía más impresionado; iba creyendo que lo que por ella sentía no era un capricho del momento, era algo más hondo, algo más arraigado; también en el corazón de Luis revivían apagados recuerdos: como el fénix, que de sus propias cenizas renace, renacía el amor en el corazón de Baeza, pero más intenso, más profundo, más avasallador; era un amor serio, una verdadera pasión.

Aún no hacía dos horas que la Condesa había entrado en el salón, no hacía dos horas que Luis la había visto, y ya había comprendido todo lo que pasaba en su alma; ya no podía vivir sin la Condesa, sin su amor, sin el amor de aquella mujer incomparable que le arrastraba, que le subyugaba, que le enloquecía. Era preciso hacerse amar de la Condesa á toda costa.

II

La Baronesa de Viaseca sostenía con la Condesa de Peralta un animado diálogo mientras Luis de Baeza relataba á sus amigos la historia de sus amores con Sofía.

No debía la conversación carecer de interés, porque la Condesa hablaba con animación, y varias veces, escuchando á la Baronesa, habían enrojecido sus mejillas.

—¡Pobre muchacho!—decía Matilde—me atrevo á jurar que al verte esta noche se ha vuelto loco de pena. Te ama, Sofía, no lo dudes, cien veces me lo ha repetido, y cuando hace un año le anuncié tu boda, si no es por mis consejos, hace un disparate.

—¡Por Dios, Matilde!—contestó la Conesa—no hablemos más de eso; ni debo ni quiero acordarme más de aquel juego de niños.

—¿Juego de niños le llamas?—interrumpió Matilde—¿Juego de

niños á tu primero, tu único amor? Eres ahora poco franca conmigo, con tu más querida compañera del colegio.

¡Cuántas veces me has dicho, ¿no te acuerdas? cuántas veces me repetías que nunca podrías olvidar á mi primo, que Luis sería la pasión de tu vida, y qué sé yo cuántas lindezas por el estilo!

—Sí, es verdad, me acuerdo; pero entonces no estaba casada.

—¡Ah! ¿Es decir—añadió Matilde—es decir que desde el momento de tu matrimonio perdiste la memoria y arrojaste tu amor en el profunda abismo del olvido?

Sí—respondió Sofía—por lo menos le he escondido tan hondo, que no podrá salir nunca á la superficie.

Además, aquella ilusión de niña va haciendo paso á una afección más seria, más tranquila, más en armonía con lo que mi deber me dicta.

Empiezo á amar á mi marido.

—Bien haces—contestó la Baronesa—el Conde es digno de ser amado; es joven, guapo, y te ama.

¡Ah!—continuó la Baronesa, dando un profundo suspiro—¡si pudiese decir lo mismo del Barón, viejo, gotoso y egoista!

¡Es un marido insoportable!

Pero, mira á mi primo, que se acerca—exclamó la Baronesa—te le presentaré, para que el mundo no comprenda que ya os conocéis.

Luis de Baeza se acercaba, en efecto.

Sereno, grave, indiferente, Baeza dirigió un cumplido á la Baronesa y saludó profundamente á Sofía.

Ésta había palidecido visiblemente, y un ligero temblor delataba su emoción, que no pasó desapercibida á Baeza.

¿No conoces á mi primo Luis?—interrogó Matilde—te le presento:—es un poco calavera, algo loco; pero, en el fondo, un buen muchacho.

—Gracias por la lisonja, prima—dijo nuestro héroe, inclinándose al mismo tiempo ante la Condesa, sin que ni un músculo de su cara se alterase;—pero vas á hacer que forme mala idea de mí Sofí... esta señora.

La Condesa, que de una palidez mate había pasado á un rojo intenso, podía, á duras penas, dominar su turbación.

Su amor por aquel hombre parecía querer salir otra vez del profundo rincón del alma á donde había sido relegado.

Ante la fascinadora atracción de las miradas del calavera, parecían deshacerse los propósitos de firmeza y olvido de la Condesa.

Cuando Luis estuvo á punto de llamar á Sofía por su nombre, voluntario descuido que corrigió apresuradamente llamándola... *señora*..., el corazón de la Condesa agitóse en convulsivo movimiento.

Aquel nombre, en boca de Baeza, tenía tan seductoras inflexiones, tan infinita ternura, que la Condesa creyóse por un momento trasportada al parque de su antigua casa solariega, creyó verse en la Peña del Arroyo, sus manos enlazadas con las de su amante, que pronunciaba quedo, muy quedo, aquel nombre adorado, pidiéndola una mirada de amor, mientras la inundaban el alma los efluvios de su elocuencia subyugadora.

La orquesta preludiaba los acompasados acordes de un wals.

Luis invitó á la Condesa, más que con palabras, con su mirada.

Sofía se levantó; no quería bailar, y menos con Baeza; pero aceptó la invitación y bailó.

¿Por qué la Condesa, que tenía un culto ciego al honor, que estimaba y amaba quizás á su marido, que había aherrojado su pasión con heróica firmeza; por qué la Condesa se arrojaba en brazos de Luis con tal espontaneidad, con tanta confianza?

¡Quién es capaz de sondar el abismo sin fondo del corazón de la mujer!

Luis bailaba, digámoslo así, con frialdad, sin que nadie pudiese adivinar, bajo la indiferencia de su rostro, las tempestades que rugían en su corazón.

Sofía se dejaba arrastrar, sin darse cuenta de lo que en torno suyo sucedía.

Vacilante, agitada, sentía el brazo de Baeza oprimirle la cintura, sentía su mano estrechada por la de su pareja; sentía, atravesando la fina piel del guante, como que una corriente eléctrica la sacudía, y en su oído zumbaban cariñosas palabras, que á él llegaban como llegan las palabras en los sueños, que no las oye el oído y las percibe el cerebro, y repercuten en el corazón y las guarda el pensamiento.

Unas veces eran recuerdos de los hermosos días de sus citas en la

Peña del Arroyo; otras eran demandas de perdón; Luis no se disculpaba: era un loco, un infame, había olvidado por un momento, aturdido por la bulliciosa vida de París; pero allá, en el fondo de su alma, el amor de Sofía, de su Sofía, vivía intacto, imperecedero, inmenso.

Al saber que Sofía se había unido á otro hombre, la desesperación de Luis no tuvo límites; entonces comprendió lo inícuo de su conducta. ¿Qué recurso le quedaba? La muerte, sólo la muerte podía mitigar su dolor; pero la muerte era una cobardía; no; lucharía, lucharía con su pasión hasta ahogarla... ¡imposible!... Cien y cien veces leyó las enamoradas cartas, único recuerdo que de su amor le quedaba; cartas humedecidas con sus lágrimas... secadas al calor de sus besos... Mientras las leía, era feliz; pero luégo volvía la punzadora realidad... y Luis estaba loco... loco de amor; sufría..., y armoniosos, dulces, insinuantes, enloquecedores, seguían llegando al alma de Sofía los acentos de Baeza, que repetía...: «Dame tu amor, Sofía, dame tu amor... que yo te amo...»

Mareada, aturdida, la Condesa hubiérase desplomado, si Luis, sosteniéndola en sus brazos, no la hubiese colocado en un sillón.

La Baronesa acudió.

—¿Qué tienes? ¿Te pones mala?—interrogó.

—No es nada—dijo Sofía—la agitación... el calor... Y se puso en pie.

Comprendió que alguien podría mirar con extrañeza su indisposición, y se dominó; pasó su mano por la frente como arrancando de ella las últimas nubes de la tempestad de amor que la había envuelto, y sonrió serena, afable, indiferente.

Nadie pudo ver en la pura mirada de la Condesa que su alma se retorcía presa de agudos dolores.

¡Cuántas veces, sin que su tersa y ondulante superficie la delate, ruge la tempestad en el fondo de los mares!

Cuando el Conde de Peralta, abandonando la partida de tresillo, fué en busca de su mujer, la encontró en el sitio en que la había dejado, sonriente, tranquila.

Sofía abandonó los salones de la Baronesa de Viaseca llevando oprimido el corazón.

Una angustia infinita torturaba su alma.

Había escuchado á aquel hombre, que la arrastraba á manchar el honor de su marido, sin protesta, sin indignación, sin vergüenza. Debía haber estado loca cuando no escupió á la cara al insolente...

Ella no podía amar más que á su marido, á su marido, que la amaba y la hacía feliz. ¡Ah, no; no volvería á ver más á Luis de Baeza; no volvería á escucharle!...

Baeza, á su vez, salió del baile con el rostro radiante de gozo.

En su corazón bullía una alegría satánica.

La Condesa le había escuchado hechizada, rendida, fascinada... la Condesa sería suya...

Al día siguiente, todo el Casino conocía la historia de la Peña del Arroyo, divulgada por Silva y el Vizconde, y esperaba el desenlace, que según confesión de Baeza, no se haría esperar.

El desenlace debía ser un escándalo mayúsculo, y los escándalos son el pasto favorito de los elegantes desocupados.

¡Con qué afan se esperaba!

III

Ha pasado un año de los sucesos que acabamos de referir.

Luis de Baeza continúa asediando á la Condesa, pero con más ahinco, con más tenacidad, con más ensañamiento.

Siente que su presa se le escapa, y lucha.

Quiere ser el vencedor, no el vencido.

Ya no es amor lo que Baeza siente, es un empeño poderoso, una pasión tenaz, que le aguijonea, que le arrastra hacia la Condesa.

Además, es cuestión de amor propio.

Su fama de conquistador se desvanece.

La Condesa resiste hace un año, y Luis, que necesita saciar su ansia por aquella mujer y las exigencias de su vanidad, no ceja.

Baeza es íntimo del Conde de Peralta.

Frecuenta su casa, le acompaña á caballo, juntos van de caza, y ni una mirada, ni una actitud, ni el menor descuido han dado á conocer al Conde las viles intenciones de su amigo.

La Condesa está visible pocas veces para Baeza.

Conoce, por lo que en su alma pasa, lo imprudente de verse á solas con su antiguo amante, y le huye.

Le ama, le ama á pesar suyo, pero no le pertenecerá jamás.

Jamás la deshonra empañará el limpio blasón del Conde de Peralta.

La Condesa, que acababa de dar al Conde un heredero, había depositado en el niño toda su ternura; á su amor de madre había, si esto es posible, añadido aquel amor que con tanta fuerza se anudaba á su corazón; en aquel niño, rubio y hermoso, convergían todos los rayos de los amores de la Condesa; no podía amar á su marido, no debía amar á Baeza, y amaba á su hijo con todas sus fuerzas, con su alma toda.

El nacimiento del niño había llenado al Conde de alegría.

Aquel niño sería el lazo que acabaría de unir al suyo el corazón de la Condesa.

Sofía, que comprendía lo que por el alma de su marido pasaba, quizá por lo mismo que lo sentía menos, le demostraba más cariño.

El Conde se creía amado y era feliz; ni una nube empañaba el horizonte de su dicha. Su mujer y su hijo eran el mundo para el Conde.

Mientras tanto, Luis de Baeza, siempre, por casualidad, se encontraba en todas partes con la Condesa.

Sofía cambiaba de paseos y de teatros; pero siempre Baeza, á caballo, se cruzaba con su carruaje y la saludaba con exquisita cortesanía en el ademán, con amor infinito en la mirada, ó sus gemelos, recorriendo la sala del teatro, hallaban los de Baeza, fijos, hacía tiempo, en su palco.

Aprovechaba Luis la ocasión de no encontrarse el Conde en su hotel para visitarle, y cuando le recibía la Condesa trataba de avanzar en su difícil conquista; pero Sofía, severa, digna, le prohibía seguir aquel camino, so pena de retirarse, y Luis cedía por necesidad.

En una de estas entrevistas aludió Baeza á las cartas que conservaba de Sofía, y ésta se las exigió, pero Luis de Baeza sólo entregaba aquellas pruebas del amor pasado á cambio de su amor presente.

El precio de aquellas cartas era la honra de Sofía.

Nada había en ellas que comprometiese el buen nombre de la Condesa, pero en manos del aturdido calavera podían ser un arma

terrible; podían aquellas cartas aparecer como de actualidad; podían dar pábulo á una calumnia, y siendo Sofía inocente parecer culpable.

En efecto, Baeza, que á pesar de estar persuadido de que la Condesa le amaba, no podía vencer su indomable dignidad, su resistente virtud, se desesperaba.

Sus amigos del club le acogían con irónicas chanzonetas y entonaban himnos de alabamzas á la virtud de la Condesa.

Un día Baeza, cansado de las burlas, mostró una carta de Sofía, una cita.

Esta carta hizo efecto.

La deshonra de Sofía era indudable.

Luis de Baeza había vencido.

Su vanidad estaba satisfecha.

Su pasión, que no lo estaba, rugía con mayor violencia.

Había cometido una villanía: había deshonrado á la mujer que amaba, á los ojos de sus amigos, y aquella mujer era pura.

Baeza era un miserable...

El escándalo cundía. Todo el Madrid elegante creía en la deshonra de la Condesa.

En el casino, en el club, no se hablaba de otra cosa.

El Conde parecía respirar una atmósfera extraña, aunque sin darse de ello cuenta.

Una noche, al ir á entrar en uno de los salones del club, oyó unas palabras que le dejaron clavado en su sitio, aterrado.

—«La Condesa de Peralta es la querida de Luis de Baeza»—había dicho una voz.

El Conde se oprimió el pecho con las manos, quiso entrar, ahogar al insolente que había pronunciado aquella frase abrasadora, y no pudo; su vista se nublaba, todo giraba en torno suyo, su cerebro estallaba; aquellas palabras, retumbando en su oído, le ensordecían.

El Conde huyó, huyó de aquel lugar donde se pisoteaba su honra.

Llegó á su hotel y se encerró en su despacho, aturdido, loco. El Conde no concebía tanta infamia.

Repasó todas las escenas de su vida pasada, recordó todos los detalles de las visitas de Baeza; pero nada, nada que pudiera perjudi-

car á la Condesa, nada que indicase complicidad entre su mujer y su amigo. En éste sí, en éste había notado asiduidad, demasiada asiduidad; pero ella, ¡oh! ella era inocente, no podía ser culpable. Sofía era buena, Sofía le amaba... ¡imposible... imposible!

Y, sin embargo, las terribles palabras «la Condesa de Peralta es la querida de Baeza,» resonaban aún en su oído, aturdiéndole, enloqueciéndole.

El Conde se dirigió á las habitaciones de su mujer, que cerca de la cuna del niño esperaba, velando, á su marido.

Siguióse una escena borrascosa.

La Condesa, llorando, pero digna, protestó.

—¡Soy inocente, te lo juro, te lo juro por lo más sagrado, por nuestro hijo, por el amor de nuestro hijo, por tu amor!

—Y, sin embargo—replicaba el Conde con apagado acento—sin embargo, el mundo me señala con el dedo y á tí te llama la manceba de Baeza.

—¡Infamia, calumnia!—repetía la Condesa, ahogada por la emoción.—¡Por Dios, Ricardo, no des oídos á tan monstruosa falsedad! ¿Qué haré para que me creas?; ¿No te bastan mis palabras?; ¿Qué pruebas podré darte?

Y tú, tú dudas de mí; ¿tú puedes soñar siquiera que la mujer á quien has dado tu nombre lo deshonre, lo pisotee? ¡Jamás, Ricardo, jamás!

Aunque yo amase á ese hombre, aunque yo le adorase... jamás sería suya...; ¿oyes, Ricardo?... para que veas que nada te oculto, para que veas que te digo la verdad, oye...

Hace seis años, antes de conocerte, siendo una niña, recién salida del colegio, conocí á Baeza, me juró su amor; le creí, y le amé: aquella ilusión de niña duró poco tiempo... dos meses... nos veíamos en el parque de mi casa, en un sitio denominado la Peña del Arroyo... Baeza tuvo que ausentarse y dejó de escribirme... nada vergonzoso, nada que á la luz del día no pueda mostrarse, en nuestros amores, nada que te haga dudar de mí, nada que me haga bajar la frente...

He exigido á Baeza mis cartas, y me las ha negado... esto es todo...

—¡Oh, yo se las arrancaré con el corazón!—exclamó el Conde.

Al día siguiente quedaba concertado un duelo entre el Conde de Peralta y Luis de Baeza.

La causa del duelo, una discusión política.

La Condesa no vió en todo el día á su marido.

Quería rogarle, suplicarle, exigirle que no se batiera.

Batiéndose con Baeza, daba pábulo á la calumnia.

Además, podía morir... morir... y era el padre de su hijo... ¡Ah! no, el Conde no se batiría.

Y pasó una, y otra, y otra hora; y llegó la noche; y Sofía, angustiada, agonizando, esperaba en vano á Ricardo, que no llegaba...

De pronto tomó una resolución.

Era preciso que el duelo no se efectuase; y pues no podía ver á su marido, vería á Baeza.

Le escribió.

Venga Vd.—le decía.—Venga Vd. en cuanto reciba esta carta.

Una hora después estaba Luis en el hotel de la Condesa.

Cuando Baeza entró en el gabinete de Sofía, ésta, en la habitación inmediata, cubría de besos á su hijo, dormido.

Al sentir á Baeza enjugó sus lágrimas, y con firme paso, con resuelta actitud, penetró en el gabinete.

—Es necesario, es preciso que salga Vd. de Madrid, que no se bata Vd. con mi marido—dijo la Condesa, contestando apenas al saludo del calavera.

—Imposible—contestó Baeza con calma.

—Lo quiero, lo exijo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque el Conde me ha insultado, porque el Conde ha puesto su mano en mi rostro.

—¡Ah, Dios mío! ¿Y no hay un medio de evitar...?

—Ninguno.

—Y si yo se lo suplicase á Vd., si yo se lo rogase de rodillas por lo que más quiera Vd. en el mundo...

—Sofía—dijo Baeza—lo que yo más quiero en el mundo es Vd..., y lo que Vd. me pide es imposible.

—¡Otra vez esa palabra!—exclamó la Condesa—Imposible, imposible; ¿y por qué ha de ser imposible?

—Porque las leyes del honor así lo exigen; porque el Conde me ha ultrajado de un modo sangriento, y es menester que uno de los dos muera mañana.

La Condesa, transida de dolor, se oprimió con ambas manos la cabeza.

Luis, que la contemplaba con arrobamiento, permanecía en pie frente á ella, envolviéndola en su mirada.

—¡Por Dios, por Dios, Luis!—exclamó Sofía—¡Por el recuerdo de aquellos días venturosos, por el amor que Vd. entonces me juraba!...

Baeza sintió una especie de vértigo que le subía del corazón á la garganta, que le ahogaba, que le cegaba.

Dió un paso hacia Sofía y la cogió las manos.

—¿Por el recuerdo de aquel amor has dicho? ¿Por el recuerdo de aquel amor, que es el mismo que hoy, pero que hoy es más grande, más profundo, más intenso, que nos subyuga, que nos enloquece, que nos arroja al uno en brazos del otro; por ese amor quieres que huya?

—Sí...—balbució la Condesa, que dominada por tantas emociones había caído en un diván.

—Sólo por ese amor, sólo por tu amor—dijo Baeza—huiré. Por tu amor, que tanto tiempo he esperado; por tu amor, que es todo para mí, por él abandonaré Madrid esta noche y mañana me tendrán por un cobarde... pero ¿qué importa si tú, si mi Sofía me ama?... porque me amas... ¿verdad?

Y Baeza, ciego, delirante, seguía arrullando al oído de la Condesa sus palabras de amor, atrayéndola hacia sí, fascinándola...

Y Sofía, rendida, hechizada, subyugada por aquella pasión impetuosa, se doblaba como al soplo del viento se dobla el junco, y se inclinaba hacia Baeza, que la atraía con la fascinadora atracción de la serpiente.

El corazón de Sofía palpitaba junto al corazón de Baeza, que la oprimía la cintura; ya los rizos de la Condesa rozaban con los cabellos de su amante... sus alientos se confundían... su anhelosa respiración abrasaba... no hablaban, porque en aquel supremo instante no hubiesen dicho tanto sus palabras como sus ojos decían...

—¡Sé mía... mía para siempre...—gemía Baeza—para siempre!...

Y ya Sofía inclinaba su hermosa cabeza sobre el robusto pecho de su amante, cuando en la inmediata habitación brotó repentinamente el llanto del niño, agudo y lastimero, como si por la honra de su madre llorase.

Irguióse la Condesa, volvió á su cerebro adormecido la savia del pensamiento, y á su luz vió la realidad de su situación, y recordó que tenía una honra que guardar, una honra que era de su marido, que era de su hijo, de su hijo que la llamaba, y que con su llanto acababa de salvarla, apartándola del abismo en cuyo fondo iba á caer.

—¡Nunca, nunca!—exclamó con la fiereza de la leona que defiende sus cachorros, rechazando á Baeza, que quería retenerla entre sus brazos.—¡Jamás!... ¡Salga Vd., salga Vd. de aquí!... ¡Yo soy honrada!...

Y se precipitó en la alcoba donde el niño lloraba, y llorando ella también lágrimas de alegría, le abrazó, exclamando:

—¡Tú me has salvado, hijo mío! ¡Bendito seas!

En aquel momento se sintió en la arena del parque el coche del Conde, que traspasando la verja entraba en el hotel.

Luis de Baeza rugió como Luzbel debió rugir al ser arrojado á los abismos, y salió por la escalera de servicio por donde había entrado, llevando en el corazón todo el despecho, toda la rabia de que es capaz el corazón de un hombre.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, llegaban dos carruajes á un apartado sitio de la Casa de Campo.

Apeáronse del primero Luis de Baeza, Arturo Silva y el Vizconde de Tablagil, y del segundo el Conde de Peralta, con dos testigos y su médico.

Después de buscado sitio á propósito, hicieron los padrinos un último esfuerzo para que el Conde y Baeza se dieran las satisfacciones necesarias, á fin de evitar un duelo que sólo tenía por causa una fútil disensión política.

—Es inútil—murmuró Baeza.

—Imposible—dijo el Conde al mismo tiempo.

Medido el campo, colocáronse uno enfrente de otro los combatientes.

La suerte decidió que Baeza tirase primero.

—Saludó y tiró.

La bala pasó rozando los cabellos del Conde.

Tocábale á éste, y á su vez disparó; cuando el humo del fogonazo le permitió ver, distinguió á Baeza en tierra, pálido, desencajado, oprimiéndose el pecho con las manos.

El médico acudió, examinó la herida y su sereno rostro se contrajo.

Baeza estaba herido de muerte.

Hizo un esfuerzo y se incorporó apoyándose en el brazo.

—Peralta—murmuró con voz débil—voy á morir... y el que agoniza no miente...; la Condesa es pura..., es honrada... y yo soy un miserable... Silva te entregará unas cartas de la Condesa, las cartas de una niña inocente; de esas cartas me he valido para halagar mi vanidad, haciéndolas pasar como prueba de tu deshonra...; soy un infame... perdóname...

.....

.....

Cuando el Conde, solo en su gabinete, leyó las cartas de Sofía, comprendió lo vil de la calumnia.

Nada más inocente, nada más puro que el idilio de la Peña del Arroyo.

Felipe G. Mauriño del Valle.

CRÍTICA LITERARIA

TIERRA Y CIELO, *novela de D. Salvador López Guijarro.*—NELL-HORN, *novela de M. J. H. Rosny.*

Voy á ocuparme de dos novelas que han llamado la atención en el mundo de las letras; una francesa y otra española.

Aunque escribo en París y aunque he leído antes la francesa, tengo por un deber de patriotismo dar la prioridad á la de mi tierra.

Comenzaré por confesar que no había leído aún ni una línea del Sr. López Guijarro, y añadiré que no me pesa, sino que, por el contrario, me place haberlo leído. Hay en su libro muchos elementos de verdad, delicada observación, reflexiones saladas y profundas, de las que daré idea citando algunas; descripciones sentidas y por extremo bellas; hay personalidad en el estilo, que es elegante y fácil, sin la superflua hojarasca, que no puedo tragar; hay, en fin, calor vital y hermosura artística. El valor de cada una de estas partes que forman el todo loable de la obra, resultará del análisis que voy á intentar.

Si alguien cree ver en el título, harto significativo, de la novela de López Guijarro el enunciado de una lucha entre el vicio y la virtud, adivinará, pues tal es el asunto, que no había dejado de sonreir á Alarcón, ni tampoco á Valera; pero no adivinará más que á medias, y me explico. D. Raimundo Lara es un hombre sano y hermoso; un *estómago óptimo* y un *arrogante mozo*; su filosofía se reduce á vivir bien, á pasar alegremente la pícara vida; y, como es natural, una de

sus mayores alegrías está representada por el bello sexo, que le ha deparado en todas ocasiones sabrosas victorias y contadas derrotas. Es de los que no conocen del amor más que una parte y niegan que la otra exista; *indominable calculador* y *fatuo impío* le llama el autor, en lo cual hace mal, pues priva al lector del gusto de formular sus apreciaciones, y asoma demasiado las narices, que el arte y la modestia aconsejan ocultar. Y con eso está dicho todo y sobra para saber que el Sr. Lara es la *Tierra*. El *Cielo* nos le presentan en María Herrera de Camblor, virgen, aunque casada; alma mística, reducción de Santa Teresa de Jesús, dechado de perfecciones que vive para hacer bien y practicar las obras de misericordia. Además de estas bellezas morales, la joven es la criatura más poética y seductora de cuantas ha visto Lara, y se colige que verla, y adorarla, y querer manchar su infantil y sonriente pureza, todo es uno. En el ataque y la defensa, en el triunfo definitivo de Lara ó de María, del Cielo ó de la Tierra, estriba el interés de tan sencillo cuan fértil argumento.

El autor podía hacer dos cosas: una novela pasional, con dos personajes, como la *Fanny*, de Feydeau. Poner en presencia, desde las primeras páginas, á los dos seres que van á luchar, y continuar esa lucha, sin más estudio que el psicológico de esas dos almas, hasta llegar al desenlace, que, de tener más moralidad el Sr. Lara, podría ser la caída provechosa de María; y digo *provechosa*, pues como la dama posee un *talle exuberante de las más artísticas promesas*, sería indudablemente madre y salvaría á un perdido de la condenación eterna. El Cielo triunfaría de todos modos. La segunda cosa que podía hacer el autor, y es la que ha hecho, es una novela más general, más social, no más humana, pintando cómo nace el deseo, qué causas lo desarrollan, qué incidentes secundan el plan del Sr. Lara, tal cual lo expone en las páginas 110 á 113 y es, tal vez, lo primero que se le ocurrió al autor, y dejando para lo más tarde posible, con el fin de mantener el interés, la explosión de la lucha, que sólo se declara en la página 296, para terminar en la 326 con la dramática escena final. Como esta lucha de la Tierra y el Cielo es lo que sin duda espera el que adivine que ha de haberla, y tarda tanto en producirse, por eso afirmé antes que sólo á medias adivinaría el alguien de quien

hablaba. Veamos ahora cómo ha hecho el novelador lo que ha querido hacer, siguiéndole los pasos capítulo por capítulo.

Amanece la novela en un día de Viernes Santo, y al dar las doce *en el viejo reloj de las Salesas*—hora en que de antiguo amanece Madrid para la gente elegante—llamado por fuerte campanillazo, el criado Julián penetra en el dormitorio de su señor, D. Raimundo Lara, con quien desde luégo trabamos conocimiento, y vemos cómo se levanta y en qué ocupa sus primeras horas un caballero de buen tono; escena interesante para mí, que ignoro la vida madrileña y la capital de España. Entre las cartas que lee el Sr. Lara, hay una que firma «la Condesa de Solas;» y como quiera que se nos anuncia que esta señora es una de las que no han hecho al Sr. Lara todo el caso que él apetece, nos figuramos estar ya en el Cielo. Ya se verá que no es así. Asistimos al tocado de D Raimundo, y luégo á su almuerzo, descrito con riqueza de detalles y acierto de expresiones; recibimos la visita de D. Luis Silva, que viene *forrado á la última moda* y que tiene *una charla inconexa*, pero no desprovista de interés, pues sin darse cuenta de ello, el autor habla muchas veces por su boca, prestándole una sátira fina, que no sé hasta qué punto concuerda con el carácter superficial de este gracioso muchacho. Salen juntos los dos amigos en dirección á San Antonio del Prado, donde pide la Condesa de Solas, y vemos un Madrid en Viernes Santo muy lleno de color. Al subir la escalera de la *modesta iglesia de los Medinaceli*, D. Raimundo, que fué abandonado por Silva, ve rodar á sus pies un devocionario, que presuroso recoge, y al ofrecerlo á su dueña mira con *verdadero asombro una soberana belleza femenil, superior á cuanto su ocupación predilecta le había hasta allí ofrecido.* Por la de Solas, que á pesar de su discreteo nos aparece como adorable mujer, sabemos que el portento de hermosura es María Herrera de Camblor, un ángel que explicará por lo menudo á D. Raimundo el lunes siguiente. De cortar la novela en actos para adaptarla á la escena, todo esto tendría que entrar en el primero, pues constituye la exposición. Las dos entidades rivales, los dos atletas se han conocido, y el telón cae sobre la promesa de las revelaciones de la de Solas, dejando viva la curiosidad.

No se pasa de un salto del viernes al lunes, y el autor aprovecha

las horas para introducirnos en el *Club Madrileño*, al que D. Raimundo se dirige al dejar la iglesia, y que entre los *críticos de buen tono* se llama el *Club de los incasables*, por componerse de personas que no ven en la vida *otra verdad universal que la aspiración al placer*, y son empedernidos célibes. Este Club, con sus estatutos, recuerda el de los *Dévorants* de Balzac, sin que haya semejanza entre ellos. Las reminiscencias no existen más que en mi cerebro. Por medio de los socios del Club, que muy bien habría podido fundar D. Juan Tenorio, sabe ya algo de doña María el Sr. Lara al presentarse el lunes en casa de la de Solas, dama culta y adorada de todos, pues *la maledicencia de los de su clase, que aunque no sea mayor que la de otras es más activa, por los mayores medios de tiempo y de concurrencia con que se ejerce, ha hecho una excepción en su favor*. Lindamente trazado está el día de recepción de una gran dama, y es otro de los muchos cuadros de género que en esta novela acreditan la firma López Guijarro.

La de Solas, que—bueno es repetirlo—es la figura más original y simpática y amable del libro, que el autor haría bien en resucitar en otra novela, colocándola entonces en primer término, nos cuenta que María Herrera es riquísima y está consagrada á la caridad; que ha venido á Madrid con el piadoso intento de fundar un asilo de niñas huérfanas; es *una criatura predestinada al bien, dominada por su idea celeste, y que cruza la vida en alas de un humanitarismo santo y sin reposo*; el Sr. Camblor era su tutor, y viéndose muy enfermo, convencido de que la muerte le tiene ya cogido y no le suelta, se casa con María, para dejarla *en posición más respetable y defensiva*; no muere el anciano—que nunca llegaremos á ver—queda paralítico, y he aquí por qué doña María es virgen, aunque casada. Nada más nos dice la de Solas, Elena, y ella no peca, pero sí peca el autor; pues yo no niego los temperamentos excepcionales ni puedo imponer á nadie que deje de estudiarlos; pero, por muy perfectos que vengan al mundo, algo han de haber influído en ellos las particularidades de su infancia y juventud (doña María tiene ya treinta años); y aunque en nada los haya modificado el medio, para que podamos explicárnoslos, ya que no los vemos con los ojos del creador *que los ha vivido* y los conoce por entero, bueno sería mostrárnoslos en su niñez y estado núbil. Se me ocurre que el Sr. López Guijarro ha temido interrumpir

la marcha de la acción dando el indispensable salto atrás, que bueno es evitar siempre que se pueda, pero no condenar cuando es necesario. Lo era en este caso, á lo menos para mí, que no me gusta suponer en el personaje los detalles que el autor omite, y por miedo á una torpeza que en otros puntos salva muy bien el arte del novelista, nos ha dejado en ayunas cuando teníamos ya la boca abierta y nos relamíamos de gusto.

En esta visita conoce el Sr. Lara á María Herrera, que es, en efecto, un alma bellísima por las palabras que dice y los sentimientos que esas palabras expresan, y, ¡fenómeno curioso! aunque ha nacido en Cádiz y allí vive de continuo, no tiene ni uno de los característicos distintivos de la gaditana, á no ser que, en ocasiones, habla bastante. Y en esta visita, Lara, que es diputado y hombre influyente, promete á doña María hacer lo posible y lo imposible para obtener la autorización de fundar el asilo y la concesión de un edificio ruinoso que fué convento en las inmediaciones de Getafe. Y claro es que lo hará, pues su perspicacia descubre al punto que, si vence, doña María le quedará agradecida, y el agradecimiento es una puerta abierta en aquel corazón, que poco le importa al desalmado, pero cuyo envoltorio carnal codicia. Aquella misma noche da comienzo á sus pasos, visitando al Ministro de la Gobernación, lo que nos procura otro delicioso cuadro, el de un Ministerio español á las altas horas de la noche. Examinando la colección de retratos de los Ministros que fueron, el Sr. Lara piensa lo siguiente: «Si muchos de estos »hombres, representantes del despertar activo y fecundo de las cla»ses medias en nuestro país, hubiesen dado á sus aptitudes un de»rrotero distinto, y en vez de la ambición de una nombradía efímera »y de un poder que los volvió á sus retiros pobres y desengañados, »hubiesen aceptado la vocación verdadera del espíritu moderno y »hubiesen querido ser agricultores, fabricantes, ingenieros, hombres »de ciencia y de acción, ¿no sería la patria algo más y mejor de lo que »viene siendo con el enjambre político que la devora?» Lo cual está muy bien y aplaudo, yo que detesto la política; pero creo que quien lo piensa es el autor, aunque nos diga que lo piensa D. Raimundo. El Ministro es amigo de infancia de Lara, y éste consigue la deseada autorización sólo con pedirla. Al día siguiente nos lleva el novelista

al paseo de coches del Retiro, muy movido y luminoso, y á la entrevista de Lara con una de sus *amigas* que ha de influir con el Ministro de Hacienda para obtener la concesión del edificio de Getafe.

Don Raimundo Lara ha considerado como arma necesaria para insinuarse en el ánimo de doña María la lectura de Santa Teresa, que es la Santa de la mística gaditana; y cuando visita á ésta para comunicarle su primer triunfo, su conversación abunda en citas de la inimitable avilesa, que perfuman la novela con su fresquísimo y sencillo estilo. Pasados que son algunos días, se discute en el Congreso de los Diputados la cuestión del edificio de Getafe, y D. Raimundo Lara habla en ella por primera vez. «No ha tenido nunca el Diputado la »ambición de alto vuelo que busca la escena pública, porque no le »parece que la escena pública española, donde no hay, ni habrá por »mucho tiempo, más decoración que la decadencia ni más actores »que los mediocres que ella exige, ni más argumento que los cam»bios de Ministerio, vale, en rigor, la pena de aventurar en ella repu«tación y sosiego.» Pero en esta ocasión, como su interés le guía, habla, no lo hace mal, y la votación es favorable á su deseo; no así al de un Sr. Corrales, Diputado de Getafe, que se enfurece con la victoria de su adversario, y de tal modo le maltrata de palabra en el salón de Conferencias, que Lara le maltrata de obra pegándole *una tremenda, una descomunal, una homérica bofetada*. Consecuencia de ella será un duelo á pistola. El autor se esfuerza en distraer la atención del lector y hacerle creer que Lara deshará una oreja á Corrales y aquí parará todo. Pero sus esfuerzos son inútiles; es seguro que Lara va á quedar herido, pues su herida es necesaria para minar el alma de doña María, como es seguro que la herida curará, por grave que sea, pues si muriese Lara no habría lucha posible y el autor no habría escrito la novela. No existe, por lo tanto, interés dramático en este incidente. Sabemos de antemano lo que va á suceder. La única curiosidad estriba en ver cómo describe un duelo el autor después de los miles que hemos leído, y el Sr. López Guijarro huye el cuerpo, tal vez porque en realidad no ha presenciado un duelo, y no teniendo impresión personal que trasmitirnos, dice las cosas como de ordinario pasan, narrando *de memoria*, ó bien ha creído que las descripciones se harían largas en tales circunstancias, y con suma impaciencia ha

hecho disparar cuatro tiros en tres páginas, quedando medio muerto de uno de ellos D. Raimundo Lara.

Sus padrinos, Luis Silva y el Marqués de Azor—del que debe de haber bastantes copias en Madrid—se instalan en casa de su amigo, en unión de la de Solas y de María, que cuidan al enfermo con solícito esmero. Es innecesario seguir los trámites de la curación de don Raimundo; lo que importa conocer es que, cuando ya está medio curado, una noche finge el Sr. Lara nuevo ataque de delirio, y viniendo á quedar solos él y doña María, le hace una declaración en regla, un tanto tocada de romanticismo, sin que esto quiera decir que no está en carácter; al contrario, como todo lo que Lara dice es una farsa, claro está que no respiran verdad sus palabras. Doña María, como mujer al fin, se deja vencer por aquella charla y se retira con el arpón bien clavado. Y al ir á despedirse de ella, pues por consejo facull tativo vase Lara á pasar un mes en el campo, el seductor adquiere el convencimiento de que la mística desposada le ama y sufre ya su conciencia con las agudas punzadas del remordimiento. Desde el campo escribe Lara á doña María una carta incendiaria, pero sin hablar abiertamente de amor, ¿para qué? Se describe en ella como avergonzado y arrepentido de su pasada existencia, anhelando por otra vida, por la senda de pureza y bondad que tan bien conoce doña María y en la que ella puede guiarle. La carta remacha el clavo, y doña María confiesa el estado de su alma á su sacerdote, el venerable don Pablo. La escena es muy hermosa; hay en ella grandeza, como siempre que habla la verdadera fe acongojada y vacilante; hay en ella sencillez, como siempre que discuten dos criaturas cándidas; hay en ella emoción comunicativa, como siempre que la pasión lucha en un corazón humano con el deber. Pero no basta para apreciar debidamente la situación de doña María. Reflexionen los inteligentes en la cantidad de datos que nos hubiera dado Dostoiewsky, ú otro gran psicólogo como él, sobre las sensaciones, los arrebatos, los terrores, sobre el drama, en fin, que en el alma de doña María se desarrolla, y sentirán, como yo, que todo el estudio psíquico que nos regala el autor se reduzca á esta bellísima é insuficiente confesión.

De esto resulta un mal, que es el único defecto serio de tan preciosa novela, y es que los dos tipos principales no consiguen intere-

sarnos. El carácter del Sr. Lara es tan entero, tan de una pieza, tan exento de un rayo de divinidad, que no nos es posible amarle y, tan luégo *lo conocemos*, deseamos con ahinco que quede miserablemente derrotado. Por doña María, sí sentimos un impulso simpático. Es tan bella de cuerpo y alma, que aunque no logremos explicárnosla del todo, estamos dispuestos á amarla, lo ansiamos, no pedimos otra cosa, y adivinamos que cuando se nos presente pálida y ojerosa por las vigilias, con las claras pupilas bañadas en llanto, luchando heróicamente contra sí misma, contra la tentación, la amaremos calorosa é irresistiblemente. Por desgracia—¡mire Vd. que somos crueles!—no la vemos sufrir lo bastante, y si sus dolorosos y angustiosos ayes despiertan nuestra piedad, que es aquí como la muralla del amor, nos quedamos en ella sin penetrar en la plaza. La compadecemos con todas veras, no llegamos á amarla. Y sucede que Elena de Solas, la silueta del Ministro Vázquez, el sacerdote D. Pablo, Pedro, el mayordomo de los Camblor, y hasta el mismo General paralítico que no vemos nunca, nos interesan más que los primeros actores. Sin contar que la de Solas es muchísimo más amable que doña María.

La escena final marca el triunfo definitivo de la señora de Camblor, y no la contaré, para no desflorar el gusto al lector que recorra estas líneas antes de terminar el libro. Justo es prevenirle, además, de que mi análisis no le exime de leer la novela, que vale, más que por el asunto, por las descripciones y bellezas de detalle que á propósito he callado, concretándome á indicarlas.

¿Ha querido probar algo el autor al escribir su novela, como por ejemplo, que el amor místico vence á la terrena pasión? Si no ha tenido semejante intención, que me dispense; yo sé cuánto amarga al escritor no ser comprendido, y prefiero hacer la suposición y pecar por carta de más. Si esa fué su intención, no ha probado nada; pues con colocar á doña María Herrera de Camblor ante un verdadero amor, un amor puro y fresco, un alma tierna y sencilla como la suya, estoy convencido de que doña María sucumbe, sobre todo siendo doncella ó viuda, como sucumbe D. Luis á los pies de Pepita Jiménez. Y con esto saludo la naciente reputación del Sr. López Guijarro (á quien ya no perderé de vista), hasta que su próxima producción me procure el solaz de leerlo y aplaudirle de nuevo.

¡Ay, que no todas son rosas en la tarea de leer libros y hablar de los libros que leemos! Yo no sé si hay críticos serios que gocen en dar un revolcón á un escritor, *en pegarle un palo*, como se dice ahora, pues la satisfacción de ser justo y hacer obra de justicia no puede borrar el pesar de ser desagradable á un prójimo de buena fe, como suele serlo todo autor al componer su obra. Es, sin duda, cuestión de carácter; hay naturalezas díscolas que hasta cuando elogian parece que arañan. Yo, que me complazco en no mentir y en alabar, paso un mal rato cuando la verdad no es halagüeña y he de apuntarla, ya que el escritor «desea mi parecer, *por severo que sea.*» Es lo que en estos instantes me está pasando con la novela de M. Rosny, *Nell-Horn de l'Armée du Salut*, pues si le he de ser franco, no hay modo y manera de ser agradable.

M. Rosny se estrena, con esta *novela de costumbres londonenses*, muy bien y muy mal. Pertenece este señor al número de los que son más naturalistas por la preocupación evidente de adoptar los moldes *zolísticos*, que por una sana comprensión de lo que naturalismo quiere significar y significa. Se empeña en ser naturalista más de lo que realmente lo es, y como siempre sucedió, sucede y sucederá, exagera como un gascón, se extralimita, se desborda cual impetuoso río. No es que haya abundancia juvenil, inmoderado arranque de contar todo lo visto, de no callarse nada; lo que hay es metódico y razonado designio de describir minuciosamente, de extremarlo todo: si es negro el cuadro, hasta la más sobrehumana negrura, un negro inverosímil; y si es cruel, hasta la más refinada crueldad. Y así, las descripciones, las múltiples escenas, los diálogos, los pseudo-estudios psicológicos, mucho más superficiales que profundos, todo parece... ¿qué digo parece? todo *es* largo, largo, y no me extrañará que muchos cierren el tomo, perdida la paciencia, y no consigan acabarlo. Sobre todo, los delicados, pues no es dable mayor suplicio que descubrir un asunto novelable, pensado, trabajado, dispuesto con arte y echado lastimosamente á perder por la preocupación de imitar, de seguirle las huellas á este ó esotro, en vez de sentir con sus sentidos y campar por sus respetos. No es dable mayor suplicio que descubrir á cada paso en el autor dotes felicísimas, observación acertada, análisis exactos, bellezas descriptivas, emoción artística, y todo ello

anublado, oscurecido por falta de mesura, de proporción. Hay escritores que siempre se quedan cortos, y ahora los prefiero, al experimentar el malísimo efecto de los que, como M. Rosny, van siempre más allá de los límites del buen gusto. Esta novela tiene 384 páginas; si el autor las redujese á 250, y dulcificase los tonos duros, las brutalidades rebuscadas, las inútiles groserías, el libro sería un buen libro de principiante. Es para mí seguro—y no se tome por profecía—que sin llegar á ser nunca un maestro, M. Rosny será uno de los discípulos aprovechados que se leen con agrado y contribuyen á ganar las batallas, pues sólo le falta una importantísima cosa que aprender, y se aprende: la de pararse á tiempo. La misma influencia ajena se nota en el estilo, que es el de Goncourt, generalmente, y á veces el de Daudet, pero también extremado, alambicado, torturado y retorcido. Sin embargo, buscando con calma, se ven acá y acullá rasgos propios, giros personalísimos, que yo no apruebo, pues abomino los floreos pedantescos, pero que, no obstante, me saben mejor que lo prestado.

Narrar el argumento, extenderme en señalar defectos, sería empresa larga y tan cansada para mí como para el lector, á quien no deseo tamaño sacrificio.

No creo que lo sean las pocas líneas que van á cerrar esta crítica.

Había yo leído con gusto, con cariño, compartiendo todas las sensatas ideas de su autor, el magnífico discurso pronunciado por don Gaspar Núñez de Arce en el Ateneo el día 8 de Noviembre, y me había dicho que todas las inteligencias sanas, todos los amantes de la tierra española, debían haber aplaudido la robusta franqueza, el arrojo y el patriotismo del poeta soberano. Y héte que una carta me anuncia—lo que yo ignoraba—que el discurso produjo espantosa algarada, que se echaron como lobos sobre el autor—quiénes, es supérfluo apuntarlo—á morderle y destrozarle, y hasta le acusaron de falta de sintáxis castellana. Acusación tan burda no merece la pena de que nadie la recoja para devolvérsela al rostro á quien la haya lanzado. La risa que provoca se opone á la indignación y desarma al más entusiasta. Pero, ya que ese discurso no ha tenido sólo admiradores, como yo suponía; ya que hay detractores y lobos que muerden, por más que los lobos despidan bastante mal olor, he de meterme entre

ellos y comenzar á palos con ellos, gritándoles con toda la fuerza de mis pulmones que no son sinceros, que sólo el interés personal inspira su algarada, inútil de todo punto, pues por agudos que sus aullidos sean, siempre los dominará la valiente voz del poeta; y los que sean sinceros y muerdan de buena fe, están locos ó son tontos: que ellos escojan. Poco vale y poco puede importarle á Núñez de Arce la aprobación de una pluma tan pobre, indocta é incorrecta como la mía; pero, por humilde que sea, el aplauso de un hombre honrado y justo, que no admite torpezas ni villanías, algo vale, y por eso lo doy aquí hasta deshacerme las manos. Yo no sé, ni quiero saberlo, ni me importa un rábano, si el momento de leer ese discurso convenía á Fulanito ó Menganito, ó cualquier otro *ito*; lo que sé es que le convenía á mi tierra, y que Núñez de Arce no ha hecho solamente una brillante página literaria, sino una buena acción. ¡Y si no, al tiempo!...

Leopoldo García Ramón.

TOMÁS CAÑIZARES

(CANNIZZARO, POETA SICILIANO POLÍGLOTO)

No desagradará quizá á los lectores de la REVISTA, en especial á los que se placen en la fecunda tierra de la poesía y de las nobles artes, y siguen la historia de sus hijos, el saber algo del extraordinario con cuyo nombre encabezamos el presente artículo, reduciendo á primitiva lección y revivificando así el apellido para nosotros.

Nació Cañizares el año 1838, hijo de D. Francisco, Canciller y Archivero de la ciudad de Messina, y de doña Dominga Arena. De niño, debía ser aficionado á inquirir y saber en singular grado, puesto que su biógrafo Preitano ha hecho notar que importunaba muchas veces con preguntas á sus padres *(riusciva spesso importuno ai genitori)*. Su primer maestro fué D. Pedro Oliva, y de literatura italiana D. Vicente Amor. Cuando estudiaba latín, con D. José Monsti, ya pareció el mozo de los versos, en tal manera, que escribió «un diluvio,» sobre otros tantos asuntos; y de recordar una tragedia, el drama *Aristomeno* y una anecdota del poeta persa Baridi, celebérrimo por su excelencia y por varios lances y accidentes, no faltos de curiosidad, por cierto. Después estudió Filosofía, Economía política y Derecho patrio, con D. José Crisafulli Frimarchi, presbítero. A los diez y siete años quiso viajar y, acompañado de persona de confianza, vió Palermo, Nápoles y Roma, donde conoció el amigo familiar

Saro Zagari, al célebre escultor Pedro Tenerani y al ilustre literato Salvador Bette. De allí pasó á Bolonia, visitó la Toscana y, vuelto á Messina, abrazó al padre, al poco fallecido. Deseaba el complaciente é instruído D. Francisco, y lo mismo la familia, que su hijo fuese clérigo, á la manera que, en algunos casos, vemos entre nosotros; pero faltaban vocación y conformidad al acompás escolar y á hábitos reglados; y al presbítero sucedió un abogado, aunque tampoco con mayor resultado; porque, á beneficio de rudimentos de francés que aprendiera del padre, y del leer constantemente á Lamartine y Víctor Hugo, llegó á poder hacer, é irresistiblemente hizo versos franceses. Aprendió luégo por sí inglés, alemán y español, según su declarada idoneidad para dominarlos. Llegado el año de 1860, se alistó, como otros muchos entusiastas, de cazador del *Faro*, con harto disgusto de su familia; si bien, adolecido de muerte su único hermano Pablo, se dejó de milicia, cediendo al ruego de su llorosa y anciana madre, la cual murió un año después que el caro Pablo. Tenía entonces veinticuatro años, y su afición á los libros llegó á ser de lo más extremado. Tras las lenguas aprendidas, «quiso saludar algo más que desde la puerta,» según dice Preitano, el ruso, el magyar, el alemán y otras.

Tristezas pasadas, el enojo de la soledad, la necesidad por tanto de esparcir el ánimo, de respirar otros aires y de ver nuevos lugares y gentes, le movieron á emprender otro viaje; y de Italia pasó á Marsella y Lyón; de allí fué á París; de París á Londres, y de Londres vino á España, y estuvo en Madrid, Toledo, Burgos, Córdoba, Granada, etc., etc. Fué después á la isla Guernesey á ver á Víctor Hugo, el cual le acogió con particular benevolencia, y le hospedó por espacio de ocho días, de que resultó intimar ambos y mantener corrrespondencia por espacio de muchos años; y, finalmente, volvió á Londres y, recomendado de Hugo, conoció á Luis Blanc, Edmundo Pigot y Víctor Schoelcher, y además, á Sainte-Beuve.

Tornado á Sicilia, se enlazó con una señora suiza, de la cual tiene numerosa descendencia. Por su natural inclinación á huir del bullicio, trasladó su asiento al campo en 1876, y se dió á recoger ejemplares de minerales y de plantas y, al propio tiempo, cantos populares, en número bastante á correr parejas con los publicados por

Pitré (1732 *Canti populari siciliani*, Palermo, 1871), cuando la desgracia vino inesperadamente á privarle de dos de sus inocentes hijos, cosa que le fué de hondo pesar y le inspiró versos de sublimada ternura. Con tal motivo, dejó la vida campestre y se restituyó á Messina.

Lo más de lo referido hasta ahí, sumamos de Preitano. Nosotros añadiremos que hubo de criarse en lugar agreste y tiempos estrechos, puesto que nos dice que por breñas, cerros y collados, agitaba el aire su larga infantil cabellera, y comía pan de centeno, bajo renegrido techo, sin duda como aquel de que hablaba y con que convidaba el pastor de Virgilio, no sin darse adelante por feliz; porque «lo que Dios quita con una mano con otra lo devuelve, y contra más humilde y desdichada es la manida del bardo, á más alteza su espíritu se levanta.» (*Épines et roses.*)

En cuanto á orígines, no sólo es oriundo de España, sino que descendiente de ilustres naturales. He aquí la prueba, según octava traducida de las suyas:

Hesperia playa, regalado suelo:
A Dios lo digo, el corazón partido;
De tí viene y á tí debo algún *abuelo*,
Que ni extraño ni *ignoto* me despido.
Cual natal, tu palabra cobre vuelo
En mí, bien que por tiempo reducido,
Y en tu lengua nadar pudo la mía,
Cual pez, tornado al onda, nadaría.

El abuelo pudiera ser el fecundo poeta D. José de Cañizares, autor del famoso *Domine Lucas*, y de más de otras setenta obras dramáticas, y lo de *ignoto* comprobarle.

Lizio Bruno publicó en Messina, en 1862, las primeras poesías de Cañizares, intituladas *Ore segrete*, diciendo que no les ponía el sello de aprobación sino en cuanto podían aprovechar, como espejo en qué mirarse, los que se dejaban llevar de sí y caían en infelicidad de extremos; puesto que, por lo demás, entendía que la poesía se debía enderezar á deleitar, despejando de nublados y aliviando de pesadum-

bre, en vez de aumentar las amarguras y los trabajos del ánimo; y, aunque se mostró partidario de la clásica, no dejó de confesar que había espontaneidad, verdad y naturaleza, particularmente en las canciones; bien que algo del *savor di forti agrume*, del Alighieri.

Hemos extractado de Lizio Bruno, especial amigo de *Oscar Ozinam Otzmáns*, que es el pseudónimo del autor de las *Ore segrete*, porque sus palabras dan luz acerca de la índole de las poesías de que tratamos, porque se eche de ver el paso de las letras, recordando que si Hugo Fónolo condenó, á principios de nuestro siglo, que Silvio Pellico sacase del *infierno* la melancólica *Cappia de Remini* por el medroso efecto que causaría la vista de los condenados de la *Divina Comedia,* Lizio Bruno ya se mostró accesible, acogiendo y dando á la estampa poesías *secondo il gusto ond'oggi scriver si suole*, y por último, para notar que el que privaba en Italia por los años de 1862 ya iba decaído y desmayado asaz entre nosotros.

A las poesías en italiano siguen algunas en francés, alemán y siciliano, y dos en español, una de las cuales, á Felipe Pellicer, principia de esta manera:

«Cuando la sombra de la noche oscura
Con sus callados velos nos encubre,
Y la misteriosa paz de la natura
Más serena á los ojos se descubre.»

Después dió á luz Cañizares otra colección, *Ai cari lontani*, en varias lenguas, una en griego, si mal no recordamos; en 1876 el primer tomo de la copiosísima *In solitudine carmina*, y el segundo en 1880; en 1884, otra de francesas con algunas españolas y alemanas, que lleva por título *Épines et Roses*, donde, salvo en la manera, suele dejar atrás los patrones apropiados. Antes, en 1882, publicó otras poesías, una de mil versos.

La crítica de ambos mundos no ha podido dejar de hacerle ejemplar de abundante vena de número y, á veces, de conceptos é imágenes peregrinos, cuanto de acalorada, potente y concitadora fantasía, conforme á lo que dice Preitano.

En Italia no ha faltado quien le califique de uno de los *precursori*

e fattori dello avenire. Su biografía cierra el mismo Preitano, señalándole á la gratitud y á la admiración de la mocedad sícula, y confiando en que se hará todavía más merecedor del arte y de las letras (V. *Biografie cittadine*, Messina, 1882, págs. 99 á 108).

Como es sabido, el soneto es la palestra de los poetas italianos, y ahí ha excedido Cañizares á antiguos y á modernos, á contar de Fra Guittone, hasta el infeliz Ferruci, suicidado octogenario ha pocos años, puesto que sólo en el segundo tomo de *In solitudine carmina* se cuentan 327. Cierto que en todo procede desembarazadamente y como suyo, reparo que con fundamento le ha puesto Preitano, porque, cuanto le hiére, luego describe cómo le hiere y deja de la mano sin repinte ni prolija atildadura.

..... *Si lascia mio minor tormento. Dal petto il carme uscir qual io lo sento*, que dice en las octavas *A ll'arechio del lettore;* pero cortos elementos, cuando no enteramente ineficaces, serían desembarazo y libertad, donde faltasen las verdaderas dotes propias del poeta.

Bien quisiéramos no verle armado contra alguien del buido puñal «templado en Toledo,» para volverlo de corrido contra sí, por ser de aplicar en alguna manera al caso el razonable precepto de recatar á la vista del espectador la catástrofe de la tragedia; y lo quisiéramos tanto más, cuanto que el mismo deseo animó á Preitano con otro motivo, renovado adelante en horas de colmo.

Hemos hablado da poesías originales, y ahora lo haremos de otra colección publicada en 1882 con título de *Fiori d' Oltralpe*, y, como todas, anónima, porque el nombre del autor no ha parecido todavía por claro en Italia al frente de ninguna. Son las *Flores trasalpinas* un ramillete que á dicha allegará á sus libros todo hombre de letras, y bien será que de aquí veamos de esparcir algo de su varia suavidad y transminante fragancia; ya que no otra cosa, ennumerando los autores traducidos; y entendido quede que en la elección ha dado el traductor notoria prueba de gusto é inteligencia. Son los signientes: Homero, Anacreonte, Righas, Catulo, Virgilio, Mauzolico, Marcial, Ausonio, Marianina, Goffa, Caruso, Meli, Seimonelli, Alessandri, Arcipreste de Hita, Cervántes, Espronceda, Zorrilla, Querol, Salvador de Salvador, D. Preciso, Ricardo Corazón de León, Tibaldo de Nazana, Guillermo de Sorris, Molière, Delasigne, Víctor Hugo, Ler-

manton, Milady Montagu, Byron, Burns, Runeberg, Goethe, Platon, Zedlitz, Korner, Heine, Zieglor, Bodenstedt, Kollen, Foglar Petofi Sandor, Ruckert, Geibel, Dante (traducido al dialecto siciliano), Camoens, y varios anónimos, como el de la *Chanson de Roland*, y otros no anónimos, como *Hafiz*, traducido al alemán por Hammer, etc., etc. Entre los anónimos españoles hay traducidos el celebrado romance *Si tienes el corazón*, y los lindos *De Francia partió la niña*, *Bodas hacían en Francia*, *Blanca sois, señora mía*, etc., las cuales cautivarán aún al conocedor de la versión italiana que hizo Giov. Berchet años pasados. (*Vecchie romanze spagnnole*. Bruselas, 1837).

Todo son 323 páginas en 8.° prolongado, en que vemos, ya fragmentos, ya composiciones cortas de aquellos en que el traductor ha hallado algún concepto dominante, algún sentimiento profundo ó alguna imagen seductora, fuera de notas en que da cabida á algunas poesías en varias lenguas.

El autor ha traducido también *Los cantares*, vulgo *Poema del Cid*, en verso suelto, notable por su elegancia, aunque todavía no publicados. Tampoco no publicados los sicilianos recogidos, y que tienen tanto más atractivo para nosotros, cuanto que habrá algunos que, comparados con otros nuestros, muevan á estudio y den lugar á interesantes resultados.

Noticias y juicios corroboremos, por último, con algunos versos: Reaparece la manera de Víctor Hugo en

. . . . . .

«Herereux de voir flotter sous le vent des collines
Mes longs cheveux d'enfant,
J'etant sur les vieux monts, les arbres, les ravines
Un coup d'œil triumphant,
Féer de cet entourage et libre comme l'aigle
Sans craintes, sans soucí,
J'errais, jeune inconnu, mangéant mon pain de seigle
Sous quelque toit noircí.»

(ÉPINES ET ROSES, prélude.)

Qué naturalidad en

Yo vi rivido, o luoghi
Dei giovanili miei dolce trastulli:
Questi campi, esti fior'gialli e vermigli
Son gli stefsi di allor: quel cielo é questo,
Questo quel mar dos'io solza condurmi
Si di sovente!!!...»

(Ore segrete, pag. 95.)

¡Qué naturalidad de nuevo! ¡Qué plácido sabor á clásicos nuestros!

E l'ultima stilla!... gia gia gli altri san voti!...
Qui dentro del petto mi stringe un ardor!
Corsier del deserto, la sabbia percoti:
Ch'io voli coi venti, cal fulmine ancor!
Da dritta, da manca, da l'austro, dal narte,
Oceani d'arena, che agghiaccianmi il cor!
Corsier del deserto, fuggiamo piu forte,
Ch'io voli coi venti, col fulmine ancor!»

(Ib., pág. 86.)

Si ahí no ha querido imitarle, es evidente que reaparece Espronceda, y fuera de eso, á Espronceda se asemeja en genio y brío; y s-supiera y dijera menos, más grande sería la semejanza y más de bulto parecería el salto atrás, no obstante haber corrido en Italia el mismo aire que en España, porque todavía habría algo que referir á sol y sangre originarios.

Blas Leoncio de Piñar.

CRONICA POLITICA INTERIOR

8 de Enero de 1887.

Hemos entrado en el año vigésimo de nuestra publicación. En 1868, cuando el partido moderado dirigía, con mano desdichada, los destinos públicos; cuando la parte más reaccionaria, pero entonces la más influyente, de aquel partido lanzaba del Gobierno á los Ministros que representaban, dentro de sus principios, la tendencia más liberal; cuando Gonzalez Brabo se mofaba, soberbio, del Marqués de Barzanallana, que acababa de ser su compañero de Gabinete, porque pedía un Gobierno reformador que impidiese la revolución haciéndola innecesaria; cuando la revolución estaba hecha en la opinión y sólo esperaba el momento de manifestarse y triunfar en las instituciones y en el derecho, nació la Revista de España.

En ella han colaborado los más esclarecidos ingenios de nuestra época; en ella se han dilucidado todos los problemas de la moderna civilización; en ella, en fin, se han debatido todos los acontecimientos de nuestra política, sin examinarlos desde el punto de vista, casi siempre estrecho, del interés de partido, sino exponiéndolos con sinceridad y juzgándolos con una crítica que, si siempre no ha sido tan ilustada como hubiéramos querido, jamás ha dejado de ser imparcial, mesurada y digna.

Durante estos veinte años, hemos visto caer una Monarquía histórica, una Monarquía popular y una República parlamentaria; hemos asistido á la Restauración de la dinastía de los Borbones, á la muerte del Rey Don Alfonso XII, á la proclamación de la Regencia constitucional de Doña María Cristina y al nacimiento y presentación á las Cortes del Rey póstumo Don Alfonso XIII; hemos presenciado las terribles luchas de los partidos, dentro y fuera del campo de la legalidad, y hemos sido testigos, cuando no cronistas, del período más vivo, más interesante y más dramático de nuestra historia.

Han desaparecido, arrebatadas por la muerte, casi todas las grandes figuras de este cuadro de veinte años. El Duque de la Torre, Prim, Córdova, Topete, Zavala, Malcampo, el Marqués del Duero, Moriones, casi todos los Generales que más influyeron en la política y en la guerra. Nocedal, González Brabo, Miraflores, Bermúdez de Castro, Vaamonde, Castro, los Ministros de Doña Isabel II que más tenazmente lucharon por poner la Monarquía sobre el Parlamento; Olózaga, Madoz, Rivero, Escosura, los que más se esforzaron por poner la Constitución sobre la Monarquía; Figueras, Orense, los defensores de un Parlamento sin Rey; Ulloa, Romero Ortíz, Lorenzana, Posada Herrera, Ríos Rosas, Ayala, los que sostenían la armonía del principio monárquico con la libertad constitucional: todas estas eminencias de la tribuna, de la prensa y de la política, son ya otros tantos recuerdos gloriosos de nuestra historia. En sus discursos, en sus libros, en sus artículos políticos ó literarios y en sus actos como hombres de partido, de todo lo cual nos da una idea exacta la colección de la Revista de España, no hallamos un sincretismo bastardo de las más contrarias opiniones y de las más opuestas doctrinas, sino una creencia casi unánime en la ley providencial del progreso, un empeño noble y generoso por conquistar un grado más de civilización y un paralelo elocuente que, á cada instante, nos convence de la ventaja relativa de nuestra edad sobre las edades anteriores, ventaja conquistada por la mayor suma de luces y por la excelencia y el benéfico influjo de las ideas que hoy gobiernan ó están llamadas á gobernar las sociedades humanas.

Cuando vemos desfilar hacia la tumba, en un período de pocos años, tantos varones ilustres, sentimos cierto desfallecimiento y

hasta cierto horror á la política; pero pronto se rehace el espíritu pensando en que á la fe, á la constancia, á la lucha á veces temeraria de los que nos han ido precediendo, debemos una noción más exacta del Estado, que ya lo concebimos como un orden y un poder sustantivo de la vida, á diferencia de nuestros mayores, que no lo concebían fuera de la personalidad y de la voluntad omnipotente de los Reyes; á ellos debemos la distinción de los poderes, la organización del Parlamento, la responsabilidad ministerial, la institución de la Monarquía moderna, que no tiene ya por títulos el derecho divino, ni la mera fuerza de la tradición, sino la voluntad nacional, que puede confirmar y sancionar la herencia patrimonial establecida en nuestro derecho patrio; á ellos debemos que la libertad haya logrado, á pesar de dolorosos extravíos, una base permanente con la tolerancia religiosa, con la reunión, con la asociación, con la prensa libre y con el respeto á la opinión pública; á ellos, en fin, debemos que el sentido de las formas de gobierno, que en las relaciones políticas son un medio importante de garantía y de justa limitación de los derechos y de los deberes, se haya generalizado, y que un espíritu más culto y más humano haya mejorado nuestras costumbres públicas, nuestras instituciones y nuestras leyes. Culpa no será de ellos, sino del tiempo en que han vivido, si más no consiguieron. ¡Ojalá que esta generación política pueda completar aquella grandiosa obra, creando lo que todavía falta y reformando y mejorando lo que la experiencia ha demostrado que es insuficiente ó defectuoso, para que pueda presentarse ante las generaciones venideras con la misma ejecutoria que hoy ostentan ante nosotros los campeones de la política de estos veinte años!

¿Bajo qué auspicios empieza la política española en 1887? Ciento veinte días han invertido las Cortes actuales en su primera legislatura. Se reunieron el 10 de Mayo, suspendieron sus tareas el 31 de Julio, las reanudaron el 18 de Noviembre y las dieron por terminadas el 24 de Diciembre. En cuatro meses que han estado abiertas, han votado las leyes que el Sr. Camacho presentó como complementarias del presupuesto, la de ratificación del tratado de comercio con Inglaterra, la de organización de la escuadra, la de retiros militares, los

presupuestos de Cuba y Puerto Rico y otras de más secundario interés. No han hecho mucho; pero si de estos cuatro meses descontamos el tiempo que el Congreso de los Diputados tardó en constituirse, el que se invirtió en la discusión del Mensaje y el mes entero que se ha llevado el último debate político, fácilmente se advertirá que no ha sido pobre ni perezosa la obra legislativa. No tienen, pues, razón para censurar al Gobierno los que creen que éste ha rehuído sus compromisos al no presentar á las Cámaras, en la primera legislatura, las reformas políticas, judiciales y administrativas que constituyen su programa. Hiciérase este cargo con completa justicia y no serían solos á reclamar y á censurar los hombres de la izquierda; que no tienen los de la mayoría ni menos interés ni menos entusiasmo en que las reformas se planteen cuanto antes sea posible.

La segunda legislatura empezará el 17 del actual. El Gobierno reproducirá todos los proyectos de ley que tiene presentados, y que aún no han sido discutidos, y presentará además los que se derivan de la fórmula de conciliación que redactaron los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos, fórmula que sirvió de base á la fusión del partido liberal con la democracia monárquica. Será, la legislatura á que pronto asistiremos, quizás la más fecunda y, desde luégo, más laboriosa de las primeras Cortes de la Regencia, porque en ella se discutirá el contrato con la Compañía Trasatlántica, que ha de establecer un servicio de correos marítimos entre España y los principales puertos de Asia, África, América y Oceanía, servicio que, si por una parte importa mucho á los intereses generales de una nación que no tiene en los mares una representación adecuada á su historia, á su posición geográfica y á sus necesidades, por la otra dará mucho que pensar y que discutir, porque todavía no se ha visto claro si la marina mercante que hace la navegación de altura se considerará herida en sus intereses por el privilegio que, al parecer, lleva consigo el contrato con la poderosa Compañía Trasatlántica; el proyecto de arrendamiento de la renta de tabacos, que no ha de ser ni menos meditado ni menos discutido, porque entraña una reforma trascendental que, en opinión del Ministro de Hacienda, responde, por un lado, á un alto interés financiero, como el de enjugar el déficit del presupuesto con el anticipo, ó mejor dicho, con el empréstito que ha de hacer la empresa concesio-

naria, como condición esencial del contrato, y por el otro, al interés de mejorar la industria tabaquera en beneficio del productor, del consumidor y del Tesoro; pero enfrente de estos puntos de vista generales, presentan los que se preparan á combatir el proyecto otras razones económicas, políticas y financieras que no parecen destituídas de fundamento y que ahora no podemos ni debemos analizar; el proyecto de reforma del Código penal, en que los jurisconsultos del Senado y del Congreso se disponen á luchar para que esta reforma de nuestro derecho criminal responda á las verdaderas necesidades de la época y se armonice con el progreso jurídico de las naciones más adelantadas; el proyecto de ley para el juicio por jurados, en que la escuela democrática y la escuela conservadora pelearán de una manera briosa, ésta, para combatir una institución que considera inútil, cuando no peligrosa para las relaciones jurídicas entre el Estado y el ciudadano, aquélla, para conseguir que el principio fundamental tenga toda la plenitud y todo el desarrollo compatibles con el grado de cultura de nuestra sociedad y con las instituciones de justicia; el proyecto de matrimonio civil, en que han de terciar los ultramontanos y los conservadores defendiendo la potestad absoluta de la Iglesia católica, y los liberales y los demócratas defendiendo la potestad absoluta del Estado en las funciones de la vida civil; y por este orden los demás proyectos de ley que el Gobierno tiene preparados y que constituyen la base esencial de su programa.

La actitud de los partidos enfrente de este cuadro general de reformas legislativas, es perfectamente conocida. Cuando se discutió el Mensaje de contestación al discurso de la Corona, el Sr. Cánovas del Castillo manifestó de una manera clara y terminante que, cuando el Gobierno presentara los proyectos de ley que anunciaba en aquel documento, el partido conservador los examinaría, para combatirlos ó para votarlos, según que los creyera conformes con sus doctrinas y sus procedimientos; pero en el debate político promovido con ocasión de los sucesos del 19 de Setiembre, fué algo más explícito y ya reveló que el jurado y el sufragio universal mermaban el principio de autoridad de que debe estar investido el poder público y que, en este sentido, combatiría tales reformas.

La izquierda democrática, que dirige el General López Domínguez, combatirá también los proyectos de Jurado y Matrimonio civil, no por considerarlos insuficientes, sino porque carecen de carácter constitucional, condición en que funda todo su programa y toda su razón de ser la izquierda dinástica.

La coalición republicana tomará puntos de vista distintos, pero encaminados todos ellos á acentuar su sentido democrático enfrente del sentido conservador.

La fracción disidente que dirige el Sr. Romero Robledo hará una oposición viva y tenaz; pero no será extraño que tome el mismo derrotero que en la discusión de la lista civil y que, huyendo de confundirse con la mayoría y con las oposiciones democráticas, resulte más conservadora que el partido conservador.

En cuanto á la mayoría, se equivoca dolorosamente quien la crea influída por un espíritu conservador, y más aún quien la juzgue desposeída de iniciativa y de energía. Jamás, en nuestra historia parlamentaria, se ha presentado una mayoría que merezca ser más estudiada y más comprendida. Independiente, sin ser altiva y sin olvidarse de los deberes de la disciplina, apoya á todos los Ministros, porque todos y cada uno de ellos tienen la confianza del Jefe del Gabinete, como apoya al Sr. Sagasta, con convicción y hasta con entusiasmo, porque el Sr. Sagasta tiene la confianza de la Corona, confianza que le fué dispensada á título de Jefe de un partido que expuso en la oposición sus ideales y sus aspiraciones, para conquistar, como conquistó, la opinión pública que, cuando deja de estar en las Cámaras, late elocuente y avasalladora en los comicios y se manifiesta, antes que en los comicios, en la prerrogativa del poder irresponsable. Profundamente liberal, pero sinceramente monárquica, presta y prestará su concurso á la política del Jefe del Gabinete, porque toda la historia de este eminente hombre público desde 1854 á 1868 y desde 1868 hasta ahora, gira sobre este pensamiento: ensanchar y afirmar las libertades públicas; facilitar el desenvolvimiento progresivo de todas las ideas; mantener incólume el principio de autoridad para defender la libertad, y consolidar la Monarquía constitucional y parlamentaria sobre la ancha base de la voluntad nacional. Recórrase la lista de los Diputados que forman la mayoría parlamentaria y se

verán en ella las más nobles figuras del foro, de la cátedra, de la Milicia, de la política y de las letras; hombres de la representación y del prestigio de D. Venancio González y D. Germán Gamazo y D. Eugenio Montero Ríos que, al día siguiente de abandonar sus carteras, se sientan detrás del Gobierno para defender con bizarría la política del Gabinete, para excitarle á que cumpla con sus compromisos de honor, á pesar de conspiraciones y de motines, y para decirle que el día en que no pueda gobernar con los principios y los procedimientos del partido liberal abandone la dirección del poder á otro partido; hombres de la altura y de la importancia del Marqués de la Vega de Armijo y de D. Pío Gullón que, no estando totalmente satisfechos de la conducta del Gobierno, en detalles que no afectan á lo sustancial de su política, tienen el noble valor y la lealtad de declararlo, no para producir una disidencia suicida, sino para exponer sus ideas en el sitio y en la ocasión en que los hombres de partido deben hacerlo; hombres que, en cualquier debate, podrían medirse, por su inteligencia y por su palabra y por su autoridad en el Parlamento, con los más notables oradores de la oposición y que, sin embargo, han guardado silencio, porque saben que las iniciativas individuales, en todos los partidos y principalmente en las mayorías que comparten con el Gobierno la responsabilidad del poder, si son alguna vez necesarias, son, por regla general, ocasionadas á conflictos y á dificultades. Esta es la mayoría, y pronto dará elocuente muestra de su valer, al entrar en las tareas propiamente legislativas; porque, hasta ahora, las sesiones han sido de un interés puramente político, donde el Gobierno debía llevar y ha llevado, ventajosamente por cierto, el peso de los debates.

Dos acontecimientos, ambos iniciados desde los últimos días de la pasada legislatura, se han realizado durante las vacaciones de Pascua: la separación del Sr. Becerra y sus amigos de la Izquierda liberal, y la disolución del partido progresista-republicano. Los discursos del Sr. Becerra en el Congreso y del Sr. Rojo Arias en el Senado, dieron á conocer que la Izquierda estaba profundamente dividida, porque en ella había dos corrientes irreconciliables: la que impulsaba al General López Domínguez á extremar su oposición al Go-

bierno, por considerarlo poco liberal, poco dispuesto á plantear las reformas democráticas y poco fuerte para defender las instituciones y la paz pública, y la tendencia del Sr. Becerra que, menos pesimista, confiaba en que el Gobierno, más desembarazado en esta segunda legislatura, presentará las reformas, y hasta anunciaba que, el día en que esto sucediera, la Izquierda habría perdido su razón de ser. Estas dos tendencias no podían vivir juntas. El rompimiento era inevitable. Y, con efecto, surgió en una reunión de Diputados y Senadores, convocada expresamente por el General López Domínguez. El señor Becerra y sus amigos vendrán, como hombres de sentido práctico, más ó menos pronto, á formar parte de la mayoría con sus antiguos amigos. El General López Domínguez mantendrá, en toda su integridad, el programa de la Izquierda, acentuando su oposición al Gabinete.

Dícese que la Izquierda y la fracción disidente del Sr. Romero Robledo se fundirán en un solo grupo, con la pretensión de formar el decantado tercer partido; pero nada autoriza, por hoy, á creerlo; porque precisamente después del rompimiento de la Izquierda, es cuando más briosamente están defendiendo uno y otro grupo sus ideas, en sus periódicos, en sus círculos y en todas partes. La actitud del General López Domínguez es, pues, ahora la misma que tuvo en la pasada legislatura; defiende las reformas políticas, judiciales y administrativas que forman el programa del Gobierno; pero se diferencia de éste en que la izquierda sostiene que tales reformas deben revestir carácter constitucional, para que no puedan derogarse sino por los procedimientos establecidos para la reforma de la Constitución, y no el de leyes ordinarias, que las Cortes, con la sanción de la Corona, pueden anular cuando lo crean oportuno; diferencia á que los izquierdistas atribuyen una importancia inmensa y que, en realidad, no justifica cumplidamente una disidencia.

La crisis del partido progresista democrático es más profunda de lo que en principio parecía; la carta del Sr. Figuerola despidiéndose del Sr. Ruiz Zorrilla y anunciándole su propósito de retirarse á la vida privada; el discurso del Sr. Azcárate ante sus electores de León; el tono que emplea *El Progreso*, órgano personal del proscripto voluntario; las censuras que los amigos apasionados de éste dirigen uno y

otro día á los Diputados que siguen la política del Sr. Salmerón, todo revela que también en este partido hay dos tendencias irreconciliables: la de los hombres de ley y la de los hombres de acción; que la primera aspira al tiunfo de sus ideas por los medios legales y dentro del sistema parlamentario, y que la segunda prefiere la revolución, á todo trance, para fundar una República representativa, que en España sería el cesarismo y el vasallaje.

Francisco Calvo Muñoz.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

8 de Enero.

Comenzó esta quincena con terroríficos augurios, que anunciaban una próxima conflagración europea, y con agitación visible en todos los Gobiernos. Se relataban aprestos militares de mar y tierra, realizados unos y en proyecto otros; se ha hablado hasta de movimiento de grandes fuerzas; se ha producido en los círculos financieros la alarma que nuestros lectores habrán podido observar por el reciente descenso de todos los valores; se ha dicho por muchos órganos autorizados de la prensa, que cercana estaba la hora de traducirse en hechos espantosos y en lagos de sangre, tanta intriga, tanta maquinación, tantas ambiciones y deslealtades como germinan en este viejo y carcomido Continente. En él parece que la Divina Providencia ha marcado el lugar para que la humanidad exhiba sus grandezas, y á un tiempo mismo forje los tormentos en que ha de expiar sus faltas y extravíos.

En este pedazo del Planeta, donde tantas maravillas se encierran, en que unas tras otras se han desarrollado admirables civilizaciones, llegando hoy los hombres á un esplendoroso estado de cultura, parece imposible que, en las postrimerías del siglo XIX, y cuando tanto se blasona de rendir culto á la razón, á la ciencia y al derecho, resuene sin cesar de Norte á Sur y de Este á Oeste la voz fatídica de la guerra y la matanza.

¿Es que un nuevo Atila amenaza devastar los pueblos, arrollar y pulverizar las naciones?

¿Es que este suelo no puede ya sostener y nutrir sus habitantes, y es preciso que el hierro y el fuego consuman las vidas de los seres que estorban para la existencia holgada de los demás?

¿O tal vez estos deseos y estos temores que se ciernen por la atmósfera política de Europa, obedecen á un espíritu satánico que, invadiendo los poderes públicos, les ciega y concita á una mutua destrucción, sin ventajas para nadie y sí males espantosos para todos?

Nada de eso.

Lo que ocurre en Europa tiene su explicación, y no difícil, á nuestro juicio. Más de un factor existe en ella que, á la vista de todo el mundo y sin que pase día, trabaja y conspira para dar una nueva faz á todo lo que existe, así en el orden moral como en el político y económico; y ello, naturalmente, produce la tensión que se nota en los negocios internacionales, unas veces inclinada la corriente hacia una clase de intereses, otras persiguiendo cierto linaje de sentimientos, ora acariciando planes de extraordinarias invasiones y dominios.

Como es consiguiente, varios son también los Estados que representan estas aspiraciones, y según que preponderan uno ú otro, así son los miedos que se desarrollan y los peligros que se corren. Francia, por ejemplo, representa la piqueta del más extremado radicalismo, para significar el cual nos bastará recordar cómo aumenta cada instante allí la amenaza contra la propiedad y cómo se fustiga cruel y diariamente el sentimiento religioso, hasta el punto de prohibir toda noción de la Divinidad en la enseñanza. Excusado es decir una sola palabra á nuestros lectores sobre la gravedad inmensa que entrañan estos hechos.

Por otro lado, Rusia pugna por salir del estado de quietismo en que vive, sacudiendo esa especie de anulación relativa á que está reducida en el mundo de la política y de la acción, y considerándose fuerte y organizada con sus cien millones de habitantes, parece que se propone darse á conocer de las generaciones presentes con todo su poderío, rebasando sus fronteras y llevando en su derredor la dominación ó la influencia.

Y si agregamos á ésta la grandísima que ejerce el pueblo norte-americano, agobiando los mercados de Europa con sus infinitos y refinados productos, que nos mantienen en perpetua crisis industrial y manufacturera, vendremos en conocimiento de las causas que ocasionan el malestar sentido y deplorado por todos los hombres pensadores que, lejos de vislumbrar la posibilidad de su atenuación, observan se agrava la situación por momentos, á causa del desequilibrio económico que aqueja á los Gobiernos como consecuencia de los fabulosos gastos que hacen en útiles de combate, con el fin de no combatir. Y llega á tal extremo este derroche, que creando costumbre y ley, parece que va á ser imitada semejante desdicha por los Estados Unidos, cuya nación venturosa, que habiendo pagado su enorme deuda, le queda hoy un considerable sobrante en sus presupuestos, piensa entrar por el camino funesto de los armamentos y de las precauciones belicosas. Esto último, que en honor del pueblo norte-americano ponemos en duda, si llegase á efectuarse, lo consideraríamos como una grande é inexplicable equivocación. Porque si su objeto es defenderse de la inquieta Europa, le bastaría con artillar sus principales puertos, puesto que los ejércitos de acá no habían de poner allí la planta. Y si, por el contrario, las intenciones se dirigen á hostilizarnos, ningún arma sería para ello tan poderosa como invertir dicho píngüe sobrante en disminuir los tributos de la producción y el movimiento, en cuyo caso, el aluvión de mercancías americanas que atravesarían el Atlántico sería de tal naturaleza, que infundiría verdadero terror en las naciones que hoy son aquí más fuertes y productoras.

Con tales fundamentos, con semejantes acicates, la paz que se sostiene, y que, á nuestro entender, se sostendrá por algún tiempo, no puede menos de ser una paz efímera y pavorosa; especie de fantasma que, sin herir materialmente, aniquila y descompone con sus continuas amenazas de llevarnos á lo desconocido por parecer siempre lo peor.

Los consejos que á este propósito pudieran emitirse, no habían de ser oídos, ni menos seguídos por los poderosos y fuertes que llevan en sus manos las vidas de tantos hombres y hasta la existencia de algunos Estados; por manera que, en tales circunstancias, lo pru-

dente es pedir á nuestro Gobierno procure tener fija la vista en el desenvolvimiento de los sucesos y crearse una neutralidad respetable, haciendo esfuerzos para ello, y mucho más si, con provecho fuese algún día necesario tomar parte en la contienda.

Algo apagadas están en estos momentos las fuertes ráfagas guerreras que corrieron días atrás, las cuales fueron tan repetidas y acentuadas, que muchos espíritus poco reflexivos creían percibir ya el estruendo de las batallas y el humo de la pólvora. Pero la mucha ó poca gravedad que tuvieran aquellas noticias no han disminuído, sino que solamente ha pasado la fuerte impresión del primer momento, porque después les han sucedido otras noticias no menos alarmantes.

Es la primera la seguridad con que se repite por conductos autorizados que existe, en efecto, un tratado de alianza entre los imperios de Alemania y Rusia. Afortunadamente, parece que este pacto no tiene por objeto emprender una acción común ni lanzar sus colosales fuerzas sobre ninguna nación determinada. Se cree que el fin propuesto, y, á lo que se dice, conseguido por la habilidad y astucia del Príncipe de Bismarck, se reduce á halagar las miras del Czar sobre la península de los Balkanes, asegurando la neutralidad moscovita para el caso, que parecía probable, de tener que emprender nuevamente una lucha con Francia. No hay duda que este acto de previsión, si es cierto, enaltece mucho al Canciller alemán; porque, efectivamente, según las correspondencias y rumores corridos en París con el acompañamiento de agresivos artículos publicados en uno y otro lado del Rhin, hubo momentos en que parecía esperarse un *casus belli*; y en tal situación, es innegable que Alemania llevaría muchas probabilidades de triunfo; porque no hay término de comparación entre la unidad, sensatez y fuerza que atesora el Imperio germánico, con la disgregación, ligereza y materialismo que reinan en la vecina República. Sin dejar de reconocer que en los momentos á que aludimos se nota en ella cierta reacción favorable á las circunstancias.

Hay quien opina ser posible que antes de estallar la guerra temida entre Francia y Alemania, por efecto del supuesto tratado á que nos

venimos refiriendo, surja un conflicto provocado por Rusia, y al cual tuviera que hacer frente el Imperio austriaco. Esta contingencia está apuntada entre las más posibles, según lo revelan las precauciones que adoptan tanto el Austria como los Estados balkánicos y danuvianos.

Nada hay más expuesto á terror que estas conjeturas, formadas sobre alta política internacional, basadas en hechos ó noticias que muchas veces significan cosas harto distintas de las que parecen claramente. No negaremos ser un temor fundado el de la repetición de la guerra franco-alemana: primero, porque el orgullo francés, hondamente herido, no se resigna con la pérdida de su preponderancia y su premacía, conspirando constantemente por recuperarlas, y que quizás, por efecto de sus interiores complicaciones y dificultades, provoque cuando menos se piense el duelo á muerte que tiene aplazado.

Por otra parte, no falta quien asegura que el Príncipe de Bismarck, de acuerdo con el Conde Moltke, se proponen librar á su país de futuros peligros y, antes de morir estos vetustos patricios, precipitar un rompimiento, y con esperanzas de éxitos felices volver á pasear sus ejércitos por el suelo francés, dejándole tan reducido y aniquilado, que en luengos años no exista el más pequeño temor que amenace la paz, el engrandecimiento y la felicidad alemana. Nosotros nos inclinamos á creer que, por el contrario, los armamentos, alianzas y otras maniobras de la corte de Berlín, se dirigen al sostenimiento de la paz, como medio de ganar tiempo que ayude á su consolidación; pues no se ocultará á aquellos expertos políticos que la Francia, no obstante la confusión en que hoy vive, es una nación rica, sabia y poderosa.

Como todas las grandes potencias, Turquía hace también sus aprestos militares, y tal vez con más afán y premura que otras. Mas la política musulmana, reducida desde muchos años atrás á la defensa del *statu quo*, está hoy, si cabe, más empequeñecida, puesto que no se percibe en ella una línea cierta de conducta, y sus diplomáticos y Gobierno son presa de vacilaciones, temores, esperanzas y angustias, que les colocan en un estado de nulidad inconcebible respecto de una potencia que cuenta tan grande población, fuerte unidad y exagerado fanatismo de sus habitantes. Teme á las ambiciones de

Rusia, y de ella escucha complaciente proposiciones de alianza: odia á los ingleses, y, sin embargo, no se atreve á dar un paso que considere pueda ser del desagrado de aquéllos; aplastaría de buena gana á los pequeños Estados hoy independientes y que fueron sus feudatarios, y, á pesar de eso, los trata, los contempla y, mejor dicho, les sufre desvíos é irreverencias. En una palabra, en todos sus actos revela una política irresoluta, tímida y pobre; revelación exacta del estado de pobreza intelectual, moral y científica en que yace.

Las tristezas del Sultán y las inquietudes de sus ministros indican el conocimiento de su inferioridad, y vienen á ser como un presentimiento de futuras reducciones y desgracias. Europa los arroja al otro lado del Bósforo, hoy con la opinión, mañana con las armas. Y aquel potente pueblo mahometano, que puso un día en tan serio peligro á los más viriles de Europa, se encuentra hoy en un visible ocaso.

El actual estado de cosas en Inglaterra no es más lisonjero que el qúe nos presentan otras naciones. Continúa luchando con el contratiempo, no pequeño, que significa la tenacidad de Irlanda, donde la agitación sigue sorda, pero cada vez más fuerte y enconada.

Cosa poco frecuente allí ocurre en estos momentos, cual es la prolongación de una crisis ministerial que descompagina su organismo político. Ya dijimos en otras ocasiones, y repetimos hoy, que los conservadores ingleses cometieron un grandísimo error al combatir tan rudamente como lo hicieron los planes del anciano é ilustre Gladstone; de allí nació la perjudicial división del partido liberal, que no hubiera surgido si los dichos conservadores hubieran tenido más presentes los intereses de su patria que los de su partido. Pero la pasión es siempre mala consejera, y así es que, de fracaso en fracaso, en tan corto espacio de tiempo, han venido á caer en una situación que apenas si tiene salida, y que órganos muy respetables de la prensa ministerial consideran como verdaderamente difícil.

Se procura en estos momentos basar un acuerdo entre los disidentes y su antiguo jefe, celebrándose una conferencia que lo haga viable. La opinión de los que seguían los planes de Gladstone se va aumentando y robusteciendo y, por otra parte, dicho hombre público

se muestra dispuesto á modificar su pensamiento en términos que allane inconvenientes y evite disgregaciones; pero dando una solución que no sea la fuerza y la crueldad á la grave cuestión de Irlanda. Lección de patriotismo que deberían apreciar en lo que vale sus encarnizados enemigos.

Las estupendas noticias que han circulado estos días acerca de la persona del Czar de Rusia, revisten tal carácter misterioso y novelesco, como al mismo tiempo de poca seriedad, que no creemos prudente tomarlas en cuenta en la presente *Crónica*.

Es nuestro ferviente deseo comunicar en la próxima más tranquilizadoras impresiones.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Obras de doña Soledad Acosta y Samper.

Es un hecho doloroso, pero lógico y perfectamente explicable, que la América de procedencia española no ha conservado hacia su madre patria, hasta hace muy pocos años, las relaciones de benevolencia y cariño que son naturales entre individuos de una misma familia, entre pueblos de una misma raza, entre naciones unidas, tanto ó más que por los vínculos de la sangre, por los lazos de idéntica civilización. Errores históricos de que no cabe pedir cuenta mas que á las condiciones de los tiempos y á las fragilidades de la naturaleza humana, han mantenido apartadas por grandes, y hasta cierto punto justificadas prevenciones, las ramas de este inmenso árbol que, teniendo su tronco en la Península ibérica, se extienden lozanas y vigorosas por el vasto Continente que se dilata entre los dos más vastos mares de nuestro globo.

Este mutuo apartamiento, iniciado en el espíritu desde varios siglos, y consumado por la emancipación completa que aquellos hermanos nuestros realizaron á principios del actual, ha hecho que ignorásemos casi en absoluto los que vivimos adscritos á la vieja Europa lo que pasaba en la otra parte del Atlántico, donde naciones jóvenes, sangre de nuestra sangre, pedazos de nuestro corazón, luchaban con la naturaleza y la barbarie para alcanzar un puesto honroso en el gran concierto de la civilización, desplegando las mismas ó superiores facultades que á sus antepasados han merecido un lugar preferente en la historia de la humanidad.

De estos esfuerzos, de estas conquistas en todos los ramos del progreso, poco ó nada conocíamos hasta que se han acortado las distancias, se han

desvanecido las preocupaciones mutuas y, despejada la atmósfera del polvo y de las emanaciones que habían levantado allí deplorables acontecimientos, hemos aprendido á reconocernos, á estimarnos, á tendernos los brazos á través de las aguas del Océano, para formar otra vez un solo pueblo, unido por otros vínculos más dulces y más fuertes que los que conocieron nuestros antepasados.

Restablecido el comercio de las ideas y de los afectos después de tan larga intermitencia, quedamos los españoles agradablemente sorprendidos por el grado de cultura que alcanzan nuestros hermanos de allende los mares, merced al uso laudable que han sabido hacer del sagrado depósito que su madre patria les confiara en todos los géneros de cultura, acrecentándolo con el laboreo de su perspicaz inteligencia y el roce, que no han abandonado un sólo momento, con todos los pueblos civilizados.

Así se explica que pueda encontrarse en aquellas remotas regiones una escritora de las excepcionales cualidades que distinguen á la que es objeto de esta breve reseña, doña Soledad Acosta de Samper.

Es siempre un fenómeno raro y sorprendente la facultad de escribir en la mujer. Llamada por la naturaleza á otras funciones, no menos dignas y trascendentales, pero que suponen una dirección completamente distinta á sus energías, apenas concebimos que un individuo del sexo débil pueda elevarse á las altas regiones del arte ó de la ciencia, que el hombre mismo sólo alcanza á fuerza de muchas vigilias y meditaciones. Se comprende que la mujer deslumbre con ráfagas y destellos de ingenio, como los que se desprenden de sus joyas ó de su mirada; pero es más difícil concebir que alcance á crear obras perfectas y complicadas, fruto laborioso de la aplicación y el estudio.

Pues bien; la América española, que ha producido poetisas como la Avellaneda, la Carolina Coronado y otras hijas de las Musas, que nada tienen que envidiar á las mujeres más distinguidas del viejo Continente, puede ostentar con orgullo en el mismo sexo un ejemplar, no ya de fantasía y sensibilidad exquisita, sino de austera penetración, de severo juicio, de grave y reposado análisis, como pocos ó ninguno puede ofrecer nuestra antigua civilización.

La señora doña Soledad Acosta de Samper es una historiadora en toda la extensión de la palabra, y de condiciones tales, que para encontrar algo semejante tendríamos tal vez que remontarnos á César, á Tito Livio ú otro de los grandes modelos de la antigüedad ó del Renacimiento. La sobriedad en la narración, la viveza de la frase, la majestad y naturalidad en la descripción de los hechos, la asemejan más bien á aquellos historiadores pri-

mitivos, que parecen en vez de testigos recopiladores de los hechos, y graban ó cincelan las figuras en sus cuadros inmortales con frase concisa y gráfica, donde quedan moldeados los tipos para pasar á la posteridad.

El secreto de escribir la historia *ad narrandum*, se ha perdido casi entre nosotros hace mucho tiempo. Hijos de una civilización amiga con exceso de abstracciones, conmovidos por el incesante oleaje de los acontecimientos y agitaciones sociales, no tenemos bastante serenidad para retratar los sucesos ni los hombres, como las tumultuosas aguas de un lago no reflejan fielmente el vecino paisaje, ó la cámara oscura en movimiento no traslada puntualmente las imágenes que pretende encadenar en los breves ámbitos de un cliché. La escritora en cuestión ha vencido estas dificultades y evitado estos escollos, dándonos una galería de figuras históricas, que tiene de las de Plutarco el color, la factura y la imparcialidad.

No queremos investigar si las condiciones en que escribe un moderno autor en ciertos puntos del nuevo Continente y las que rodearon á los antiguos historiadores son las mismas. Tal vez en la serenidad é inmovilidad de aquellas vastas cordilleras americanas, que dibujan en un cielo más azul sus espléndidas siluetas y marcan en el espacio sus abruptas líneas, inundadas de espléndida luz, encontraríamos la explicación de esotra luz intelectual que evoca los hechos dormidos en el fondo de los siglos y los presenta á las miradas atónitas de los contemporáneos con tal distinción y colorido histórico, que nos hacemos la ilusión de asistir al espectáculo y seguir á los héroes al través de inhospitalarias costas, desconocidos ríos y salvajes comarcas, palpitando con su vida é identificándonos por un momento con un mundo desconocido y una lejana civilización.

Por esto nos atreveremos á decir que la historia, tal como la realiza aquella insigne escritora, merece los honores de poema. Ella misma lo confiesa cuando dice: «Desconfiando de mis facultades para escribir ana historia verdadera de la vida de los conquistadores de mi patria, intentaba trazar una serie de cuadros histórico-novelescos que pusieran de manifiesto los hechos de aquellos héroes cuasi fabulosos, cuando toqué con una dificultad —¡quién lo creyera!—la de que la vida, desnuda de toda trama novelesca, sin quitarle ni ponerle cosa alguna, sin tener que añadir ninguna aventura á la narración de cada uno de aquellos personajes, bastaba para interesar al lector y surtía todos los efectos de un cuadro histórico-novelesco.»

Estas frases, llenas de profunda verdad, hacen por sí solas el elogio de la insigne escritora y ponen de relieve la importancia de los acontecimientos que se narran en sus obras. La historia que, sin dejar de serlo, reviste todos los caracteres de novela, alcanza el ideal del género narrativo y me-

rece, como todos los grandes monumentos de su género, pasar á la posteridad.

La índole de esta ligera reseña bibliográfica no nos permite exponer detalladamente todas y cada una de las obras con que ha enriquecido á la literatura universal, más bien que á la de su patria, la eminente escritora colombiana; aparte que no todas han llegado á nuestro conocimiento. Las que tenemos á la vista ofrecen un verdadero mosáico de estudios morales, descripciones de viajes, cuadros de costumbres, trabajos de crítica, obras de imaginación, diseminados, en su mayor parte, en varias Revistas dirigidas por la eminente escritora, y desde las cuales ha difundido la ilustración y la moral más pura por aquellas vastas regiones del Continente americano. Lo que se destaca, sin embargo, lo que resalta con nítido esplendor entre los variados frutos de aquella privilegiada inteligencia, son los trabajos históricos.

Sucede en el comercio de las ideas, como en el de los productos materiales, que la riqueza y la gloria son el premio de los que aciertan á llenar una necesidad sentida, á descubrir un tesoro envuelto en los escombros de la ignorancia ó del olvido. El descubrimiento, conquista y colonización de América, forman uno de los períodos más vitales de historia de la humanidad, de interés general para la especie humana, pero muy particularmente para la raza que tuvo la honra de llevar á cabo tan gigantescas empresas; á pesar de lo cual, una parte considerable de aquellos heróicos hechos permanece escondida en las sombras del pasado, por falta de una mano paciente y hábil que los entresaque de las confusas monografías ó crónicas donde fueron depositados, y revistiéndoles con los caracteres de la vida, reintegrando el conjunto de su ser, sin quitarles nada de su verdad histórica ni de las condiciones de su tiempo, los presente á las miradas atónitas de nuestros contemporáneos como ejemplares de otra raza, prodigios de energía moral y material, verdaderos gigantes de una muerta civilización.

Este es el servicio que ha realizado doña Soledad Acosta de Samper en sus «*Biografías de hombres ilustres*, relativas á la época del descubrimiento, conqnista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia.» Comprende la obra unas trescientas biografías, que ofrecen en su conjunto un cuadro completo de aquel período histórico, mucho más vivo, gráfico y, digámoslo así, escultural que ninguna de las historias escritas sobre el mismo asunto, y aun las que se pueden escribir con más pretensiones, pero con inferior método y menos excepcionales facultades.

Aunque esta es, en sentir nuestro, la obra maestra de la ilustre escritora

americana, tiene, en el género histórico, otros estimables trabajos sobre personajes ilustres que allí han florecido desde la época de la emancipación. Brillan en estos estudios las cualidades nativas de la ilustre escritora; pero falta, además del alto interés histórico, el entusiasmo, el amor, el legítimo culto que sólo pueden inspirar los héroes legendarios de la inmortal conquista, consagrados por el tiempo y por la gratitud de las generaciones que gozan el fruto de su temeraria osadía. «Los héroes de la Independencia, dice la autora, nos dieron la libertad; los otros nos conquistaron el suelo patrio; aquéllos pusieron á nuestro alcance la fruta del bien y del mal; éstos, á costa de una pujanza y valor incomprensibles, nos dotaron con territorio propio.» Natural era que, juzgando á unos y á otros desde tan exacto punto de vista, haya guardado la distinguida escritora, no sólo las preferencias, sino las más ricas tintas de su paleta, para los que le han dado tan hermosa patria y rica civilización.

En el género novelesco no conocemos de doña Soledad Acosta de Samper más que algunos bocetos y breves cuadros, insuficientes para formular un juicio aproximado de sus condiciones como novelista. El sentido profundo de la historia de su patria que ha demostrado en otras obras, el poder de reflexión y análisis que en ellas desenvuelve y la tendencia moral que forma la nota distintiva de sus trabajos periodísticos, descubren en ella relevantes prendas para la novela histórica, psicológica y de costumbres, que ha cultivado, indudablemente, con brillante éxito. Algunos ensayos que esmaltan las páginas de sus Revistas *La Familia* y *La Mujer*, nos permiten asegurar que, si en el campo de la historia ha cosechado lauros inmortales y uno de los puestos más eminentes entre las mujeres ilustres de todos los tiempos, posee condiciones para rivalizar con Mad. Cottin, Mad. Staël ó Jorge Sand, en el género novelesco, para el cual, sin duda, la naturaleza ha dotado á la mujer de más idóneas facultades.

Hemos cumplido nuestro propósito, que era el de dar á conocer entre nuestros compatriotas una escritora que habla de un modo ejemplar nuestro propio idioma y ha escrito sobre asuntos que afectan, tanto como á la suya, nuestra honra nacional. Cuando se hayan desvanecido los últimos restos de las nubes que se interpusieron entre los hijos de una misma patria y formemos todos los hijos de España un mismo pueblo, el nombre de doña Soledad Acosta de Samper brillará como una de las más hermosas estrellas en el cielo de las letras españolas, y sus valiosos trabajos figurarán en la biblioteca de todos los hombres estudiosos, como un rico monumento de erudición, de talento y de lenguaje.

Sólo debemos hacer presente, antes de terminar, cuánto sentimos que no

haya sido una pluma más experta, una inteligencia, más culta la que haya asumido la noble tarea de glorificar y extender el nombre de tan eminente escritora por el territorio de la vieja España.

TRATADO DE HIGIENE ESCOLAR, por D. Pedro de Alcántara García.

El rasgo capital que distingue los nuestros de los antiguos tiempos, es el ejercicio de la reflexión en todas las funciones de la vida social, antes abandonadas á la rutina, á la incuria, á la tradición. La aplicación de esta actividad intelectual á todas las esferas de la vida práctica ha producido la trasformación asombrosa, con caracteres de mágica, que ha sufrido nuestra sociedad, comparada á las que la precedieron en su vida política, comercial, industrial, didáctica, y en todo lo que constituye la civilización.

Uno de los ramos en que se hace más visible este progreso, mayormente dentro de nuestra patria, es en lo que se refiere á la pedagogia. La distinguida y benemérita clase consagrada á llenar la función trascendental de la enseñanza y educación de las generaciones llamadas á sucedernos, ha emprendido su noble tarea con tal fe, decisión y entusiasmo que, es preciso confesarlo, descuella entre todos los cuerpos facultativos de nuestro país, por la abnegación sin límites y el amor nunca desmentido á los progresos de su noble profesión. Una de las espléndidas muestras que de esta verdad podríamos aducir, es el libro que ha dado motivo á estas líneas.

Cuando el lector encuentra, por fortuna, una obra perfecta en su género, se llena, naturalmente, de una interior satisfacción, que no sabemos si es la complacencia de la naturaleza humana en sus productos, ó el placer que acompaña á toda revelación de la belleza, de la utilidad y del bien. Esta sensación se experimenta recorriendo las páginas del libro del Sr. Alcántara García, quien podemos decir que ha agotado su tema y ha presentado á sus compatriotas un trabajo completo, del cual habrán de reportar innumerables beneficios.

No es del caso enumerar aquí la trascendencia de la vida que pasa el ciudadano en la escuela. Allí recibe su primera cultura, allí recibe sus primeras impresiones científicas y literarias, allí se desenvuelven los primeros y más importantes momentos de su existencia, tanto para la vida del cuerpo como del espíritu. Cuanto la sociedad haga para mejorar las condiciones físicas y morales de la escuela, es poco, en comparación de los resultados que ha de cosechar en inmediato porvenir.

Por ahí puede comprenderse el interés, la profunda utilidad que reviste

una obra que tiene por objeto fiscalizar, depurar, analizar todas las condiciones que ha de reunir la escuela para que el niño en ella depositado, cual tierna planta allí colocada en el perío lo más delicado de su crecimiento físico, moral é intelectual, encuentre en ella todos los elementos de vida, todas las condiciones de desarrollo, en vez de la asfixia, la enfermedad y tal vez la muerte.

Cómo ha llenado tan alto y trascendental objeto la obra que recomendamos, sólo puede juzgarse mediante propio é individual examen. Nada en ella se ha descuidado; ninguno de los más insignificantes detalles se ha pasado por alto, así en lo que se refiere al personal como al material, en lo concerniente al alumno lo mismo que á la escuela y al mobiliario ó material de enseñanza. Admira tanto espíritu de observación, tanta atención al detalle, tanta sagacidad en prevenir los menores peligros y explotar las ventajas de cada reforma, todo lo cual no puede ser fruto sino de una larga y aprovechada experiencia, así como de un amor sin límites á la humanidad, que honran de igual manera la competencia y los nobles sentimientos del autor.

Si alguna vez hemos tenido ocasión de recomendar y aplaudir sin linaje alguno de reservas el trabajo de un compatriota nuestro, es la presente. Así por la importancia capital del asunto como por la magistral habilidad con que está tratado, creemos que este trabajo honra sobremanera al autor y á su patria, puesto que difícilmente podrán los extranjeros presentar algo que lo aventaje en el fondo ni en la forma, en el contenido como en el método de exposición.

PAULINA, por Alejandro Dumas; PASCUAL BRUNO, por el mismo autor, versión castellana de D. E. de O.—Madrid, 1886.

Con estas dos novelas del popular escritor francés, ha hecho *El Cosmos Editorial* un precioso libro, que forma el tomo LVII de su escogida biblioteca.

El maestro Bellini refirió á Dumas, en Sicilia, una tradición popular en que el protagonista era el célebre bandido Pascual Bruno. Era tan interesante, tan dramática, tan apropiada á la naturaleza de Dumas la relación que le hico el músico poeta, que el novelista pensó en escribirle un libreto para una ópera; pero cuando Dumas terminó su expedición por Italia y se dispuso á escribir el libreto y quiso antes oir algunas opiniones de Bellini, ya éste había muerto. El libreto para una ópera que debería llevar por título *Pascual Bruno*, se trasformó inmediatamente en una preciosa novela,

semi-historia, semi-romántica, de esas que tan admirablemente ha sabido producir el Fernández y González francés.

Las situaciones dramáticas, más que dramáticas espeluznantes, los arranques generosos, las situaciones inverosímiles, toda esa lucha de afectos, de preocupaciones y de intereses nobles y bastardos que forman el fondo del sentido literario de Dumas, abundan en el *Pascual Bruno*. Diríase que en este libro ha puesto su autor toda la fantasía, todo el vigor de pensamiento y de lenguaje que tantas veces, aunque con diversa fortuna, ha sabido manifestar.

Pascual Bruno es un precioso libro.

Paulina es una novela más completa. Toda ella responde al pensamiento que anima las novelas de Dumas: á contar la historia de una pasión desde que nace y se manifiesta hasta que triunfa ó sucumbe.

No tenemos espacio para extendernos en una crítica literaria. Si la índole de estas *Notas*, de suyo breves y rápidamente hechas, nos lo permitiera, entraríamos en el examen de esta obra, para demostrar que tan distante está Dumas de la realidad y del fin primordial de la novela con su *Paulina*, como distante está Zola. Ni el romanticismo, que ya pasó, ni el el naturalismo, que no logra aclimaterse y fundar iglesia, son el polo magnético de la literatura en los tiempos que alcanzamos.

Por lo demás, la novela *Paulina*, dado su género, es una obra entretenida, amena y hasta deliciosa.

El Conde Luis de Camors, por Octavio Feuillet, traducción de F. Norberto Castilla.—Madrid, 1887.

La educación de un hombre en el egoismo personificado, despreciando todas las creencias y no viendo en ellas más que quimeras ó hipocresías, inclinado al materialismo puro y entregándose á los placeres de los sentidos y del poder, no amando nada, no temiendo nada y no respetando más que un falso honor formado á su manera, ha dado al popular novelista francés motivo para escribir este interesante libro.

Su acción, constantemente dramática y sostenida por el protagonista Conde de Camors, es tan bella, que, á pesar de verse en él al hombre incrédulo y sin conciencia, le hace simpático al lector, que tiene piedad de sus desgracias y, haciéndolas suyas, desea aumentarle los pocos momentos que tiene de ventura. Estos momentos, realmente conmovedores, son aquellos en que, escondido y temeroso de ser descubierto, manifiesta su alma, alma

en la que no creía, y es feliz con las caricias de su hijo, fruto adorado de su matrimonio, que efectúa, no por amor, sino por salvarse de situaciones peligrosas.

El tipo de la señora de Camors, martir del materialismo de su esposo, es angelical; su alma, llena de dulzura y de sentimientos generosos, encuentra lenitivo á su martirio en las caricias de su hijo.

Otro tipo, egoista y análogo al del Conde de Camors, es el de la señora de Campvallon, casada con el General de este apellido, tío del Conde.

Estos tres caracteres, descritos con el arte con que Feuillet sabe hacerlo, y la maestría con que se suceden las escenas, bastarían para comprender que el autor haya alcanzado uno de los primeros puestos de la literatura moderna.

La traducción está hecha con el mayor esmero, y las condiciones materiales del libro nada dejan que desear, siendo iguales á las de los *cincuenta y ocho tomos* de que ya consta la acreditada biblioteca de novelas de *El Cosmos Editorial.*

BOLETÍN DE LA UNIÓN IBERO-AMERICANA.—Madrid, 1887.

Como complemento de la inolvidable fiesta nacional organizada por la Unión Ibero-Americana, acaba de publicar y distribuir esta benemérita Sociedad un *Boletín* extraordinario, que ha merecido justos aplausos, con todos los detalles de aquella solemnidad, en 40 páginas de impresión esmeradísima y con una elegante portada en papel de color.

Este *Boletín* está llamado á producir gran efecto en toda la América de origen español y lusitano.

PROPIETARIOS:
JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:
FRANCISCO CALVO MUÑOZ

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA [1]

AUSTRIA-HUNGRÍA

I

Desde Alberto II, en 1438, después de la muerte del Emperador Segismundo, el trono de la antigua Alemania la ilustre Casa de Austria ocupa, aquel secular Sacro-Romano Imperio que fenece en 1806. Organiza Napoleón en París el 12 de Julio una alianza retiniana, por la cual los Reyes de Baviera y Wurtemberga, el Archicanciller, el Elector de Baden, el Landgrave de Hesse-Darmstadt y el Duque de Berga, los últimos como grandes Duques, mas los Príncipes de Nassau y de Hohenz Mern, con algunos otros Príncipes de poca consideración, separándolos de la alianza imperial, reconocen al Emperador de los franceses cabeza de su Confederación. El de Alemania se declaró Emperador de la monarquía austriaca, para sí y sus hijos, el 6 de Agosto de aquel mismo año, 1006, desde que Carlo Magno colocara la corona de Occidente sobre sus sienes en Roma, el día de Navidad, ungido por León III.

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre, 10 y 25 de Diciembre y 10 de Enero.

Hijo de Leopoldo de Babemberga Enrique I, en los últimos años del siglo x suena por vez primera el nombre de *Oesteriche*, *Oestreich*, Austria, que quiere decir *reino de Oriente*, por acta de donación que le hace el Emperador Ottón III. Extinguida la casa de Babemberga, tiene lugar el periodo histórico, llamado *interregno austriaco*, de 1246 á 1282, durante el cual el Emperador Federico II incorpora á su corona las tierras de Austria y Estiria como dominio personal por extinción de dueño; establece Gobernador en Viena y renueva su privilegio anterior de ciudad imperial; se elevan disputas por títulos de parentesco y descendencia; se elige á Ottoçar, quien no queriendo reconocer la autoridad de Rodolfo de Habsburgo, es vencido y desposeído, pereciendo en una sangrienta batalla. El hijo de Ottocar, para salvar parte de sus Estados hereditarios, convino en la cesión de Austria con Rodolfo, quien con el asentimiento de los Electores de Sajonia y Brandemburgo, de los tres Electores eclesiásticos y de los Condes palatinos del Rhin, pudo dar la investidura de los ducados de Austria, Estiria y Carantia á sus hijos Alberto y Rodolfo el 27 de Diciembre de 1282; el primero, en virtud de contrato, vino á quedar en posesión de los tres ducados, y fijó su residencia en Viena, que dejó de ser ciudad libre imperial. Alberto, pues, hijo de Rodolfo de Habsburgo, da á su Casa el nombre de Austria, que llevan desde entonces como patronímico de familia sus Príncipes.

Yerno Segismundo de Luis I, que ciñó á su cabeza, en 1370, las coronas de Hungría y Polonia, las adquiere el primero cuando éste muere, y pasa la de Hungría á la Casa de Austria por enlace de Alberto V (Alberto II como Rey de romanos) con Isabel, hija del Emperador. Pero desde 1439 hasta 1526, en cuyo año disputaban entre sí la diadema de San Estéban Fernando de Austria y Juan Zapolya, hay dos elecciones en las que la adjudican cuando muere el hijo póstumo de Isabel, llamado Ladislao, á Matías Corvin, nombrado en 1458, y en 1490 al Rey de Bohemia, Ladislao II, á quien hereda su hijo Luis II, que perece en la batalla de Moháes, en 1526: desde entonces Austria se ha extendido por Hungría. En 1688 la Dieta de

Presburgo declaró hereditaria la corona, como por el tratado de Carloviez cede la Puerta Otomana á Austria la Transylvania y la parte del reino que aún ocupaba, menos el distrito de Temesvar; Carlos VI (Carlos II de Hungría) supo, por la pragmática de 1713, hacer hereditaria hasta en las mujeres de la Casa de Habsburgo la diadema: parecía adivinar el gran carácter de María Teresa. Tamesvar vuelve á ser de Hungría en 1718, en Pasarowitz, cual se fijan en Belgrado, en 1739, los límites del reino en los aledaños con Turquía. Corona que pertenezca con mejor derecho á Austria, como la de San Estéban, no la hay en el mundo, pues la rescató heróicamente de los infieles, y libró á Europa de su mayor enemigo cuando los asuntos de religión dividían las conciencas; pero ya diremos más de eso en su lugar, siéndonos preciso exponer antes la representación del Imperio hasta la paz de Westfalia en 1648, porque desde entonces á 1806 tomó aspecto nuevo y gastó sus fuerzas en beneficio ajeno, sin sacar partido de sus sacrificios, por el empeño de ser más alemán que austriaco y húngaro.

Los períodos históricos de la corona imperial de Occidente pueden dividirse: el primero, que empieza en Carlo Magno, hasta la división del Imperio entre los hijos de Luis, en 843, comprendiendo en esta parte la continuación de Luis *el Germánico*, Carlos *el Gordo*, Arnoldo, Luis *el Niño*... hasta Conrado I de Franconia, de 911 á 918; tiempos oscuros, sin embargo, de confusión y anarquía, período feudal primitivo, de fábulas y violencias, sin ningún plan, del más fuerte, en una palabra: así fué como, sin que lo sepamos con fijeza, se establecieron los Duques de Franconia, Sajonia, Turingia y Baviera, y á poco los de Suavia, Lorena y de Carintia, y sucesivamente muchos, rebeldes y conquistadores, en el caos individualista militar y de caudillaje.

Enrique *el Pajarero*, de la Casa de Sajonia (inaugura el segundo período imperial), reina de 919 á 936, y realmente restablece el Imperio de Carlo Magno, elegido por indicación de Conrado en el lecho de muerte: no hizo sino pelear ru-

damente contra húngaros, eslavos, escandinavos, etc., conquistando la tranquilidad interior, *pero no pasó á Italia.* Los grandes reconocieron á su hijo Ottón por sucesor al trono, el cual, después de someter á los *eslavos* y dinamarqueses, haciendo entrar en razón á los Duques de Bohemia y Polonia, *volvió los ojos á Italia* y pasó los Alpes en 951, y levantó en 962 el Imperio de Occidente, mezclándose en los asuntos de los Papas, deponiendo á Juan II, que le había coronado, y favoreciendo, como protector de la Iglesia, la elección de León VIII, jurando el pueblo y clero romano no elegir Pontífice alguno sin la venia y beneplácito del Emperador. Sigue á Ottón *el Grande* el hijo, Otton II: en este reinado empiezan, por decirlo así, las querellas de Francia con Alemania, con motivo de sus pretensiones á la Lorena: pasó á Italia, al Mediodía, á Tarento y Calabria, contra los griegos que allí se conservaban, donde fué vencido totalmente.

Hijo del anterior Ottón III, bajó también á Italia, teniendo muerte misteriosa á los veintidos años en Palermo. Enrique II visitó el país donde *florece el limonero*, se hizo coronar en Pavía, tuvo que escapar de un motín, se disgustó de las gentes, pero volvió para reponer á Benedicto VIII, que le coronó. Recayó la elección imperial en la Casa de Franconia, desde Conrado II en 1024 hasta Enrique V, que llevó la corona veintidos años, de 1106 á 1125.

Son de la Casa de Franconia, á saber: el nombrado Conrado II, Enrique III *el Negro*, Enrique IV y Enrique V; el primer Señor se dirigió á Italia y se coronó como Rey en Milán y como Emperador en Roma; en su segundo viaje fué á someter al Arzobispo de Milán, y la peste le arrebató su ejército; pasó su hijo, Enrique *el Negro*, á remediar los desórdenes que causaban en la península los tres Papas juntamente, Benedicto XI, Silvestre III y Gregorio IV, depuestos en el Concilio de Sutri, y mandó nombrar para la Silla pontificia de Roma á un alemán llamado Luidger, Obispo de Bamberga, que tomó el nombre de Clemente y coronó al Emperador el día de Navidad de 1064, sin duda recordando á Carlo Magno; aún, después de este Papa,

dió Enrique otros tres Papas, alemanes los tres. Su hijo Enrique IV, de 1056 á 1106, sólo tenía seis años cuando murió su ilustre padre. Este es el Enrique IV de Canosa, el mismo Emperador que choca imprudentemente contra el más grande de los Papas, Hildebrando, Gregorio VII. Víctima el apocado Príncipe del ambicioso orgullo de Hannon, Arzobispo de Colonia, y de Alberto, Arzobispo de Brema, dos rivales, estuvo alternativamente en manos del uno y del otro y cayó en las del segundo, especie de Mefistófeles de aquél Fausto coronado, enemistándole con los pueblos y los Príncipes, con los sajones sobre todo; y gentes y Príncipes, legos y eclesiásticos, se ligaron en daño del temerario, unas veces vencedores, otras vencidos, pero enflaqueciendo la autoridad real, lo cual vió claro Hildebrando por las quejas que llegaban á Roma contra el Emperador; le mandó, pues, que en la Cuaresma se presentase ante el Sínodo para disculparse de los crímenes que le atribuían, ó de lo contrario sería excluído del seno de la Iglesia por medio de la excomunión apostólica. Enrique contestó, como es fama, diciéndole, entre otras cosas: «Pero tú, como no temes á Dios, »tampoco me honras á mí que soy su delegado.» El Papa, «en »el nombre de Dios Todopoderoso, prohibe al Rey Enrique, hijo »del Emperador Enrique, que se ha rebelado contra la Iglesia »con un orgullo inaudito, gobernar el Imperio de Alemania y »de Italia; absuelve á todos los cristianos del juramento que le »han prestado ó pudieren prestarle, y prohibe á todos el servirle »como Rey; y como ocupo tu puesto, ¡oh San Pedro! le agobio »—dice—con todas las cadenas de la maldición, para enseñar á »los pueblos que tú eres la piedra sobre la cual el Hijo de Dios »ha fundado su Iglesia.» La revolución estaba hecha. El rayo cayó sobre la torre más alta. Ni Constantino, ciertamente, ni Carlo Magno, de seguro, imaginaron nunca, en sus sueños de protectores de la religión, que eso pudiera suceder nunca. Enrique IV tuvo que ir á Canosa, cuyo camino tantas veces después tomaran las coronas: *era el mes de Enero del crudo invierno de* 1077, y el Emperador de Occidente se vió obligado á permanecer *tres días seguidos* en el patio del castillo de la Con-

desa Matilde, *desde la mañana hasta la noche, en ayunas, con los pies desnudos.*

La contienda de las investiduras es, después de lo de Canosa, de segundo orden, aunque muy importante. A pesar de las declaraciones del Papa, no dejó Enrique V, hijo de Enrique IV, de investir con el anillo y el báculo. Siguió la Casa de Suavia ó de Hohenstaufen disputando sus derechos en guerra con Milán y la Confederación de las ciudades de Lombardía, dividida Italia en güelfos y gibelinos, partidarios del Emperador ó del Papa. A Federico Barbarroja sucedieron Felipe de Suavia y Ottón IV, y, por último, el brillante Federico II, de 1215 á 1250, año en que ya apunta algo así como la Edad Moderna ó el Renacimiento, que había de venir dos centurias después. No podían sufrir los Papas que el nieto de Federico Barbarroja poseyese, además del Norte de la Italia, el reino de Nápoles y Sicilia; no querían reconocer sin restricción los grandes derechos que Ottón les había concedido y que Federico II respetara poco los religiosos, lanzando contra los Papas sarcasmos acerbos, ridiculizándolos y haciéndolos despreciables. Para fortuna de los Pontífices, Federico II desapareció de la escena política sin dar cima á su obra; demasiado culto, sus miras se dirigían únicamente á Italia, descuidando lo de Alemania. Favorecían el fanatismo y la ignorancia las Cruzadas. Dos siglos y medio consumió Europa en ese esfuerzo, derramando en Oriente su sangre, aunque poniéndose en contacto con la civilización de Grecia é Italia, depósito de la antigua y de un comercio nuevo. Tuvo principio la primera en 1096, la octava y última en 1270. A su vez, los Reyes de Francia, cuando se sosegaron los Emperadores, la emprendieron con los Papas y tuvieron la Silla de Roma durante setenta años en Aviñón en cierto cautiverio.

Alemania y Francia no han dejado un momento de ser rivales en Europa y en Italia; empujábanse del lado de sus fronteras, tropezaban en la Península y allí disputaron con encarnizamiento, lo mismo en Milán que en Sicilia y Nápoles.

A Rodolfo de Habsburgo (tercer período), que no pudo pa-

sar á Italia á hacerse coronar Emperador, le parecía aquella península «la cueva de un león, en la que veía las huellas de »muchos Emperadores que han entrado, pero no de los que han »salido.» En un tratado que celebró con el Papa Gregorio X, cedió todos los derechos que tenía el Imperio en territorio de la Iglesia, en los términos en que se hallaba hasta sutiempo, y pudo muy bien felicitarse de haber así hecho desaparecer el cebo destructor que atraía á los Emperadores á las expediciones del otro lado de los Alpes.

La Casa de Aragón heredó, como consecuencia de enlaces matrimoniales, los derechos á Sicilia y Nápoles, de Federico II, favorecidos por las famosas Vísperas Sicilianas.

Si la autoridad imperial, la que durante trescientos años reconocieron los mismos Papas, prestigio que elevó muy alto Enrique III *el Negro,* había sido humillada en Canosa; si el mundo, como decía Hildebrando, estaba regido por dos luces, por el sol la mayor y por la luna la menor, y el poder apostólico representaba el sol, el real la luna; puesto pues que la luna recibe la impresión del sol, como el Emperador, los Reyes y los Príncipes reciben su autoridad del Pontífice, y este último únicamente de Dios, para ser el poder de la Silla romana mayor que el de los tronos; si tan arrogante muestra pudo dar el monje de Cluny de su omnipotencia, preciso será convenir que el sol tiene su ocaso; pues las disputas de los Reyes de Francia con los Papas, vilipendiado Bonifacio VIII, aquellos tiempos que los italianos llaman cautiverio de Babilonia, encierro que duró setenta años, de los Pontífices en Aviñón; el gran Cisma, que dividió por espacio de medio siglo la Cristiandad en dos cuerpos enemigos, que se dirigían uno á otro acusaciones de calumnias, usurpaciones y herejías, siendo verdaderamente la depravación de la clerecía alta y baja, espantosa; aquel siglo XV, precursor del XVI, era moderna, espíritu nuevo, de autoridad real, presencia los Concilios de Constanza y de Basilea, que intentan limitar el poder papal, sustituyéndolo con el suyo propio; la superioridad de los Concilios sobre el Papa fue reconocida en Alemania y Francia. El Cisma de

los tres Pontífices—uno en Italia, otro en Francia y un tercero en España—se disipó por la preferente atención del Emperador Segismundo, que presidía el Concilio de Constanza, el cual declara «que recibía su poder inmediatamente de Dios y »era superior al Papa; que, por consiguiente, sus decretos, aun »sin aprobación del Romano, debían reunir y reformar la Igle»sia.» Juan XXIII tuvo que oir «que puesto que pública y cri»minalmente había abusado de los derechos y bienes de la »Iglesia romana, y que con sus malas costumbres había afligi»do á toda la Cristiandad, se le declaraba depuesto de la digni»dad de Pontífice.» Gregorio XII, que residía en Francia, presentó su abdicación. Benedicto XIII, el español, tuvo que ser reducido á obediencia por el Rey de Aragón.

Así, ya antes de Luthero y Calvino, de Enrique IV de Francia y Navarra, y de Isabel Tudor, de Inglaterra, se oscurecía el sol, eclipsado por las lunas, para entrar en el siglo XVI de la Reforma religiosa y perder también en el siguiente, XVII, á mediados, su centro en Europa, el gran Imperio germánico, humillado por Francia y los Príncipes feudatarios de la Confederación. En realidad, sol y luna olvidaron, ó luna y sol juntamente, según los tiempos, que el Papado y el Imperio de Occidente, en la ambición de un Obispo rebelde y de un usurpador (ó hijo de usurpador, si se quiere) tuvieron origen, y que no podían separarse sin peligro de perderse uno tras otro: el Reino como la Iglesia de Roma, de 800, en la dignidad imperial y privilegios de la mitra se basaban, con territorios propios, aunque todos unidos en una Constitución, bajo la corona unida: sólo así serían eternamente fuertes el trono y el altar. Separados los Obispos de Roma de Constantinopla, vióse, sin embargo, León III, como tantos otros Pontífices después, injuriado en una sedición de los romanos, y solicitó la protección de Carlos: ofrecióse el Príncipe á ir él mismo en persona á castigar los rebeldes, como lo verificó en el año 800: el protegido trajo la corona imperial, la colocó sobre la cabeza del Monarca, la multitud le aclamó, y al mismo tiempo el Papa se hincó de rodillas delante de él: sin esa unión de interés y gratitud, del

cetro y del báculo, nunca la supremacía espiritual y el poder temporal de los Obispos de Roma hubiera podido establecerse como se ha conocido y, en parte, se mantiene.

Rota la inteligencia, desde que vino á menos el poder imperial y se atentó á su prestigio, no era posible durase mucho el brillo del astro que se constituyó en centro, y, en realidad, con su ejemplo armó á multitud de Príncipes ambiciosos y rebeldes, que no tardarían en volver sus armas contra el Imperio y la Iglesia, la cual, con ser católica y apostólica, se hizo demasiado romana y patriota: este interés la mezcló en las alianzas para echar á los bárbaros de Italia, hasta recoger el amargo fruto de 1648 en Westfalia. Los Emperadores de Alemania de la Casa de Austria, al fin y al cabo habían juntado bastantes Estados patrimoniales para constituir sus reinos de Austria-Hungría como los conocemos hoy, y estaba reservado á los Pontífices de Roma perder su estado temporal al mismo tiempo que Austria los de Lombardía y Venecia.

II

Aunque ya no es Sacro-Romano Imperio el de Austria-Hungría, mantendrá siempre el prestigio de su secular nobleza y alcurnia, y hasta en la política, por costumbre, posición y ulteriores miras, será, en cierto modo, conservador en Europa; prudente, lento, moderado, un centro de gravedad, de gran interés para la paz pública; acaso en su trasformación, empujado hacia Oriente, se le ofrecen mayores horizontes que en ningún otro tiempo de su gloriosa historia y acción política, pero irá despacio; esa es su esencial condición.

Ocupa territorios, el Imperio Austria-Hungría, de una superficie de 622.560 kilómetros cuadrados.

Austria, 300.232.

Hungría, 322.328.

Por países, según el censo de 31 de Diciembre de 1880, cuentan la siguiente población, á saber:

AUSTRIA

	Habitantes.		Habitantes.
Austria baja	2.329.021	Istría	295.854
Austria alta	760.879	Tirol	805.326
Salzburgo	163.566	Voralberga	107.364
Estiria	1.212.367	Bohemia	5.557.134
Carintia	348.670	Silesia	565.772
Carniola	481.176	Galizia	5.953.170
Trieste y su distrito	144.437	Bukovina	569.599
Goerz-Gradiska	210.241	Dalmacia	474.489
		TOTAL	22.130.684

HUNGRÍA

Hungría	13.700.005
Fiume	21.363
Croacia y fronteras militares	1.889.361
TOTAL	15.610.729
Austria	22.130.684
Hungría	15.610.729
TOTAL	37.741.413

Población casi igual á la de Francia.

Pero los orígenes de esos habitantes por razas ó lenguas son un factor importantísimo que debemos dar á conocer, con el objeto de explicar la política luégo que reanudemos las consideraciones anteriormente expuestas; el cuadro siguiente presenta los elementos clasificados en ambos reinos con toda claridad.

	Austria.	Hungría.	TOTALES
Alemanes	8.006.176	1.882.371	9.888.547
Bohemios / Moravos y Eslavacos	5.183.596	1.799.563	6.982.159
Polacos	3.238.534	»	3.238.534
Rutenos	2.792.677	345.187	3.137.864
Eslovenos	1.140.508	»	1.140.508
Servios y Croatas	563.371	2.325.747	2.889.118
Latinos	668.653	»	668.653
Rumanos	190.799	2.325.838	2.516.637
Magyares	9.887	6.206.872	6.216.759
Gitanos	»	79.393	79.393
Wendos	»	83.150	83.150
Armenios	»	3.523	3.523
Dialectos nacionales	»	33.668	33.668
Extranjeros	»	56.892	56.892
Infantes	»	499.898	499,898

El examen por razas y lenguas, teniendo en cuenta sus asientos y tierras fronterizas al Norte del Imperio turco, y la historia también de los choques entre esos pueblos, explicará perfectamente las palpitaciones de la opinión pública, tanto en Austria como en Hungría, aunque en mayor grado en el segundo reino, con motivo de la cuestión de Oriente y asuntos de Bulgaria oprimida por Rusia. Otro cuadro muy interesante es el de clasificación, por religiones y ritos, de las almas del Imperio, á saber:

	Austria. — *Número.*	Hungría. — *Número.*	Austria. — *Por* 100.	Hungría. — *Por* 100.
Católicos romanos	17.693.000	7.849.000	79,9	50,0
Griegos y armenios católicos	2.536.000	1.519.000	11,5	9,7
Protestantes y cristianos no católicos	407.000	3.215.000	1,8	20,6
Griegos bizantinos	493.000	2.435.000	2,3	15,6
Hebreos	1.005.000	638.000	4,5	4,1
Sin credo cristiano ni otro culto	10.000	30.000	»	»

Aunque resulte la religión Católica apostólica romana la

dominante en el Imperio, en las proporciones indicadas en cada uno de los dos reinos, sumando, en junto, los fieles 25.542.000, hay, sin embargo, 12.400.000 almas de otros cultos, entre los cuales sobresalen los griegos católicos, armenios y griegos bizantinos, juntando 5.983.000 creyentes, no siendo menos los protestantes de 3.622.000, y contándose 1.643.000 israelitas en el Imperio apostólico, brazo de la Iglesia durante tantos siglos: emparentado con la monarquía católica de España no menos de dos lustros, los partidarios de la unidad religiosa, los que ensalzan como acto político y religioso la expulsión de los judíos de la Península, habrán de reconocer en primer lugar la compatibilidad en Austria-Hungría de la raza proscrita con la paz y prosperidad pública, á pesar de los errores, intolerancias y preocupaciones populares; como, en segundo término, justo es llame la atención y admire en sumo grado la sabiduría de las instituciones y prudencia de los Gobiernos que conservan bajo el cetro de Austria razas tan diversas, sostenes probados de los Habsburgos, y además divididas, no obstante, en el culto: por la cuestión religiosa, fijándonos en el número crecido de habitantes que profesan el rito de la Iglesia griega y armenia, extendida por Turquía, inferimos igualmente la inclinación y el interés de Austria-Hungría respecto á los asuntos de Oriente, con mayores títulos y necesidad que ningún otro Estado de las seis grandes potencias europeas: punto, además, que va á poner muy en claro y en toda su luz la demarcación de fronteras, completando lo que de razas y religión hemos apuntado.

Austria-Hungría cuenta 9.610'2 kilómetros de fronteras; las continentales suman 7.205'7 kilómetros, como sigue: 786'4 del lado de Italia; 213'4 lindando con Suiza; 31'5 pegadas al principado de Lichtenstein; 2.317'0 que hacen frente al Imperio alemán; 1.225'7 al de Rusia; 1.116'9 separan los de Rumanía; 385'1 de Servia; 1.045'4 pueden llamarse antiguas fronteras, como de Bosnia y Herzegowina, que ocupan en virtud del artículo XXV del tratado de Berlín de 1878; y 84'3 kilómetros miran al principado de Montenegro; luégo después diremos por

necesidad algo de la Bosnia, Herzegowina y Novi Bazar, la flecha apuntada á Salónica; en el litoral del Adriático, y por sus muchas islas pequeñas, 2.004'5 kilómetros tiene Austria de costa. Sumando las fronteras continentales en contacto con el Imperio turco y barreras de los Balkanos y el Montenegro, Austria-Hungría tiene que cuidar de una línea de 2.631'7 kilómetros; bastaría este solo dato para explicar la política de la casa de Habsburgo, sin necesidad de hojear las páginas de su ilustre y gloriosa historia.

Los tres territorios nominalmente turcos protegidos por Austria, que ya hemos apuntado son: Bosnia, de 42.520 kilómetros cuadrados y 1.336.091 almas (censo 1885), con la Herzegowina, de 11.158 kilómetros cuadrados, y Novi Bazar, que mide 9.122 cuadrados y contaba 168.000 almas en 1879: juntan, por lo tanto, los tres un territorio de 62.800 kilómetros cuadrados y 1.504.091 almas. Si se tiene presente la clasificación por ritos de los habitantes del Imperio austro-húngaro, dará la de los territorios turcos, ocupados y protegidos, bastante idea de su importancia para los efectos de gobierno é influencia en la cuestión del día y futuras contingencias: son, en Bosnia y Herzegowina, 492.710 los mahometanos; 571.250 los griegos ortodoxos; 265.788 los católicos romanos, y 5.805 los judíos, repartiéndose los demás entre otros cultos; el cristiano, por lo tanto, junta nada menos de 1.063.960 almas, siendo caso bien favorable á la administración austriaca el incremento de 44.000 que han tenido los musulmanes desde el censo de 1879.

Lichtenstein, con sus 9.124 habitantes, casi todos ellos católicos romanos, pertenece en realidad á Austria.

III

De las fuerzas militares de tierra y mar diremos lo preciso, pues bien organizadas, valientes de raza, adictas á los Habsburgos, reputadas en las guerras y mandadas por oficialidad brillante, cuyo culto es el honor y la fidelidad á toda prueba,

indica, bajo el régimen de recluta moderno, el censo de la población, su importancia, como el presupuesto y la riqueza pública los recursos en que se apoya para mantener muy altos los intereses del Imperio y la política que representa en el equilibrio de Europa y cuestión de Oriente.

El ejército de Austria-Hungría, en pie de paz, cuenta hombres 284.495 sobre las armas, y 1.071.034 en pie de guerra, según los estados oficiales del Ministerio de la Guerra de 1885; los Oficiales, en el primer caso, eran 17.867, y para el segundo 32.785; en paz, 50.362 caballos cuentan, y para la guerra 211.462.

Todas estas fuerzas se apoyarían en un armamento general, conforme á los peligros, de la landsturm, aunque de servicio voluntario, pero al que no faltarían ciertamente los leales habitantes.

La marina de guerra la formaban, en 1885, 71 naves diversas, de fuerza de 18.266 caballos de vapor, montando toda ella 301 cañones y tripulada por 9.410 hombres. Once son los acorazados, nueve acasamatados, dos fragatas, con 124 piezas los primeros y 36 los segundos, de fuerza de 7.950 caballos los nueve y 1.400 las dos; 4.464 tripulantes y 900 respectivamente; la potencia de las máquinas, como se ha dicho, se ajusta á *caballos efectivos*, pues con el nombre de *caballos indicados* cuentan, como sigue:

Custozza: 9 pulgadas las placas, 8 cañones de 22 toneladas, 4.820 caballos *indicados*, de 7.060 toneladas de desplazamiento.

Tegetthoff: 14 íd. las íd., 6 íd. de 27 íd., 6.500 íd. íd., de 7.390 íd. de íd.

Erzherzog Albrecht: 8 íd. las íd., 8 íd. de 15 íd., 4.060 ídem ídem, de 5.940 íd. de íd.

Y menores hasta el número dicho. Es una marina respetable de segundo orden, inferior á la alemana. Puede decirse que, después de Inglaterra, siguen Francia, Rusia, Italia, Alemania y Austria; los primeros buques de Italia son superiores á los de Francia y Rusia y á los de la misma Inglaterra.

Austria-Hungría, potencia continental principalmente y de primer orden por el número y la calidad de los soldados, reune elementos de ataque y defensa formidables. Acudiría á sus fronteras amenazadas en número imponente, pues 21.786 kilómetros de líneas férreas tenía en 1885, poco menos de un kilómetro en cada 28 cuadrados (más de 1 en 29) para poder en horas reconcentrar grandes masas.

Para 1886 estimaron los gastos del Ministerio de la Guerra, ordinarios y extraordinarios, en 101.947.424 florines (el florín 2,50 pesetas).

Los de Marina, ordinarios y extraordinarios, en 11.194.810 florines; pero aunque el florín vale 2,50 pesetas, como en Austria-Hungría hay curso forzoso, en realidad representa 2 pesetas en moneda; están los servicios bien montados, pero es signo de flaqueza el curso forzoso siempre.

IV

Son montañosas muchas tierras de Austria y llanas las de Hungría y Galitzia; la llanura de Hungría mide, de Norte á Sur, 555 kilómetros, y 370 kilómetros de Este á Oeste.

Como ríos principales cuéntanse el Danubio, que atraviesa ambos reinos en un curso de 1.339 kilómetros, con sus afluentes el Yun, Traun, Ems, Drau, Slava, Marcha, Waag, Thesis y Bega; el Vístula, que se nutre del Dunajec, Wislaka, San y Boug; el Elba, con el tributario Moldau.

Lagos tiene: el Platten y Neusiedl, que mide 330 kilómetros cuadrados de superficie, y muchos pequeños en los Alpes y Karpathos; grandes pantanos cuales, en Hungría, el Hansag, que comunica con el lago Neusiedl y mide 440 kilómetros cuadrados, y el Ecsed 220; el pantano de Leibach, de 165 kilómetros, ha sido desecado en 1828, y el de Kumm, en Bohemia, en 1834.

El producto agrícola de Austria-Hungría, según los últimos datos de la estadística oficial, se estima en un total de pese-

tas 8.050 millones, ó 329 pesetas por habitante, término medio; proceden de granos 2.750 millones de pesetas, de otras cosechas, 2.375 millones de pesetas; del pecuario ó ganadería pesetas 2.550 millones, y del forestal 375 millones de pesetas; el término medio en Europa por habitante en el reparto de la riqueza agraria era de 378 pesetas; en Alemania de 501 pesetas. En el cultivo general á granos habia 14.965.000 hectáreas destinadas; á cosechas varias, 8.446.000 hectáreas, ó un total de hectáreas 23.411.000:labraban 13'53 hectáreas por habitante, y no labraban 27'47 hectáreas por habitante.

El guarismo del producto de la riqueza pecuaria en Austria-Hungría indica toda su importancia, que obtienen principalmente de 13.133.000 cabezas de ganado vacuno, 3.760.000 cabezas de ganado caballar, 21.418.000 cabezas de ganado lanar y 7.080.000 cabezas del de cerda; del caballar tocan á Austria 1.463.282, pertenecientes á 649.880 propietarios; vacuno, 8.584.077, de 2.122.931 dueños; 3.841.340 lanar, entre 408.867; cerdos 2.721.541, repartidos entre 1.111.540; son de 500.126 propietarios 1.006.675 cabras: todo ello se ha estimado de un valor de 1.217.481.200 pesetas.

Hungría tenía 1.819.508 cabezas del caballar, 4.597.543 de ganado vacuno, 9.252.123 lanar, y del cabrío 236.352.

Hay mayor número de propietarios de la tierra en Hungría que en Austria; cuéntanse 1.506.000 en el segundo Estado y 1.925.000 en el primero.

En Austria.....	1.506.000	
En Hungría.....	1.925.000	
Un total de.....	3.431.000	propietarios.

Pero poseen 25.420.000 hectáreas unos 11.800 nobles, que tocan á 2.132 hectáreas, por término medio, y repártense hectáreas 32.800.000 entre 3.420.000 cultivadores, correspondiéndoles á razón de 9'43 hectáreas cada uno; la desigualdad resulta

aún más patente si, dividiendo el total de 58.020.000 hectáreas por los 3.431.800 terratenientes, sacamos que sólo tocarían á hectáreas 16,81 cada uno, y que las 2.132 hectáreas de cada noble representan, en el término medio general, muy cerca de 127 propietarios comunes. Mucho mayor, por cierto, es la desigualdad en el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, donde la proporción de los terratenientes con la población no excede de 0,5 por 100, cuando en Austria-Hungría llega á 9 por 100 y en toda Europa no pasa de 8 por 100.

Si en Austria-Hungría el producto de la agricultura se estima en 8.050 millones de pesetas al año, el de la industria manufacturera se ha calculado en 5.250 millones de pesetas, en 3.200 millones el del comercio y en 1.100 millones el de fletes y trasportes, sumando todos estos ramos 17.600 millones de pesetas, lo cual, por habitante repartido sale, en el término medio de la riqueza pública, á 475 pesetas.

En 1881 colaron los altos hornos de Austria-Hungría toneladas 520.000 de lingote de hierro, y las minas de carbón diéronles 16 millones de toneladas, consumiendo 1.100.000 en aquella fundición; de acero, ramo tan importante de la industria metalúrgica, obtuvieron en el mismo año 176.000 toneladas.

Hallamos también en un estado completo del uso en el mundo ó empleo de máquinas de vapor, que las fijas de Austria-Hungría en 1880 representaban la fuerza de 157.000 caballos, las de sus caminos de hierro 1.075.000 y las de su marina 48.000, ó un total, por los tres conceptos, de 1.280.000 caballos, ó á razón de 30 caballos por cada 1.000 habitantes; en Inglaterra son 220 caballos por 1.000 almas, en Francia 97, en Alemania 96, pero en Rusia 17 y en Portugal 16.

Unas cuantas líneas dedicaremos al comercio de importación y exportación, á la marina mercante, al presupuesto, á la Deuda pública y acuñación de moneda, para poner término á nuestros apuntes económicos y concluir diciendo lo que Austria-Hungría vale y puede en su nueva evolución.

V

Bastará poner á la vista de un modo claro los dos últimos quinquenios del comercio general de importación y exportación de Austria-Hungría, para que se estime, por su valores, como sigue:

AÑOS	IMPORTACIÓN — Florines.	EXPORTACIÓN — Florines.	AÑOS	IMPORTACIÓN — Florines.	EXPORTACIÓN — Florines.
1875	552.548.860	504.467.260	1880	613.500.000	675.994.430
1876	516.964.350	509.658.720	1881	641.844.790	731.470.615
1877	555.227.050	662.032.210	1882	654.173.746	781.892.772
1878	521.000.000	654.702.510	1883	624.890.339	749.920.513
1879	553.300.000	684.018.540	1884	612.900.000	708.700.000

El principal comercio de exportación lo hace para Alemania, pues en 1883 sumó 457.410.860 florines.

Son en ese mismo año los principales artículos de salida:

	Florines.
Granos, harinas, legumbres.....	120.778.700
Tejidos y sus primeras materias...	111.033.700
Animales y sus producciones.....	97.038.030
Maderas, carbón y turba.....	77.959.020
Azúcar.....	70.173.950
Quincalla y fundición.....	41.776.120
Cristalería, etc.....	47.972.020
Bebidas.....	26.205.640

De marina mercante, 9.206 naves, de 324.458 toneladas y por 29.253 hombres tripuladas, contaban en 1885; eran los vapores de altura 62, de 67.412 toneladas y 16.535 caballos de fuerza; los costeros 76, de 13.506 toneladas y potencia de 6.135 caballos; en la vela están incluídos los de altura y cabotaje.

Tres clases de presupuestos generales tiene el Imperio de Austria-Hungría; uno común de 119.724.748 florines los ingresos y suma igual para gastos ordinarios y extraordinarios; el de Austria, calculado para 1885-86 en 504.961.495 los ingresos, y en 520.198.772 los gastos; el de Hungría, estimados los ingresos (de 1885) en 326.317.695, y en 337.993.528 florines los gastos.

Para la administración de Bosnia y Herzegowina, en 1886, se fijaron los ingresos en 8.494.899 florines, y los gastos en 8.453.535..

No era, por cierto, pequeña la Deuda pública de Austria-Hungría, la flotante y papel moneda en 1882, pues ascendía á un capital de 10.272.500.000 pesetas.

Reducíase la de Austria propiamente en 1789 á 872.500.000 pesetas; á 2.467.500.000 en 1820; á 3.125 millones en 1848, y de 7.524 millones y medio en el año de 1868. Principalmente la deuda de Hungría ha empezado á formarse desde 1848, para la compra de caminos de hierro, y ascendía en 1885 á 127.158.000 florines.

El 1.° de Julio de 1885 se repartía como sigue la Deuda del Imperio, á saber:

		Florines.
I	Deuda general consolidada	2.686 124.597
	Flotante	99.875.355
	Anualidades capitalizadas	13.917.198
II	Especial de Austria: consolidada	549.867.252
	Flotante	1.487.737
	Redención de anualidades agrícolas	133.738.626
		3.850.010.765

Que con el papel moneda circulante por la suma de 358 millones de florines, sube á 3.800.000.000.

Para intereses, destinábanse á últimos de Junio de 1885 la cantidad de 145.540.370 florines, de los cuales paga Hungría

30 millones. Separadamente, á partir de Mayo de 1868, contraen deudas ambos Estados.

Austria-Hungría acuña muy poca moneda. Una circulación de 200 millones de pesetas en oro y de 300 millones de pesetas en plata, respecto de los 1.550 millones de pesetas de papel circulante, nos parece negocio ruinoso para el Tesoro y perjudicialísimo para el público. Desde 1850 no se han acuñado hasta 1881 en Austria-Hungría sino 350 millones en oro y 950 millones en plata, por lo cual se constituyen inocentemente en víctimas del agio de los judíos y de los astutos, los pobres. Es de necesidad que salgan de tan mal sistema.

VI

Bastantes datos hemos consignado.

Un Imperio que reune actualmente cerca de 700.000 kilómetros cuadrados de superficie, y 40 millones de almas, puede y debe hacer mucho con sólo seguir la inclinación natural marcada por sus fronteras.

Llegó el Sacro-romano Imperio á su mayor grado de poder político religioso con Enrique III *el Negro*.

Renunció en tiempo de Rodolfo de Habsburgo á una parte de las prerrogativas imperiales para reconciliarse con los Papas.

Se ofreció á Europa poderoso y avasallador y muy combatido cuando Carlos V de Alemania y I de España, Señor de los Países Bajos, Milán, Nápoles y Sicilia, etc., etc., etc., vencía en Pavía, triunfaba en Túnez, anonadaba en Mulberga; pero, al fin y al cabo, aceptaba ya en 1548 el *In terim*, obra, es verdad, de dos teólogos católicos en colaboración con el protestante Agrícola. Así un siglo más tarde, en 1648, Fernando III tuvo que aceptar el tratado de Westfalia, contra el que protestó Inocencio X. Así, con poca previsión, Leopoldo I dió corona real al Elector de Brandemburgo, para estimular la ambición de sus sucesores. Así la paz de Hubersburgo, partición de la

Polonia y Revolución francesa, segunda parte de la Reforma protestante, son hechos precursores al acto de Napoleón I y de 1815, que ponen fin al gran Imperio de la Edad Media de Carlo Magno.

Porque el Imperio de Alemania era, después de todo, el fundamento de la Edad Media; su clave, el coronamiento de aquel edificio, mitad germánico y medio romano.

Aun después de la disputa de las investiduras, y por la tregua de Rodolfo de Habsburgo, Imperio é Iglesia son consustanciales todavía, pues no podían separarse, porque separados tenían que perecer ó vivir raquíticamente uno y otra, como se ha visto después: el Imperio Católico concluyó del todo en 1806; el temporal de los Papas, en 1870.

En el siglo XIII contaba el Sacro romano seis arzobispados. El de Maguncia, que era el más considerable, tenía catorce obispados bajo su jurisdicción: Worms, Spira, Strasburgo, Costanza, Coira, Augsburgo, Eichstadt, Hildeseim, Paderborn y Verden; el de Colonia cinco, á saber: el de Lieja, Utrech, Munster, Paderborn y Minden; Tréveris, tres: Metz, Toul y Verdun; Magdeburgo, cinco: Brandeburgo, Havelberga, Naumburgo, Merseburgo y Meissen; Brema, tres: Oldemburgo, después Lubeck, Mecklemburgo, más tarde Schwerin, y Ratzburgo; finalmente, Salsburgo, cinco: Ratisbona, Passau, Freisiligen, Brixen y Gurk. Además, había el de Bamberga, súbdito inmediato del Papa, y el de Cambrai, del Arzobispo de Reims. Entre todos ascendían, pues, á treinta y seis obispados y seis arzobispados.

Sin éstos había también setenta Prelados, Abades ó Abadesas y Órdenes religiosas; de consiguiente, más de cien *Estados* eclesiásticos, es decir, Señores territoriales ó temporales.

Los *Estados* seglares eran: cuatro Electores, contando con el de Bohemia, entre los cuales había un Rey, un Duque, un Conde palatino, seis Grandes Duques: los de Baviera, de Austria, Carintia, Brunswick, Lorena, Bravante, Luisburgo; unos treinta Condes, con el título de Príncipes, entre los cuales había unos con el título de Duques, y los otros de Margraves,

Landgraves y Burgraves; cerca de sesenta poblaciones imperiales, de las cuales había varias que no disfrutaban de todos los derechos de tales. En todo, sobre unos cien *Estados* seglares, de horca y cuchillo; y por último, más de doscientos miembros del Imperio, así eclesiásticos como legos.

Por lo demás, al fin del interregno—período desde la muerte de Federico II hasta la elección de Rodolfo de Habsburgo—la jurisdicción del Imperio había perdido respecto á ciertos puntos; por ejemplo, no gozaba de su eminente dominio sobre Dinamarca, la Hungría y la Polonia; una gran parte de la Borgoña se había emancipado; la corona de Lombardía se separó durante el interregno, y la imperial perdió enteramente su consideración. Únicamente la Prusia se le había mantenido firmemente adicta. Tal era todavía el edificio cuarteado levantado por Carlo Magno. Hildebrando le abrió la primera brecha; la de Luthero se hizo mucho más tarde; la Revolución francesa no tuvo sino empujar para derribarle.

Poderosas las Monarquías en el siglo XVI, Francia, aprovechando las fuerzas del protestantismo y las del Gran Turco, poco escrupulosa en sus alianzas, medios y fines, embistió contra Carlos V; siguió sin descanso, no dando tregua á la Casa de Austria, y obligó, como hemos dicho, á Fernando III á firmar la paz de Westfalia. Luis XIV continuó la obra ambiciosa de los Reyes sus predecesores. Cuando Luis XV se alió á María Teresa, la Prusia le batía en Rosbach y firmaba, vencedora, la paz de París y de Habersburgo, humillando á Francia y Austria. Pero la descendencia de Rodolfo de Habsburgo tenía *Estados patrimoniales* de mucha extensión y grandes como un imperio, y un mérito singular y la gloria de haber sido barrera contra el Osmanlin en los días de la mayor pujanza de aquellos guerreros tan temidos, y la que había de encerrarlos detrás del Danubio en sus conquistas. Es decir, que la casa de Austria, por sus Estados patrimoniales, y siguiendo á su vez, como todos, el movimiento y la evolución de las Naciones, se trasformaba y robustecía para tener puesto principal en la moderna Confederación, cuyo centro ocupa, del equilibrio europeo. De-

bió, indudablemente, haber hecho mucho antes de 1648, 1806, 1815, 1866 y 1870, períodos singulares de su historia, como se ha indicado, el sacrificio de su papel alemán para trocarle por el de mayor provecho en Oriente, ocupando todo el curso del Danubio, las costas occidentales del mar Negro, bajando lentamente hacia Constantinopla; debió, al ir perdiendo el imperio de Occidente, ganarse el de Oriente, con mayor razón y títulos ciertamente que la insaciable Rusia, á la cual nada debe Europa en los días que peligraba, aunque estimemos y ensalcemos los beneficios que á la civilización hace en Asia, por ejemplo: Austria en Turquía es una garantía para nuestra civilización y cultura. Desde que la rama primogénita de Felipe *el Hermoso* humilló en Lepanto al Osmanlin, ¡cuánto no debe Europa á la descendencia de Fernando, nieto de los Reyes Católicos!

Sitiaban los turcos á Viena en 1683; el 14 de Junio se presentó el Visir con su innumerable ejército delante de sus muros, que cubría el país en un contorno de seis leguas de distancia; el 12 de Setiembre la salva el Rey de Polonia, Juan Sobieski. Toda Europa manifestó gran interés en la salvación de Viena, excepto Luis XIV, que se consternó, y á quien ninguno de sus Ministros se atrevía á participar la nueva. La guerra con los terribles invasores duró quince años. En 1687 el Duque de Lorena y el Príncipe Eugenio de Saboya les hicieron experimentar una completa derrota en Mohan. Hungría volvió bajo el poder imperial y hasta convirtió esta dignidad en hereditaria, en vez de electiva que poco antes era. Otra gran victoria del Príncipe Eugenio en Ztha precedió á la paz de Carlowitz. Nueva gloria para el de Saboya el 5 de Agosto de 1716 en Peterwaradin. Un año después, la batalla de Belgrado y la paz de Passarowitz.

Poco mérito tienen, por cierto, después de tales hechos, desangrado y enflaquecido el Imperio de los turcos por los austriacos, los triunfos de Orloff y Suvarow y afortunados sucesores.

M. Thiers nos dice «que la repartición, no sólo probable,

»sino posible, del Imperio turco era siempre el asunto de la »conversación (entre Napoleón y Alejandro en Tilsit en 1807); »pues aunque ya habían discutido un plan de repartición, les »pareció incompleto. Rusia obtenía las orillas del Danubio »hasta los Balkanos; las provincias marítimas, tales como Al»bania y Morea, debían ser de Napoleón; las interiores, tales »como Bosnia y Servia, se daban á Austria, y la Puerta con»servaba la Rumelia, es decir, la parte Sur de los Balkanos, »Constantinopla, el Asia Menor y Egipto.»

Mucho de ese plan (que volvemos á recordar) está realizado en 1887; pero como Iliria y Dalmacia formaban parte del Imperio francés en 1807 y no existía Italia como hoy, la adjudicación proyectada de Albania y Morea á Francia *tenía sentido* y lo ha perdido. Austria ocupa actualmente, dueña de Iliria y Dalmacia, la Herzegowina, Bosnia y Novi Bazar, que bien pueden llamarse, por el enlace que han adquirido, provincias marítimas, en parte. Servia es reino independiente. Valaquia y Moldavia forman la Monarquía rumana.

En Egipto acampa Inglaterra.

Grecia, la Morea, con mayores pretensiones, se ha constituído con un Rey.

Parte de la Rumelia hase unido al nuevo Principado de Bulgaria, víctima hasta hace poco de las brutalidades de Kaulbars... Europa lo tolera. Austria lo presencia. ¿Para qué la han colocado debajo de Servia, al Sur, y tan cerca de Sofía? Si Rusia se ha de colar en los Balkanos, por sus pretensiones en Bulgaria, ¿qué hace en Novi Bazar Austria?

Retroceda el lector unas páginas atrás en este artículo, y fíjese bien en la varia naturaleza de la población, razas y religiones del Imperio de los Habsburgos. Pues ha dejado de ser alemana, ¿por qué no ha de buscar su expansión de aquel lado á donde la llama su interés, y podemos decir el de la Europa entera? Con hermoso y gran ejército y las tradiciones de brillantes victorias contra la Puerta obtenidas por el Príncipe Eugenio de Saboya, ¡con qué entusiasmo no se batirían sus soldados en defensa de la civilización...! Como Sacro-romano

Imperio, representó la creación de Carlo Magno, el Papado y el Imperio en Occidente, estado orgánico de Europa de muchos siglos, hasta el Renacimiento y la Reforma, que crearon lo nuevo. Trasformada Austria y empujada por las ideas de su siglo, debe aspirar á completar lo que en nombre de la civilización y cultura aplaudiría la humanidad agradecida, rematando las glorias de Lepanto y Belgrado.

Servando Ruiz Gómez.

(Concluirá.)

SUCESOS DE 1820 A 1823

Organización del nuevo ejército constitucional, sus vicios y su disolución.—Espíritu de las tropas en todo el Reino.—Preparación y movimiento del 7 de Julio de 1822 en Madrid.—Castilla la Vieja.—Acción de Aranda de Duero.

Proclamada en todo el Reino la Constitución de 1812, entrábamos en una nueva era que no podía dejar de ser fecunda en acontecimientos de muy distinta especie que los que hasta entonces nos habían ocupado. Bien que Riego se hubiese visto obligado á refugiarse con un cortísimo número de sus compañeros en la frontera de Portugal, y que los de la Isla hubieran estado tocando al extremo de tener que hacer lo mismo en Gibraltar, no por eso dejaron de presentarse como los héroes á quienes era exclusivamente debido el triunfo de las ideas liberales. Organizóse ya en el mes de Junio un ejército compuesto de los batallones sublevados, completando su fuerza á expensas de los demás y de todos los que del ejército reunido de Andalucía inspiraban más confianza para sostener el nuevo orden en que habíamos entrado. Nombróse General en Jefe á Riego, que por su propia autoridad se había convertido de Comandante de batallón en Mariscal de Campo; y, como era

natural, todos sus compañeros, que también habían ascendido á Generales, Brigadieres ó Coroneles, obtuvieron en la nueva organización los principales mandos. Arco Agüero fué nombrado Jefe del Estado Mayor, cuyo cuerpo se compuso de individuos de la Isla, á excepción de cinco que en él entramos procedentes del ejército que ya ellos llamaban realista.

Yo hice los mayores esfuerzos por irme á mi regimiento, pero inútilmente; porque el General Ferráz, que como liberal bien conocido había tomado allí grande influencia, se empeñó en que me quedase en el Estado Mayor. Hube de resignarme á esta disposición y á la de servir en la brigada de Infantería que guarnecía á Cádiz, por no separar á dos primos, amigos míos, que también pertenecían al arma de Caballería, en la cual no quedaban más que dos segundos Ayudantes, clase en que los tres nos hallábamos.

Hacía tiempo que yo me encontraba en el Puerto de Santa María, cuando recibí la orden de mi nuevo destino, y á éste me dirigí por la Isla, para presentarme al nuevo Jefe Arco Agüero, á quien ví, en efecto, recibiendo de él otra orden para quedarme á su inmediación en el Estado Mayor del ejército. Fuí acogido por mis nuevos compañeros de la manera más obsequiosa; y, sin embargo, mi posición no podía menos de ser violenta, porque era yo el único Oficial allí empleado procedente del ejército sitiador, había hecho mis servicios con lealtad y con todo el celo de que era capaz, y tenía entonces que oir calificaciones y palabras de que necesariamente había de resentirse mi delicadeza. Se me trataba con distinción, pero eran inevitables los compromisos que nacían de situaciones tan diversas como las en que nos encontrábamos los que se presentaban como vencedores y el único que allí pertenecía á los vencidos. Estas consideraciones y la de hallarme con la salud quebrantada, me obligaron á pedir destino ó licencia para Sevilla, con objeto de tomar baños de río; pero se me estuvo entreteniendo muchos días, hasta que, por fin, visto mi empeño por salir de la Isla, fuí destinado al Estado Mayor de la brigada que se hallaba en aquella ciudad. Relevado, por de pronto, de

todo servicio para atender al restablecimiento de mi salud, me impuse, no obstante, una tarea harto pesada y larga, que afortunadamente pude concluir.

No me consideraba yo digno Oficial de Estado Mayor con los solos conocimientos de táctica y aun de historia militar que poseía: creía indispensable los de fortificación para desempeñar en muchos casos el servicio de este cuerpo; pero yo no había hecho de las Matemáticas otro estudio que el superficial y ligero que se hacía en las Universidades, juntamente con el primer año de Filosofía. Me propuse, pues, hacer otro más formal; y no encontrando un buen maestro que pudiese darme lección en mi casa, me decidí á ir diariamente yo á tomarla del profesor acreditado del Colegio de San Telmo, D. Juan Brunenque.

El 16 de Agosto di principio á este estudio, con tal empeño, que á los cuatro meses pude ya empezar el de fortificación con el entonces Teniente de Ingenieros D. Manuel Varela y Limia, que por amistad se prestó á dirigirme en él.

Otros amigos Jefes y Oficiales, algunos del Estado Mayor y otros de Infantería y Caballería, quisieron seguir mi ejemplo; los primeros acompañándome á las mediciones trigonométricas que sobre el terreno haciamos con los diferentes instrumentos para el levantamiento de planos, y todos juntos después, hasta el número de catorce, á mi curso de Geografía, que seguimos con el mismo profesor Brunenque.

Para todo esto se nos dió tiempo, entregados como estuvimos los del Estado Mayor á un completo ocio durante muchos meses, por consecuencia de los acontecimientos que voy á referir.

En mi estancia en la Isla pude convencerme de que aquel ejército, tal como se hallaba organizado y dirigido, era un foco de insurrección, que necesariamente había de dar graves disgustos al Gobierno, sino se le disolvía pronto. Extendióse por todos los cuerpos la sociedad secreta que había hecho la revolución, y se preparaba así la resistencia á toda disposición gubernamental que no agradase á sus directores, porque no más

que instrumentos pasivos de éstos eran los demás individuos afiliados en ella.

Una prueba de esta verdad se vió ya muy poco después de establecido el Gobierno constitucional. Con aplauso general se recibió el nombramiento del primer Ministerio, y, sobre todo, fué considerada como la mejor elección, hasta por los mismos de la Isla, la que se hizo del Marqués de las Amarillas para Ministro de la Guerra. Como organizador, era tenido en todo el ejército por el primero; y como liberal, había pasado oscurecido en Sevilla desde la conclusión de la guerra hasta el restablecimiento de la Constitución. Sin embargo, no contaba dos meses en el Ministerio cuando repentinamente se levantó contra el Marqués, entre cierta clase de Oficiales, un clamoreo que, no pudiendo atribuirse á sus actos, pues ninguno había hasta entonces que mereciese una justa censura, revelaba bien á las claras que se había recibido la orden de desacreditarle por sus intenciones. Estas, en efecto, eran, como no podían menos de ser, las de disolver un ejército que carecía de objeto, que distraía fuerzas necesarias en otras provincias y que no era más que un peligro permanente de insurrección. Al fin la orden de disolución fué comunicada; pero se trató de desobedecerla, y sólo en fuerza del espíritu de subordinación que todavía se conservaba en la mayoría de los Jefes y Oficiales, pudo aquélla cumplirse al cabo de algunos días de conferencias y de ensayos para inutilizarla.

Disuelto el ejército, no lo quedó, sin embargo, el Estado Mayor, que esperando la reorganización de este cuerpo como estaba al terminar la guerra de la Independencia, fué distribuído en dos secciones, que debían permanecer una en la Isla y la otra en Sevilla. Así continuamos hasta que en 1821 fuimos todos destinados á diferentes regimientos.

Atrás necesito volver para hablar de una persona á quien me unían los vínculos del respeto, de la gratitud y del cariño, cuyos sentimientos no habían podido menos de exaltarse en mi alma al ver el encono y hasta la perfidia con que se perseguía al hombre que supo dar en San Marcial y en Tolosa días

de gloria á nuestro ejército, que ciertamente excedían á todos los demás que en la guerra de la Independencia podían envanecerle.

Mandóse por una Real orden formar causa en averiguación de los autores de los aciagos sucesos del día 10 de Marzo en Cádiz, y desde luégo se procedió al arresto del General don Manuel Freyre, conduciéndole, aun que con decoro, á la Cartuja de Jeréz, á los tres ó cuatro días de hallarse con su famila en Carmona. No se le puso incomunicado, y por lo mismo yo fuí inmediatamente á verle y á ofrecerme á acompañarle; pero como mi declaración en su causa debía ser una de las más importantes, por la circunstancia de haber estado siempre á su lado durante aquellos sucesos, no sólo no aceptó mi ofrecimiento, sino que me previno que me abstuviese de repetir mi visita. Fuí, en efecto, uno de los primeros llamados á declarar, y no tardé en convencerme de que se buscaba una víctima expiatoria, y ésta la mas ilustre, para satisfacer las exigencias de un partido obcecado, como lo están todos al día siguiente de su triunfo. Por fortuna no era difícil desconcertar este plan, por más que para llevarle á cabo se hubiesen preparado medios que parecían imposibles: mi primera declaración, la de mis compañeros y la de las demás personas que acompañaron al General desde el Puerto de Santa María á Cádiz, abrieron el camino á la verdadera justificación de los hechos, que en vano procuraron algunas malas pasiones desfigurar. Tampoco ocultaba su siniestra intención el fiscal de la causa, D. Gaspar Hermosa, Coronel de Artillería, que después de haberse negado á tomarme una segunda declaración que el General solicitó para aclarar un hecho que desmentía completamente uno de los cargos que se le habían dirigido, antes de recibírmela, según había ordenado el Capitán General, á quien fué necesario recurrir, pretendió sin duda intimidarme con la amenaza que me hizo de que quedaría yo desmentido y hasta infamado como perjuro. No debió de satisfacerle mucho la indignación con que le contesté, y menos le satisfarían las deposiciones de los numerosos é imparciales testigos que, citados por mí vinieron luégo á confirmar la mía.

Con este motivo había yo pasado á Puerto Real, á donde se había trasladado el General después de suprimido el Monasterio de la Cartuja como todos los de las Órdenes monacales; y allí permanecí unos veinte días, recibiendo del ilustre arrestado lecciones interesantísimas de arte é historia militar al mismo tiempo que me daba pruebas de un afecto con que no podía yo menos de enorgullecerme.

Concluídos los estudios que me había propuesto hacer en Sevilla, y dada mi última declaración en la célebre causa de Cádiz, pedí y obtuve una Real licencia para pasar á mi pueblo con el objeto de casarme, como luégo lo hice, con la esposa que me ha hecho feliz, en cuanto el hombre puede serlo.

Detúveme en Madrid un mes para confirmarme en la idea, que por lo que había visto en Sevilla y Cádiz y en la marcha general de los negocios tenía ya formada, de los peligros á que nos exponían las opiniones políticas exageradas y los excesos que de ellas eran una consecuencia natural.

De Madrid pasé á Medina del Campo, en donde se hallaba el regimiento de Caballería de Borbón, á que yo había sido destinado; y á los cuatro días de haberme presentado en él, me dirigí á Lerma, en cuyo pueblo entré en 1.º de Agosto, para no salir en siete meses que allí permanecí disfrutando de la ventura de recién casado, aunque alguna vez vino á nublar nuestra tranquilidad la aproximación de un resto de la facción de Merino que por aquellas inmediaciones había quedado.

Mi nuevo estado no alteró, sin embargo, el estudio que venía haciendo de la profesión militar: continué el de la fortificación, y al mismo tiempo emprendí el dificilísimo, para mí al menos, de la estrategia por los principios del Archiduque Carlos, traducidos al francés por el General Fonsini. Mi entusiasmo por esta carrera había sido siempre grande, y no había podido menos de crecer con las últimas distinciones que en ella había obtenido, y aún más con las lecciones y ejemplo del General Freyre. Sin embargo, dos consideraciones vinieron á entibiar mi afición al servicio activo y á decidirme por fin á solicitar mi traslación al pasivo.

Hasta mi casamiento, yo procuré estar constantemente tan desembarazado, que rara vez dejé de ser el primero que se presentaba en las formaciones: mi equipaje estaba reducido á dos pequeños baules, cuya mitad estaba ocupada de libros, y ordenado de tal modo, que en cualquiera momento podía cargarse en una acémila. Ya casado y próximo á tener familia, me veía en la precisión de variar completamente aquellas costumbres y dejar de ser lo que había sido. Por otra parte, amaba mucho á mi esposa para que no me atormentase la idea de las incomodidades de la vida militar, tanto más sensible, cuanto menos acostumbrada estaba á sufrir en casa de sus padres. Pero todavía, más que esta consideración, puramente personal, agitaba mi ánimo la del estado deplorable á que había venido á parar la disciplina del ejército: todos los cuerpos de éste se hallaban invadidos y aun dominados por las sociedades secretas, en las cuales se había dado entrada hasta á los cabos, y así no era posible el mando sino con principios tumultuarios, que yo rechazaba hasta por temperamento. Resolvíme, pues, á solicitar la Comandancia de un batallón de Milicias, que se llamó activa y no era otra cosa que una extensión de las antiguas Milicias provinciales. Me fijé en el que debía crearse en Aranda de Duero, á cuyo distrito pertenecía mi pueblo, y nada omití por obtener aquel destino.

Concluyóse en este tiempo la próroga de licencia que se me había concedido, y me fué preciso marchar á mi regimiento, que se hallaba en Salamanca. Incorporado en él, encontré entre los Oficiales la división y en la tropa el desorden, que yo tanto temía; pero, afortunadamente, á los pocos días de hallarme en aquel punto recibí una carta de mi amigo D. José Ferráz preguntándome, por encargo de su hermano D. Francisco, á la sazón Inspector general de Caballería, si me acomodaba ser empleado en la Secretaría de la Inspección. Mi respuesta fué afirmativa, recordando, no obstante, mi solicitud hecha, y de la cual no desistía, de pasar á la Milicia activa. A pesar de esta circunstancia fuí nombrado para la Inspección de Caballería, y en ella me presenté. Poco después averigüé que el Ins-

pector no había querido dar curso á mi instancia; le supliqué con el mayor encarecimiento que se le diese, y viendo que mi resolución era irrevocable, á pesar de las ventajas que me ofrecía en la Caballería, la remitió con apoyo á la Junta de Inspectores, que era la encargada de organizar los nuevos cuerpos. Nombrados los Jefes de éstos, lo fuí yo para la plaza que había pedido; pero hube de continuar en la Inspección de Caballería hasta que se me autorizó en el mes de Agosto para marchar á mi nuevo destino.

Entre tanto ocurrieron los sucesos que terminaron con el memorable del 7 de Julio, en el cual, si no me tocó tomar una parte activa, no dejé de correr algún riesgo. Desde el día primero, en que cuatro de los seis batallones de Guardias levantaron la bandera de insurrección trasladándose al Real Sitio de El Pardo, al mismo tiempo que los cuerpos del ejército que guarnecían á Madrid y la Milicia Nacional se prepararon á rechazar toda agresión contra el sistema constitucional, se dispuso que en el Ministerio de la Guerra, que, como todos los demás, se hallaba establecido en Palacio, hubiese constantemente un Oficial de cada una de las Inspecciones generales. Este servicio se hacía por turno, relevándonos cada seis horas; pero á mí no me tocó hasta el día 6, desde las doce á las seis de la tarde. Tan insurrecionados contra la Constitución como los batallones de El Pardo estaban los dos y un escuadrón del regimiento de Caballería del Príncipe, que se hallaban en Palacio; y era bien singular y anómala la posición que allí ocupaban los Oficiales de las Inspecciones, pues que en éstas, todos los que á ellas pertenecíamos, con más todos los Oficiales sueltos de las respectivas armas que se encontraban en Madrid y no formaban parte del batallón que se llamó Sagrado, nos habíamos armado de fusiles ó carabinas para defender la Constitución. Oíamos todo género de imprecaciones contra ésta en el patio de Palacio, y volvíamos después á empuñar nuestras armas para sostenerla contra aquellos sediciosos.

Ninguna novedad alarmante observé durante mi turno; pero al retirarme, como todos los demás Oficiales de la Inspec-

ción, á las diez de la noche, el Capitán D. Rafaél Pó de Llanes, que me había relevado, se nos presentó manifestando que el Ministerio de la Guerra había quedado solo con los porteros y que se temía un próximo rompimiento. Como se nos estaba amenazando con éste hacía seis días y ningún Jefe había quedado en la Inspección, también nos retiramos los cuatro ó cinco Oficiales que únicamente nos hallábamos en ella.

Era entonces Inspector interino, por haber sido nombrado Capitán general de Aragón D. Francisco Ferráz, el Brígadier D. Santiago Wal.

Despertado por los cañonazos y descargas de fusilería de la Plaza Mayor, me levanté, y desde la calle de la Redecilla, en que vivía, me dirijí solo, por la plazuela de la Cebada, á la calle del Duque de Alba, en que la Inspección estaba situada. Entré en ésta al romper el día, sin saber más que lo que oía; en la misma ignorancia se fueron presentando varios Oficiales, y hasta el Inspector mismo, que también concurrió; pero este último no quiso permanecer en semejante estado, y anunció que marchaba en busca del Capitán general. Me preguntó á mí si quería seguir su suerte, y no sólo yo respondí afirmativamente, sino que todos los Jefes y Oficiales que allí se habían ya reunido, se ofrecieron á acompañarle. Dió á todos las gracias, manifestando que iba en busca de caballos á casa de su hermano el Conde de Espinardo, y que no podía contar ni aun con dos. Elegido yo, salimos á la calle, y la encontramos llena de hombres de los barrios, que se dirigían en silencio por la calle de la Magdalena á la plazuela de San Juan de Dios. La misma dirección llevamos nosotros, no sin temor de ser, cuando menos, insultados; pero resueltos á defendernos, el Brigadier llevaba la mano puesta sobre una pistola de bolsillo, y yo sobre el puño de mi sable. En la plazuela, que también estaba cuajada de gente, fué en donde únicamente oimos un grito de ¡viva el Rey!

Pasamos por la calle de León y la de Cedaceros á cruzar por la de Alcalá, á tiempo que por ésta cruzaron algunas balas de cañón, de las que nuestra Artillería dirigía desde la calle

Mayor á los Guardias, que ocupaban la casa de Correos y Puerta del Sol. No encontramos los caballos que buscábamos, y á pie seguimos hasta el cuartel de San Gil, en cuya plaza estaba el Capitán general, Conde de Cartagena, con nnmeroso acompañamiento de Generales y Jefes que allí se le iban presentando. Estaba también el regimiento Infantería del Infante D. Carlos, con algunas piezas; unos 400 guardias, que se llamaron leales, ocupaban las Caballerizas y hacían fuego sobre sus compañeros los sublevados, que se replegaron sobre Palacio. Habiéndose procurado un caballo el Inspector, el Capitán general le encargó el mando del escuadrón de la Milicia Nacional que también se hallaba en la plaza de San Gil. A mí me mandó el primero que fuese en busca de caballo al cuartel del regimiento de Almansa y que volviese á su lado; pero justamente encontré diez ó doce Oficiales y más de cien soldados de ese cuerpo desmontados y formados con sus carabinas delante del cuartel del Pósito, y hube de resignarme á continuar á pie.

Parecerá extraño que un Inspector general de Caballería se hallase en momentos tan críticos desmontado: caballos tenía el Brigadier Wal; pero vivía en la calle del Arenal, y al salir de casa, sorprendido por el fuego, se encontró la calle ocupada por los Guardias, y entonces, á favor de la oscuridad, se marchó á pie, dando un gran rodeo, á la Inspección. Yo había dejado el mío enfermo en el regimiento; y como no le necesitaba para mi servicio, al mismo regimiento le vendí cuando se me nombró para la Milicia activa.

Vuelto á la Inspección, después de enterado de todo lo sucedido me incorporé con los demás Oficiales, á quienes se había dado el encargo de patrullar con carabinas por el Rastro y sus inmediaciones, y así lo hicimos, sin que tuviésemos necesidad de usar de nuestras armas. Indudablemente la gente de los barrios estaba dispuesto á auxiliar á los Guardias; pero batidos éstos, aquélla se amedrentó y se recogió en sus casas.

Terminada la jornada con la completa derrota de los cuatro batallones sublevados, que por la tarde, no habiendo querido rendirse á discreción, salieron por la puerta de la Vega, nos

retiramos á descansar, dejando á otros el cuidado de vencer las inmensas dificultades que la reorganización del Gobierno debía ofrecer después del triunfo obtenido.

El 11 de Agosto salí para mi nuevo destino, en el cual, sin embargo, no me fijé hasta los primeros días de Setiembre, habiendo pasado en Lerma los que mediaron desde el 15. En Aranda tenía yo muchos amigos, y me prometía vivir allí como en mi pueblo propio; pero me estaban reservados los disgustos que en aquella época eran inseparables de todo mando. Insignificante era el número de liberales en el país; éste era esencialmente realista y, por lo mismo, se hacía en él bastante difícil el ejercicio de toda autoridad. Pero las mayores dificultades venían de los mismos constitucionales, cuya impotencia querían suplir con insultos, denuestos y medidas vejatorias. No llegaban á cincuenta los que habia en Aranda, contando toda la Milicia Nacional, compuesta de unos veinte individuos, jóvenes acomodados los más, pero naturalmente inquietos y bulliciosos, tanto más, cuanto que no sólo estaban tolerados en sus excesos, sino hasta excitados por un Coronel Comandante de las armas del pueblo, á quien luégo, en los años de 24 y siguientes, ví en Madrid, recompensado de sus servicios realistas con el bordado de Brigadier.

A fines de Setiembre aquel Jefe obtuvo otro destino, y recayó en mí el mando de las armas, reducidas á un destacamento de treinta hombres, del provincial de Plasencia y unos ocho ó diez de Caballería del Príncipe, que muchos días nos dejaban solos con los milicianos, por tener que salir escoltando el correo ordinario. Volvió en este tiempo á presentarse en el país el Cura Merino, campeón del realismo, que había sido derrotado á fines de 1820 y principios de 1821 por las tropas constitucionales: reunió alguna fuerza de la que antes tuvo, y empezó á sacar de los pueblos todos los mozos solteros. Se acercó á legua y media de Aranda, ejecutando esta operación; y cuando ya tenía reunidos unos 700 hombres, la mayor parte sin armas, fué alcanzado y completamente derrotado el 3 de Octubre en Roa, por la columna del Coronel Obregón. Merino se salvó con

unos 20 caballos, dirigiéndose á la sierra, y de su gente, la que no pudo escapar y volverse á sus casas, quedó prisionera, hasta un número de 200.

A la aproximación de Merino se habían refugiado en Aranda unos cincuenta milicianos nacionales, de varios pueblos, y cuando, pasado el peligro, trataron de volverse á sus casas, quisieron los de Aranda acompañarles. Al pronto rehusé á éstos el pasaporte que me pidieron; pero al fin cedí á sus instancias, con la promesa que su Comandante me hizo de que no molestarían de hecho ni de palabra á nadie. Poco se acordaron de ella, pues á los dos días se me presentaron con 36 hombres, que dijeron ser prisioneros, y no eran más que unos mozos sacados de sus casas por Merino, y que á ellas habían vuelto á las cuarenta y ocho horas, el que más tardó. Todos ellos pertenecían á solos tres pueblos, y no había costado á los milicianos otro trabajo para aprehenderlos que el de prevenir á los Alcaldes que se presentasen todos los que hubiesen estado en la facción de grado ó por fuerza. Yo les hubiera mandado volver inmediatamente á sus casas, porque, ni eran culpables por haber sido arrancados de ellas, ni había razón, en caso de serlo, para proceder contra los mozos de solos tres pueblos, dejando tranquilos á todos los demás del país. Mediaba también la circunstancia de que, por un bando del Jefe político de la provincia, se les había señalado el plazo de quince días para presentarse. No obstante estas consideraciones, á propuesta de los dos Comandantes de la Milicia, convine en que los llamados prisioneros permanecieran unos días en Aranda, no en calidad de tales, sino como lo que realmente eran, jóvenes detenidos, para que los facciosos no volvieran á llevarlos. Uno de los Comandantes escribió el oficio, que yo firmé, para el Alcalde, pidiendo para ellos alojamientos.

Esta disposición pareció escandalosa á algunos liberales, y, sobre todo, al Juez de primera instancia, que se creyó competente para reconvenirme de oficio. Contesté negando su competencia, así como la calidad de prisioneros que se pretendía dar á los mozos traídos por los milicianos, y de aquí nació la

formación de un expediente ruidoso, y por separado una exposición, llena de imposturas, que con la firma del Promotor fiscal se dirigió contra mí al Gobierno. Afortunadamente se me pidió informe sobre ella, acompañándome una copia, que yo procuré hacer pública: nada era más fácil que el desvanecimiento de los cargos que falsamente se me imputaban; pero desgraciadamente el General D. Carlos Bárcena, Comandante general del distrito, hombre de escaso entendimiento, pero de sobra apasionado por el partido que entonces dominaba, al mismo tiempo que en una providencia decía que se conformaba con el dictamen de su Auditor, que opinaba por la libertad inmediata y absoluta de los mozos detenidos, mandó que se les formase causa por el Juzgado ordinario. Este era el estado en que se hallaban en el mes de Febrero de 1823, cuando las facciones mandadas por Bessieres, que habían triunfado de nuestras tropas en Brihuega, vinieron sobre el Burgo de Osma perseguidas por el Conde de la Abisbal y nos amenazaron de modo que creimos deber retirarnos á Burgos con las oficinas y con los muchos presos que en Aranda había. El Juez de primera instancia, entonces, por su propia autoridad, alzó la prisión de los mozos, que así pudieron volver á sus casas.

En Burgos estuve unos ocho días, al cabo de los cuales volví á Aranda con una compañía de provinciales, fuerza insuficiente para defender un pueblo de 1.000 vecinos contra las facciones que de nuevo iban rehaciéndose. El Ayuntamiento, excitado por los liberales, acordó que se levantasen algunas fortificaciones á las entradas de la villa; pero como yo les hubiese manifestado la inutilidad de estas obras, que necesariamente habían de quedar abandonadas por falta de defensores, dieron el encargo de dirigirlas á un perdido, que dijo haber sido Capitán de Artillería de los que sirvieron al Rey intruso, y el cual ignoraba hasta los más vulgares elementos de la fortificación. Hizo unas ridículas zanjas, que á las primeras lluvias se rellenaron con la tierra misma que de ellas se sacó, y que naturalmente debía correrse, por no haber hecho más que colocarlas á uno de los lados, sin formar parapeto ni apisonarla siquiera.

Avergonzados de su elección los Concejales y sus adictos, retiraron al improvisado ingeniero su encargo; y la única obra que quedó, fué una barrera aspillerada que yo hice colocar en el arco del puente, y que llegó á serme no poco útil más adelante.

Desde la cuestión de los llamados prisioneros, no había la mayor inteligencia entre los que en Aranda pasaban por liberales y yo: habían hecho los mayores esfuerzos por desacreditarme y solicitado con empeño mi traslación á otro punto; pero todos ellos se estrellaron en el Ministerio de la Guerra y en la Inspección general de la Milicia activa, en donde había personas que me conocían y á quienes yo había manifestado que al recibir una orden de traslación pediría inmediatamente mi retiro. Mi delito no era otro que la decisión que constantemente mostré de mantener el orden en la población, y mi oposición á los excesos ó insultos con que pretendían aquellos pocos ilusos dominar el país, el cual aprobaba mi conducta tanto como casi maldecía la de mis adversarios.

En este estado me hallaba cuando se presentaron las célebres notas de las potencias extranjeras amenazando con los desgraciados sucesos que después vinieron sobre nosotros. Dada á ella la escandalosa contestación que tan cara debía costarnos, me preguntó mi íntimo amigo D. José Ferráz, Oficial entonces del Ministerio de la Guerra: ¿Cómo serían recibidos por mi país los franceses, en el caso de una invasión? Mi respuesta, sin vacilar, fué: «Con danzas y las campanas á vuelo.» En efecto, el país no podía estar ya más harto de las decepciones del Gobierno constitucional, al mismo tiempo que contra éste se mostraban abiertamente hostiles, no sólo el clero, sino las clases verdaderamente influyentes sobre el espíritu de los pueblos.

El día 3 de Abril de 1823 recibí una Real orden, comunicada por la Comandancia general del décimo distrito, Burgos, para que se me diese el mando de una columna y el encargo de perseguir las facciones en aquella provincia; previniéndome el Comandante general que inmediatamente me trasladase á Lerma,

en donde encontraría ya la fuerza de que debía encargarme. Yo tenía la convicción más íntima de que eran ya estériles todos los sacrificios que se hiciesen por sostener un Gobierno que cada día parecía estar más desatentado; y, sin embargo de que nadie podía comprometerse tanto como yo con el mando que se me daba, le acepté con resignación, resuelto á cumplir con mi deber como militar. El día 4 me trasladé á Lerma, y allí encontré, en efecto, la columna que me estaba destinada, compuesta de 130 hombres del regimiento Infantería de Granada y de setenta del de Caballería de Lusitania. Poco después de mi llegada se me presentaron todos los Oficiales, á quienes dí orden para marchar al día siguiente.

A las seis de la mañana del 5 me presenté en la plaza, tomé el mando de la columna, que ya estaba en ella formada, y emprendí la marcha por el camino real hacia Aranda.

A mi salida de esta última villa en el día anterior había ya recibido noticias positivas de que en Aillón y sus inmediaciones, es decir, á siete leguas de Aranda, estaban las dos facciones de Merino y Bessieres, con una fuerza de más de dos mil hombres. Mi propósito, pues, fué desde luégo impedirlas su entrada en Aranda, punto amenazado por los recursos que de él podían sacar los facciosos, y poco ó nada defendido, no habiendo en él más que 55 hombres del provincial de Plasencia, muy mal dispuestos para batirse. Pensaba yo dirigirme en aquel día á Peñaranda, para observar más de cerca los movimientos de las facciones; pero habiéndome detenido en Gumiel de Izán á comer, recibí allí un parte del Ayudante de mi batallón, don Antonio Zenzano, que había quedado de Comandante de armas en Aranda, en el cual me decía que, amenazado de un próximo ataque, se había encerrado con los soldados de Plasencia en el convento de Santo Domingo, situado á la margen izquierda del Duero. Con este aviso, varié mi plan y mandé al Capitán de Granada, D. Florencio Olave, que con 30 cazadores y 14 caballos marchase hacia Aranda, siguiéndole yo con el resto de la columna.

Adelantóse tanto Olave, que al bajar yo del pinar no pude

ya descubrirle, y á poco rato oí tiros hacia el mismo pueblo de Aranda, cubierto para mí por la loma en que está situada la ermita de la Virgen de las Viñas, de donde distábamos todavía cerca de media legua de camino llano, es verdad, pero con terreno ondulado á derecha é izquierda que encubría los movimientos que los enemigos pudieran hacer sobre mis flancos. Ordené la columna, haciendo dejar sus caballos á los Oficiales de Infantería, menos á su Comandante, el Capitán D. Víctor Pastor, y continuamos nuestra marcha con celeridad, pero bien unidos, como yo recomendé á todos, manifestándoles que sólo de este modo, y obedeciendo en silencio la voz del que mandase, podíamos obtener un triunfo, ó más bien salvarnos de un peligro, pues que era de creer que íbamos á ser atacados por las dos facciones de Merino y Bessieres.

Cuando ya sólo distábamos un cuarto de legua de la ermita de las Viñas, vimos aparecer de repente sobre la loma nuestra guerrilla, que venía retirándose despacio y sosteniendo un fuego bastante vivo contra unos 400 hombres de Infantería, que al instante se presentaron á nuestra vista. Nosotros marchábamos tan aceleradamente como podíamos, sin desordenarnos, que era mi principal cuidado. No veía yo, sin embargo, que mi guerrilla corriese peligro mientras no era atacada más que de frente: el peligro le tenía en los flancos, por donde podíamos ser repentinamente cargados; y lo temía tanto más, cuanto que no se aumentaba el número de enemigos que estaban á la vista, ni se presentaba de ellos un solo caballo. Así, pues, me negué á enviar el refuerzo que por tres veces me pidió Olave, por no dividir mi caballería, que era la única arma que podía adelantarse á dar aquel auxilio.

Todavía, sin descubrir nueva fuerza enemiga, pero ya oyendo el silbido de las balas, observé que la que perseguía á mi guerrilla envolvía el flanco izquierdo de ésta. Entonces mandé á mi caballería desplegar en batalla al galope sobre mi izquierda, con ánimo, no de cargar á los enemigos, sino de amedrentarlos, como así lo conseguí, pues que despejaron el flanco de la guerrilla tan pronto como vieron aquel movimien-

to. En este instante se presentaron sobre mi derecha unos 200 lanceros, con los cuales conocí que iba á decidirse la contienda. La infantería de las facciones era, en efecto, despreciable, una vez batida su caballería, que si no era muy buena, la mayor facilidad de sus movimientos la hacía más agresiva.

Previne á Pastor que se mantuviese en columna cerrada, esperando el resultado de la carga que yo iba á dar con mi caballería á los lanceros, y que, sólo en el caso de ser éstos batidos, atacase él á la bayoneta á los enemigos que tenía delante: trasladé mi caballería á la derecha y, desplegándola en batalla, marchamos á la carga con todo el orden y silencio que pudiera exigirse en un campo de instrucción. Los lanceros se mantuvieron quietos y formados en una sola fila; y estas dos circunstancias hice notar á mis soldados, para asegurarles de nuestra victoria, ya casi infalible con enemigos tan mal dirigidos. Éstos nos esperaron; pero no pudiendo resistir el empuje de dos filas, aunque de corta extensión, á la carrera se desbandaron, poniéndose en precipitada fuga hacia la población, en donde entramos mezclados unos y otros, hasta tal punto, que yo me ví rodeado un momento de enemigos, que hubieran acabado conmigo sin el instantáneo auxilio de algunos de mis soldados. Recibí, sin embargo, un golpe de lanza que, merced á la mucha ropa que llevaba puesta y al haber debilitado yo el impulso agarrando aquella arma, no hizo más que herirme levemente en la tetilla derecha. Así continuamos por el barrio de San Gregorio y, al salir de la calle de este nombre, alcanzamos á uno que, por su traje de levita y sombrero apuntado, y también por su aire, mostraba ser un Jefe principal. El primer soldado que le alcanzó le dió una cuchillada en la cabeza, y otros le rodearon para rematarle; pero él se dirigió á mí, diciéndome ser un Brigadier del ejército, padre de seis hijos, hermano político del Comandante de Ingenieros del distrito de Burgos, é implorándome que le salvase la vida. Me propuse, en efecto, salvársela: le cubrí, poniéndome delante de él y alejando á todos los soldados, que según llegaban intentaban acuchillarle. Luégo que hubo pasado toda mi caballería, y habiendo dejado

el mando de ella á su Capitán, D. José Arcos, con prevención de que continuase persiguiendo á la enemiga, que se dirigía por el camino de Badocondes, en la derecha del Duero, encargué á un miliciano nacional de Aranda la custodia del Brigadier prisionero, que no era otro que D. Pedro Fermín de Iriberri, Capitán que había sido de la brigada de Carabineros Reales, y yo retrocedí en busca de mi infantería, cuyos movimientos ignoraba.

Poco tuve que andar para tropezar con algunos soldados, que me manifestaron que los demás se habían dirigido por el centro de la población persiguiendo á los facciosos que no habían quedado prisioneros en el campo: corrí, en efecto, hacia la plaza principal, y en ella encontré al Capitán Pastor con parte de su tropa. Éste me enteró de que, tan pronto como vió el resultado favorable de nuestra carga, había atacado á la infantería enemiga, que nosotros habíamos dejado á la espalda y, haciendo cerca de 200 prisioneros, siguió al alcance de los que pudieron salvarse y que, reunidos con otros 50 que en la plaza habían quedado, se habían colocado, en número de 200, en la cabeza del puente de la izquierda del Duero.

Apenas contaba Pastor con 60 hombres en la plaza; y, aunque con ellos podíamos muy bien pasar el puente, preferí hacerlo con otra tropa que allí encontré, agrupada en los balcones de la casa del Ayuntamiento.

A mi entrada en la plaza se me presentó el Ayudante Zenzano, Comandante de armas de la villa, y me instruyó de que, sin haber aparecido delante del convento de Santo Domingo más que seis lanceros, los soldados de Plasencia se habían rendido prisioneros, negándose á disparar un solo fusil. Estos soldados eran los que estaban en la casa de Ayuntamiento, tranquilos espectadores de lo que en la plaza pasaba, hasta que yo les mandé bajar y dirigirse á tomar armas de las de los prisioneros. Su Comandante, el Subteniente D. N. Chumacero, me pidió que le reservase el paso del puente para lavar la mancha que les había cubierto; y como justamente este era mi propósito, no vacilé en otorgarle lo que me pedía.

Mientras los soldados de Plasencia se armaban, dispuse que algunos de Granada, á las órdenes de un sargento, se colocasen en la casa del Corregidor, que domina el puente, y entretuviesen á los facciosos, que estaban al otro lado, cubiertos unos con una barbacana del mismo y colocados otros en la casa del Portazgo. Les hice, además, el especial encargo de que tuvieran siempre las dos terceras partes de los fusiles cargados, para hacer una descarga en el momento en que oyeran un redoble de caja, que sería la señal del ataque. La barrera construída en el arco hizo entonces un gran servicio, pues que por sus aspilleras dirigían nuestros soldados un fuego que barría el puente.

Otra disposición debí tomar instantáneamente, y fué la de replegar toda mi fuerza en un punto. Desde que se me presentaron á la vista solamente los lanceros, me persuadí de que no era atacado más que por la facción de Bessieres; pero como uno ó dos días antes estaba reunida con ella la de Merino, debía suponer que ésta no se hallaría á mucha distancia de nosotros. Así era, en efecto: en la plaza supe que estaba en Aldea Nueva de la Serrezuela, á legua y media de Aranda; que su fuerza era de 1.500 hombres, y que se les esperaba en aquella villa. Envié, pues, la orden al Capitán Arcos de que dejase la persecución de la Caballería enemiga y se viniese con la suya á reunirse conmigo.

Armados los soldados de Plasencia y formada ya en la plaza la columna, menos la guardia que custodiaba á los prisioneros y los que entretenían el fuego, resolví el ataque al puente. Coloqué á la cabeza de los primeros 10 granaderos de Granada, por temor de que aquellos cobardes se hiciesen un lío al oir las primeras balas, y detrás me puse yo con 10 de Lusitania, á quienes en alta voz dí orden de que acuchillaran al primer soldado de Plasencia que vacilase en marchar adelante ó siquiera bajase la cabeza. Se tocó el redoble, á cuya terminación los de la casa del Corregidor hicieron su descarga al mismo tiempo que los de la barrera; se abrió ésta, y la columna de ataque echó á correr por el puente, llegando al extremo

opuesto sin desgracia alguna; porque los enemigos, que á la descarga se habían ocultado detrás de la barbacana, se encontraron con nuestras bayonetas al enderezarse. Entonces se pusieron en fuga por la orilla del río, siguiéndoles los soldados que habían pasado el puente. Envié inmediatamente á llamar á los que habían quedado en la plaza, y mientras tanto yo permanecí solo en la plazuela que hay entre el puente y el convento de Santo Domingo. Allí estaba cuando, al desembocar por el arco la columna, salieron algunos tiros contra ésta de la casa del portazgo, junto á la cual me encontraba yo. Mi posición era bien peligrosa; pero felizmente no debieron verme los 10 hombres con un Oficial que en aquélla habían quedado, y que al fin tuvieron que rendirse al aproximarse la columna. Tomando yo de ésta la caballería, me dirigí á perseguir los fugitivos, á muchos de los cuales alcanzaban ya los soldados que marchaban delante de nosotros.

La noche vino á poner término á esta acción, empezada á las tres de la tarde, y á ocultar en la orilla del río y monte inmediato una parte de los enemigos que se habían sostenido en el puente. Hicimos, sin embargo, unos 300 prisioneros, entre los cuales se encontraban 74 heridos, y cogimos 47 caballos. De los facciosos hubo 14 muertos, según luégo se comprobó, aunque al pronto creimos que este número era bastante mayor. Yo tuve un cabo de Caballería muerto, y un Oficial de Infantería, un cabo, cinco soldados y cuatro caballos heridos.

La tropa de mi mando lo había estado al de un Jefe que se había propuesto hacer aquella guerra sin cuartel y la había, por consiguiente, inspirado un espíritu feroz, que á duras penas pude yo contener. Bien que desde el principio de la acción previne que no se atropellase á los que se rindiesen, mis soldados reparaban poco sobre la carrera en el que se rendía ó huía; herían con sable ó bayoneta al que alcanzaban, y si yo no me hubiese dedicado exclusivamente, después del paso del puente, á reprimir aquel furor, raro hubiera sido el enemigo alcanzado que no hubiese quedado muerto ó herido en el campo. ¡A estos extremos conducen las guerras civiles!

Por lo demás, la tropa de mi mando se condujo del modo más admirable: andadas llevaba la infantería, á un paso que mantuvo siempre á la Caballería en el trote, siete leguas muy largas, cuando empezó la acción: en ésta se conservó obediente, serena y arrojada en las cargas. Entre los Oficiales sobresalió el Capitán Pastor, Comandante de la Infantería, no sólo por su valor, sino también por la exactitud con que ejecutó cuanto yo le mandé.

¿Qué habia ocurrido en Aranda antes de nuestra llegada? Según el parte que recibí en Gumiel de Izán, el Ayudante Zenzano se había, en efecto, encerrado en el convento de Santo Domingo con los 55 hombres que tenía á sus ordenes: á la una de la tarde llegó la facción y, sin más que presentarse seis lanceros de ésta, aquéllos arrojaron sus fusiles. Entró Bessieres con su gente en la villa y mandó que se les presentasen los milicianos nacionales que se habían ocultado y no se cuidaban de obedecer aquél mandato. En su busca andaban algunos Oficiales de la facción mientras ésta se ocupaba de preparar sus ranchos, cuando un centinela que había colocado en la torre de la Iglesia de Santa María avisó de que venía tropa. Tomaron aquéllos las armas, y al salir por la última calle de la población se encontraron ya en ella con nuestra guerrilla, que avanzaba con precaución, pero sin saber que allí estaban los enemigos.

Lo singular es, que tanto Olave como yo, encontramos en el camino diferentes personas que habían salido de Aranda despues de la entrada de los facciosos ó en el momento de entrar, y todas decían que no había novedad. Esto manifiesta cuál era el espíritu del país.

A las nueve de la noche, hora en que la tropa descansaba y los Oficiales todos cenaban en mi casa, recibí un parte de que Bessieres, habiendo pasado el Duero por Birrondes con su caballería, se había corrido por la orilla izquierda del rio y presentádose en Fresnillo, media legua de Aranda. Debí recelar que, concertado con Merino, viniesen los dos á atacarme de nuevo, aprovechándose del embarazo que me causaban los

prisioneros; y así, para evitar una sorpresa, reuní mi tropa en la plaza, y allí pasó la noche, vigilando algunas patrullas de caballería por el exterior. Me equivoqué en mi juicio: Bessieres se había acercado á Aranda para reunir los dispersos de su infantería y Merino, tan pronto como tuvo noticia de la derrota de aquél, salió de Aldea Nueva con dirección á Roa. Este movimiento me hizo sospechar que su plan era el de atacarme en el camino de Aranda á Burgos, y por esta razón, y porque todas las personas de aquella villa comprometidas por el sistema constitucional se decidieron á marchar conmigo á la capital, suspendí mi salida hasta el 9, dando tiempo á que de Burgos viniera alguna tropa en mi auxilio. También fué este un juicio equivocado, en que no debí incurrir conociendo. como conocía, á Merino, pues que tan lejos estuvo de éste el pensamiento de atacarme, que dejando el puente de Roa se dirigió á pasar el de San Martín de Rubiales, una legua más abajo y cinco distante de Aranda, y sin detenerse marchó á las montañas de Reinosa.

Ramón Santillán.

EL POSITIVISMO

I

Hace poco más de medio siglo que la filosofía positiva inauguró en Francia su campaña contra la teología y la metafísica.

El libro de Augusto Comte, *Cours de philosophie positive*, publicado en el año 1830, operó, según los enemigos del Catolicismo, una trascendental revolución en el mundo religioso-filosófico y especulativo.

El plan complejo y escabroso, desarrollado en la expresada obra, solo fué acogido con entusiasmo por los detractores de la Iglesia, tratándose de probar que la fuente de todos los conocimientos y creencias está en los progresos de las ciencias exactas, físicas y naturales, haciéndose abstracción de la universalidad de los principios tradicionales.

La doctrina positivista, verdadero aborto de una razón ensoberbecida que no consulta jamás á la prudencia ni á la discreción, tuvo, como era consiguiente, gran resonancia en el campo materialista, representado, salvo pocas excepciones, por inteligencias extraviadas, ganosas de personalizarse en la defensa de abstrusas innovaciones.

Desde la aparición del libro de Comte, el positivismo ha tenido entre nosotros un desenvolvimiento completamente ilusorio, no habiéndose ocupado de él más que algunos de los hombres científicos que concurren á los ateneos.

Siendo el *Delænda Carthago* de esta omnisciente escuela filosófica destruir todo lo tradicional, así en la esfera religiosa como en la científica y metafísica, subordinando en absoluto el *pensamiento á los hechos externos*, las conquistas por ella realizadas en Europa, excepto Francia, Alemania é Inglaterra, en las que radican sus focos más importantes, tenían que ser relativamente limitadas. Su tesis demoledora predispone desfavorablemente, lo mismo al menos cauto que al que cultive su inteligencia con esmero; toda vez que, poniendo estos *alfaquíes* de la ciencia todo su conato en barrenar los buenos principios y el caudal de preceptos que han servido de base para la sólida instrucción de hombres que asombran al mundo con sus talentos, no habrá quien analice sin reserva sus teorias, ni quien deje de persuadirse de sus caóticas tendencias.

«Hay muchas verdades—dice un moderno é ilustrado autor científico al hacer el examen crítico de recientes trabajos positivistas—que llegan á la humana inteligencia sin el auxilio de cálculos matemáticos ni de experimentos, y que es posible descubrir hechos fuera de los laboratorios químicos y de los gabinetes de física; que en la vida y en el pensar nótanse distintas propiedades que no pueden ser ni medidas ni calculadas. Los guarismos y las fórmulas matemáticas no son exclusivamente propios para explicarlo todo; los sentimientos delicados y los hechizos de la belleza son tan verdaderos como la regularidad con que los planetas recorren sus órbitas, ó las leyes del calor y de la electricidad.»

Consignando más adelante, al establecer la diferencia que existe entre la razón moral y especulativa del filósofo, y la razón pura del naturalista, ó sea la del que siente con el entendimiento y la del que discurre con los sentidos:

«La historia completa del desarrollo de las ciencias, prueba que muchos descubrimientos son debidos á ideas que no nacie-

ron, ni de la observación de hechos externos, ni del cálculo matemático, ni de los experimentos. No salir de lo que se puede calcular ó pesar, ni de lo demostrable con experimentos, y encerrarse en cárcel formada sólo con cuanto los sentidos suministran, desatendiendo toda sugestión del alma, nuestra única ley verdadera, es hacerse partidario del materialismo tan falso é incompleto, porque sólo considera los átomos atribuyéndoles propiedades de que carecen, sin admitir lo correspondiente á las fuerzas y al espíritu.»

Estas son las censuras y consideraciones que con incontrovertible y elocuente rigor lógico hacen, respecto de las erróneas conclusiones de la doctrina positivista, hombres eminentes en las ciencias.

II

Los ensayos del positivismo, bastante anteriores á las opiniones de Comte, tuvieron en Europa una laboriosa y triste preparación.

Martín Lutero, por un sentimiento de implacable despecho, promovió una sedición religiosa que bastardeó el Catolicismo, cuya autoridad intentó restablecer más tarde el protestantismo con sus innumerables sectas. Creer en Cristo y negar su palabra no puede conceptuarse como una *reforma*, y sí como un sarcasmo digno de un monje díscolo y extraviado, malavenido con su oscuridad y á quien sus mismos secuaces comparan, haciendo uso de una frase suya, con un borracho á caballo, que se inclina de un lado y cae del otro.

Las graves perturbaciones y enconadas controversias que suscitó el libre examen entre ortodoxos y exégetas, inspiraron á Renato Descartes para echar, con su *cogito, ergo sum*, los cimientos del racionalismo moderno, el cual hace discurrir al hombre hasta que desatina. Su hecho de conciencia *pienso, luego soy*, quedó incomunicado en el calabozo de su cerebro, procurando despues Kant, aunque infructuosamente, darle

libertad con su *idealismo trascedental*; pues nada pudo probar acerca del *origen del conocimiento*, que era el problema planteado por Descartes en su *duda metódica*, ó sea su sistema contra la *fe*, y en el que aparecen plagiados, por juzgarlos conciliables con su incredulidad, los argumentos de uno de sus más esclarecidos apóstoles.

El libre pensador Leibnitz, con su preregrina mónada infinita de la *armonía preestablecida*, entretuvo á los ociosos, sin que fuera más afortunado en sus investigaciones sobre la causa de nuestro conocimiento que Pascal, Espinosa y los demás cartesianos en la demostración de los misterios de la naturaleza.

Los progresos de las matemáticas, de la mecánica, de la química y de la física experimental, hicieron concebir á Silvius y Borelli la absurda idea de querer demostrar las funciones de los seres organizados por medio de las leyes que rigen en los cálculos y en las combinaciones de los cuerpos brutos, por más que los autores de las teorías intro-química é intro-mecánica solían decir á sus discípulos «que las cosas verosímiles en teoría se reconocen vanas y de todo punto falsas en la práctica.»

Las exageraciones del empirismo francés, sustentadas por elementos tan opuestos como el materialismo de Broussais, inventor de la perniciosa teoría del organismo, forjada á expensas del ateismo más presuntuoso; el sensualismo de Cabanis y Condillac, cuyo *ideologismo*, afirma éste, es una estatua de mármol animada de espíritu, pero *sin idea* alguna; la mahometana doctrina de Hartley; la puramente experimental de Bacon; la escéptica de Hume; la empírica de Loke y la deontológica de Benthan, fueron los gérmenes del procaz é infecundo racionalismo de la epicúrea escuela enciclopédica, creada por d'Alembert, Diderot y Voltaire, haciéndolos causa unívoca de la regeneración científica y filosófica que se proponían realizar, logrando tan sólo extraviar la opinión con sus paradójicas elucubraciones y risibles polémicas; pues lo mismo declamaban contra la herejía que minaban la revelación, condenaban la inmoralidad y encomiaban las más ruines pasiones; se

mofaban del clasicismo y recurrían á él para dar más esplendor á su crítica; solicitaban el descrédito del escolasticismo y utilizaban la dialéctica más sutil para probar sus asertos; ridiculizaban el lirismo y los estilos cultos, y empleaban las más rebuscadas alegorías y las hipótesis más violentas y extravagantes en modelos de severo realismo; lo mismo ensalzaban á la *razón* que la posponían á la *sensación*; espiritualizaban lo inorgánico y materializaban las facultades del alma; escarnecian á los filósofos y filólogos y elaboraron un filosofismo cuajado de incoherencias y macarrónicos neologismos.

Esta *saturnal de la inteligencia*, la define con exactitud Chateaubriand en el siguiente fragmento:

«¿Era exactamente—dice el insigne autor del *Génio del Cristianismo*—la opinión íntima de su conciencia lo que los enciclopedistas publicaban? Los hombres son tan vanos, tan débiles, que muchas veces el deseo de hacer ruído les hace afirmar cosa de que no están convencidos.»

Este *centrifuguismo* intelectual de la sinrazón, que divorció el sentido común de la filosofía y la ciencia de la religión, destruyendo los fundamentos de los nuevos principios, fué reforzado con el eclecticismo alemán, dando Keratry, Drotz, Anciller, y en este siglo Cousín y Krause, el último hachazo al desgajado árbol de la unidad de los conocimientos humanos.

Comprendiendo los mismos admiradores de la Babel filosófica el descrédito en que cayeron sus teorías, persuadidos del funesto resultado de una crítica prevaricadora y mordaz, acordaron cohonestar la virulenta locuacidad de tantos ingenios, buscando en el proceso de las ciencias exactas, físicas y naturales un apoyo más firme y eficaz para proseguir esgrimiendo sus armas contra el Catolicismo y el permanente vigor de la tradición filosófica, fraguando, al amparo de aquéllas, el conjunto de áridas vaguedades que constituyen el sistema positivista, el cual, haciendo tabla rasa de las más valiosas conquistas de la inteligencia, funda su menosprecio á la filosofía de la naturaleza, la teología y la metafísica, en que el Universo no es el producto de un orden establecido por un espíritu superior

que lo dirige, sino el resultado de un régimen perpetuo, *creado por la razón de las fuerzas cósmicas*; en la materia y la eternidad estriba su doctrina, no reconociendo más leyes en lo orgánico é inorgánico que la necesidad absoluta y fatal.

No hay entendimiento, por avezado que esté á las más difíciles y profundas evoluciones de las ideas, que no se perturbe y consterne ante los espantosos sofismas é insensatos delirios de un materialismo que, arrollando todo lo personal, holla las más respetables creencias y los más inviolables y excelsos sentimientos de la humanidad.

Estas humillantes invenciones han proporcionado á los ojos iluminados por luz de la Suprema verdad y la rectitud de conciencia el aflictivo espectáculo de ese ateismo rudo é impenitente, que ni aun sus mismos promovedores saben cómo conjurar. La ciencia cristiana, manantial inagotable de sabiduría, síntesis de todas las virtudes, única que puede ensanchar los horizontes del progreso y de la humana bienandanza, con su moral purísima, su elevado espiritualismo é inconcusa ortodoxia, teniendo, como dice un eminente escritor, doctrina para los literatos, templos para los artistas y carros triunfales que no aplastan, como el de Jagrenat, para el vulgo podría reparar fácilmente el mal, renovando con la sublime enseñanza del Hombre-Cristo la letal atmósfera de la corrupción y el descreimiento; pero la soberbia filosófica, parecida á la del colegial que quemó los libros y se malquistó con sus discípulos porque no le aprobaron en los exámenes, no se convence, no transige, no abdica de su obstinación; prefiere dormir al borde del abismo con los ojos vendados por sus letárgicas alucinaciones é instintos disolventes, y en vez de alejar de su cerebro la inmanente niebla de la vanidad, ensaya otra postura, otra prevaricación que dé nueva forma á las *luchas cósmicas* de su espíritu rebelde é inquieto.

III

Encerrados empíricos y enciclopedistas, con sus antitéticos elementos y disquisiciones filosóficas, en el reducido círculo del racionalismo, desautorizábanse mútuamente con sus interminables disputas é incongruentes diatribas.

Rousseau decía que Voltaire era un alma baja, un fanfarrón de impiedad, un hombre grande por sus talentos y vil por el uso que hacía de ellos; que había perdido á su patria, y que le odiaría más si le despreciara menos; y Voltaire decía de Rousseau que era un mónstruo de perversión, le elogiaba y le trataba groseramente, no faltando *espíritus fuertes* que, á pesar de su escepticismo, confesaran paladinamente su impotencia para definir el *sentimiento* que abrigaban de una Creación absoluta, de una causa y una fuerza primera que todo lo enlaza y encadena.

Así como la filosofía materialista de Epicuro, inspirada en una brutal impiedad y en un soez egoismo, fué el origen de los crímenes y vicios que arruinaron á los pueblos é imperios más poderosos de la antigüedad, la diosa *Razón* y las teorías demagógicas de Rousseau produjeron en Francia la efervescencia que luégo se tradujo en los sangrientos desahogos del 93; triste prólogo de las modernas conmociones sociales y políticas, que hará época en los fastos de la inclemencia.

Era preciso trazar una senda para salir del atolladero de la confusión y el desprestigio, y poco después Augusto Comte condujo á los racionalistas por la del positivismo, científicamente encadenados, al puerto de salvación.

El advenimiento del espíritu positivo fué una feliz solución para los maestros del arte de disputar y maldecir, y se le consideró como el sucesor legítimo del espíritu teológico y metafísico; no vacilando en atribuirle un derecho tradicional, sin el que declara el positivista Littré que no tendría probabilidad de éxito. No sabemos si habrá querido decir bueno ó malo.

Vamos á hacer una brevísima exposición de la teoría positivista, sin perjuicio de ampliarla, caso necesario, en trabajo más extenso.

IV

El positivismo se basa en este contundente principio: *la prueba de los hechos* limita todos los conocimientos que el espíritu humano puede alcanzar, es decir, que el hombre no puede saber más que lo *que ve* ó lo que *toca*, como opina Condillac, y le está vedado creer en nada que no hiera á sus sentidos.

Llaman espíritu positivo particular á cada una de las ciencias exactas, físicas y naturales, suponiendo que éstas anularán por completo nuestros conocimientos religiosos, metafísicos y filosóficos, y si no los anulan, continuarán negando lo que no *vean* y *toquen*; y espíritu positivo general, al conjunto de las mencionadas ciencias; dando por evidente que éstas han determinado las facultades de las potencias intelectuales; de modo que, si deseamos saber algo de Dios, de primeras causas, qué es el genio, la belleza, la virtud, el arte ó el vicio, el positivismo hará una invocación á los espíritus científicos para satisfacer nuestra *curiosidad*, demostrándonos todo esto como el entomólogo describe y clasifica los insectos, el químico el peso atómico de los cuerpos, el físico la fuerza de explicación de la materia, el geómetra desarrolla el cálculo matemático ó el buhonero presenta las baratijas de su industria.

¿No es esto proclamar á lo objetivo y deleznable árbitro supremo de todo lo creado? ¿No es esto propagar, con menoscabo de lo más grande y bello, los errores de un paganismo infinitamente pequeño? ¿No es esto deificar la vil materia, con grave detrimento de la Religión de las religiones y de los sentimientos morales? Este idolatrismo científico, que todo lo subordina á la autoridad de los sentidos, á lo finito, al testimonio del *acto*, es un fatalismo burdo, antisocial, la proscripción de la virtud, la justicia y la benevolencia, triple baluarte de la dignidad

humana, sin el cual queda el hombre indefenso, relegado al desheredamiento más monstruoso.

Los positivistas creen, á imitación de los filósofos alejandrinos, que su sistema encierra una enseñanza perfecta é irrefutable, por ser la de cada ciencia en particular; y, sin embargo, no hay entre ellos la unidad de opiniones que fuera de desear; los positivistas ingleses, por ejemplo, tienen una doctrina basada en la psicología, y confían en que los fisiólogos espiritualistas irán materializando poco á poco el alma, hasta obtener, ¡pásmese el lector! el *equivalente biológico* de la psicología tradicional.

Planteado el carácter y alcance de tan original escuela, M. Littré, uno de sus preclaros paladines, contesta con graciosa candidez á las lógicas impugnaciones de que fué objeto su teoría:

«Por más que se diga, no limitamos el espíritu humano á la simple prueba de los hechos, no confundimos la ciencia positiva con lo que no es más que su *preparación*; nada de lo que es sentimiento, afecto, pasión, nos es extraño, y abrimos, bajo el impulso del saber positivo, una gran salida al ideal.»

Este ideal, puramente *mecánico*, se nos figura que debe ser de *relojería*, una especie de *escape* perfeccionado.

V

Asombroso es todo esto, pero no lo es menos el amargo fruto recogido por la febriscitante mano del positivismo.

Escuchad las opiniones de algunos sabios.

Czolve dice que el Universo es un *simple* efecto material: unifica la fuerza y la materia, y después de mil rodeos inútiles, afirma que los fenómenos orgánicos é inorgánicos son el resultado de la acción mutua de los cuerpos y de los átomos, en los cuales existen naturalmente las fuerzas.

Verdaderamente que no merece la pena consagrar toda la vida al estudio, para llegar á tan *simples* conclusiones. Tene-

mos la seguridad de que Czolve, con toda su intuición, no se explicaba tampoco por qué le crecían las uñas y el pelo.

Hudson Tutle analiza los sistemas cósmicos y planetarios, y las irregularidades que en ellos observa le hacen rechazar la idea de una inteligencia superior que los presida; admite sólo las fuerzas materiales y la atracción, no porque conozca las leyes á que obedecen estas fuerzas y atracciones, sino porque *ha visto* estos fenómenos y no puede negarlos, pues de lo contrario, también los negaría.

Humboldt declara que, desde el momento que el hombre crea fenómenos, colecciona y registra hechos para dedicarse á una investigación que no puede terminar *durante su corta existencia*, la filosofía de la naturaleza se despoja de las formas vagas y poéticas que le han pertenecido desde su origen, y en vez de adivinar, combina y razona, no conservándose más que entre las preocupaciones del pueblo, y entre aquellas clases que carecen de luces, los principios dogmáticos de los siglos anteriores.

Humboldt, cuya flaqueza intelectual reconoce en su *corta existencia*, debió, ante todo, utilizar sus vastos conocimientos para descubrir el elixir de la longevidad, sin el cual, según él, no podrá nunca el hombre indagar nada acerca de la naturaleza de los fenómenos que *crea*, y que suponemos que no serán ni el magnetismo, ni el calor, ni la luz, ni la electridad. Siendo, por lo tanto, una solemne iniquidad arrancar al pueblo, que sabe de la naturaleza más de lo que parece, sus creencias, sin otra razón que la de lo poco que vive.

Carlos Darwin, defensor acérrimo de las fuerzas naturales, presentó la teoría, nada nueva por cierto, de la trasformación de las especies por la *selección* natural, porque de ella se ocuparon varios filósofos griegos y algunos naturalistas modernos. Este Protágoras (1) del siglo XIX ha conseguido, sin saber

(1) Protágoras de Abdera, sofista griego, hijo de Artemón, tipo perfecto de la vanidad humana, inventor del arte de disputar, se vanagloriaba de que la sortija, el manto, la túnica, y el calzado que llevaba, eran obra de sus propias manos, queriendo dar á entender que nada le era extraño y llamándose á sí mismo *sabio entre los sabios*.

por qué, una inmensa celebridad. Sus obras *Origen de las especies*, *Nacimiento y trasformación de las razas*, son una fantástica exageración de la embriogenia comparada, ciencia del profesor Agassiz, que con el auxilio de la paleontoligía trata de inquirir si las formas orgánicas de las especies son susceptibes de alguna trasformación.

Con tantas conferencias, tanto como se ha hablado del profundo análisis é importancia científicas de las obras de Darwin, ni éste ni sus adeptos, partiendo siempre de deducciones y nunca de hechos, han podido demostrar *ni una sola trasformación de una especie á otra*, encargándose la misma paleontología de echar por tierra sus teorías, basadas en quiméricas presunciones, pues los fósiles que se conservan de los primitivos tiempos no difieren esencialmente de las especies modernas.

Estas curiosas investigaciones, que nada investigan y que propagan la osadía entre ciertas gentes, preocupan menos á las clases á que alude el autor del *Cosmos* que los principios dogmáticos de los siglos anteriores.

Con las teorías darwinistas ha sucedido lo mismo que con las impiedades de Renán: les han han dado en Europa una significación que realmente no merecen. Renán, que no es filósofo, como él dice, ni siquiera autor de un sistema de creencias como el naturalista inglés, que nada admite, y que nada resuelve tampoco, como no sea la negación de Dios y de la Providencia.

VI

No queremos fatigar más al lector con otras fases del progreso de ese fetichismo científico, á cuya sombra se nutre y desarrolla el espíritu positivo.

Hace algún tiempo que, con motivo de un debate religioso en la Cámara popular, oimos de boca de un ilustre hombre público, que ocupa un elevado puesto en la política, las siguientes frases:

«Nunca se ha visto que en ninguna creencia, que en ningún pueblo, que en ningún sistema filosófico, sea un mérito, ni sea cosa que haya pasado á la posteridad, enseñar al hombre que sea escéptico á que arranque las creencias de su corazón y se complazca en vivir muerto de espíritu.»

Y, sin embargo, las abstracciones del positivismo, despojadas de grandeza y elevación, encuentran decidido apoyo en algunos hombres distinguidos que gozan de notoriedad científica y literaria; ¡líbrenos Dios de atentar á ella, ni de atribuir á nadie miras rastreras!; pero ante el alcance que conceden á tan funestos delirios, cualquiera creería que el talento y la erudición están sojuzgados por una pueril vanidad, que no razona y prescinde de toda conveniencia ó virtud social para conseguir su hartura; ó tal vez al servicio de las necesidades físicas, cuya satisfacción se procura, sin reparar á veces en los medios que para ello se utilizan.

Nicolás del Álamo.

ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL

ANDRÉS LAGUNA

PARTE PRIMERA

Preliminares.—Consideraciones generales.—Motivo de la publicación de este trabajo.—Necesidad de conocer la biografía detallada de Laguna.—Nacimiento y primeros años de su vida.—Su juventud, sus maestros, sus primeros estudios.—Sale de Segovia.—Recibe el grado de Doctor.—Viajes de Laguna.

I

Es tanto lo que hay que aprender en el conocimiento de la vida de los hombres ilustres, que jamás serán infructuosos ni estériles cuantos trabajos se dirijan á investigar los hechos que durante su existencia tuvieron realización y las obras que su ingenio produjo. Campo donde jamás se agota la cosecha de beneficiosos frutos, pues donde quiera que haya quedado la huella de su planta, allí podrán apreciarse los resultados de un hombre superior, rodeados del prestigio del sabio y la importancia del talento. Son manantiales inagotables de enseñanza y ricos veneros de inspiración fecunda y de saludable crítica.

Cuando se examina detenidamente y se medita algún tanto

en la ciencia de hoy, en sus rápidos progresos y en la veloz carrera que lleva el desenvolvimiento de sus admirables conquistas, no puede menos de experimentarse cierta curiosidad retrospectiva y tenaz deseo de volver la vista á lo pasado, para poder apreciar comparativamente lo que fué y lo que ahora existe, asignando á cada uno el lugar que le corresponde en ese universal certamen, al que forzosamente concurren los hombres de todas las edades y las generaciones de todos los países.

Recorriendo las páginas del inmortal libro de la historia patria, no puede menos de experimentarse satisfacción y orgullo al señalar entre las grandes figuras de la ciencia el nombre de un sabio que, por los esfuerzos de su talento, la persistencia de su estudio y los resultados de sus obras, se abrió paso y fué saludado con respeto por los que en su época dieron días de gloria á la nación española y colocaron la bandera de nuestro pueblo en lugar preeminente y distinguidísimo. Es el privilegio de quien llega á ocupar los puestos que tiene la generalidad reservados al mérito y á quien sobresale del nivel común y de la talla que alcanzan las medianías.

II

Dar á conocer la vida y escritos de Andrés Laguna es, sin disputa, contribuir á la formación de un libro de grandísimo interés para la historia de las ciencias médicas, y singularmente de la Farmacia, en especial para la historia de la Farmacia patria, donde tanto hay que aprender y cuyo estudio se halla desgraciadamente bastante descuidado, por creerlo desprovisto de importancia inmediata.

Investigar bibliotecas y registrar archivos es un trabajo indispensable para realizar la empresa que me he propuesto, y no he vacilado un instante en poner en ejecución la idea, movido del mejor deseo, aun cuando dudoso del buen éxito.

El estudio biográfico detallado de los hombres que han lle-

gado en una ciencia á la altura de Laguna es de la mayor importancia, porque contribuye notablemente á la ilustración de la historia y á formar acabado concepto de muchas particularidades que pasan desapercibidas en el conjunto de una obra histórica general. Porque en todos los pasos que dió en la senda de la existencia, hay no poco que aprender y bastante que consignar, y es forzoso darlo á la publicidad cuando se trata de un estudio individual de una manera más minuciosa que en un libro de carácter general y abstracto.

Nada más oportuno ni pertinente que tratar con alguna detención de la vida y escritos de Laguna, cuyo estudio debe ser conocido y meditado por todo farmacéutico y médico que quiera estar iniciado en la historia de la ciencia patria y tenga curiosidad de saber el impulso dado á los conocimientos que profesa, por españoles ilustres que han colocado el nombre de la ciencia y de la patria á inmensa altura. Seguramente que si el historiador no mostrase á luz pública la existencia del personaje de que nos ocupamos, de seguro todo profesor estudioso y concienzudo habría levantado en el seno de su conciencia el alto pedestal donde colocar al individuo que brilló igualmente por la fecundidad de su pluma como por la actividad de su entusiasmo, la facilidad de su palabra y lo tenaz de sus propósitos.

Todos los trabajos encaminados á detallar, esclarecer y consignar los hechos de la vida de este hombre ilustre son de gran utilidad, pues llevan en pos de sí la popularización de actos meritorios, la exposición crítica de obras poco conocidas y muy dignas de ser consideradas, y la presentación de la historia científica de importantes especialidades relacionadas con los conocimientos de utilidad imprescindible, de los cuales nuestra patria dió muestras de no ser la última en el progreso universal, cuya verdad es muy conveniente dejar consignada para que no sea España juzgada con notoria falta de verídico criterio. La luz de la verdad se ha de abrir paso forzosamente á través de las sombras y en medio de las densas tinieblas del error.

La publicación, pues, de la biografía de una persona de las condiciones de la que se trata en el presente caso, se halla plenísimamente justificada. Sin ser una de esas figuras que por sus condiciones, ó más bien por las circunstancias de la época en que brillan, llaman poderosamente la atención pública, es un héroe del trabajo que por sus méritos llega en su carrera á distinguidos puestos desde los cuales demuestra la justicia con que á ellos se elevó, reuniendo títulos especiales y nada comunes para desempeñarlo. No estuvo dedicado enteramente á la política, y, por tanto, no tuvo grandes motivos para brillar en la vida pública, siquiera no le faltasen condiciones; su actividad giró más bien en el terreno de la ciencia, donde los lauros que se alcanzan son más difíciles, pero también más justificados y permanentes que los que otorga la pasión de los partidos y la veleidad de las muchedumbres.

Pocas celebridades han alcanzado en nuestro país con más justicia el honroso privilegio de pasar á la posteridad y desafiar el embate destructor del tiempo, al que no resisten ciertamente los que deben su nombre á la pasión de sus parciales ó al elogio de la amistad, fundada siempre en discutibles y efímeros triunfos que sólo duran lo que la fugaz impresión del momentáneo aplauso, que desaparece con la ráfaga de viento que lo recoge, como la sombra de un cuerpo al extinguirse la luz. Se funda su fama en probados y repetidos merecimientos, que han llevado al que los contrajo á ocupar el puesto que destina la humanidad á los que se hacen dignos de consideración tan relevante.

¿Por qué no proclamar muy alto los títulos que al respeto público reune quien puede aspirar á colocarse entre las glorias nacionales? Suelen escatimarse á nuestro país, con harta frecuencia y sobrada injusticia, genios y producciones, que deben guardarse con verdadera avaricia los nombres de aquellos de sus hijos que han alcanzado por sus hechos los honores de la fama póstuma, y singularmente de los que pertenecen á las ciencias de observación, en que, por circunstancias que no son del momento, es bastante menor el número de sus

hombres ilustres que de aquellos que brotan del ameno y frondoso vergel de la poesía y el arte, que produce verdaderos titanes y pléyades de genios. Es muy conveniente recordar á los hombres de ciencias y de letras, por lo general olvidadizos con los que han dejado huellas gloriosas en la senda del saber, cuáles han sido las lumbreras que han dado vida á los conocimientos que profesan y han iluminado con los resplandores de su inteligencia un período histórico ó un largo espacio de los anales de un orden determinado de ideas. Y hoy, que se asignan patentes de notabilidad que acaso no resistan el análisis de nuestros sucesores inmediatos, bien merece que se estudie con algún detenimiento la vida y los trabajos del sabio Andrés Laguna, que mereció tan honroso dictado y que la opinión unánime le adjudicó con perfecta justicia.

III

La ciudad de Segovia fué su cuna en 1499 (1). Su padre, D. Diego Fernández Laguna, le proporcionó medios de ilustración y cultura suficientes para comenzar y seguir con aprovechamiento y lucidez la carrera de médico, hasta el punto de llegar á ser uno de los más distinguidos de su época en Europa. Los primeros estudios los practicó en su ciudad natal, pasando después á Salamanca, en cuya célebre Universidad, que durante mucho tiempo llenó el mundo de sabios y á España de gloria, estudió la filosofía elemental, y en París el griego y la medicina. Regresó á España en 1536 precedido de la gran fama de que su nombre se hallaba rodeado, y poco después, como se verá más adelante, era oído con gusto en las cátedras y en los centros de instrucción.

Sus antecesores son también castellanos; en su raza existen esas virtudes ingénitas del valor, hidalguía, honradez y franqueza propias del centro de nuestra nación, que sirven para

(1) En la parroquia de San Miguel de la misma ciudad fué bautizado.

caracterizar al español castizo, siquier varíe mucho en las diferentes comarcas en que se considere.

Pero Segovia, con sus monumentos artísticos y de antigüedad legendaria en la historia española, puesto que el célebre acueducto, conocido de propios y extraños, indica su existencia en la época de la dominación romana, puede enorgullecerse con haber sido la patria de un hombre de ciencia que, con la modestia del que á la misma se consagra, pudo, con la superioridad de su talento, abrirse paso por entre los hombres de la época y atravesar las edades futuras, cual luminaria inextinguible que no se apaga, sino, antes bien, abrillanta la distancia.

Su padre fué también médico, cuya profesión ejerció durante mucho tiempo en Segovia con gran prestigio, y su madre, doña Catalina Velázquez, era descendiente de antiguas familias nobles, cuyas casas solariegas radicaban en inmediatos pueblos de Castilla. De consiguiente, el apellido Laguna era el tercero que debió usar el personaje de quien tratamos, puesto que Fernández y Velázquez eran los dos primeros. Tal vez fuese debida esta preferencia á ser más conocido su padre por el segundo apellido, ó sea el de Laguna, que adoptó desde luégo D. Andrés como más propio para ser distinguido de los frecuentísimos Fernández y Velázquez que se conocen en nuestro país.

El título nobiliario de D. Diego Fernández Laguna, padre del referido D. Andrés, data de 1480. Esta distinción le fué otorgada por sus merecimientos. Así es que pudo legar á su hijo el timbre de nobleza que no heredara él de sus ascendientes y á que se hizo acreedor por sus personales méritos. Mas no era esta circunstancia ocasión de vanagloria en quien fundaba exclusivamente el motivo del aprecio público en sus esfuerzos personales, más que en las distinciones heredadas y por otros adquiridas.

Ignoramos el origen de sus abuelos, por lo cual no podemos decir si alguno de ellos sería natural ó tendría relación con la antigua Numancia, voz que en el idioma eúskaro es *Umancia*

y en castellano significa *Laguna*, cual oportunamente se consigna en el acabado estudio que del gran poeta español don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza llevó á cabo en 1871 el notable literato D. Luis Fernández Guerra y Orbe, cuyo trabajo premió la Real Academia Española en certamen público; pero hemos querido consignar el dato como curiosidad filológica, donde tal vez se halle el origen del apellido que llevó el personaje que nos ocupa.

Vino al mundo al terminar la décimaquinta centuria, cuando se resolvieron grandes problemas para la humanidad, comenzando la regeneración de la misma con los grandes descubrimientos que tuvieron lugar, tanto en la esfera de la inteligencia como en el terreno material y físico, cual si empezaso la aurora de nuevo día tras una eterna é inacabable noche, en la que no existieron ni aun las luces de lejanas y luminosas estrellas, sino las ráfagas pasajeras y fatídicas del tempestuoso choque de las nubes. Hubo, pues, de aspirar el benéfico ambiente de aquel renacimiento de las letras, cuyo influjo había forzosamente de reflejarse en las inteligencias superiores que ávidamente recogían los benéficos frutos de tan memorable período histórico.

Sus ascendientes eran de ilustre cuna, como se acaba de manifestar. No hacemos esta afirmación en modo alguno para enaltecer á Laguna. Bástale tan sólo la celebridad por sus hechos adquirida, que le coloca indiscutiblemente en el templo de la fama, sin que haya necesidad de apelar á heredados blasones ni á ejecutorias por otros ganadas. Citamos el hecho como historiadores, pero sin darle otra importancia que la de fijar la verdad de un suceso. Así es que, al consignar que la ejecutoria de nobleza del padre de Laguna tiene la referida fecha de 1480 (1), sólo es para rendir tributo á la fidelidad y exactitud de la narración, pero no con las miras de invocarlo como títulos de mayor estima y significación.

La educación que recibió fué, desde luégo, esmerada. Pero

(1) Colmenares, *Historia de Segovia*.

sus aptitudes eran propias para que germinase la buena semilla que se lanzaba en tan fértil tierra, pues á no haber existido esta condición, fueran inútiles cuantos esfuerzos se empleasen. ¡Desdichados los padres á quienes tocan en suerte hijos díscolos ó ineptos, pues sus trabajos se estrellarán ante lo imposible y sus sacrificios resultarán estériles y de todo punto inútiles! Mas en el caso presente, dieron admirable resultado y fueron recompensados con creces los trabajos empleados en el cuidado de una inteligencia naciente.

Esta primera educación fué en extremo detenida. Sus padres pusieron gran cuidado en dirigir con acierto los pasos primeros del niño en el camino del mundo. Tales trabajos tuvieron luégo un resultado feliz y un éxito afortunado. Si en él no hubiese aptitud para recibir estos beneficios, seguramente resultaran infructuosos y perdidos. Pero los esfuerzos invertidos en dirigir aquella inteligencia naciente fueron, por fortuna, aprovechados en extremo y dieron los más brillantes frutos. Coincidieron, por tanto, los cuidados con la buena condición de quien los recibía, cual tendremos ocasión de apreciar.

Los primeros rudimentos en el idioma del Lacio los debió á un modesto preceptor de latinidad del pueblo en que naciera, á D. Juan Oteo, así como su iniciación en el griego le fué debida á Sancho Villaveses, cuyos dos maestros no fueron en modo alguno olvidados por Laguna, dedicando en varias ocasiones tributo de gratitud á su ciencia y laboriosidad y respetuoso recuerdo á las lecciones recibidas, como es fiel testimonio la memoria que les consagra en su libro *De Virtutibus*, con lo cual da á entender que no era ingrato á los que guiaran sus primeros pasos en la senda del saber.

No fué, pues, la ingratitud defecto que albergase, como se observa en la circunstancia de no dar al olvido á los que dirigieran sus vacilantes pasos en las ciencias. Con este acto demostró, no solamente que daba pruebas de justo agradecimiento, sino á la vez lo mucho que significaba para él esa primera enseñanza y los sacrificios que hacen los que tienen á su cargo tan difícil misión, apreciando en lo que valen los esfuerzos del

profesor y haciéndole partícipe de los triunfos literarios del discípulo aventajado y querido.

Pero si bien guardó extraordinario respeto á sus maestros, á quienes consideró en lo que valían, debió á su particular iniciativa y voluntad firme la gloria de alcanzar el renombre y fama que su ciencia le produjo. Las ideas que se aprenden en la cátedra y el libro, no bastan en absoluto, pero facilitan de un modo extraordinario la adquisición de otro gran número de conocimientos que nos enseña la sociedad por una parte, y por otra la práctica de la profesión, en donde vemos numerosas dicultades, que sólo allí se presentan y no es fácil prever en los estudios teóricos. Laguna, con su conocimiento de los idiomas sabios, tenía andado gran parte del camino para llegar á las regiones donde arribaban los hombres de talla superior en los diferentes ramos del saber. Además, su aplicación y deseo de profundizar los asuntos á que dirigía su actividad, fueron también poderosos elementos para que sus empresas estuviesen coronadas por el éxito.

No puede decirse que en esta ocasión desmereciera la raza; antes por el contrario, el que apenas vislumbraba las llamaradas primeras de la inteligencia, estaba destinado á honrar el apellido paterno de tal suerte que había de ser universalmente conocido, y al trascurrir de los años por todos repetido y ensalzado como una de las eminencias nacionales. Nada le faltó en sus incipientes vuelos de cuanto puede ambicionar el que se halla dotado de verdadero deseo de aprender y de brillar; pero fué dignamente aprovechado y recogido, y dió gallardas muestras de que los trabajos invertidos en su niñez tuvieron un gran resultado.

Con la perfecta posesión de ambos idiomas, latín y griego, había suficiente para conocer cuanto en el mundo se sabía en la época de Laguna. De aquí que procurase su familia y él aprovecharse con brillantez las lecciones que recibiera de tan útiles estudios, considerados con razón como dos lenguas sabias; pues aun cuando hoy no tienen la importancia de aquel tiempo, son indispensables á toda persona que quiera conocer

con fruto las fuentes de la historia acudiendo á los orígenes de las humanas letras. Seguramente que un bibliófilo, para dar á sus estudios amplitud y á sus deseos elemento, sentirá la inmensa necesidad y utilidad del latín y el griego en el mayor número de trabajos á que se entregue.

IV

Convertíase el niño en joven, y al propio tiempo que aumentaba su instrucción crecían también sus aspiraciones por volar en más extensos horizontes, como aquel que no respira con amplitud en el reducido espacio de pequeña estancia. Los deseos de su justificada ambición no fueron contrariados por su familia; antes bien, se esforzaron por proporcionar al aspirante elementos propios para su desarrollo intelectual y satisfacer la sed de conocimientos y de ciencia que no le era permitido en una capital de provincia, donde no existen los medios que en las grandes poblaciones para adquirir el grado de superioridad de instrucción que su anhelo le exigía.

Desde luégo se observa en él un verdadero deseo de aprender con perfección todo aquello á que se dedicaba. No era el estudiante que, fiado en los esfuerzos de su memoria para retener lo leído, ó de su facultad de discurrir en los asuntos en que se inicia, se abandona y descansa, en la seguridad de salir airoso de las pruebas á que le sometan. Es, por el contrario, un joven insaciable de ciencia, que no se contenta con superficiales y ligeros conocimientos, sino que profundiza las cuestiones hasta llegar á los límites de lo conocido, y trabaja por conseguir realizar lo que todavía á sus contemporáneos les estaba vedado y habían considerado como inaccesible y finito.

Y los mismos conocimientos que adquiría le ponían en aptitud de alcanzar otros nuevos, con los cuales satisfacía su incesante sed de saber. Porque, en la adquisición de ideas, acontece lo que al que anhela llegar á la profundidad de una mina, que cuanto más avanza mayores son sus deseos de llegar al

fin, sin que nunca pueda completarse la satisfacción que anhela. De tal suerte á Laguna le iban saliendo al paso los acontecimientos, en pos de los cuales seguía, siendo tanto mayor el empeño en vencer obstáculos, cuanto más grandes y numerosos eran los que se presentaban en su camino. En efecto, luchar es progresar, es investigar, es vivir.

Las condiciones morales de este hombre hacían predecir, desde muy joven, á primera vista, que los hechos de su vida habían de hacerle digno de recuerdo eterno y de pasar á la posteridad adornado de una luminosa aureola, que no alcanzan las vulgaridades y el conjunto de los individuos. Su tenacidad, atención, fijeza, amor al estudio, carácter observador, y el deseo nunca satisfecho de adquirir ciencia, eran indudablemente circunstancias que favorecían la formación de una personalidad de talla y de importancia, que fuera más tarde orgullo de su familia y honra de su patria. No defraudó en modo alguno las gratas y placenteras esperanzas de los que le conocieron y trataron en sus años primeros, y fueron testigos de los comienzos de su vida estudiantil y de sus principios en la enseñanza elemental.

Su imaginación era, á no dudarlo, de gran poderío y tenacidad, y no se satisfacía con los hechos que giraban en torno del pequeño circuito de su ciudad natal, á la que, si bien prodigó en todas ocasiones especialísimo cariño y afición extrema, no por eso dejaba de pugnar en su mente soñadora é inquieta el insaciable deseo de extender la penetrante mirada por otros espacios más amplios, dando motivo á su observación para nuevas investigaciones y estímulo al noble anhelo de dar á conocer los frutos de su ingenio en otros terrenos y en distintos círculos en que pudieran tener más resonancia y ser oídos y juzgados por mayor y más heterogéneo público. De aquí, pues, el deseo de salir de Segovia, que realizó con el provecho que después podremos apreciar al examinar sus libros.

Estudió Medicina en París, adonde se trasladó, y en cuyo centro se dedicó con asiduidad á completar su educación científica, asistiendo á las clínicas, visitando los museos y adqui-

riendo de tal suerte todo el caudal de conocimientos que en aquella época existían, no muy extensos á la verdad; pero su inteligencia de primer orden, y la buena preparación que poseía, conociendo el latín y griego, en cuyos idiomas estaban escritas las obras de ciencia á la sazón existentes en el mundo, pudo aprovechar en gran manera el tiempo, de igual modo que germinan fácilmente las semillas esparcidas en tierra fértil y bien dispuesta á comunicar su vida y lozanía á los vegetales que brotan de su seno.

Reunía todas las indispensables condiciones de aptitud para la profesión á que se había dedicado. Observador minucioso de la naturaleza, leía en sus manifestaciones espléndidas el gran significado de sus elocuentes frases. En la sencilla planta, en el ser más insignificante, en la expresión aparentemente más sencilla y trivial, hallaba motivos de satisfacer su sed de ciencia y de ampliar los horizontes de los conocimientos, para lo cual tenía, á no dudarlo, dotes singulares. Las ideas que aprendiera en las cátedras, no constituían solamente un cúmulo de datos para utilizarlos en momentos dados, sino que le servían como puntos de apoyo para lanzarse á más atrevidas empresas y á más extensos campos.

Sus maestros de gramática griega fueron en París Pedro Danesio y Jacobo Tusano. En Medicina fué discípulo, entre otros varios, de Juan Ruelio.

El primer trabajo que dió á luz pública, es la traducción del griego al latín del tratado escrito por Aristóteles con el nombre de *Fisonomía*, que dedicó á Luis Guillardo, Obispo de Chartres, en 25 de Abril de 1535, impreso en París por Luis Cianeo. Es de lamentar, según cita Colmenares (1), que siendo esta traducción tan acertada y fiel, en las impresiones que después se hicieron de las obras de Aristóteles se haya omitido en este tratado el nombre del traductor, con notoria injusticia. Por eso debe consignarse con particularidad este, que pudiera llamar-

(1) *Historia de la insigne ciudad de Segovia.*—Madrid 1640.

se el primer paso de Laguna en la difícil carrera de escritor, siendo todavía estudiante.

En los tres meses siguientes á la traducción de esta obra, escribió en latín el *Método de la Anatomía*, que dedicó á don Diego de Rivera, Obispo de Segovia, en 25 de Julio de 1535.

Volvió Laguna á España en 1536, con gran copia de erudición y precedido de la justa fama que alcanzar debía quien, hallándose en edad temprana, fuese poseedor de varios idiomas y conociera tan al detalle multitud de libros y de escritores, así como las diversas ciencias que á la sazón se cultivaban, pues no era solamente el médico instruído y docto, sino el latino y helenista notable, el escritor castizo y elegante, el filósofo profundo y, en una palabra, el hombre que reunía una multitud de conocimientos y aptitudes que, lejos de estorbarse, se completan y auxilian, como las partes de un organismo contribuyen á la realización de los fines de un ser vivo y dotado de actividad.

Recibió el grado de Doctor en 1539, en la Universidad de Toledo. El Emperador Carlos V, que ya tenía noticia de los profundos conocimientos de Laguna, le mandó llamar, con el fin de que fuese uno de los que asistiesen al alumbramiento de la Emperatriz, de cuyas consecuencias falleció dicha augusta señora en 1.° de Mayo del indicado año 1539, cuyo cadáver fué conducido á Granada bajo la dirección del Duque de Gandía, que después la Iglesia elevó á la canonización con el nombre de San Francisco de Borja, y del cual la historia y la leyenda han legado episodios notabilísimos, en los que la índole de este trabajo nos impide penetrar, pero donde la poesía y el drama han tenido no pequeño campo en que recibir sus inspiraciones.

No es exacto lo que algunos indican, sólo como rumor de aquel tiempo, que se valiese Laguna de la desgracia acaecida á Carlos V con la muerte de la Emperatriz, para desbancar en sus servicios médicos al ilustre Francisco Pérez de Villalobos. En ninguno de los escritos de este autor se hallan pruebas, ni remotas siquiera, de que existiese rivalidad entre ambos hombres de ciencia, y de seguro se hallaría consignado, si por

acaso hubiese algún motivo en que fundarla. Villalobos era de más edad que Laguna, y muy respetado en su época por sus escritos y justa fama, por lo cual no es de presumir que éste contribuyera á aumentar los disgustos que á Villalobos naturalmente se le produjeron cuando, por razón de su puesto, estuvo encargado principalmente de la asistencia en la última enfermedad á la egregia dama que compartió con el César Carlos V la posesión del trono más elevado que había entonces en la tierra.

Estudió, como se ha dicho, el latín con verdadero aprovechamiento; siendo prueba exacta de que poseía á la perfección el idioma del Lacio, así como también el griego, que tradujo de este idioma al latín la referida notable obra de la que se han hecho varias ediciones y ha sido tenida en gran estima por los hombres de estudio de todas las naciones, figurando en las bibliotecas de más importancia y mereciendo ser consultada con fruto por los que se dedican á los trabajos históricos. Dicho libro se ha impreso sin el nombre del traductor en las ediciones extranjeras; pero no debe jamás arrebatarse á Laguna el mérito contraído ante la historia con el notable servicio que prestó al dar á conocer esta obra en el idioma entonces admitido en todo el mundo sabio.

V

Las grandes perturbaciones de Gante, que obligaron al Emperador Carlos V á trasladarse á Alemania, fueron el motivo de que Laguna, siguiendo al Soberano que más importancia tenía en la décimasexta centuria, emprendiese un viaje á la referida nación, donde tuvo sobradas y múltiples ocasiones de ostentar brillantes pruebas de su talento, singularmente en las ciudades de Metz y Colonia, castigadas de una manera horrible por mortífera peste y por continuadas guerras civiles, en que pugnaban por igual las ideas políticas y religiosas, invadiendo el sagrado del hogar doméstico y ofreciendo todos los desastrosos episodios de fratricida lucha.

A mediados del año 1539 volvió á Segovia, y por entonces fué cuando, en sus bien aprovechadas excursiones botánicas, vió en las jaras de Colmenar la gran abundancia de resina de ládano, que tanto recordó después en algunas de sus obras, y señaladamente en el *Dioscórides*, lo cual indica que á todas partes donde se dirigía era con un fin científico, sin que ningún otro asunto pudiera distraerle ó hacerle dar al olvido su misión de observador de la naturaleza, estudiando incesantemente en sus instructivas y espléndidas manifestaciones.

Consiguió, poco después de recibir el grado de Doctor, que el Emperador le otorgase su augusta vénia para trasladarse á Segovia con el objeto de estrechar en sus amantes brazos á los carísimos autores de sus días, que ya en los últimos años de la existencia deseaban departir con aquel hijo que tanta gloria les diera, y en quien veían perpetuar un nombre que alcanzara los justos honores de indiscutible fama y eterno recuerdo, llegando á pisar el templo de la inmortalidad, tan difícilmente accesible. Pero disfrutó escaso período de tiempo la dicha de hallarse en el paterno hogar donde corrieran tranquilos los días de su infancia, pues el nombramiento de médico de cámara del gran Monarca le obligó á trasladarse á Gante y comenzar otro período de su vida, no escaso en vicisitudes y peripecias.

Ya tendremos ocasión de apreciarlas y ver cuán digno era de los honores y difíciles cargos que desempeñó, y cuánto era el valor de las victorias que obtuvo. A medida que se avanza en el conocimiento de su vida, aumenta el interés por estudiar sus detalles y examinar sus curiosos episodios.

PARTE SEGUNDA

Presencia de Laguna en Metz.—Su estancia en Colonia.—Peroración que pronunció y sus consecuencias.—Laguna orador.—Carácter especial de Laguna revelado en sus escritos.—Laguna botánico.—Se traslada á Nancy.

I

El período de su vida más notable, por los honrosos recuerdos y las brillantes huellas que dejó á la consideración de la historia, es el de su permanencia en Metz. Si no tuviera otra multitud de títulos que le enaltecieran y elevaran, bastaría aquella etapa de su existencia para colocarle entre los personajes que han contraído merecimientos excepcionales á los ojos de sus contemporáneos y se han hecho acreedores á que la posteridad les consagre una página de imperecedero renombre.

Con su palabra, su inteligencia, actividad, energía y prudencia, conjuró gravísimos conflictos sociales en aquella ocasión, salvando del incendio y el saqueo de un pueblo amotinado ricos tesoros de arte y de valor científico, siendo un verdadero iris de paz, como el sol que con su luz deslumbradora aparece después de la tempestuosa borrasca.

La memoria que dejó Laguna en Metz no pudo, pues, ser más grata, ni sus recuerdos más lisonjeros y felices. Tuvo gran intervención, con su talento, demostrado de una manera clarísima en su elocuente palabra y fecunda pluma, respecto á la conservación de todos los derechos civiles de los habitantes de aquel país, así como en las victorias de la religión Católica sobre los calvinistas, fiel á las creencias de su primera y sólida educación, inspirada en las ideas de sus mayores y en las tradiciones del país en que naciera, donde se juzga al Catolicismo como la religión única y cierta, y en aquella época incom-

patible con las demás creencias, siquiera las ideas actuales admitan hoy la controversia y estimen justa la tolerancia de los que disienten en tan delicado asunto.

Conocidos son los conflictos religiosos de aquella época con la rebelión del monje Lutero, que dirigió al Pontífice todo género de insultos, insurreccionó á muchos pueblos y produjo gravísimas perturbaciones que tomaron carácter político, pues era difícil entonces separar este concepto del religioso. De aquí, pues, que el servicio que prestó Laguna en Metz fuera importantísimo, porque aprovechó la buena ocasión para él de haber sido recibido con generales muestras de simpatía, ocupando un verdadero puesto neutral y sin aparecer sospechoso á ninguno de los que militaban en los diversos bandos, por cuyo motivo fué escuchado y sus observaciones atendidas sin reparo alguno.

Las muchas sectas que constantemente nacían eran resultado funesto de la apostasía de Lutero, cuyas desastrosas consecuencias no se detuvieron en los límites de la religión, sino que invadieron asimismo el terreno político, encendiendo una guerra fratricida, tanto más cruel y devastadora, cuanto que no respetaba ni el santuario del hogar ni las afecciones más sagradas é inviolables de los vínculos de familia. El estado de Europa era por todo extremo lamentable, nacido, no tan sólo por los horrores de la guerra, sino también por las calamidades de terribles epidemias y devastadores terremotos. Los ánimos se hallaban dolorosamente impresionados bajo la acción de tan repetidos desastres.

La grandeza de alma de Laguna y su amor entusiasta á la humanidad, exento de toda sombra de egoismo, se pusieron perfectamente de manifiesto en aquella crítica ocasión, y en tan angustiosos momentos, al emplear su poderosa palabra y su iniciativa enérgica en el servicio de instituciones que juzgaba verdaderas, y sin las cuales eran, en su concepto, incompatibles el orden, la religión, la seguridad individual, la propiedad, la familia y todo cuanto hay de noble y elevado en la esfera social, que necesita para su existencia y prosperidad de

tales bases, como ha menester la vida física, del espacio, aire, luz, agua, calor y todos los medios que contribuyen á la incesante serie de reacciones vitales, sin cuya realización no hay más que la soledad de las tumbas y el silencio de la muerte.

Y en la vida de este hombre se hallan no pocos motivos de admiración y de aprecio, así como también de curiosidad y de estudio, pues no siempre bogó la barca de su existencia por tranquilos lagos y por serenas corrientes, sino que hubo, como es natural, de sostener luchas, ya con la envidia, que forzosamente había de salir al paso á quien ocupaba puestos que excitaban la emulación y el deseo, ya también con la preocupación y la rutina, con cuyos enemigos ha de contar siempre el médico, y sobre todo el que se halla al cuidado de regios clientes ó elevados magnates, con cuyos caprichos y exigencias hay necesidad de transigir, y en cuyos palacios hay á veces no escasas amarguras que devorar.

Refiérese la siguiente anécdota que le ocurrió en Metz. Parece ser que se hallaba asistiendo á un tudesco en una fiebre pertinaz, y Laguna le ordenó que tomase el vino mezclado con agua. Objetóle el soldado que prefería tomar primeramente el vino y á continuación el agua, á fin de que la mezcla se verificase en el estómago. Accedió el Doctor con natural sencillez, le dió el vino puro y lo bebió el enfermo; mas al ir á ofrecerle el agua, le dijo:—*Bebedla vos, señor médico, pues ya no tengo sed alguna*. Se formalizó Laguna, y en adelante le amenazó con abandonar su asistencia si no era obediente á sus prescripciones. De todas suertes, fué un hecho que no dió al olvido el facultativo, y que refería como anécdota curiosa del ejercicio de su profesión.

Partió de Metz para Colonia, dejando grata memoria de su estancia en aquélla, por lo cual fueron muy reiteradas las súplicas y continuadas las instancias para que no les abandonase. Sólo consintieron de buen grado en aquella ausencia, con la formal promesa de volver dentro del breve período de tres meses, como cumplió con exactitud.

Esto indica cuán grande era el aprecio que se había con-

quistado entre aquellos habitantes, á pesar de la circunstancia de no haber nacido entre ellos ni conocer préviamente sus costumbres y condiciones.

Volvió á Metz, según había prometido, y por entonces fué cuando asistió á la mujer del verdugo y pudo apreciar la acción fisiológica de algunos narcóticos, de cuyo hecho se ocupa en los *Comentarios al Dioscórides*, y que en su oportuno sitio trascribimos en este trabajo. Por entonces tuvo ocasión de examinar un curioso libro, cuyas hojas eran de corteza de árbol, donde había consignada con letras de oro una donación hecha por Carlo Magno á la iglesia mayor de la ciudad. Poco después se despidió de aquella población, en la que permaneció cinco años, para emprender más tarde, como veremos, su viaje á Roma, pasando por Bolonia.

II

Se hospedó en Colonia en casa de su amigo el ilustre jurisconsulto y filósofo Adolfo Eicholtz, Rector de aquella Universidad. Aparecieron por entonces unas relaciones ó avisos de ciertos prodigios acaecidos en Constantinopla por los meses de Junio y Julio de 1542, escritos en idioma italiano, poco conocido en aquella época de los alemanes. Suplicaron á Laguna que tradujese estos opúsculos, como lo verificó, adicionando la obra con un epítome del origen y vida de los emperadores turcos, hasta Otomano Solimán, y una breve reseña del gobierno y costumbres de aquel pueblo, todo lo cual dedicó á Enrique Stolberg, Deán de la Catedral de Colonia, en 11 de Diciembre de 1542, en cuya capital se imprimieron. Después en Amberes en 1544, y en Maguncia en 1552.

La permanencia de Laguna en Colonia fué principalmente invertida en el estudio de las ciencias naturales, á las que tenía decidida é irresistible vocación. Allí tradujo los libros *De natura stirpium*, de Aristóteles, y los *De re rustica*, de Constantino César, aun cuando estos últimos no los dió á luz por haber

salido por entonces otra traducción y haberse, por tanto, anticipado á su pensamiento. En la Universidad de Colonia pronunció un magnífico discurso en latín, el 22 de Enero de 1543, alusivo á las revueltas políticas y religiosas de la época, de cuyas calamidades hizo una exactísima pintura, poniendo de manifiesto los grandes perjuicios que ocasionaban y las desastrosas consecuencias que acarrearían en lo futuro, por lo cual mereció los más entusiastas elogios y la unánime aprobación del escogido concurso á quien se dirigía.

Fué recibido en Colonia con las mayores muestras de aprecio de todas las clases sociales, pero muy particularmente de las personas doctas. A instancia de algunas de éstas, llevó á cabo la traducción de la obra de Aristóteles titulada *De las plantas*, dando con esto á conocer las ideas del gran filósofo de Estagira acerca de los vegetales, muy dignas de ser repetidamente leídas y con detención meditadas por todo el que se dedique á los interesantes estudios de historia de las ciencias naturales. Esta obra la dedicó al Consistorio de Colonia, en muestra de gratitud y reverencia por las muchas pruebas de aprecio que del mismo recibiera.

El 22 de Enero de 1543 tuvo, pues, lugar, en el aula mayor de la Universidad de Colonia, la peroración de Laguna. Concurrieron los Príncipes de la Iglesia, los Doctores más reputados, todas las eminencias científicas y literarias. Verificóse el acto á las siete de la noche, y á la luz de multitud de antorchas se presentó en la cátedra con capuz y capirote de bayeta negra, y tituló á su disertación, parodiando á Terencio, *Europa eautontimorumeni*, es decir, Europa que se atormenta.

Su facilidad en la palabra y su elocuencia, digna émula de los más distinguidos oradores, pudieron lucirse ámpliamente en aquella ocasión al pronunciar un discurso que después se publicó y dió á conocer al mundo entero, pudiendo decirse que fué aquel uno de los más solemnes actos de su vida pública y del que guardó imperecedero recuerdo.

La hora en que tuvo lugar tan solemne acto era, como se ha dicho, una de las primeras de la noche. Cubiertas las pa-

redes de la sala con bayetas negras, erigido un túmulo en el centro, rodeado por los lados de fatídicas antorchas, daba todo un aspecto fúnebre y tétrico á la estancia y reflejaba en el exterior el triste estado de aflicción en que los ánimos se hallaban. Laguna se presentó vestido de riguroso luto, cual correspondía á la gravedad del acto, imponente por su aparato, pero más trascedental todavía si se recordaba el motivo que congregaba á tan escogido auditorio en tan especial momento.

Y no hay que decir las dificultades de salir airoso en semejante paso. Lo escogido y grave del concurso, lo crítico de las circunstancias, la facilidad de que las ideas se perturbaran ó no brotasen con la abundancia necesaria en tales casos, para que la palabra sea todo lo fluída y abundante que se eviten repeticiones ó frases inconexas, todo fué satisfactoriamente vencido en aquella ocasión, saliendo de sus labios las oraciones con una limpieza y perfección tales, que pudieran haberse escrito sin tomarse el trabajo de enmendar ni corregir un estilo, que llenaba las condiciones del orador consumado y del hablista modelo.

Jamás han sido puestas más á prueba las condiciones del orador, como en tan crítico momento. Imaginación, abundancia de ideas, afluencia de palabra, voz poderosa y vibrante, acción oportuna y enérgica, todo fué puesto en evidencia en aquella solemnidad y en tan grave compromiso, del cual salió todo lo airoso que hubiera podido suponerse, y alcanzó el triunfo que debía esperarse en un orador consumado en el difícil arte de la palabra, logrando vencer los muchos obstáculos que se oponen para que el protagonista de tales actos alcance la aprobación y el aplauso de un auditorio que, por su índole, imponía no sólo respeto, sino hasta temor en el que hubiera de dirigirse á tan especial colectividad.

Se conquistó, desde el primer instante, con su talento, las simpatías de todos sus oyentes. Tuvo que ser en aquella ocasión un verdadero artista, para crear con su palabra grandes pensamientos que, por su forma y la brillantez y valentía de

su fondo, pudiesen encadenar la tempestad de aquellos ánimos batalladores y fogosos, más atentos y propicios á la lucha que á emprender el camino de la concordia y la paz. Fué oportuno y consiguió dominar las embravecidas olas de un océano tumultuoso, por un esfuerzo de aquella inteligencia, que no sólo brillaba con su pluma, y á la cabecera del enfermo, sino que tenía todo el valor, arrojo, serenidad y calma indispensables para conjurar los conflictos.

En esta oración personifica á la Europa del modo siguiente: «*Eunti dudum ad privata negotia mea*, etc. Poco há, respetable concurso, que yendo á mis negocios particulares, se me presentó una mujer (tal me pareció) miserabilísima, triste, llorosa, pálida, mutilada, con los ojos hundidos, estenuada y asquerosa, cual un paciente de tisis confirmada. Vestida de luto y apoyada en un fuerte báculo, se aproxima, y con voz lánguida y casi imperceptible, me habla de este modo: «Afectísimo amigo, sabiendo el aprecio que siempre has hecho de mí, lo grato que te ha sido mi nombre, y convencida del interés que en mi mayor adversidad te he inspirado, he creído conveniente recurrir á tí, á fin de que tus consejos sean el antídoto, la más eficaz medicina en situación tan lamentable para quien ignora cómo eludir su cierta perdición.

»No hay uno de los que me adoraban, de los que me ensalzaban contemplándome en el apogeo de la felicidad, uno de los que pendían de mi voluntad, que no me mire con ceño y aspereza, que no huya de mí como de una enfermedad contagiosa. Pasan otros sin hacer más aprecio que el de una estatua demolida. Hay quien, divisándome á gran distancia, se aleja más y más, como para evitar un agüero infausto y desastroso. No falta quien ni aun reconoce á la que todos llamaban su auxilio, su protectora. Últimamente, de tantos como enriquecí, ¿quién me da una limosna? A tal grado llega la ingratitud de los hombres. Temo molestarte ó que me abandonen las fuerzas antes de referir mi calamidad. No seré difusa. Yo soy la infeliz, triste y desgraciadísima Europa, que tantas veces admiraste en mi esplendor, la que contemplabas con entusiasmo olvi-

dado de todo, la que deslumbraba tu vista con su hermosura y gracia, la que llamó la atención y se granjeó el afecto de todo el mundo.» Semejante narración no pudo menos de sorprenderme. ¿Quién creería que un repentino y leve soplo de la fortuna hubiese trasformado así la más linda doncella? Parecía un cadáver animado, una estatua hecha de intento para infundir terror. Tal era su espantoso y tétrico aspecto.

No pude menos, lo aseguro, de compadecer á la que solía felicitar. Pregunté la causa de tal trasformación, y me dijo: «A los Príncipes cristianos se la debo.»

«Ven Europa, ven, no te ruborice haber de presentarte á hombres generosos, nobles y amigos nuestros. Acércate Europa...; pero qué, ¿no responde? ¡Apenas respira, está exánime! ¡Ah! ya vuelve en sí, está cadavérica, fría. ¡Un pomo, vinagre! ¡Europa! ¡Europa! ¡Vuelve en tí, alégrate, saldrá todo á pedir de boca! Visitaremos el palacio del Elector principal del Sagrado Imperio; él sanará tus males, calmará tus dolores; como que favorece á los desvalidos, consuela á los tristes, socorre á los indigentes, viste al desnudo, alimenta al hambriento, recoge al forastero, protege al huérfano y la viuda, y es el curador de las ciencias y establecimientos útiles.»

Personificando á la Europa, supone que pronuncia las siguientes palabras:

«Ilustres varones: Mi sentimiento, mis lágrimas serían menos, toleraría resignada mis ofensas, si sólo fuesen mis enemigos los de los cristianos, si aquéllos maquinasen mi ruina; pero si los mismos á quienes dí el ser, á quienes nutrí, á quienes auxilié cuanto pude, que colmé de beneficios y bienes sin igual, los mismos príncipes cristianos convertidos en furias, suscitan la guerra civil, ¿podrá tan acerbo dolor producir en mí más que suspiros y lágrimas? Los dolores de un tumor se mitigan evacuando el pus que contiene; un espíritu angustiado, un alma afligida, se desahoga con el llanto, se alivia con suspiros. ¡Ay de mí! tan pronto desfallezco como me reanimo; soy como el violento fuego sobre el que se vierten pequeñas porciones de agua...»

Hace varias consideraciones mitológicas, y después pone en boca de la misma Europa estas frases:

«¿Quién, pregunto, quién en este mundo más desgraciada que yo? ¿Quién en los abismos más triste, infortunada y calamitosa? Nadie, en verdad, nadie.

»El que un águila arranque las entrañas á Prometeo en la laguna Estigia, el que atormente á Tántalo la rabiosa sed, el que á Ixión le despedace la rueda de agudas puntas, el subir Sísifo contínuamente la enorme piedra; comparados estos tormentos con los que sufro, les parecerán un placer.»

Existen en la peroración á que nos referimos párrafos de gran valor, cualquiera que sea el aspecto bajo que se consideren. Es el acabado modelo de orador, cuya elocuencia tiene el no común mérito de la oportunidad, tan difícil de conseguir, y que, por lo mismo, se observa con poca frecuencia.

En el epílogo expone las siguientes consideraciones:

«Olvidan los príncipes cristianos el ejemplo de los cartagineses; no se acuerdan del de los espartanos y atenienses, que labraron su ruina en la guerra civil; no sirve para separarlos de su propósito la sabia respuesta de Tirtesio, príncipe francés, que interrogado por Escipión el africano, porque Numancia, antigua ciudad de España, siempre invencible, al fin había sucumbido, respondió: *Vencieron unidos, discordes se esclavizaron.* Olvidan las palabras de la Sagrada Escritura, que dice: *No hay fuerza en la desunión.*»

Añade también que, á pesar de que blasonan de cristianos, ponen en olvido las máximas evangélicas y con su conducta provocan la cólera del cielo.

Censura enérgicamente la conducta de los ejércitos beligerantes. Ambos llevan como enseña en su estandarte la Cruz, sin otra diferencia que el color de la misma, y, por tanto, es muy digno de recriminación el que se hallen movidos por un espíritu de exterminio, cuando todas las obras del Divino Autor, lo mismo los lejanos astros que giran en el espacio, que el invisible insecto y la insignificante planta, se halla sujeto á leyes armónicas, al paso que el hombre, dotado de inteligencia y

raciocinio, se goza en las guerras, asesinatos, revoluciones y en todos los medios de destruir y aniquilar á sus semejantes. Todo esto lo expone con la mayor elocuencia y haciendo ver las terribles consecuencias de aquella lucha exterminadora, sin razón y sin motivo de disculpa.

III

Laguna tiene un puesto indiscutible en la galería de españoles célebres. Su vida fué una epopeya no interrumpida de trabajo fructífero y útil, en el concepto de verdadero progreso y adelanto científico, marcando huellas indelebles de su paso y abriendo nuevos horizontes en las especialidades á que se consagró. Los admirables resultados que obtuvo en su carrera, los debió, sin duda, á la grande aplicación y tenacidad en el estudio, al propio tiempo que á la metódica preparación en los conocimientos fundamentales para dedicarse con buen éxito á cualquier género de profesión científica, ó sea á esos rudimentos iniciadores, que ingratos á los jóvenes principiantes, son la base fundamental de los estudios serios de una ciencia. Son las llaves que abren sus anchurosas puertas.

Sus pensamientos se cernían más alto que las ideas de la generalidad. El alcance de sus planes, la síntesis de su inteligencia, la generalización de sus concepciones, abrazaba horizontes más amplios y no se contentaba con las explicaciones deficientes y erróneas que de muchos asuntos se daban en su época y pasaban como corrientes y admitidas por todos. Así es que, aunque forzosamente tenía que pasar por alguno de los errores de su tiempo antes que oponerse á la opinión de todos, no era, sin embargo, sin protestar ni hacer las observaciones que juzgaba oportunas, ni presentar de relieve lo que conceptuaba fuera del verdadero cáuce científico y de las inflexibles leyes del buen sentido y de la lógica de las grandes ideas.

Su carácter, hasta cierto punto humorístico, se revela en sus escritos de un modo patente. Mezclaba la sátira con lo for-

mal y serio de una manera sumamente oportuna y discreta, de tal suerte, que en la lectura de muchos párrafos se halla grato solaz al propio tiempo que la revelación de la ciencia, en donde, si bien es cierto que muchas ideas son hoy inadmisibles en el actual estado de progreso y adelanto de los conocimientos, no hay que perder un instante de vista que fueron escritas hace más de tres centurias y, por tanto, es en la historia donde tienen su gran importancia y su interés primordial, para demostrar, por medio de la comparación, el inmenso camino recorrido en unos casos y el relativo quietismo ó lentitud suma en el progreso, en otras ocasiones.

En Migdelburgo, en Zelandia, pudo observar por entonces que también aquellos mares producen irisantes perlas, como apreció al comer un pez que alojaba en su interior una bastante gruesa, que estuvo á punto de ahogarle, cuya circunstancia refiere en los *Comentarios de Dioscórides*.

Considerando lo mal traducida que estaba la *Historia filosófica de Galeno*, corrigióla detenidamente, y puso en buen latín la denominada *Physúa*, dando á las ideas del ilustre médico del siglo II la interpretación verdadera y genuina y el sentido recto y conveniente que tenían, á fin de que dicha obra, al ser leída, no pudiera ser erróneamente juzgada.

IV

El modo de propagación de los helechos y la fecundación de las plantas fanerógamas, fué ya conocido por Laguna, lo cual es muy notable en aquella época, en que había tantos errores y tan extrañas ideas acerca del particular. Pero debe rectificarse, sin embargo, la creencia, consignada en alguna obra, de que fuera el iniciador del sistema sexual de plantas de Linneo, pues este ilustre sabio dió á conocer su clasificación en 1737; y aun cuando Cesalpino ideó una manera de estudiar las plantas á fines del siglo XVI, y Tournefort, en 1694, dotó á la ciencia de un plan de clasificación de vegetales, correspon-

de al ilustre sueco la gloria de un adelanto notable en la filosofía de la ciencia y en sus estudios taxonómicos.

Pero es indudable que dió á conocer ideas fisiológico-botánicas importantes.

La prueba de que tenía conocimiento de los sexos y modo de fecundación de las plantas, se halla en el siguiente pasaje del *Epítome de Galeno;*

«*Reperitur etiam ut in animalium generibus, sic sexus uterque in stirpibus... si ex fragantia masculi portio aliqua at feminam ventorum, beneficio pervenerit, ipsius fœminæ, fructus cito ad maturitatem perveniunt.*»

No deja de tener importancia científica este conocimiento en aquella época, demostrando que quien lo poseía era observador profundo de la naturaleza y tenía suficiente inteligencia para saber interpretar con exactitud los hechos. Debe, pues, consignarse el descubrimiento de Laguna en la historia de la botánica, para gloria de nuestra nación.

Porque el estudio de las plantas criptógamas es uno de los asuntos que ofrece, en botánica, mayores dificultades. Figuran dichas plantas en número inmenso, y todos los días se están haciendo nuevos descubrimientos y trabajos de gran mérito en el conocimiento de las mismas, acerca de cuya organografía, fisiología y papel que desempeñan en lo que se relaciona con la vida humana, tanto hay que saber. Por eso es muy de celebrar y merece alta consideración, la circunstancia de haber Laguna determinado la manera de propagación de los helechos, que hasta entonces era confusa y con graves y trascendentales errores.

Atribúyesele poca práctica en el conocimiento específico de las plantas. Pero este defecto es menos grave, si se atiende á que propagó en nuestro país los estudios botánicos, presentándolos en el estado rudimentario y deficiente de entonces; mas no por eso menos meritorio en quien logró la realización de tan feliz idea. Por otra parte, conocer muchas plantas se alcanza con los paseos instructivos, las herborizaciones, las reiteradas visitas á los jardines botánicos, todo lo cual no

es muy difícil y, por tanto, se adquiere con alguna constancia faltándole á Laguna muchas veces tiempo material para dedicarse con toda la asiduidad debida á tan útiles trabajos, para los cuales, si poseía grande afición, se hallaba á veces imposibilitado de llevarlos á cabo. Así es que no por eso puede despojársele del título de botánico, adjudicado por la pública opinión.

Sin embargo de no ser el concepto botánico en el que más se distinguiera Laguna, le cita el gran Cavanilles en un *Discurso sobre algunos botánicos españoles del siglo* XVI, *leido en el Real Jardin Botánico al principiar el curso de* 1804 (1), con gran elogio, puesto que dice que tradujo el *Dioscórides* y lo enriqueció con preciosas anotaciones y publicó—añade—otros libros donde *habla de la fecundación de los vegetales con más claridad que sus coetáneos y predecesores*, poniendo sus trabajos al nivel de la importancia de los de Bernardo Cienfuegos, cuyas obras inéditas se conservan, cual precioso tesoro bibliográfico, en los manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Consideró Laguna á las plantas dotadas de cualidades morales (en sentido figurado, se entiende), diciendo que se podía demostrar en ellas equidad, justicia, benevolencia, paciencia, valor, sufrimiento, religión y libertad. La justicia y equidad, porque no invaden el terreno ajeno; la benevolencia y fraternidad, porque abrigan y sostienen á las que no quiere la tierra (musgos y líquenes); paciencia, porque algunas, como los robles, consienten que otras se apoderen de su copa y lozanía; valor, como en la palmera, que por mucho peso que la echen se dobla, pero no se vence; cariño, en la misma planta, porque cuando la separan de su compañera se aniquila y muere; religión, porque muchas se inclinan al Oriente y siguen al sol para adorar al Autor de la naturaleza; liberalidad, porque dan todo lo que poseen, sin reservar nada para sí; y, por último, sufrimiento en la adversidad, como la caña, que cede á los

(1) Folleto en 8.º de 42 páginas.

vientos impetuosos sin quebrarse. Todo esto lo refiere en una de sus obras.

En medio de que las anteriores frases son producto de una imaginación viva y sólo pueden considerarse como expresiones figuradas y metafóricas, no dejan de tener una gran significación en el concepto de su entusiasmo por la ciencia de los vegetales y por el conocimiento de las plantas, á cuyo estudio se consagró con toda la asiduidad compatible con sus tan variadas como heterogéneas ocupaciones y diversos asuntos á que consagró su actividad incesante y su juicio reflexivo. No podía denominársele consumado botánico, pero nadie le disputará el dictado de entusiasta por esta ciencia y conocedor de las grandes ventajas que reporta.

V.

El Duque de Lorena le hizo comparecer en Nancy en 1545, á consecuencia de un padecimiento tenaz que se hallaba sufriendo dicho personaje, y deseoso de ser asistido por Laguna, cuya fama y reputación iba creciendo incesantemente, con gran justicia: porque la opinión pública podrá á veces engañarse en sus juicios; pero cuando de un modo tan unánime y repetido se aprecia el valor de un individuo, respondiendo en todas ocasiones al elevado concepto que del mismo se ha formado, es prueba indudable de que su mérito es verdadero y hay fundamento formal para que sobresalga del nivel de las gentes y ocupe un puesto honroso entre los que le rodean y ensalzan.

El Duque falleció el 12 de Junio de 1545, *tabescens ac leniter deficiens* (1), es decir, á consecuencia de envenenamiento, cuya curación se resistió á los cuidados de los médicos. Ocurrió por entonces un incidente digno de mención. Un día que fué Laguna á visitar al Duque, se presentó el Concejo á pedir justicia contra un matrimonio anciano que vivía en una ermita de

(1) Rosures.—*Historia de Lorena.*

las afueras y eran brujos y malhechores, quemaban las mieses y daban muerte á los ganados. Presos los acusados y sometidos al tormento, confesaron su delito, y además el de haber dado muerte al padre del Duque y producido á éste la grave enfermedad que padecía. Preguntados por la causa de este crimen, dijeron que era por no haber querido S. E. lavarles los pies y darles un vestido el Jueves Santo; y entonces, por instigación malévola, le inficionó de tal suerte que fuera imposible su curación. La vieja fué condenada á la hoguera y el viejo convenientemente vigilado se le perdonó la vida, pero apareció ahogado á los pocos días. En el *Dioscórides* se habla también de este particular.

La reputación de Laguna no padeció en lo más mínimo por no haber triunfado de la enfermedad del Duque de Lorena, ni fué obstáculo este resultado á que reconociesen todos su ciencia, cuidados y esfuerzos, que se estrellaron ante lo imposible y tuvieron que rendirse á la ley de lo inexorable.

Joaquín Olmedilla y Puig.

(Continuará.)

FILOSOFÍA DE LA MISERIA [1]

IV

Hemos llegado en este punto á un momento de transición (de unión y relación)—entre lo que precede y ha de seguir—en el delicado asunto que nos ocupa, cual es: el proceso racional seguido por todos los animales, y especialmente por el hombre, para llegar, desde la conciencia de la necesidad, al modo de satisfacer ésta en general y á la construcción del objeto que la satisface por el hombre.

No diremos de este problema filosófico-economístico que es *grave*, porque no es de su solución de lo que su satisfacción depende, ya que todos los seres instintivamente lo resuelven; pero nadie podrá negar que es *delicado*, como averiguación científica de trascendencia didáctica.

Con efecto: ¿cómo se engendra la necesidad?—¿Cómo se revela al ser (individuo) que la experimenta (sensación)?—¿Cómo se define en él cada una entre cuantas le asedian (conciencia)?—¿Cómo se trasforma la necesidad en idea?—¿Qué media, de la idea perfectamente interna, á su ejecución histórica?—

(1) Véase la REVISTA del 10 del corriente.

¿Cómo la idea se trasforma en obra?—¿En qué relación se encuentran la idea y el producto y, asimismo, el producto y la necesidad?

El mundo sideral es, léxicamente hablando, el πάν naturalista, al cual está sometido cuanto existe.—Fisiológicamente considerado, es el gran vientre, en el cual la *digestión* y la *generación coinciden* y se *unifican.* Antropológicamente mirado, es el *Anthropos*, en quien el individuo y la especie se sintetiza.—Y físicamente estudiado, expresa la *continuidad*, sin solución posible, de la vida. En él, por tanto, es regular el desarrollo de ésta, conforme á sus leyes propias, según el punto—matemáticamente definido—que cada individualidad sideral ocupa en el espacio. Como quiera, pues, que en el planeta tiene lugar la vida con desarrollo y prosecución uniformes, y tienen lugar en cada momento fatal y necesariamente el obligado fenómeno á que se ha lugar conforme á las leyes del planeta—fatales también, según su íntima constitución y como derivadas de ella—síguese natural y obligadamente que en el mundo sideral *no se experimenta* (obra ni siente) la necesidad.

Podríamos suponer, pasando del Ecuador á los polos, que las zonas correspondientes á estos puntos echan menos (necesitan) la exuberante fecundidad, la lozanía y abundante población de aquél; pero quien en esos puntos echa menos y necesita lo del otro, no es la naturaleza, sino quien la vive y comparativamente la contempla. La naturaleza produce en cada punto del espacio lo en relación natural á ese punto ú obligado á las leyes biológicas del medio. En todas partes es Naturaleza; pero en cada punto depende su vida de la posición que ocupa en el espacio y de la relación matemática en que se halla con los demás órganos del universo. Por consiguiente, la naturaleza *no se nos ofrece nunca necesitada.* Y como quiera que todo es en ella orgánico, no sucede que en un determinado punto necesite de un determinado producto, sino que, antes bien, donde se dan los obligados elementos—sin coacción natural que dificulte su acción—allí, fatalmente, el producto resultará.

Tendremos ocasión de advertir que ese mismo fenómeno se repite en todos los grados de ser y en todas las esferas de la vida, si bien con caracteres sustantivos—propios del momento y del grado que en la organización representa el ser en quien se objetivan.

Cuanto, por lo pronto, necesitamos recoger de nuestro examen, es que en la Naturaleza—ella en sí misma—la necesidad no se experimenta.

Pasemos á considerar sus varios grados de ser.

Notemos, antes de proseguir, que de la naturaleza y de sí mismo sólo habla el animal facultado de palabra; que, por consiguiente, nos es desconocida la gran parte en que aquélla nos es muda. Nosotros, con efecto, sabemos que los vegetales experimentan (se obra en ellos) la necesidad de *nutrirse* y *reproducirse*, porque hay individuos del género que perecen por *anemia* y por *asfixia*, y que hay especies que se extinguen por falta de elementos biológicos para subsistir; pero cuyos elementos guarda en su seno la Naturaleza, merced á locual, sin duda, aquéllas reaparecen cuando esos elementos se han restablecido, modificada ó no, según el estado de los elementos naturales al reaparecer, y su estado al obrar.

En su nutrición, depende el individuo vegetal—aun aquel que halla parte de sus elementos, más ó menos principal y diferentemente orgánica, en la atmósfera—para su subsistencia de un círculo bien reducido y definido. La subsistencia de la especie está sometida á toda la accidentalidad de los elementos naturales.

En los animales, la naturaleza reproduce su acción con igual carácter, si bien en relación con el ser que obra. En el grado de la organización que el animal representa, la Naturaleza necesita del inmediato concurso individual para producir su acción, la cual resultará si aquél tiene lugar. No es ya enteramente mecánica la acción, y aun cuando *solidaria* de la Naturaleza, tiene el individuo participación en ella, aunque *inconsciente*. Sabemos de los animales que, no sólo experimentan, sino que *sienten* aquellas mismas necesidades: sienten hambre

del *estómago* y hambre de la *especie*; aunque *inconsciente*, no mecánica, como los vegetales; *apetecen un alimento* y *desean la hembra*. A veces, hasta la eligen.

El hombre siente esas mismas necesidades (1) puramente orgánicas, si bien en el grado y con la complejidad propias del orden que representa en el conjunto de los organismos. En todos éstos tiene lugar el gasto de fuerzas supuesto por la circulación de la vida, lo cual exige un consumo de los materiales adecuados á cada uno de los órdenes de seres, para el restablecimiento de sus pérdidas, mediante la reintegración de sus ór-

(1) Con las siguientes—entre otras—notables diferencias:

1.ª Las necesidades en el animal son *resultado necesario de la organización:* siente hambre (porque el gasto orgánico ha consumido los materiales nutritivos procurados por el estómago en la anterior digestión) y tiende á satisfacerla. Se siente en *celo* (porque la secreción seminal ha repleto sus órganos) y busca, desalentado, la hembra; es todo ello natural y obligado. El hombre, por lo contrario, come sin hambre; y como es difícil comer sin tener necesidad de ello, recurre á procedimientos artificiales para excitar el apetito. No le exigirá la naturaleza el pago del *oneroso tributo de guerra* (porque las arcas del tesoro prolífico estarán exhaustas); pero eso no importa, recurrirá á la fantasía en busca de imágenes alhagüeñas, y cuando esa potencia resulte inerte, exigirá á la naturaleza y al arte recursos mecánicos con los cuales reavivar, por un momento, sus muertas potencias. Es el hombre, por consiguiente, un animal *soez*.

2.ª Cada vez que siente la necesidad, el animal *se detiene en la satisfacción*. El hombre, no; en la mesa se *harta* y se *emborracha*; siempre le parece haber engullido poco; desearía las fauces de *Pyr* y el vientre de *Gea*. En la cama, nada le basta, jamás se sacia Si, como los animales, empieza por lo natural, acaba como los hombres, por lo artificial. Sin embargo, lo natural en el hombre es proceder al revés: se trata do prolongar la situación ó de satisfacer un desorden. De lo cual resulta que, mientras el animal se rinde al fatalismo de la naturaleza, el hombre se encenaga en la impureza, y como la mujer no le basta, crea la hembra é instituye la prostitución, para el consumo diario. El hombre es, por tanto, un animal *depravado*.

3.ª El animal se somete sin queja al imperio físico de los poderes naturales. El hombre investiga, hasta sorprender, el proceso de la oculta labor de la naturaleza, para burlar su acción y entregarse impunemente á la desordenada satisfacción de sus locos apetitos. En lo cual aparece el hombre un animal *asqueroso* y *repugnante*.

Ahora bien; como quiera que rebasamos los límites que nos están vedados por la naturaleza y por la razón, no obstante habernos dotado la primera para *sentirlos* y la segunda para *conocerlos*, somos los hombres animales *insensatos*.

ganos, proporcionalmente al trabajo de cada uno, por la nutrición.

La necesidad (reduciendo los conceptos á nuestro grado de ser) consiguientemente se engendra por *el gasto de los elementos nutritivos de nuestras potencias*. Consumidos los cuales prodúcese en el individuo un estado característico de *vacío* que le intranquiliza, inquieta, debilita y enerva hasta desesperarle: es la *sensación* de la necesidad, sañuda é imperativa.

Cada estado determina en nosotros una sensación correspondiente, mediante la cual adquirimos la primera noción de aquél, nos informamos de su existencia. Pero lo complejo de nuestra organización, de un lado, y de otro nuestra incapacidad para notar la transición, hace que nuestros estados, aun cuando en realidad sucesivos, se nos ofrezcan simultáneos, por lo cual no es fácil determinar intuitivamente y definir entre sí nuestros estados y sus correspondientes sensaciones; hemos de preceder toda conclusión de un trabajo de diferenciación y análisis, mediante el cual clasifiquemos con cada estado su sensación correspondiente. En ese momento *sabemos* el estado generador de cada necesidad; esto es, llegamos á la conciencia de la sensación producida por cada una de aquéllas. En cuyo momento recibimos reflexivamente la sensación experimentada, causando en nosotros estado racional: idea de la necesidad. Según lo que trasfórmase en idea la sensación correspondiente al estado que la necesidad determina en nosotros por la reflexión, como agente la conciencia.

¿Podrá la idea satisfacer la sensación, ó corresponderá el estado racional al estado sensible? Como quiera que la primera es labrada á la directa vista de la segunda, pasan á constituir aquélla cuantos elementos integra ésta; es decir, *sabemos cuanto sentimos* y las naturales exigencias de lo sentido. Por lo tanto, el estado racional, no sólo trasforma, sino que *equivale* al estado sensible, y la idea á la sensación. Únicamente así podemos atender á satisfacerla, según veremos.

Con efecto; hecha idea de la necesidad, creamos, íntimo á nosotros, una forma (schema) que abstractamente la satisface;

por consiguiente, si encontrásemos fuera de nosotros el objeto correspondiente á ese schema, habríamos resuelto la dificultad, aplicándolo á nuestro uso (apropiándonos de él); mas como quiera que eso no tiene lugar, en la generalidad de los casos al menos, y la necesidad no puede quedar sin satisfacer, ha de inventarse el objeto necesitado. Es decir, ha de sensibilizarse la idea, *encarnándola* en algo capaz de recibirla, para lo cual no bastará *soplar* sobre ese algo; para infundirle el hálito de nuestro pensamiento y comunicarle la vida íntima que circula en la idea que tenemos necesidad de hacer sensible, hemos de aplicar *discretamente* nuestras manos sobre la cosa, y ya quitando de ella, ora poniendo en ella, conducidos en la acción por el tipo (idea)—causa ejemplar, en la lengua de los escolásticos—que nos impele á obrar, concluimos por trasformar el objeto en representación (imagen) nuestra, de nuestra idea; en cuyo momento, ésta queda sensibilizada ó trasformada en obra: hemos obtenido el producto correspondiente á la necesidad sentida, á la cual aplicada queda satisfecha.

Aun cuando, según se infiere de lo dicho, es la mano en el hombre el instrumento natural de su inteligencia, puede resultar, y con mucha frecuencia resulta, que no haya *ecuación* entre la idea y el producto obtenido, ó no sean entre sí perfectamente equivalentes, porque el medio sobre el cual se obra ofrece sus resistencias, y el sujeto será más ó menos habil para vencerlas, y conforme, además, á su experiencia en el manejo del material sensible, habrá adquirido más ó menos destreza; es decir, lo dominará en un grado proporcional á su ejercicio. En este caso, la obra *no es perfecta*, y el obrero se ve en la precisión de raspar aquélla, de recomenzarla cien veces, hasta producirla fiel trasunto, sensibilización perfecta de la idea que tiene por objeto. Entonces es perfecta la obra y su *conclusión* la determina su ecuación ó equivalencia con la idea que la engendra.

Es seguro que esta exigencia de perfección en las obras no obedece á una idea meramente calológica ó á una puerilidad de sentido artístico; tiene su razón de ser algo más honda. He-

mos advertido, en efecto, la equivalencia en que se resuelven las sensaciones determinadas por nuestros estados sensibles (de necesidad) y nuestros estados racionales, mediante la reflexión, como el agente de la conciencia. Ahora bien; abstractamente, el schema engendrado por la idea de la necesidad satisface ésta; mas si el producto no es la fiel traducción del schema, no puede realmente satisfacer aquélla. Y como quiera que no habiendo equivalencia entre la idea y el producto, no puede resultar ecuación entre éste y el estado generador de la necesidad, ésta quedaría sin satisfacer, en su plenitud al menos, y viva en el sujeto la sensación correspondiente. Razón por la cual, si es exigida é imprescindible la perfección en la obra, es porque la satisfacción de la necesidad no resulta de lo contrario. La obra perfecta produce, por tanto, *plenitud*; la imperfecta, sin concluir, *deficiencia*.

Como quiera que el ser no se estacioua en un punto, sino que, antes bien, á partir de él y radicando en él, todo lo suyo evoluciona, sus necesidades, asimismo, no se *reproducen* al repetirse (1); ofrécense cada vez con nuevos caracteres y peculiares exigencias, que expresan la evolución operada en ellas desde la satisfacción anterior. Consiguientemente, al determinar en el individuo un estado antropológico distinto, no hay posibilidad de satisfacer con el mismo producto la sensación correspondiente. Conforme á la idea engendrada, ha de producirse de nuevo. De aquí la variedad y acumulación de los productos característicos de los distintos grados de civilización, por los cuales van pasando hombres en la proporción que satisfacen sus necesidades. Por consecuencia, los productos que han dejado de ser útiles, ó los cuales ha hecho inútiles el progreso, indican un tiempo pretérito en nuestra historia, un grado de civilización que ha muerto, y representan un estrato en la vida social de los pueblos.

He aquí, pues, la ley: como nuevas ó renovadas nacesidades

(1) Véase el número de esta REVISTA correspondiente al 10 de Julio de 1886, artículo *El Economismo*.

exigen nuevos productos, los cuales son función de la industria, *ésta progresa en razón directa de la evolución de las necesidades*. Pero, á su vez, la evolución de éstas depende del relativo grado de facilidad con que puedan ser satisfechas; por cuya compleja razón, ó como quiera que la civilización depende del desarrollo material ó de la abundancia de productos para la satisfacción de nuestras necesidades y la facilidad de adquirirlas, *estamos obligados á facilitar el desarrollo industrial, signo característico de prosperidad*. Tal es uno de los principios que pueden influir la práctica y facilitar la vida, disminuyendo el número de las circunstancias adversas que nos la dificultan.

V

El hombre, por consiguiente, *se mueve bajo la dura presión de la necesidad*, y *obra conformando su actividad á aquélla*. Se impone un dolor para evitar el sufrimiento y la muerte; esto es, trata de facilitarse la vida. He aquí, pues, las dos cosas que más enérgicamente tiende á procurarse:

1.ª La dicha.—*Satisfacción, sin esfuerzo, de todas nuestras necesidades.*

2.ª Vida lo más larga posible, *ya que la inmortalidad, en una forma orgánica, es inasequible.*

Pero la dicha, que no es más que nuestro afán, es dificultada por una ley experimental de la vida: la *fatalidad*, y el hombre se advierte bien pronto víctima del cruel suplicio á que fué condenado Tántalo. Entonces se le ocurre la infeliz idea de que, alargando el tiempo, aumentará las probabilidades para sentirse satisfecho un día, y trata, con ese motivo, de alargar cuidadosamente la vida, sin advertir la contradicción en que cae: que *cuanto más larga es más mala*. Nadie, sin embargo, nos convencemos de esa dolorosa realidad hasta que, viejos ya y nuestro ser inerte, leemos en nosotros y en los demás, grabado en sangrientos caracteres por el duro látigo de la experiencia al flagelarnos las espaldas y el rostro: *la vida es*

un anhelo sin satisfacción; un esfuerzo sostenido, cuya satisfacción aplazan los más débiles para más lejano tiempo, convencidos de su impotencia para hacerla efectiva en el presente, y la fijan en otro lugar, poseídos de que la tierra (esta, y otra, y todas—la vida) no es el adecuado medio de los bienaventurados.

Tratando de plantear el problema de la miseria, tal es la naturaleza de la relación entre el hombre y las *cosas*. De entre éstas se le *imponen* las *externas*, obligándole á una irresistible lucha, de la cual resultamos vencidos siempre, aun cuando, por el efecto obtenido, nos hagamos la ilusión (vanidosos como somos, defecto común á los animales) de la victoria: las trasformamos, es verdad, pero merced á la larga y penosa labor presupuesta por el trabajo (1). Asimismo, las cosas *internas*—nuestros estados antropológicos (sensaciones dolorosas, ideas específicas y esfuerzos técnicos) engendrados por nuestras necesidades—nos inquietan hasta históricamente hacerlas efectivas y resolver, mediante ellas, las dificultades que las engendran. Todo lo cual nos es radicalmente común y constituye en la filosofía economística lo que podríamos denominar *Metafísica de la miseria*, porque es su asunto propio lo real-objetivo de ésta.

(1) Del trabajo han dicho unos que es *bueno por su resultado:* útil. Según otros, es *bueno por sí mismo*. Infiérese, sin embargo, de lo que llevamos dicho, que *es un mal porque impone un dolor*. Y, como el hecho de vivir lo presupone, no sólo es *un mal*, sino EL MAL (*sintético de la vida.*) He aquí, por consiguiente, la antinomia: la naturaleza nos ha organizado para el *dolce farniente;* mas para vivir hemos de procurarnos las satisfacciones indispensables para no morir. Según lo cual, es el trabajo antinómico con nuestra organización: es, por tanto, bueno *históricamente* (útil); pero ontológicamente *es malo*, porque nos hace daño. Así es que instintivamente lo repugnamos y dirigimos nuestros esfuerzos á procurarnos el *mayor número de satisfacciones* con el *menor esfuerzo posible*. Por eso, aquel á quien el trabajo se le hace insoportable, adquiere sus satisfacciones á cambio de dinero, si lo tiene en cantidad suficiente; de lo contrario, lo *pide* ó lo *roba*, procedimientos que la naturaleza legitima (porque es *mendiga* y *ladrona*), si bien la sociedad los reprueba, porque es opuesto á los intereses de la mayor parte de los individuos que la componen.

Pero la vida economística no se resuelve en la relación estudiada, porque no es la única establecida la ontológicamente obligada entre el hombre y las cosas. Aquél no vive solitario, ni está organizado para la soledad, según han pretendido y pretenden los misántropos y sostuvo Rousseau en sus concepciones poéticas, pero nada científicas ni, consiguientemente, filosóficas.—Como quiera que, de un lado, el fin humano es común y, de otro, hemos de realizarlo individualmente, quedamos los hombres, por nuestra naturaleza, universalmente *solidarios*, de lo cual obligadamente resulta ser la sociedad nuestro *medio natural*. La mutua y recíproca relación de los hombres entre sí es, pues, consecuencia de su organización individual. Examinemos brevemente cómo tiene lugar.

Según lo establecido (que, por otra parte, nadie ignora), propendemos naturalmente á procurarnos el mayor número de satisfacciones posible con el menor esfuerzo posible. De aquí nuestra tendencia—inspirados por el interés particular, el *ego primum* (egoismo)—á *levantar el valor* del esfuerzo propio y á *depreciar* el esfuerzo ajeno: queremos reportarnos de cada esfuerzo la mayor cantidad posible de utilidades, con objeto de disminuir el número de aquéllos y multiplicar el de los goces. En principio, por consiguiente, la relación economística entre los hombres se establece de *pillo á pillo:* se trata de ver quién engaña á quién. El más pícaro—que por razón natural es el más afortunado—logra medrar sobre los otros, á los cuales se sobrepone por su *influencia* y *haber* (1). Desde entonces, el género de la relación varía. Como quiera que el pudiente cuenta con abundancia de medios y los necesitados son muchos (porque tontos somos los más) aguarda la mejor ocasión; es decir, la llegada del más necesitado, porque de su transacción con éste obtendrá más utilidades; esto es, adquirirá igual satisfacción con menos esfuerzo, con menos dispendio, á más bajo pre-

(1) Lo cual induce á formular una conclusión experimental: *só'o lo robado cunde, ó es lo que eunde más*, á pesar del refrán catellano *lo robado no luce*; y es que las lenguas reproducen los errores espiritualistas que padecen los pueblos que las hablan.

cio. En cuyo caso, la relación deja de ser natural (de pillo á pillo) y pasa á ser relación de *espoliador á necesitado.* Ahora bien; como quiera que, así los espoliadores como los necesitados, en su género cada uno, tienen intereses análogos, las relaciones naturales se restablecen de los espoliadores entre sí y de los necesitados entre sí. Pero como esos mismos intereses son opuestos de los unos á los otros, se unen los espoliadores contra los necesitados, y éstos contra aquéllos. En ese momento, la guerra social comienza. ¿Quién sucumbe? Naturalmente, el más débil. La cuestión está en averiguar cuál de los combatientes es el más fuerte.

Así la miseria se perpetúa entre los más necesitados, quienes han de consagrar grandes y múltiples esfuerzos para obtener muy escasas é insuficientes utilidades, mientras la caja del espoliador se multiplica, fecundada por el despojo. Merced á eso, y como quiera que los más necesitados han de recurrir, para hacer la vida, al consumo de los mejor acomodados, consienten durante tiempo la espoliación, mal que les pese. Los que tienen más pueden más; de ahí que los que pueden menos se pongan á la disposición de aquéllos, á quienes dejan la iniciativa y cuya acción secundan, á cambio de que les llene su hambriento estómago y cubra sus desnudas carnes. Por eso son los espoliadores quienes han organizado la sociedad, y tiene esa organización en todos los pueblos un carácter conservador. Por eso también la sociedad, según está organizada, no ofrece ventajas más que á los ricos.

De aquí otro género de relación que debemos examinar: la establecida entre el hombre y la sociedad. Ahora bien; conocemos los elementos individuales: se sintetizan en el trabajo. La sociedad tiene necesidad, asimismo que el individuo, dé elementos propios para desarrollar su vida y hacer históricamente efectiva su personalidad individual y característica. Esos elementos son *economísticos* y *jurídico-morales.* Al presente sólo hemos de tratar de los primeros.

Tienen éstos su origen y fuente en los elementos individuales, y consisten en la masa economística individualmente

aportada al fondo común para el gasto social, proporcionalmente al número de utilidades que el trabajo propio reporta á cada socio, supuesto el número (de esas mismas utilidades) de que tiene necesidad para hacer su vida con previsión de muchas dificultades inherentes á la misma. El presupuesto social, por consiguiente, ha de conformarse en este orden:

1.—Utilidades del trabajo $= A$.

2.—Consumo $= B$.

3.—Ahorro $= C$.

Si llamamos D al *superavit* de $B + C$ (con lo cual, por otra parte, debe contar toda administración racional de lo propio), tendremos:

$A = B + C + D$.

Esta última parte, D, la cual podríamos denominar *producto líquido*, es la única—y mínima en el total de utilidades que á sus especiales goces podría destinar el productor—sobre la cual el Estado debe calcular la parte alícuota correspondiente que de cada productor debe ingresar en el fondo común para el gasto social. Si llamamos E á esa parte, tendremos distribuído el total de utilidades en la siguiente forma:

$A = B + C + (D - E)$.

Si denominamos R al resto de esa diferencia indicada, será:

$E = A - (B + C + D - R)$, lo único que el Estado legítimamente puede reclamar de cada sócio para cooperar á los gastos impuestos por el consumo de la vida común.

Esto dice bien manifiestamente que el gasto social no debe presupuestarse *à priori*, sino *à posteriori*; es decir, sobre el haber y en su vista. Porque lo primero es que cada ciudadano pueda, no sólo vivir, sino vivir con todo el desahogo y comodidad á que sus esfuerzos le hagan acreedor; porque según lo establecido, á ninguno nos dá gusto trabajar para divertir á los demás; ¡gracias que lo hagamos para satisfacernos á nosotros propios! Contribuiremos al gasto, sí, pero no al despilfarro. Satisfaremos en la equitativa proporción de nuestros productos líquidos la parte común de necesidad social; pero no nos hallamos en disposición de sacrificarnos al fausto de unos

cuantos. El secreto está en la equidad, y ésta exige no inutilizar el esfuerzo individual, sino secundarle; no empobrecer al productor, sino facilitar su enriquecimiento; para lo cual es necesario dejarle en la legítima posesión de la mayor parte de lo producido, para que produzca más, porque la prosperidad alienta y la riqueza nos convierte en seres casi aéreos.

Pero, ¿es así como tienen lugar las cosas? Recordamos que la sociedad ha sido constituída por los espoliadores, y no han podido inspirarse más que en su interés, porque el interés propio es el *imperator omnis*: ἐγω εἰμι πρῶτον και συνεχῶς πρῶτον (1). Por consiguiente, la sociedad es constituida según el interés del que gobierna la comunidad.

Ahora bien; la constitución social informada en un interés particular, ó en el predominio de él siquiera, constituye la *Política* (histórica). Y como quiera que, de un lado (el fundamental) los intereses humanos son individuales (de individualidades mayores ó menores, clases ó individos) y, por consiguiente, no acordes entre sí, como pretende Bastial y muchos otros (siguiendo á este economista y sin seguirlo), sino entre sí opuestos, y, de otro, el Poder lo anhelan los varios intereses sociales para recojer los frutos del triunfo, es decir, del despojo, de la espoliación de los gobernados (queremos decir, de los sometidos, de los vencidos), tradúcese en la experiencia para la Política la siguiente ley: *la Sociedad conformará su vida al orden político que representa el interés de los que mandan*. Y como los individuos tienden entre sí (se asocian) conforme á sus intereses, y por ellos, constituyendo de esa suerte los partidos políticos que obstinadamente se disputan el Poder, síguese que *la sociedad habrá de someterse y conformar su vida á la política de partido; es decir, al pandillaje, al vandalismo* de los que mandan. El que manda, por consiguiente, es el *agente de los espoliadores, el representante de la espoliación* (2).

(1) No ya nos decimos πρῶτος: *el primero*, sino πρῶτον; esto es, *lo primero*.

(2) Véase más adelante el artículo titulado: *Solución al problema de la miseria*. Porque al presente no hacemos más que recoger las conclusiones desprendidas del razonamiento fundado en la historia.

Por otra parte, si no ha de frustrarse su objeto, necesitan los que mandan conservarse en el Poder, razón por la cual tienden á *perpetuarse*. Por eso el partido que triunfa en la lucha económístico-social y viene al gobierno—como el interés propio es lo primero—se hace conservador por instinto, y tiene por objeto pagar bien á los que, sirviéndole, le sostienen. ¿Quiénes son estos? No es cosa que por lo pronto nos importe; pero como para todos, absolutamente para todos, el ἔγω πρῶτον es el axioma de la experiencia, porque *venter est imperator omnis*, y cuantos sirven son partidarios del que mejor las paga, es de capital importancia para el gobierno ser munífico. En consecuencia, erige instituciones que le convienen, concede gracias—ya que individuos é instituciones carezcan de ellas—distribuye sueldos á manos llenas, y después de eso presupuesta el gasto social, imponiendo á cada socio el pago *de un tanto* tasado (como se dice) *á ojo de buen cubero*.

Tiene necesidad el gobierno de conservar en la sociedad un determinado nivel intelectual y ciertas preocupaciones, ó rebajar aquél y aumentar éstas, é instituye ó vigoriza la institución de una clase destinada á empequeñecer ó atrofiar el cerebro de los pueblos, para embaucarlos y fanatizarlos, y se crea el *sacerdocio*, clase exótica en sí misma y perniciosa para la sociedad que ha de pagarla.

Tiene necesidad el gobierno de asegurar su acción, dificultando toda protesta ó para sofocarla, é instituye los guerreros sobre el pueblo, á quienes éste, eso no obstante, ha de hacer la vida, etc. Unamos á esto que los gobernantes se asignan á sí mismos las cantidades que necesitan para pasarlo bien, á costa de los demás, y preguntemos: ¿hace todo esto á la vida económístico-social de un pueblo? Antes bien la dificulta, porque esteriliza el esfuerzo individual y aun lo imposibilita, absorbiendo los elementos de la vida y riqueza social para enriquecer al Estado y hacer, á expensas de los más, posible la vida de los menos.

¿Qué ha de resultar por natural y necesaria consecuencia? Como quiera que el productor observa esterilizados sus afanes,

porque le es sustraído el total ó la mayor parte del producto de sus esfuerzos—que cada uno se impone para vivir él, y no para hacer posible el regalo de los demás—cesa de producir. Pero de que la producción cese no se infiere que cesen las necesidades. En cuanto personales, éstas se acumulan sobre el individuo; y en cuanto políticas, se acumulan sobre el ciudadano. El hombre, por consecuencia, experimenta el hambre, la sed, la desnudez, la oscuridad...; el hambre, la sed, la oscuridad... de su mujer y de sus hijos ó de sus padres. El ciudadano experimenta la vejación, el despojo y todos los ultrajes, por parte del Estado, quien le exige el pago del impuesto con que ha sido gravado para el sostén del gasto político.

En este crítico momento, el problema, en toda su imponente fuerza y gravedad, se plantea en el anémico cerebro de los necesitados. Como éstos son los más, las muchedumbres se forman sin préviamente concitarse: el hambre de pan y la sed de justicia condensa el vapor social engendrado por el calor de la necesidad en el cielo craniano de las masas productoras, y estalla la tempestad revolucionaria: *¡queremos pan y justicia! porque tenemos hambre y sed.*

En este punto la disolución comienza y la reforma se hace indispensable, la cual determinará y legislará el victorioso. ¿Puede predeterminarse cuál de los beligerantes sea favorecido con el éxito? Lo dijimos antes, el más fuerte. Ahora podemos decir ya algo más: que el más fuerte es el *más necesitado.* De su parte, por consiguiente, se inclinará la victoria.

VI

Todos los problemas sociales tienen, universalmente, caracteres que le son comunes; pero cada uno es individualizado en el sistema de todos sus congéneres en cada pueblo; mas el problema social de la miseria domina universalmente á sus congéneres; de ahí que se le denomine, por antonomasia, *cuestión ó problema social.* Tratemos, por consiguiente, para individuali-

zarle, de *determinarle* entre todos ellos, para lo cual indagaremos su *concepto*, *generación*, *elementos conservadores de la miseria* y *propagación*, hasta constituir un estado social capaz de la crisis política que intranquiliza los Estados.

1. Concepto de la miseria.—Según la Mitología romana, es la miseria un engendro del *Erebo* y de la *Noche*; es decir, engendrada por todos los males en la falta de todos los recursos para remediarlos. La palabra, sin léxica racional por la que pueda hallarse su fundamento, se deriva de *miser* y significa: *digno de compasión.*

Los griegos expresaron gráficamente esa idea por la palabra κακοπάθεια de κακός + πάθος; es decir, el que *sufre todos los males.* Con ese mismo significado se emplea en todas las lenguas la palabra equivalente (1): tal es, pues, el concepto, que podríamos denominar experimental, de la miseria.

El concepto economístico es análogo á ese, aunque más concreto. Como quiera que el que no produce no satisface sus necesidades, y suponemos que quien no produce es porque no puede, definimos la miseria: el *resultado individual de la carencia de los medios de producción.*

Filosóficamente considerada, la miseria no es más que una *desgracia*: el efecto individual de la fatalidad.

2. Generación de la miseria.—Según hemos expuesto, las necesidades se engendran con facilidad maravillosa; pero hay necesidad, para que sean satisfechas, de esfuerzos intelectuales y técnicos de gran consideración, los cuales presuponen á su vez *un capital* que no ha podido acumularse más que por el trabajo, etc. Ahora bien; desde que los frutos del esfuerzo individual han sido absorbidos por el expoliador, el productor no puede satisfacer las necesidades, impelido por las cuales trabaja: carece entonces del principal medio de la producción: la *libertad.* Por consiguiente, sufre todos los horrores de la privación é inherentes al sacrificio de todas las necesidades: la *miseria.*

(1) Aun cuando hay lenguas, como el alemán y el griego, que tienen formas de expresión distintas para las varias acepciones de la palabra.

3. Elementos conservadores de la miseria.—El interés propio de los opuestos (espoliador y necesitado) crece—como todas las necesidades—á medida de su satisfacción. El necesitado funda su interés, á partir de su trabajo, en el capital del espoliador; éste, á partir de su capital, lo funda en el trabajo del necesitado; mas como el segundo no come, ó pierde su libertad si no se somete, el primero triunfa, y la miseria no sólo se conserva, *crece*, en razón directa del interés del espoliador.

4. Propagación de la miseria.—Todas las enfermedades son contagiosas de algún modo; pero á la *inoculación* no se resiste ningún organismo. Impuesta la política á la vida social, queda la sociedad inoculada del virus de la miseria, según queda probado. Ahora bien; el virus inoculado se propaga á través de la generación y mediante ella, porque ha venido á constituir parte nuestra, modificando el funcionalismo orgánico. Si bien entre el organismo fisiológico y el organismo social la ley de la propagación sigue una razón inversa. Mientras en el primero se propaga el efecto con carácter *descendente*, propágase con carácter *ascendente* en el segundo.

De ahí que quien ha vivido en la miseria engendra hijos miserables. Y cuando la sociedad ha vivido en la miseria, la nación, las generaciones, la historia... todo es miserable, raquítico, anémico. La vida en ese pueblo está á punto de extinguirse.

Pero es cuando los pueblos agonizan el momento en que su vida llega al punto culminante, porque nadie se resigna á morir prodigando su sangre para que vivan otros; antes bien, la ley, lo natural es lo contrario: aun á costa de la vida de los demás, procura cada cual satisfacer las necesidades que le prolongarán la vida, y con ella la esperanza de la dicha.

He aquí, pues, el problema de la miseria, que es engendrado por la imposibilidad de satisfacer las necesidades, mantenido por la espoliación obrada sobre el productor y propagado por la venalidad política.

La cuestión está planteada entre los pensadores representantes de los distintos intereses sociales: dan unos á la solución carácter *conservador*, y pretenden que los productores se re-

signen á sufrir; dánselo otros *reformista*, y pretenden—con particularidades que no tenemos necesidad de tener en cuenta—que la producción sea social y la distribución equitativa, ó que sea común aquélla y ésta proporcional al consumo.

Como quiera que estas soluciones distan bastante de ser científicas, plantearemos de nuevo el problema, para lo cual expondremos preliminarmente sus términos.

Afectan éstos una doble cualidad, según son pensados en sí mismos ó en los principios generadores que les dan razon; por eso los dividimos en *críticos* y *reales;* no porque éstos se oculten á ningún economista, sino porque todos suelen plantear el problema según los primeros, descuidando los segundos, que, en su pensar, deben desaparecer, resuelto el problema según los primeros. Eso es verdad si el problema está bien puesto, ó si los términos críticos traducen los términos reales, lo cual no suele suceder.

Hemos clasificado en dos grupos el todo de las diversas tendencias economísticas; absorbiendo las direcciones parciales, que se diferencian por apreciaciones subjetivas de escasa trascendencia, en tendencia *conservadora* y tendencia *reformista*.

Según los pensadores que caracterizan la primera de esas tendencias, la miseria no es efecto de que hayan *disminuído los recursos*, sino del afán de *satisfacer necesidades* que suponen riquezas. Éstos atribuyen el origen del mal al racionalismo, padre de todas las depravaciones, y se esfuerzan porque la oveja vuelva al redil, y piden auxilio al Estado para que legisle hasta el pensamiento, la vida moral y las costumbres.

Aseguran los pensadores que caracterizan la tendencia opuesta ser causada la miseria por la *multiplicación real de las necesidades* y la *insuficiencia de la producción para satisfacerlas*.

Oportunamente discutiremos estas opiniones. Por el pronto, y dado el plan que nos hemos propuesto, examinaremos los términos reales del problema y lo plantearemos y resolveremos según ellos.

F. J. J. Benlloch.

(Continuará).

EL INCENDIO DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

(IMPRESIONES DE UN VIAJE RÁPIDO Á LA IMPERIAL CIUDAD)

I

Márcase, en esta época, por desdicha nuestra, señal viva de nuestro abandono: tanto nos importa dedicar á Academia militar un Museo, como hacer de un templo granero ó cuadra; hasta hoy el monumento histórico, la preciosa memoria que instruye acerca de la progresiva evolución del arte en España, y que impresos mantiene los testimonios de nuestra pasada grandeza, el Alcázar de Toledo ha sido escuela militar, como había sido caserna la preciosa sinagoga de Nuestra Señora María de la Blanca.

Cuando aquello se dispuso, nadie protestó; no hubo quien hiciese ver que un palacio colocado en la punta de un cerro, construído para castillo en un principio, cuando la artillería no había venido á cambiar el juego de los dos brazos de la guerra, la táctica y la estrategia, y convertido en mansión de Reyes después, no era lugar propio para un colegio de soldados; y nadie dijo que, aunque lo hubiese sido, no por ligereza se habría de entregar un preciado monumento artístico, estimándole en poco y exponiéndole á que tuviese el triste fin que le cupo al magnífico Alcázar de Segovia.

Hoy, que el Alcázar de Toledo ha sufrido un nuevo incendio, todo se nos vuelve protestas y lamentos.

Temblábamos al acercarnos á Toledo. Nos dominaba un sentimiento de medroso recelo antes de ver el Alcázar, y al percibir solamente y desde muy lejos su mole oscura, de la cual surgían las llamas, hubiérase dicho que en aquella catástrofe, sobre pirámide de escombros en la terrible apoteosis del incendio, habría de hallarse el sombrío y feroz Amru-ben-Alas, sicario, abrasando los libros que iluminan las almas para calentar el baño de las odaliscas; porque, á la vez que el fuego del Alcázar destruía un monumento, devoraba en él un magnífico libro; era, sin duda, aquello una locura de Erostrato y una imbecilidad de Omar, haciendo ruina un testimonio de cultura.

Una maravilla en la que se halla sintetizada toda la grandeza de nuestra historia, desde la gloria del triunfo guerrero de la Reconquista, hasta la revelación de nuestro poderíe político, desde Alfonso VI hasta Felipe II.

El formidable Alcázar iluminaba en su atrevida altura, Zocodover, las apretadas casitas de Toledo, la magnífica catedral; daba rojizos visos al Tajo, plateado por la luna, y enviaba á la hermosa vega reflejos cual los de un volcán encendido y estallante.

La imaginación, temeraria vanguardia del juicio, no apartaba de nosotros la idea de que un bárbaro, penetrando en el Capitolio, hubiera acometido la destrucción de esta hermosa ciudad de Toledo, nuestra Roma española, ¡monumento triunfal y portentoso!

Ciudad donde nacieron los *mudejar*, como imitando el consorcio del Rey de Sevilla con Don Alonso por la bellísima Zaida, ciudad donde murió el testimonio de otra alianza manifiesta por las puerilidades de un rito, y que en realidad encerraba un profundo sentido, el rito gótico mozárabe, recuerdo de las libertades de nuestra Iglesia, desde entonces atropellada por Roma; donde á la huella morisca suceden los vestigios de aquella candorosa fe cristiana de los primeros tiempos, revelándose en retablos y en sencillas arquitecturas góticas, agujas y lienzos ojivales donde se muestran las ricas profusiones del Renacimiento; donde se lee en muros, en calles, en casas, en palacios, en templos y en ruinas, que tras los Reyes soldados, ungidos por el sacerdote y consagrados por el juramento de guardar el derecho

popular, señalan su paso los Reyes Católicos, en cuyo tiempo se dieron nuestras mayores glorias y nuestras mayores fortunas, hallamos por fin la patria reconquistada, y Dios nos brindó con un nuevo mundo.

No cesa aún aquí lo que Toledo enseña y revela; Carlos I deslumbró allí con sus grandezas de conquistador, y de Juan de Padilla, el valeroso ci dadano, queda una memoria, el solar que ocupó su modesta casa, contrastando con el ostentoso Alcázar del tirano.

El magnífico Alcázar, la fachada principal, así como las otras tres, la escalera y el patio quedan con imperceptibles deterioros de facilísima y pronta reparación, habiendo sufrido menos en este incendio el edificio que hubo de sufrir en el incendio anterior, cuando la soldadesca inglesa aplicó allí en otro tiempo la tea, para gozo de la envidia y para encubrir la infamia del saqueo; entonces fueron destruídas las preciosas columnas de orden corintio y compuesto del patio después restaurado... hoy nada ha padecido el patio.

No se ha de olvidar que el patio es una maravilla, y que su mágica perspectiva pierde un tanto por haberse colocado en su centro la preciosa estatua de Carlos V, error semejante al cometido en el patio de los Leones, donde, si Dios no lo remedia, dentro de poco, la fuente que un tiempo debió de estar, como todas las fuentes árabes, con la taza sobre el suelo y sin otro apoyo ó elevación, y cual se hallan las del patio de los arrayanes, se elevará rompiendo todo el carácter oriental y quebrantando la gracia de aquella perspectiva singular y misteriosa, como todas las que se ofrecen en la Alhambra, un ridículo promontorio pesado, rechoncho y tosco.

II

No hay, pues, que lamentar en el desastre pérdida alguna en lo genuinamente histórico del Alcázar; á la perversión del gusto moderno, donde más se deja ver el cálculo que la inspiración, opondrá siempre sus hermosos lienzos la sencilla y majestuosa fachada de

defensa de los Alfonsos, la rica y elegante obra de Covarrubias y la austera de Felipe II, el espesor de aquellos muros, la inteligencia de los geómetras constructores de aquellas bóvedas y la graciosa disposición del patio y de la galería, que han resistido á la destrucción; solamente debemos deplorar la pérdida de las recientes restauraciones, en las que, si bien existían estimabilísimas obras de arte, como la sala mudejar, la capilla y el salon régio, no obstante, se daba el apresurado y artificioso carácter de las obras modernas, en las cuales el pino con una leve capa de ébano, de palo santo, de maderas dispuestas como hojas de papel; donde el cartón piedra, donde el falso y ténue dorado, donde las imitaciones y barnices industriales contribuyen poderosamente al engaño y ofrecen una fugitiva ilusión, tanto como realidades pasmosas en el capítulo de gastos.

No obstante, sentida debe de ser la pérdida de los becuadros, de los ricos tejidos de tisú de oro, industria toledana, de las hermosas puertas talladas, costosas y admirables, de las no menos admirables pinturas de Sanz, que decoraban el salón régio, así como de la capilla el díptico y multitud de preciosos detalles, todo lo cual había costado á Toledo grandes sumas, y al Sr. Hernández, director de las obras, gasto de inteligencia y de trabajo.

Queda también en pie la nueva obra de albañilería, y como ha dicho acertadamente un ilustrado escritor toledano, «existe aún más Alcázar que existía cuando se dió principio á la última restauración,» y ofrece, pues, mayores elementos á los que de nuevo emprendan la obra de reparar las destrucciones, y el arte cuenta con mayores esperanzas y probabilidades de recuperar por completo uno de los más hermosos monumentos nacionales.

Como el incendio acomete, borrando tras de sí sus huellas, en la densidad de su humo, en la devoradora acción de las llamas se destruyeron y ocultaron para siempre, sin duda alguna, las señales que pudieran revelar la causa que lo produjo; con el mayor orden se atendió á salvar lo más precioso, las vidas; con no poco celo se acudió, después, según se nos ha dicho, á libertar el edificio de una completa ruina, y al heróico trabajo de los dos hermanos, Sres. España, que descargaron de pólvora y dinamita el polvorin, se debe que no se quebrantaran y saltaran aquellos muros y, sobre todo, que

no tengamos hoy que hallarnos lamentando horribles desgracias para la ciudad de Toledo (1).

Cualesquiera que hayan sido las causas, ¿no acusa cuando menos un error vergonzoso, saber que dentro de uno de los más ricos monumentos del arte existía un depósito de pólvora y de dinamita? Pues qué, ¿no basta esto para comprender cuán inconveniente resulta entregar el Alcázar de Toledo, pues bajo todos puntos de vista que se le estudie no ofrece conveniencia al objeto, para servir de escuela militar?

Fuera mil veces preferible que en un vasto edificio expresamente construído para servir al colegio militar, en llanura extensa, donde se hiciesen fáciles las maniobras de guerra, se levantara la tan decantada escuela general militar, y no que, atropellando por todo, se haga del magnífico Alcázar una escuela-cuartel.

Claramente se deja entender que con esto nadie puede combatir el derecho que al Ayuntamiento y al pueblo de la imperial ciudad asiste de que en Toledo, y no en otro punto, exista la escuela, toda vez que es tan importante para la vida de la población y que tan cuantiosos gastos ha hecho para lograr este fin; pero ni á Toledo, ni al Ministerio de la Guerra, ni á nadie, sino á la nación entera, pertenecen los monumentos artísticos.

Es Toledo algo más que una memoria del pasado; es una permanente escuela de arte, y si Venecia es de las pocas ciudades que obedecen aún al conjunto más armónico, y nada en ellas desdice del carácter predominante en todos sus edificios, es, con la bella del Adriático, la hermosa ciudad del Tajo de las que pueden ser señaladas como poblaciones históricas al poeta y al cronista de las tradiciones de un país, al arqueólogo, al pintor, al arquitecto, al escultor, á todo artista y á todo artífice; matriz donde se conservan en toda

(1) Según se nos ha dicho después, la pólvora estaba en cartuchos metálicos, lo cual hubiera ofrecido menos peligro tal vez para el edificio, pero grave para las gentes, pues hubiera causado una explosión de disparos; cierto que la dinamita, para producir efectos, necesita el golpe de un pistón; pero de igual modo èsta que todas las materias explosivas estallan á la presión y al choque, y ambos efectos se hubieran podido producir en el incendio del Alcázar.

su pureza los elementos generadores de todos los órdenes de fábrica, todos los estilos decorativos, de todas las escuelas pictóricas, de todos los tiempos de la historia.

Es: para la fantasía, rico venero de inspiración; para el estudio, caudal abundante de irrefutables pruebas, muestra viva de la cultura pasada, mentora de los artífices, gozo de los poetas, deleite del viajero; orgullo de la patria y documento valiosísimo, ya no tan sólo de la pertenencia del pueblo toledano, ni de los filósofos, poetas, viajeros y artistas curiosos; ni de la patria, sino de las investigaciones científicas del laborioso trabajo del género humano.

III

Antes de llegar al puente de Alcántara, que recuerda la entrada en Roma por el castillo de Santo Angelo, se halla el castillo de San Cervantes según el dicho vulgar, el de San Servando según la realidad histórica, pues se construyó bajo la advocación de San Servando y Germano, porque en el dia dedicado á estos Santos, en el año 1086, había estado D. Alonso VI á punto de perecer en la desdichada batalla de Badajoz, ganada por los almoravides.

Allí los monjes clunienses tuvieron sobre las ruinas de la fortaleza árabe su monasterio, que fué resguardado por nuevos y sólidos muros, por barbacanas y aspilleras, donde se mantenía algo de la astuta estrategia árabe, bien indicada aun en la Puerta del Sol por los pilares abiertos, soportes de las anchas calderetas de agua hirviente; de las aspilleras y almenas, así como de los lienzos, algo se conserva en pie, ofreciendo ese fantástico aspecto de todo castillo en ruinas.

Acude á la memoria, al contemplar aquellas ruinas, el nombre del valeroso Alvar Yáñez Minaya, que fué un tiempo su heróico defensor; acude á la memoria, aquella otra singularísima aventura en la cual, los moros caballerescos que sitiaban el castillo levantaron el cerco cuando ya iban á tomar posesión de la fortaleza, y respondiendo al reto del Emperador D. Alonso VII, que les esperaba en Aurelia, hacían acatamiento y rendían homenaje á doña Berenguela, por no caer en la

afrenta «de no portarse como caballeros ni como capitanes valientes» haciendo guerra y asaltando un castillo donde se guardaba una dama.

Mirar desde estas ruinas el incendio del Alcázar, y en el silencio de la noche escuchar el ruído del Tajo, rugiente en sus espumantes presas, cuando el cerro del castillo, ocultando la estación del ferro carril, sustraía en cierto modo de la realidad presente, fué un espectáculo que jamás podrá olvidar quien hubo de contemplarle mudo, aterrado, lleno de tristeza y al par de gozoso asombro, tal vez tomando por quimera del sueño aquella magnífica perspectiva.

Acometiendo la subida por el puente de Alcántara, en una noche de luna, debe el alma disponerse á recibir una de las más admirables apariciones de la belleza de que los ojos pueden disfrutar, entonces el corazón palpita apresuradamente y se murmura con el poeta, cual si iguales recuerdos nos dominaran y de tales dichas como las suyas hubiésemos sido favorecidos:

¡Oh Tejo, Teijo, río das minhas esperanzas,
dos meus amores, prazeres é lembranzas!

Al propio tiempo que vuelven á la memoria inesperadamente las palabras del moro Rasis: «El río Tajo es muy famoso, é la su puente, á par de Toledo, es muy buena, á mui rica, ca tanto fué *sotilmente* labrada, que nunca home podia afirmar con verdad que otra habia en España tan buena, é fué fecha cuando vino Mahoma Elemir.» Por allí se cree ver pasar aún al mancebo Carriazo, el *Asturiano*, seguido de chicuelos morenuchos, pícaros de Zocodover, morisquillos y gitanuelos de la judería, exclamando: «¡Daca la cola, asturiano, asturiano, daca la cola!» y así subiendo después las empinadas sendas que en zig-zag conducen hasta el arco morisco de Zocodover, habréis de hallar la posada de la Sangre, donde Cervantes se hospedó, y que según creen muchos es la misma posada del Sevillano, en la cual colocó á la hermosa y recatada doncella: *La ilustre fregona.*

La Puerta del Sol ofrece de noche á la luz de la luna, la más bella silueta, y de día á la luz del Sol el más instructivo conjunto y los más curiosos y entretenidos detalles, según en su juicio afirma el incomparable crítico artistico Sr. La Torre y Rodrigo.

En la Puerta del Sol queda por tradiciones la memoria de una de las justicias del Rey San Fernando. «*Que* enforcó muchos homes é coció muchos en calderas.» Un alguacil mayor de Toledo, cuyo nombre no recuerdo, cometió atroces injusticias con dos mujeres, y en castigo fué decapitado y su cabeza colgada en la Puerta del Sol en medio de las dos figuritas que aún se ven, y que según dicen los anticuarios y cronistas son la representación de las dos mujeres, que se mostraban allí para recordar la pena sufrida por el alguacil y como público escarmiento.

Eran en los tiempos pasados las construciones páginas donde victorias y venganzas, creencias, justicias y todo se escultaba, se grababa, se hacía perpetuo, visible á todas las miradas... ¿cuál no será, pues, el miedo que el anuncio de un desastre como el del Alcázar producirá en el ánimo de los artistas y de cuantos aman los grandes estudios del pasado...? Así es que, cuando se llega al Alcázar y se descubre intacta y solamente ennegrecida por el humo en algunos puntos la fachada de Covarrubias, un suspiro de alegría escapa del pecho y se contempla sucesivamente con regocijo el Alcázar.

La fachada de Covarrubias, como ya hemos dicho en otro lugar, es la más bella del Alcázar; tiene más de 150 pies; nada podrá ofrecer mayor majestad; en su delineado armónico y en su atrevido desarollo se combinan la sencillez más pura con la gracia más severa, la solidez y la elegancia.

Es rica en preciosos adornos por sus tres ordenes de ventanas; ostenta el primero columnas lindisimas y un frontón en cuyo centro se ve una cabeza de admirable escultura; de igual modo se halla decorado el segundo orden.

Presenta el tercer orden ventanas de medio punto con antepechos abalaustrados; pero nada más bello y singular que la balaustrada airosa que remata la fachada, sobre la cornisa del último cuerpo, prestando al conjunto una gracia y una elegancia incomparables. La puerta es suntuosa y régia, es verdaderamente la entrada de un palacio imperial; tiene el lujo de un dosel, la firmeza de un noble pórtico, y al propio tiempo algo de arco triunfal, por la esbeltez en la evolución de sus curvas y la gallardía de sus columnas, apoyadas sobre bonitos pedestales; el escudo de las armas de España y las águi-

las imperiales que se hallan en el centro, así como dos bellas estatuas de Heraldos colocadas á los lados, prestan mayor solemnidad á aquella hermosa entrada del palacio. No es posible imaginarse el maravilloso juego de esbeltas proporciones y elegantes detalles que se ofrece cuando, colocados ante aquella riquísima puerta y en punto mas conveniente al efecto, se ven el pórtico y la balaustrada por fuera. y dentro las columnas del patio elevándose gentilmente: todo ello se presenta rico, ostentoso, ligero, lleno de magnificencia, de sencillez y de belleza.

Este es el aspecto principal que ofrece el hermoso Alcázar compartiendo con la lujosa y austera catedral el dominio de aquella ciudad rica en monumentos bellísimos, llena de recuerdos romancescos de la Edad Media ultrajada injustamente por un ilustre poeta, afligida hoy por la catástrofe de ver convertidas en cenizas las riquezas que logró reunir al restaurar el Alcázar.

IV

No es posible dejar por más tiempo indefensos de profanaciones y ultrajes los hermosos monumentos de España: á tal punto llega el olvido, la incuria, la ignorancia ó la indiferencia imbécil, que hoy, por vulgar que parezca el concepto, podremos exclamar como señor que, poseyendo multitud de objetos bellos y de materia frágil, les viese encomendados á la custodia y limpieza de un sirviente tosco y zafio:

¡Cuidado con la Alhambra, no destrozéis esa rica maravilla! ¡Cuidado con la catedral de Burgos! ¡Cuenta con el Alcázar de Sevilla!

Para estimar en lo que vale el carácter singularísimamente artístico de Toledo, nada como recorrerle en una noche de luna.

Puede afirmarse que, ó han acabado los buenos *cicerones*, ó los que hoy existen, por ignorancia ó por pereza, desconocen sus verdaderos intereses; si no es así, imposible ha de ser explicarnos por qué razón no convidan al extranjero á una de esas nocturnas excursiones por la ciudad.

Asentada ésta en una altura, sus calles describen, en general, lí-

neas serpentinas en torno; se quiebran á lo mejor, cruzándose; se prolongan indefinidamente y, obedeciendo á la disposición con que hubieron de trazarlas los guerreros moros, se ofrecen con todas las travesuras de la gracia y todas las astucias de la estrategia; dédalo confuso, creta complicadísima dispuesta cuando toda estrechura defendida por el alfange, el agua hirviente y la saeta era un resguardo; nudo gordiano que hoy rompería el cañón, reduciendo á escombros todo aquel laberíntico plano.

Pero, por tan extraña disposición, las sorpresas de guerra son hoy, ¡oh dulce cambio de los tiempos! sorpresas deliciosas para el artista, pues la variedad de perspectivas es infinita; y no bien acabáis de contemplar desde su arranque la fachada de la catedral, cuando, subiendo por una revuelta empinada, contempláis la gallarda torre con la cúpula cuasi á la altura de vuestros ojos.

Si el callejón oscuro remata en mortecina luz, allá en la altura, por ángulos, por curvas, por extravíos mágicos, por fantásticas combinaciones de luz y de sombra, por maquinaria juguetona como el plano de aquellas divertidas callejuelas, se os ofrecen incompletos ó graciosamente mezclados los calados antepechos que corren por cima de las naves del grandioso templo ó las pirámides crestadas de sus torres.

Así como en Granada os espera siempre una prodigalidad de flores á la vuelta de cualquier encrucijada, aquí os ha de maravillar, inesperadamente, un rico pórtico mudejar, ó una puerta árabe, ó un templo gótico-germano, ó una cúpula airosa, ó una oscura mezquita; es una profusión que perturba, que marea, que os hace pensar en una delirante creación de un artista ébrio de recuerdos, de deseos, de sobresaltadas creaciones.

Allá se os ha de aparecer siempre el magnífico Alcázar, cuando en las estrechas callejuelas puede uno creerse en un pueblo de niños, en una ciudad de lindas casitas, agrupadas por vecinos temerosos, resguardándose unas con otras.

Si en Alemania las grandes fábricas de cristalería, de objetos tallados en madera, de reproducciones litográficas, de cerámica, de cincelado, de fundiciones, toman, para el arte decorativo, las muestras peregrinas de las grandes maravillas del arte; si miles de dibujantes llegan á nuestros monumentos, como van á los de Italia y Francia,

en demanda de los grandes modelos de Juan de Colonia, Miguel Ángel, Ticiano, Pedro Pérez, Herrera, Berruguete, Murillo, Velázquez, el Greco y tantos ilustres artistas de todas las Bellas Artes... ¿cómo permitir que se nos diga que nada hay para la industria nacional en esta hermosa ciudad de Toledo, cuyos arabescos de piedra, cuyos bajos relieves, fachadas, torres, cúpulas, cuadros, casucos humildes, puertas magníficas, calles, maderas, lienzos, clavos, conjunto y detalles señalan la maestría incomparable de antiguos artífices y la genial inspiración de divinos artistas?

Hoy, que la restauración de San Juan de los Reyes podrá ofrecernos en breve aquella antes deteriorada obra de las artes, en la conciencia del Gobierno español, en la opinión pública debió darse y se ha dado una entusiasta decisión reclamando primero y resolviendo después que no permanezca ni un momento como hoy se halla, por el terrible incendio, el Alcázar de Toledo.

Y tan importante acuerdo ha sido recibido con verdadero júbilo por cuantos aman el arte en esta bendita tierra española.

Lejos, por sus ideas políticas, el que esto escribe de todo entusiasmo hacia el Gobierno, aplaude noblemente su pronta y decidida resolución en favor de las artes españolas, y en justo tributo á nuestras gloriosas tradiciones patrias.

Bien puede comprenderse que aquí surge una gravísima cuestión, teniendo en cuenta que los intereses económicos de nuestras provincias se hallan por completo á merced del Estado, convertido forzosamente, en protector debido sea esto á la ley de los tiempos, á la decadencia espantosa en que el régimen absolutista dejara al país, á las guerras, revoluciones y motines que de continuo perturban la pacífica evolución intelectual y económica.

La cuestion que surge es la que se ofrecía en un principio cuando hubo de señalarse el magnífico Alcázar de Toledo como local adecuado para establecer en él la escuela general militar; si se atendía á lo que una escuela militar exige, tal vez no se pudieran satisfacer las necesidades de la ciudad de Toledo; y atendiendo á éstas, habría de descuidarse aquello; pero redujo sin duda además el doble beneficio de hallar restaurado el Alcázar, atendiendo al propio tiempo á la fundación de la escuela general militar.

Y, sin embargo, no eran los ingenieros militares los llamados á dirigir la restauración de un monumento artístico, cual hubiera sido impropio que la Academia de San Fernando diese informe ó dirigiera una fábrica de guerra.

No era tampoco un rico palacio apropiado lugar para en él educar á jóvenes militares, ni aun para alojar sino conserjes, dedicados únicamente y empleados tan sólo en la custodia y limpieza escrupulosa de las obras de arte.

Sin duda que, de construir necesariamente una nueva escuela general militar conforme á las exigencias de la moderna educacion militar, se puede preferir Toledo á cualquiera otra población, no sólo por otras consideraciones, sino por hallarse no lejos de Madrid, en un punto donde gloriosamente se mantiene una de las más renombradas industrias militares del mundo y, últimamente, porque es el medio de que la antigua capital de España no sea un pueblo miserable, una solitaria ruina, un triste despojo del tiempo implacable.

V

De aquellas antiguas fábricas de tapices que asombraron con sus ricas obras á Francisco I, ¿qué subsiste? Nada.

¿Qué hay hoy de la alfarería morisca, cuyas jarras, cuyas fuentes, cuyos platos copian todos los establecimientos de esta industrio en Portugal, y han dado su secreto á los ingleses? Nada.

¿Y de la cerámica toledana? ¿Y de sus talleres de tallados en madera? Poco, así como poco también resta de sus talleres de cincelado y de sus fundiciones. Apenas si los ricos y lujosos trabajos en ropajes de iglesia sustentan por sus tejidos y bordados aquella incomparable fama por la cual Isabel de Inglaterra envidiaba el atavío del más modesto cleriguillo de la catedral de Toledo.

La navegacion por el Tajo cesó también, y sus aguas corren ociosas y apenas buscadas por unas cuantas humildes fábricas de harinas.

Surge, pues, nueva cuestión que hace palpitar de afanosa angustia, porque ¡oh Dios de nuestras glorias guerreras! se ha de olvidar que otros tiempos fué Toledo ciudad industriosísima y que, al par

que títulos de envidiable grandeza, podia ostentarlos de laboriosidad y de riqueza extremosa.

A ella afluían demandas continuas del lujo castellano; ella templaba los aceros para la conquista de América y para las guerras de Italia y de Flandes; ella nutría de aceites y de harinas las comarcas áridas de Castilla; ella vestía magníficamente á los sacerdotes y adornaba los altares, engarzando al tisú de oro la pedrería deslumbradora; en ella se halló el secreto de los inciensos, robando un poco de los sencillos pero misteriosos perfumes de las sultanas para el Dios de los cristianos; ella ofreció los hermosos candelabros de plata labrada para la sagrada luminaria; de ella salían los ricos curtidos de ante, los joyeles magníficos, los motes y empuñaduras preciadas, y en ella se confeccionaban esos dulces de harina de almendras y frutas frescas, de los que ya no quedan en el mundo otros testimonios que la confitura turca y el mazapán toledano y el dulce escarchado que exportó por vez primera á Francia la cooperativa madrileña conocida con el nombre de Dulce Alianza, dando á París hoy un elemento no tan poco importante como pudiera creerse, de novedad y comercio á esta industria; en Toledo se hacían los encajes riquísimos de las valonas, los petos, las golas, los vuelillos, las finísimas mantillas; trabajo que, puramente árabe, aún se conserva en gran parte del Mediodía de España, y que dió al pueblo toledano independencia y fama. No menos laboriosas y adelantadas las industrias agrícolas, entre las cuales sobresalía el cultivo del gusano de seda, los aceites, los vinos riquísimos, celebrados por Rabelais, las frutas, un tiempo las más celebradas de España.

Esto era así, porque en Toledo concurrieron los elementos todos de tres corrientes de civilización, porque allí se dieron los factores del grave problema que Alfonso *el Sabio* hubiera resuelto aceptando desde luégo una política amplia y armónica que hiciese de todas las razas de sus reinos un solo pueblo.

Así hubiera seguramente ocurrido, si era dable en lo humano y posible en aquellos tiempos que, tras de los continuos combates por el dominio absoluto del país, los vencidos hubiesen sido leales y los vencedores magnanimos, y si los estímulos poderosos del fanatismo de dos religiones no hubieran mantenido en perpetuo rencor y en ame-

nazadora opresión á los que sentían la del triunfador y al que se hallaba embriagado por la gloria.

No habría seguramente que apelar á muy extraordinarios recursos para recobrar de nuevo los elementos de trabajo, tanto más, cuanto que á todos ellos se une hoy el gran auxilio que puede prestar á Toledo la nueva Corte de Madrid, mercado donde, si la excelencia del producto hallaría competencias grandes, la original producción indígena vencería prestamente todo obstáculo y, salvando terreno, llegaría á fundar una importantísima exportación allí donde es imposible copiar lo que Toledo pudiera hacer en sus fábricas.

Un escritor asegura que, por haber dado á los productos industriales de todos los países una tan idéntica semejanza, apenas si podrán jamás competir las industrias de los distintos pueblos del mundo con Francia é Inglaterra.

Y ciertamente que es así, por cuanto uno de los comercios que mayor importancia adquieren de día en día en el mundo es el comercio chino y japonés, y se debe á que ningún pueblo, por fabril que sea, podría imitar jamás aquella originalísima producción.

Tal vez á este empeño de resucitar las industrias indígenas pueda contribuir en cierto modo en la ciudad de Toledo el desengaño hoy recibido con el incendio del Alcázar, donde, como se ha dicho, ardían los montes de Toledo, los bienes que fueron de la ciudad.

VI

El arte es, pues, una provechosa enseñanza para Toledo; él es fuente de ricos veneros para la industria toledana, y ella convencerá de que los medios parasitarios, las hospederías, las contratas, que benefician á cuatro ó cinco monopolizadores, la menguada renta del mercader, en pequeño, jamás podrán salvar del riesgo de la ruina al pueblo toledano.

Tales fueron los pensamientos que surgieron en mí luégo que hube recorrido la histórica ciudad, no, cual en otras ocasiones, como entretenido viajero que va á buscar delectación y recreo, sino como *reporter* al servicio de la Revista de España.

Cuando salí de la ciudad no pude menos de despedirme conmovidísimo de la imperial Toledo, y la imaginación, obrera caprichosa, haciame en pensamientos locos recordar pasadas y aún no del todo extinguidas impresiones.

¡Adiós adorada del ilustre Beker!

¡Adiós Toledo, ciudad arreglada con la minuciosidad de una estantería de camarote de barco, solitaria como ruina, triste como reliquia de mejores tiempos, ruidosa como patio de un cuartel, docta como un libro, grande como un espectáculo teatral aparatoso, recargada como libro viejo de un erudito!; ¡Dios haga en tu vega una nueva ciudad industriosa, y queden tus calles, tus muros, tus puertas, tus templos, tu Catedral, tu Alcázar, como lugar de recreo para los madrileños, de enseñanza para los artistas, de gozo para los viajeros, de devoción para los poetas y los peregrinos!

José Zahonero.

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN 1886

I

Antes de referir la actividad y estado de la literatura de España en el año anterior, juzgo pertinentes algunas consideraciones; pues no produciéndose nada por sí solo, sino condicionado y en relación con otros sucesos, en virtud de una ley general que á todos los contiene, preciso es determinar los caracteres de la literatura en sí misma, para fijar después con más acierto la de un período cualquiera.

Y hoy más que nunca se impone este prudentísimo exámen, por lo tan revuelta que se halla la más noble y bella de las humanas artes, á la cual se bautiza de ordinario con tantos *ismos* é *istas*, que no hay cristiano que sepa su verdadero nombre.

La literatura, en su parte formal y exterior, es, primero que todo, un organismo gramatical y, como tal, participa de dos cualidades que constituyen el lenguaje literario: lexicológica la una, en cuanto las palabras expresan ideas; y armónica la segunda, por emitirse aquéllas en sonidos articulados.

De aquí que, los que afirman que el estilo en la producción literaria no tiene importancia alguna y es lo de menos, ó pretenden escudar su incapacidad en un principio falso, ó no saben lo que dicen.

Cervantes, en el prólogo de la primera parte del *Ingenioso hidalgo,* confirma estos dos aspectos hermanos del lenguaje literario, al aconsejarse escribir su historia *con palabras significativas y bien colocadas y período sonoro.*

En esta segunda cualidad se funda la razón artística de las obras en verso, las cuales, lejos de pertenecer á pueblos y civilizaciones primitivos, como dicen los detractores del metro y de la rima, son síntoma seguro de la cultura y progreso de un idioma.

Esto, en cuanto á la parte formal y exterior; en lo que se refiere á la interna, alma de este organismo, hay que considerar, separadamente, otros dos aspectos: el personal ó psicológico, y el de lugar y tiempo, quienes, dando éste la materia ó asunto, y poseyendo aquél las facultades productoras, realizan la composición literaria.

La cuestión de los elementos personales es importantísima, pues, en mi concepto, resuelve el tan controvertido tema de las escuelas en el arte.

Sin entrar en investigaciones, que darían demasiada extensión á este trabajo, es lo cierto que el autor, en la creación de sus obras, se inspira, necesariamente, en lo que conoce ó en lo que imagina.

Siendo la imaginación una facultad que, aun tratándose de lo más vulgar y corriente, todo lo fantasea y extrema, ella, por su naturaleza, ha producido y ocasionado todos los idealismos del bien y del mal; en cambio el entendimiento, que, como Anteo, ha de estar en contacto permanente con la realidad, porque sin ella no existiría, reduciendo los sueños de la imaginación á sus verdaderos límites, ha traído al arte tendencias más positivas.

Como facultades humanas, la imaginación y el entendimiento son limitados y contribuyen, al par que á su desarrollo, al adelantamiento intelectual humano, mediante acciones y reacciones; reconocer las excelencias de ambas, me parece justo; pero combatir ésta en nombre de aquélla, es desconocer la importancia y realidad de cualquiera de ellas, y en tal con-

cepto, los adversarios de una ú otra dirección son como ciegos que reniegan de los ojos porque no ven.

Determinándose el artista por sus propias cualidades y aptitudes, es inútil pretender destruir con escuelas y sistemas lo que la naturaleza hace, por cuya razón se ha repetido muchas veces que en el arte sólo existen personalidades, y los que van á la zaga de ellas, imitándolas en sus procedimientos y estilo, son como ceros que, si bien acrecientan el valor de aquéllas, en cambio patentizan su inutilidad y la decadencia intelectual del tiempo á que pertenecen.

Las facultades del artista reflejan el estado social de un modo directo é inmediato, y, cuando no se adaptan á su tiempo como el agua á la forma del vaso que la contiene, y buscan en otras edades el objeto de su inspiración y estudio, el pasado ó lo porvenir que traten de sorprender serán necesariamente influídos por las preocupaciones y puntos de vista del presente.

Tal es la causa de las diversas fases literarias de cada época, según que en la sociedad han predominado las costumbres y sentimientos religiosos, heróicos, caballerescos ó patrióticos.

II

Ahora bien; trayendo estas consideraciones al punto concreto que las ha motivado, y después de fijar cuáles sean, de un lado la naturaleza artística de nuestro pueblo, y de otro su grado de cultura y caminos á que en la actualidad se inclina, será fácil apreciar individual y colectivamente el movimiento literario de nuestra patria en el año último pasado, su carácter, tendencia, forma en que lo ha realizado, y si, bajo todos estos aspectos, corresponde á la gloriosa tradición de nuestra historia artística en particular, y en general al desenvolvimiento literario de otros pueblos.

Afortunadamente para el lector, esta segunda parte, que ha de conducirle al término de este artículo, puede encerrarse en pocas líneas, porque entre individuos de una misma familia es

inútil referir desdichas y sucesos que están en la mente de todos.

España, más por la incuria de sus habitantes que por defectos de raza, más por su mala educación que por sus aptitudes, es un país sin instinto práctico ni crítico alguno; extremado é hiperbólico en ideas y resoluciones, soñador é imaginativo siempre, vive, moral y económicamente, al día, á merced de las circunstrncias y sin un fin que regule su actividad é inteligencia; este pueblo, al que el enervamiento y las preocupaciones atan de pies y manos, por un fenómeno peculiar á los temperamentos débiles y enfermizos, suele, de tarde en tarde por fortuna, verse acometido de violentas crisis, y entonces, nervioso y apasionado, contradiciendo en un instante las creencias, costumbres y gustos de toda su vida, se levanta, da en tierra con todo cuanto halla al paso y marcha hacia adelante; pero, á pesar de lo veloz y decidido de su carrera, no penséis que va á parte alguna; avanza al azar, se dirige á la ventura, busca lo imprevisto, corre, en fin, porque estuvo parado, lo mismo que ama cosas y personas, no porque sean buenas, sino porque son desconocidas, y las aborrece, no porque sean malas, sino porque son viejas.

Como muchacho que, lleno de vicios y deseos, se acomoda hipócritamente á la disciplina paterna, hasta que un día, hurtando su libertad y peculio, da rienda suelta á sus malas inclinaciones y goza en unas cuantas horas los excesos de una larga juventud, así España, desde la Revolución del 68 hasta la fecha, ha recorrido en pocos años la vida de todo un siglo, devorando en ellos las más opuestas y quiméricas instituciones y formas de gobierno en el orden político, en el intelectual los más extremos sistemas científicos y filosóficos, y en el artístico los ideales más contradictorios.

Pero de la misma manera que al cambiar de organizacion política cambiamos de postura, no de dolor, y al combatir lo tradicional y dogmático, en nombre del libre examen, dimos en crear una secta con iglesia, dogma y culto, así en literatura, sin perder nuestros defectos de origen é influídos por las

doctrinas que venían de fuera, hicimos una mezcolanza de principios heterogéneos sin relación alguna.

III

El Sr. Cánovas del Castillo, con el acierto y precisión propios de su excepcional entendimiento, en un discurso inaugural del Ateneo de Madrid, consignó el hecho de haber ya pasado y muerto en nuestros días los tiempos de la metafísica; concepto en que hace muy poco insistió también, en un acto público, el eminente poeta Sr. Núñez de Arce.

La afirmación es exacta, y semejante fenómeno débese, sin duda, entre otras muchas circunstancias, á la vida activa, tanto política como industrial, de todas las clases sociales, al adelantamiento prodigioso de las ciencias físicas y naturales, y sobre todo al carácter mismo de la filosofía especulativa, cuyas elucubraciones, lejos de hermanarse con la realidad, degeneran en formas estériles y vacías, sin aplicación práctica de ningún género.

Estas tendencias, auxiliadas por los trabajos de la crítica, han determinado en todas las esferas de la actividad las corrientes positivistas, que de antiguo, aunque de un modo imperfecto, venían manifestándose en la literatura, hasta que Zola las precisó, bajo el nombre de *Naturalismo*, en diferentes volúmenes en que expone sus principios.

La revolución, ó, para ser más exacto, la perturbación que las doctrinas del novelista francés han producido en España, ha sido inmensa, hasta tal punto que, lo que del otro lado de los Pirineos es una escuela ó dirección artística entre varias, de este otro lado se presenta como un *zolaismo* con carácter epidémico y contagioso.

Es verdad que existen entre nosotros escritores á los cuales no ha alcanzado esta fiebre perniciosa; otros que, distinguiendo entre *zolaismo* y *naturalismo* (con cuyas palabras pretendo expresar dos cosas distintas: lo serio y lo bufo, la manía y el dis-

cernimiento), se han aprovechado del último para, sin perder su originalidad, imprimir en sus obras una dirección más conforme con los gustos del día; pero, la mayor parte, dando contra las paredes, han sacado las cosas de quicio, atribuyendo tales disparates y errores *al maestro* que, por su enormidad, bien pudieran penarse como delitos de injuria y calumnia.

Y es que, teniendo en cuenta lo que dejo apuntado sobre el carácter y naturaleza de nuestro país, los positivistas, darwinistas, naturalistas y demás *istas*, lo son todos de imaginación, de pura imaginación; con conocimiento de causa, muy pocos.

El naturalismo (y allá va uno más en discordia), no sólo es y dice vuelta á la realidad y á la naturaleza como fuentes de inspiración y conocimiento, ó punto de partida que el autor ha de tener principalmente en cuenta antes y en el acto de la concepción y desarrollo de sus obras, sino que, además de este concepto directo, significa también aplicación del procedimiento y método de las ciencias positivas á la literatura, esto es, arte por principios científicos, no por reglas retóricas; observación y experiencia, ó lo que es lo mismo, verdad y certidumbre de ella; reacción literaria contra el romanticismo y sus formas abstractas é idealistas; estudio físico y moral del hombre y del medio que habita influyéndose recíprocamente; exclusión de la utopía, sea cual fuere, como algo sustantivo é independiente del individuo, pues no puede negarse que existen hombres utopistas; nada de suprasensible, sobrenatural, ni metafísico; y, por último, más allá de todo esto, y como síntesis de sus propósitos, la vida en la naturaleza, el hombre en la sociedad, arte humano, procedimientos humanos, humanismo.

No es ocasión de inquirir si éste es un idealismo vuelto del revés, si en vez de subir desciende, si es medicina ó enfermedad, si es arte ó ciencia, verdadero ó falso, bello ó defectuoso; lo cierto es que existe y tiene estas aspiraciones y significado.

Pero los críticos y escritores de aquí, naturalistas por romanticismo, han convertido en metafísico lo que es experimental y empírico; otros, *mezclando lo divino con lo humano, que es un género de mezcla de que no se ha de vestir ningún cristiano en-*

tendimiento, han hermanado las *crudezas* naturalistas con las Santas Escrituras; alguien ha entendido que el *quid* de la nueva escuela estaba en la descripción, y ha impreso hasta 600 páginas, sin claros ni regletas, describiendo el cielo y la tierra con todos sus pormenores; y no ha faltado quien, tomando lo excéntrico y accesorio por lo fundamental y exclusivo de la *buena nueva*, ha cargado la mano en lo brutal y sucio.

Todo lo cual, si no es naturalismo, es, en cambio, la cosa más natural del mundo; porque, lo que no es personal, lo que no nace del individuo, lo que no se razona ni siente, ni es íntimo ni tiene carne de nuestra carne ni hueso de nuestros huesos, es una ridícula caricatura concebida por una imaginación sin concierto y trazada por la mano torpe, inhábil é inexperta de un hombre sin cultura.

Procurando borrar de la memoria tan doloroso espectáculo, en el quee xcelentes ingenios se extravían y sucumben (como mi amigo el Sr. López Bago), me permitirá el lector, si es que en tan grata compañía camino, que considere ahora á aquellos otros que, atentos á las enseñanzas de la experiencia y progresos de su siglo, practican y estiman el arte sin subordinarlo ciegamente al último figurín del día *ni abatirlo al servicio y granjerías del vulgo.*

IV

La llamada poesía lírica, nombre insuficiente para expresar las nuevas formas de este género literario, va decayendo como expresión íntima y particular del ánimo del poeta, ya porque entre éstos no haya grandes pasiones, ó bien porque al público le interesen poco ó nada desgracias y venturas ajenas.

Buena prueba de ello es la indiferencia con que, hasta por los periódicos callejeros, se han recibido dos ó tres volúmenes dados á la estampa últimamente.

Suelen adolecer todos ellos de descuidos é incorrecciones, tanto más censurables cuanto que, en esta manifestación del

género lírico, la forma es elemento esencialísimo, y no se encuentra compensada por la originalidad de la idea ni por la sinceridad de los sentimientos, falsos y artificiosos siempre.

Sólo Manuel del Palacio, por su dicción fácil y castiza, sabe escribir como ninguno esas composiciones, que encierran en breves líneas la grata ó dolorosa impresión de un instante, un recuerdo feliz ó adverso, y otras veces oportunos y discretísimos pensamientos.

Esta manera de producir, la más elemental en el arte, ha ido lentamente desarrollándose, y el poeta, influído por otras literaturas, por la movilidad de las costumbres, los contrastes de las pasiones y la ruda batalla de la vida, en la que tantos intereses se disputan, ha unido al sentimiento la acción dramática y ha creado el *pequeño poema*, como lo denomina su iniciador.

El *poema* es un progreso evidente sobre la *leyenda;* ésta tiene más luz, más color, más brillo; pero aquél es más real, más profundo y más humano.

Entre *Margarita la Tornera* y *Los amores de una santa*, media una revolución.

Zorrilla es el poeta creyente y caballeresco de un pueblo, en el que, con la unidad religiosa, se han conservado todas las tradiciones políticas y literarias al través de los siglos; Campoamor es el poeta burlón y escéptico (así sea de tejas abajo, como él mismo dice), que ha perdido la fe al ver cuán fácilmente caen y pasan instituciones, principios y creencias que parecían eternos.

El imperio y poder de las ideas modernas, puede apreciarse en el autor de las *Doloras* mejor que en otro escritor cualquiera.

Campoamor, de educación y espíritu metafísicos, es el más realista y positivo de todos los poetas; su agudo ingenio ha vencido sobre las abstracciones filosóficas; el resultado de este vencimiento se manifiesta en el humorismo de sus obras; porque el humorismo no es otra cosa que la expresión sarcástica del dolor que aflige á una alma noble y grande, cuando pierde las esperanzas é ilusiones de toda una larga existencia.

Pero, quien ha personificado el estado moral y las tribulaciones de nuestra época ha sido Núñez de Arce, el que con verdadera contrición y franqueza ha expuesto *la duda* que, como á él, atormenta á sus contemporáneos.

—De tantas ruinas y catástrofes—le he oído decir—últimamente, dos convicciones me restan: la creencia en Dios y en la inmortalidad del espíritu.

De forma incomparable, de gusto exquisito y delicado, de alteza de miras y de carácter severo, posee Núñez de Arce un claro entendimiento y una vivaz fantasía, siendo, por su sobriedad y concisión de estilo, dado á las entonaciones épicas.

De haber vivido en la Edad Media, hubiera superado en la epopeya al vate florentino; pero en la actual, el autor de *El Vértigo* y *La selva oscura*, penetrado por las ideas novísimas, tiene que producir, necesariamente, obras como *El Idilio*, *La Pesca* y *Maruja*, sin contar los *Gritos del combate*, que, como su título indica, son composiciones creadas bajo angustias y desfallecimientos del momento.

Maruja, su último poema es, desde el punto de vista de la sencillez en la concepción y la naturalidad (no el naturalismo) del asunto, de las descripciones y del diálogo, el mayor esfuerzo de realidad y de observación posibles; si no estuviera firmado por Núñez de Arce, muchos dudarían que fuese suyo.

Campoamor y Núñez de Arce son las personalidades más gloriosas de la poesía lírica española; nadie como el primero dice las cosas más sublimes de una manera tan sencilla, ni nadie tampoco como el segundo dice las cosas más sencillas de un modo tan sublime.

Fuera de ellos, unos cuantos jóvenes, con mejores deseos que aptitudes, siguen los caminos de estos dos incomparables maestros, imitándolos en su parte exterior y formal; son los mismos que ayer hacían *becquerianas*, después *doloras* y hoy escriben *poemas*.

V

Siguiendo la progresión de las formas literarias, tócame considerar el teatro, el cual se halla también hostigado por la necesidad presente; es decir, por ser traducción fiel y artística de la existencia humana; pero, menos afortunado que los otros géneros, batalla, con tanto brío como inutilidad, sin dar con la fórmula que ha de rejuvenecerle.

En vano Sellés, con su concienzudo ingenio, lo ha intentado dos veces; por una parte el público, en cuyos oídos vibran todavía las largas y armoniosas relaciones líricas del drama romántico y los voluptuosos compases de las canciones *flamencas*; por otra la desnudez y atrevimientos del inimitable autor de *El nudo gordiano*, y más que nada, el error de haber partido del teatro francés en lugar de haber trasladado á la escena las costumbres, vicios é hipocresías de ese mismo público que le censuraba la crudeza y sinceridad con que reproducía en sobria y correcta habla castellana conceptos y debilidades muy comunes y frecuentes á nuestra flaca naturaleza, han sido causa, sin duda, de que fracasen sus nobles propósitos, su vocación decidida y sus generosos esfuerzos.

Aunque parezca increible, D. José Echegaray, el autor más romántico y el romántico más incorregible del teatro moderno, también ha pretendido, aquejado por igual padecimiento, reflejar en sus dramas esa realidad siempre presente y siempre fugitiva que todos vemos y sentimos, y que á tan pocos es dado aprisionar.

El insigne dramaturgo, grandioso como nadie en las concepciones y sin rival en los efectos, ha procedido en *De mala raza*, como en *O locura ó santidad*, por principios abstractos, planteando un problema antes que una acción, tesis en vez de personajes, silogismos en lugar de afectos.

Acostumbrado á subordinarlo todo al efecto ó á una idea preconcebida, va á ellos directamente, sin reparar en la bon-

dad ni legitimidad de los medios, á la manera de quien, teniendo que salir de su casa á la calle con urgencia, prefiere arrojarse de cabeza por el balcón á bajar los tramos de la escalera uno á uno; indudablemente que llegará más pronto.

Estos procedimientos falsos y absurdos engendran caracteres falsos y situaciones absurdas también, y si por un momento ofuscan á las gentes produciéndolas, no emociones, sino sensaciones fuertes, llegan á la larga á producirles cansancio y mala opinión de ese género, en el cual, como en los juegos de prestidigitación, el engaño es su principal elemento.

VI

Quien de los tres géneros hermanos ha logrado la palma de la victoria y ser reflejo de verdad y de belleza, cautivando al lector hasta el punto de no diferenciar éste los episodios y sentimientos de una acción imaginativa, de los sentimientos personales y de sucesos en los que acaso él mismo ha sido actor y protagonista, ha sido la novela, en la cual cuenta España muchos y muy notables escritores.

¡Lástima grande que Alarcón, en un momento de mal humor, haya hecho voto y promesa de castidad literaria, precisamente cuando en la imaginación traía *La buena moza*, novela que, según mis noticias, correspondía tanto á su título, que, de haber nacido, seguro estoy de que hubiera vuelto locos de remate y románticos de capirote á los más testarudos naturalistas!

Este suicidio literaria del Sr. Alarcón me recuerda una preciosa poesía del mismo, la cual, muchos años hace, vive, oscura y desconocida, entre las hojas de un álbum.

Dice así:

Nadie muere de amores,
Dicen de nuestro siglo los doctores;
Mas cuando bien se quiere,

Muere el alma de amor, ó el amor muere.
Y debe ser incómodo, por cierto,
Llevar siempre en el alma un amor muerto.

No menos es de sentir el apartamiento del jamás como se debe alabado novelista D. Juan Valera, quien, rompiendo su largo é imperdonable silencio en estos últimos meses, ha dicho en esta REVISTA DE ESPAÑA tan graciosas sutilezas y tan donosos conceptos á propósito del naturalismo, que sólo esto fuera bastante á perdonarle la pereza en que vive, por el regocijo y contento que ha proporcionado con tales escritos á sus muchos admiradores.

Pero, á pesar del retraimiento de tan principales literatos, la novela ha producido abundantísima cosecha en el año que acaba de trascurrir, sin que el número haya perjudicado á la variedad y calidad de sus autores.

En este género literario el escritor ha de tener presente dos elementos: los personajes que han de intervenir en la fábula, y el medio en que los personajes viven; el primero constituye la *acción*, el segundo es objeto de la *descripción*.

La descripción da á conocer las cosas y los lugares; los caracteres se manifiestan mediante la acción.

Esta es un elemento muy complejo, en el que entran la pintura de las personas, los hechos, episodios y situaciones, en los cuales intervienen aquéllas en un tiempo determinado y en ocasiones y circunstancias diferentes.

La unidad de todos estos hechos, episodios y situaciones, la determina *el carácter* del individuo; porque, como en el orden físico cada cosa engendra su semejante, en el moral cada acontecimiento es el resultado lógico de otro anterior de la misma índole, el cual á su vez es causa de otros de la misma especie.

Con estos sumarísimos datos, y sin perder de vista que la novela es antes que nada expresión literaria, podrá apreciarse fácilmente hasta qué punto realizan dichos fines los diversos autores que á ella se consagran.

Entre los recién llegados merece especial mención un fes-

tivo escritor, quien, de sólo un paso y con su primera obra, ha logrado, por privilegio de su talento, colocarse entre el número de los elegidos; me refiero á *La Regente* de Leopoldo Alas, novela escrita con suma perspicacia y atinado esmero, y en la cual, además de la intención crítica y el tono satírico que la avaloran, se reflejan las altas cualidades de su autor, observador sagaz y atento, de clara y despierta inteligencia y de amenísimo estilo.

Como el autor de *Sotileza* ha estereotipado una región de la montaña, dibujando al pormenor sus interesantes tipos y originalísimas costumbres.

No tan profundo y minucioso, pero sí tan humano y más feliz en la delicadeza de los afectos, es Palacio Valdés, cuyas últimas obras se traducen en estos momentos á diferentes idiomas.

Si Octavio Picón cuidase los caracteres como el estilo, y, amén del diálogo , entretejiese la acción con tanta verdad como describe la naturaleza, este joven literato, por los primores y bellezas que derrocha en sus escritos, sería, casi, casi, el Alfonso Daudet de España.

VII

No me permite la escasez del tiempo dar cuenta á mis lectores, con el detenimiento que se merecen, de la significación é importancia en nuestra literatura de dos eximios novelistas que, como Doña Emilia Pardo Bazán y Pereda, son honra y gloria del arte y habla castellanos, y cuyos méritos pueden competir y aventajar á los nombres más encopetados y famosos que ha canonizado la crítica europea.

Pero, aunque sea de paso y sin referirme á *Los Pazos de Ulloa*, cuyo libro no ha venido á mis manos, quiero decir, en descargo de mi conciencia, dos palabras á la eminente autora de *Un viaje de novios*; y es (¡bien sabe Dios la buena intención que me anima y el afectuoso respeto con que lo escribo!) que

me parece que trata á su ingenio como ciertas madres adustas tratan á sus hijos; las cuales ahogan bajo una estrecha disciplina expansiones propias de la infancia, mandándoles estarse quietos cuando quieren correr y no permitiéndoles decir «esta boca es mía» cuando desean hablar.

Así creo ver el talento de esta escritora en sus hermosas novelas: inquieto, nervioso é impaciente por volar, en tanto que ella escogita una frase con que decir lo que su imaginación ya ha olvidado bajo la impresión de nuevas ideas y sentimientos.....

.....

.....

Ya iba á poner mi firma á los pies de doña Emilia Pardo Bazán, cuando oigo á no sé quién que me pregunta:

—¿Y Galdós?

—¡Ah! es verdad; se me olvidaba que este año ha escrito la contestación al discurso de la Corona.

Vicente Colorado.

CRONICA POLITICA INTERIOR

23 de Enero de 1887.

La disidencia liberal y la disidencia conservadora se han fundido en una sola agrupación, con el nombre de *partido liberal reformista*.

Este ha sido el acontecimiento político de la última quincena.

En nuestra *Crónica* anterior, hablando de la situación en que había quedado la izquierda democrática, al separarse de ella el Sr. Becerra y sus amigos, dijimos que nada autorizaba, por entonces, á creer que las fracciones que dirigían el general López Domínguez y el Sr. Romero Robledo tomaran esta resolución; porque, precisamente, en aquellos días, estaban defendiendo, con más entereza que otras veces, el General López Domínguez los principios y los ideales de la izquierda, calcados en la famosa carta de Biarritz, y el Sr. Romero Robledo los motivos de su disidencia, explicados en las postrimerías de las últimas Cortes conservadoras y repetidos y comentados en la anterior legislatura. Pero los hechos han demostrado que los jefes de una y otra fracción venían preparando un concierto de ideas y de intereses y que este concierto podía realizarse, como se ha realizado, sin grandes dificultades.

El Sr. Romero Robledo acepta los principios de la izquierda democrática, que son el Jurado, el Matrimonio civil, el Sufragio universal y la reforma de la Constitución, llevando su generosidad

hasta proclamar jefe del partido nuevo al general López Domínguez; éste acepta las ideas y las soluciones económicas del Sr. Romero Robledo, y de esta inteligencia, en que la buena voluntad de ambas partes ha sido el principal factor, ha resultado el partido liberal reformista, cuyo programa—según ha dicho el Sr. Romero Robledo—«se encierra en la defensa de la Monarquía constitucional con principios más liberales que los que ostentan y defienden los demás partidos monárquicos.»

Saludamos al nuevo partido y le deseamos todo género de prosperidades, si éstas han de redundar en bien de la patria, de la libertad, de la Monarquía y de la dinastía; pero algo hemos de decir de lo que este partido representa en el concierto general de las fuerzas políticas, de lo que pesa y puede pesar en la opinión pública y de lo que pueden esperar las instituciones de su concurso.

Los partidos son factores esenciales en el régimen representativo, porque llevan la voz de todos los intereses, principios, opiniones, teorías y sentimientos que forman, en su grandioso conjunto, la vida de la nación; pero no son ni pueden ser instituciones ú organismos políticos reconocidos por la Constitución y regulados por una ley, porque dejarían de representar la opinión pública y de ser su expresión más adecuada. Tienen algo del carácter y del modo de ser de las escuelas filosóficas, por cuanto profesan principios fundamentales y parten de ellos para las reformas del derecho; pero se diferencian de las escuelas en que constantemente están renovándose y modificándose, según lo van requiriendo las necesidades de la época. De aquí que sea imposible determinar el número de partidos que se necesita para el desenvolvimiento del régimen parlamentario y, sobre todo, fijar de una manera precisa el cuerpo de doctrina en que todos y cada cual de ellos tengan que encerrarse para sus soluciones de gobierno, en el orden político y en el orden administrativo.

Algunos tratadistas sostienen que es indispensable, para hacer eficaz el gobierno del pueblo por el pueblo, la existencia de cuatro partidos: el absolutista, el conservador, el liberal y el radical; pero estos mismos autores reconocen que el primero no tiene más misión que la de mantener vivo el interés histórico, para evitar que la sociedad se olvide de sus tradiciones; que el último realiza la suya avivando la fe

y manteniendo la esperanza en los ideales del porvenir, y que la dirección del poder público corresponde, alternativamente, á los partidos liberales, llamados á reformar y renovar la legislación, y á los partidos conservadores, llamados á consolidar y mejorar la obra del progreso. Esta teoría, que es la que más prosélitos ha hecho en Europa, durante este siglo, ha formado esa especie de creencia de que en el sistema parlamentario son indispensables dos grandes partidos y que es impolítica y peligrosa la existencia de uno ó de algunos más. De esta creencia no participamos totalmente nosotros; porque puede darse el caso de que los dos partidos que vengan turnando en el poder no sean bastante fuertes para mantener la paz pública y el prestigio de las instituciones, y entonces la opinión crea é impone otro ú otros que puedan hacer frente á las circunstancias y salvar los grandes intereses de la patria. ¿Viene en nombre de esta suprema necesidad y para estos fines el partido liberal reformista? Por de pronto, el Sr. Romero Robledo ha perdido tres diputados de los más importantes de su corta fracción: el Conde de Heredia Spínola, el Sr. Rodríguez de San Pedro y el Sr. Castell, lo cual demuestra que no todos los conservadores que le siguieron en su disidencia contra el Sr. Cánovas están dispuestos á acompañarle en este nuevo viaje; y si á esta consideración unimos la de que el partido conservador no ha perdido fuerza ni prestigio, y la de que el partido liberal cuenta con la confianza de la Corona y con el apoyo de mayorías numerosas, en una y en otra Cámara, tendremos que el advenimiento del nuevo partido es simplemente obra de la voluntad del General López Domínguez y del Sr. Romero Robledo, pero no resultado de necesidades superiores de la política.

En los procedimientos para la formación de este nuevo partido no encontramos algo que no hayamos visto en la creación de todos los demás. El partido conservador que el Sr. Cánovas dirige debió su origen á la conciliación de los moderados que siguieron al Conde de Toreno, á Cárdenas, al Marqués de Orovio, al Marqués de Molins y á D. Alejandro Castro, con los unionistas que seguían á Alonso Martínez, Calderón Collantes, el Marqués de la Vega de Armijo, D. Manuel Silvela, Ayala y Romero Robledo y hasta con elementos de procedencia progresista, como Groizard y como Candau. Este partido,

que en los primeros años del reinado de D. Alfonso XII tomó el nombre de *conciliación*, sufrió una profunda disidencia, provocada por los elementos más liberales, á poco de promulgado el Código fundamental y precisamente por la interpretación que había de darse á varios de sus artículos en las leyes orgánicas. De aquella disidencia nació el *Centro parlamentario*, que desapareció para fundirse con las fuerzas que siguieron al General Martínez Campos, cuando sus mismos amigos le derribaron del poder y, más tarde, con el partido constitucional.

El partido liberal, tal y como está hoy organizado, debe también su origen á una vasta conciliación de fuerzas y de intereses políticos. Como el conservador, sufrió una profunda disidencia, al separarse el Duque de la Torre, con varios de sus amigos, para formar la izquierda de la monarquía; pero de esta disidencia, trabajosamente sostenida, lo único que ha quedado es la fracción que sigue al General López Domínguez; porque el primero que la inició, el Sr. Balaguer, volvió á su antiguo campo de una manera honrosa, y porque los demócratas monárquicos que se unieron resueltamente á la izquierda pactaron más tarde con el partido liberal un programa político, y con él vinieron á fundirse en aquella gran colectividad, bajo la direccion, por todos reconocida y respetada, del Sr. Sagasta.

Para estas conciliaciones y para estas fusiones, que el instinto político iba aconsejando y que el patriotismo de unos y de otros venía después á sancionar, todos tuvieron que sacrificar algo de sus principios y de sus ideas, avanzando ó retrocediendo, según lo demandaban las circunstancias. Once años van trascurridos desde que las Cortes discutieron y votaron la Constitucion de 1876; aún nos parece estar oyendo los discursos que se pronunciaron desde los bancos de la oposición, desde los bancos de la mayoría y desde el banco azul, impugnando ó defendiendo la totalidad y los artículos de aquel Código; aún recordamos los grandes debates políticos que, antes y después de promulgada la Constitución, tuvieron lugar en aquellas Cámaras: ¿quién está ahora donde mismo estaba? ¿Quién piensa ahora lo mismo que pensaba? Nadie ó casi nadie. El partido conservador es hoy más liberal que entonces; el patido liberal es hoy más democrático que entonces era; todos han cedido; todos han avanzado, porque

en esta flexibilidad de relaciones y en estas sucesivas inteligencias es en lo que estriba el prestigio del sistema parlamentario y la ventaja de la Monarquía constitucional para realizar el progreso en las instituciones y en el derecho.

Todas estas reflexiones nos conducen á demostrar que, por fuerte que haya sido la rectificación que el Sr. Romero Robledo ha hecho en sus opiniones, para poder aceptar, en un momento, los principios fundamentales de la izquierda, y por grande que sea el sacrificio que el General López Domínguez se impone al aceptar las opiniones económicas del Sr. Romero Robledo, no debe sorprender á nadie esta fusión de ideas, aspiraciones é intereses; porque, precisamente, en los catorce años que llevamos de Restauración, apenas nuestros hombres políticos han hecho más que provocar y resistir disidencias, pactar y concluir fusiones y conciliaciones.

Pero si el partido liberal reformista no es reprochable, ni por el procedimiento en virtud del cual se ha organizado, ni porque constituya una perturbación, ni mucho menos un peligro, en el concierto de las fuerzas políticas del país, no por eso hemos de concederle que sea un partido dotado de medios suficientes para alternar desde luego en la dirección del poder. Le falta el prestigio social que llevan consigo las altas representaciones de la Iglesia, de la nobleza, de la banca, del ejército y de las letras; le falta el prestigio político, que arranca de una gran suma de ex-ministros y de hombres superiores en el Parlamento y en la Administración; le falta, en fin, el prestigio de la opinión pública, que no consiste en unas cuantas docenas de comités, sino en la confianza que se inspira á todas las clases, á todos los partidos y á todos los intereses de la sociedad. ¿Podrá adquirir, con el tiempo, estas condiciones y aspirar, con justos títulos, á la dirección del poder? Esto dependerá, en primer término, de su conducta y de los medios que emplee para contribuir á la obra legislativa, y, en segundo, de la conducta que siga en el Gobierno el partido liberal que dirige el Sr. Sagasta.

Las Cortes han empezado sus tareas el día 17 del actual. Esta legislatura promete ser fecunda y provechosa. Todos los partidos están ansiosos de discutir y votar leyes que atiendan preferentemen-

te á fomentar los intereses morales y materiales del país, que se hallan en una dolorosa decadencia. Las grandes discusiones políticas interesan y exaltan á los que hacen de la política una profesión; pero no interesan ni ya fascinan á los pueblos, que envían á sus diputados para que procuren mejorar la condición del país, que ve sucumbir su agricultura y sus industrias por falta de vías de comunicación; por falta de seguridad en los campos; por falta de instituciones de crédito que faciliten capitales á un módico interés, y porque la usura y el fisco consumen las escasas utilidades del labrador. En este sentido se expresó el Presidente del Consejo de Ministros, al pedir su concurso á los diputados de la mayoría, en la reunión del 15 del actual. «Tenemos—dijo—un compromiso muy importante con el país, y este compromiso consiste en satisfacer sus necesidades, y hay que satisfacerlas reorganizando los servicios públicos, depurando y perfeccionando la Administración, creando la Hacienda municipal, fomentando todas las fuentes de riqueza pública, atendiendo con solicitud á los males que está padeciendo la agricultura, que no puede continuar así, abriendo mercados y estableciendo nuevas corrientes para nuestro comercio.»

Las palabras del Presidente del Consejo produjeron tal efecto en la opinión que, apenas empezaron las sesiones en los Cuerpos Colegisladores, se entró en el examen de leyes de interés económico, como la de admisiones temporales, y en el de leyes de interés material para algunas regiones que piden, con razón, carreteras y caminos de hierro. Venía anunciándose que el Sr. Romero Robledo haría una interpelación vigorosa, con motivo de la evasión de los sargentos procesados y presos por los sucesos del 19 de Setiembre, y la interpelación quedó reducida á una extensa y hábil pregunta del diputado Sr. Montilla, al que contestó de una manera satisfactoria el Sr. Ministro de la Guerra. Se había dicho que los diputados de Cuba y de Puerto Rico harían otras interpelaciones, para tratar asuntos de gran interés para aquellas Antillas, y todo quedó reducido á una sencilla interpelación del Sr. Lastres, á la cual contestó el Ministro de Ultramar dando las más cumplidas y las más elocuentes explicaciones de la conducta del Gobierno al resolver un expediente de concesión de un ferrocarril de vía estrecha en Puerto Rico. Ha empezado la discu-

sión del proyecto de ley de arrendamiento de la Renta de Tabacos, consumiendo el primer turno contra la totalidad el diputado conservador Sr. Sánchez Bedoya, y pronto se empezará á discutir la autorización para el contrato con la Compañía Trasatlántica, asunto que va ganando mucho terreno en el ánimo de los diputados, porque disipadas algunas dudas que ocurrieron al principio, se comprende ya que este contrato ha de producir grandes beneficios al comercio, á la industria y al interés general de la nación.

La actitud de la mayoría empieza á preocupar, creemos que sin motivo suficiente, á muchos hombres políticos. De que la votación del Presidente de la Cámara popular, Sr. Martos, no haya sido, en esta legislatura, tan numerosa como lo fué en la anterior; de que, en las Secciones, hayan sido derrotados tres ó cuatro candidatos de los que el Gobierno indicó para la Comisión de presupuestos; de que la Comisión de gobierno interior haya sido esta vez votada sin previa designación de los candidatos; de que algún periódico, que hasta ahora ha defendido con gran energía la política del Gabinete, se muestre ya un tanto quisquilloso; de que los amigos del Marqués de la Vega de Armijo y del Sr. Gullón insistan todavía en sus discrepancias; y, por último, de que dos ó tres diputados de la mayoría se hayan separado de ella, por motivos que no afectan á la política general del Gabinete, deducen los pesimistas que la mayoría está á punto de romperse, devorada por un profundo malestar. No lo vemos así nosotros; la mayoría de este Congreso, como la de todos los Congresos liberales, tiene una gran independencia en sus opiniones y en sus actos; pero de esto á romper los vínculos de la disciplina, para producir disidencias que, quebrantando al Gobierno, quebrantarían y anularían, á la postre, al partido que todos representan, hay una gran distancia.

Los resentimientos personales, las quejas de un diputado con este ó con aquel Ministro, los celos y las emulaciones á que pocos hombres políticos saben sustraerse, no son motivos serios para abandonar un partido; quien se deja influir por móviles tan livianos y en ellos inspira su conducta, da prueba de la inferioridad de su carácter y de su escasa fe; pero los Ministros y, sobre todo, los jefes de partido,

deben tener en cuenta que vale más evitar las quejas que condenarlas después. El diputado que tiene conciencia de su posición, no se aviene buenamente á que un Ministro deje de atenderle en sus pretensiones, cuando éstas son legítimas, ni á ser pospuesto á otros que, ni tienen mayores méritos, ni acaso han tenido tiempo de prestar mejores servicios; y cuando ve que en el ánimo del Ministro pesan las simpatías personales más que otras consideraciones superiores, se cree humillado y, desde aquel momento, empieza á pensar en que su humillación irá siendo mayor á medida que siga prestando su apoyo á un Ministro que estima en poco su leal adhesión. Estos resentimientos de amor propio son casi siempre el móvil de las desviaciones y de las disidencias; y aquí es donde más cuidado deben poner los jefes de partido y los Ministros que tienen á su cargo la dirección de las mayorías.

No creemos que en la mayoría actual haya quien tenga esas quejas ni esos resentimientos de amor propio; pero, de todos modos, hay que procurar que la mayoría permanezca en la más cordial inteligencia con el Gobierno.

Francisco Calvo Muñoz.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

23 de Enero.

Antes de condensar y exponer á la consideración de nuestros lectores, los hechos más salientes de la política internacional que se desenvuelven en la vieja Europa, habremos de hacer algunas indicaciones respecto de los que tienen lugar en la parte Sur del Continente americano.

La luchas civiles de localidad y de pandilla, según parece, van levantando nuevamente la cabeza en la floreciente República Argentina. Los partidarios de D. Máximo Paz y del Sr. Doctor Achaval, candidatos para el gobierno de la provincia de Buenos Aires, fueron creciendo en agitación hasta el punto de que, al aproximarse el día de las elecciones, se repitieran los actos de violencia y de fuerza, resultando colisiones en diversos puntos de la provincia, lo cual acusa una falta visible de costumbres políticas serias y circunspectas, que permitan al ciudadano moverse á su voluntad libre y espontánea, produciendo con la emisión de su sufragio, el rumbo que su conciencia le dicte dar á la política.

Es cosa extraña que, después de tantos años de emancipación y libertad que gozan estos países, sin la norma más ó menos acertada de un poder permanente y hereditario, y sin la presión de clases aristocráticas, no hayan podido constituir un régimen pacífico, normal y

seguro. Y no cabe duda ninguna en que la prosperidad de aquellos pueblos, que es grande hoy, lo seríria mucho mayor si hubieran alcanzado el orden y la paz á que aludimos; porque cosa olvidada es de puro sabida en política que, para la vida de los pueblos, tiene ventajas un mediano régimen que mantiene la paz, sobre un excelente sistema que vive en el tumulto.

La política allí tiene puramente el carácter de personal, y las evoluciones se suceden con la misma rapidez que aumentan disminuyen las simpatías, y el número de parciales que acaudilla cada personaje, sin que influyan grande cosa los principios y reformas que cada uno represente.

La República del Perú, según las últimas noticias, parece amenazada de nuevas complicaciones que pudieran conducirle á otra guerra tan calamitosa y triste, como fué la que sostuvo con Chile. Tenemos entendido que el Gobierno de Bolivia ha suscitado rozamiento de importancia, y últimamente, creemos ha entablado negociaciones para adquirir un puerto en el Pacífico, dirigiendo sus miras sobre Arica. Estas aspiraciones no son de hoy, sino qne desde hace mucho tiempo envidia á sus vecinas las Repúblicas de Chile y del Perú las dilatadas costas que poseen.

Muchas personas atribuyen á una propiedad de raza la inquietud de estos pueblos, asegurando que, como nacidos de sangre española, son levantiscos y descontentadizos, caminando, por lo mismo, muy lentamente por las vías del progreso. Nosotros, por el contrario, estimamos que estos reveses y desgracias, como igualmente la agitación tan prolongada que sufren, estriban en que estas razas meridionales se avienen mal con la forma de gobierno genuinamente democrática.

Es, sin duda, una desgracia, y no pequeña, la de tratar siempre de asuntos que envuelven grandes temores y pavorosas profecías.

¡Cuánto más grato y halagüeño fuera para todos, ocuparse en cosas que tuvieran relación con el fomento de los productos materiales, con el aumento del bienestar general, con la indefinida cultura de los pueblos, olvidando todo riesgo, toda malquerencia y todo accidente sangriento! pero esto supondria que la humanidad era según nuestro deseo, y no como realmente es. Por tal motivo tenemos que

mezclar, y aun anteponer, las nuevas que se refieren á las luchas intestinas ó al choque de los Estados, que significan raudales de sangre y oro arrancados á los mismos; tenemos que anteponerlos y darles más extensión y preferencia, que á las especies que tienen por fundamento los prodigios del trabajo y las maravillas de la ciencia.

Un fenómeno digno de estudio se repite casi constantemente en un Estado, que antes tenía reconocida importancia por su brillante historia, y en los últimos años lleva consigo la representación de la fuerza, y la mayor suma de influencias que puede darse en la política internacional. Este Estado es el Imperio alemán; y este fenómeno, la contradicción en que se encuentran las determinaciones de su Gobierno y las tendencias y empeños del Reichstag. Mientras el primero, simbolizado principalmente por la perseverancia y sincero patriotismo del Emperador, así como por la vasta inteligencia y férreo carácter de su Canciller, acometen empresas atrevidas y plantean problemas que entrañan la seguridad y engrandecimiento de su patria, el Parlamento les obstruye el paso sin cesar, les detiene, les rodea de dificultades y hace que al exterior repercutan anuncios de peligros internos mucho mayores de los que existen en esa nacion, y de los que cuentan todos los Estados en más ó menos escala.

Parecía cosa natural y corriente que, dados los inmensos éxitos obtenidos por estos dos célebres personajes en pró de su país, y que teniendo en cuenta las circunstancias por que atraviesa Europa, y singularmente la actitud de Francia, que cualquiera medida, cualquier proyecto que propusieran para la seguridad del suelo patrio, fuera recibido y votado con aplauso. Y, sin embargo, no sucede así. Por el contrario, en tanto que la mayoría de los pueblos y el ejército asienten con júbilo á las miras del Gobierno, el Parlamento presta á ellas tenaz y constante resistencia.

Este fenómeno sólo puede explicarse por una animadversión de cierto número de políticos ó de representantes hacia el anciano Canciller; ya porque hayan despertado excesivas envidias sus talentos y sus triunfos, ora porque moleste el amor propio de muchos patricios, la prolongada omnipotencia de aquel respetable hombre público, es lo cierto que, al procurar el Emperador y el Príncipe de Bismarck robustecer con nuevas fuerzas militares los medios de sostener la paz,

han querido aquéllos que asomen al exterior trabajos y dificultades que en realidad no existen, y que de existir significarían una debilidad positiva del Imperio.

Tal ha acontecido en los últimos días al proponerse el aumento del ejército. Con este motivo, el dicho Canciller ha sostenido una lucha vigorosa para demostrar la necesidad y conveniencia de su petición, y en este debate ha pronunciado varios discursos, que han servido de tema para estudios y comentarios de todos los políticos y periodistas de Europa y del mundo entero.

En el empeñado debate suscitado con tal motivo, era tan grande la obstinación del Gobierno por hacer prevalecer el proyecto, y de las oposiciones por matarlo y derrotar al Gobierno, que con insistencia ha hecho uso de la palabra el Príncipe de Bismarck, tan parco en las discusiones, y lo que es más raro aún, ha tomado también parte en la contienda el Conde de Moltke, emitiendo ambos personajes conceptos de alta consideración, opiniones y presentimientos que debieron inspirar cuidado y estudio á los representantes; pero, sin embargo de todo ello, contestaron con una votación negativa, que determinó la derrota parlamentaria de todos conocida. Y ya sea que las palabras de los dos referidos personajes tengan que recordarse en tiempos venideros y tristes, ó ya como muestra de previsión y cordura, bueno será consignemos aquí las más significativas pronunciadas por ellos.

«Los gobiernos fuertes y poderosos—dijo el feld-mariscal—son la mayor garantía de la paz. El verdadero peligro para las naciones consiste en las ambiciones de los políticos de profesión y en la influencia que tienen sobre la opinión pública.

»Si algun Estado europeo—añade—puede influir y lograr la conservación de la paz, es sin duda la Alemania, cuyos trabajos consisten exclusivamente en mantenerse á la defensiva. Para defenderse de una manera invencible y conservar eficazmente la paz, es preciso tener preparada en absoluto la guerra.»

Y termina con estas palabras, que producen grandísima sensación:

«Si el proyecto del Gobierno es rechazado, la consecuencia inmediata será la guerra.»

El Príncipe de Bismarck usa luégo de la palabra, y dice:

«Muy difícil fué hacer la paz de Francfort; pero es más difícil aún mantenerla. Esto exige sacrificios del pueblo alemán que, si no fuera por su patriotismo, los haría por espíritu de conservación.

»Las relaciones entre Alemania y Austria son más íntimas y confidenciales que en tiempos de la Confederación alemana.

»Es preciso mantener la paz en favor de esta parte del mundo; mas para esto se necesita un ejército poderoso, mayor del que teníamos.

»Nuestras relaciones con todas las potencias son excelentes, y respecto á Rusia, amistosas.

»La cuestion de los Balkanes no ha sido para el Imperio alemán ni un solo momento materia de conflicto.

»Sin duda yo habría considerado el hacer una guerra por Bulgaria como una traición cometida contra mi país.»

Por los párrafos trascritos se ve claramente que los dos oradores abrigan vehementes sospechas y temen que pueda sorprenderles la guerra, cuya idea, que sin duda hubieran deseado reservarse, la emitieron para vencer en la votación.

Y no creyendo esto bastante, el Canciller, en la sesión de 13 del actual, reiteró estos pensamientos, animándolos con una amenaza á la existencia del Reichstag, al expresarse en los siguientes términos:

«Estamos en buenas relaciones con Francia. Simbargo, el mantenimiento de estas buenas relaciones es más difícil, porque existe un largo proceso histórico. Nosotros hemos hecho todo lo posible para determinar á los franceses á olvidar y á perdonar. No tenemos ningún motivo para preparar una guerra contra Francia, ni ninguna razón para temerla.

»En fin, no puede ser para nosotros cuestión de atacar á Francia; pero debemos ponernos en guardia contra sus ataques. En ningún estado de causa atacaremos á Francia; pero nos veremos constantemente en la necesidad de armarnos para ponernos en estado de hacer frente á la eventualidad de una guerra.

»Tal es el fin del proyecto de ley que se discute.

»Tengo una firme confianza en los sentimientos pacíficos del Go-

bierno francés. Sin embargo, el pasado nos demuestra que no podemos contar de una manera indefinida con la paz con Frrncia. Pueden ocurrir allí sucesos repentinos que lleven al poder un Gobierno que nos traiga la guerra.

»Es una eventualidad con la que es preciso contar. Si no tomamos las disposiciones necesarias, si nos limitamos á decir: «Si viene la guerra concederemos todos los créditos,» entonces se burlarán de nosotros. ¿Hay en Francia un periódico, una sola voz que diga: «Renunciamos á la Alsacia y la Lorena?» No quiero tratar de otras causas que motivan el proyecto puesto á debate. Tenemos que velar en todos lados por la seguridad general del país.»

Después de amenazar con la disolución del Parlamento, añadió:

«El Emperador, á los noventa años de edad, no quiere contribuir á la destrucción de la obra á la cual ha consagrado los treinta últimos de su vida, es decir, el ejército y el Imperio alemán.»

Apesar de estos esfuerzos y de arrojar el Canciller á la discusión el peso de su autoridad, y argumentos que hubiera deseado omitir, procedióse á la votación, que le fué contraria, en cuyo caso leyó el decreto de disolnción, señalando para el día 21 de este mes las nuevas elecciones.

La forma en que se ha ventilado esta cuestión en el Parlamento alemán; su desaparición en el mismo momento de la derrota del Gobierno, y el brevísimo plazo para elegir la nueva Asamblea, son indicios marcadísimos de que en el fondo de la política internacional hay fuerte marejada y que la paz no tiene hoy el carácter de seguridad que presentaba en los meses anteriores. Y si á esto agregamos los aprestos guerreros que por todas partes se sienten y se ven, justo será reconocer que los temores que preocupan á muchos diplomáticos no están distituídos de todo fundamento.

Ya que hemos llamado la atención sobre los puntos más importantes de los discursos pronunciados últimamente por el Príncipe de Bismarck, cuando trataba de cosas referentes á sus país y á los negocios que al mismo interesan, justo es también que conozcamos las palabras que pronunció refiriéndose al incidente de las Carolinas, y que, para nosotros siempre ofrecen interés.

Éste, que fué grave é inesperado suceso, y que después de acer-

carnos á un grande trastorno se acabó pacíficamente, nos produjo dos avisos y una revelación.

El primer aviso consistió en acusar á nuestros Gobiernos de indiferentes en la política y relaciones exteriores; y de que, embebidos en el trabajo estéril de devorarse en el estrecho círculo de Madrid los hombres y los partidos, pierden de vista los intereses nacionales, siempre respetables, estén dentro ó fuera de la Metrópoli.

Fué el otro aviso el de que, en casos extremos, existe en el mundo un poder sabio, imparcial y respetabilísimo, que dirima las contiendas, deje á salvo los derechos y evite las catástrofes.

Este poder es el Pontificado, que con tacto exquisito y aplauso unánime resolvió el arbitraje que le fué sometido.

Y en cuanto á la revelación aducida, podemos darnos el parabién de ella, en virtud de que, cuando era opinión muy generalizada la de encontrarse nuestro país enervado y sin condiciones para todo lo grande y heróico, al sentirse herido en su dignidad, respondió con una gigante explosión, llenando de asombro así á nuestro Gobierno, como á los demás de Europa, y patentizando que, tanto los políticos de España como los del extranjero, vivían en equivocación lamentable. Los hijos de la Península ibérica, cuya historia es una continuada epopeya, y que nunca esquivaron la ocasión de acometer vigorosas empresas, son los mismos y con idénticos alientos que en los días más gloriosos de su brillante pasado.

He aquí ahora lo dicho por el Príncipe de Bismarck al ser interpelado respecto de la cuestión de las Carolinas:

«También el señor Diputado me ha reprochado que en un principio hubiera considerado como muy importante la cuestión de las Carolinas y luégo la hubiera calificado como una bagatela. El señor Diputado confunde aquí dos cosas que hoy están unidas, pero que entonces, según mi opinión, no lo estaban, á saber: las Carolinas y la España. Aún hoy considero las Carolinas como una bagatela; lo que allí podíamos esperar y obtener era, según recuerdo, un tráfico de unos 60.000 marcos anuales. Los comerciantes alemanes allí residentes calculaban de 60.000 á 120.000 marcos; pero yo no sé si habría esta ganancia.

»Nunca se me ocurrió en sueños que este asunto produjera guerra

con España; y si hubiéramos podido creer que España, que en 1877 respondió oficialmente á nuestra pregunta, y á la de Inglaterra, que no pretendía nada sobre las Carolinas, habría de haber formulado de repente otras pretensiones, habríamos desistido de esta insignificante posesión, que sólo interesaba á dos casas de comercio.

»Una guerra con España no es, en verdad, peligrosa para nuestra seguridad interior, á causa de la distancia que nos separa; todavía esa guerra habría sido un asunto muy costoso, y nuestro comercio con España, que es muy importante, hubiera sufrido mucho con ella. Sigo, pues, considerando las Carolinas como una bagatela, y precisamente porque lo son no quise romper la paz con España y dar motivo á una guerra. Y cuando España tomó el asunto en un tono mucho más alto de lo que podíamos suponer é infirió á nuestro pabellón ultrajes que nos dificultaban el sostenimiento de la paz (y que, según las tradiciones francesas hubieran sido suficientes para declarar la guerra), nos remitimos á la sabiduría y amor á la paz de Su Santidad el Papa, que nos ha avenido y arreglado.

»Por todo eso hemos desistido de las Carolinas, evitando así la posibilidad de una guerra con España, en la que no hubiéramos ganado más que favorecer los intereses de la casa Gernecheim, y acaso de alguna otra. Yo no sé por qué el señor orador ha resucitado este asunto. En esto simpatiza con otro partido que no es amigo del Imperio: con el partido socialista.

»Porque, si no recuerdo mal, el señor Diputado Payer fué el que también habló de las Carolinas. De modo que el que dirige toda esta oposición y forma este consorcio al resucitar la cuestión de las Carolinas, obra de acuerdo con los enemigos del Imperio.»

Hay quien opina, en vista de los hechos, que la prensa inglesa se ha propuesto ver si, lanzando especies de sensación y exhibiendo datos y deseos ocultos, provoca un rompimiento entre las naciones de Europa, sean de Oriente ú Occidente. Á este pensamiento creen que ha obedecido, el haber publicado el *Thimes* una estadística comparada de las fuerzas disponibles, en el momento actual, de Francia y Alemania, con las circunstancias de aparecer en aquélla un aumento extraordinario llevado á cabo por nuestra vecina República, que-

dándose en grado inferior el Imperio alemán, lo cual no podrá menos de alentar á los partidarios de la revancha, inclinándolos á la guerra. Pero á poco que se discurra sobre el particular, se comprende que forzosamente ha de haber inexactitud en aquellos datos; porque sin negar los grandes trabajos de organización y aumento de su ejército, que Francia viene llevando á cabo, debemos tener presente que Alemania vive con exquisita vigilancia, y que sobre su colosal ejército ha ido, sin cesar, aumentando su contingente cada día y pertrechándolo de perfecto y numerosísimo armamento. No otra cosa puede lógicamente comprenderse de dos pueblos que se miran de hito en hito y que tienen pendiente un duelo á muerte.

La misma prensa inglesa ha echado á volar primero la noticia de una alianza entre Francia y Rusia, y después la de existir otra alianza antigua y secreta entre Italia y Francia; encaminado todo ello á favorecer la acción de esta última, en caso de un rompimiento, suponiendo que, ya sea éste ú otro, en el centro ú Oriente de Europa, convendría á la Gran Bretaña, para dar una corriente á su actual política, laberíntica, estrecha y de difícil salida. En esto habrá bastante de suspicacia y prevención; pero todo puede creerse en los días que corren.

Según un decreto autorizado por la Reina Victoria, el 27 del actual se reunirá el Parlamento inglés, para cuyo próximo día se encontrará el gabinete en la misma descomposición que hace tiempo arrastra; y con la debilidad que no puede menos de inferir al partido gobernante, la salida de Lord R. Churchill y la muerte inesperada de Lord Iddesleigh.

Los colonos de Irlanda prosiguen impertérritos en su campaña contra la grande propiedad y en su cada día más tenaz resistencia contra las represiones del gobierno; y teniendo presente además de estas dificultades la composición del Parlamento, con el que se hará difícil la gestión política, ya comprenderán nuestros lectores lo embarazoso de la situación, si por otra parte se fijan en que el gobierno inglés tiene la necesidad de vivir atento y preparado ante el aspecto poco tranquilizador de Europa. Este va teniendo cada día peor caríz; y aunque ya nos vamos acostumbrando á oir hablar de armamentos y preparativos bélicos, las últimas noticias de haberse producido en

Bélgica una alarma que ha ocasionado en el reino, la allí extraña medida de dar, repentinamente y sin previos anuncios, un grande ensanche al ejército, nos inclina más y más á creer que nos equivocaremos cuando tantas veces hemos estimado como lejana la guerra europea.

Con este suceso de Bélgica, ha coincidido una baja algo acentuada en los mercados, y principalmente en la Bolsa de París.

Sigue enmarañada y llena de peligros la cuestión de Bulgaria. La comisión que destacó el Gobierno para recorrer las cortes de Europa, no consigue resultado ninguno en los propósitos que llevaba. La acogida más cordial y significativa que ha obtenido, se le hizo en Londres; y esto, lejos de facilitar, ofrece dificultades. A más, cometieron el error de no empezar su peregrinación por la corte otomana.

Esta prolongada perturbación, que tanto malestar produce en Bulgaria, va contagiando á Rumelia, Sérvia, Grecia y el Montenegro.

Concluiremos dando á nuestros lectores una noticia, satisfactoria para todos aquellos que se congratulan de los triunfos de la moral, y conspiran en pro de la dignidad humana.

El Senado de los Estados Unidos ha declarado disuelta la secta de los mormones, y ha impuesto penas muy severas á cuantos practiquen la poligamia en el territorio de Utah. No podía esperarse menos de la iniciativa y altas miras, que tanto distinguen á los Gobiernos de la gran República, y ya se nos hacía extraño que tolerasen por más tiempo la existencia de aquella secta incalificable.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Luis Martínez *(el espada)*, por D. Eduardo López Bago.

Con el título que sirve de epígrafe acaba de ver la luz una obra, debida á la fecunda pluma del conocido escritor Sr. López Bago, la cual es continuación de los cuadros sociales que lleva publicados.

Su estilo es natural por demás, y nada decimos de su lenguaje, porque es bastante conocido lo elegante y castizo de su autor.

Pasando ahora á detallar el conjunto de la obra, creemos que el autor se ha propuesto únicamente demostrar la veracidad del proverbio latino *audaces fortuna juvat*; al efecto nos presenta un tipo real, pero sin accidentes especiales ó de efecto: un hecho usual y corriente en la vida humana, tan repetido que á cada paso lo encontramos y que, por lo mismo que es frecuente, nadie repara en él.

Empieza la acción ajustándose un contrato entre el protagonista, como matador de toros, y unos empresarios de la Habana que pretenden efectuar en el circo taurino de la capital de Cuba algunas corridas de toros, cuyo contrato no se realiza por diferencias en el precio y condiciones del ajuste. Inmediatamente sale el torero para Valencia, con su cuadrilla, y el autor se ocupa de los más íntimos detalles del viaje, en el wagón que los conduce hasta su instalación en la fonda que los hospeda. Aquí coloca en la escena á la esposa del matador, mujer cariñosa y valiente hasta el sufrimiento, la cual expresa el dolor, la agitación, la ansiedad al empezar su Luis la corrida, ignorando el resultado, dados los variados y todos peligrosos acciden-

tes de la lucha, y de este dolor que su alma enamorada siente, pasa en violenta transición al placer sin límites, al delirio, á la locura infantil, al saber la terminación feliz de la corrida.

Luis el torero, no obstante ejercer este arte, no es un torero vulgar; no hace ostentación, ni del traje corto, ni de la trenzada coleta, ni tampoco de la fraseología de sus compañeros de toreo; es un hombre de superior ilustración, y aunque es hoy entusiasta del arte de Pepe-Hillo, lo es solamente en el redondel, en la cabeza del toro; fuera de estas condiciones, viste frac, calza guante y asiste al Real, porque tiene el íntimo sentimiento del sublime arte de Rossini; y si le preguntamos por qué es torero, ni él mismo sabe contestarse; la casualidad le arrojó enfrente de un *bicho*; y, sin darse cuenta, lo trasteó, y aquí empezó su popularidad. La ambición, el odio que sentía hacia cualquiera que podía disfrutar de los goce materiales de la vida, fué la única idea que germinó en su cerebro, y para materializar, para dar cuerpo á esta idea, vino en su ayuda la casualidad, y le empujó por esta pendiente, donde pudo resbalar y no levantarse más.

Después de este boceto de Luis el matador, contiúna la función en la feria de Valencia, sin omitir, ni la *prueba de caballos*, ni el *apartao*, operaciones previas á la lidia, y en esta prueba hay una escena amorosa, una conquista á *coup d'œil*. Se presenta una Marquesa que no era partidaria de los toros, ó, más claro, que no era *aficioná*, á buscar una localidad para la función, y ¡cosa rara! ve á Luis el matador, é instantáneamente concibe una pasión volcánica por él.

No puede negarse la fuerza ni los efectos de una impresión; pero éstas, si bien producen instantáneamente una preocupación en el cerebro, para que realicen la sensación tienen que robustecerse con la proximidad del que la provoca, y proximidad frecuente; pues de otro modo, la sensación pasa y sobreviene el olvido. Si esta sensación es de carácter puramente material, entonces es menos eficaz, porque los actos amorosos son la simple manifestaeión de un deseo que en casi todas las circunstancias presenta difíciles obstáculos á su realización, á menos que este deseo se refiera á la persona que vive para la satisfacción pública de esta clase de placeres; y no de otro modo se comprende una cita á primera vista provocada por la Marquesa enamorada, hasta el punto de olvidarse de sí misma y de los deberes que la sociedad impone; y cuando se llega por ambos al paroxismo del placer, cuando sus manos tocan mútnamente la materia incitante, se presenta como obstáculo, como barrera entre la lujuriosa pareja, las contusiones sufridas por Luis en su brazo izquierdo en la corrida anterior y, en vez de carne blanda y blanca, halla la Marquesa carne amoratada y enferma, y

huye de aquel nido de goce material, asustada, desencantada tal vez, y muertas, por ende, sus ilusiones.

Esta fuga despierta en Luis sus adormecidos pensamientos, y al advertirlo recuerda sus deberes conyugales y el casto y puro amor de su esposa y, procurando serenar su agitado espíritu, después de un paseo matinal por el mar, admirando la inmensidad, regresa á su hogar, volviendo á rendir culto desde el fondo de su alma á su compañera en la vida, á María, que supo compartir con él sus amarguras cuando la suerte le era adversa, y le consolaba y animaba á la lucha; y terminando aquí sus compromisos tauómacos, regresa con su cuadrilla á Madrid y acaba la obra.

Un hecho notable se advierte en este trabajo, y es que, á pesar del recalcitrante naturalismo, que es la bandera del autor, incurre, no obstante, en la proclamación del más marcado espiritualismo; porque, ¿qué otra cosa es la entrevista de Luis con su anciano padre después de una larga ausencia? ¿Cómo se comprende que Luis deje á sus amigos y compañeros, y á los mismos empresarios, para ir con el autor de sus días á un lugar apartado á cambiar sus impresiones, dando esta expansión á su alma, que así se lo exigía? Y si su alma tenía esta necesidad y así la satisfizo, ¿puede el Sr. López Bago dudar de su existencia?

Sus momentáneos amores con la Marquesa eran, desde luégo, la manifestación de un lúbrico deseo; pero desde que los compara con el de su María, desde que hace á éste de índole superior en su intensidad, desinterés y sentimiento, es porque éste es hijo de otra causa más alta que el materialismo, y esta causa es la primordial de los dos elementos que constituyen al ser humano: el espíritu; así es que el Sr. López Bago, pretendiendo continuar en sus manifestaciones materialistas, con esta producción ha venido ádefender el espiritualismo, en contraposición á sus principios y muy particularmente á los que manifestó en su libro titulado *El cura* (*caso de incesto*), en donde sólo la material naturaleza preside los actos del cura y de su hermana. Allí la materia domina en todas sus manifestaciones; allí el hombre no piensa, no medita, sólo siente un deseo y su consiguiente satisfacción; en Luis, el espada, hay otros ideales, y si bien la carne inclina al hombre en un momento, establece, sin embargo, parangón entre ésta y el espíritu, y en la lucha vence éste ; luego si hay comparación y lucha, es porque el alma existe, y de aquí que el Sr. López Bago la proclame.

Objeto de grandes controversias vienen siendo estas dos grandes tendencias. La una escuela apoya sus principios en la fe de sus creencias, trasmitida por la tradición, lo cual es nimio. Con el análisis de estos principios no se obtiene una evidencia de las llamadas teológicamente *inven-*

cibles, y continuamos en la misma oscuridad ó duda. La otra escuela funda sus argumentos en la observación y en la experiencia, pero subordinándolas á los conocimientos del hombre, sin considerar lo imperfecto de estos conocimientos y la estrechez relativa de la ciencia. Además, negando en absoluto el espíritu, nos encontramos con la materia, pura y aislada, la cual no es otra cosa que la reunión de varios elementos químicos, á los que, ya les consideremos solos, ó combinados entre sí, no podemos concederle, ni facultad de pensar, ni aun vitalidad propia.

En general la obra es entretenida y, aunque no abunda en situaciones especiales, es superiormente clásica y tiende á implantar entre nuestros trabajos literarios la escuela de Zola, que realmente reclama un puesto en la república de las letras, invadida todavía por el romanticismo. Presentar cuadros sociales de todos aspectos, pero detallando el colorido, á fin de que resulte más tangible el conjunto, es la misión á que se ha consagrado el Sr. López Bago, y es de esperar que, dada su fértil imaginación, lo realice en otras obras que sabemos tiene preparadas para publicarse en breve.

¿Cómo había de sentir Luis el espada la idea de la ambición, cuando en la primera época de su vida estaba casi convecino de la miseria? ¿Cómo había, tal vez en la desesperación, pensado en arrojarse en brazos de cualquier situación que le sacase de su estado precario? Y una vez colocado en la esfera del bienestar, ¿cómo pensó, aunque ligeramente, en los libidinosos amores que tuvo con la Marquesa?: pensar es sentir, y para sentir es indispensable tener algo más que materia. Por eso el Sr. López Bago, escritor de gran porvenir, no ha podido escapar á las influencias del espiritualismo, y así lo demuestra en la obra de que nos ocupamos.

Algo de todo, por D. Rafaél M. de Labra.—Barcelona, 1886.

La *Biblioteca de la Ilustración Cubana*, establecida en la capital del Principado, acaba de dar á luz un nuevo libro del Sr. Labra. Su título, *Algo de todo*, denota desde luégo que es una colección de trabajos de distinta índole. En efecto, es una colección de siete artículos. En uno de ellos, el último por cierto, trata á fondo, tan á fondo como en el libro que publicó hace poco tiempo sobre el mismo asunto, la institución del Ateneo de Madrid.

El Sr. Labra es un gran defensor del Ateneo; para él, el Ateneo se levanta por encima de las Academias, de las Universidades, de los Parlamentos, de todo; porque en aquellos centros se cultiva la ciencia de una

manera oficial, reglamentada, uniformada, mientras que el Ateneo de Madrid es el modelo mas acabado de la libertad de la ciencia, de la libertad de la tribuna, de la libertad del pensamiento; es, en fin, el *summum* de las instituciones democráticas.

«Para el Ateneo—dice el Sr. Labra—no hay diplomas, ni títulos, ni consagraciones oficiales, ni respetabilidades de partido. Todos los oradores tienen acceso á sus cátedras. Donde halla lo bueno, allí lo toma; donde ve la elocuencia, el talento, el saber, el amor á lo verdadero, la laboriosidad y el buen deseo, alarga la mano y con generoso espíritu sostiene y hace subir los escalones de la gran tribuna, quizá de la primera tribuna de nuestra patria, al mérito reconocido como á la modestia desatendida, á la doctrina consagrada como á la propaganda innovadora.»

Tales son las ideas del Sr. Labra acerca del primer centro literario de Madrid, ideas que ha expuesto muchas veces y que, por ellas y por su indisputable mérito, como pensador, como orador de aguda intención y de gran cultura, ha conquistado un lugar eminente entre los que miramos la casa de la calle del Prado como nuestra propia casa.

El libro del Sr. Labra es, como todos sus trabajos políticos ó literarios, bueno; pero el Sr. Labra es capaz, muy capaz, de hacer cosas mejores.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

APUNTES

SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS [1]

VIII

Aunque esta serie de artículos lleva el título de *Apuntes*, me remuerde la conciencia de haber empezado á escribirlos y de seguir escribiéndolos sin premeditación, movido por impulso irresistible y apasionado, al ver que doña Emilia Pardo Bazán quería convertir al naturalismo á todos los escritores españoles.

Noto, además, que aún me queda mucho por decir. No quiero omitirlo, y la tarea se hace sobrado larga.

Todavía hay otros pensamientos que vienen á asaltarme: á tratar de persuadirme de que la obra que he emprendido es inútil y no tiene razón de ser, y á excitarme á dejarla sin concluir, como á menudo me acontece.

Al censurar los vicios del naturalismo, me extiendo á censurar también los del romanticismo, de que el naturalismo pro-

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Agosto, 10 y 25 de Setiembre, 10 y 25 de Octubre y 10 de Diciembre.

cede, y va saliendo de todo un acerbo juicio y una cruel condenación que caen sobre grande y famosísima parte de la literatura francesa contemporánea, en nombre de la religión y de la moral ofendidas.

Ahora bien: yo reconozco y declaro que, pecador y débil yo mismo, como escritor y como hombre, carezco de la suficiente autoridad para constituirme en juez y dictar duros fallos.

Ganas me entran, por consiguiente, de bajar del tribunal, al que se me figura que he subido como intruso, y de poner término á mi trabajo, diciendo con un amigo mío:

Mas, baste por ahora de moral,
Y que haga lo que quiera cada cual.

No obstante, como mi entendimiento es más complicado que claro, está lleno de contradicciones y se quiebra de puro sutil, apenas voy á bajarme del tribunal, no considerándome ni moralista ni teólogo, cuando acude otro pensamiento, y me agarra, y me retiene, y me vuelve á sentar en el tribunal hasta que termine el proceso.

Nó: yo no soy juez en puntos de religión y de moral; pero pretendo ser juez en puntos de estética; en buen gusto. La religión y la moral me figuro que tratan á la poesía como á hija mimada: le toleran cosas que en la vida real no toleran. En cambio, la poesía ama mucho á la moral y á la religión, y cuando ya éstas son muy maltratadas por un autor y huyen de sus obras, la poesía se va con ellas, y el autor y sus obras quedan sin poesía ó con un simulacro ó falsa y contrahecha apariencia de poesía, que es el mal gusto.

Sentiré pecar de sutileza ó de oscuridad en esta explicación. No tengo otra, con todo, para justificarme de censurar libros moral y religiosamente, sino afirmando que, siempre que se ofende de modo grave á la religión ó á la moral, la legítima belleza desaparece, toda avergonzada.

Conste, pues, que cuanto yo digo es de estética, no de moral ni de religión: es crítica literaria y no teología.

Asimismo, á fin de seguir adelante con esta obrilla sin que los remordimientos me perturben, quiero mirarla y persuadir á mis lectores á que también la miren de cierto modo. Mirémosla como soliloquios ó confesiones en que me critico al criticar á los otros, y en que sólo soy severísimo cuando la literatura, en vez de aspirar á ser amena, tira á convertirse en sabiduría social.

Desechada esta pretensión, que tiene más que ninguna escuela la escuela naturalista, yo soy la propia lenidad y la propia indulgencia.

Por otra parte, el convertir la amena literatura en ciencia produce una clase de imitación de la naturaleza que me inclino á reprobar.

Mil veces he dicho que la poesía, en toda su latitud, no se da sin imitación de la naturaleza: pero siempre entendí por naturaleza, no sólo lo existente, sino lo posible, pues lo posible, en el mero hecho de existir por lo menos en el espíritu humano, es natural y existente también. Para el arte no importa, ni al crítico incumbe averiguar, si los ideales que en el arte se realizan tienen ó no realidad objetiva fuera del arte. Pero si el arte en general, ó la poesía en particular, se vuelve ciencia, entonces el artista ó el poeta no puede poner en su obra, á no ser como alegoría, símbolo ó figura retórica, sino aquello que ha visto, tocado ó experimentado. De aquí dos males: primero, el lamentable empobrecimiento de la materia poética; y segundo, la desazon y duda en que nos deja el autor de si miente ó de si vió mal, y la obligación en que se pone él, para no pasar por embustero ó por visionario, de probar que es verdad lo que dice.

Demos de barato que el autor nos merece crédito, que todo lo que cuenta es de la verdad y de la exactitud más severas; todavía, en mi sentir, toparemos con otro inconveniente. Esta imitación de la naturaleza, esta inquisición y relato de lo que pasa, es, en el arte, no para enseñar, sino para crear lo bello: para deleitar con cierto género de deleite puro que eleva y serena el alma.

Digo yo, por lo tanto (y cuenta, que mucho de lo que digo

es como duda que me ocurre y de la que no acierto á salir): ¿conviene ó no la prolija, minuciosa y estricta fidelidad de algunos naturalistas, en la imitación, reproducción ó copia de lo real? ¿Á qué conducen tantas circunstancias? Me pasma, lo confieso, me aturde este cuidado. Me siento incapaz de tenerle, y me maravilla como algo superior á mis fuerzas y á mi tenacidad en el estudio. Por ejemplo, Zola, en *Au bonheur des dames*, pinta de tal suerte la gran tienda ó bazar, que se diría que estuvo allí empleado toda su vida: y en *Germinal* pinta tan fiel y circunstanciadamente las minas de carbón, que se creería que trabajó en ellas durante años. Hasta donde sea esto pesadez enojosa ó excelencia envidiable, no me atrevo á decirlo. ¿No gustarían más, ó no disgustarían menos *Au bonheur des dames* y *Germinal*, en compendio, reduciendo las descripciones á una vigésima parte?

Este realismo ultra-concienzudo ¿es ó no requisito esencial en el arte, dada la altura de civilización á que hemos llegado? Y si lo es, faltando á la sobriedad, y al otro precepto rancio, *ad eventum festinat*, ¿qué fin científico lleva, porque yo no le veo? Al contrario, las más de las menudencias en que entra Zola, conducen á mi ver, poco ó nada á la acción; y si me las ponen como inevitables, me recuerdan aquella cuenta tan exacta, que Sancho quería que llevase Don Quijote, de las cabras que la Pastora Torralba iba pasando una á una desde la una á la otra orilla del río; y, como quiera que Don Quijote se distrajo y no llevó la cuenta, Sancho no pudo concluir su historia, por más que le rogaron que la concluyese. No valió que el Ingenioso Hidalgo dijese: «Haz cuenta, Sancho, que ya las cabras pasaron todas, y sigue y concluye.» Era tal y tan indisoluble el lazo que unía el llevar la cuenta de las cabras con el posible desenlace de la historia, que nunca Sancho nos le descubrió, y esta es la hora en que no sabemos qué ha sido de la Pastora Torralba. Sin duda, en cada novela de Zola hay misterio parecido, por cuya virtud necesita él contar por lo menudo mil cosas que á los profanos nos parece que pudieran suprimirse ó abreviarse.

Los antiguos clásicos son realistas á veces: ¡pero de cuán diverso realismo! Los héroes de Homero, v. gr., guisan y cortan la carne y reparten la comida, pero todo esto se cuenta con rapidez. Además, en aquellos tiempos eran actos casi religiosos y de gran solemnidad el guisar y el distribuir lo guisado. Minerva descendía del Olimpo á inspirar al héroe que repartía las raciones, á fin de que no se enojasen los otros héroes si les tocaba menos suculenta ó más chica tajada.

En suma, yo advierto que el realismo de las antiguas literaturas, lo que se ponía en ellas reproduciendo lo real, es como elemento de pompa, de espectáculo y de hermosura.

Advierto igualmente cierta depuración ó selección en lo que de lo real se tomaba. Para lo serio se tomaba lo bello, ó lo sublime, aunque fuese feo: pero lo feo no sublime, sino vulgar, se quedaba para lo cómico. Es verdad que entonces la candidez de época, más ruda y grosera, consentía á veces cosas que no son bonitas, ni elegantes, ni limpias. Por ejemplo, en el himno homérico á Hermes, Apolo se apodera del hijo de Maya y le quiere castigar porque le ha robado los bueyes, y el hijo de Maya apela, para que le suelte y poder escapar, á una treta nada pulcra, ofendiendo las divinas narices de su hermano: pero esto pasa pronto, apenas se indica en un verso y, por último, tan grotesco chizpazo sirve para caracterizar la travesura del numen recién nacido, cuyas otras hazañas son decorosas y aseadas luégo.

Hasta el gravísimo Dante se permite chuscadas de este orden. Dígalo, si no, aquél diablo, de quien nos dice:

Ed egli avea del cul fatto trombetta.

Los naturalistas, en cambio, no pasan sobre cosas por el estilo, á escape y como sobre áscuas, sino que recalcan y se detienen en ellas con delectación morosa.

¿Por qué y para qué ha de estar lleno el *corón* de *Germinal* de inmundicia, moral y física, sin chiste, y no contada en resumen, sino muy desleída?

Se me dirá: ¿Qué quieres? Es la verdad. Y si respondo: ¿Qué necesidad hay de decir la verdad tan prolijamente, si la verdad es fea? Y si me replican: Hace gracia; da gusto, digo que no lo comprendo: que lo feo no sublime, no debe hacer gracia, ni dar gusto en serio.

Desechando la piedad que la miseria es justo que inspire, se celebra, por lo viva y real, aunque no guste, la descripción jocosa de un aduar de gitanos, de una *taha* de salvajes, de un villorrio infecto y horrible, como la que hace Gerardo Lobo, en sus mejores versos tal vez, que fueron en su tiempo muy aplaudidos. Lo que no debe celebrarse, lo que no debe gustar, como no se tenga el gusto muy depravado, es la descripción de la miseria moral y física del *coron*, que no es para reir ni es para producir la belleza. No es tampoco para mover la caridad, la conmiseración afectuosa en favor de los pobres, á quienes el autor representa bestiales. La pintura no puede ser, pues, sino para excitar el odio contra los ricos y dichosos del mundo, ó si no contra ellos, contra Dios ó contra la naturaleza, que tan mal lo ha arreglado todo.

El autor de la novela dice que él no se muestra: que su novela es impersonal. Su novela es ciencia. Su novela enseña la miseria humana. Si así es, las menudencias están de sobra. Harto calcula cada cual todas las porquerías que hombres, mujeres y chicos, mezclados de continuo y durmiendo casi juntos, y sin ningún freno, ni moral, ni religioso, harán á cada momento. Sobre este negocio sólo ocurre una duda: si es posible que, trabajando muchísimo y ayunando, ó comiendo muy mal, anden todos tan rijosos y lascivos como andan en el *coron*. El proverbio que dice: *sine Cerere et Baccho friget Venus*, resulta mentira, después de leer á *Germinal*. Aquello no es *coron*, sino Pafos y Amatunte en ayunas y en pocilga.

Otra duda engendra en el ánimo la totalidad de la obra; duda mil veces más importante y harto enojosa para el autor y para la novela, ya se resuelva de un modo, ya de otro. La duda es: ¿es exacto lo que se describe? Para informarnos, empezaremos por dejar la novela á medio leer: iremos á visitar las

minas, ó leeremos las relaciones y noticias que sobre esto se han escrito por economistas, ingenieros y otras personas, peritas y autorizadas. Si averiguamos que el novelista exagera, nos consolaremos y caeremos sobre el novelista que lo tizna todo demasiado, para darnos malos ratos: y si averiguamos que todo es exacto, consideraremos este globo inhabitable: porque, á la verdad, yo, por ejemplo, gasto en carbón más de lo que puedo, so pena de estar tiritando de frío (aquí, en Bélgica, tenemos ahora unos cuantos grados bajo cero): necesito calentarme y, sin embargo, para que yo y otros nos calentemos, es menester que muchos hombres, mis semejantes y prójimos, vivan como piaras de cerdos. Consecuencias: 1.ª, que es inútil, y hasta nocivo, concluir la lectura de la novela; 2.ª, que para poner remedio al mal, si tiene remedio el mal, conviene acudir á la verdadera ciencia y no á cuentos; y 3.ª, que si la honda tristeza que nos causa el mal y lo difícil ó imposible de su remedio, no nos embarga por completo el espíritu, en vez de seguir leyendo la novela de Zola, acudiremos para distraernos á leer alguna novela de Paul de Kock, ó la *Madame Cardinal*, de Halevy, ó algo por el estilo, donde las porquerías nos hagan reir y no llorar. Y si queremos elevarnos un poco y apartar por un momento la vista del horror de la vida real, mejor será leer, en vez de una novela de Zola, alguna leyenda poética, alguna fábula de hadas, alguna narración, á la que puedan aplicarse estos divinos versos de nuestro Zorrilla:

Mi historia es tanto bella
Cuanto la lumbre vaga
De solitaria estrella
En recio temporal:
Cual la canción doliente
Que misteriosa maga
Entona de una fuente
Bajo el fugaz cristal.
No hay lengua que la cuente,
No hay mano que la trace:

El cuadro en vuestra mente
Fingid más ideal:
El tono que á vuestra alma
Más predilecto place
Dadle, y la luz, la calma
Que falta al mundo real.

Esto es lo cierto. Si el mundo real es tan malo, déme la poesía la luz y la calma de que el mundo real carece. Si no, ¿para qué sirve? Si aunque me caliente yo con carbón, lamento que cueste tantas penas el sacarle de la mina, ó si se me resiste imitar á don Hermeguncio, llorando y calentándome, como él lloraba y tomaba chocolate, y tirito de frío ó me caliento con *leña de olor*, como en Valenzuela, Porcuna y otros lugares de la campiña de Jaen, pienso que me estará mejor, en vez de leer á Zola, leer algún libro devoto y ascético, que me inspire la paciencia, me induzca á la penitencia y me reverdezca las esperanzas del cielo; ó leer un cuento alegre que me haga reir; ó leer algun cuento de hadas que me haga soñar. Si quiero acudir, en lo que yo pueda, á remediar el mal de que Zola acusa á Dios, á la sociedad ó á la naturaleza, no lo haré, de seguro, leyendo su novela.

La inanidad de su enseñanza es, pues, evidente. Pero aquí se presenta una enorme dificultad: cierta contradicción, ó llamémosla antinomia. Lejos de ocultarla, la tenía yo prevista y vengo á parar en ella, por estos rodeos.

El arte, y singularmente el de la palabra, imita la naturaleza y representa lo real como medio. Su fin es la creación de la belleza. Pero aun así, se me dirá, y, si no se me dice, yo me lo digo: tu obra no será duradera, tu obra no interesará á tus contemporáneos, si no está penetrada de aquellos pensamientos y sentimientos trascendentes y capitales que germinan hoy en las almas y las conmueven. Es menester que el espíritu de un poeta, de un novelista, de un escritor popular, aunque sea ligero, esté agitado y estimulado por la imperiosa urgencia de los problemas sociales, religiosos y políticos, que hacen cavilar

á los pensadores y alborotan á las muchedumbres. Si no es así, la obra literaria será frívola y sosa: nadie querrá leerla: la despreciarán todos por insustancial y pueril, y el autor pasará por un cuitado que, en vez de subir al Parnaso, baja al Limbo.

Y, sin embargo, estos problemas, que han de estar en la poesía, no la hacen *docente*, ó la hacen *docente* por otro orden y con otros métodos muy distintos de los de las ciencias de observación.

Válgame un ejemplo. Tomemos tres poetas españoles de nuestros días. El Duque de Almenara, á cuyos versos acabo yo de poner prólogo. Este poeta es fervoroso católico, y todo lo explica y resuelve con el Catolicismo. Becquer, pesimista si los hay. Y Quintana, mal disimulado enemigo del Catolicismo, racionalista puro, enciclopedista, optimista, creyente en el progreso, amante de las ciencias nuevas, de la libertad y de la democracia. Todos tres me gustan. ¿Es acaso porque yo sea un *pánfilo;* porque yo sea, á la vez, católico y racionalista, pesimista y optimista, creyente y descreído?

Nada de eso. Es porque yo no busco en la poesía la verdad de los hechos ni de las teorías, sino la hermosura, ó bien cierta verdad dialéctica en las consecuencias que se sacan de un supuesto ó de una ficción. La poesía, si tiene algo de ciencia, es ciencia *à priori*, como las matemáticas. Es una construcción ideal. El que debe siete y paga tres, queda á deber cuatro. Esto es indudable. Hasta aquí las matemáticas, ó sea, en el caso citado, la aritmética más elemental. Lo que puede ser discutido es si el acreedor niega haber recibido los tres, aunque los recibiese, ó si el deudor miente al afirmar que los dió. Pero esta será cuestión del alcalde ó del juez de paz, y no será cuestión de aritmética. Lo mismo sucede con la poesía. Demos por supuesta la divinidad de Cristo y de su doctrina, y nadie negará lo bien que están los versos del Duque de Almenara. Demos por supuesto que el Catolicismo es un mal y que el progreso incrédulo y materialista es un bien, y cuanto dice Quintana, no sólo está puesto en razón, sino lleno de entusiasmo, de energía, de patriotismo y aun de amor á todo el huma-

no linaje. Demos por supuesto el pesimismo, y le sobran motivos á Becquer para todas sus quejas, y aun tendremos que agradecérselas y ponérselas por las nubes, por ser tan bellas, tan limpias, tan sóbrias y tan melodiosas como son.

Y no es esto decir que un poeta no sea responsable de propagar malas doctrinas religiosas, sociales ó políticas, sino que al crítico literario no le incumbe refutarlas de un modo fundamental. Aunque el crítico literario fuese sabio, incurriría en algo como niñería impertinente en salir á refutar una doctrina en nombre y en virtud de otra, atacando los versos donde la doctrina se expone y divulga por estilo apasionado y vehemente. Pues qué, esa doctrina ¿no está expuesta en obras verdaderamente didácticas? Si el crítico tiene ganas de pelear por la verdad, salga á combatir contra el filósofo, el heresiarca ó el falso profeta que inventó todo aquello, y no contra el poeta que, por lo común, no hace sino repetirlo con más énfasis, sonoridad y pompa.

Dice Enrique Heine, y tiene razón, si se despoja lo que dice del encarecimiento y de la imagen, propios de la poesía, y si se pone en estilo pedestre, que el poeta, rey del pensamiento por derecho divino, en virtud de la *gracia*, es irresponsable ante los hombres, los cuales podrán matarle, pero no juzgarle. En efecto, la *gracia* limpia y justifica muchas cosas: el entusiasmo del poeta le hace en cierto modo y hasta cierto punto irresponsable. Además de ser rey por esta *gracia*, el poeta es rey por sufragio universal; rey de su público, cuyas opiniones repite con bella resonancia. Tiene, pues, el poeta todas las legitimidades modernas y antiguas, y no debemos juzgarle en nombre de determinada creencia, opinión ó secta.

Lo dicho entiendo que explica por qué yo, como crítico literario, no voy ni contra hecho, ni contra principio, ni contra doctrina que sirva de fundamento á la obra de imaginación, sino que voy sólo, en nombre de cierto sentido común, de cierto buen gusto, de cierta dialéctica y de cierta filosofía perenne, que no es posible que sufran determinadas faltas. No hay juicio sano que no las repugne, ya sea protestante, ya católi-

co; ya crea en que todo está bien, ya en que todo está mal; ya sea aristócrata, ya demócrata; ya se declare partidario de la sociedad tal como está organizada, ya quiera que todo se desbarate para organizarlo de nuevo.

Nadie sintetiza mejor toda la literatura revolucionaria francesa del día, que el célebre Víctor Hugo. Su larga y fecunda vida llena casi nuestro siglo. Sus obras, en verso y en prosa, son leídas con admiración, que raya á veces en frenesí, en todas las regiones del globo. Sus alabanzas suenan en todas las lenguas. Príncipe, emperador y pontífice de los románticos de Francia, hasta los naturalistas deben rendirle acatamiento como á cabeza de la iglesia, permítaseme la expresión, de que ellos, cual secta disidente, proceden. Desde luégo, Víctor Hugo nos es simpático, porque aspira á muchas cosas buenas y las ama: el progreso, la libertad, la fraternidad, la elevación moral de todos los hombres, el bienestar material de los menesterosos, la felicidad y la gloria de nuestro linaje. Creemos en la sinceridad, en la buena fe de este poeta, y en el fervor y devoción con que ejerció su imaginario apostolado. Habría error en los medios que proponía, pero era generoso el error. En otras naciones, en esta edad tan fértil en poetas, los ha habido de más saber, como Goethe; de más hondo sentimiento y pensamiento y de más belleza y limpieza de forma, como Leopardi; de más firmeza, constancia y seguridad en sus opiniones, como Manzoni, Quintana y Whittier; pero ninguno le vence, ni le iguala siquiera, en pujanza de imaginación, en facilidad de expresión, en abundancia, en brío y en espontaneidad maravillosa.

No creo que nadie aplauda más que yo las altas cualidades de Víctor Hugo. Hasta en su ira, en sus furores, le aplaudo por lo tremendo, aunque yo no odie á los hombres y á las cosas que él odia. Luis Veuillot, varón elocuentísimo y apasionado también, le censura con saña en nombre del Catolicismo. Yo creo haber explicado por qué no le censuro de la misma manera. Yo, que en mucho le celebro por gran poeta, prescindiendo de las opiniones que sostiene, le censuro, como crítico literario, por su afectación, por su amaneramiento, por sus inaguanta-

bles extravagancias. No es menester trabajar para buscarlas. En todas sus obras, y particularmente en las escritas durante su destierro, las extravagancias abundan más que las amapolas en Julio, en una haza fértil y mal escardada de Andalucía. Imposible parece que el que ha sabido escribir los más hermosos versos de que pueda jactarse Francia, donde no hubo ni hay poeta lírico ni épico que le iguale, salvo á veces Andrés Chénier y Lamartine, haya podido acumular tanto delirio, tanta rareza, tantos dichos estrafalarios, que parecen frases de un loco. ¿Qué engreimiento, que soberbio desdén hacia el público no suponen las audacias y los extravíos de estilo de Víctor Hugo? ¿Quién, sino él, se hubiera atrevido á llamar jamás á la duda «murciélago que extiende sobre el espíritu sus lívidas y asquerosas membranas;» al punto, «bola fatal que cae sobre la i, boliche-Tántalo;» á Dios, «arriero triste» y al mundo, «burro resabiado;» al caos, «huevo negro del cielo;» á la hidra, «crísálida del ángel;» al día, «eunuco blanco;» á la noche, «eunuco negro;» al rey, «paria siniestro de la aurora;» al defecto, «ombligo de la idea;» y á Voltaire, «pulga que, esgrimiendo su aguijón radiante, salta, átomo espantoso, la anchura de la tierra y la altura de un siglo?

Á veces se descuelga Víctor Hugo con preguntas que nos asustan y confunden; v. gr.: «Ahí tienes la teta de la sombra. ¿Puedes mamarla?» «¿Qué teta será esta?»—dice para sí el interrogado.—Yo he descubierto que debe ser una de las tetas de la ignorancia, pues, en otro lugar, afirma el autor que la ignorancia tiene siete tetas, de sombra, de las que maman los siete pecados mortales. Todos los últimos poemas de Víctor Hugo están llenos de afirmaciones inauditas: Citemos algunas: «La idea-rana hincha el libro-buey:» «Jesús es inmensa lechuza de luz y de amor:» «El cielo estrellado es un esputo de Dios:» «El hombre procede de fratricidio é incesto ó es un mono oculto bajo un palimpsesto:» «Las religiones están cloróticas:» La ignorancia relincha y la ciencia rebuzna:» «Mil bocas abiertas arrojan escupitinas sobre todos los Cristos pálidos que inventan algo nuevo.» «El ideal es un ojo que la cien-

cia arranca:» por donde conviene no estudiar para no quedarse tuerto. Conviene, al contrario, la ciencia, si nos atenemos á esta otra afirmación: «Por merced y obra de los sábios y de los poetas, Dios líquido corre por las venas de la humanidad.»

Víctor Hugo parece á veces maniqueo, pero de enrevesado maniqueismo. Los dos principios coeternos son Dios y la lombriz ó el gusano. Este gusano, lombriz, ó como quiera llamarse, es la destrucción; es la muerte. Es un gusano que echa discursos abominables y elocuentes. Es el eterno Zóilo de Dios, que es el eterno Homero. El gusano suele ponerse furioso contra Dios; denigra cuanto Dios hace; afirma que todo es basura; y se propasa hasta á amenazar á Dios con agarrarle y meterle de narices en la basura mencionada.

En otras ocasiones Víctor Hugo cree en la transmigración de las almas. En otras, en que hay Dios. En otras, en que no le hay.

A cada momento nos saca á relucir en tropel, en procesión, ó en grupos y cuadros vivos, multitud de héroes, tiranos, libertadores, sabios, artistas y poetas, cada cual haciendo algo, ó con atributos que le califiquen. Suelen ser tan disparatadas estas procesiones, esta combinación de nombres propios, este aluvión tumultuoso de personajes célebres, que sólo pueden dar mezquinísima idea de ello las décimas de Iriarte, que empiezan:

Tocando la lira Orfeo
Y bailando Jeremías,
Cantaban unas folías
Los hijos del Zebedeo.

Victor Hugo, ya lo halla todo mal, ya lo halla todo bien. Cuando lo halla todo bien, hasta el sapo es linda criatura con dulcísimos ojos. El asno es un sabio modesto, que rebuzna apacible ó se calla y pace. Cuando el asno discurre, deja aturdido á Kant y casi le demuestra que él es el verdadero asno.

Los Reyes, en la *Piedad suprema*, son irresponsables. No

saben lo que hacen: están ciegos. La culpa de todo está en la misma dignidad real. No es posible que un Rey vea ni entienda nada á derechas. Todo se lo trabucan los aduladores. Felipe II hubiera sido un bendito si no es Rey, y sobre todo si no tiene al Duque de Alba.

En otros momentos resulta que no es el Rey solo el ciego, sino todo hombre; porque «la noche sale del ojo del hombre como humo, y el hombre no ve nada.» El perro, en cambio, ve á Dios. Con esta visión beatífico-canina, queda demostrada la superioridad de la bestia.

El Universo es un presidiario de Dios. Las constelaciones son las marcas del presidio en las espaldas del Universo. La tierra que habitamos es la cloaca del mal universal. Sin embargo, Víctor Hugo está, con frecuencia, bienavenido con la materia y condena el dualismo en que la ponen con el espíritu. Su afán es por la conciliación y por el término de este divorcio. Así es que se muestra muy enojado de que la ciencia y la hermosura, aunque habiten en un cuerpo orgánico, no le libran de comer, y, lo que es peor, de las consecuencias de haber comido. Es chistosa la rabia que se apodera de Víctor Hugo porque Sócrates, con ser tan sabio, y Aspasia, con ser tan guapa y elegante, y sabia también, tengan que ir al escusado.

En medio de todo, yo casi estoy persuadido de que Víctor Hugo, no como ficción poética, sino en realidad, se cree apóstol, profeta, mago, vidente, inspirado por Dios. Dios dicta lo que él escribe. Él es la boca del clarín negro, el pensador alado, el lector de la gran Biblia, el que entra desnudo en el tremendo tabernáculo de lo desconocido, el nuevo Prometeo, que robará al cielo el fuego eterno, y tal vez robe al mismo Dios; el atleta que con robusto brazo arrastra á los cometas por los cabellos, y el que, al llegar á las puertas del cielo, si allí le ladran los truenos para que no entre, rugirá y entrará.

En suma, Víctor Hugo es cuanto hay que ser. Los personajes de sus novelas suelen ser no menos absurdos y contradictorios que el poeta que los crea. Lucrecia es mónstruo de mal-

dad para todos, y mónstruo de bondad para su hijo. El bufón infame, que se presta á ser instrumento de todos los delitos, es tan severo en punto al honor de su hija como el padre más hidalgo de las comedias de Calderón. Fantina se corta el pelo y se arranca los dientes de puro santa, y luégo, mellada y pelona, se hace mujer pública. Todos los seres creados que no son humanos, desvarían y se contradicen como los humanos en la poesía de Víctor Hugo. Ya el Universo entero entona un himno de alabanza y de amor al Altísimo, y la noche dice misa y la luna es la hostia que alza; ya «el cascabel del mundo no suena Dios,» ó si suena, en vez de cascabel, se trueca en cencerro, y da á Dios una cencerrada.

Y aquí entra lo vergonzoso, lo humillante para mí. Menester es confesarlo. Estos *Apuntes* son confesiones. A pesar de tantas monstruosidades, Víctor Hugo me gusta. Y no me gusta así como quiera, sino que, hechizado por la magia potente de su palabra, por la prodigiosa fuerza de sus conjuros, me inclino á declararle uno de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, y el mayor acaso de nuestro siglo, tan rico en grandes poetas.

Es evidente que debiera yo tirar en seguida la pluma y reconocer que no soy crítico, si no fuera por lo muy tortuosos, enmarañados y sutiles que son todos estos negocios; lo cual, al cabo, me disculpa un tanto.

Recuerdo que, en una pequeña ciudad de Andalucía, conocí yo en mis verdes mocedades á una dama, ya jamona, pero fresca y lozana aún, regocijada y parlanchina, y con muchísima sal y gracejo. Ésta me contaba un caso suyo parecido al mío, lo cual me consuela. Decía la dama que José Bonaparte pasó por aquel lugar y estuvo alojado en casa de su madre, que era allí la más rica hacendada y labradora. Se había propalado, y los buenos patriotas debían creer, que el Rey intruso era feo, tuerto, estúpido y borracho: un adefesio completo. La dama de mi historia tenía entonces quince años, y, según me aseguraba, era en extremo inocente. Vió á Pepe Botellas, y al punto le dió lo que llaman por aquellos lugares un *supiripando*.

Todo se le volvía llorar y desesperarse. Su madre y sus hermanas mayores notaron aquella desolación, y procuraron averiguar la causa. La chica nada quería revelar; pero fueron tantos y tales los ruegos, instancias y caricias maternas, que al fin cedió la interrogada, y dijo, entre sollozos, y encendida en rubor. «¡Ay, madre, yo soy una traidora! Pepe Botellas me parece guapo. En vez de ser tuerto, tiene dulces y hermosísimos ojos. Es gracioso, discreto y amable. ¡Ay, madre, yo soy una traidora!»

No menos compungido, me acuso yo de debilidad y de traición semejantes. La musa de Víctor Hugo me parece guapa musa. Pero mi debilidad es más imperdonable y mi traición más negra que la de la dama, semi-paisana mía. Yo no soy tan inocente como era ella entonces, ni soy niño de quince años. Ella, además, vió que el Rey intruso no era tuerto, ni feo, ni borracho; y yo sigo viendo, en Víctor Hugo, todos los desatinos, todas las extravagancias que he apuntado, y millares más, que no apunto, para no cansar; y, sin embargo, yo pongo á Víctor en el trono, como rey de los poetas.

Es cierto que para enjaretar tantos delirios como Víctor Hugo enjareta, se requiere, sobre su fantasía titánica, el desparpajo, la insolencia, el tupé fenomenal de lanzarlos al público. Las criaturas de Víctor Hugo, animadas é inanimadas, parecen visiones de un febriscitante. Y con todo, el poeta, aunque no arrebata cometas por los cabellos, nos arrebata con su mano poderosa, y nos lleva volando á su zenit, á su nadir, á su cielo, á su infierno, á sus paraisos y á sus aquelarres. El torrente impetuoso de su desenfrenada elocuencia nos arrastra lejos de lo real, lejos de todo lo que tiene sentido común, á un mundo falso, misterioso, imposible, encantado, que él crea con la eficacia de su palabra y que anima con el soplo de su vanidad de pseudo-profeta ó con las ardientes llamas de su corazón de filántropo.

Esta lucha que suscita en mí Víctor Hugo, entre la admiración hacia el poeta y la repugnancia hacia el pensador, no se apacigua sino considerando la poesía, no como enseñan-

za, sino como representación, apariencia y espejo mágico y de aumento, de cuanto vive, combate y se agita en las entrañas del espíritu humano, empujado hoy en mil direcciones opuestas por torbellinos y huracanes de doctrina, dudas y creencias. No es Víctor Hugo un maestro: no enseña nada: sólo á sí mismo se enseña, y no es poco. Sus versos son «la palpitación confusa de todos los seres á la vez;» su mente es el horno donde se derriten, funden y amalgaman los pedazos negros que caen del gran frontón de lo desconocido, la Babel inconmensurable, las alas de la aurora, las garras de la noche y la lividez soberana del enigma y de lo infinito; su cráneo es á modo de pizarra, donde el dedo de Dios, invisible y espantoso, ha escrito la Biblia de los montes, de los árboles y de las aguas; su boca es la puerta que abre el Verbo extremecedor, y todo él, cuando Pan formidable le embriaga, es, sin duda, y sin ironía ni broma, un verdadero taumaturgo, hechicero y mágico de la palabra.

Por esto repito que me gusta, que me divierte, que me encanta Víctor Hugo; y no porque me enseñe.

Ahora bien; ¿enseña algo el *coron* de *Germinal?* Yo creo que no. ¿Divierte? Poquísimo. Yo hace un mes que estoy leyéndole, y no llego á acabarle.

Llevo leidas 300 páginas. El libro tiene cerca de 600. Se conoce que por las tres pesetas y media que cuesta quieren darnos mucha lectura. Yo lo aplaudo, si considero á *Germinal* como libro de pasatiempo. Mientras más, mejor. Pero si le considero como libro didáctico que pretende ser, me parece que sobra casi todo.

En los renglones que contiene *Germinal,* cabe con holgura cualquiera de los libros que más han enseñado, extraviado ó guiado é iluminado á la humanidad. Cabe el Nuevo Testamento, cabe el Alcorán de Mahoma, cabe Descartes, cabe cualquiera de los Manuales Roret, cabe todo Tácito y cabe medio Adam Smith.

Y ¿qué enseña *Germinal?* En las 300 páginas que llevo leídas, enseña que los obreros de una mina se han declarado en huelga porque piden cinco ó seis céntimos más por cada ca-

rretada de carbón que saquen de ella, y no puede ó no quiere darlos la compañía. Y no se me diga que esto implica toda la cuestión social en su punto más importante: la relación entre el capital y el trabajo, entre el empresario y el obrero. ¿Enseñará más *Germinal* que el libro sobre *La situación de los obreros*, del Conde de París, libro que cabe más de dos veces en *Germinal?* El Gobierno de los Estados Unidos pasó, hace tres años, á todos sus Cónsules una circular prescribiéndoles componer sendas Memorias sobre el obrero, sus condiciones, sus salarios, su instrucción, su relación con el capitalista, etc., etc., en todas las industrias del país en que cada Cónsul estaba acreditado. Para que hiciesen este trabajo, se envió á los Cónsules un interrogatorio muy bien ordenado y completo. No había cosa que no se preguntase. Las Memorias fueron á Washington. La obra se publicó. En ella se habla de todos los obreros del mundo: japoneses, españoles, chinos, ingleses, rusos, etc. Pues bien; apuesto á que todo junto no compone tres ó cuatro *Germinales*. Aquí, en Bélgica, después de las últimas huelgas y desórdenes, se está haciendo detenida investigación sobre la condición de los obreros. Los interrogatorios, las visitas á las minas y á las fábricas, los informes de toda clase menudean. Todo ello se publicará reunido. Y ya se puede asegurar de antemano que, lo que resulte de interesante, de verdaderamente didáctico, no formará, por extenso que sea, la mitad de *Germinal*.

Creer que *Germinal* enseña algo, es simpleza tan patente, que dejaría en claro mi simpleza en tratar de probar que nada enseña, si no fuese porque Zola y los demás naturalistas sostienen que las cosas que ellos componen son investigación social, ciencia experimental y documentos humanos.

Hay que distinguir bien entre lo que llaman por ahí *literatura de tendencia* y esta aspiración didáctica del naturalismo.

Toda literatura, siempre, y más en nuestros días, tiene que ser literatura de tendencia. Es falso que el autor se eclipse. Su personalidad informa siempre el libro que escribe. Si es ateo, su libro es ateo; si es creyente, su libro está lleno de sentido religioso. El espíritu democrático, conservador, republicano, mo-

nárquico ó socialista, se infunde en la obra de cada autor, aunque él no lo pretenda, aunque no lo quiera, aunque procure evitarlo.

Durante la Restauración, en Francia, cundió la idea de que la Revolución de 1789 había venido en favor del tercer estado, y que era menester otra revolución en favor del cuarto: que había desorganizado el orden antiguo y que era menester organizarle de nuevo: que había sacado de cuajo la constitución social, y que era menester sentar esta constitución sobre nuevas bases.

Este socialismo penetra en la literatura, y llena é inspira la escuela romántica. Hay en ello algo de generoso y consolador: la suposición de que casi ningún mal moral ó físico es radical propiedad del individuo, sino vicio social, accidente del ser colectivo que, modificando el ser colectivo, puede y debe remediarse. Cuando se desespera del remedio; cuando se reconoce que el mal no está en la suma, sino en las unidades que la constituyen; y cuando, además, se carece de fe en una religión positiva ó de una metafísica de cierta elevación, sobreviene el pesimismo más blasfemo. Socialismo, pues, y pesimismo hay en los románticos: pero, como tendencia, como materia poética, como estro, como fuente de inspiración, y no como objeto de averiguación y de estudio empírico.

Esto último es el resultado de la evolución naturalista, la manía suprema de la flamante escuela literaria, y el fundamento de representar lo real por estilo tan pesado, escrupuloso, servil y nimio.

Este realismo exacto desnaturaliza, bastardea y avillana la literatura, y hace de ella algo de híbrido y de monstruoso, que no es arte ni es teórica, que no es poesía ni es ciencia.

La poesía ha sido siempre de otro modo. El realismo ha venido muy tarde. El realismo psicológico data de fines del siglo pasado. El realismo fisiológico y patológico empieza ahora, y quiera Dios que no siga.

Jáctese Zola de la novedad de su invento. Su invento tiene novedad. Pero no busque antepasados ilustres. No los tiene.

¿Qué realismo, por ejemplo, hay en Shakspeare? Nada hay más ideal, más fuera de lo corriente y diario, más fuera, á veces, de lo natural y de lo posible, que cuanto Shakspeare ha escrito.

No lo afirmo yo. Lo afirman críticos ingleses de nota, hartos ya del realismo y enojados de que hagan cómplice de él á su gran poeta.

Voy á traducir ó á extractar aquí algo de lo mucho y bueno, aunque extremadísimo en el sentido inverso, que dice en un bellísimo artículo de la *Contemporary Review*, sobre el realismo shakspeariano.

«La extraordinaria penetración que sin duda poseía Shakspeare para ver los caracteres, y su afición á generalizar sobre puntos de sentimiento y conducta, nos han movido á imaginar que su arte es deliberado, constante, casi exclusivamente psicológico. Y, sin embargo, yo me inclino á creer que la psicología no es el objeto principal del arte de Shakspeare, sino que este objeto, si es que dicho arte le tenía, era el de agradar por muchos y varios medios, de los cuales el estudio del carácter era uno.» «El drama shakspeariano puede definirse como la unión de diversos elementos artísticos, que gustaban á sus contemporáneos, en un todo que les pudiese dar la mayor suma de deleite artístico: era la exposición de una historia interesante, salpimentada y exornada con toda clase de lindezas, alto lirismo, bufonadas, chistes, fantasías poéticas, obscenidad, filosofía y *cuphuismo fashionable*, ó dígase gongorismo inglés.»

«La acción es, por lo común, trama, pretexto ó motivo para desplegar el aparato y la pompa intelectuales: *pageant*.

«Shakspeare es indiferente á la posibilidad de las situaciones y viola de continuo todo realismo de detalle.»

«No puede resistir más á la tentación de poner en boca de un héroe apasionado, en el momento más crítico, una larga relación filosófica ó metafórica, que Rossini va á hacer que lance el cantor muchos trinos y primorosos gorgoritos en lo más recio y cruel de la agonía.»

«Como reconocemos en Shakspeare, en ocasiones, la intui-

ción de los caracteres individuales, nos empeñamos en descubrir en él el desenvolvimiento de los mencionados caracteres; y naturalmente, mientras menos le vemos, más nos persuadimos de su maravillosa existencia oculta.»

«Con frecuencia crea Shakspeare caracteres y situaciones, mostrando en ello pasmoso poder, y sus concepciones casi nunca son incoherentes; pero se cuida muy poco de desenvolverlas.»

«Macbeth, Claudio y el usurpador de la *Tempestad*, son tiranos típicos, meros Reyes de Bastos, no mucho más individuales que los de los naipes: con corona, cetro y manto, echando soberbios discursos, muy pícaros y desalmados, pero con un poco de remordimiento y de miedo á veces.»

«En resolución, Shakspeare no es contemporáneo nuestro: su público no había leído la *Comedia Humana*, ni *Madame Bovary*: sus actores no eran Salvini, Isving y Sarah Bernhardt (que son, en unión de los comentadores, quienes le dan hoy el realismo que él no tuvo): y su arte no es el puro drama psicológico de nuestra edad realista, sino una espléndida combinación de elementos dramáticos, filosóficos, descriptivos y líricos: una grande y magnífica pompa *(pageant)* del entendimiento y de la fantasía.»

Ahora, y antes de decir lo que me queda por decir de *Germinal*, para lo cual, asi como para no incurrir en la censura de Leopoldo Alas, es menester acabar de leerle, voy á terminar este artículo con algunas frases de aquellas con que termina el suyo el autor citado, que ha de ser Vernon Lee.

Las palabras vienen muy á propósito.

«Lo real—dicen—nos aplastaría si no nos refugiásemos en las regiones donde lo real nunca entra. El mismo reconocimiento de la necesidad fatal de mil cosas que corren á derribar nuestras aspiraciones, nos haría desgraciadísimos si no pudiéramos concedernos con la imaginación mil otras cosas que la realidad nos niega. De aquí, entre todos los hombres, nosotros, realistas del siglo XIX, necesitamos, más que nadie y que nunca, de las artes imaginativas, de alguien como aquel gran

maestro de pompas *(great pageant master)*, Shakspeare, no reducido á las proporciones de un discípulo de Lardore. Y de aquí que exijamos, no sólo lo dramático, sino lo no dramático; no sólo lo feo, sino lo hermoso; no sólo lo que existe, sino lo que no existió jamás. De aquí, por último, que absolutamente exijamos la vuelta de todos los antiguos dioses á la tierra, y, si no á la tierra, al menos á nuestra fantasía.»

Con esto, y aunque no sea más que con un poco, por ejemplo, de las *Contemplaciones* y de los demás delirios admirables de Victor Hugo, ya cobrará uno ánimo, y ya se consolará de las desventuras y se limpiará de la tizne y de la inmundicia del *coron* y seguirá leyendo lo que en él sucede.

Juan Valera.

(Continuará.)

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA [1]

EL REINO DE ITALIA

I

La hemos visto formarse en pocos años á esta gran potencia, cuya prosperidad sorprende; en diez años ha llevado á cabo su unidad, en los de 1860 á 1870. *Expresión geográfica* la llamaba, corto de vista, nublada su memoria y con desdeñosa frase diplomática, el Príncipe de Metternich, Canciller de Austria.

Fuera de Italia, nadie le contradecía. Los hombres de Estado sonreíanse si algún estudiante ó *carbonario* hablaba de eso. José Mazzini, fundador de la «Jóven Italia,» pasaba por un iluminado, sin sentido común, falto de juicio, revolucionario de profesión. Y, sin embargo, olvidaban, á no dudarlo, el Príncipe Canciller y los hombres de Estado, lo que Napoleón I había dictado en Santa Elena á uno de sus Generales: no recordaban aquél Capítulo IV de las Memorias del inmortal

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre, 10 y 25 de Diciembre y 10 y 25 de Enero.

Emperador de los franceses, referente á las campañas de Italia, narrando las de 1792, 1793, 1794, 1795, 1796 y 1797, en el cual describe la Península, los Alpes, los Apeninos, el gran llano, el valle del Pó y aquellos que vierten sus aguas en el Adriático, al Norte y Sur del Pó, fronteras del lado de tierra y líneas que cubren el valle del Pó, capitales, medios marítimos y situación de las diversas potencias de Italia en 1796. En ese capítulo IV han debido leer, en su parte VI, lo que vamos á Copiar; y dice como sigue:

«Aislada en sus límites naturales, separada del mar y por »altas cordilleras de Europa, parece Italia llamada á formar »una nación grande y poderosa, aunque tiene, sin embargo, »un vicio capital, su configuración geográfica, el cual parece »ser la causa de las desgracias y divisiones territoriales de tan »bella tierra en monarquías y repúblicas independientes: su »longitud no guarda proporción con su latitud: si llegase »hasta el Monte Vellino, cerca de Roma, y lo de más abajo de »esa parte y el mar de Jonia, en la Sicilia, se juntara entre »Cerdeña y Córcega, Génova y Toscana, tendría un centro á »mano de la circunferencia, con unidad de ríos, clima é intere»ses locales: pero las tres grandes islas, que son una tercera »parte de todo el territorio, y de otro lado la porción de la pe»nínsula al Sur de Monte Vellino, que forma el reino de Nápo»les, son diferentes en costumbres, climas y necesidades, á los »del valle del Pó; pues así como 600 años antes de Jesucristo »se fijaban en este valle los galos, que pasaron los Alpes Cotia»nos, desembarcaban á su vez los griegos en las costas meri»dionales por el mar Jónico y fundaban las colonias de Tarento, »Saleuto, Crotona y Sabargete, posesiones con el nombre de la »Gran Grecia conocidas; y Roma, que llegó á subyugar las Ga»lias y la Grecia, puso á toda Italia bajo sus leyes, como algu»nos siglos después de Jesucristo, trasladada la capital de los »Emperadores á Constantinopla, cruzaban el Isonzo y el Adige »los bárbaros y establecían varios Estados, y en Pavía la ca»pital, la poderosa monarquia de los Lombardos, empero con»servando las flotas de Bizancio el dominio imperial en las

»costas de la parte meridional; como más tarde entraron en »Italia varias veces los Reyes de Francia por los Alpes Cotianos »y los Emperadores de ese lado y los Retenos, oponiéndoles los »Papas las rivalidades que suscitaban entre dichos Príncipes y »también aprovechando la anarquía y divisiones de las ciuda»des, con cuya política pudieron conservarse en una especie de »independencia. Pero aunque el Sur está, por su situación, sepa»rado del Norte, forma Italia una sola nación: la unidad de »costumbres, lengua y literatura, reunirá en más ó menos re»moto tiempo á sus habitantes en un gobierno, y será, para »sostenerse condición esencial de esa monarquía la preponde»rancia marítima sobre sus islas y costas.

»Andan divididos los juicios tocante á cuál pueda ser el si»tio más adecuado donde fijar la capital; quiénes designan á »Venecia, por lo que se ha indicado anteriormente y estar al »abrigo de toda clase de ataque por su situación, y ser un de»pósito natural del tráfico de Levante y de Alemania, pues »mercantilmente está más cerca de Turín y Milán que Géno»va misma, y porque el mar la aproxima á todos los puntos de »la costa. Guiados por la historia y antiguos recuerdos, indi»can á Roma otros, como situación céntrica, cercana á las tres »grandes islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, y sobre Nápoles, »la mayor ciudad de Italia; que Roma está en un término me»dio equidistante de todos los puntos de la frontera atacable, »ora en el caso de presentarse el enemigo por la de Francia, »ora la Suiza, cuando por la austriaca siempre hay de 120 á »190 leguas francesas de distancia; y aun forzados los Alpes, »la defiende la línea del Pó y los Apeninos; dicen también que »Francia y España, que cuentan como grandes potencias marí»timas, no tienen su capital en puerto de mar; que Roma, á »mano del Mediterráneo y del Adriático, puede rápida y eco»nómicamente por el segundo mar surtirse, y desde Ancona y »Venecia acudir á proveer y defender la línea del Isonzo y del »Adige; que por el Tiber, Génova y Villafranca, atendería á las »necesidades de la frontera del Var y de los Alpes Cotianos, que »está felizmente situada para molestar por el Adriático y el

»Mediterráneo los flancos de un ejército que pasase el Pó y se »aventurase en los Apeninos sin dominar el mar; que podrían »trasladarse á Nápolés y Tarento, para ampararlos del enemigo »vencedor desde Roma, los depósitos que guarda una gran ca»pital; que, por último, Roma existe ya; que cuenta con ma»yores medios para ser capital como ninguna otra del mundo; »que conserva la nobleza y magnificencia de su antiguo nom»bre: creemos, por nuestra parte—dice Napoleón—que, aunque »le falten muchas cosas, es Roma, sin contradicción, la capital »que preferirán los italianos algún día.

»Italia, por su población y riquezas, puede sostener un ejér»cito de 400.000 hombres de todas armas, independientemente »de la marina. Menos caballería que la de Alemania pide la »guerra de Italia, y 30.000 caballos le serían suficientes; pero »necesita ser numerosa el arma de artillería para atender á la »defensa de sus costas y establecimientos marítimos. Hay es»casez de caballos en Italia, aunque los proporcionan buenos »Nápoles, Toscana y Roma, y los podrían comprar en la Alba»nia, Suiza, Alemania y el África; podrían establecerse remon»tas que han sido abandonadas en beneficio de la agricultura y »de las utilidades que proporciona el ganado vacuno. Soste»nían las diferentes potencias de Italia en los siglos XII y XIII »100.000 de caballería, en cuya época mantenía Toscana sólo »una fuerza de 100.000 hombres, porque los ejércitos no se se»paraban á mayor distancia de algunas marchas de las ciuda»des. Serianle suficientes á Italia 400.000 combatientes para »formar tres ejércitos, de 100.000 cada uno, para la defensa de »las fronteras de Francia, Suiza y Alemania.»

Y *como la expresión geográfica*, en los diplomáticos labios del ilustre Príncipe de Metternich hizo fortuna y gustó á la gente quieta, lo cual no nos extraña, porque fácilmente se acomodan á los usos y á las ideas conservadoras, debemos seguir copiando á Napoleón, que no era ideólogo, como ha podido verse en la parte consignada y, á saber, se verá en la siguiente:

«No hay parte de Europa mejor situada que esta Península, »para llegar á ser una gran potencia marítima; pues desde las

»bocas del Var hasta el estrecho de Sicilia, miden sus costas »230 leguas francesas (920 kilómetros); desde el estrecho de »Sicilia al cabo Otranto, sobre el mar Jónico, 130 (520 kilóme»tros); desde el cabo de Otranto á la embocadura de Isonzo, so»bre el Adriático, 230 leguas (920 kilómetros); las tres islas de »Sicilia, Córcega y Cerdeña, miden 500 leguas de costa (kiló»metros 2.000); con las grandes y pequeñas islas posee Italia »1.200 de costa (4.800 kilómetros), sin comprender en esta »enumeración las de Dalmacia, Istria, bocas del Cattaro é is»las jónicas, que de Italia dependian bajo los Emperadores. So»bre el Mediterráneo tiene Francia 130 leguas de costa (520 ki»lómetros); sobre el Océano, 470 (1.880 kilómetros); un total, »en junto, de 600 leguas (2.400 kilómetros). España, con sus »islas, reune sobre el Mediterráneo 500 leguas (2.000 kilóme»tros); sobre el Océano, 300 (1.200 kilómetros). Resulta, por lo »tanto, con una tercera parte más de costas Italia que España, »y la mitad más que Francia: Francia cuenta tres puertos de »mar, con ciudades de 100.000 almas de población; Italia, á Gé»nova, Nápoles, Palermo y Venecia, con mayor número de ha»bitantes; Nápoles, de 400.000. Como las costas del Adriático y »del Mediterráneo guardan á poca distancia unas de otras, casi »está toda la población de Italia á mano de sus riberas; son »susceptibles de disfrutar las ventajas de puertos de mar: Lu»ca, Pisa, Roma, Ravena, á cortas leguas del litoral, proporcio»nan golpe numeroso de marineros; armamentos y construc»ciones, sus tres grandes arsenales militares: Spezia, sobre los »mares Ligurios, Tarento en el Jónico y Venecia al Adriático. »En maderas, cáñamos, y, en general, cuanto para construc»ciones navales se necesita, reune Italia recursos; el más her»moso puerto del universo, la Spezia; su bahía es hasta supe»rior á la de Tolón, siendo por mar y tierra de fácil defensa; »los proyectos estudiados bajo el imperio francés, cuyas obras »estaban comenzadas, demostraron que con poco gasto esta»rían al abrigo los establecimientos marítimos, y encerrados »para la mejor defensa en un espacio reducido; sus gradas de »construcción al alcance de las maderas de Córcega, Ligu-

»ria y la Toscana; los hierros, de la isla de Elba, de los Alpes »y de todo el Apenino; dominarían sus escuadras los mares »de Córcega y Cerdeña, y, para refugiarse, estarían á mano »de Puerto Ferrayo, San Florencio, Agacio, Puerto Viejo, San »Pedro de Cerdeña, de Vado y de Villafranca. Situación admi»rable reune Tarento para dominar la Sicilia, la Grecia, el Le»vante y las costas de Egipto y Siria.

»Para las fortificaciones terrestres y establecimientos nava»les, hiciéronse, en tiempo de mi Imperio, estudios; alberga»ríanse las mayores escuadras de los vientos, y de cualesquier »ataque enemigo, allí. Cuanto es necesario existe ya en Vene»cia; no tenían sino navíos de un calado de 18 piés, mas cons»truyéronse en mi reinado gran número de naves del modelo »francés, y por los trabajos que se ejecutaron en el Canal de »Malamoco, y con socorro de balsas, buques completamente »armados del modelo francés de 74 salieron, y batíanse con »gloria á poco de ponerse en franquía. Un estudio había sido »adoptado de una Comisión de Ingenieros de Caminos, presidi»da por Proponi, por el cual, con algunos millones y en pocos »años, facilitaba la salida de naves sin necesidad de balsas. »Reunen Sicilia, Malta, Corfú, Istria, Dalmacia, y especial»mente, el territorio de Ragusa, puertos y refugios para las »mayores escuadras. Los de Génova, Castelamare, Bari, Anco»na, en los cuales pueden entrar navíos de primera clase, y ser »cuatro arsenales secundarios para construcciones y carenas y »armamento de pequeñas escuadras. Cabe á Italia juntar para »el servicio de sus flotas, aun en su decadencia, 120.000 mari»neros, como han sido célebres, durante siglos, los genoveses, »pisanos y venecianos, y sostener de 300 á 400 naos y unos »100 á 120 navíos de línea, de 74 cañones; su pabellón, al de »Francia, España, Constantinopla y cuatro potencias berbe»riscas haría frente con ventaja.»

A la opinión, algo interesada, del Príncipe de Metternich, nos ha parecido del caso oponer la grandilocuente y profunda del hombre, moderno Prometeo que, encerrado en una estéril roca en medio de las encontradas olas del Océano, hablaba para

la posteridad, fijando las ideas en caractéres de bronce: los *destinos* se han pronunciado en su favor.

II

Es la verdad que Italia no ha dejado de existir, y no hay necesidad de indagar las causas. Si el Norte incitó la codicia de los galos, y el Sur convidaba á los helenos, Roma unificó la Península, precisamente por ser una expresión geográfica, y desde aquel tiempo será imposible separarla.

Napoleón la divide en dos partes, pero la une por sus costas. Cuando dictaba sus inmortales Memorias el gran Capitán de los siglos, no habían Watts, Fulton y Stephenson revolucionado el mundo; sus máquinas, buques de vapor y caminos de hierro no habían todavía centuplicado las fuerzas humanas, acortado singularmente las distancias, para hacer del Norte y Sur de Italia lo que pedía á la naturaleza su genio infatigable. Tampocu tuvo bastante en cuenta el Canciller austriaco que, por haber estado Italia durante quince años bajo el régimen francés, su *expresión geográfica* era muy peligrosa. Todo había cambiado. Algo más poderoso y demoledor que el protestantismo había de ser el espíritu de la Revolución francesa, ciertamente; y ese fuego entre cenizas, ó aquel volcán bajo la costra de la tierra, trabajaba sin descanso, ardía sin apagarse, para incendiar y estallar en su día en llamas y lanzando lava. Eso sucedió.

La cosa fué rara. José Mazzini creía, como tantos otros patriotas menos que su imaginación exaltados, en la regeneración de la Península. En 1821, Cerdeña y Nápoles siguieron el grito de las Cabezas de San Juan, y se sofocó en las dos hermanas sin mucho trabajo. Estallaron las jornadas de París, en 1830. Mazzini, desde aquel momento, no se dió tregua. Un Papa original se aventuró en 1847 en un laberinto de dificilísima salida, de donde le sacaron arrepentido y maltrecho.

La jornada de Febrero de 1848 dió al traste con la obra cabal de 1815, rasgada en parte en 1830.

Uno que se creía heredero de Napoleón I, sin tener de Bonaparte nada, autor de unas «Ideas Napoleónicas,» no menos imprudente que el Pontífice Pío IX, hizo un ensayo, y del ensayo salió el Reino de Italia, como más tarde, por igual procedimiento, el Imperio de Alemania se formó. No hubo más. Italia existe desde entonces. ¿Habría podido levantarse de la tumba, resucitar armada al cabo de tantos y tantos siglos, sin una razón política que tenía mucho que ver con la *expresión geográfica*, pero por ese solo hecho no, pues concurrían otros?

Decídalo el sentido común, y baste un poco, muy poco de conocimiento de la historia antigua y moderna, para que no sorprenda á nadie.

El Reino de Italia, sexta primera potencia de Europa, reune, en sus 296.323'41 kilómetros cuadrados de superficie, almas 28.459.451, según el censo de 1881, ó un término medio de poco más de 95 habitantes en cada kilómetro cuadrado.

Ponemos á renglón seguido, por provincias, la superficie y población de la Península y sus islas, á saber:

PROVINCIAS	Kilómetros cuadrados.	Habitantes. — 31 Diciembre 1881.
Piamonte	29.349,18	3.007.379
Liguria	5.281,60	892.273
Lombardía	23.506,93	3.680.615
Véneto	23.463,73	2.814.173
Enmilia	20.515,09	2.183 391
Ombría	9.633,46	572.060
Marcas	9.703,70	939.279
Toscana	24.052,99	2.208.516
Roma	11.917,13	903.472
Abruzos y Molisa	17.272,62	1.317.315
Campania	17.995,49	2.896.579
Pulla	22.115,07	1.587.713
Basilicata	10.675,97	524.836
Calábria	17.257,13	1.257.907
Sicilia	29.241,27	2.928.841
Cerdeña	24.342,05	682.002
TOTALES	296.323,41	28.459.457

Curioso dato para formar, por la densidad de población de

cada provincia, una idea de su riqueza y adelanto, pero también teniendo en cuenta dónde están enclavadas las grandes poblaciones: en la de Roma, por ejemplo, se encuentra la capital, que contaba 272.010 almas en 1881; cerca de 170 habitantes por kilómetro cuadrado encerraba Liguria, y 28 la isla de Cerdeña; más poblado está el Piamonte que Sicilia.

Hay muchas hermosas y bien pobladas ciudades en Italia, como Nápoles, de 463.172 almas; Milán, de 214.004 (á Roma la hemos nombrado anteriormente); Turín, de 226.307; Palermo, de 205.712; Génova, de 138.081; Florencia, de 122.039; Venecia, de 129.279; Bolonia, de 103.998; Catania, de 97.355; Liorna, de 77,781, y Mesina, de 76.982.

Para ciudades, Italia; el viajero no se cansa de admirarlas: casas, palacios, templos, museos, ruinas y recuerdos históricos le cautivan, embelesan y enseñan, y se las ve siempre con regocijo y reflexión y cierta dulce melancolía. Puede ser que la autonomía municipal haya contribuído bastante al fraccionamiento de la unidad; pero conservaron el lazo que las une al antiguo Lacio, guardaron la memoria venerada en sus crónicas, los linajes y las glorias, y mantuvieron constantemente el fuego sagrado de los italianos, el patrio amor y el deseo de independencia: en ese sentido han reconstituído la nacionalidad. Rendida Milán á Federico Barbarroja, bárbaramente arrasada, al fin, la ciudad rebelde, las principales villas constituyen la célebre liga lombarda, y las más poderosas, como Venecia, Verona, Vicencio, Padua, Ferrara, Brescia, Cremona, Plasencia, Parma, Módena, Bolonia y otras, se ponen enfrente del opresor y consiguen vencer al león delante de Alejandría en la decisiva batalla de Lignano, y pactar treguas, y la paz, por último. A un tributo anual indeterminado quedó no más reducida la supremacía de los Emperadores, y no tardaron las ciudades en emanciparse de la facultad que se había reservado de confirmar la elección de sus magistrados. Quedaron constituídas, en cierto modo, en Repúblicas con derecho de elegir sus magistrados, hacer leyes, fortificarse, ajustar la paz y declarar la guerra, imponer y repartir contribuciones, arreglar la poli-

cía rural y la industria, levantar cuerpos militares con bandera propia, ejercer libremente la caza y la pesca y no salir del municipio para pagar tributos ó responder á aplazamientos. Al lado de esto, verdaderamente embrionario, y por eso, subsistía la formación feudal, los privilegios, las familias principales, el inconveniente de confiar á las mismas manos la administración y la justicia: de donde resultaron los tiranos y las usurpaciones. Bastaba, por otra parte, la sombra de autoridad que tenían los Emperadores sobre las Repúblicas italianas para que las pudieran turbar con sus pretensiones. El comercio formó Estados, y hasta muy poderosos centros, en Génova, Venecia, Pisa y Florencia. Los Pontífices extendían su poder temporal y formaban patrimonios para sus deudos.

El extranjero se estableció en Nápoles y Sicilia, y más tarde en Milán. Papas y Emperadores ayudaron á la formación de principados. Subsistieron hasta la Revolución francesa las seculares Repúblicas de Génova y Venecia; pero en el siglo XVIII estaba Austria en posesión de Milán, su familia en Toscana y Módena, la de Borbón en Nápoles, Sicilia y Parma. Mas el Dante, á los italianos, en Florencia, les había dado, en la *Divina Comedia*, la lengua común que extendieron Boccacio en *verdes cuentos*, Petrarca en amorosos sonetos, el Ariosto y el Tasso en cantos y poemas inmortales. Giovanni Villani, Francesco Guicciardini y Nicolás Machiavelo, habían grabado en el bronce de la historia los hechos que perpetúan la memoria de las Repúblicas de la Edad Media y los recuerdos de sus grandes antepasados, y las nobles y generosas aspiraciones que, por sus estímulos, no consentían un momento de reposo al patriotismo de los peninsulares. Brilla eternamente el genio de Miguel Ángel en mármoles y lienzos que no tienen precio y son pasmo del mundo artístico.

Estalló la República francesa. Bonaparte, toscano de origen, bajó á Italia. Durante catorce años consecutivos se educaron los italianos para la unidad. Restableció, sin embargo, antiguallas sin ninguna previsión, el Congreso de Viena en 1815. Por eso el Príncipe de Metternich, sosteniendo en

ambas manos un balancín para el difícil equilibrio sobre Europa, tan temeroso de Prusia como de Rusia y de Francia, como de Italia, minada por corrientes de azufre encendido, se complacía en llamar expresión geográfica á la Península y la sujetó tanto.

III

Pronto debió conocer Austria que Italia no era una simple expresión geográfica.

Antes de unirse Francia al Reino de Cerdeña para rescatar la Península, desde los Alpes hasta el Adriático, como decía Napoleón III, veamos qué Estados había en ella.

Como más importante, aunque no el mayor, estaba al Norte el ya nombrado, de una superficie de 75.457 kilómetros cuadrados, y población, segun el Censo de 1857, de 5.167.547 almas.

Extendiéndose desde Cerdeña al Adriático, ocupaba Austria la Lombardía con el Véneto, que, también en 1857, contaban 2.866.396 y 2.306.658 habitantes respectivamente.

Parma con su población de 499.836 almas en 5.872 kilómetros cuadrados, y Módena en 6.036 kilómetros, contando 604.512 habitantes, formaban dos nacionalidades independientes al Sur, lindando con Cerdeña, Lombardía y Venecia.

En la región central de la Península, después de Parma y Módena, y entre *el reino de otro mundo*, llamado Estados Romanos, hallábase situado el Gran Ducado de Toscana, paraiso de Italia, jardín de las Hespérides, con sus 22.345 kilómetros cuadrados y 1.793.967 habitantes.

Seguían detrás, como se ha indicado, los Estados Romanos, de una superficie de 41.295 kilómetros cuadrados y 3.126.263 almas.

Las tierras calientes de la Península al Mediodía, en dos partes, la continental é insular, poseían los Reyes de las Dos Sicilias, mansión deleitosa, ó una monarquía que medía kilómetros cuadrados 104.550 con 9.117.050 habitantes.

Siete soberanías, siete banderas, siete administraciones distintas conocía Italia en 1859; siete presupuestos generales, siete Deudas consolidadas, siete ejércitos de tierra; y, en rigor, tres marinas de guerra, las de Cerdeña, Austria y Dos Sicilias, pues ni Módena, Toscana y Estados Romanos tenían armada: importancia escasa alcanzaban, por otra parte, las de Cerdeña, Austria y Dos Sicilias, si hemos de decir la verdad. No era eso solo. Austria dominaba en el Vaticano como en ningún tiempo. Protegía á los Soberanos de su familia de Toscana, Módena y Parma. Contaba con el Rey de las Dos Sicilias. Quería influir en Cerdeña, donde había hasta 1847 preponderado. Italia estaba, por lo tanto, sujeta, dividida y enflaquecida; era, en realidad, políticamente considerada, una expresión geográfica, bajo el protectorado de Austria.

Pero el Guardián de los Alpes se acordó de sus antepasados y de cómo se había formado la unidad nacional de Cerdeña, y puso su espada al servicio de la causa italiana en inteligencia con los patriotas y el sentimiento público, al que no pudo resistir el mismo Pío IX en el primer año de su pontificado. Presentes están en la memoria de los contemporáneos aquellos preliminares que debemos considerar como de introducción al poema que los italianos han escrito en los anales de su historia en estos últimos veinticinco años de maravillosos sucesos, sorpresas y grandezas, sobre cuyo pedestal se ha colocado serena la sexta en el órden de las grandes potencias de Europa, ayer, en los labios del Príncipe de Metternich, simple expresión geográfica.

Ya se ha dicho la extensión del territorio de los Estados Sardos en 1858 y su población. Había empezado por organizar el Conde de Cavour un buen presupuesto, que consistía en 144.982.521 pesetas los ingresos y 148.747.552 los gastos, siendo los de Guerra de 33.618.942, y de 4.673.764 pesetas los de Marina.

Sumaba el comercio especial de importación y exportación, en 1856, la respetable suma de 460.333.000 pesetas, contando 164.971.000 el con Francia, circunstancia que merece tenerse

en cuenta, pues con Austria, Lombardía y Venecia estaba limitado á solas 65.790.000 pesetas.

En el año de 1857:

	Comercio general. (Comprendido el de tránsito.)	Comercio especial. (Propio del Reino.)
Importación.....	478.076.000	303.983.000
Exportación	365.126.000	203.647.000
TOTAL.....	843.202.000	507.630.000

La bola de nieve de los Alpes, la Cruz de Saboya, adquiere después de Solferino y por la Conferencia de Villafranca, un aumento de territorio de 16.680 kilómetros cuadrados, y junta en sus 92.037 kilómetros, 8.023.948 habitantes.

Era el año de 1861, y el Reino de Italia, tan combatido por sus enemigos, en voces y vituperios que habrán olvidado, y que parecían á los *sesudos homes,* á los políticos y estadistas, semejantes á un loco corriendo por los tejados, juntaba 228.429 kilómetros cuadrados de superficie, y almas 20.132.893, como sigue:

	Superficie.	Población.
Cerdeña.....	24.250	573.115
Provincias lombardo-piamontesas.....	55.228	6.530.232
Módena.....	6.036	604.112
Parma.....	5.872	499.835
Toscana.....	22.345	1.793.967
Dos Sicilias.....	104.550	9.117.050
Romanía y Umbría.....	10.138	1.014.582
TOTAL.....	228.429	20.132.893

El presupuesto de Italia, ordinario y extraordinario, sumaba 368.977.032 pesetas.

La Deuda pública á un capital de 1.507.858.332 pesetas ascendía; y con la de las Dos Sicilias, de 127.872.000 ducados, ó

548.424.000 pesetas, excedía de *dos mil millones* de pesetas la carga.

Sadova, á pesar de Custozza y Lisa, agregó el Véneto á la bola de nieve, ya de 284.391 kilómetros cuadrados, y sus habitantes 24.223.458.

Abrumaba un presupuesto de ingresos calculados en pesetas 658.653.760, para 535.560.596,62 el ordinario de gastos y 11.706.180,60 los extraordinarios; datos que hemos de rectificar más adelante.

Faltaba todavía completar la unidad. La capital se había trasladado á Florencia. Estaban bajo la gratitud y las incertidumbres de Napoleón III. Pero Sedán completó la unidad del Reino de Italia.

En 1871 era de 296.013 kilómetros cuadrados, y tenía una población de 25.944.543 habitantes.

Su presupuesto de ingresos lo calculaban en 1.397.030.390 pesetas, ordinario y extraordinario.

Los gastos, por ambos conceptos, en 1.558.042.949 pesetas.

Ascendía entonces la Deuda consolidada á un capital de 9.020.000.000 de pesetas.

Cumplíase la profecía de Napoleón I, no la del Príncipe de Metternich.

Italia, sin otros límites que los Alpes y el mar, se ponía de pie, como nación independiente.

Roma, la Ciudad Eterna, era la capital de Italia.

Había dejado de ser expresión geográfica. ¡Qué portento!

IV

Nadie lo ponga en duda: Italia es la sexta de las grandes potencias de Europa.

Todavía no ha dicho su última palabra.

Todavía está por ver qué lugar ocupará en los destinos del mundo.

No exageramos.

Es una cuestión de tiempo... y de fortuna.

El Mediterráneo será siempre el mar de la civilización, su centro, y el espacio donde se decidirán, como en Actio y Lepanto, los destinos y fines de los Imperios.

Inmensas é increibles nos parecen, desde luégo, las dificultades de organización demostradas en los presupuestos y sus resultados, que ha superado el nuevo Reino. Medítese bien por las personas versadas en los conocimientos de los ramos de la Hacienda pública lo que descubre á primera vista el simple cuadro de los ingresos y gastos de presupuesto, como lo presentamos completo desde el año de 1861, á saber:

AÑOS	Ingresos. — *Liras. Pesetas.*	Gastos. — *Liras. Pesetas.*	RESULTAS
1861.....	458.322.688	812.272.476	— 353.949.788
1862.....	471.241.264	921.016.396	— 449.775.132
1863.....	511.827.129	897.745.262	— 385.918 133
1864.....	565.310.610	1.033.139.152	— 467.828.542
1865.....	637.176.089	1.066.459.285	— 429.283.196
1866.....	639.612.269	1.256.822.008	— 617.209.739
1867.....	784.250.797	1.117.588.023	— 333.337.226
1868.....	726.486.545	1.187.351.948	— 460.865.403
1869.....	901.573.731	1.151.480.294	— 249.907.563
1870.....	800.649.014	1.021.925.930	— 221.276.916
1871.....	1.046.003.551	1.277.780.785	— 261.777.234
1872.....	1.295.336 212	1.548.355.022	— 252.998.810
1873.....	1.317.286.731	1.552.060.918	— 234.774.186
1874.....	1.314.147.325	1.540.862.261	— 229.714.936
1875..... ..	1.336.307.886	1.494.152.520	— 157.844.644
1876.....	1.345.132.190	1.472.941.860	— 128.231.670
1877.....	1.389.109.906	1.422.877.431	+ 11.028.190
1878.....	1.425.383.965	1.412.683.266	+ 12.900.699
1879.....	1.435.828.569	1.468.212.943	+ 42.513.754
1880.....	1.439.368.496	1.420.226.726	+ 19.141.770
1881.....	1.518.535.464	1.467.638.226	+ 50.887.238
1882.....	2.219.917.238	2.210.460.620	+ 9.456.618
1883.....	1.563.248.798	1.563.355.269	— 106.471
(1) 1884.....	766.709.862	772.206.393	+ 5.496.531
1885.....	1.434.560.585	1.353.266.281	+ 81.294.304

(1) Primer medio año.

Indicados están los sobrantes con las cruces, y con el signo aritmético *menos* el déficit.

Hacer frente á inmensos gastos, cubrir los déficits con repetidas operaciones de crédito, reforzar los ingresos, merced á nuevos tributos y cargas, satisfacer las exigencias patrióticas, impacientes y exaltadas; no oir las quejas del contribuyente, que estaba acostumbrado á pagar mucho menos, y á quien parecía muy costosa la unidad é independencia nacional; construir carreteras, vías férreas, puertos y arsenales; organizar un ejército formidable, basado en el servicio obligatorio, esmerada instrucción y buen armamento, fundiendo en una la diversidad de procedencias; fomentar una marina de primer orden de grandes acorazados y colosales cañones; dar á las capitales de los antiguos Estados y multitud de ciudades verdaderamente monumentales en que abunda la Península, ilustres todas ellas por la tradición, medios de vida oficial: ¡ah! eso parecía imposible, obra de romanos, algo superior al humano esfuerzo, combatida á la vez, como se encontraba Italia, por contradictorios intereses, sentimientos piadosos, intrigas religiosas, manifestaciones exteriores de la multitud de zuavos pontificios, romeros, peregrinos, fieles más ó menos católicos, tal vez más políticos que católicos; la presión de las Cancillerías; el secreto resorte algo insistente del interés de la antigua aliada, júntándose con la natural suspicacia y frialdad de la antigua dominadora. Todo eso tenía que vencer el presupuesto, y todo eso ha resuelto al fin el presupuesto. Por lo cual es tan curioso seguir la marcha de los déficits, el aumento de los ingresos y ver con asombro cómo llegan por último á los sobrantes.

Para el año económico, que concluye el 30 de Junio de 1886, se han calculado todos los ingresos de la primera, segunda, tercera y cuarta categoría en 1.696.407.922 liras ó pesetas, y los gastos en 1.707.312.769: el déficit en 10.904.847.

A pesar de ascender la Deuda pública del Reino de Italia á *diez mil doscientos millones* de liras ó pesetas, alto está su crédito. La flotante era de 10.063.000. Calculados los intereses de las diferentes cargas, resultan de 530.328.687 liras al año.

Para Guerra, ordinario y extraordinario, destinan....	249.793.773
Para Marina, íd. íd.....	78.474.647
En junto.....	328.268.420

Suman, por lo tanto, las atenciones de Guerra y Marina, con las de la Deuda, un total de

858.597.107 liras.

¡Cara cuesta la independencia!

Si por el cuadro general de ingresos, gastos y resultados de presupuesto, desde 1861 hasta 1885, se ha podido formar una idea de la labor delicada que se ha necesitado para dotar al Reino de Italia de los medios de existencia y desarrollo, igualmente por los diversos ramos de las contribuciones y rentas se manifiesta el plan tributario y, por decirlo así, la riqueza pública, que le ha servido de base. En las entradas ordinarias para 1885-86 cuentan, como principales, la territorial, en 125.644.330 liras; la urbana, 66.200.000; el impuesto sobre la renta de la propiedad mueble, 204.120.000; los derechos de sucesión, 31.000.000; de renta y mano muerta, 6.200.000; de Bancos y sociedades comerciales, 5.718.000; de registro, 55.000.000; de timbre, 56.500.000; de hipoteca, 5.200.000; de autorizaciones, 6.000.000; de los caminos de hierro, 17.250.000; consulares, 1.000.000; de fabricación de cerveza, aguas gaseosas, pólvora, azúcar, etc., 22.000.000; de Aduanas, 178.000.000; de consumo en las puertas, 80.348.245; de estanco del tabaco, 176.300.000; de la Lotería, 86.600.000; de Correos, 75.502.000; de Telégrafos, 11.368.925; de ingresos de los caminos de hierro del Estado, 57.000.000; etc., etc.: tales son las principales rentas, cuya enumeración y cuantía bastan para el objeto que hemos indicado.

En igual sentido nos servirán los datos del comercio general con el extranjero, relacionándolos con la población actual y estado anterior de la Península fraccionada, para estimar su

prosperidad. Escogemos cinco años, los últimos, el quinquenio de 1880 á 1884, para demostrar el progreso alcanzado en las importaciones y exportaciones, como sigue, á saber:

AÑOS	Importación.	Exportación.
1880.....	1.186.172.665	1.103.474.302
1881.....	1.238.712.550	1.164.347.137
1882.....	1.225.985.028	1.149.573.509
1883.....	1.286.205.114	1.181.607.567
1884.....	1.318.659.699	1.065.530.050

Como principales artículos de entrada en 1884, cuentan:

Algodón en rama.....	Liras	85.969.000
Trigos y harinas	»	76.356.000
Carbón de piedra.....	»	67.731.000
Cueros	»	41.350.000

En la exportación:

Seda en rama y madeja.....	Liras	240.840.000
Vino	»	77.943.000
Aceite de oliva.....	»	72.734.000
Frutas	»	48.180.000
Huevos.....	»	38.708.000
Desperdicios de seda.....	»	27.000.000
Seda en telas.....	»	17.480.000
En capullos.....	»	10.226.000
Artículos de coral.....	»	32.182.000
Mármoles.....	»	21.957.000

	Importación.	Exportación.
Con Francia y Argelia.....	291.074.000	425.173.000
Con el Reino Unido.....	300.074.000	89.670.000
Con Austria.....	206.077.000	111.313.000
Con Alemania.....	110.730.000	102.251.000
Con Rusia	50.826.000	22.784.000

En el comercio de importación de 1885 hubo por Aduanas una recaudación de 246 millones de liras, ó 68 millones más que en 1884. La suma del valor de los artículos está represen-

tada por 1.575.245.041 liras en la entrada, y 1.134.110.309 liras en la salida.

Es productiva la tierra de Italia en el 86,9 por 100 de superficie, é improductiva el 13,1 por 100. Un 12 por 100 ocupan los bosques; 36 por 100 el cultivo; de 11.200.000 hectáreas, la mitad siembran de granos y semillas; 2 millones de hectáreas dedican al viñedo, y unas 880.000 á olivares.

Propietarios territoriales contábanse 4.133.432 en todo el Reino. En Cerdeña hay un propietario por cada cuatro habitantes; en el Piamonte, Abruzos y Basilicata, un propietario por cada cinco; en las Marcas, 1 por 13; en el Véneto, 1 por 12; en Toscana, 1 por 10; el término medio sale á 1 por 7.

V

Muchos batallones y numerosas naves de guerra, no constituyen fuerza militar respetable, si les falta organización y presupuesto. En los habitantes de Italia, situación geográfica, costas y fronteras, buenos organismos administrativos, fina política, prosperidad pública, comercio y marina mercante, deben estar firmemente sostenidos el ejército y la armada:

Consta el ejército permanente del Reino de Italia de 96 regimientos de línea: 12 de cazadores (bersaglieri), de 3 batallones, 4 compañías y una de depósito cada regimiento; 6 regimientos de los Alpes, de 20 batallones, en 72 compañías; 87 distritos militares con 98 compañías.

De 22 regimientos de 6 escuadrones y uno de depósito la Caballería, y 6 depósitos de remonta.

De 12 regimientos de 10 baterías la Artillería volante, tres compañías del tren y una de depósito; de 2 brigadas, la montada de 2 baterías; de 5 regimientos de plaza, de 12 compañías de plazas y costas y una de depósito; de 2 brigadas de artillería de montaña, de 4 compañías; de 5 compañías de maestranza y una compañía de Veteranos.

De 4 regimientos de Ingenieros, dos de los cuales de zapadores, de 14 compañías, 2 compañías del tren y una de depó-

sito; de un regimiento de pontoneros, de 8 compañías; de una brigada para material, de 2 compañías; de una brigada del tren, de 4 compañías, y una de depósito; de un regimiento, compuesto de una brigada para ferrocarriles, de 4 compañías, 2 brigadas para telégrafos, de 6 compañías, una brigada de zapadores, de 4 compañías, 2 compañías del tren y una de depósito.

De 11 legiones territoriales de Guardias civiles (Carabineros), y una legión de cadetes.

De 4 compañías de Inválidos y Veteranos; de 12 compañías de Sanidad; 12 compañías de Comisaría militar; cuerpo veterinario; cuerpo administrativo é institutos de instrucción; establecimientos disciplinarios, de 15 compañías, y de dos casas de corrección.

Esa fuerza permanente ó activa tenía en 1885 el personal siguiente, á saber:

	Hombres.
Infantería	250.085
Distritos militares	371.959
Regimientos alpinos	22.430
Bersaglieri	41.410
Caballería	26.769
Artillería	84.389
Ingenieros	19.803
Guardia civil	21.894
Establecimientos de instrucción	3.078
Compañías de Sanidad	9.727
Intendencia militar	3.555
Cuerpo de Inválidos	578
Remontas	227
Compañías disciplinarias	1.313
Establecimientos penitenciarios	1.835
Oficiales activos y en disposibilidad	13.610
— complementarios	3.252
— del servicio auxiliar	1.861
— de la reserva	3.428
TOTAL	881.203
Milicia movilizada	362 235
Milicia territorial	1.156.522
TOTAL GENERAL	2.400.000

Estiman el pie de guerra, á saber:

Ejército permanente en primera línea.....	690.000
Milicia móvil en segunda línea.....	300.000
Milicia territorial en tercera línea.....	1.000.000
En junto.....	1.990.000

En 12 distritos militares hállase dividido el territorio.

Ningún ejército del mundo está mejor instruído ni cuenta con material mejor. Nadie está ocioso. No se han conocido en Italia los pronunciamientos de soldadesca. El honor militar es perfecto.

Cuenta la marina de guerra:

DE PRIMERA CLASE						
Navíos blindados de torre	3	con	12	cañones y	1.103	tripulantes.
Acorazados.....	14	»	31	»	3.397	»
DE SEGUNDA CLASE						
Blindado.....	1	»	4	»	240	»
Baterías acorazadas.....	2	»	16	»	620	»
Corbetas á hélice.....	6	»	48	»	1.061	»
Yacht á hélice.....	1	»	8	»	»	»
Torpederos para embestir	4	»	9	»	»	»
DE TERCERA CLASE						
Torpedero para embestir.	1	»	»	»	»	»
Avisos.....	7	»	9	»	815	»
Cañoneros.....	6	»	18	»	854	»
Buque torpedo.....	1	»	»	»	83	»
	46		155		7.773	
OTRAS NAVES						
Trasportes.....	5	»	10	»	814	»
Buque torpedo.....	1	»	»	»	41	»
Goleta.....	1	»	»	»	50	»
Servicio hidrográfico....	1	»	»	»	148	»
Varios vapores.....	6	»	»	»	280	»
Buques escuelas.....	2	»	»	»	1.037	»
Pontón.....	1	»	»	»	303	»
Vapores á hélice.....	7	»	»	»	277	»
Vapores de ruedas.....	4	»	»	»	66	»
Buque torpedero de mar.	1	»	»	»	»	»
Porta torpedos.....	49	»	»	»	490	»
	124		205		11.427	

El *Duilo* y *Dandolo*, de fama universal, que andan en lenguas de todos, son formidables mónstruos marinos que desplazan 10.570 y 11.180 toneladas, con máquinas de vapor de fuerza indicada de 7.700 y 8.250 caballos; cuatro cañones montan, cada uno de 100 toneladas, y las corazas tienen un espesor de 22 pulgadas.

Italia y *Lepanto*, todavía en construcción, desplazarán 15.000 toneladas, montarán máquinas de 18.000 caballos indicados, cuatro cañones cada uno de 100 toneladas y 11 de cuatro, y no llevan coraza, sino una inclinada de 19 pulgadas en la ciudadela y 15 1/2 alrededor de los cañones de las escotillas.

Andrea Doria, *Ruggiero di Lauria*, *Francesco Morosini*, *Ré Humberto* y *Sicilia*, igualmente en construcción, de 10.000 y 13.050 toneladas, máquinas de 10.000 y 15.000 caballos indicados, cuatro cañones de 106 toneladas y planchas de 18 pulgadas, completarán el formidable y extraordinario armamento marítimo de Italia.

En los combates se sabrá si han acertado, ó cuando conozcamos otros adelantos, pues no se podrá negar que el esfuerzo es grande y que tienen los nobles italianos, tan amantes de su patria y su porvenir, muy presentes los juicios de Napoleón I.

Dandolo, *Lauria*, *Doria* y *Morosini*, son héroes demasiado ilustres en la historia de Italia y de España, y no es posible carezcan de sucesión en su patria. Un pueblo que desciende de Roma, Génova, Pisa, Venecia y Saboya, cuyos anales guarda como culto, político en primer término, maestro siempre en el arte de la guerra, necesariamente ha de regenerarse cuando se une y prosigue su historia con fe y entusiasmo: en la división no más consistió su decadencia y abatimiento.

Para ser respetada Italia por los armamentos que protejan su comercio, costas é intereses, contaba también inscritos en el registro marítimo, en Enero de 1884, un número de 189.162 hombres, y 7.287 naves de altura, midiendo 971.001 toneladas en 1885, de las cuales correspondían á buques de vapor 122.297.

Napoleón, en una descripción admirable, advirtió la división de la Península en dos partes casi iguales, por su prolongación desde los Alpes hasta casi tocar con la costa Norte de Africa, su angostura y orígenes históricos y vecindades, galo al Septentrión y helena en el Sur; pero cuando, como introducción á sus inmortales campañas de 1796 y 1797, con vista de águila lo señalaba y explicaba magistralmente, no habían Fulton con la nave de vapor, y el ensayo de Stokton Darligton, camino de hierro concluído en 1825, corregido la geografía de la hermosa y envidiada Italia, pues por mar y por tierra acórtanse las distancias ya, y se llega á hora fija, y júntanse Norte y Sur en el centro común, que es Roma.

Italia tiene en explotación una red férrea que pasa bastante de 10.000 kilómetros: por tierra y por mar puede reconcentrar sus fuerzas en un momento.

Llevaba gastadas en Diciembre de 1883 en las líneas de los caminos de hierro 2.852.311.407 liras.

El Congreso de los diputados había aprobado en las legislaturas de 1878 y 1879 nuevas vías férreas de 6.000 kilómetros de longitud, para completar la red general, calculadas en un valor de mil millones de liras, y 650 millones de subvención por el Estado, en sumas de 50 en cada año durante quince.

VI

Italia, sexta gran potencia de Europa, formada en un abrir y cerrar de ojos, es principalmente Estado mediterráneo preponderante, aunque al Norte, por dar su izquierda á Francia y derecha á Austria-Hungría, con el frente de los Alpes, perforado en el San Gotardo, se enlace mucho al centro del Continente europeo con importancia suma. Por sus costas del Adriático, de cara á provincias marítimas de Austria, Turquía y Grecia, su interés de aquel lado está bien sobradamente indicado. Los italianos van desplegando una actividad mercantil extraordinaria, dignos descendientes de las colonias griegas, y Génova parece

imitar al ave fénix: por su ahorro el saboyano, y su espíritu de empresa el ligurio, se extienden por el mundo, fijándose principalmente en Montevideo y Buenos Aires. Han asentado en la bahía de Assab, sobre la costa de Africa en el mar Rojo, frente á Aden, en territorio de 359 kilómetros y 1.193 almas. Tomaron también posesión, en el mencionado mar, de Massowah, en 1885.

Como en ninguna parte existen, en España particularmente, verdaderas *equivocaciones* respecto de Italia y del italiano, acaso por cierto espíritu burlón y arrogante que nos es propio, y que tal vez provenga de lejanas grandezas soberbias y pródigas que tuvimos á causa de los tercios y oro y plata de América. Hemos juzgado á la Península expresión geográfica. No hemos creído en su unidad. Se ha querido hacer del poder temporal de los Pontífices cuestión en mucha parte española y sentimentalismo femenino. Charlatanes, ambiciosos y presumidos lo han querido explotar; y al decir esto, respetamos con sinceridad el espíritu religioso verdadero. Como se ve patente ya la prosperidad de Italia, el reposo, la consideración que disfruta, pues allí no se conocen los pronunciamientos militares, ni las crisis ministeriales repetidas, cambios de política, inclinaciones sistemáticas hacia la derecha, intervención oficial en las elecciones, caciquismo local, cesantías de empleados, desórdenes administrativos, irregularidades escandalosas, ni cuanto por acá en esta otra Península es común y corriente: damos en creer, constantemente desdeñosos, que aquel ejército italiano y aquella marina italiana de *Dandolos* y *Duilios* serán poco de temer en un día de combate, y para el caso se tiene siempre en la boca *Custozza* y *Lisa*.

¡Custozza y Lisa!

¡Qué poco recordamos á Rioseco y Ocaña!

¿No son descendientes de los romanos los italianos?

¿Dejaron de batir bien el cobre aquellos guerreros aventureros de las compañías de la Edad Media?

Colonas y Orsinis, Pescaras y Filibertos, Parmas y Spínolas, ¿dónde vieron la luz?

¿Reunían sangre italiana los Piccolomini, Montecuculi, Príncipe Eugenio... y Napoleón Bonaparte?

¿Dejaron de batirse bien los tercios italianos, los soldados de Saboya y los que Napoleón llevó al combate en Alemania, España y Rusia?

¡Siempre en los labios..., el soldado italiano!

He oído decir á un General, que no he de nombrar, y expresarlo con mucha formalidad, hombre de ciencia y valor, que con 30.000 hombres se comprometía á batir á los innumerables ejércitos de la nueva organización italiana...! Menciono confiadamente lo que en tono familiar y en acalorada disputa se expresó, cuando la palabra va mucho más allá del pensamiento; porque, en mi sentir, se hacía el ilustrado personaje eco de las habladurías populares esparcidas. La solidez de los ejércitos depende siempre de la organización y el mando, como el temperamento del soldado del estado social: cuando por el buen gobierno y el sentimiento del deber y propio decoro se levanta un país y se organiza en nación, los ejércitos responden siempre al régimen establecido, que irá mejorando cuanto más se aleje de su origen vicioso. El hombre no es más valiente en el Norte que en el Sur, en el Mediodía que en el Septentrión. De tierras ardientes se extendieron los árabes. Tierras abrasadas habita el moro. Soldado francés era el de Jena como el de Rosbach. Por eso la soberbia impertinente de Napier, que todo lo atribuye á Wellington y sus ingleses, en la guerra de la Independencia, y las majaderías chocarreras de Mr. Richard Ford en su *Handbook for Travellers in Spain*, me han parecido siempre ridículas y meras hinchazones del orgullo y pedantería nacional. Nó, nó. Digámoslo muy alto, para poner en su justo lugar el valor de los pueblos.

Italia, por la unidad y la organización, levanta su nivel moral muy alto, y será, indudablemente, por sus ejércitos y escuadras, cuando entre en línea, potencia militar principalísima. Los que han habitado en el nuevo Reino, en contacto por sus cargos con aquél Gobierno, alaban la discreción de su política. Ciertamente es de admirar lo que llevan realizado en

veinticinco años de existencia. Al paso que van, no sabemos los destinos que les tiene reservada la Providencia. Crece todos los años su población y riqueza. Extienden su comercio, aumentan su industria, se afanan sin descanso.

Los habitantes femeninos superan á los masculinos, en cierto modo, en oficios y trabajos; porque debemos suponer que las 4.143.274 mujeres sin ocupación, y de las que no consta de las 855.691, corresponden á casadas y niñas unidas á su familia, resultando, sin embargo, que son 6.293.193 las que viven de labores, como suman de esa categoría 9.951.277 los varones: á oficios industriales había dedicadas, en 1881, unas 1.904.144 hembras.

Napoleón I no se equivocó. Si mucho han hecho los Papas y las ciudades y los Estados, y más que los Papas, ciudades y Estados, para la conservación del espíritu nacional, los poetas, historiadores, artistas, sabios y jurisconsultos, á Napoleón debe Italia la preparación, como creador de las Repúblicas después de Campoformio y Marengo, y Reino después, dejando además escrito y dicho lo que el continuador de las «Ideas Napoleónicas,» con poco arte y mucha vacilación, ayudó á realizar más tarde. José Mazzini, infatigable conspirador; Gioberti, Manin, Cavour, Garibaldi, Carlos Alberto..., dan la última mano á esa gran estatua que está en pie con la bandera tricolor y en medio la cruz de Saboya, en su brazo robusto, dando sombra á un pueblo. ¡Pueblo grande! ¡Pueblo admirable! de artistas, pensadores y entusiastas; greco-romano, con sangre bajo los Alpes, germana, fuerte y sana, como circula en las venas de la hermosa mujer lombarda.

Por la organización del ejército se consolida la unidad y nacionalidad italiana: sardos, lombardos, venecianos, parmesanos, modeneses, romanos, napolitanos y sicilianos están mezclados y confundidos bajo una misma bandera.

Con presupuesto, ejército y marina y mucha población, ¡qué no se podrá esperar de Italia, ocupando puesto tan principal en el Mediterráneo, con sus grandes islas, interpuesta entre el Oriente y Occidente, por su historia y las grandes promesas!

Servando Ruiz Gómez.

ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL

ANDRÉS LAGUNA [1]

PARTE TERCERA

Laguna, médico de los Papas Paulo III y Julio III.—Su estancia en Roma.—Trasládase á Amberes.—Cualidades que resaltan en Laguna.—Carácter que distingue al siglo XVI, por lo que se relaciona con el personaje biografiado.—Síntesis de la vida de Laguna.

I

En todos los puntos de Italia cundió prontamente la fama de Laguna, y fué desde luégo conocida la importancia de sus opiniones y las relevantes dotes de que se hallaba adornado, puesto que no tardó en recibir señaladas pruebas de aprecio y estimación. En este número se halla el título de Doctor y el diploma de maestro con que le honró la Universidad de Bolonia, de cuya escuela han brotado tantos sabios y ha sido plantel de generaciones ilustres, que han llenado el mundo con su nombre y merecido el respeto de todas las personas cultas. Por ese motivo era tanto más digna de aprecio una recompen-

(1) Véase el número de 25 de Enero.

sa que no se prodigaba ni aun otorgaba fácilmente á los que careciesen de bien probados merecimientos y de títulos suficientes para alcanzar tan señalada honra. Desempeñó en dicha escuela el cargo de profesor, hasta que le llamó el Emperador para llevarle consigo á Roma.

Era el mes de Diciembre de 1545 cuando Laguna pisó por vez primera el suelo de la capital del mundo católico. Precedido de la gran fama adquirida en otros países y de la reputación que sus actos como ciudadano y como médico le conquistaron en el tribunal inapelable de la pública censura, no es de extrañar que fuese prontamente solicitado por las personas de mayor categoría y por las primeras dignidades, llegando á fijar la consideración del mismo Pontífice, que deseaba apreciar y conocer personalmente al individuo cuyos merecimientos habían de tal suerte llamado la atención.

El Pontífice, que tuvo á su cargo la difícil y elevada empresa de presidir el Concilio de Trento, y que subió á la Silla de San Pedro rodeado del prestigio que entre los sabios teólogos adquiriera, no tardó en conocer el mérito del médico español, á quien bastaba solamente oir por vez primera para formar el juicio exacto de sus aventajadas dotes, y la alta idea de su ilustración y cultura, no limitadas en modo alguno á los linderos de su profesión, sino que se extendía por más amplios horizontes y más extensas regiones.

No terminó su prestigio y valimiento en la corte romana con la vida del Pontífice, pues á la muerte de Paulo III fué nombrado por su sucesor en la Sede, Julio III, no sólo su médico de cámara en 1550, sino que también llegó á ser uno de sus secretarios privados, sin por eso dejar de prestar servicios como facultativo á muchas personas, y cuidados y consuelos á los que demandaban sus auxilios; todo lo cual era compatible con las ocupaciones destinadas al bufete, y el no escaso tiempo que consagraba á la enseñanza, brillando igualmente en todas las manifestaciones de su actividad y los ejercicios de su superior inteligencia.

Médico, pues, de Julio III, llegó á adquirir la confianza y

el aprecio de aquel Pontífice, antes conocido con el nombre de Juan María Giochi y que, á pesar del corto tiempo que permaneció en el sólio, porque sólo fué el espacio de cinco años, comprendidos desde 1550 á 1555, dejó huellas de su paso por tan altísimo puesto, el más elevado de la humanidad, restableciendo el Concilio de Trento. interrumpido desde la muerte de Paulo III, y concediendo á los jesuitas la facultad de absolver á los herejes de las penas temporales. Mereció Laguna del Papa no pocas muestras de aprecio, llegando á ser, no sólo su médico, sino uno de sus predilectos y favorecidos amigos, en quienes el Jefe visible de la Iglesia consideraba al hombre de inteligencia y conocimientos superiores.

Prueba de ello es que continuó dispensándole favores y confianza iguales á las que recibiera de su antecesor Paulo III, de quien Laguna obtuvo, como premio á los relevantes servicios que á la religión Católica prestara, los títulos de Caballero de la Espuela de oro, Conde palatino y Soldado de San Pedro, cuyas honrosas distinciones, pertenecientes á una Orden de Caballeros instituída por León X en 1520, le fueron otorgadas en 28 de Diciembre de 1545; todo lo cual constituía una serie de pruebas del aprecio y cariño que con sus actos supo conquistarse de aquél que es mirado como la representación de Dios sobre la tierra, y cuyos decretos son, por tanto, inspiraciones divinas, aun en esta época de libre pensadores.

II

Su estancia en Roma no fué perdida en modo alguno para la ciencia. En medio de aquella población, esencialmente monumental y artística, donde varias generaciones han dejado las honrosas huellas de su inspiración y fantasía, como si quisieran acumular en un sitio los frutos del genio, no cesó un instante Laguna de dedicarse al trabajo, procurando hacer que no fueran estériles para su carrera y contemporáneos lo que se presentaba á su contemplación y el cúmulo de útiles datos que

adquirió en sus visitas á las bibliotecas y museos, en donde había multitud de tesoros, cuyo precio supo aquilatar y cuyo valor tuvo muchos motivos de conocer.

Cerca de San Juan de Letrán recogió algunas plantas útiles, y en la Trascada, ó sea los antiguos campos tusculanos, recolectó preciosos ejemplares. Adquirió por entonces de unos lapidarios unos pedazos de electrón (succino) purísimo, uno de ellos con un insecto en el interior, parecido á un mosquito, y en el otro con una mariposa. El Maestre Gilberto, muy su amigo, le regaló un pedazo de cinamomo, hallado en el sepulcro de la Princesa María, hermana de los Emperadores Arcadio y Honorio; el Licenciado Fuentes, Cirujano de Nápoles, le envió una caja de mumia que había encontrado en la isla de Nicita en un sepulcro de mil quinientos años de antigüedad, recolectando otros ejemplares curiosos y de importancia científica é histórica.

La edad en que fué á dicha capital; sus estudios en los centros docentes á que acudió; la sed de novedades y de impresiones en que se hallaba; la educación que recibiera en sus años primeros, todo constituía un conjunto de circunstancias abonadas para que su imaginación y su inteligencia estuviesen satisfechas, rodeadas del arte y de la historia, para contemplar á sus anchas cuanto había en torno suyo, é interpretarlo con la perspicacia de que se hallaba dotado, analizando con minuciosidad cuanto se ofrecía, al modo que claro prisma descompone la blanca luz en el artístico espectro.

En Roma invertía provechosamente el tiempo, dedicándose á la pública enseñanza y al ejercicio de su profesión, figurando entre sus clientes, entre otras personas distinguidas, el Cardenal D. Francisco de Bobadilla y Mendoza; pero sin abandonar nunca el estudio de los clásicos griegos, por los cuales tenía extraordinaria afición, encontrando siempre en sus páginas nuevos motivos de estudio é ideas no aprendidas; por lo cual no es de extrañar que pasase las horas que su trabajo le consentía en un estudio que le proporcionaba deleite é instrucción, dados los buenos conocimientos que poseía del idioma

griego, para poder saborear todas las bellezas de tan estimables autores.

Doce años próximamente permaneció en Roma, donde pudo, en efecto, admirar y detenidamente apreciar todos sus monumentos, en los cuales puede decirse que se halla escrita la historia de aquel gran pueblo donde, á pesar de los cataclismos políticos y materiales, se han salvado tantos testimonios de grandeza á través de los cuales puede hacerse una excursión histórica que comprenda muchos siglos, cual lo han verificado ingenios de primer orden, legando á la humanidad preciosos detalles desconocidos é ignorados.

En aquellos prodigios arquitectónicos pudo estudiar Laguna, como toda persona de inteligencia y cultura superiores, la historia y vicisitudes de la ciudad que por tantos conceptos merece ser conocida y estudiada, y que tantas enseñanzas encierra en cada uno de sus edificios y donde quiera dirija sus miradas el observador curioso. En Roma se hallaba indudablemente satisfecho su deseo de saber y su espíritu de observación.

La multitud de monumentos en donde cada mirada es seguida de una novedad, por muchas que sean las visitas á los mismos sitios; las ricas bibliotecas y las grandes manifestaciones artísticas, juntamente con las simpatías que inspira á todo español aquel brillante cielo y luz espléndida, muy parecidos á los hermosos é iluminados horizontes de nuestra patria: y hasta el dulcísimo idioma del Dante, afine á las armoniosas cadencias castellanas, y las huellas del influjo español en muchas partes de la ciudad, eran motivos para que persona de sus condiciones viese sus deseos satisfechos y sus aspiraciones cumplidas con la permanencia en aquel gran centro.

La estancia en Roma le inspiró gran número de ideas útiles, que se reflejan en las páginas de sus obras. El trato de gentes, la vista de monumentos y de objetos naturales, los recuerdos históricos encerrados en la gran ciudad, la meditación continuada, en medio de aquella atmósfera y rodeado de tales elementos, había de dar forzosamente resultados brillantes y

producir frutos de imperecedero recuerdo, donde se hallaran señaladas las huellas de una superior inteligencia que, donde quiera que dirige su actividad, brotan fuentes inagotables de ingenio y de provechosa enseñanza.

No podían pasar desapercibidas y ser examinadas de ligero, para un hombre observador, todas las maravillas de arte y todo el conjunto de objetos que son vivos testimonios de la historia de la humanidad en muchos de sus períodos más brillantes, y páginas siempre abiertas de interesante libro, dispuesto á enseñar á toda hora de un modo elocuentísimo; porque habla, no sólo á la inteligencia, sino al sentimiento, pues su lenguaje es de los que inspiran el atractivo de la belleza y las simpatías de todo lo què se halla rodeado por la brillante aureola de la poesía y el arte.

Aquel espíritu observador, aquella inteligencia tan perfectamente educada para recibir y apreciar impresiones, no podían, pues, permanecer ociosos, ni serles indiferente la vista de tanta maravilla artística y de tantos tesoros de ingenio y fuentes de inspiración. Por eso en sus obras, en sus relaciones, en todos los casos que hallaba motivo de manifestar admiración y respeto á lo que en Roma observara, se ven marcados los gratos recuerdos que en su mente dejó la permanencia en la gran ciudad, donde trascurrieron para él días muy felices de su existencia, compartidos entre el estudio, la contemplación del arte y el cuidado de sus egregios clientes, de quienes recibiera pruebas de aprecio y amistad capaces de envanecer á otro que no tuviese la modestia y el buen juicio del insigne español cuya biografía escribimos.

Los monumentos, las columnas, los arcos, los obeliscos, los escombros y las ruinas de Roma, son otros tantos libros de curiosa historia y de anedóctica leyenda. Las inscripciones, difícilmente legibles, en las oscuras piedras, son un rico archivo para conocer noticias de las generaciones que vivieron treinta y siete siglos atrás. El viajero puede visitar en las afueras las orillas poéticas en que estuvo la cuna de Rómulo, así como el Monte Sacro, testigo de tantas convulsiones y revueltas polí-

ticas, y en la cumbre del Capitolio, donde estaba la célebre roca Tarpeya, como igualmente otra multitud de recuerdos de un pueblo que ostentaba las grandezas de todo el mundo conocido, desde el Egipto, que suministraba modelos para sus obeliscos, hasta el África, que enviaba las fieras destinadas á sus anfiteatros.

Imposible no sentir profunda emoción ante la vista de las maravillas artísticas de aquella ciudad.

Sus cuadros representan toda la historia admirable del arte pictórico, con sus épocas de prosperidad y decadencia. Las riquísimas galerías del Vaticano; sus portentosos frescos, sus lienzos de casi todas las escuelas y autores; la riqueza de belleza artística derramada por aquellas galerías; las obras que brotaron del genio inmortal de Miguel Ángel, contemporáneo de Laguna, aunque veinticuatro años más joven éste que aquél, todo influía en el ánimo del inteligente español para rodearle de una atmósfera de arte á que no podía permanecer ajeno en modo alguno.

Porque el hombre dotado de condiciones de observador y crítico, halla en todas partes motivos donde ejercer sus dotes y presentar los resultados de su inteligencia. Así es que, para Laguna, fué de gran provecho el viaje que realizó á la gran ciudad, donde cada día trascurrido allegaba nuevos materiales para el edificio que había de salir de su ingenio, tan admirable como aquellos monumentos y joyas que brotaron de tantos artistas, y que el hombre de ciencia aprovechaba para tomar los datos necesarios en el ejercicio de su carrera y para imprimir el grado de adelanto que se propuso á los estudios á que se consagró con tanto afán.

Asistió más de una vez á la imponente solemnidad de la bendición *urbi et orbe*. Se halló confundido entre aquella multitud de la plaza de San Pedro, en sereno y clarísimo día de Abril, cuando iluminado el horizonte por los resplandores de un sol espléndido, pudo observar tantos miles de personas de distintos países, vistiendo diversos trajes y hablando diferentes idiomas, todos atentos al balcón de la gran basílica, en que

aparece el Pontífice revestido con los atributos supremos del sacerdocio y dirige sublimes palabras, que llegan á todos los oídos y repercuten en todos los corazones en una época en que las creencias religiosas tenían tan poderoso arraigo.

En su tiempo se hallaba en construcción la gran basílica de San Pedro, cuando el ilustre Miguel Ángel, ya octogenario, tomó bajo su dirección la responsabilidad de continuar las obras de la primera catedral del mundo católico, que, á partir de entonces, cambiaban de rumbo, siguiendo distinto plan del anterior arquitecto Sangallo y dando al templo la forma de cruz griega que hoy tiene. Por aquella época formóse en Roma una asociación, á la cual no fué extraño Laguna, que se componía de Príncipes y personajes de las primeras naciones del mundo, con el fin de aumentar el fondo de limosnas para la fábrica de San Pedro y contribuir, cada cual en la medida de sus fuerzas, á la realización de tan gigantesca obra, que puede denominarse el primer monumento del mundo, en el cual han dirigido al Altísimo sus oraciones los católicos por espacio de quince siglos.

Pudo ver, cuando apenas brotaron de su inimitable paleta los portentos del gran Rafaél, cuya fugaz existencia no fué obstáculo á inmortalizar su nombre con el *Pasmo de Sicilia*, que posee el Museo de Madrid y con los inimitables frescos del Vaticano, que pueden considerarse como acabado modelo de la pintura, en la *Teología*, la *Filosofía*, la *Jurisprudencia* y la *Poesía*, donde se ven representados: en la primera, los dogmas y principios fundamentales de la Religión; en la segunda, la escuela filosófica de Atenas y los sabios que la dan vida; en la tercera, los jurisconsultos y Pontífices creadores de las grandes fuentes del Derecho en el *Digesto* y en las *Decretales*; y, por último, la Poesía representada por Apolo en medio de las Musas, ocupando la cima de una montaña, á cuyo pie corren las cristalinas aguas de la fuente de Castalia y en la cumbre se ven frondosos laureles, cuya sombra produce la inspiración y la belleza.

El Tusculano, sitio de las inmediaciones de Roma donde se

hallaba la granja que alcanzó gran celebridad por haber sido la residencia de Cicerón, era el punto cuya soledad y encantos brindaban soberanamente á Laguna para dedicarse á sus escritos y entregarse á sus favoritas elucubraciones, sintiéndose doblemente inspirado y con gran aptitud para los trabajos literarios y de meditación. Allí fué donde escribió, entre otras cosas, la *Vida de Galeno* y pudo leer detenidamente sus obras, para extractarlas con acierto y oportunidad y dar después á luz pública el *Epitome*, que adquirió la reputación y fama que indudablemente merecía por sus buenas condiciones.

III

La muerte de Julio III, acaecida en 1555, fué la causa de que abandonase Laguna la ciudad de Roma y se dirigiese á Amberes, donde no le faltaron tampoco motivos y ocasiones en que distinguirse para merecer el aprecio de los habitantes de aquel país. Allí fué donde hizo estudios notables acerca de la epidemiología, que publicó más tarde y que le sirvieron no poco para muchas de las apreciaciones que consignó en diversas obras, como resultado de una experïencia bien aprovechada y de haber aprendido en la práctica lo que jamás se olvida, puesto que va revestido del prestigio y exactitud de los datos experimentales y comprobados.

Después de la muerte de Julio III abandonó, pues, Laguna, á Roma. Trasladado de allí á Amberes, á poco tiempo de su llegada se desarrolló una mortífera epidemia, y tuvo motivo de poder demostrar una vez más hasta el punto que llegaba su ciencia, desinterés, celo, valor y caridad, asistiendo á los que se vieron atacados por la cruel dolencia. Entonces escribió su tratado sobre aquella peste, consignando gran número de datos clínicos que observó en los muchos enfermos que se hallaron á su cuidado, queriendo que no fuesen perdidas las multi-

plicadas y muy útiles observaciones que recogiera en aquella honrosa y célebre campaña, de la cual no puede menos de tomar acta la imparcial historia.

Su vida fué una verdadera peregrinación para el estudio y una interesante epopeya del trabajo intelectual. Porque donde quiera que acudía, encontraba motivos de aplicación y asuntos dignos de ser meditados y conocidos. Los monumentos, las bibliotecas, los grandes fenómenos naturales, la vida que se cernía en torno suyo, la tierra que pisaba, la planta que crecia en la humilde ladera, eran otras tantas causas en que su actividad se ejercía y á que su ansioso espíritu de investigación se entregaba, en la seguridad de hallar ancho campo á sus deseos, como el ave se lanza majestuosa á los aires en los que vive y halla elementos de desarrollo y expansión.

Las amistades que contrajo fueron en número no escaso, procurando siempre, como realizó, en efecto, ser fiel á los que diera el título de amigos, sin jactancia ni vanagloria de los favores que les otorgase, ni tampoco aparecía con muestras exageradas de afecto, rayanas en la hipocresía, que, si bien á muchos entusiasman, no son siempre la señal infalible de las expresiones del corazón. Era en esto el verdadero castellano viejo, sencillo y desprovisto de afectación, pero, en cambio, verídico é ingénuo, esclavo de su palabra y exacto cumplidor de sus compromisos y deberes.

En Venecia entabló relaciones con un sujeto, que regresaba de Armenia provisto de gran abundancia de plantas medicinales, entre ellas el *cardamono*, de cuyos efectos pudo enterarse detenidamente. En aquella ocasión observó también el *cálamo aromático*, y más tarde, en los Alpes de Génova, recolectó el *nardo céltico;* todo lo cual sirvióle en gran manera para sus estudios y lo utilizó en las obras que dió á luz, enriqueciéndolas con datos originales de gran valía, dando á muchas sustancias el valor y significación que les eran propios, ó rectificando ideas erróneas y confusas.

En su mente bullían sin cesar, cual pensamientos vagos, las ideas que no tardaba en dar forma su incansable actividad

y constancia modelo. No eran como esas fantásticas imágenes que ve la juventud en sus dorados sueños de ambición, para después desvanecerse como fugaces sombras. Aparecía en su cerebro una idea, y acto continuo era sometida á la prueba de su realización, basada en hipótesis formales, empleando toda su actividad en llevarla á cabo y no descansando hasta darla cima y verla coronada, si no por el éxito, cuando ménos por haberse formado al calor de una fe inquebrantable y de un deseo constante y sin desmayos.

Los viajes fueron para Laguna un motivo de estudio y un gran elemento de instrucción.

El trato con personas de distintos países y de categorías diversas, la vista de horizontes variados, las excursiones á sitios en que la naturaleza brinda con productos á cual más distintos y en donde pueden admirarse las grandes manifestaciones naturales, la posibilidad de consultar á sabios eminentes y de leer preciosos libros y raros manuscritos, no hay que dudarlo, son un conjunto de poderosos elementos, cuya resultante ha de ser el fruto sazonado y la obra concluída del hombre ilustre y digno por tantos títulos de ser escuchado con singular atención y con extraordinario respeto.

Á pesar de haber alcanzado grandes distinciones y ser objeto de las deferencias de magnates y Príncipes, no se dejó arrastrar por la vanidad, ni se olvidó un momento de que el hombre de ciencia debe ser siempre modesto, si ha de estar verdaderamente poseído de su misión; pues cuanto mayor sea el caudal de conocimientos adquiridos, es más firme la convicción de que le falta mucho que saber y no poco que alcanzar en esos vastos é inacabables horizontes de la ciencia, semejantes á los extensos é insondables mares, en cuyo seno siempre se hallan nuevos y sorprendentes descubrimientos.

Alcanzar tan gran celebridad en toda Europa, subir de tal modo en el concepto público y pronunciarse su nombre con singular elogio en todas partes, en época en que los libros que salían á luz eran todavía escasos y casi desconocido el periodismo, que lleva y propaga en sus columnas las ideas con la

rapidez con que se conciben, indica que había grandes motivos y poderosas razones para que la sociedad de entonces adjudicase tan preciada distinción y tan señalado premio al hombre insigne que por su trabajo, su ingenio, su carácter, sus obras y su ciencia, se colocaba en primera fila y descollaba entre la generalidad de sus compañeros y de las personas de alguna ilustración y cultura.

IV

El siglo en que Laguna floreció fué no poco crítico respecto á ideas filosóficas y médicas. De una parte luchando con la superstición, envuelta y disfrazada con los nombres de cábala y de magia, y por otro lado la alquimia con sus exageraciones, que se hallaba en todo su auge, constituían un sinnúmero de obstáculos al progreso, y á veces hasta de peligros para el hombre de ciencia que lanzaba alguna novedad, casi siempre mal acogida y á veces con grave peligro para el atrevido innovador. Sin embargo, comparado con anteriores períodos, ya empiezan á vislumbrarse los primeros fulgores de una era de adelanto y progreso, y el comienzo de nuevos rumbos para encontrar por otros derroteros las verdades que al andar de los tiempos tantos beneficios habían de producir y tantos asombrosos adelantos realizasen.

Entonces aumentó el gusto por la literatura griega, debido á la influencia producida por los griegos, que, arrojados de Constantinopla, fueron á esparcir sus doctrinas por varios puntos de Italia, por lo cual se restauró la medicina hipocrática, hasta el punto de que los médicos casi no leían más obras que las de Hipócrates y Galeno, mientras que los filósofos se entregaban por completo á las profundas concepciones que brotaran de los privilegiados genios de Platón y Aristóles, verdaderos titanes de la inteligencia que admirará eternamente la humanidad. Semejante influjo no pudo menos de producir notables adelantos, principalmente en las ciencias de ob-

servación, á las cuales se dedicaba Andrés Laguna de preferencia, sirviéndole sus estudios filósoficos para poder discurrir con notable acierto y dar el verdadero valor y la significación genuina á los hechos que en el gran libro de la naturaleza estudiaba y leía.

Mas también empezaron á surgir entonces grandes divisiones y profundas diferencias entre los médicos, formándose varias sectas, en las cuales unas seguían fidelísimamente las doctrinas del oráculo de Cos, mientras que otros proclamaban cierta libertad de pensar, sin someterse á determinados principios autoritarios. Por eso aparecieron tantos reformadores, sosteniendo algunos las más absurdas y peregrinas doctrinas, en todas las ramas del árbol de la ciencia médica. La alquimia adquirió gran vigor y preponderancia, y los astrólogos y adivinos no eran tampoco extraños á muchas de las controversias médicas, por cuya razón influyeron algún tanto en su modo de ser en la época citada.

Comenzó en aquel tiempo á iniciarse en España una favorable reacción, emanada de los poderes públicos, en pro de las clases populares y humildes, antes olvidadas y proscritas, dando participación y considerando al mérito donde quiera que se hallase, y no siendo obstáculo un origen desconocido y oscuro para elevarse á las más altas dignidades, con tal de que demostrase el que alcanzaba esa distinción poseer las excepcionales y difíciles condiciones á que tenía forzosamente que someterse el que salía triunfante de las pruebas por que había de pasar por necesidad.

Refiriéndonos á nuestra nación, el siglo XVI fué brillantísimo en la historia de la Medicina española y de todas sus ciencias auxiliares. Engrandecida y unificada la Monarquía, comenzó en todos los conocimientos un período de progreso que superó en gran manera al manifestado en las demás naciones. Los españoles fueron buscados para ocupar importantes cátedras en Universidades extranjeras; los nombres de Fray Luis de León, Argensola, Herrera y Garcilaso, son otros tantos títulos de gloria en la literatura patria, del mismo modo que Ma-

riana y Mendoza en Historia, Nebrija y Francisco Sánchez en Humanidades, Monzón en Matemáticas, Alonso Barba en Química, inventando medios para obtener la plata de los minerales; en Astronomía, Córdoba; en Filosofía, el ilustre español Ginés de Sepúlveda y el gran Luis Vives, y en Derecho el eruditísimo Covarrubias. En este período figura, pues, el personaje Laguna como digno representante (dentro de su esfera), en la profesión á que se dedicó, de la pléyade de grandes hombres que surgieron en un período en que la humanidad se mostraba tan pródiga de ingenios titánicos.

A Laguna puede estudiársele con arreglo á la época en que vivió, en la edad llamada por Renouard *de renovación*, que comienza en el siglo XV y concluye en nuestros días, así denominada por ser efectivamente una época en que las sociedades parecen descartarse de todas sus antiguas creencias y empezar una era de novedades y progresos. Dentro de esta misma edad hay dos períodos: el llamado erudito y el denominado reformador, comprendiendo el primero los siglos XV y XVI y el segundo los XVII y XVIII, dejando naturalmente al juicio de la posteridad los hechos que tienen lugar en la presente centuria. Al período erudito es donde corresponde colocar á Andrés Laguna, y allí, porlo tanto, es el sitio en que la historia debe consignar sus hechos y hacer su crítica.

En la décimasexta centuria se fundaron cátedras y universidades, dotadas con los medios materiales suficientes para dar las enseñanzas con la extensión que permitían los conocimientos de la época. Muchas sustancias enriquecieron la materia médica: entre ellas figuran el guayaco, la zarzaparrilla, la china y el sasafrás; se modificó ventajosamente la manera de administrar el mercurio en la sífilis; se dieron procedimientos para convertir en potable el agua de mar, y el estudio de la clínica y de la anatomía patológica hicieron grandes progresos. Andrés Laguna tuvo la dicha de respirar esta atmósfera de adelantos y contribuir con su iniciativa á que se realizasen en el terreno de la práctica y de la experimentación.

Las guerras de religión predominaban en el siglo XVI. Mas

la política, también disfrazada con el carácter religioso, tomó una parte activa en la lucha entablada entre diversas naciones, en aquel período que puso fin de una manera definitiva á la Edad Media, para comenzar una nueva era, donde la ciencia había de tener muchos motivos de aumentar sus horizontes y, por tanto, se preparaban días de gloria, que ya estaban cercanos, para que la química y todas las ciencias de observación dieran algunos pasos, precursores de otros más gigantescos que habían de realizar en el glorioso camino que recorrieran, hasta llegar al estado en que hoy se hallan, y cuyas conquistas y triunfos no es posible predecir adónde llegarán con el trascurso del tiempo.

Las guerras religiosas preocuparon, pues, hondamente á la Europa en esta centuria. El libre examen en materias científicas llegó hasta las cuestiones relacionadas con la conciencia, por cuyo motivo fueron tan tenaces los odios y tan implacables las persecuciones. Ese es el siglo de Paracelso y del Canciller Bacon; ese es también el siglo de Copérnico, cuyo estudio profundo acerca de la astronomía dió por resultado el descubrimiento de que la tierra giraba juntamente con todos los planetas en derredor del sol, en oposición completa con las antiguas creencias de que los movimientos de este astro ocasionaban los días esplendorosos y las oscuras noches, así como los cambios y sucesión de las diferentes estaciones. Ese es el período de otros grandes genios que cuenta la historia en sus páginas.

V

Si hubiéramos de sintetizar en breves frases la figura de Laguna, diríamos que había sido el médico ilustrado; el orador elocuente y enérgico; el escritor científico, que se inspira en las ideas de su tiempo y en la ciencia que profesa; el helenista y latino de superiores conocimientos y de notable alcance; el observador curioso de la naturaleza leyendo en sus páginas sublimes los grandes secretos que atesora; el viajero ilustrado

y el hombre de sociedad culta y de diplomático instinto, que trata cual debe á los Soberanos, Príncipes y magnates, sin desdeñar al humilde y desvalido, llevando á su hogar el consuelo y á sus deudos la dicha.

No puede menos de concedérsele también ciertas condiciones de político y conocedor del espíritu de los pueblos, aunque sin figurar entre los hombres de gobierno. Algunos de los hechos de su vida lo atestiguan de una manera elocuente. La campaña sostenida en Metz y Colonia, dejó memoria inextinguible de su sagacidad y tacto en la manera de intepretar los deseos de las muchedumbres, así como el de las personas distinguidas y que tenían posición elevada por diversidad de razones. Su clara inteligencia, no hay que dudarlo, veía en horizontes muy extensos y sabía anteponerse á los conflictos y arrostrarlos con ánimo sereno cuando se presentaban á su paso, como el práctico marino sabe reñir formidables batallas con los embravecidos elementos.

Los datos que se tienen acerca de su vida privada son poco numerosos; pero indican que se deslizó en general tranquila, bajo serenos y limpios horizontes, lo cual manifiesta que su carácter era de condiciones adecuadas, no sólo para el trato de gentes, sino para ocupar dentro del hogar doméstico el sitio que verdaderamente le correspondía y no perder su dignidad ni olvidar jamás sus deberes, aun entregado á las dulces afecciones del cariño, que desligan de todas esas trabas sociales y que obligan á una vida artificial y ficticia, apareciendo muchas personas con distinta conducta en una y otra esfera. Para él no había olvido de sus deberes en ningún instante de su existencia.

No puede menos también de asignársele la cualidad inherente á los hombres superiores, cual es la de crecerse y adquirir vigor y ánimo ante las dificultades y conflictos. Podría adolecer de los defectos inherentes á todo ser humano; pero no careció jamás de valor y energía ante el peligro, como tuvo más de una vez ocasión de demostrar satisfactoriamente en el curso de su vida. No era de los que se aniquilan y hunden

ante las contrariedades, sin presentarles antes ruda batalla, á fin de que no se pudiera decir que fué vencido sin combate. Así se le puede observar lo mismo en la cámara de los Príncipes y régios salones que en los más ocuros y modestos albergues. Poseía constancia y tesón, iluminados por la fe, y con esas cualidades se llega muy lejos y se realizan las más árduas empresas.

Laguna es un verdadero personaje histórico para quien hace tiempo ha sonado ya la hora de escribir con perfecta imparcialidad y sin la presión que siempre ejercen los contemporáneos. Mas al propio tiempo surgen dificultades, propias de la gran distancia que de su época nos separa, á fin de dar exacta idea de muchos de los episodios de su vida. Los archivos presentan pocos documentos referentes á él, y es lástima que no puedan encontrarse. Así es que sus obras, en las que consigna muchos sucesos en que intervino personalmente, son los más fidedignos orígenes á que hay que acudir en primer término para la adquisición de datos ciertos que puedan servir de noticias al biógrafo y de documentos al historiador.

Laguna, no hay que dudarlo, ha pasado á la posteridad rodeado de luminosa aureola, ganada en la lid del trabajo y en el yunque de un constante empeño de procurar á la ciencia conquistas y á la humanidad consuelos. Pero, no es, no, el obrero inconsciente que, poseído de la fiebre del trabajo, se sacia con entregarse á él en totalidad, como poseído de un vértigo, sino que brotan multitud de chispas de luz de aquella inteligencia á medida que la gimnasia de su ejercicio la ponen á prueba y la someten á nuevos ensayos. Sabía imprimir á cuanto tocaba el sello indeleble del hombre de superior talento y de criterio elevado.

PARTE CUARTA

Laguna escritor.—Idea detallada de sus principales obras, dejando para otra sección los comentarios al *Dioscórides*.—Consideraciones críticas acerca de los trabajos que dió á luz.—Importancia histórica de los mismos.

I

Llegamos en el conocimiento de Laguna al período indudablemente de más interés y al concepto que reclama más detenida atención de quien se proponga estudiarle. Sus ideas, reproducidas y multiplicadas por la imprenta, merecen muy singular atención y maduro examen. Al propio tiempo constituyen importantes documentos, que conducen á esclarecer muchos datos de la vida del personaje y á resolver no pocas dudas que surgirían cuando se intentase consignar los episodios de su vida y no acudieran, en poderoso auxilio del que á este trabajo se dedica, las páginas de los libros que dió á luz. Examinemos, por tanto, sus producciones.

La savia de su juventud se manifestó de una manera espléndida en multiplicados escritos, que dió á luz en su mayor parte cuando la nieve de los años todavía no blanqueaba sus cabellos, pero que indicaba un caudal de conocimientos que no es frecuente se posean en edad relativamente temprana. A medida que avanzaba en años, las obras que entregó á la publicidad revelaban, no sólo una gran suma de conocimientos, sino también las acabadas muestras de perfección en los juicios que suministra la experiencia con sus inexorables avisos y sus profundas advertencias, á las que sólo se presta atención cuando las contrariedades de la suerte han marcado profundas heridas en el alma y grandes amarguras en la existencia.

De aplicación y laboriosidad extraordinarias, tenía grandes

deseos de manifestar al público sus trabajos y consignarlos en obras, que han sido apreciadas en su justo valor y consultadas por las varias generaciones que en el largo espacio de tres centurias se han sucedido. No había en aquella época periódicos á que acudir para dar á conocer á los contemporáneos las pruebas de su estudio y los resultados de sus viajes, por lo cual se valía del libro y del folleto, lo que demuestra sus deseos de presentar al público los frutos de su ingenio, cuya importancia se manifiesta con sólo indicar que han pasado á través del tiempo y son buscadas sus obras igualmente por el erudito que por el que desea conocer á la ligera el estado de la ciencia en aquel lejano período de nuestra historia literaria.

La vocación de escribir para el público fué marcadísima desde su edad juvenil. Sus producciones llevaban ya cierto sello de superioridad y atractivo, para que fueran acogidas con aplauso y leídas con interés por todos, así como también conservadas y buscadas de sus contemporáneos y sucesores. Si no tuviesen motivos de ser respetados y acogidos sus escritos, no hubiesen ciertamente figurado en el predilecto lugar que los han puesto, tanto el literato como el médico, ni hubieran sido de igual manera elogiados por el farmacéutico, el botánico, el químico, el historiador y el bibliófilo. Son para todos igualmente dignos y de la misma manera ensalzados y aplaudidos.

Daremos, pues, á conocer á Laguna como escritor, enumerando sus principales obras, sin perjuicio de tratar por separado de una de ellas que, aun cuando no lleva el carácter de la originalidad, tiene tanto mérito y es de tal modo importante, que hace preciso un análisis un tanto detenido de la misma. La parte bibliográfica de este personaje es digna de conocerse en sumo grado, porque constituye uno de los principales elementos de su celebridad y uno de los más brillantes timbres de su indiscutible gloria.

II

La mayor parte de los libros de Laguna están dedicados á diversas personas, queriendo manifestar de tal suerte la consideración que le merecían. Unas veces á su padre, en muestra de cariñoso amor filial; otras á distinguidos hombres de ciencia; alguna también á varones virtuosísimos; á los Soberanos y Príncipes, á los ilustres Prelados y al Pontífice, aceptando todas estas personas las dedicatorias que se les dirigían y apreciando en cuanto valían las pruebas deferentes de tan insigne escritor. De todos recibió más de una vez felicitaciones y plácemes, en atención á la superioridad de los escritos referidos.

La bibliografía relativa á Laguna es aún más interesante que cuando se trata de otros escritores que, además de brillar en este concepto, se han distinguido por diversos motivos. Pero en el caso presente, un gran número de datos referentes á la vida del Doctor Laguna, hay que recogerlos, por razón del trascurso del tiempo, como se ha dicho, en sus libros, donde se ven las tendencias, inclinaciones, afectos, intereses, aficiones, extravíos, amistades, respetos, errores de apreciación, gratitudes, sucesos y episodios importantes de su existencia, que no ha quedado á las generaciones futuras otro sitio donde hallarlas qne en esos volúmenes, cuyo conjunto puede muy bien calificarse como el testamento de sus levantadas aspiraciones.

La colección de sus obras, en número de más de veinticinco, supone desde luégo una suma considerable de trabajo. Hemos tenido ocasión de consultar casi todas, en las principales bibliotecas públicas y particulares, así como las diversas ediciones que de varias se han publicado y no consignadas en otras biografías de Laguna. La *Biblioteca Hispana-Nova*, de D. Nicolás Antonio, cuya obra constituye un verdadero monumento bibliográfico de nuestra nación, nunca bastante elogiado ni enaltecido, enumera la mayor parte. Sin embargo, en las investigaciones detenidas que hemos llevado á cabo hemos po-

dido hallar algunos otros detalles que se omiten en la referida Biblioteca y en otros libros que del particular se ocupan, los cuales nos complacemos en publicar en el presente trabajo, como datos nuevos y no divulgados todavía.

Laguna escribió en 4 de Abril de 1548 la *Vida de Galeno*, que dedicó al Doctor Juan de Aguilera, médico de Paulo III. Pocos días después, el 11 del mismo mes y año, dedicó á don Gaspar de la Hoz, canónigo de Segovia, un tratado en latín de pesos y medidas medicinales. En esta obra condena la costumbre de las boticas de suministrar los líquidos valiéndose de la medida en lugar del empleo del peso, con lo cual da á entender que tenía perfecto conocimiento de los errores á que se halla sujeto cuanto se relaciona con el volumen; lo que no acontece con los datos suministrados por medio del peso, menos ocasionados á las inexactitudes por causa de temperatura, capilaridad, presión, influencias atmosféricas, etc., y demás circunstancias que hoy la Física reconoce como modificantes y proporciona los medios de corregirlas.

Redujo las difusas obras de Galeno á un *Epítome*, que dividió en cuatro tomos. En el primero se ocupa de lo concerniente á la fábrica del hombre, como él denomina, ó sea la anatomía y fisiología, y lo dedica al Cardenal Mendoza. En el segundo, de todo lo concerniente á la conservación de la salud y conocimiento de las enfermedades, y lo dedica al Pontífice Paulo III, en 10 de Abril del mismo año. El tercero comprende las diferencias de todas las enfermedades y método general de curarlas, dedicado á Cosme de Médicis, Gran Duque de Florencia.

El cuarto contiene la historia de todos los medicamentos simples y compuestos, y lo dedica al Cardenal D. Pedro Pacheco, Obispo de Jaén.

De este *Epítome* se hicieron varias ediciones, y en 1553 le publicó muy enmendado, en Lyon, Guillermo Rovilio, con un extenso índice.

Respecto al mérito literario y valor de la obra titulada *Epítome de Galeno*, bastará decir que el erudito Martín del Río, en sus *Disquisiciones mágicas*, dice que es superior á Erasmo, cuya

reputación es de primer orden en todo lo referente á las traducciones del griego al latín. Es, por consiguiente, necesario asignar á Laguna el honroso dictado de buen helenista, circunstancia que le sirvió en gran manera para conocer las fuentes de muchas de las obras que á la sazón pasaban por las primeras y de mayor autoridad en aquel tiempo. Pueden, pues, sus trabajos servir de pauta en los de su clase.

El *Epítome de Galeno*, que hemos podido examinar en la biblioteca del Escorial, es un voluminoso tomo en folio, de magnífica impresión, en papel de hilo. El título es el siguiente:

Epitome Galeni pergameni operum, in quator partes digesta pulcherrima metodo universale illius viri doctrinam complectens, per Andrea Lagunam, Segoviensem, equitem auratum et Medicum longe excellentissimum, suma fide studioque collecta.

Está, pues, dividido en cuatro partes que tratan de los asuntos ya indicados, y que dedica á los individuos expresados. Por el mérito contraído con esta obra, reconocido por todas las personas doctas como muy sobresaliente, fué denominado Laguna por algunos con el honorífico título del *Galeno español.* Esta frase indica la sensación que produciría en el mundo científico.

Es lástima que el inglés Huxham no conociese la obra de Laguna, donde puede estudiarse perfectamente á Galeno; porque se lamenta de que fuera este autor muy difuso y usase de multitud de perífrasis, y en el *Epítome* se salvan todas esas dificultades, se quitan todos esos defectos y puede el lector adquirir la instrucción que desea y formar cabal juicio de esa gran figura histórica. Asi es que no puede menos de consignarse con extrañeza que no conociese el autor del libro de las *Fiebres*, ó sea el ilustrado médico Huxham, el *Epítome* que dió á luz Laguna y que fué una de las obras por las cuales obtuvo más triunfos y en la que descansa el pedestal de su fama, puesto que en la obra referida de las *Fiebres* se hacen por el Doctor inglés las indicadas apreciaciones respecto á Galeno.

III

La *Historia de la Filosofía de Galeno*, que tradujo en Gante, fué en los cortos momentos robados al descanso que el rudo ejercicio de su profesión le permitía en épocas azarosas y de verdadero conflicto para la salud pública. De dicha obra poseía el manuscrito en griego Adriano Corón, y no pudo Laguna resistir el deseo de darla á conocer, puesto que se trataba en el libro de asuntos tan de sus especiales aficiones y de su peculiar competencia, empresa que realizó con brillantez y precisión.

Entre sus obras figuran también un *Método para conocer y curar las carnosidades que se engendran en las vías de la orina*. Lo dedicó á Mariano Espinel, protomédico del Virrey de Nápoles, en 1.° de Abril de 1551.

El último día del año 1552 dedicó á Pedro Carnicer, protomédico del Rey, unas contradicciones observadas en la obra de Galeno, cuyo escrito comprobaba lo bien acabado del trabajo titulado *Epítome de las obras de este autor*. Estas contradicciones están impresas en Lyón por Guillermo Rovilio en 1554. Es un opúsculo que indica lo concienzudo de Laguna en los escritos que dió á luz.

La traducción de la obra titulada: *Galeni, de urinis, libri duo*, impresa en París por Luis Sianeo, se la dedicó Laguna á su padre. Merecen consignarse los siguientes versos del médico portugués Lope Serrano en elogio de la obra y del traductor:

Si cupis ad votum, varias cognoscere causas
Morborum, et certis dissermisse notis,
A lotio placitum deducens nomen habeto
Galeni jamjam dogmata certa tenes.
Hœ opus è grœco vertit sermone Lacuna
Multijuga Andreas dexteritate: vale.

Es un pequeño opúsculo, donde prueba una vez más sus buenas condiciones de helenista al traducir del griego este folleto, prestando al propio tiempo un verdadero servicio á la ciencia al dar á conocer el indicado trabajo. En la dedicatoria consigna un sentido recuerdo á su amante padre, tributándole gratitud eterna por los desvelos para con él en los primeros años de la vida.

Tradujo del griego al latín dos diálogos de Luciano, titulados *Trago podagra* y *Ocypo*. Dedicó éste á Gonzalo Pérez, ilustrado secretario de Carlos I en Alcalá, á 21 de Octubre de 1538, y el *Trago podagra* al Doctor Fernando López de Escurial, médico de cámara del Emperador, en Segovia, en 1.º de Noviembre del mismo año. En aquel mismo día dedicó al César el libro titulado *Del mundo*, de Aristóteles, que tradujo del griego al latín. Las tres traducciones fueron impresas en Alcalá por Juan Brocario en 1538. Aun cuando en las obras de Aristóteles se cita este libro como traducido por Juan Sinapio y Jacobo Micila, no es menos exacto que Laguna hizo una perfecta y bien acabada traducción de la indicada obra, que le valió no pocas felicitaciones por parte de los eruditos de su tiempo.

Tradujo Laguna en 1786 cuatro catilinarias, tituladas *Cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones que pronunció Cicerón contra Catilina*, cuyo trabajo se cita en el católogo de la biblioteca de Salvá, noticia que refiere este autor haberla encontrado en las apuntaciones de su padre, rectificando algunos datos de don Nicolás Antonio, á propósito de la traducción de Cayo Salustio Crispo, y por tanto merece mirarse con el respeto á que tiene perfecto derecho un autor de la reputación bibliográfica de Salvá, considerado con justicia como una de las autoridades más indiscutibles en estas materias.

IV

El tratado de *Agricultura*, escrito en griego, atribuido por algunos á Constantino César Pogónato, que murió el año 685.

de la Era cristiana, y por otros con más fundamento á Casio Dionisio, natural de la antigua Utica, que vivió setecientos años antes que el Constantino, fué traducido en gran parte por Laguna, pues tradujo ocho tomos de los 20 de que consta la obra. Escritos de su mano los presentó al Emperador, que le mandó los diese á la imprenta; pero la circunstancia de haber aparecido entonces otra traducción, hecha por Yano Cornario, le retrajo de la publicación, y solamente la dió á conocer á escaso número de personas. Después, sin embargo, se imprimió acompañando al mismo texto griego, y donde puede apreciarse y compararse la gran diferencia en favor del trabajo de Laguna respecto al de Cornario.

Después publicó la obra de Cornario, cuyo título es el siguiente:

Castigationes... in translationem octo ultimorum librorum de re rustica Constantini Cœsaris, per Joanum Cornarium physicum editam; Colonia, 1543.

Es un tomo en octavo menor, de 43 páginas, y corrigió muchas de las ideas de Cornario, que eran indudablemente erróneas.

En el año 1557 escribió y dió á luz una notable carta en que se refutaban minuciosamente las apreciaciones del alemán Cornario á sus traducciones de Aristóteles. En ella demostró los grandes errores en que incurrió Cornario en las traducciones que hizo, por desconocer ó solamente tener ligera idea del griego y el latín, despreciando al propio tiempo las injurias que infirió á Laguna, no dejando tampoco de intervenir en la polémica que tuvo carácter de grave y acalorada en ocasiones, la diferencia de religión entre uno y otro, pues el español era católico ferviente y el alemán estaba afiliado á la religión protestante; y estas intransigencias eran en aquella época mucho mayores que las que hoy tienen lugar en los partidos políticos. No había tregua ni cuartel para los disidentes en religión. Por lo tanto, no es de extrañar que la discusión tomase carácter agresivo, pues no solamente se veía al antagonista en opinión científica, sino al enemigo á que había necesidad de combatir,

y eran lícitos todos los medios, con tal de aniquilarle. No juzgamos en este momento la conveniencia de tales exageraciones. Sólo sí podemos asegurar que había fe y convicción extraordinaria en las creencias y, por tanto, se defendían con todo el calor del que se cree razonablemente campeón de las ideas verdaderas, justas, legítimas y exactas.

Forma parte también de sus escritos la obra póstuma titulada: *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia; la escribió siendo médico del Papa Julio III, y mandó imprimir su madre en Salamanca el año* 1567.

Esta obra se redactó en los perentorios momentos de incompleto descanso que le permitía la asistencia á una mortífera epidemia que afligió al Brabante, y que fué igualmente asoladora para la especie humana que para los irracionales, dejando tristísima memoria en aquel país, al propio tiempo que grato recuerdo del caritativo y sabio médico que con sus consuelos y su ciencia auxilió á los epidemiados.

V

La peste que invadió el ducado de Lorena por los años 1542 y 1543, hallándose Laguna en Metz, la explicaba en este libro por una intoxicación aérea. Decía que el aire pestífero, introduciéndose por la respiración y traspiración, se comunicaba á las arterias y venas, y que este fenómeno acontecía por el comercio que tienen entre sí dichos vasos sanguíneos.

Añade también en dicha obra que el uso diario de la raíz de carlina ó camaleón blanco, tomado con vino en cantidad de una dracma de dicha raíz por las mañanas, era un excelente medio preservativo contra aquella enfermedad, con el cual había librado á muchas personas, y que solamente murió en su casa un paje que se negó de un modo tenaz á tomar dicho remedio. Las ideas que poseía acerca de las causas de esta epi-

demia indican que no se hallaban desprovistas de fundamento bajo el punto de vista etiológico, pues son admitidas hoy por algunas escuelas que merecen respeto y consideración.

El *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia* lo dedica al Conde de Feria, Sr. Gómez de Figueroa. Define la pestilencia diciendo que *es una fiebre continua, breve, aguda y peligrosa, causada por el aire infecto que contaminaba el cuerpo por medio de la respiración*, y aseguraba que las causas de la infección del aire consistían en influjos celestes, terrenos ó mixtos; que sus signos precursores eran el excesivo calor tras la mucha humedad, los cometas, auroras boreales, multitud de insectos y enfermedades epidémicas, como viruelas y sarampión. Aconseja como profilácticos huir del aire corrompido, trasladándose á otro lugar, y en caso de no efectuarlo, la limpieza y ventilación de los aposentos; que se hagan hogueras de leños olorosos y fumigaciones, porque así se embota ó templa la malignidad del aire que se respira. Aconseja que se haga uso de frutas ácidas y manjares secos, y propone como medio preservativo las sangrías y purgantes, recomienda las píldoras de Rasis y varios otros compuestos laxantes y tónicos.

Los síntomas prodrómicos ó precursores de la enfermedad y el plan curativo, ocupa no escaso número de páginas.

Hemos podido ver en la biblioteca del Escorial la siguiente obra de Laguna:

De origine regum turcarum compendiosa quædam perioche.

Es un opúsculo de corta extensión:

Los títulos literales de algunas de sus obras son:

Galeni omnium operum, exceptis iis, quæ in Hippocratem composuit, Epitome, en folio, impreso en Basilea en 1551. Después se publicó otra edición en cuatro volúmenes en 1553.

También merece conocerse la *Vida de Galeno (Vita Galeni)*, impresa en Venecia en 1548, y *De ponderibus et mensuris*, así como *De contradiccionibus quæ apud Galenum sunt. Annotationes in Galeni versiones, quæ ad suum tempus prodierunt;* Venecia, 1548.

Methodus cognoscendi, extirpandique nascentes in vesica collo carunculas, en 8.°; Roma, 1551.

Adnotationes in Dioscoridis, factam à Joanne Ruellio, interpretationem; 1.554, en 16.°

Epistola apologetica ad Joannem Cornarium; 1554, en 8.°

De Virtus et exercitiorum ratione, maximi ín senectute, observanda; 1.547, en 8.° Después se hizo otra edición en Colonia en 1550.

De Articulari morbo commentarius; Roma, 1551, en 8.°

Compendium Curationes, precautionis morbi passim, populariterque grassantis: hoc est vera et exquissita ratio noscendæ, precavendæ atque propulsandæ febris pestilantialis; 1542, en 8.°

Geoponicum, sive de Agricultura; Colonia, 1543, en 8.°

Las cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones de Cicerón contra Catilina, trasladadas en lengua española; 1557, en 8.° (1).

VII

La obra titulada *Anatomica methodus seu desectione humani corporis contemplatio, in compendium atque addeo enchiridion re-*

(1) El ejemplar que hemos tenido ocasión de consultar en la biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad central, relativo al Epítome de Galeno, es un voluminoso tomo en folio, á dos columnas, que al final tiene el tratado *De ponderibus et mensuris*, y su fecha es de 1604. Es una edición póstuma, muy corregida respecto á las anteriores. Tiene su dedicatoria al Cardenal Boladilla y Mendoza, y perteneció dicho libro, según una nota manuscrita que hay en el mismo, al Doctor Chinchilla.

También hemos comprobado detenidamente el folleto titulado *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia*; Salamanca, 1566. Le dedica al Ilmo. Sr. D. Gómez de Figueroa y de Córdova, Conde de Feria, Señor de Montealegre, etc. Los títulos de los capítulos son: *Del término de la vida de cada uno.—Qué cosa sea la pestilencia.—De la necesidad que tenemos de respirar.—En qué manera nos inficiona el aire pestífero.—De las causas que suelen corromper y violar el aire.—De las señales que anuncian la pestilencia.—De la preservación contra la pestilencia.—Del aire.—Del ejercicio y reposo.—Del regimiento cuanto á comer y beber, conveniente en tiempo de pestilencia.—Del uso de las estufas y baños.—Del acceso á las hembras.—De las cosas preservativas por via de medicina contra la pestilencia.—De las señales de la fiebre pestilencial presente.—De la cura de los que ya tiene asidos la pestilencia.*

Termina el trabajo con *algunos preceptos contra las viruelas y el sarampión*. Es un bosquejo epidemiológico, rudimentario, de 48 páginas en 8.°, muy deficiente, como es natural.

ducta, fué impresa en París por Ludovico Cianzo, en 1535. En ella se ve al buen disector que describe perfectamente los intestinos, y dice que, mientras los demás compañeros huían del mal olor cadavérico, que les inspiraba repugnancia y asco, él, con el escalpelo en la mano, estudió minuciosamente el intestino ciego y demostró la existencia de la válvula ileo-cecal, de la que hace una minuciosa y exacta descripción. Este es otro título que le enaltece y demuestra sus condiciones de observador, y sus creencias de que los verdaderos progresos en estos estudios hay que buscarlos indudablemente en la práctica, única maestra á la que hay que rendir ineludible tributo.

Esta obra es notable, entre otras cosas, por las muchas comparaciones de que hace uso para facilitar las áridas descripciones anatómicas, con lo cual consigue que se fije la atención del lector en aquellos símiles y pueda llegar á conocer de una manera exacta la situación, forma, propiedades y relaciones de muchos órganos.

Sin merecer figurar entre las más sobresalientes del autor, es, sin embargo, bastante aceptable y muy digna de conocerse y estudiarse por varios conceptos. No traspasa los límites de un compendio, pero se propone el útil objeto de facilitar la enseñanza de una ciencia importantísima y de gran necesidad en las ciencias médicas.

En este libro refiere la siguiente curiosa anécdota de su infancia:

«Siendo yo muchacho, y no teniendo bastante dinero para entretenerme en el juego, ni de donde me viniera, fuí un día con mi padre á casa de un enfermo, muy rico y principal, á quien visitaba, y subí con él á la habitación. Ésta me pareció muy oscura, porque yo venía de parte muy clara: me puse detrás de mi padre, cuando observé que al lado de la cama había un bolsillo. Creyendo que los asistentes y el enfermo verían poco, por lo que me había sucedido, empecé á registrarlo; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando, dirigiéndose á mi el enfermo, me dijo: ¿qué tienes que ver con mi bolsillo? ¿no estás contento con apurarle para las medicinas, que aún quieres llevarte lo que queda? Yo

me avergoncé, é hizo tal sensación en mí, que desde aquel momento empecé á dedicarme al estudio de la Filosofía; pues es bien seguro, que si yo hubiera tenido algún conocimiento en ella, no me hubieran sorprendido en una falta tan torpe, pues que hubiera sabido lo que me costó tanta vergüenza saber.» (Página 57.)—Entonces tenía Laguna doce años. En este párrafo se observa la ingenuidad del escritor, siquiera sea para recordar episodios poco gratos, y que otro hubiera desde luégo omitido, como faltas del niño que todavía es irresponsable de sus actos.

La obra *Geoponicon, sive de agricultura tractatus*, está impresa en Colonia, en 1543, y en la dedicatoria al Emperador Carlos V es muy de notar la elegancia de la frase. Copiamos, para poder formar juicio, las siguientes líneas:

Ut igitur jam finem faciam, Christianissime Cæsar, allii quidem tibi afferunt Canes, alii equos, alit Camellos, alii deinque id quod tuæ celsitudine aptius fore arbitrantur. Ego vero non perinde affluens fortunæ donis, offero commentarios octo, quos nuper, invocantes tuum numen prius è Græco in sermonem latinum convertimus. Quare nostram tennitatem nos asperneris Clemens. Cæsar, quando alia oferre nobis non licet, qui in otio literario vitam ipsam conterimus.

Estos conceptos son los que sirven de conclusión á la dedicatoria, donde dice que sólo ofrece al César ocho comentarios, pues que, en efecto, de los 20 libros de que consta el original griego, solamente fueron traducidos por Laguna los ocho últimos.

El libro *De virtutibus*, traducido de Aristóteles é impreso en Colonia, lo comentó con profundas máximas morales. Al final de la obra está el retrato de Laguna y, al comenzar, inserta los siguientes versos del inimitable Ovidio:

Pronaque cum spectent animalia cœtera terram
Os hominis sublime dedit Cœlum que videre
Jussit et erectos ad Sydera tollere vultus.

Cita también multitud de ejemplos tomados de historias y leyendas populares, sumamente oportunos para ilustrar el texto y corroborar las ideas del ilustre fundador de la filosofía peripatética que, como es sabido, hizo exclamar á Filipo, Rey de Macedonia, la gratitud que debía á los dioses, no sólo por haberle concedido un hijo (Alejando Magno), sino porque había nacido en tiempo de Aristóteles.

El opúsculo *De articulari morbo Commentarius*, en 8.°, impreso en Roma en 1551, lo dedicó á Julio III, para darle una prueba del interés que le inspiraba su salud, muy quebrantada en aquella ocasión por un ataque de gota. En su trabajo habla de los remedios que había visto usar en España, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania contra dicha dolencia. Propone varios procedimientos para la curación de la artritis y, entre ellos, los baños de mosto. Con este motivo cita el ejemplo de un guardián de San Francisco que, atormentado por la gota, usaba al comenzar el otoño baños de mosto y, para no desperdiciarlo, refiere con cierto gracejo *que lo daba el muy bribón á beber á sus pobrecitos hermanos.*

En la dedicatoria, hablando del sacerdocio, dice, dirigiéndose al Pontífice: *Si vero, ad sacerdotia inhiet, confestin siti quadam inexpugnabili afligitur, accumulandi, per fas ant nefas, ecclesiasticos redditus, totusque confectus curis et anexietatibus, violat jura omnia et divina et humana, ut sacras diripiat opes, quas tamen eras moriturus, vel invitus obvio cuivis relinquat.*

También menciona en la misma dedicatoria las distintas pasiones de cada edad de la vida y de cada estado social.

El titulado *De contradictionibus quæ apud Galenum sunt*, es un tomo en 8.°, donde se propuso demostrar las dificultades que hay que vencer para estudiar con el debido provecho la multitud de obras de Galeno, á cuyo detenido trabajo dió cima con gran felicidad. Con esto prestó un gran servicio á la ciencia en diversos conceptos, manifestando al propio tiempo un estudio, perspicacia é ingenio que le acreditaron sobremanera, hasta el punto de que hubiera bastado este trabajo para formarle una reputación, si ya no la hubiese conquistado por otros hechos.

Está dedicado á Pedro Carnicer, médico distinguido. Es uno de los libros que más ponen en evidencia la gran erudición de Andrés Laguna.

VIII

Todo este conjunto de producciones constituye un catálogo, suficiente por sí solo á formar la reputación de un escritor. Porque existen gran número de ideas originales que acusan desde luégo en quien las emitió un juicio razonado y una grandísima instrucción. Con la exposición de esta biblioteca, fruto de la inteligencia y laboriosidad de quien la dió vida, es suficiente para formar acabado concepto del hombre cuya biografía exponemos. Es la elocuencia de los hechos más solemne y magnífica que la enumeración de los detalles de una existencia en que tanto hay que considerar y tan grandes ejemplos encierra.

No es el escritor ligero que, ávido de publicar sus trabajos, se impacienta por darlos á luz. Es, por el contrario, el pensador concienzudo, que medita sus juicios, los rectifica, reforma y corrige antes de que se apodere de ellos la imprenta y pasen al dominio público. Los defectos de que puedan adolecer sus obras, son propios de la índole del asunto, de las preocupaciones de la época, del atraso de muchos conocimientos, del espíritu de sistema, de la intolerancia de opiniones, de la falsa interpretación que el vulgo daba á muchos conceptos, y de la imposibilidad, en fin, de la experimentación y obstáculos con que había necesidad de luchar sin probabilidades de buen éxito. Á pesar de todos estos elementos contrarios, todavía han podido atravesar las edades y merecer un puesto honorífico en la historia.

También tradujo del griego, anotó y comentó muy extensamente la obra de *Materia medicinal*, de Dioscórides. De este trabajo nos ocupamos con la detención y minuciosidad que merece en separado capítulo, para dedicar á su examen atento algunas páginas, pues indudablemente lo merece, cual habrá

ocasión de observar y de justificar plenísimamente, el motivo de la predilección. Es un libro que ha pasado unido indisolublemente al nombre de Laguna, como podrá observarse en el análisis crítico que del mismo haremos.

Laguna tuvo una verdadera vocación de escritor científico, y á la verdad reunía condiciones muy aceptables para tan difícil cometido. Sencillo y claro en su exposición, no poseía extraordinaria elegancia en su estilo, pero se distinguía, no obstante, por la corrección, franqueza, oportunidad, fluidez, concisión y exactitud en sus juicios, al propio tiempo que por la claridad en el modo de exponerlos; todo lo cual era un conjunto de motivos que le colocaban en la situación de un escritor notable, cuyas producciones no habían de pasar por la censura pública, cayendo sobre ellas la glacial indiferencia ó el manto del olvido, sino que habían de ser ávidamente leídas y hasta constituir un acontecimiento su aparición en las prensas.

Y en sus obras se revela su carácter, su ingenuidad, los episodios de su vida, sus amistades, sus afectos, sus opiniones, sus preocupaciones; en una palabra, son el medio más adecuado, como hemos dicho, para estudiar la biografía del personaje, porque en aquellas páginas están escritos con indelebles caracteres los hechos más importantes que tuvieron lugar en una existencia que las condiciones históricas han hecho interesante y las edades han de legar á la posteridad como preciado modelo. Es un autor que revela al público sus personales impresiones, de tal modo, que adquieren sus escritos muchas veces el carácter de narración íntima ó de relato confidencial y amistoso.

Los libros á que se dirige para sus traducciones y comentarios, se observa que son obras de grandes maestros y de figuras de primera magnitud en la historia. Aristóteles, Galeno, Dioscórides, Cicerón, son los nombres que maneja, y cuyas ideas, lanzadas por sus titánicos genios, acoge en su mente para interpretarlas en el idioma patrio ó en lengua latina; mas no limitándose únicamente á trascribir lo que aquéllos dijeron,

sino que lo amplía, ilustra y comenta, señalando los períodos en que las huellas del tiempo han dejado sus indelebles marcas, y haciendo resaltar en otros casos las grandes bellezas de los sabios que interpreta, restaurando muchos de sus pensamientos, al modo que el pintor infunde nueva vida en el deteriorado lienzo de un genio artístico.

No puede negarse que Laguna fué un verdadero literato y que ganó en buena lid el título de escritor distinguido. La lista de sus obras, que forma, como acaba de verse, una biblioteca, dice bien elocuentemente que se trata de una persona que consumió no pequeña parte de su existencia en el bufete y que tenía gran competencia en los estudios literarios. Alguna de sus producciones tiene este exclusivo carácter, cual es, por ejemplo, la versión castellana de las *Oraciones de Cicerón contra Catilina*, que demuestra, no sólo un perfecto conocimiento del latín, sino de las condiciones del orador para identificarse con el pensamiento del gran filósofo, cuyo nombre ha quedado eternamente grabado en la historia de la humanidad, y trasladar sus ideas al idioma español sin que desmerezcan ni pierdan toda su importancia y valer.

Tuvo también ocasión de oir la voz de la crítica, no siempre justa y acertada, que se hizo de sus escritos. Pero es forzoso que á tales pruebas se someta el que lanza sus pensamientos al público por medio de la prensa. Las opiniones son tantas cuantos son los individuos, y aquello que á los unos entusiasma y admira, es para otros sobrado motivo de reprobación y desagrado, por más que hay trabajos, entre los cuales pueden elegirse alguno de los de nuestro biografiado, que se abren paso á través de las censuras injustificadas y de las apreciaciones que dicta la pasion ó el espíritu de sistema. Era un escritor digno de respeto, aunque hubiese en sus obras lunares, que resaltaban más por lo mismo que contenían grandes méritos.

Joaquín Olmedilla y Puig.

(Continuará.)

LOS PARTIDOS EN FRANCIA

Para conocer á fondo la política de un país extranjero, no basta confiarse á los engañosos espejismos de la prensa periódica, que en medio de la agitada y continua lucha de pasiones encontradas y de criterios radicalmente opuestos, refleja con colores y matices muy distantes de la realidad los acontecimientos de cada día.

Como ha dicho recientemente un publicista francés, «la distancia oscurece la realidad de las situaciones y falsea las proporciones de las cosas.» Y cuenta, que al escribir esto se refería á los juicios emitidos últimamente en el Parlamento alemán por el Príncipe de Bismarck acerca de la política francesa, juicios que, dicho sea de paso, aunque exactos en el fondo, no dejan de ser algo exagerados.

Ahora bien; si esto puede aplicarse á un político de la talla de Mr. de Bismarck, que por necesidad y obligación sigue y estudia atentamente sin descanso el desarrollo de la política francesa hasta en sus menores detalles, y que cuenta con medios sobrados para ejercer fructuosamente semejante fiscalización, ¿qué hemos de decir de los que no se hallan á su altura ni cuentan con tales medios?

No hace muchos días leimos en un importante diario con-

servador un notable artículo de política francesa, atribuído á uno de los Ministros más distinguidos del partido canovista. El articulista, con más ingenio que fundamento, trataba de explicar la última crisis del Ministerio francés, atribuyendo la salida de M. de Freycinet á causas bien distintas de las que realmente la motivaron.

Estamos seguros de que, si el referido ex-Ministro conservador hubiera asistido á las sesiones que precedieron á la caída de M. de Freycinet y hubiera estudiado sobre el terreno el desarrollo de la laboriosa crisis que siguió á la caída de aquel Ministerio, no hubiera puesto en tortura su imaginación para ver en los hechos mencionados más de lo que realmente había.

Esta consideración, así como el interés que despierta hoy en Europa la situación de Francia, nos mueven á consignar en breves líneas el juicio que nos merece la política francesa, que hemos tenido ocasión de estudiar atentamente y sin pasión alguna durante nuestra larga permanencia en la vecina República.

Cuando se vive en el seno de una nación extranjera; cuando se estudian un día y otro sus instituciones, sus costumbres y su modo de ser; cuando se leen, sin espíritu de partido, los periódicos de opiniones más encontradas y se tiene ocasión de hablar con hombres de todas las ideas, desaparecen ciertos errores de óptica, se rectifican conceptos erróneos y se puede formar juicio, en lo posible exacto, de la vida de dicha nación en todas sus manifestaciones.

Por hoy vamos á concretarnos únicamente á la vida política de Francia y á los sucesos que con la misma se relacionan.

Empezaremos nuestro estudio analizando, por la situación de los partidos.

Tres son las grandes agrupaciones ó factores principales de la política en Francia: el partido conservador republicano, dividido en varias fracciones, y que cuenta entre sus prohombres á M. Ferry, M. Brisson, M. Freycinet, al mismo M. Goblet y á otros más ó menos importantes; el partido radical, cuyo jefe es

M. Clemenceau, y que tiene en la Cámara popular una minoría importante de más de 80 diputados; y, por último, el partido conservador monárquico, compuesto de orleanistas é imperialistas, y que obtuvo en las últimas elecciones una victoria relativa, consiguiendo llevar á la Cámara una imponente minoría de cerca de 200 diputados.

Claro está que, al hacer semejante enumeración, prescindimos de los escasísimos individuos que representan en la Cámara actual, ya al partido legitimista histórico (*blancos de España*), ya al socialista obrero.

La guerra del Tonkín, en mal hora iniciada por los republicanos, y que en cierta manera puede considerarse como el Méjico de la República, dió lugar á la caída de M. Ferry y á la derrota de la política oportunista, apoyada casi incondicionalmente durante tres años por los mismos que la derrotaron en un momento de pánico, tan irracional como insensato.

Aquel inesperado golpe destruyó por completo el equilibrio y la ponderación de las fuerzas republicanas, y dió lugar á un estado de cosas sin consistencia ninguna y á una especie de anarquía normal, que hubiera dado ya al traste con la República, si ésta tuviese serios competidores.

Si semejante estado de cosas continúa por mucho tiempo, podríamos decir, parodiando una frase de Napoleón III, que la república es la anarquía.

Basta fijarse en la composición de la Cámara actual, para comprender que con ella no puede haber Gobierno estable, porque es absolutamente imposible reunir una mayoría, siquiera sea insignificante. Es una especie de Minotauro que devora los Ministerios de un modo inconsciente, y en virtud de su misma composición y naturaleza. Ayer fué M. Brisson, más tarde M. de Freycinet, mañana le tocará el turno á M. Goblet, y así continuará fatalmente cumpliendo su destino, hasta que llegue el momento de la disolución.

El Ministerio actual no es más que el Ministerio Freycinet, con menos autoridad y prestigio. Ahora bien; M. de Freycinet hizo toda clase de esfuerzos, llevó hasta el último límite su

mansedumbre, halagó hasta el exceso á los radicales, que son el principal peligro, y sólo consiguió con esto retardar algunos meses su caída. Toda su habilidad, que no es poca, y todo su talento, se estrellaron contra las resistencias de una Cámara imposible de ser dirigida y orientada. Si no hubiera caído en la cuestión de los subprefectos, hubiera caído en otra cualquiera, porque la fiera estaba ya hambrienta y necesitaba devorar Ministros. La misma suerte, si no peor, espera al Gabinete actual. Su caída será más rápida, aunque menos estrepitosa. Para no caer, sería preciso hacer una política sin nombre, sometiéndose á todos los caprichos del mónstruo, y no creemos que M. Goblet y sus compañeros estén dispuestos á llevar hasta ese límite su mansedumbre.

Nada importa que los elementos que debieran formar la mayoría de la Cámara parezcan arrepentidos de sus pasadas veleidades y se muestren, al parecer, unidos y compactos alrededor del Ministerio actual.

La concordia entre radicales y oportunistas no puede ser duradera, porque no es lógica ni está en el carácter de los políticos franceses.

El día menos pensado surgirá de nuevo la discordia latente, y caerá el Ministerio actual, que es sólo un Ministerio de negocios y de transacción, sin autoridad suficiente y sin programa político serio y definido.

¿Qué hará en tonces el Presidente de la República? Dos caminos le quedan: llamar á la responsabilidad del poder á uno de los dos prohombres del radicalismo, M. Clemenceau y monsieur Floquet, ó confiar de nuevo la formación de un Ministerio á su amigo M. de Freycinet con el decreto de disolución.

M. Clemenceau, cuya importancia política no se puede poner en duda, viene siendo, desde la constitución de la Cámara actual, y aun desde antes, una especie de director político ó de Maese Pedro, que se oculta entre bastidores y que deshace Ministerios á su antojo, sin querer aceptar, no obstante, la responsabilidad del poder.

Está casi seguro de que no podría gobernar con la Cámara

actual, y no quiere sufrir la suerte de Gambetta, que desempeñó en los últimos años de su vida el mismo papel que él desempeña.

En cuanto á M. Floquet, que ha sabido conquistarse universales simpatías en la Presidencia de la Cámara, no creemos que esté dispuesto á jugar á un albur tan peligroso su popularidad y su influencia, á tanta costa adquiridas.

La candidatura de M. Floquet tiene, además, un inconveniente en las actuales circunstancias.

La corte de Rusia, que ha reanudado sus relaciones diplomáticas con Francia, y que parece dispuesta á celebrar una alianza con la República francesa, no puede olvidar que el actual Presidente de la Cámara, siendo un oscuro abogadillo y orador de los clubs revolucionarios, tuvo la osadía de insultar públicamente en París al padre del Czar, huesped entonces de la Francia imperial.

Tal vez M. Grevy, en su deseo de prolongar la vida de las Cámaras, piense en la formación de algún Gabinete incoloro y con menos prestigio aún que el actual; pero todo será inútil y no tendrá otro remedio que ir á la disolución.

Si la división profunda que traba á la mayoría republicana no fuese suficiente para apresurar esta medida, haríala indispensable la política y la actitud de la minoría monárquica que, gracias á su importancia numérica, se convierte á cada momento en árbitro interesado de las diferencias entre los radicales y los republicanos templados.

Los diputados monárquicos son, por decirlo así, el *deus ex machina* de las tragedias ministeriales. Hasta hoy toda su política se ha reducido á imposibilitar el juego de las instituciones republicanas.

Para ellos nada importan los principios, nada la moral política, nada los sagrados intereses de la patria. Creen que de este modo aseguran el triunfo de sus ideales, y lo que hacen es retardarlo.

Por eso un día se asocian con los elementos conservadores de la mayoría republicana para derrotar al Gobierno en un pro-

yecto de ley ó medida demasiado radical, y al día siguiente, sin el más ligero escrúpulo, se unen con los radicales para derrotar al Ministerio en una medida ó proyecto de carácter conservador. Su política es, pues, la negación de toda política. Con tan demoledora conducta, lejos de ganar nuevos electores, pierden los que habían conquistado, como han podido experimentarlo en elecciones parciales recientes. Semejantes á las bandas irregulares de la Edad Media, tan pronto pelean al lado de un partido como á favor del otro.

A todo esto, no presentan solución ninguna seria, no proponen nada útil, dejan casi abandonados y sin defensa los verdaderos intereses conservadores de la nación y gastan todas sus fuerzas en esas luchas bizantinas, caminando rápidamente á una especie de *nirvana* político.

Lo mejor del caso es que las dos fracciones que componen la minoría monárquica, orleanistas é imperialistas, no tienen entre sí más lazo común que el odio á las instituciones republicanas y el deseo de engañarse mútuamente y de engañar al país.

Si, lo que no es siquiera probable, en las futuras elecciones obtuviesen mayoría los monárquicos, ¿á cuál de las dos fracciones correspondería el triunfo? ¿Cuál de los dos candidatos sería el preferido? ¿Tendría Francia entonces Imperio plebiscitario, ó Monarquía constitucional? Problemas son estos casi imposibles de resolver, y que ponen de relieve lo estéril y desdichado de la potítica seguida hasta aquí por los monárquicos.

Si la Monarquía ó el Imperio han de surgir de nuevo en Francia, sólo ha de ser en momentos de crisis suprema, y por medio de un golpe de fuerza ó de audacia. Pensar otra cosa, es puro sueño.

No han faltado dentro del partido conservador hombres de talento y de corazón que, abandonando los derroteros ya indicados, han intentado sacar de su error y de su obcecación al partido monárquico para infundirle nueva vida y hacerle emprender nueva senda.

En primera línea figura el simpático y elocuente diputado imperialista Raoul Duval, el cual, de acuerdo con algunos de

sus amigos de la Cámara, pretendió crear un nuevo partido, es decir, el verdadero partido conservador de la República, en el que cupiesen, no sólo los monárquicos desengañados y convencidos de la inutilidad de su política, sino también los elementos conservadores esencialmente republicanos y procedentes del oportunismo.

Esta concentración de fuerzas conservadoras, sin otro fin ni otra política que la defensa de los verdaderos intereses sociales á la sombra de las instituciones republicanas, hubiera hecho surgir de nuevo el equilibrio en la política francesa y hubiera servido de dique y contrapeso á la importancia creciente y á las exigencias del radicalismo.

Desgraciadamente para Francia, la voz de M. Raoul Duval y sus amigos fué como la voz de todos los precursores: *¡vox clamantis in deserto!*

La voz de la pasión y de espíritu del partido ha hecho callar la del patriotismo, y como dice el insigne historiador romano, *la política de la demencia ha triunfado de la de la razón.*

Gracias á esto, las próximas elecciones serán aún más desdichadas que las pasadas y su resultado tal vez más funesto.

Los electores están completamente desorientados, como lo demuestran bien á las claras las elecciones parciales celebradas en estos últimos tiempos.

Hay en España muchas personas que suponen que, en las elecciones próximas, los conservadores obtendrán aún mayor número de asientos en la Cámara futura; pero las razones que dejamos apuntadas bastan para hacer comprender que sucederá lo contrario.

En cuanto á los radicales, casi puede asegurarse que ganarán terreno; pero de todos modos, estamos inclinados á creer que la Cámara producto de las futuras elecciones será tan indisciplinada como la presente.

Con todo esto, claro es que la República pierde prestigio y autoridad, tanto en el interior como en el exterior: los negocios se paralizan; el crédito disminuye; las huelgas aumentan, presentando caracteres de verdadera amenaza; el presupuesto

se salda todos los años con un déficit enorme, y la deuda pública aumenta en proporciones colosales.

Si la forma republicana tuviera en Francia un competidor serio, podríamos predecir para dentro de breve plazo la restauración de la Monarquía ó del Imperio.

Por este lado los republicanos viven tranquilos, pues ni el Conde de París ni el Príncipe Víctor son competidores temibles.

El primero, ni por su educación ni por sus gustos parece dispuesto á arrostrar los azares de la conspiración y de los golpes de fuerza juntamente con los peligros del poder. Como pretendiente, es digno sucesor de su inútil tío, el difunto Conde de Chambord, y muestra tanta afición como él á los esplendores del Trono.

Por lo que toca al segundo, carece del prestigio necesario para una restauración imperial y cuenta como el primero de sus adversarios políticos á su propio padre, el Príncipe Jerónimo.

No obstante lo dicho, ¿quién es capaz de adivinar los azares de lo porvenir y determinar los futuros destinos de la República francesa?

Tal vez surja del caos político actual un genio desconocido que cambie por completo el estado actual de las cosas y marque nuevos derroteros á la política francesa.

Pasemos ahora á examinar la hipótesis, que ha corrido muy válida estos días, de una guerra entre Francia y Alemania.

Nadie duda que la idea de la revancha está impresa en todo corazón verdaderamente francés; pero esa idea, hoy por hoy, más que como aspiración ardiente del momento, es acariciada por la mayoría de los franceses como ideal patriótico que se presiente y se adivina entre las brumas de lo porvenir.

Las fanfarronadas de ciertos periódicos bullangueros y los anuncios belicosos de ciertos corresponsales faltos de noticias, no son más que *fuegos de paja*, como dicen los franceses, y recursos pasajeros.

Es cierto que Francia lleva diez y seis años consagrada á reorganizar su ejército, dedicando á ello sumas enormes; pero la mayor parte de ese tiempo se ha pasado en ensayos más ó menos afortunados, y es lo cierto que hoy día no existe una ley constitutiva del ejército verdaderamente racional y digna de una gran nación.

Además, aunque la República cuenta con numerosos batallones y con un material de guerra á la altura de los mayores adelantos, los mismos Oficiales del Estado Mayor francés confiesan que en punto á movilización están aún bastante por debajo de los alemanes.

Hay que tener también en cuenta que entre la Francia militar de Napoleón I y la de hoy media un abismo.

El propietario, el labrador, el industrial y, en general todos los que poseen algo, no se muestran tan partidarios de la guerra como pudiera creerse, porque tienen mucho que arriesgar, y no abrigan los exagerados optimismos de 1870, que tan funestos fueron para el Imperio y para la Francia.

En cuanto á los partidos que representan las diversas corrientes de la opinión pública, podemos asegurar que no hay ninguno que quiera echar sobre sí la responsabilidad enorme de una guerra con Alemania en los momentos actuales.

Basta fijarse en las declaraciones hechas recientemente en ambas Cámaras por los hombres más importantes, para convencerse de ello.

Francia sólo iría á la guerra cuando se viese provocada y forzada; pero todos sabemos de sobra, aunque Bismarck no lo hubiera declarado, que Alemania, satisfecha con sus conquistas, sólo piensa en consolidarlas y no en exponerse tal vez á perderlas.

Es cierto que existe en Francia una Sociedad patriótica titulada *Liga de patriotas*, que tiene por misión mantener el fuego sagrado y avivar el odio á los alemanes juntamente con el deseo de la revancha.

Dicha Sociedad tiene ramificaciones en toda Francia, publica un periódico titulado *Le Drapeau*, y organiza concursos

de tiro y banquetes patrióticos. Pero es preciso tener en cuenta que la Sociedad en cuestión no representa toda la Francia, ni siquiera la mayoría de los franceses, y en más de una ocasión ha proporcionado al Gobierno serios disgustos con sus intemperancias y exageraciones.

Como prueba de la importancia de dicha Sociedad y de su prestigio entre las masas, aduciremos un solo dato, capaz de convencer á cualquiera.

El presidente de dicha Sociedad, M. Paul Deroulède, joven simpático, pero acaso sobrado ambicioso y amigo de exhibiciones, presentó su candidatura en las elecciones últimas por la circunscripción de París, con carácter independiente.

Pues bien; su prestigio y la fuerza de la Liga son tales que, á pesar de la protección oficial, no pudo llegar ni aun al número de votos obtenido por el último y más desconocido individuo del partido socialista, que representa la *Commune* con todos sus excesos y todas sus atrocidades.

Del partido socialista no hay que hablar, porque es enteramente hostil á toda guerra extranjera.

Además de las ya indicadas, hay otra razón poderosísima, que prueba del modo más evidente que Francia tiene ahora su pensamiento muy lejos de la guerra con Alemania. Tal es la celebración de la próxima Exposición universal.

Dicha Exposición, que ha tener lugar, no por las iniciativas gubernamentales, sino por exigencias de la opinión pública, que viene acariciando la idea desde hace largo tiempo, indica que la industria, la agricultura y el comercio francés, lejos de pensar en los azares, siempre funestos y peligrosos, de la guerra, se aprestan animosamente á medir sus fuerzas con las naciones extranjeras en el pacífico y glorioso palenque en que riñen sus batallas el genio y la cultura de los pueblos modernos.

Al solo anuncio de haberse empezado sériamente los trabajos preparatorios de la citada Exposición, parece como que el pueblo francés recobra nueva vida; el genio de los inventores se excita, los industriales y comerciantes se sobreponen al des-

corazonamiento que se iba apoderando de ellos después de tan repetidas derrotas y reveses, y todos sueñan con reconquistar el terreno perdido.

No cabe, pues, imaginar siquiera que un pueblo que con tanto apresuramiento y confianza se prepara á ese grande y pacífico certamen, piense, ni por un instante, en ceñir á su frente, al menos por ahora, los sangrientos laureles del genio de la guerra.

Queda, sin embargo, todavía la hipótesis pesimista de los que ahora dan en decir que Alemania propondrá en plazo breve el desarme universal, en cuyo caso Francia no tendrá más remedio que batirse ó someterse.

Ya hemos indicado ligeramente en otro lugar cuáles eran á nuestro entender, por hoy, los propósitos de Alemania, bien ajenos de la guerra. Si entrara en los planes de Mr. de Bismarck el proponer en plazo breve el desarme universal, ¿á qué vendría la tenaz insistencia con que pretende arrancar al Parlamento la autorización por un plazo de siete años para aumentar el efectivo del ejército del Imperio?

Claro es que más tarde ó más temprano surgirá la guerra, y guerra terrible, entre Francia y Alemania; pero á menos de algún inesperado suceso que viniera á romper el no muy sólido equilibrio europeo y á producir una conflagración universal, creemos que por ahora está bastante lejos la posibilidad de la revancha con que sueñan los franceses.

Réstanos, para terminar, echar una rápida ojeada sobre el progreso creciente de los partidos radicales.

Ya no se contentan con triunfar en París y tener en sus manos la Administración municipal de la gran Metrópoli, sino que van conquistando poco á poco los departamentos, introduciéndose en los Consejos municipales y departamentales. Su osadía no reconoce límites, como lo han demostrado en las últimas huelgas y en los ruidosos procesos de Ancin y Monceaux-les-Mines. Su prestigio es tal, que los tribunales y jurados no se atreven á descargar sobre ellos el peso de las leyes.

Como prueba de sus exageraciones, basta decir que uno de los candidatos de esta tendencia pedía en su programa electoral la abolición de las penas contra el aborto y el infanticidio, juntamente con otras lindezas semejantes..

Sus órganos en la prensa son cada vez más numerosos, lo que prueba que hay lectores para ellos.

Este es el verdadero peligro para la República francesa: el radicalismo.

Mientras los monárquicos y los republicanos de la Cámara dan el más triste espectáculo al país con sus miserias y sus luchas bizantinas, el radicalismo, bajo todas sus formas, arrecia sus golpes, organiza sus huestes y se prepara para el día de la gran batalla.

El título de *comunista* es hoy un título de gloria y da derecho á la pública consideración.

¡Qué responsabilidad tan grande reservará la historia para los que, habiendo podido remediar el mal y atajar sus progresos, sólo han conseguido dar pábulo al incendio y contribuir con su desatentada política á agravar los peligros que amenazan á la República y á la patria!

M. de Toro.

FILOSOFÍA DE LA MISERIA [1]

SUMARIO: Preliminar doctrinal.—Concepto de *Propiedad*.—Generación y concepto del *derecho* de Propiedad.—Concepto de *la Propiedad*.—Generación de la misma.—*Carácter* de la Propiedad.—Sus *formas intrínsecas*.—Valor científico del concepto y valor histórico del hecho supuesto por él.—Generación y concepto de *lo propio*.—Su forma de expresión.—Significación *economística*, *legal* y *común* del pronombre posesivo.—Límite de *lo tuyo*.—Esfera de acción de *lo mío*.—Adquisición de la Propiedad.—Formas economísticas de adquirir.—La producción.—Supuesto de la misma.—La Pobreza.—Su concepto.—La Mendicidad.—La Caridad.—Su concepto.—Su significación y valor.—Su trascendencia.—La limosna.—Su concepto.—Su valor.—Su clasificación.—La Beneficencia.—Problema economístico que supone.—El robo.—Su concepto.—Supuestos del mismo.—La cárcel.—Problema economístico que supone.

I

Íntimamente unido al problema economístico-social de la Miseria (cuyo estudio filosófico nos ocupa) cuanto es relativo á la Propiedad, y habiendo de tratar en este punto de nuestro trabajo los términos reales de aquél que ponen en conflicto á ésta, nos es, lógicamente, obligado exponer preliminarmente, si bien con carácter sumarísimo, los elementos fundamentales de la doctrina sobre la Propiedad, indispensables para fundar la conclusión é informar todo juicio.

La palabra *propiedad* es el sustantivo abstracto formado so-

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Enero.

bre el adjetivo *propio*, sin determinación = *lo propio*. Procede la palabra de la latina *proprium (privativo, peculiar)*, probablemente del adverbio *prope;* sin duda, porque nada hay tan próximo á una cosa como lo que la es inmediato: *ella misma;* caracterizada por lo que la sustantiva y determina en el conjunto de todas las demás: lo privativo y peculiar suyo. Eso es, léxicamente, lo propio de una cosa, y propiedad es la facultad con que la cosa *tiene* aquello que la caracteriza y determina.

El concepto experimental es análogo al concepto léxico. Así, por ejemplo, los tejidos orgánicos se caracterizan por el hecho de absorber y nutrirse de las sustancias asimilables, y de entre éstas las que son homogéneas á su composición orgánica: eso les es propio, están facultados para eso, *tienen esa propiedad*. Los cuerpos ocupan una determinada extensión en el espacio; son impenetrables: tienen esa propiedad. Dos cuerpos en movimiento que se encuentran, tienen la propiedad de producir un efecto, relativo á la velocidad y á la masa. Los cuerpos tienen la propiedad de *dilatarse*, desarrollado en ellos calor ó puesta en actividad su constitución interna, y de *contraerse* en estado de inercia. El fuego quema, el agua apaga el fuego, ésta moja, aquél seca, etc. Según lo cual es propiedad, físicamente hablando, lo peculiar, característico en el *estar* ú *obrar* de las cosas, que es lo único que podemos conocer de ellas (1). Su intrínseco contenido (su esencia) nos es, y ha de sernos, desconocido; es decir, *la razón de ser lo qué y cómo son*.

(1) Este problema de Lógica sintética, desde siempre trae divididos á los filósofos en dos grandes fracciones. Sostienen los denominados *empíricos* que no podemos llevar nuestros razonamientos más allá de la experiencia, ni, por consiguiente, conocer la cosa *en sí*. Según los *idealistas*, podemos llegar —si no nos detenemos en el fenómeno—al ser de la cosa; porque, dicen éstos, en sus estados (fenómenos) la cosa pone lo que ella es, y no es más que su esencia: lo que contiene. Por consiguiente, si conocemos las propiedades de la cosa (dato experimental) y en el límite que ese conocimiento tiene lugar, conocemos su esencia: lo *en sí* de la cosa. Pero, ¿nos da ese conocimiento la razón de lo que son las cosas y de ser como son? Eso no lo hemos adquirido hasta el presente, ni hay nada que autorizadamente pueda inducirnos á presumir que podamos adquirirlo.

Por consiguiente, es propio y propiedad de una cosa *lo particular que la singulariza en lo común de que forma parte.*

Ahora bien; lo propio de la cosa la determina en sí misma, la diferencia de todo cuanto no es ella (1) y la define entre todo. Y como quiera que sus propiedades son engendradas en la cosa por su íntima constitución, *son de* la cosa: le *pertenecen* (2). No son, sin embargo, así sus propiedades como sus estados, determinación *conscia*, fruto *reflexivo* de labor íntima, sino fatales, como necesario resultado de su organismo. Es seguro que el Universo no responde á un plan; que es el resultado de leyes cósmicas, las cuales constituyen el sistema de las propiedades de cuanto existe.

II

El hombre es *una* entre todas esas cosas; pero de las cuales se diferencia por las propiedades que le sustantivan, hasta determinarle en la cosa particular que él es. En relación inmediata é íntima con sus propiedades, le pertenecen, si bien son fatales en él, como necesario resultado de su misma constitución; lo cual le es común con cuanto existe. No así sus estados, los cuales, aun cuando efectivación histórica de lo que le es propio, no son, como esto, fatales y necesariamente obligados

(1) Por lo cual, para definir, no es científico exponer, como dicen los lógicos, la *diferiencia última* (parte negativa de la definición). Lo filosófico es expresar lo esencialmente propio del definido, hecho lo cual la diferencia resulta por sí misma, porque aun cuando hay analogías en la realidad objetiva y en la realidad racional y entre ambas la naturaleza, no vive la *comunidad*, invención de las humanas conveniencias. La Naturaleza es *orgánicamente individualista.*

(2) De *pertinet.* = *per* + *teneo.* = *per* (ad) *teneo.*

en sí mismos ó como tales estados (1): el hombre los determina por sí mismo, mediante labor de íntima reflexión. Por consiguiente, *sabe* sus estados y que los produce *por sí* mismo y *desde* él; es su causa activa: *sujeto*.

Ahora bien; los estados pertenecen al individuo, el cual, como sujeto de los mismos, los afirma *de él*; los declara suyos: *propios*. Y como quiera que resuelve históricamente ó efectiva en formas históricas su personalidad, mediante ellos, se reconoce y declara *propio de sí*, como el sujeto, en total unidad de los mismos. Él, con efecto, los engendra, él los produce; y, mediante ellos, se afirma *lo propio* y *mismo* que personalmente es, é individualmente se reconoce (2).

(1) Son así, eso no obstante, relativamente á su potencia generadora. En efecto; todo estado nuestro es engendrado en un estado racional previo, en un hecho reflexivo, el cual para tener significación ontológica y valor propio (científico) ha de ser objetivo. El determinismo ha extremado este principio y convertido al hombre en autómata de sí propio, reduciendo la vida y explicando la Historia como un mecanismo cuyo principio motor se ignora.

(2) Como fundadores (sujetos) de nuestros estados, nos son atribuibles, y como solidarios nuestros, se nos exige el reconocimiento de ellos—ó de nosotros propios en ellos—y responsabilidad de los mismos, no en cuanto *libres*. En cuanto tales, fuera nuestra responsabilidad muy cuestionable; y probada la libertad del sujeto en estado, la responsabilidad sería muy limitada. Con efecto; sensivilización nuestros estados históricos, de previos estados racionales, éstos se imponen relativamente, y desde entonces el sujeto se convierte en agente relativamente pasivo, sufriendo la acción de una potencia que le es superior. La responsabilidad, por tanto, no trasciende á la determinación del estado racional como generador del estado histórico, mediante el concurso activo del sujeto. La libertad cesa en el primero de esos estados; después sigue el *arbitrio*, y el sujeto podrá seguir ó rectificar su estado racional; pero es responsable de éste, sea cualquiera su cualidad.

Según los filósofos (que no son deterministas), y los krausistas muy principalmente, el sujeto *está sobre* sus estados y *persiste* sobre ellos. A la primer vista parece axiomática la afimación; pero mejor examinada no resulta con esa cualidad, ó cambia el aspecto metafísico de la misma. El sujeto, con efecto, es el *determinador* de sus estados—uno de los elementos generadores, causantes,—mas, como quiera que éstos han de ser ontológicos para tener cualidad de racionales, queda el sujeto *bajo* (no sobre) lós estados íntimos, cuyo valor *per se* les imprime carácter *apodíctico* y forma *imperativa*. Cierto es que, desde su libertad, puede el sujeto volver sobre su estado y rectificarle, y determinarse—como árbitro—entre varios estados; pero siempre obrará *bajo* el imperativo apo-

El hombre, por tanto, es *propio de sí*, ó tiene la *propiedad íntima* de sí mismo (1). Y como quiera que, moralmente considerado, es decir, en su vida íntima, se rige por leyes propias, es, además, *independiente*.

dictico de uno que, *objetiva* ó *subjetivamente* se le impone. En este último supuesto procede irracionalmente el sujeto, y cabe en él hasta la *mentira* inclusive. En el otro supuesto impónese el estado por su misma naturaleza, y ni aun el desesperado recurso del arbitrio queda al sujeto. Por eso se dice de la *verdad* que tiene *valor y autoridad propios*. Por consiguiente, sea de cualquier naturaleza su estado experimental, el sujeto es responsable de su estado íntimo generador de aquél, cuya penalidad debe apreciarse en *razón directa* de la *culpabilidad*; es decir, de la influencia subjetiva.

En este principio debe informarse el criterio de la penalidad y reformarse el Código penal, si ha de ofrecer en la práctica mediana garantía de equidad; porque no es el culpable lo que importa, sino el Derecho y la Sociedad. Bien está la filantropía; pero está mejor la Justicia; el perdón está muy mal y hace daño. Dicen del perdón que *engrandece á quien lo otorga*. Esa tontería hubo de ocurrírsele á algún culpable temeroso de la pena. Por lo demás, en el cerebro y en el corazón del ofendido obrarán siempre sus efectos la presencia de las imágenes engendradas por la ofensa, perdone ó no, hasta hacer experimentar sus iras al culpable. Éste, sin embargo, aunque el perdón le deprima, lo desea; porque nada apetece el hombre como la impunidad de los actos á que le conducen sus tentaciones, que son lo más sabroso de sus prácticas; nada tan dulce como el pecado.

(1) Si el individuo la *reconoce*, podrá hacerla valer, haciéndose reconocer *un hombre* Si no la reconoce, y consiguientemente *siente*, le es esteril el principio y, aun cuando ontológicamente sea un individuo de la especie, no puede afirmarse como tal; es *una cosa* que otro individuo de la misma podrá adjudicarse por alguno de los varios procedimientos de apropiación: es el ESCLAVO. La *esclavitud* es una cuestión *filosófica*, *economística*, *legal*, y, según muchos, *religiosa*; si bien no la reconocemos en este último término ni sabemos plantearla, la sociedad cristiana, por lo demás, no ha dado pruebas de reconocerla: la ha *engendrado* y *mantenido* en la Historia de la presente edad.

Como cuestión filosófica acabamos de resolverla.

Economísticamente considerado, cada individuo, no es para todo otro mas que un capital *in potentia*, un *agente de producción* que desea *apropiarse* ó *utilizar*, por lo menos, en la mayor extensión posible. Lo hemos dicho (número anterior de esta REVISTA, página 259): en el estado natural de las relaciones humanas, las transacciones se establecen de *pillo á pillo*; y como los hombres no aspiran más que á robarse entre sí, convencidos de que sólo la robado cunde (íbid., *nota*), *el hombre es un ladrón para el hombre*. Y como quiera que el lobo es un animal de cualidad *rapaz*, la expresión de Obbes resulta exacta.

Como cuestión legal la planteamos en los siguientes términos: ¿Tiene todo hombre derecho á la sustantividad personal de su individualidad?

Sus propiedades, hemos dicho, como constituyendo parte integrante de su constitución íntima, no dependen del individuo; y, aun cuando pertenecen al hombre, le son fatales: *no las funda*. Antes bien; *le fundan*. El individuo, por consiguiente, depende de sus propiedades, y se encuentra con ellas en la relación de *fundamento* á *fundado*: le son, pues, inalienables.

No así tratándose de sus estados. De estos, hemos dicho también, es sujeto el individuo; los engendra y produce: los *funda*. Ahora bien; en todo fundado hay una posición ó efectivación del fundamento, mediante lo cual éste produce de sí lo que es en él ó contiene; y como quiera que el hombre hace consciamente su historia (1), fundando sucesivos estados en los cuales elabora experimentalmente su ser, y hace efectivo su contenido, encuéntrase con sus estados en una relación esencial é íntima, cuya *forma* se expresa por una palabra no definida hasta el presente por los etimologistas, de una manera satisfactoria, y en nuestra lengua inexplicable, supuesta la esencial relación que expresa: DERECHO.

El hombre, pues, se relaciona con sus estados *en forma de Derecho*; es decir, *tiene Derecho á sus estados*, ya que la forma de una relación—como lo común que la establece—se integra en ella.

La Relación (toda relación) se establece mediante lo *esencial común entre términos*. Por consiguiente, es el Derecho lo *esencial común que media* entre el hombre y sus estados. El Derecho es, pues, esencial al *sujeto*, y propio de él en cuanto tal (2).

(1) Ó al menos la dispone así, aun cuando resulta de bien distinto modo producida en la experiencia, por lo que de *inconsciente* se invierte en ella, obligadamente presupuesto por la multitud de elementos al sujeto extraños, ó, aun cuando propios, imprevistos.

(2) No faltan responsables pensadores para quienes es el Derecho una propiedad *en* el hombre, como el conocer, por ejemplo, y le han asignado una generación y dádole un fundamento tan alto como poco científico. No podemos en este punto hacer el examen de esa doctrina, lo cual exige un trabajo á ello exclusivamente consagrado; pero si el Derecho fuera propiedad humana, sería lo primero *espontáneo* y *connatural* al hombre. Sucede, sin embargo, lo contrario, como cada cual puede observarlo al afirmar *su* derecho y el carácter *individualista* con que lo expresa.

Podemos, por tanto, autorizadamente concluir: el hombre es *sujeto de Derecho, y lo funda* (su derecho) *como propio en sus estados*, no antes ni sobre ellos.

Sin detenernos á proseguir el análisis ni á recoger en su total organismo de términos el concepto (preliminar hasta aquí) del Derecho, podemos concluir, en orden á la indagación que nos ocupa. Como quiera que sus estados son propios del sujeto, éste *tiene derecho á la propiedad de aquéllos.* Expresando así lo esencial y permanente de la relación establecida entre ambos términos: fundador y fundado (1).

Podemos, pues, conceptuar el derecho de propiedad: *la forma de la solidaria relación que existe entre el sujeto y sus estados.*

Pero nuestros estados son concretos y definidos (individuales en sí mismos), por lo cual han de encarnarse sensiblemente en algo y de algún modo, como el fruto interno en nuestra interna actividad (2), lo cual constituye *nuestro producto,* y de-

(1) No podemos afirmar el derecho á la propiedad de nuestras *propiedades*; porque éstas, de un lado, nos son, en sí mismas, inalienables; además, no somos sujetos de ellas.

Tampoco podemos afirmar el derecho á la propiedad de nosotros mismos por esas mismas razones, y, además, porque el hombre no tiene—socialmente considerado—más significación que histórica, ni hace efectivo su ser más que como sujeto, en cuya única consideración puede racionalmente afirmar el derecho.

(2) La cual, si es conducida con fin económístico, se denomina *trabajo*, y *entretenimiento*, *pasatiempo*, si no tiene esa cualidad. En sí mismas consideradas ambas formas de la manifestación de nuestra actividad, son trabajo; la diferencia entre ellas no es *ontológica*, sino simplemente *subjetiva*. Quienes necesitan el empleo y ocupación de su actividad para producir los materiales de consumo, llaman trabajo al ejercicio de sus potencias, para significar la *pena* que les cuesta el hecho de hacer posible la vida. Los que han á su disposición los elementos supuestos por el consumo, emplean su actividad para llenar el tiempo con objeto de no aburrirse, y dicen de sí; con gráfica expresión, que *se entretienen. Matar el tiempo* es frase común que significa eso mismo, y tiene nuestra ocupación entonces por objeto llenar un vacío: el que existe entre el momento presente y el futuro, del cual esperamos la presencia.

nomínase la cosa *lo producido*; lo cual, como necesario supuesto de nuestra actividad economística é inherente á ella, constituye parte integrante nuestra, ó del estado que nos es propio y al cual tenemos derecho. Eso constituye lo, por antonomasia, denominado *la Propiedad*. Según lo cual, sintetiza esa expresión (la Propiedad) nuestro derecho á *lo producido*: nuestro derecho de propiedad *sobre nuestro producto*.

Tomada la expresión *ad pedem littere*, parece que sea Propiedad del obrero la pieza de tela que ha tejido, y Propiedad del cajista las galeradas que ha compuesto, y Propiedad del maquinista la tirada del impreso. Mas, como quiera que lo en realidad fundado por el sujeto no es más que sus estados economísticos (trabajo), su Propiedad no trasciende á eso, sobre lo cual la tiene en pleno y perfectísimo derecho. El hombre tiene, por tanto, la Propiedad de su trabajo y, consiguientemente, *derecho á él* (1).

Por otra parte, el hombre es una individualidad sustantiva en sí misma y una personalidad propia de sí: no pertenece á nadie, ni es (cosa) del derecho de otro: fundación ajena. Es, por consiguiente, *inviolable* (2). Toda invasión á su personalidad es una lesión inferida á su derecho.

(1) Partiendo del supuesto empírico de que á todo derecho es *correlativo* un deber, han dicho los economistas: «pues el hombre tiene derecho al trabajo, tiene asimismo el deber de trabajar.» Es una conclusión desprovista de sentido, no ya *racional*, sino *natural*. Lo que hay, según hemos expuesto (en esta REVISTA, número correspondiente al 10 de Enero), es que el hombre *se está debido*, y como tiene imperiosas è iueludibles necesidades á cuya satisfacción ha de consagrarse por sí mismo, y como á ese resultado no se llega sino mediante el trabajo, tiene *necesidad de trabajar*. Está, pues, debido al trabajo, no porque tenga derecho á él (lo cual resulta de su misma naturaleza), sino porque tiene *necesidad de él*, lo cual es bien distinto. Si el hombre no tuviese necesidad de trabajar para producir, y eso no obstante trabajase, le asistiría igual derecho á su trabajo: tendría la propiedad de él.

(2) De *in* + *vio able;* de *violare*; de *vis:* es decir, irreducible á los efectos de la fuerza, lo opuesto á ella: el Derecho.

III

Pensadores espiritualistas y teósofos, á quienes ha parecido que el fundamento racional del Derecho no era suficiente para garantirlo contra nuestras venales tentaciones, han dicho de la Propiedad que, además de inviolable, es *sagrada* (1); pero los dioses no tienen propiedades entre los hombres ni nada común con ellos. Si éstos pensaran y sintieran con *racionalidad* y vivieran con *sabiduría*, bastárales lo natural de las cosas. Ha sido preciso inventar lo artificial para imponerse por lo incomprensible, con objeto de obtener por el *miedo* (fuerza) (2) lo que—comprobado por la experiencia—no era posible conseguir de la naturaleza. Si los legisladores de la antigüedad dieron á la Propiedad formas y sanción religiosa fué—además de la razón crítica notada—porque los tiempos eran teológicos de suyo, no porque advirtieran en el Derecho un carácter sagrado, de que carecen todas las cosas humanas. El dios *término*, por otra

(1) De *sacer*, propio de los dioses; cosa que les pertenece. No obstante la tradición, esa connota de la propiedad no debiera ser tenida en cuenta por los pensadores; porque si bien hace á la Historia, no constituye nota de la cosa. En la antigüedad griega, con efecto—dado el carácter individualista de las sociedades que engendró, ó en cuya constitución intervino—tenía la familia, no sólo su hogar (sagrado también y bajo el religioso auspicio de sus espíritus tutelares con su culto familiar), sino su propiedad anexa, cuyos lindes eran consagrados, y encomendada su guarda á la vigilancia de aquellos á quienes en cuya memoria y honor era constituído el hogar. Todo eso ha desaparecido, y lo escaso que de esa tradición queda en nuestra herencia, no tardará en desaparecer también; basta un poco de cultura. ¿A qué, por consiguiente, ese tributo á la mentira? Si conviene á los manes del pasado, perjudica á los hombres del presente.

(2) Pues aunque la de φόβος es *negativa*, toda vez que no se impone sino mediante la debilidad que produce en el corazón de aquel cuya fantasía amedrenta, por los terroríficos efectos que le caracterizan, obtiene resultados análogos á los obtenidos por la fuerza de la potencia (δύναμις).

parte, influyó bien poco la vida social de griegos y romanos, ambos pueblos *ladrones;* el segundo principalmente, el cual ni vivió más que por el pillaje, ni prosperó más que por la conquista. Bien poco nos importan los fines históricos (providencial destino, al gusto de los teósofos); trátase de una cuestión de crítica, y es seguro que ni legisladores ni legislados han creido jamás en el origen divino y carácter sagrado de la Propiedad. Cuando se ha tratado y trata de robar, ha importado é importa bien poco á los ladrones que la Propiedad pertenezca á los dioses ó á los hombres: la cuestión está en apoderarse de ella, borrar los caracteres de su origen y disfrutarla pacíficamente. Porque lo *malo* (en cuanto acción) del robo no se ha ocultado á nadie; y si el ladrón trata de disfrazar el origen de su adquisición, no es en consideración al cielo, sino en tributo de respeto dado á la tierra, y por evitar los males que de la ostentación pudieran originarse al depredador.

Según otros pensadores, tiene la Propiedad un origen histórico y ha sido engendrada por la Legislación; pero éstos han confundido la Propiedad como tal, con la definición social del derecho á lo propio, que es lo único de que la ley se ocupa.

Adviértese, sin embargo, conforme á la doctrina sumariamente bosquejada, que la Propiedad se origina en nuestros estados. Y la hacemos individualmente efectiva ó la definimos derecho al sustantivarla en nosotros y declararla nuestra, como el concreto resultado de los estados que nos pertenecen.

Al legislador toca después confirmar esa declaración individual, para que ésta adquiera validez social en la vida civil y garantirla contra toda acción que pueda violar su integridad: para hacerla civilmente inviolable, cual en sí misma es. Según lo cual, la Ley *confirma* la Propiedad; no la funda. Define el propietario; no lo instituye.

IV

Adviértese desde luégo que hablamos del concepto y generación racional de la Propiedad, lo cual nada tiene de común con su concepto y origen histórico. En este sentido considerada, tiene significaciones varias, merece conceptos distintos y son heterogéneos sus orígenes, algunos de los cuales examinaremos más adelante, por lo que directamente hace al asunto que nos ocupa. En último análisis, por otra parte, aun cuando son caracteres que interiormente las diferencian y exteriormente las definen, tienen ambas de común lo radical extremo (último) que las constituye Propiedad; estado individual del sujeto, aunque diferentemente racional é íntimo (propio), lo cual determina grados distintos de legitimidad en la Posesión, metafísicamente considerada la Propiedad. Por eso el *dominio* no puede ser absoluto, sino relativo al grado de legitimidad del poseedor, con relación al origen de lo poseido. Todo lo cual debe tener en cuenta el legislador en una organización medianamente racional de la vida civil.

Advertiráse con mayor intensidad la fueza de esa observación si pasamos á considerar el *carácter y forma intrínseca* de la Propiedad.—Engendrada en nuestros estados (como sujetos de los mismos = por nosotros, propios de nosotros mismos) y constituída por el resultado histórico de los mismos la Propiedad, en sí misma—no en sus efectos—no trasciende á su fundador quien trasmite con su estado á su obra su mismo carácter *individual*. Por eso la Propiedad no puede ni debe tener más que un propietario; el propietario. Podrán ser muchos los poseedores y usufructuarios simultánea y sucesivamente; pero propietario no puede serlo más que el fundador de la Propiedad.

Ésta, por consiguiente, como individual con el sujeto, es solidaria de él (*suya*); mas al igual que cada estado propio, y

constituída por el todo de ellos, tiene valor en sí misma—por la síntesis que expresa—es objetivamente real y, por lo tanto, *sustantiva.*

Esa nota positiva de la forma intrínseca de la Propiedad supone otra negativa y crítica que la es correlativa. El sujeto excluye los estados en que no se produce, como que se afirma en los propios; individuales en sí y sustantivamente reales (objetivos); por eso lo que no es suyo (de uno = propio) es ajeno (de otro). Y como quiera que la Propiedad es individualmente sustantiva, es tambien *exclusiva* de todo estado que, por extraño al sujeto que la funda, no se integra en ella. Y excluye, por tanto, al sujeto á quien es ajena, ó de cuyos estados no es expresión.

Podemos, según esto, conceptuar ulteriormente la Propiedad: *la síntesis individual de los estados del sujeto, sustantiva en sí misma y exclusiva de lo que no es ella ni se integra en ella.*

Ahora bien; como personales, nuestros estados y su encarnación sensible, son sustantivos, y exclusivos en cuanto individuales. Y como quiera que establecemos la relación con nuestros estados en forma de Derecho, podemos reducir á los siguientes términos el concepto anterior: *el producto sensible de nuestros estados íntimos.*

V

Todas las cuestiones relativas á la Propiedad son tan complejas como delicadas y trascendentales, por cuya razón importa definir con precisión científica cuanto se la refiere.—En un errado concepto de la Propiedad se originó el Socialismo. El Comunismo, en los varios matices que afecta, es su consecuencia.—Todas las revoluciones sociales, en fin, á través de la historia entera de la Humanidad, han tenido igual origen: ó los espoliadores han pretendido romper los diques de la resistencia que podían soportar los espoliados, ó éstos han intenta-

do la revancha; cosa, por lo demás, críticamente justa.—Hoy, por ejemplo, para no ir á buscarlo más lejos, se discute el arriendo del tabaco, se pretende su desestanco. El Ministro de Hacienda sostiene el monopolio ejercido por el Estado; ¿fundado en el bien económico-social de la comunidad? Nó; porque entonces *será necesario gravar otros ramos de la producción*, *otras fuentes de riqueza*—ya bien esquilmadas—*para cubrir el Presupuesto*. Es una razón como otra cualquiera; pero ocurren dos preguntas: ¿no recae sobre el capital de cada fumador el gravamen con que el Ministro no quiere cargar otros ramos de la producción? Y, ¿no hace eso que lo fumemos más caro y más malo, para dar el gusto al Estado de llenar el Presupuesto y el bolsillo á sus empleados? Por otra parte, ¿no encarecería á su vez sus productos el ramo de producción que hubiese sido gravado? Pues pagar el recargo en uno ú otro producto, la cuestión es puramente formal, y hay muchas razones economísticas y sociales para combatir el monopolio del Estado, aun á costa de pagar algo más (que el monopolio produce) en el gasto de una producción activa. Aparte de que en ningún caso puede llegar el encarecimiento de la producción, sea cualquiera el ramo industrial á que se refiera, á la alta carestía del monopolio político. Éste, con efecto, no tiene tasa para sus precios, porque niega el libre concurso—con lo cual se declara exclusivo propietario de la propiedad ajena (la roba);—los establece conforme á las necesidades del Tesoro y, como quiera que carece de competencia, impone el *producto* (libre é impunemente malo) y el *precio* (impunemente alto): es la más irritante tiranía economístico-administrativa. Mas como quiera que la tiranía es la negación de la personalidad humana, el hombre se ve precisado á buscar la libertad *resquebrajando* el artificioso mecanismo social, para lo que el interés común presta siempre valiosas armas: origínase el *contrabando*, racionalmente legítimo (1), aunque se

(1) El legislador, eso no obstante, lo declara delito, y el Estado lo persigue. Los librejos de ciencia moral—que suelen ser de satélites de antecámara ó de sacristía, si no son de inocentes preocupados—lo condenan también. ¿Por qué? Condenando el Estado

oponga á todos los intereses sociales y políticos del Gobierno: es la expresión de la revolución economística, y en el consumo de sus productos envuélvese la protesta de la masa contra la espoliación política. El monopolio del Estado es, por tanto, el robo legal sistemáticamente organizado y llevado á efecto con el mismo carácter traidor del ladrón que sorprende y hiere por la espalda: necesita el Estado, con efecto, de una contribución, y disimula su saqueo; adquiere el monopolio de un producto.

Lo irritante llega hasta aquí; pero desde ahí empieza lo desesperador, lo verdaderamente ultraje y descarada provocación, cual es que, escudados por el monopolio del Estado, monopolizan á su vez cuantos concurren al acto: abastecedores, empleados... todos á costa de los consumidores que no tienen la fortuna de poder adquirir la mercancía de contrabando.

Por otra parte, el fisco de que esa monopolización necesita: material y personal para su administración, ha de formar también parte del Presupuesto, la cual naturalmente lo acrece, y ha de solverlo (como todo) el productor en el consumo. Esto es, ha de pagar el productor por producir y por consumir, y ha de pagarlo todo muchas veces y por muchos conceptos. A eso se llama, en lengua política, *administrar;* pero como en realidad es hacer peculio sobre lo ajeno, en lengua común se llama otra cosa: *robar.*

Pero esto, aunque de capital importancia, no es lo verdaderamente grave de la cuestión. Encierra esto la segunda de las dos preguntas antes apuntadas. Con efecto, ¿no hay medio de salvar el Presupuesto más que multiplicando los gravámenes sobre la producción? ¿Es en el problema social lo primero el Presupuesto? Ó ¿es la producción, relativamente al Estado, lo

un delito que ha engendrado, es la encarnación de la iniquidad misma; pero no debe constituirse en órgano de la atonía del cuerpo social, sino de su derecho. En cuanto á la moral (como ciencia) debe examinar los actos humanos, inspirada en el objetivo criterio de sus principios; como instrumento sectario merece sólo no ser tenida en cuenta: el desprecio. Más adelante volveremos sobre esta cuestión con motivo diferente.

que para la tierra la tradicional Arca de Noé, la cual contiene en su fabuloso vientre y del cual salen todos los elementos necesarios para repoblar aquélla? Si el Estado no es ó no ha de ser órgano político (de partido), sino órgano del Derecho, infórmese el Ministro de Hacienda en sanos y científicos principios de Filosofía social, y conforme el Presupuesto á la producción, en vez de someter ésta á los lujosos y femeniles caprichos de aquél. El balance debe conformarse restando millones, muchos millones del Presupuesto, no de la producción, lo cual mata la escasa que yaexiste, y *seca* la matriz de toda actividad: la *utilidad*, el *éxito*, dios que protege el trabajo; pero á quien la política ha desterrado de entre el escaso número de hombres laboriosos, provocando la holgazanería de los más, en lo cual se engendra ocasionalmente más de una grave dificultad, de entre las cuales no es la menor ese enjambre de (zánganos sin colmena) gentes sin conciencia ni noción siquiera de sentido natural (pero muy prácticos al uso del día), entregadas á la política, empleómanos y, por ende, oficiosos satélites (fulanistas) de esa pléyade de coquetas al revés que se pasan la vida, no en hacer sanas ideas, fortalecer la personalidad y virilizar el carácter, sino en equilibrar su interés conforme á la mayor prosperidad y gloria del que manda. De ahí que se agigante el Presupuesto, no ciertamente por exigencias de la Administración—la cual, por otra parte, pide ser simplificada—sino por necesidades del *personalismo* (favoritismo): es necesario hacer atmósfera, crear partido, tener aduladores, lo cual es fácil de conseguir, porque á los hombres se les conduce (como á todos los animales) *por la boca*: al pesebre van, no ya sin rémora, con gusto; allí se les unce: á la vista del pienso no hay temor que rechazen el yugo. El refrán castellano es gráfico: *Dame pan y llámame tonto*. Es el sistema brutal de las gentes venales: *¡venter inimicus homo!*

Pero esa funestísima práctica lleva derechamente al mal que combatimos; al desconocimiento é invasion de la Propiedad; al robo de la Sociedad obrado por el Estado, el cual, ya que no sea productor, no debe convertirse en ladrón. Por eso,

y por los asuntos que hemos de tratar á continuación, queremos fijarnos aquí en el valor científico del concepto dado de la Propiedad y en el valor histórico del hecho supuesto por dicho concepto.

VI

La Ciencia es ontológica, no psicológica, y, aun cuando obra del sujeto, no debe ser expresión de ninguno de cuantos elementos caracterizan su individualidad. Por eso el valor científico de un concepto depende de la cuantidad orgánica (intensidad y extensión) traducida del objeto.

En el que de la Propiedad queda expuesto hemos procurado eliminar todo elemento subjetivo que, por su carácter histórico, pudiera romper la integridad filosófica que debe caracterizarle, si ha de expresar con precisa exactitud lo definido, librándolo de toda vaguedad; trascendental siempre en cuestiones de índole inmediatamente prácticas, como esa, lo cual, además, notaría de inseguridad é indecisión lo ulterior de este desarrollo, dejando sus conclusiones como suspendidas en el vacío de un mero pensado, de una reflexión sin criterio (subjetiva).

Pero nada hay para el Yo—como no sea él mismo (1)—tan objetivo como sus estados, ni tan evidente como el carácter íntimo de su relación con ellos. Nada, por consiguiente, hay que le sea tan propio como lo fundado por él mismo ó como él, propio de sí, hecho efectivo en concreto estado, cuya forma sensible constituye la Propiedad economístico-jurídica: el derecho de Propiedad. Por eso el producto de sus estados perte-

(1) Y él á sí mismo, otra vez, no se reconoce sino en estado, y es el primero de cuantos determina y la razón de todos.

nece al sujeto por la misma razón y en relación igual que sus estados mismos: ambos le son *directa* é *inmediatamente* propios, sea cualquiera su forma: objeto elaborado, jornal, salario, retribución, servicio...

El hecho supuesto por el concepto tiene, asimismo, sustantividad real, objetividad propia y permanencia, á pesar y sobre toda influencia histórica. Pues si bien no se integran los estados del sujeto en todo cuanto constituye la Propiedad empírica (definida en la Legislación por el derecho civil)—acumulado por aluvión = por la acumulación de elementos heterogéneos—debemos distinguir entre el *poseedor* y el *propietario*; conceptos que la ley confunde frecuentemente, si bien, por lo común—dada nuestra organización social—para sus efectos civiles resulta igual. Que sea fruto del trabajo propio, adquirido por herencia, por donación, por hallazgo... para aquellos efectos es propietario el poseedor; pero, según la doctrina bosquejada, no resulta así. Ahora bien; ¿se trasmite la Propiedad por la voluntad, ó se adquiere por la fortuna? En ambos casos se trata de estados que originariamente nos son extraños; y de cosas, por tanto, que no nos pertenecen. Y como quiera que sólo sobre las propias podemos ejercer Derecho, pues sólo á ellas lo tenemos, ¿en qué lato sentido podemos denominar Propiedad y ejercer dominio sobre lo que no hemos producido? Es, por tanto, nuestro estado el hecho único de valor histórico sustantivamente real, en el concepto de la Propiedad.

¿A qué podemos, en consecuencia, denominar *lo propio*, en lenguaje racional? Sólo á lo directa é inmediatamente producido por el sujeto que se lo atribuye. Engéndrase, pues (lo propio), en la iniciativa personal del agente, y podemos definirlo: *el producto de la actividad economística individual*, ó *el fruto del trabajo subjetivo.*

Por eso cada sujeto concreta lo que le es propio, con enérgica expresión, á su sola y exclusiva individualidad, y dice *lo mío;* es decir, lo que á nadie más que á mí pertenece. ¿Qué constituye, por consiguiente, lo mío? Aquello en que yo efectiva y concretamente me he puesto, en lo que he resuelto, me-

diante mis estados, parte integrante mía: *lo que yo* (y sólo yo) *he producido* (3).

Kant da de *lo mío* un concepto meramente formal, sin trasmitir idea del hecho. «*Lo mío en derecho (meum juris)* (2) es aquello con lo que tengo relaciones tales, que su uso por otro, sin mi permiso, me perjudicaría.» Pero, ¿en razón de qué llamo *mía* á la cosa, ó cuál es la relación en que debe ésta estar conmigo, para que yo pueda llamarla mía? Porque si puedo cualificar de ese modo la cosa sólo por el perjuicio que de su uso por otro, sin mi permiso, me resultaría, podré evidentemente aplicar el posesivo á muchas cosas que no me pertenecen, y las habrá que me pertenezcan sin que yo pueda llamar mías, porque no me perjudica en lo más mínimo su uso por otro, aun sin permitírselo. La cosa, en efecto, será mía, por la relación que tenga conmigo; pero no por la relación en que otro se coloque conmigo mediante la cosa.

El pronombre posesivo tiene significaciones varias: una *economística*, para expresar nuestra relación directa, inmediata é íntima con la cosa que hemos *producido*; tal es la significación racionalmente legítima.

La significación legal es más restringida y expresa el *dominio* adquirido sobre un objeto de derecho, mediante una relación íntima con el sujeto, lo cual le da analogía con la significación anterior. En ese sentido decimos: mi casa, mi campo, mi caballo... mi *esclavo*, pues aun cuando éste, ontológicamente, sea persona, carece históricamente de ese valor, ó no lo tiene reconocido, porque él no lo hace efectivo. El conquistador lo re-

(1) Decimos, sin embargo, con notoria impropiedad, *mi criado*, del individuo que mediante un salario consagra su actividad á auxiliar nuestro personal esfuerzo; pero nuestro no es del criado más que la parte de actividad suya que pagamos ó utilizamos. En realidad, el criado lo es sólo de sí mismo, único á quien sirve, para quien crea productos su actividad, mediante lo cual los crea el servido para sí y para el otro. Eso, no obstante, tiene igual carácter la propiedad de ambos: es el fruto individual de su personal esfuerzo.

(2) *Principios metafísicos del Derecho*, parte primera, cap. I.

dujo por la fuerza y comenzó por despojarlo de la íntima propiedad de sí mismo: lo hizo *cosa suya*. El legislador sancionó el despojo y pasó á ser derecho en las costumbres. La religión la bendijo con su mano *santa*, con esa mano santa que impurifica cuanto toca con el asqueroso estigma de la mentira y falaz engaño, en tributo rendido al vil interés de los que tienen más. El embrutecimiento del individuo y el látigo del capataz han fundado la obra; luégo la ha consolidado el misionero predicando resignación, para dentro del esclavo, y perdón para fuera de él. Nó, esclavos, nó; la sublevación, la más dura de las guerras, la más atroz de las venganzas: eso, y sólo eso es humano.

La significación común es más laxa: expresamos por ella la relación de *autoridad* en que nos hallamos relativamente á lo que nos es inferior ó depende de nosotros. Ese sentido tienen las expresiones: *mi mujer*, *mi hijo*. Éstos, sin embargo, no constituyen propiedad, respectivamente, del marido ó del padre; hoy principalmente, en que ambos comienzan á ser socialmente reconocidos personas, lo cual indica que hubo tiempos—y aun hoy existen pueblos—en los cuales la mujer y el hijo eran propiedad, constituían parte integrante de la casa, eran trastos de ella y se contaban entre los aperos de labor; podían enajenarse ó matarse. La historia de la propiedad es una de las más desconsoladoras y que más desacreditan al hombre, ese ser racional por excelencia, queremos decir, racional por irrisión. Con toda la apoteósis que hemos pretendido hacer de nosotros mismos, resultamos ser la caricatura, la ridícula caricatura del Universo. El asno es mucho más simpático; nos lleva muchas ventajas. El hombre se aproxima más al cerdo, muchas veces le iguala; frecuentemente le aventaja (en lo puerco).

VII

El concepto general de *lo propio* es filosófico y abstracto, é insuficiente para las necesidades de la expresión impuestas por la experiencia. Como el Yo, además, es históricamente *relativo*

ó *exclusivo*, ha denominado á lo propio *de él*, á lo personalmente *suyo*: *lo mío*, cuyo concepto queda expuesto. Lo relativo á él ó excluído por él y correlativo con lo suyo es *lo mío*, de otro sujeto: *lo tuyo*: aquello á lo cual otro que yo tiene derecho, ó aquello con lo cual yo no establezco relación de ningun género. Por consiguiente, determina *lo mío* los estrictos y definidos límites de *lo tuyo*, á lo cual únicamente tienes derecho. Lo que no es tuyo tiene *un suyo*, inviolable por su misma naturaleza, como fundado por otro que tú: por un sujeto propio de sí. Según lo cual, el criterio de lo tuyo, no ya es *lo ajeno*—concepto empírico corriente, formulado como legítimo—sino lo fundado por tí en tus propios estados.

Consiguientemente, la esfera de acción de lo mío no se extiende hasta lo propio tuyo; antes bien, se reduce estrictamente á lo fundado por mí, como lo único con lo cual mantengo definida relación de derecho. Así es que una cosa de la cual ignore que pertenezca á alguien, ó de la cual me conste que carece de dueño, bástame saber que no es fundada por mí, en mis personales estados; que no es mía, para no atribuirme derecho á ella: el que la ocupa se la apropia; se atribuye un derecho de que carece: practica una acción racionalmente ilegítima. Nuestra propiedad no trasciende á nuestro propio fundado, ni tenemos derecho más que á eso.

F. J. J. Benlloch.

(Continuará).

LA MISIÓN DE EUROPA

I

Europa, cuyo nombre nos revela un origen poético, si se atiende á la mitología de los griegos, es, de las cinco partes en que se divide el globo, la más pequeña; pero, en cambio, la más poderosa y civilizada, y por el genio de sus habitantes la que más influencia ejerce en los destinos del mundo entero.

No es en ella la vegetación tan gigantesca y majestuosa, ni su reino animal se presenta con tanta brillantez y originalidad como en las otras regiones; pero el genio del hombre, aprovechando los dones de la Naturaleza, de tal modo trasforma y perfecciona todo lo que posee y produce que, en muchas ocasiones, las investigaciones de la ciencia no aciertan á distinguir los productos indígenas de lo que es el resultado del Arte.

No alcanzan sus más importantes cordilleras y montañas las alturas del Himalaya y los Andes, ni posee esos ríos semi-mares, como el Nilo, el Azul y el Amazonas; pero, en cambio, no entristecen esta región desiertos como el Sahara y la Libia, y esos inmensos despoblados de la América; rica, sin embargo, en aguas, no tan impetuosas y mejor distribuídas como las del Volga, Danuvio y Tajo y otros muchos caudalosos ríos, el Arte y las industrias las aprovechan en todos conceptos, pueblan y embellecen sus orillas, cubren su superficie de todos esos vehículos que sirven al comercio y aumentan el bienestar, y que han de llevar luégo los elementos de vida y producción á esos mismos desiertos y despoblados de África y América.

No ocultan las entrañas de esta tierra de Europa tan ricas minas de oro, ni corren en abundancia en sus ríos, mezclados con las arenas, polvos de este metal y piedras preciosas, ni brindan sus marismas y rocas conchas de perlas; pero el hierro, el cobre, el cinabrio y el carbón, son fuentes inagotables de una riqueza superior y permanente, que sirven á la ciencia, á las artes y á todas las industrias, y se convierten en oro, plata, perlas y diamantes.

En esta tierra afortunada, en que habita la raza más hermosa del globo; en esta atmósfera privilegiada, en que parece que revolotean los genios como lucecillas que iluminan las inteligencias de los hombres pensadores, aquí arraigó aquella civilización del Asia y del Egipto, que nos trajeron los hijos de la sublime Grecia por el camino de otro pueblo no menos interesante, la Italia, y aquí, no sólo arraigó aquella civilización, sino que se purificó, trasformó y obtuvo el prodigioso perfeccionamiento que hoy alcanza y que permite á Europa devolver aquel beneficio con creces al Asia y África que se la enviaron, y que parece que perdieron ó adulteraron las semillas del saber y de las virtudes sociales.

Esta Europa que todo lo abarca y se asimila constantemente lo útil, lo grande y lo bello, venga de donde venga, es un foco de luz permanente, cuya irradiación alcanza á todos los pueblos de la tierra, aun los más adormecidos. Así dice un insigne geógrafo que el árbol de la ciencia es el principal patrimonio de Europa, y sólo los europeos han podido someter á la voluntad del hombre las fuerzas más temibles de la Naturaleza; el rayo de la tierra está entre las manos de nuestros guerreros, y el del cielo cae encadenado á los piés de nuestros sabios. La brújula, la imprenta, el vapor, la electricidad, son invenciones y conquistas del genio europeo.

Por eso corresponde de derecho á esta privilegiada parte de la tierra aquella misión providencial de llenar y civilizar el mundo por medio de la inmigración, de que hablamos en nuestro artículo anterior; por eso la ejerce sin encontrar rivales en las otras razas, y ni aun quien en ellas le secunde espontáneamente, pudiendo llamarse la dueña y legisladora del mundo; pero tan elevada misión y tan importante privilegio impone, como todos los derechos, grandes é ineludibles deberes, sobre los cuales conviene que mediten las naciones de Europa que marchan á la cabeza de la ilustración, y los estadistas en cuyas manos ha puesto la fortuna los más seguros resortes para influir tan directa y poderosamente en la política general de

esta parte del globo; porque si la misión se ejerce para civilizar en nombre de la ilustracíón y del mayor saber, preciso es que los misioneros ó representantes de tan grande idea, se purifiquen de los vicios ó lunares de que aún adolecen.

Los pueblos y tribus de otras edades, en sus irrupciones y conquistas, unas veces obligados por la necesidad y otras impulsados por la ambición de poderío, iban haciendo inconscientemente la grande obra del progreso humano, y no dándose cuenta de su misión, causaban grandes desastres, herían ó arrollaban gérmenes de civilización, y nunca les detenían los torrentes de sangre que derramaban, ya las guerras entre sí para disputarse la presa, ya los guerreros contra aquellos á quienes se proponían dominar. Las tribus del Norte, al invadir el Mediodía de Europa, no comprendían los gérmenes de civilización que en sus costumbres y legislación llevaban, y menos aún que con aquel movimiento iban á purificar el mundo romano de grandes vicios sociales, y á trasformarlo en muchas y diferentes naciones. La misma Roma, en sus portentosas conquistas, no tenía por principal objeto ilustrar á los demás pueblos, sino, más bien, satisfacer el orgullo y vanidad de la dominación y acumular riquezas en la capital del orbe para alimentar el sibaritismo de los dominadores.

Hoy, al final del siglo XIX, las naciones modernas, con la conciencia de su misión, con el sentimiento del derecho y la experiencia que da la critica de la historia, no pueden obrar de igual manera; y al seguir la marcha civilizadora que le incumbe, sus procedimientos tienen que ser más ajustados á las reglas del derecho, y siempre muy humanitarios. No hay nada más opuesto á la ilustracíón que el hecho brutal de la guerra, ni nada más contrario á la cultura de la sociedad moderna que todo lo que trae desolación y derramamiento de sangre humana. La influencia de la opinión pública, excitada por los intereses del comercio, ha pesado ya bastante en recientes luchas para obligar á los contendientes á localizar la guerra y poner límites á su duración; pero aún falta que por este camino se imponga el sentido jurídico moderno, hasta conseguir la desaparición de las terribles contiendas armadas, al menos dentro de Europa. Si el mal llamado juicio de Dios para resolver intereses privados en pugna ha sido condenado por la razón y el buen sentido, con más motivo, por sus mayores daños, deben abolirse esos grandes duelos entre las naciones desavenidas, que, aunque unas y otras acuden con sus preces al Dios

de las batallas, éstos se resuelven, por punto general, en favor del más poderoso.

Para esto es preciso que desaparezcan esos odios mal entendidos entre los grandes rivales y ese desdén por los menos fuertes, alimentados los unos y el otro por el pensamiento absurdo de la monarquía universal, impracticable, como demuestra la historia, y que en los tiempos modernos se presenta en el interior bajo la forma del predominio exclusivo en la política general europea, y en el exterior con la ocupación del mayor territorio posible. Grande ha sido el predominio de Napoleón III en los consejos y marcha de la Europa durante veinte años; mucha gloria y prosperidad dió indudablemente á la Francia; pero también ha sido desastroso el fin y desenlace de aquella dominación, y nada ha dejado resuelto y asentado para el porvenir de Europa. Grande es hoy el poderío del Imperio alemán, é incontrastable la acción é influencia del Canciller de hierro; pero si atento sólo á sus intereses y conveniencias del momento, sigue el mismo camino que la política napoleónica; si no se coloca á grande altura y abarca más extensos horizontes; si no se desprende de pasiones ni ajusta su conducta á las reglas del derecho, de temer es que su influencia sólo dé resultados pasajeros, y que algún desastre imprevisto ponga término á su predominio, sin que la Europa haya adelantado nada en su camino.

Ninguna otra nación se halla hoy en mejores condiciones que la sesuda Alemania para sentar las bases de una paz duradera, y sólo ella, con el concurso de las grandes y pequeñas potencias, puede conducirnos á la realización del gran pensamiento de la *magna civias* sobre la base de las nacionalidades, conquista de los modernos tiempos. Mucho se ha escrito sobre estos grandes principios y aun escriben los publicistas del día; pero este siglo positivo no gusta ya de tanta teoría; se queja de las decepciones que recibe de las negociaciones diplomáticas, y lo que busca son soluciones que aseguren la paz y garanticen un porvenir tranquilo para Europa. La primera necesidad de hoy es zanjar las cuestiones candentes que se agitan de antiguo y son manzana de la discordia entre las naciones, y procediendo con prudencia y energía, darles solución justa y en lo posible definitiva, pues de otra manera, los que ejercen el poder no son apoderados que interpretan y representan la opinión y los intereses de los poderdantes.

II

Comencemos por una que está, como quien dice, sobre el tapete, y amenaza tal vez con una guerra general, cuyos resultados no se pueden prever, pero que entre tanto tiene en alarma á las naciones y en espectativa al comercio: la pavorosa cuestión de Oriente, tantas veces tocada y nunca resuelta. La conquista de Constantinopla por Mahomet I en 1453 fué una herida grave causada á la civilización de Europa; desde entonces ésta ha estado protestando contra la presencia del Imperio musulmán en territorio europeo, contra su dominación sobre pueblos cristianos y contra la opresión del pueblo griego, cuya capital lo ha sido al propio tiempo de las artes y de las ciencias. Por una serie de guerras sangrientas, en que la fortuna ha dispensado sus favores alternativamente á unos y otros contendientes, se ha manifestado esta protesta constante de los pueblos de Europa. Guerra con Rusia, guerra con Hungría y con Austria, invasiones en las costas de Italia, guerra con España y Venecia, guerra de nuevo con Rusia y Austria, guerra terrible con Grecia y después con Francia é Inglaterra; así han trascurrido más de cuatro siglos.

Y es de notar que, en estas repetidas luchas, la que más firme y perseverante se ha mostrado en su propósito de destruir el Imperio turco es la Rusia, nación que no es, indudablemente, la más civilizada de Europa, ni la más europea, mientras que la Inglaterra y la Francia, que tanta ostentación han hecho de marchar á la cabeza de la ilustración, son las que en dos ocasiones han impedido la caída del Imperio musulmán, pues sin la actitud de la primera en 1877 y sin la intervención de ambas el 54, los rusos estarían ya posesionados de Constantinopla y el turco se hallaría en el Asia Menor. Ya sabemos las razones que alegan estas dos potencias: serán atendibles aquéllas hasta cierto punto; pero el hecho es que han aplazado, quién sabe por cuánto tiempo, la solución de este difícil problema.

Es de notar también que los intervalos de paz en esta terrible lucha se han ido acortando cada vez más, y la guerra se ha reproducido más pronto; pues partiendo de la guerra con Rusia, que terminó con el tratado de Andrinópolis, y la guerra con Francia é Inglaterra para asegurar la independencia de Grecia, á los veinticinco años se reprodujo el conflicto; y aunque se localizó la lucha en la Crimea,

duró hasta el año 56; á los veinte años sobrevino de nuevo la contienda entre Rusia y Turquía; lucha terrible, en que ésta dió algunas señales de vigor y la primera tuvo que detener su marcha victoriosa en San Estéfano; y hoy, antes de los diez años de intervalo, se ve amenazada la Europa de otra guerra por la misma causa, aunque con el pretexto de la actitud de Bulgaria.

En el orden físico, cuando se acelera el movimiento parece que se acerca á su fin, y esto nos hace pensar que estamos abocados á la solución del gran problema de Oriente, y que es posible que el conflicto búlgaro no sea más que un pretexto para suscitar de nuevo la cuestión de Constantinopla. Por esto es ocasión de excitar á los hombres de Estado de las grandes potencias á que mediten sobre todo lo que vamos diciendo y sobre la gran responsabilidad que contraen si nuevos torrentes de sangre y de dinero escandalizan la Europa, por debilidad de unos, por ambiciones de otros y por egoismo de todos; pues hay que reservar todas esas fuerzas vitales qce se gastan estérilmente, y pueden agotarse, para otras cuestiones interiores, como el socialismo, que nos amaga cada día, y exteriores, como es el deber de civilizar otras partes del mundo. Preciso es que los Congresos precedan á la guerra, y no vengan después de la victoria de uno, para que no tengan que sancionar lo que es resultado de la fuerza, sino que impongan una solución, fundándola en la razón y la justicia.

En una cosa tienen que estar todos conformes, y es en que la presencia del Imperio musulmán en Europa, toda cristiana, es un anacronismo, que el islamismo entraña gérmenes enteramente opuestos á los principios de la civilización moderna; cuando en los pueblos europeos se reclaman nuevos derechos para las mujeres, en Turquía continúan siendo una de tantas cosas que posee el señor en su casa; no es tan antigua la invasión de los otomanos, que no recuerde que por la fuerza ocuparon los territorios que hoy poseen, que nada ha hecho aquel Imperio por la civilización y cultura de los pueblos que domina, que su propia organización no le permite consolidarse y progresar; pues ni los esfuerzos realizados por Mahamud y Abd-ul-Medjid en el Khairie tauzimat, ni el gran paso de la Constitución otorgada después del 56, han podido contener su decadencia y reanimar ese cuerpo enfermo que, aun en su agonía, ha de producir tantas convulsiones en las naciones civilizadas.

Preciso es, pues, lanzar de Europa el islamismo y trasladar al Asia la silla del Imperio otomano, que aquí sólo es causa de discor-

dia y allí podrá ser un medio de propagar la civilización en aquellos infelices pueblos; pues situado el trono en Smirna, Alepo ó Bagdad, algo han de llevar de los adelantos de Europa, y su corte ha de ser punto de reunión de legados europeos.

La dificultad está solamente en resolver lo que ha de sustituir á ese Imperio que se derrumba, y esta dificultad no estriba en los verdaderos intereses de Europa, sino en el choque de rivalidades y ambiciones de las grandes potencias, y esto es lo que debe someterse al fallo de un Congreso europeo, sin andar en cábalas y secretas alianzas: que todo en estos tiempos hay que tratarlo á la luz del día. La Rusia, siguiendo su propósito de cumplir el testamento de Pedro *el Grande* y realizar el plan de la gran Catalina, quiere ocupar á Constantinopla y anexionarse el Imperio turco, y á ello encamina sin descanso todos sus esfuerzos. La Inglaterra, á su vez, unida con Francia, se opone á esta solución y, como hemos dicho, la ha evitado ya por dos veces; pues hay que examinar esta cuestión desde el punto de vista de los intereses de Europa y de los derechos de esos pueblos que hoy forman el Imperio, conciliando los unos con los otros.

El Imperio ruso es ya hoy un Estado muy poderoso: sólo la Rusia europea ocupa la mitad de Europa, y agregadas á ésta sus posesiones del Asia, resulta que domina la sétima parte de todas las tierras del globo. Su población total, de más de 88 millones de almas, es muy superior á la de la nación más poblada hoy, que es Alemania, aunque llegara á reunir todos los pueblos de raza alemana que aún no forman parte de la gran Confederación. No en balde, pues, es llamado *el coloso del Norte*, y, por tanto, no conviene al equilibrio europeo que este Imperio adquiera más poderío con nuevas anexiones de territorio, y menos con el que tanta importancia tiene como Constantinopla.

Por otra parte, el grado de civilización de ese pueblo está bastante por bajo del nivel que alcanzan los demás pueblos de Europa. Tiene la Rusia entendidos gobernantes y hábiles diplomáticos, éstos, sobre todo, muy audaces, como que tan gran fuerza guarda sus espaldas; pero aparte de ese personal muy ilustrado que en París y Londres llaman *rusos de exportación*, la clase media y el pueblo bajo están muy lejos de poderse comparar con las clases iguales de otros Estados europeos, y su sistema político no está en armonía con el que hoy siguen todos los Gobiernos de pueblos civilizados y con el que se vería precisado á practicar en esos mismos pueblos que quiere dominar.

Por último, estos que hoy forman aún parte del Imperio turco ó reconocen la soberanía del Kan y Emperador de los otomanos, que tan largas y cruentas luchas han sostenido para sacudir el yugo musulmán, llevaban y llevan por ideal su independencia y autonomía y, por tanto, sería injusto el ayudarles y facilitarles el triunfo sólo porque cambiaran de dueño y señor, imponiéndoles otra dominación.

No es posible, pues, consentir que la Rusia sea la heredera del trono de Constantinopla, y con esta resolución se satisface en gran parte la política y los deseos de la Gran Bretaña; pero, á esta nación, también un poco egoista, hay que preguntarle con qué piensa que debe sustituirse el Imperio turco en Europa, quién ha de ocupar á Constantinopla, porque el *statu quo* no se puede mantener más tiempo; y supuesto que, según parece, no quiere intervenir directamente en este conflicto, considerándose, más que potencia europea, gran potencia oceánica, como en otra ocasión se declaró potencia exclusivamente comercial, nada tendrá que oponer á la solución que las grandes potencias acuerden, con tal que se le garantice de que Constantinopla no ha de ser ocupada por los rusos. A juzgar por las noticias que circulan en estos momentos, la Inglaterra no adoptaría una actitud guerrera, ni aun en el caso de que la Rusia invada la Bulgaria; pero sí está resuelta á mantener la ocupación de Egipto, en lo cual, á nuestro juicio, nada pierde la Europa.

Orillada por este lado la dificultad al tratarse de organizar un Estado con una Monarquía cristiana en la Turquía europea, una idea nos parece la más simpática y justificada, y es que ese Estado lo funde la Grecia y se restablezca el antiguo Imperio de Oriente. Lo que ha sido Grecia en otras edades, lo que este nombre significa y recuerda en las ciencias y en las artes y en toda la civilización de Europa, la historia lo consigna en páginas muy brillantes; en ella están los siete sabios de la Grecia, los célebres guerreros, los sistemas políticos más fundamentales, la poesía y la escultura más bellas del mundo. Sus anales son los anales de un pueblo heróico que para defender su independencia hizo frente hasta á los ejércitos de Xerxes, de Fílippo y de la invasora Roma. Sólo la astucia del Senado romano pudo encadenar á sus pies la nación griega; y este pueblo, aun vencido, domina al invasor con sus leyes, su literatura y sus bellas artes, y le infiltra un grado de ilustración desconocida en la capital del pueblo-rey.

¡Qué injusta ha sido la Europa con este pueblo de Grecia, que

prolongó la dominación romana por algunos siglos con un floreciente Imperio griego y cristiano en Oriente! Y ¡qué injusta está siendo en estos mismos momentos!

El vigor y las grandes cualidades de este pueblo de tan poético origen y tan respetable abolengo no ha decaído, á pesar del embrutecimiento que podía haber producido en él una larga dominación musulmana, y al fin se acuerda de que en 1821 da el grito de independencia, sostiene una guerra de exterminio durante seis años sólo con sus propias fuerzas, hasta que en Julio de 1827 la Inglaterra, la Francia y la Rusia decidieron poner término á aquella heróica y desastrosa lucha y aseguraron la independencia de Grecia con la victoria naval de Navarino. En nuestros días la hemos visto trabajar con entusiasmo por ensanchar su territorio, dispuesta á sostener otra guerra con Turquía; y á estos esfuerzos, apoyados por las grandes potencias, es debida la anexión del Epiro y Tesalia, y es bien extraño que no se le permita apoderarse de la isla de Creta, que tantas veces ha querido sacudir el yugo musulmán, y que asimismo se le impida ocupar á Salónica, á no ser que la una y la otra se reserven para botín de alguna nación poderosa en guerras próximas, ó como compensación de pérdidas de territorio por otro lado, lo cual, ciertamente, no será atendiendo á los intereses colectivos de Europa.

Si esta solución de un Imperio griego no es aceptable por razones que deben discutirse en un Congreso, hay otra que tal vez ofrezca menos dificultades. Esta es, la de constituir con el territorio que hoy gobierna directamente el Emperador de Turquía, un Estado independiente con un Rey cristiano y constitucional, titulado «Rey de Rumelia,» el cual será, al propio tiempo, presidente de una confederación de los Balkanes, compuesta de la Bulgaria, la Sérvia, el Montenegro, tal vez el antiguo ducado de San Sabas, ó sea la Herzegovina y la Albania, formando ésta un principado con un príncipe indígena; pues muchas veces, el dar autonomía á un país oprimido, es buen camino para fundirlo luégo en otro Estado, con el cual ha de formar una gran nacionalidad.

¿Cómo ha de llevarse á efecto esta reorganización del Imperio turco? Dos ocasiones oportunas se perdieron no hace mucho tiempo. En 1877, cuando el éxito de la guerra de Rusia contra Turquía se presentaba desfavorable á la primera, la Europa, que no debía consentir el triunfo de la segunda, pudo haber intervenido y haber resuelto la cuestión con sus ejércitos. Cuando Rusia, favorecida por la

victoria, fué, sin embargo, detenida á las puertas de Constantinopla por su eterno rival la Inglaterra, las grandes potencias debieron intervenir en seguida y haber ocupado aquella capital en nombre de Europa, yendo al lado de las tropas rusas dos ejércitos, uno en representación de la raza alemana, que podía ser austriaco, y otro italiano ó español en representación de la raza latina; mientras del otro lado del Bósforo, la Inglaterra y la Francia recibían á la corte de la Puerta Otomana y la instalaban en alguna ciudad importante de la Turquía asiática; de esta manera hubiera quedado resuelta satisfactoriamente esta célebre cuestión de Oriente, y se hubieran acabado las guerras por este lado.

Hoy se presenta nueva ocasión propicia. La Rusia quiere intervenir audazmente en asuntos interiores de la Bulgaria; acusada de ser la autora de la rebelión militar que produjo el destronamiento del Príncipe Alejandro, es indudable que hoy estimula la insurrección en aquel principado contra la Regencia y la Sobrange de manera bien ostensible, habiendo ya dado un chispazo ese espíritu de rebelión con el asalto de Burgas por el Capitán ruso Vabekof, y se teme una invasión armada en Bulgaria. El llamado á poner término á esta situación insostenible de alarma y malestar es el Emperador de Turquía, en virtud de la soberanía que conserva sobre aquel territorio; si éste adopta una resolución enérgica, tenemos ya una nueva guerra que es preciso evitar; si, por el contrario, su debilidad y sus vacilaciones entre la influencia rusa y la de Inglaterra no le permiten adoptar una resolución, entonces las grandes potencias tienen que volver por sus fueros y hacer cumplir el tratado de Berlin, y he aquí la necesidad imprescindible de reunir un Congreso europeo. La conducta de Alemania es un tanto nebulosa, y las declaraciones de Austria-Hungría bastante contradictorias; pero como la situación se agrava, la Inglaterra no podrá menos de pedir la reunión del Congreso; y aunque no la pida, es indispensable reunirlo.

III

Al hablar de un Congreso europeo para resolver la cuestión de Oriente, no puede menos de surgir la idea del derecho incontestable que tiene nuestra España á formar parte de él y á intervenir en el asunto, por muchas razones que son conocidas de todos.

Cuando la invasión musulmana vino por otro lado y los discípulos de Mahoma en la primavera del año 11, en el siglo VIII, atravesaron el Estrecho, pasando de las costas africanas á las playas de la Península, cogieron á los españoles de sorpresa, débiles por estar divididos en odiosas parcialidades, y enervados, como su Monarca, por los vicios y la molicie: por esto fué posible la rota fatal de Guadalete, que acabó con la Monarquía goda y permitió á los vencedores pasear por toda España el estandarte del Profeta y plantarlo sobre los muros de las principales ciudades, incluso la imperial Toledo.

Sin embargo, vueltos de su espanto los españoles, si bien en casi todo su territorio tuvieron que tascar el freno de la dominación sarracena, pusieron un dique á aquel torrente devastador en las ásperas montañas de Astúrias; allí un puñado de valientes montañeses, con auxilio de los refugiados de otras provincias y al mando de Don Pelayo, ganan la primera victoria á los hijos de Mahoma, y allí se inició la terrible guerra de la Reconquista, que duró ocho siglos y acabó lanzando á los dominadores á las costas de donde vinieron, y aun siguiéndoles en su propia tierra, en donde se plantaron algunas fortalezas cristianas como destinadas á precaver otra invasión.

La Europa, que quedó absorta con la noticia de la caída del Imperio godo, ningún auxilio prestó á los vencidos, á pesar del peligro en que ponía su propia existencia aquella avalancha de guerreros africanos; y no sólo permaneció indiferente durante nuestra larga y terrible lucha, sino que, seducida después, ó tal vez amedrentada por la grandeza y prosperidad del Imperio muslímico de Córdoba, mandaba solemnes embajadas á aquellos Califas, solicitando su amistad y alianza, y allá, entre las maravillas del palacio de Zahara, se prosternaban ante las plantas de los afortunados Abderrahmanes los enviados de Francia, de Borgoña, de Hungría, de Alemania y del mismo Emperador Teófilo, de Oriente, que más le valiera entonces haber ayudado la reconstitución del Reino de España, del cual había de necesitar después.

Sólo el Pontífice Romano, en el siglo XIII, comprendiendo que la suerte de la Cristiandad no se ventilaba ya en Palestina, sino en los campos de la Península, invita á los Príncipes cristianos á que hagan una gran cruzada en defensa de los españoles, amenazados en aquellos momentos por un ejército de más de cuatrocientos mil hombres, al mando del jefe de los Almohades. Públicas rogativas y ayunos generales en Roma manifestaban elocuentemente el gran peligro

que corría la causa que representaba la Ciudad Eterna. Entre tanto se reunían cinco Reyes españoles en la imperial Toledo, se concertaban para resistir al terrible enemigo, y aunadas sus huestes, salen en busca del ejército más formidable que hasta entonces se había presentado ante sus ojos, y ganan la famosa batalla de las Navas de Tolosa.

Decisiva fué aquella batalla para la Monarquía española, pues desde aquel día fué siempre avanzando la Reconquista, lentamente, es verdad, mas ya sin retroceder ni perder terreno conquistado; pero fué también aquel terrible y ruidoso hecho de armas de gran trascendencia para el Cristianismo y para la civilización de Europa, como lo demuestra la conmemoración que la Iglesia hace anualmente de aquella victoria en la fiesta religiosa llamada «El Triunfo de la Santa Cruz.»

Pues bien; ¿qué hubiera sido de la Europa si esa lucha tenaz de los españoles no hubiese entretenido en su territorio el empuje y los propósitos de dominio universal que abrigaba el pueblo mahometano? ¿Qué hubiera sido de los Estados del Centro y Mediodía, si los Garcías y los Sanchos, con su reino de Navarra, no hubieran levantado un dique en los Pirineos á aquel torrente desolador, dique que luégo se extiende con la creación del Condado de Barcelona en la marca gótica y se cierra con el reino de Aragón? No dudamos que la Francia, la Alemania y la Italia hubieran resistido valientemente la invasión; pero ¡qué distinta habría sido la lucha si los árabes hubieran encontrado más llano el camino de España y no hubieran tenido que volver la vista atrás, por tener en peligro la retaguardia! Posible es, y aun muy probable, que éstos hubieran instalado algún trono musulmán en el centro de Europa, y entonces puede considerarse qué distinta suerte hubiera cabido á esta hermosa parte del globo si, cuando la raza de Othman, igualmente invasora, atacaba por otro lado y se extendía desde el Éufrates hasta las orillas del Danubio, hubiera podido darse la mano con sus correligionarios de África: no habría sido, ciertamente, bastante dique la capital de Austria para contener el torrente de Solimán II, después de destrozada la Hungría, y hoy toda Europa sería musulmana.

No desmayó España por la caída del Imperio de Oriente con la entrada de Mahomet en Constantinopla y, por el contrario, aquel triste suceso fué un aguijón que le estimuló á activar su empresa de la expulsión de los moros, y en 1498 entraban los Reyes Católicos en

Granada, último baluarte de la dominación mahometana. El Emperador Carlos V, que encuentra ya redimida la España del poderío mahometano, se dedica á librar los mares del dominio musulmán; y cuando la Europa se encontraba más alarmada con las correrías del famoso Barbarroja, él en persona y con numeroso ejército le va á buscar á su guarida de África, y en sangrienta lid le vence, y ocupa á Túnez y Goleta; luégo sus naves, al mando de Andrea Doria, derrotan la armada del célebre corsario Almirante de la escuadra turca, y casi en los momentos de su abdicación y retirada al cláustro, todavía tiene que habérselas con el famoso Dragut. Felipe II se considera obligado á seguir la misma política de su augusto padre, y dirige sus fuerzas de mar y tierra contra el odiado musulmán; decide la conquista de Trípoli, y si bien nuestra escuadra sufre la desgracia de los Gelves, más adelante va en socorro de Malta, sitiada por Mustafá; allí muere Dragut, y 6.000 españoles ahuyentan todo el poder marítimo del turco y salvan á los caballeros de Malta, con su jefe Parisot Lavalette. Por último, apenas terminada la guerra de la Alpujarra, vuelve los ojos al enemigo común é invita á los Príncipes cristianos á una liga para acabar con el dominio musulmán: únicamente Venecia y el Papa Pío V acuden á su invitación, y sólo con las fuerzas de estos dos aliados gana Don Juan de Austria la batalla de Lepanto, en que perdieron los turcos 224 bajeles y 30.000 hombres, cuya victoria llenó de alegría á las naciones europeas y arrancó de los labios del Pontífice aquella célebre frase, dirigida al General de las naves cristianas: *fuit homo misus á Deo.*

Servicios son estos de gran importancia, á nuestro juicio, prestados á la civilización de Europa por la nación española; servicios que podrá pretenderse desvirtuarlos con razones apasionadas, pero que de ninguna manera pueden negarse, porque los consigna la historia bien elocuentemente; pruebas son de la influencia que nuestra España ha ejercido en todas épocas en la política europea haciendo grandes sacrificios de sangre y de dinero, y títulos, por tanto, que la hacen acreedora á ser atendida por las naciones hermanas, á intervenir en esa cuestión interminable de Oriente, y á tomar parte en todo Congreso que se reuna en adelante para resolver asuntos de interés europeo.

Si torpezas y desdichas propias nos han alejado en un largo período de los centros en que se ha dispuesto, no siempre acertadamente, de los destinos de Europa, como tal desgracia debe conside-

rarse, y no ha de ser motivo de desdén para las naciones hermanas que, lejos de olvidar tan insignes servicios en esa misma cuestión que hoy se agita y alarma, han de tener presente que, si ahora las grandes potencias pueden dictar leyes al Imperio musulmán, débenlo, en gran parte, á los esfuerzos seculares de la nación española, y aun puede suponerse que, de haber secundado los demás Estados en todas ocasiones aquellos esfuerzos, no existiría ya en Europa el Imperio musulmán y hubiera sido sustituído por un Imperio cristiano.

Hoy la España, tras largo período de tantas revueltas y tantos desastres, despierta, levanta la cabeza, y si sufre algún desmayo al contemplar todo lo que le rodea, se reanima volviendo la vista á la historia y, pensando en lo que ha sido, espera tranquila el porvenir y se va preparando á cumplir los deberes que le imponen sus antecedentes y sus condiciones. No abriga ambiciones de dominio en Europa, ni tiene pretensión de manejar á las demás naciones, ni siquiera de influir decididamente en sus acuerdos, y quiere sólo compartir con ellas el derecho de dar solución á los grandes problemas que interesan á todos los pueblos del Continente europeo. Ninguna otra nación puede ser más desapasionada é imparcial en esta cuestión de Oriente; porque no aspira á aprovechar para sí el territorio del Imperio musulmán; únicamente pretende llegar pronto y por medios pacíficos al punto cardinal de la solución del problema, punto en que todas las naciones están conformes.

La Inglaterra tiene compromisos y grandes intereses á que atender en esa cuestión eterna; la Rusia se inspira en ambiciones, que se cree obligada á realizar; el Austria, de acuerdo con la Alemania, tiene, tal vez, ciertos propósitos encubiertos que, al fin, han de salir á luz; la Francia ha de tropezar con grandes antagonismos; y la misma Italia siente aspiraciones legítimas, que han de influir en la conducta que sigue respecto á la solución del asendereado problema; pero nuestra España no persigue más que un ideal, la desaparición del Imperio musulmán en el mapa de Europa, y la influencia europea en la Turquía asiática; así, la conducta que siguiera para la realización de este ideal sólo podría ser molesta á la Rusia, si esta potencia persistiera en su propósito de ocupar á Constantinopla.

Interesa, pues, á casi todas las grandes potencias nuestro concurso en la cuestión de Oriente y en cualquier otra que revista el carácter de europea, sin que pueda alegarse que no estamos en condicio-

nes de prestar gran atención á los problemas que se discuten y de contraer las responsabilidades consiguientes. La España tiene hoy una población de más de diez y ocho millones de almas; su Hacienda se halla en buen estado, siendo prueba de ello la regularidad con que paga los intereses de su Deuda; con el nuevo sistema militar, puede poner en pie de guerra cuatrocientos mil hombres siempre que sea necesario; trabaja hace tiempo y se apresura en estos momentos á dotarse de una escuadra poderosa que la coloque á la debida altura, y las fuerzas auxiliares, como son las flotas mercantes, crecen, y se desarrollan, y obtienen líneas extranjeras sin perjuicio de conservar y aumentar las nacionales.

En esta situación España, y siguiendo su marcha creciente, es incontestable que puede ejercer influencias en caso de una guerra general, según el lado en donde ponga el peso de su fuerza, y no parece que tendrían derecho á exigir este auxilio para la guerra las potencias que la han desdeñado durante la paz. La Prusia, cuando en el siglo pasado y principios del presente tomaba parte tan activa en todas las cuestiones europeas, no tenía la población y el ejército que hoy tiene España. La misma Italia, cuyo engrandecimiento celebramos, estaba muy lejos de hallarse en las condiciones en que hoy noss encontramos cuando mandaba un ejército á la guerra de Oriente y tomaba luégo parte en el Congreso de París.

Y al hacer algunas indicaciones, no se entienda que creemos que nuestra España debe tomar parte en la guerra general, que al parecer nos amenaza; nó; la intervención que pretendemos, ha de tener un carácter y un objeto completamente pacíficos; todo nuestro esfuerzo debe encaminarse á evitar la lucha armada; y el que esto consiga, se cubrirá de gloria; así como será grande, muy grande, la responsabilidad que contraiga la potencia que dispare el primer tiro; porque si la guerra estalla, difícil será localizarla, y más difícil aún limitar su duración y el número de los beligerantes, y sólo se puede predecir de su resultado que será en todo caso un inmenso desastre para Europa, que podría llegar hasta el extremo de perder su influencia é iniciativa en el mundo. Medítenlo un poco las naciones que andan un tanto apasionadas, sobre todo la Alemania y la Francia, cuyo antagonismo es el mayor peligro: los azares de la guerra son las más veces inexplicables; si vence de nuevo la primera, Francia quedará nuevamente desmembrada y hasta anulada; si, por el contrario, es ésta la vencedora, se deshará el Imperio alemán y caerá en un día

toda la gloria del Emperador Guillermo; y ni lo uno ni lo otro conviene al equilibrio y porvenir de Europa.

En tal sentido, pues, pedimos nuestra intervención, y en este sentido se ha iniciado alguna vez nuestra pretensión, si no estamos mal informados, obedeciendo á deberes y derechos que no se pueden desconocer; y para terminar este largo estudio, llamamos de nuevo la atención de los hombres pensadores sobre los inmensos perjuicios que están causando al comercio y á la riqueza pública las críticas circunstancias actuales, por no haber un Congreso que resuelva las cuestiones pendientes.

Manuel de Azcárraga.

REVISTA LITERARIA

«DOS FANATISMOS», DRAMA DE DON JOSÉ ECHEGARAY.

Antes de liquidar ciertas cuentas atrasadas con algunos escritores cuyos libros contribuyeron á que fuese menos esteril en su literatura el pasado año, vamos á ocuparnos del último drama del Sr. Echegaray; porque á pesar del estruendo y resonancia, que son como el privilegio de las obras teatrales, quedan más pronto sumidas en el olvido si no son de un mérito excepcional.

Al observar la marcha del Sr. Echegaray por la senda de la literatura dramática, nos viene á la memoria la seguida en el orden científico por uno de los hombres de más erudición, más originalidad, más fe y más persevarancia que ha tenido España en estos últimos tiempos; nos referimos á D. Melitón Martín. Allá por los años de 1864 dió á luz nua obra titulada *Ponos*, en la cual se tomaba á la humanidad desde la cuna y se la seguía paso á paso, exponiendo toda su Odisea, y mostraban por parte de dicho escritor grandes cualidades de pensador, de economista y de literato, y dotes de imparcialidad y criterio propio. Pero ya por no arrancar la obra de un punto de partida filosófico que diera unidad al cúmulo de ideas en ella esparcidas, y más acaso por la forma literaria de leyenda y semi-poema que le dió, personificando los conceptos más abstractos con nombres toma

dos del griego, que daban origen á diálogos variados y complicadísimos, es lo cierto que el libro no hizo fortuna, á pesar de que de tiempo en tiempo la prensa se ocupaba de él con elogio. Pasaron muchos años y, sin desmayar su autor, publicó otras obras en las cuales, no obstante reconocer que, ora por la forma ó por otras causas, su producción anterior no había tenido aceptación, volvía á incurrir en el mismo vicio, repitiendo la misma doctrina y con el mismo método y forma, si bien con diverso título. Y tal firmeza de convicción tenía acerca de la bondad del contenido y forma de aquellos libros y de que la falta no estaba en él, sino en la ligereza y poco amor al estudio en la generalidad de los lectores, que cerca de veinte años más tarde consiguió que desde la cátedra del Ateneo de Madrid se diera una lectura de uno de los capítulos del *Ponos*, pensando, sin duda, que su escaso conocimiento era la causa del olvido en que estaba, cuando en realidad lo que había es que no se podía aguantar aquella lectura, como lo demostró el público, á pesar de su buen propósito, dejando solos á *Antropos*, *Gina*, *Seuda*, *Alecia* y demás seres fantásticos de aquella singular alegoría.

Pues bien; algo parecido ocurre con el autor de *Dos fanatismos*. Se le reconoce, sin discusión, un pensamiento vigoroso, capaz de acometer los empeños más atrevidos, sin llegar nunca al absurdo ni á la vulgaridad; un temperamento y una potencia dramática que no ceden quizá á las de ningún autor antiguo ni moderno, y originalidad y fecundidad en la invención; pero con todas estas cualidades y otras menos importantes que le son propias, se puede no hacer buenos dramas, repitiendo en cada uno errores anteriores y comunes á todos, y produciendo á la larga un cansancio y un disgusto que sólo nos explicamos no llegue al ánimo del gran escritor por las intemperancias en el encomio de parte de los que se dicen sus admiradores. En vano, desde un principio, las personas que en algo estiman su misión de dar cuenta al público de estas cosas literarias, señalaron lo errado del camino, en el cual los personajes de los dramas eran abrumados y constreñidos por la *tesis*; se saltaba por encima de la lógica cuando estorbaba, y á los efectos deslumbrantes se sacrificaba la naturalidad en el diálogo y la expresión; en vano la opinión, que ya se va formando respecto de lo que es el teatro, ha ido acen-

tuándose cada día más en este sentido con su frialdad y poca solicitud por conocer las obras: el Sr. Echegaray no ha variado un ápice, y estamos casi seguros que no variará.

Si se tratara de un autor que hubiese emprendido este rumbo sometido á extrañas influencias, ó dominado por errores de la primera educación, ó arrastrado por determinadas corrientes, pudiera abrigarse aquella esperanza; pero encontrándonos frente á una personalidad imperiosa y absorbente, en cuyas facultades predomina la abstracción, y que, seguro de su poder, no siente la necesidad de estudiar las personas, los medios, los tiempos ni lugares, sino que le basta querer para plantear problemas, inventar conflictos, crear personajes, trazar cuadros, combinar pasiones, presentar luchas, sin atender más que á su propia idea, hay que renunciar á verlo en otra dirección que la de la línea recta y la de procedimiento cerrado y sistemático.

Mas aunque se reconoza que los defectos de este escritor son de escuela y de sistema, no por eso puede ser absuelto ni han de estar libres de censura sus dramas, pues tanto valdría esto como admitir las erróneas conclusiones de un filósofo porque estaban lógicamente deducidas y dependían de su sistema.

Dos fanatismos es quizá la obra de Echegaray en donde se manifiestan con más rigor y relieve sus principios y procedimientos dramáticos. Con efecto, desde el título hasta el último cuadro se nota que todo es allí obra del cálculo y está esclavizado á una idea social y á su demostración, cueste lo que cueste. De aquí la sencillez de la acción, el reducido número de personajes, del que todavía podría suprimirse D. Justo, por lo menos, y lo definido y preciso y circunscrito del papel que cada uno desempeña, como puede observarse haciendo una ligera reseña de la fábula. Don Lorenzo, hombre apegado á la tradición, y Angustias, hija soltera habida en legítimo matrimonio, viven solos, porque Rosario, la esposa de aquél, se halla recluída en un convento desde hace catorce años, á causa de haber imaginado su marido que era el medio mejor de aplacar ciertas vagas aspiraciones y deseos que, aunque justísimos, eran una amenaza á las virtudes de la continencia y el ascetismo. La referida joven ama á Julián, hijo de Martín Pedregal, amigo de D. Lorenzo y rico industrial de Califor-

nia, entusiasta de la vida y las ideas modernas. Todos consienten en el matrimonio, la boda está ya para efectuarse; pero á Julián le axaltan temores, que expone á su prometida, de que sus padres no se entiendan por la diversidad de opiniones y el tesón con que cada una sostiene las suyas. Así es, en verdad. Llega de América D. Martín, y á poco tiene lugar un choque entre ambos. A pesar de la intervención de Julián, la reconciliación no se efectúa; ninguno cede un punto de su terreno, y el abismo se agranda más cuando el padre de Angustias se entera de que Julián es hijo de una mujer con quien su padre tuvo relaciones pasajeras, y á la que abandonó más tarde. Por último, D. Martín transige, ante las súplicas de su hijo, en regularizar su situación casándose con Magdalena; pero cuando las cosas parecen próximas á un arreglo, D. Lorenzo tiene una entrevista terrible con Angustias, en que trata de obligarla á que renuncie al casamiento ó se encierre en el cláustro con su madre. Sabido esto por Julián, prescinde de toda suerte de respetos y, cogiendo á Angustias, apostrofa duramente delante de todos á los dos irreconciliables adversarios D. Lorenzo y D. Martín, jurando que Angustias será suya contra la voluntad de D. Lorenzo; éste entonces maldice á su hija, la cual, debil por su quebrantada salud y herida por este rudo golpe, cae muerta en presencia de todos.

Existe, pues, aquí, como cosa principal y expuesto con toda claridad, el tema de la obra, á saber: presentar el choque de dos fuerzas sociales contrarias y su resultado. Para que la marcha sea regular en todo el curso del drama y se mantenga el equilibrio, se ha meditado detenidamente y se han ido estableciendo las oportunas compensaciones. De un lado D. Lorenzo, partidario acérrimo del pasado; de otro D. Martín, que lo detesta y no admite más que las novedades del presente: el uno habita en el antiguo Continente y vive de sus rentas; el otro trabaja en el nuevo y vive de los recursos de su trabajo; á la conducta de D. Lorenzo con su mujer, censurable, pero en consonancia con sus principios, la de D. Martín con Magdalena, también vituperable, aunque en relación con sus ideas, para poder echarse en cara mútuamente sus respectivas faltas; á las quejas de Magdalena, por su apartamiento de su hijo, las de Rosario por el alejamiento de su hija; á la decisión de Julián á reparar aquella falta no separán-

dose de su madre, la de Angustias manifestando otro tanto respecto de la suya; en todo se procura haya perfecta correspondencia y ecuación, hasta en el diálogo y el tono, para que todo concurra al fin propuesto de antemano. Ahora bien: encerrada y amoldada la vida de *Dos fanatismos* á esta mecánica, ¿puede darse, sino por accidente, la belleza dramática? ¿Puede el espectador, que ha comprendido desde el principio de lo que se trata, sentir emoción alguna cuando ha descubierto á qué obedece todo? ¿Puede, pues, producirse en él la ilusión y unirse á los personajes é interesarse en sus desdichas ó en sus bienandanzas, si *à priori* sabe ya la misión que están llamados á desempeñar y el por qué de su carácter? El teatro es el lugar de la fusión, de la compenetración del público con la vida que se desarrolla en el escenario, y en conseguir esto estriba el triunfo del artista y el mérito de su obra. Cuando esto no sucede, ya puede el autor emplear todos los recursos de su gran ingenio en ofrecer cuadros de aspecto trágico y en poner en sus personajes los mayores arranques de cólera ó desesperación; el que asiste al espectáculo continuará sin tomar parte, como cosa que no le toca, si es que no se manifiesta en él el efecto opuesto, originado por el contraste entre su situación como espectador que, merced á la indiferencia y serenidad que no se ha logrado hacer desaparecer, tiene conciencia de la mentira de lo representado, y el trabajo y maniobras de los actores.

Y no quiere esto decir que en el drama no haya problema, pensamiento docente, idea trascendental, finalidad; nó; puede haber todo lo que el autor quiera, con tal de que en ello no se haga consistir la belleza de la obra escénica ni se le subordinen y encadenen los caracteres y las pasiones y los sentimientos humanos, que han sido siempre y son hoy el objeto del drama y los elementos esenciales para realizar aquel género de belleza. La mayor parte de las grandes obras, tanto antiguas como modernas, tienen un pensamiento profundo, pero oculto ó, al menos, velado; de modo que es como un mérito más que el análisis y la reflexión encuentran en su fondo. En las obras del señor Echegaray, por el contrario, se tiene empeño en que lo principal y lo que haya de verse en primer término sea el pensamiento, la tesis. Por consecuencia de lo cual, lo que se discute, generalmente, lo mismo antes que después del estreno, es el problema que se plantea, si

éste es más ó menos *fuerte*; los defensores ó los adversarios que va á tener, según el sentido en que se resuelva; todo, menos el drama. Como que á la creación espontánea, hija de la inspiración y del sentimiento de lo bello, le sucede la obra del entendimiento y del cálculo, destinada á la demostración de una verdad ó una creencia.

Y esto no es teoría; está confirmado en la práctica y reconocido por los prácticos, de tal manera, que se cuenta de un conocido empresario que, al observar la escasa concurrencia del Teatro Español á las pocas noches de estrenarse *Dos fanatismos*, exclamó: «No me explico lo que sucede con muchos dramas del Sr. Echegaray; obtienen un éxito extraordinario y ruidoso y, sin embargo, no duran en el cartel tanto tiempo como otros que obtienen menor triunfo. La gente se cansa pronto de ellos.»

En *Dos fanatismos* todo está exagerado, violentado y sacado de quicio. Á esto es debido el que, á pesar de haber tanto fanatismo en la humanidad y en la sociedad nuestra especialmente, y de las clases que en dicha obra se contienen, contra lo que la generalidad esperaba no ha suscitado polémica, ni nadie se ha visto representado en los personajes, y aun pudiéramos decir que la lucha de los dos fanatismos no ha sido tomada en serio, con evidente perjuicio del drama. Algunas observaciones bastarán para corroborar nuestro aserto.

Apenas D. Martín, que acaba de llegar de California, penetra en la casa de su antiguo amigo D. Lorenzo, cuando sin tomar descanso alguno se traban de palabra, originándose una verdadera pelea, en que se insultan y se llenan de improperios, con motivo de atacar cada uno las creencias y convicciones del otro, verificándose lo mismo cada vez que se encuentran frente á frente. Unido esto al afan de riña que los anima y á lo futil de casi todos los cargos que se dirigen, dan lugar á que se nos presenten como dos vulgares majaderos sin instrucción ni dos dedos de frente. Estas figuras no podrían expresar en todo caso más que su fanatismo pedestre, propio de compadres de aldea y á propósito para una pieza cómica; pero de ningún modo para un drama de las condiciones de que se pretende rodear á este de que hablamos. No es esto, sin embargo, lo que principalmente llama la atención en esta lucha que se quiere entablar en-

tre dos fanatismos; pues si nos fijamos en aquello que constituye el eje de la acción dramática, se notará que carece de verdadero punto de apoyo. El drama si de algo ha de surgir, es de la lucha sostenida por Julián y Angustias con sus respectivos padres para que les permitan casarse. Negándose aquéllos, ha de producirse una gran tensión en los ánimos que origine el movimiento de las pasiones. Careciendo todo esto de razón de ser, dados los caracteres individuales de los personajes que simbolizan los dos fanatismes, y el de Julián y la sociedad en que viven, el drama no es más que aparente. Copiaremos, para mayor claridad, el fragmento de diálogo en el cual está resumida aquella oposición á que aludíamos y sus móviles. Dice:

«*D. Martín.*—¿Á tu alcance mi hijo? ¿Para que lo catequices?... ¿Para que lo lleves al jubileo y á la novena y le hagas hermano de tu cofradía?... ¿Para que á la vuelta de dos años ó tres, el hijo de don Martín Pedregal se convierta en un beato ridículo, amarillo como la cera, tristón como penitente, flacucho como viernes de Cuaresma, y como tú, hipócrita y fanático?... ¡Qué más querrías tú, que introducir el cisma en mi familia y mezclar tu sangre anémica de sacristán á mi sangre roja de revolucionario!

.....

.....

D. Lorenzo.—¿Imaginaste que yo te entregaba la hija de mi corazón para que la convirtieses en maniquí de tus impuras vanidades?... ¿Para que de su cuerpo de ángel colgaras las ostentosas galas en que se va derritiendo el oro que ganaste en California, Dios sabe cómo?... ¿Para que la expusieses en teatros y bailes? ¡Si ya me lo figuro!... escandalosamente descotado su pecho virginal, y ceñido el cuello de pedrería hecha áscuas, con luces de Satán, después de haber arrancado la santa medalla de la Vírgen?... ¿Para que aquellos brazos que le enseñé á cruzar sobre el seno en el acto de la plegaria, rozasen desnudos con el ridículo frac de un sietemesino insolente ó de un viejo libidinoso?... ¿Imaginaste ¡desdichado! que sin más ni más te regalaba mi dulcísima y casta Angustias para que, como el diablo lleva en triunfo á su elegido, la paseases en carretela abierta en el *Bois de Boulogne*, entre mundanas, ó la llevases á América entre protestantes?... Pues nó, nó y nó.

Antes la llevo al convento con su madre.

D. Martín.—¿Has acabado?

D. Lorenzo.—Porque se me acaba el aliento, no porque se me agote la materia.

D. Martín.—Pues ahora verás si á mí se me corta el aliento tan fácilmente. ¡Oye, oye! ¿Imaginaste, miserable fanático, que yo, sin más ni más, iba á entregarte á mi Julia...»

Y así continúa este discurso, del mismo sentido que el anterior, aunque de mayores proporciones y más pomposo y elocuente.

Como se ve, éstas no son manifestaciones ni pruebas de fanatismo, sino un alarde exagerado de preocupaciones pueriles y ridículas, incompatibles con la calidad, la ilustración y el medio social en que don Lorenzo se ha educado y ha vivido, y con el orgullo de hombre moderno y práctico de que D. Martin se precia á cada momento.

¡Cómo suponer buenamente que en este Madrid sean los fanáticos al estilo de ese D. Lorenzo, siendo el punto de España en donde las ventajas prácticas de la libertad, de la tolerancia, del respeto mutuo, de las formas cultas, se imponen en la vida ordinaria, desde el tradicionalista más empedernído hasta el anarquista más radical, de tal manera que, aun el de más cerradas creencias y el que con más encarnizamiento combate la civilización, se aprovecha de sus beneficios y medra y vive á su sombra! ¿Es posible que los fanáticos de nuestra sociedad, que están todos los días en relación, trato y roce con descreídos, librepensadores y hasta ateos, y rodeados de una atmósfera impregnada de herejía, digan, ardiendo en santa indignación, tales cosas y se nieguen á casamientos tan halagüeños para sus hijos, porque se trate de un D. Martín, liberal, francote, enamorado de la electricidad y de los progresos industriales?

Todavía se explica menos la conducta de este último. Porque un hombre de sus condiciones y de su mundo, no debe discutir con don Lorenzo tales tonterías ni abrigar semejantes temores respecto del porvenir de su hijo en casa del suegro, sino dominando con el espíritu amplio del hombre de las nuevas ideas la situación de las cosas, no dar valor alguno á aquellas pequeñeces y acceder desde el primer momento al casamiento de su hijo en la forma y condiciones que su antiguo amigo desea, seguro de que su Julián, que ya es un carácter

formado, hará lo que quiera de D. Lorenzo, y en todo caso, el amor de su mujer, la sociedad, las leyes, sus millones, todo le favorecerá para obrar á su talante. La lucha, por consiguiente, no está motivada.

Y vamos á otro punto. El Sr. Echegaray es aficionado á poner frente á frente á los padres y á los hijos de tal manera, que en esta clase de escenas es donde quiere vincular su mejores éxitos. Es indudable que no deben desterrarse; Orestes y Hamlet, entre otros casos que pudieran citarse, demuestran que ha lugar á presentar estas situaciones en el teatro; pero sí que se necesita, por su carácter extraordinario y contrario á la naturaleza, que se justifiquen cumplidamente, para que no se hagan repulsivas. Las pasiones tienen también su lógica instintiva; aun en los más graves conflictos, buscan para su expansión los medios que ofrecen menos resistencias y menos estragos, saltando por encima de todo sólo cuando no hay otra válvula de salida. En el caso de Julián, siquiera se admita que no puede convencer á su padre, y puesto que se trata de errores de juicio y de preocupaciones de ambos señores, y no de odios ni de propósito de perjudicarle, la prudencia y su buen talento parecían aconsejarle recurrir á esos expedientes á que se recurre en todos los casos análogos de la vida real y, en último extremo, á la ley, ya que no se decidiera á darle un disgusto á D. Lorenzo con una fuga.

Algo pudiéramos decir del encierro de la mujer de D. Lorenzo en el cláustro, pues la obediencia de Rosario á los escrúpulos más ó menos místicos é imaginarios de aquél no basta que se funde en la sumisión que como esposa le debía.

En suma, acontece con el Sr. Echegaray lo que con los grandes filósofos, cuyas doctrinas en su principio y en sus consecuencias son equivocadas y por tanto, inadmisibles. Se admira el poder superior de sus facultades intelectuales; el que estudia algo su obra, se maravilla de los prodigios de entendimiento allí hechos; se les considera gigantes del pensamiento, pero se rechazan sus teorías y sus afirmaciones. Al Sr. Echegaray se le conceden altas cualidades para la dramática, se ven en sus obras fulgurar destellos peculiares al genio del drama, pero no se puede estar conformes con sus obras teatrales.

Orlando.

CRONICA POLITICA INTERIOR

8 de Febrero de 1887.

Las Cortes han emprendido de una manera resuelta su campaña legislativa. Fuera de las interpelaciones que en ambas Cámaras han mantenido los representantes de Cuba y de Puerto Rico, sobre la situación económica de aquellas Antillas, y de la que en el Congreso ha explanado, con gran copia de datos y de razones técnicas, el Brigadier Bugallal, examinando la creación del cuadro de Archiveros militares, uno y otro Cuerpo Colegislador se han consagrado á la discusión de dos proyectos de ley de importancia suma: el de bases para la redacción de un nuevo Código penal y el de autorización para el arrendamiento de la fabricación y venta del tabaco en la Península é Islas Baleares.

Notables jurisconsultos, como los Sres. Silvela, Mena y Zorrilla, Fabié, Bosch, Almagro y Romero Girón, han combatido, en el Senado, el pensamiento del Sr. Ministro de Gracia y Justicia; otros no menos eminentes, como los Sres. Colmeiro, Aldecoa y Martínez Acosta, lo han defendido, resumiendo el Sr. Alonso Martínez los primeros debates de la manera magistral que todos esperaban de quien, en opinión de amigos y adversarios, no es solamente un abogado ilustre, un gobernante experimentado y un legislador á quien no aventaja nin-

guno de los de su época, sino que es además, en estas materias, un verdadero sabio.

En el Congreso, la ley de arrendamiento de la renta del tabaco ha sido discutida de una manera prolija en su conjunto y en sus detalles. En nombre de la oposición conservadora, han combatido la totalidad y varios artículos el Sr. Sánchez Bedoya, que reveló una laboriosa preparación y una gran energía de pensamiento y de palabra; el Sr. Garrido Estrada que, á la competencia que le da su ya larga carrera parlamentaria, reune la de haber sido Director general de Rentas, en la última época del Gobierno de los conservadores; el Vizconde de Campo Grande, ex-Subsecretario de Hacienda, cuya ilustración y cuya experiencia son harto notorias, y el ex-Ministro Sr. Cos-Gayón, la autoridad del partido conservador en materias económico-administrativas. A nombre de la oposición republicana ha terciado en estos debates el ex-Ministro de Hacienda señor Pedregal, y, exponiendo sus ideas y sus puntos de vista personales, los Diputados de la mayoría Sres. Bushell y Cuartero. La comisión, presidida por el Sr. Maura, ha defendido el proyecto con valentía y con datos y razones de gran sentido práctico. Todos sus individuos han llenado dignamente su puesto. El Ministro de Hacienda, señor Puigcerver, ha intervenido varias veces y, principalmente, para resumir la discución de la totalidad y la del artículo primero.

El Sr. Puigcerver era ventajosamente conocido antes de ser Ministro. Desde el año 1872, en que, por primera vez, fué Diputado, hasta esta situación, son pocas las Cortes en que no ha tomado asiento, probando en todas ellas, ya desde la Comisión de presupuestos, ya desde otras comisiones de leyes de interés económico, ya desde los bancos de la oposición, la solidez de sus conocimientos, la extensión de sus ideas y el poder persuasivo de su palabra. En los altos puestos administrativos que ha desempeñado, supo también dejar una brillante huella; pero, á decir verdad, en la discusión de esta ley, en la cual está comprometido todo su amor propio, porque es una de las bases, quizá la base esencial de todo su plan económico y financiero, es donde le hemos visto rayar á más altura. Su discurso discutiendo, cuerpo á cuerpo, con el Sr. Cos-Gayón el concepto del déficit, concepto que el Sr. Cos-Gayón defiende como una dolorosa

necesidad, dada nuestra falta de recursos para hacer frente á todas las atenciones del presupuesto, pero que no se conforma bien con la sana doctrina constitucional; sus teorías sobre la Deuda flotante, sobre los recursos eventuales y los recursos permanentes y sobre el difícil mecanismo de nuestra Hacienda, y, viniendo más al punto concreto del debate, sobre el desenvolvimiento de la renta del tabaco, según que esta industria esté estancada ó sea completamente libre, y según que el estanco ó el monopolio sea ejercido por el Gobierno ó por una empresa arrendataria que concilie el interés particular con el interés del Estado, marcaron perfectamente la diferencia esencial que existe, lo mismo en administración que en política, entre las dos escuelas, entre la escuela conservadora, que no se despoja fácilmente de todo lo que es tradición y costumbre, por temor á las reformas, aun cuando éstas sean el resultado de profundas meditaciones, de necesidades universalmente sentidas y de experiencias comprobadas y contrastadas en otros países, y la escuela liberal que, sin romper de una manera irreflexiva y violenta con la tradición, busca en las reformas políticas, en las económicas y en las sociales, un grado más de bienestar y de progreso.

El Sr. Cos-Gayón, que es una ilustración y un carácter, es el eclecticismo; su doctrina, su sistema de gobierno con relación á la Hacienda y su criterio para dirigir la Administración del Estado, corresponden á una época de quietismo intelectual y material. El señor Puigcerver, que no revela menores condiciones de competencia y de energía, es la reforma; sus teorías, su temperamento, su modo de ser en el Gobierno, corresponden á una época de trasformación y de renovación más ó menos lenta, más ó menos radical; es el Ministro de de Hacienda que más cuadra al Gobierno de un partido liberal que viene al poder después de una gran conciliación con los elementos monárquico-democráticos y que adopta un programa de grandes y trascendentales reformas politicas, judiciales y administrativas.

Sería insensato pensar en que, mientras el Ministerio de Gracia y Justicia, el Ministerió conservador, por excelencia, en todas las situaciones, se apresta ahora á presentar reformas como las del Jurado y el Matrimonio civil; que mientras el Ministerio de la Gobernación se prepara para presentar y para mantener las de las leyes provincial

y municipal, la del ejercicio del derecho de asociación, la del Sufragio universal y otras no menos importantes; que mientras el de Estatado ha conseguido el tratado de comercio con Inglaterra y prepara el de los Estados Unidos; que mientras el de Fomento anuncia otras reformas en Instrucción y en Obras públicas, que cuando los de Guerra y Marina no se dan punto de reposo para mejorar la situación del Ejército y de la Armada, el Ministerio de Hacienda se cruzara de brazos, declarando que en este departamento no había ni rentas, ni impuestos, ni servicios que reformar y mejorar y que toda la misión de nuestros hacendistas estaba reducida á copiar, de un año para otro, el mismo presupuesto.

El Ministerio de Hacienda es, de todos los departamentos, el que más en contacto está con la opinión y el que más medios y más deberes tiene de proveer á sus necesidades. La clase agricultora se queja, y con sobrada razón, de que la contribución territorial es, en algunas comarcas, insoportable. Hace tres días que en una reunión numerosísima de Senadores y Diputados de las provincias olivareras, se demostró que la contribución que hoy se paga por los olivares es ruinosa, porque las cartillas evaluatorias se autorizaron hace veintiun años, cuando el aceite alcanzaba por término medio, en Andalucía, en Valencia y en Aragón el precio de 40 á 50 reales la arroba, mientras que hoy, por efecto de la considerable importación de grasas y aceites minerales y vegetales de la India y de América, nuestros aceites se han estacionado en 25 á 30 rs. la arroba. De esta reunión surgió el acuerdo de pedir al Ministro de Hacienda la reforma de las cartillas para los terrenos de olivar, petición que no dudamos tomará en cuenta el Sr. Puigcerver y que, sin dejar indotado el presupuesto de ingresos, la atenderá en cuanto le sea posible, porque se funda en la equidad del impuesto.

La Ley de admisiones temporales, que ha sido discutida en el Congreso, en nuestro sentir sin que se haya penetrado bien su espíritu y en su alcance, y que pronto se discutirá en el Senado, viene á satisfacer una gran necesidad para la industria como una ley parecida la está satisfaciendo en Francia. Los representantes de las clases agricultoras se alarmaron sin motivo, pensando en que, con esa Ley, se van á abrir las puertas á los productos extranjeros, que harán una com-

petencia desastrosa á los naturales, y conviene poner en claro que la ley de admisiones temporales tiene solamente por objeto permitir que las mercancías susceptibles de trasformación ó mejoramiento puedan ser beneficiadas en España, con provecho de la industria nacional, y que los productos obtenidos por la trasformacion, ó el beneficio, conservando su calidad de productos extranjeros, no puedan ser consumidos en el país sino mediante el pago de los derechos arancelarios correspondientes; de suerte que ni los trigos, ni los alcoholes, ni ninguna otra materia de procedencia extraña podrán hacer competencia á la producción nacional á favor de una exención ó una rebaja en los derechos del arancel, porque éstos continúan sin alteración.

Los pueblos que tienen dehesas boyales y terrenos de común aprovechamiento estaban alarmados, creyendo que el Gobierno iba á disponer de estos últimos restos de su patrimonio, y para acallar estas amargas quejas, conciliando los intereses de los pueblos con los intereses del Estado, y dando sobre este punto una legislación terminante y clara, ha presentado el proyecto de ley que muy en breve empezará á discutirse, si es que hay quien lo impugne, porque en todos los lados de la Cámara ha producido la más halagüeña impresión.

Estas leyes y otras que el Ministro de Hacienda tiene en estudio para presentarlas antes ó al mismo tiempo que el proyecto de presupuesto para 1887-88, prueban que en este departamento se pueden acometer grandes y provechosas reformas que hagan más productivas las rentas, más equitativos y menos onerosos los impuestos y más fáciles los servicios; pero una empresa de est amagnitud necesita una voluntad firme, una ilustración sólida y un gran apoyo por parte de los representantes de la opinión.

El Sr. Puigcerver ha revelado su voluntad y su competencia; la Cámara popular le ha probado á su vez que tiene en él gran confianza y que está resuelta á prestarle su apoyo.

La discusión del proyecto de ley de bases para la redacción de un nuevo Código penal está interesando vivamente á todos los partidos. El Gobierno contrajo, á raíz de los sucesos de Setiembre, el compromiso de reformar el Código penal de 1870, para fortalecer algo más los resortes del poder público enfrente de los planes y trabajos

de la revolución. A este fin primordial obedece el proyecto presentado á la Alta Cámara por el Sr. Alonso Martínez; pero ya en este camino, cree más acertado reformar y corregir toda la ley penal de 1870, en armonía con los adelantos científicos de la época y con las enseñanzas de la experiencia.

La impugnación á este proyecto se funda principalmente en que las Cortes no deben conceder al Ministro la autorización, porque toda ley debe ser discutida, en su totalidad y por artículos, en las Cámaras legislativas. Esta argumentación no es totalmente razonable; porque el Código de 1870, obra del Sr. Montero Ríos, se discutió por este mismo procedimiento, y porque en la discusión de las bases se ha de fijar la necesaria doctrina, para saber de antemano que la Comisión de Códigos y el Ministro de Gracia y Justicia no han de salirse de ella en el articulado de la ley sustantiva.

La doctrina que más se conforma con la naturaleza del sistema parlamentario, es realmente la de que las leyes se presenten íntegras á los Cuerpos Colegisladores para que estos las discutan y enmienden; pero cuando la necesidad se impone, como ahora, y cuando se dice de antemano el alcance y el sentido que ha de tener la autorización, no hay desconocimiento del sistema ni innovación peligrosa en legislar de este modo. Quizás si la ley penal se presentara íntegra, correríamos, como en 1880, 1882 y 1884, el riesgo de que no pasara de la condición de proyecto.

En estos debates, que se están manteniendo á una gran altura por la oposición y por la mayoría, se revela un criterio en que todos los oradores convienen: la necesidad de que se vigoricen los medios de defensa y de gobierno con una represión enérgica y adecuada á los delitos que se cometan. No desconocemos esta necesidad, pero tampoco el partido liberal debe perder de vista que, más que ningún otro, tiene el deber de garantizar en el Código penal, de un modo firme y decidido, los derechos civiles y políticos de todos y cada uno de los ciudadanos contra las violencias y arbitrariedades del poder, única manera de que el Estado sea el más celoso guardador de los derechos individualess.

Un incidente que no debemos pasar inadvertido ocurrió en una de las últimas sesiones de la Alta Cámara, con ocasión de estos debates:

el Senador Sr. Almagro, uno de los amigos predilectos del Sr. Castelar y uno, sin duda, de los oradores más elocuentes del partido republicano histórico, ha pronunciado, combatiendo la totalidad de las bases, un luminoso discurso; pero, levantando la discusión desde el campo técnico del jurisconsulto á las alturas de la política, trató de demostrar que dentro del derecho constituído no hay gran diferencia entre los partidos que sostienen las instituciones y los partidos que, sin sostenerlas, acatan y respetan y se mueven dentro de las leyes y de las instituciones mismas; lamentando que, siendo esto así, hubiera entre unos y otros partidos barreras insuperables. De estas y otras consideraciones acerca del carácter de la Constitución de 1876, que no contradice sustancialmente la de 1869, vino á deducir el Senador posibilista que, entre el partido liberal de la monarquía y el partido republicano histórico, no hay más que diferencias constitucionales, que, por serlo, no pueden ser materia de diferenciación en un país constituido. «Por esta razón—dijo—los republicanos gubernamentales son en todos los países, como nosotros aquí, auxiliares de los partidos liberales.»

A estas declaraciones, que acusan un gran patriotismo y un alto sentido político, contestó el Sr. Alonso Martínez:

«Los partidos monárquicos están separados de los que no lo son por barreras insuperables, y el partido monárquico que ocupa el poder no puede tener con los republicanos, por gubernamentales que sean, más comunidad de ideas que la que tienen, por ejemplo, los demócratas ingleses con los monárquicos de aquel país, y no puede tener otra solidaridad ni comunidad: primero, porque somos monárquicos convencidos; y segundo, porque somos caballeros, y no hemos de dejar jamás de ser leales con la augusta dama que ocupa la Regencia, que ha de responder de un sagrado depósito á su augusto hijo.»

Tiempo era ya de que los republicanos españoles se expresaran como se ha expresado el Sr. Almagro y de que los Ministros de la Monarquía dijeran, como ha dicho el Sr. Alonso Martínez, que entre los republicanos y los monárquicos puede haber, en España, la misma comunidad de ideas y de intereses que entre los demócratas y los monárquicos en Inglaterra.

Francisco Calvo Muñoz.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

8 de Febrero.

El interés más vivo, la preocupación constante y casi abrumadora de la política en esta quincena, ha sido el fantasma aterrador de una nueva guerra entre Francia y Alemania. Ante tales rumores, en presencia de semejantes probabilidades, se ha esparcido por toda Europa la consiguiente zozobra, dando ello lugar á que los bajistas de todas las Bolsas hayan hecho una campaña tan provechosa para ellos como desastrosa para los mercados públicos, y sobre los ánimos de las muchas personas interesadas en estas oscilaciones.

En medio de esa nube de noticias, datos y números de las cotizaciones que tanta alarma han difundido, y respecto de los cuales ha sido imposible hacer que la multitud los recibiera con calma, hay dos notas salientes, dos hechos evidentísimos que debieran haberse tenido en cuenta, para no arrebatarse considerando la guerra como un acontecimiento inevitable é inmediato.

El primero consiste en las declaraciones que el Emperador Guillermo, ante una Asamblea de respetables Generales, hizo en las siguientes palabras:

«Señores: Los soldados de la reserva han sido llamados á las armas. Quiero que se les instruya en el manejo del nuevo fusil de repetición.

Sé muy bien que esto provocará nuevos rumores de guerra.

Pero yo os aseguro positivamente que no habrá guerra.»

No puede darse, pues, un dato más autorizado y auténtico para tranquilizar los espíritus, puesto que dicho Soberano, al pronunciar tales palabras, es preciso suponer no lo hizo por casualidad y sin previo acuerdo, sino que, por el contrario, fueron echadas al viento de la publicidad con la debida meditación y con la seriedad que á su alta jerarquía corresponde.

El otro hecho, ocurrido también á la vista de todo el mundo, es la tranquilidad en que ha permanecido el pueblo francés, como todos sabemos de temperamento fosfórico, y que de haber fundadas razones para considerar próxima la guerra, hubiérase producido en él la consiguiente agitación.

Estas consideraciones se nos ocurren, por lo que se refieren á la supuesta inminencia del peligro; pues tratándose de la negación ó afirmación de su existencia, ya varían las cosas por completo.

Nosotros creemos sea dificilísimo, casi imposible, que se resuelvan en medio de la paz los diferentes problemas planteados en Europa, y por lo mismo, estimamos probable que, si no todos ellos, al menos los más culminantes habrán de resolverse forzosamente por medio de las armas.

Empecemos porque la situación de Alemania es insostenible, consumiendo sus fuerzas económicas en el mantenimiento de un formidable ejército, cada día en aumento, en su número y necesidades, sin que para ello se vislumbre otro remedio que un general y convenido desarme, ó jugar el tremendo albur de una segunda guerra con Francia. El desarme es sumamente difícil; porque, aun consiguiéndolo de algunas de las grandes potencias, Francia se negaría, sin duda, herida como está y fascinada por la idea de *revancha*. Esto quizás pudiera obtenerse más adelante, pero de la generación presente consideramos difícil conseguirlo; y el tiempo que se necesita para llegar á un estado de cosas que consintiera esta solución, es largo, y no podrá soportarlo Alemania, ni tampoco Francia, con ser más rica. De donde resulta que en los campos de batalla y en el cerebro de los Generales es donde se encontrará la solución del conflicto. ¡Triste porvenir! pero así lo tememos.

En Francia se observan dos corrientes, que bien puede decirse absorben en los momentos actuales, los sentimientos y las iniciativas de ese pueblo. Una, que por todos los caminos aspira á la preparación de sus fuerzas para la guerra, reconquistando su antigua prepondel rancia en el mundo; la otra, que se inclina á la quietud, procurando el fomento de sus intereses en el seno de la paz y buscando la normalidad de su política interior, cuya tendencia nos parece que será vencida por la que antes hemos delineado, resultando por lo mismo que, si bien por sendas distintas y por móviles diversos, también aquí se camina á la guerra.

Estas situaciones de los dos pueblos enemigos las consideramos exactas; y de aquí que el más pequeño síntoma, cualquiera medida de precaución, todo hecho que se separe de lo ordinario en la vida de ambos pueblos y en la marcha de sus Gobiernos, se traduzca como una señal cierta para aprestarse al combate.

De esta disposición de ánimo participan naturalmente los demás pueblos de Europa, no sin razón por cierto, porque el suceso de un segundo choque entre estas dos grandes y guerreras potencias, habría de influir sin remedio en todos los intereses, llegando quizás á alterar de una manera sensible al mapa actual del Continente.

Estos nuestros modestos juicios, están autorizados por coincidir con muy respetables opiniones, tales como las del ilustre General belga Brialmont, que al ser consultado sobre tan árduas materias se expresó en los siguientes ó parecidos términos:

«Juzgo imposible que las grandes potencias puedan soportar por mucho tiempo las cargas abrumadoras de una paz durante la cua- aumentan cada día rivalidades que las obligan á armarse á competencia.

Los principales ejércitos han vuelto á los tiempos de los ejércitos innumerables de Jerges y de Ciro, y esto, bajo el aspecto financiero, no puede mantenerse, y bajo el militar, estas exageradas fuerzas acabarán por no ser manejables estratégicamente.

La política de Alemania va dirigida á un propósito preconcebido.

El día en que sus ejércitos se vean nuevamente favorecidos por la victoria, es seguro que exigirá un desarme general; ese día sus condiciones serán más duras que las de 1871: impondría á Francia un

estado militar limitado, del que nada tenga que temer en lo sucesivo, viniendo á establecer la recíproca del tratado de Tilsitt.

A juicio de Brialmont, este es el pensamiento que desde hace mucho tiempo viene acariciando Bismarck; sus condiciones de hombre de Estado son demasiado grandes para procurar cese una situación que agota los recursos de Alemania.

Respecto á Francia, ha formulado su opinión en igual sentido; pues si bien su riqueza es superior á la de Alemania, tiene también su límite, y desde hace diez y siete años, si bien ha hecho prodigios en organización y aprestos militares, consume fabulosas sumas.

Si la guerra estalla, el General Brialmont asegura que Francia combatirá con una energía mayor que en 1870, tanto por contar hoy con más recursos de guerra, cuanto porque está penetrada de que la lucha será decisiva para su porvenir.

En el final de la conferencia, Brialmont no ocultó sus temores respecto á Bélgica, por su situación geográfica.

«Si estos dos colosos—ha dicho—vienen á las manos, fácil es imaginar los desastres de que nos veríamos amenazados ante las probables contingencias de que fuera invadido nuestro territorio, causándonos desgracias irreparables.»

Otro gran problema de los que al principio aludimos, es el que provocan las ideas dominantes en el Gobierno y en el ejército de Rusia. Allí se siente la necesidad de poner de manifiesto las fuerzas sociales y ornar con brillantes lauros sus numerosas huestes, como asimismo bajar hacia el Mediodía, poniéndose de tal modo más en contacto con el movimiento mercantil y la civilización de las potencias occidentales. No puede ser el móvil del Imperio ruso la adquisición de territorios, porque éstos le sobran; lo que, como decimos, busca, es hacer efectiva y tangible la preponderancia que por su extensión y número de habitantes en el mundo le corresponde, y sobre todo, se persigue allí, indudablemente, la idea de poner un pie en el Mediterráneo, asegurando el paso por los Dardanelos, con lo cual establecerían una corriente inmensa de productos que hoy mueren ó que no se crean en sus vastos territorios.

Esto, que viene á ser una especie de aspiración universal en el

Imperio moscovita, tiene grandísimas dificultades. En primer lugar, la resistencia de las víctimas de esta trasformación, que lo serían, cuando menos, los Estados Danubianos y la Turquía europea, caso de quedar incólumes Austria y Grecia. Y después, todas las grandes potencias, que vienen constantemente oponiéndose á esa política, por temor á los peligros más ó menos lejanos que la misma envuelve.

También es problema de actualidad el limitar en cuanto sea posible el engrandecimiento y las frecuentes anexiones que verifica Inglaterra en cada accidente que se promueve, sin olvidar tampoco los deseos que existen en Austria de agregar al Imperio algunos Estados independientes de los Balkanes, y los de Italia por recuperar los territorios que considera de su propia nacionalidad y que hoy pertenecen á Francia y Austria.

Todos estos propósitos, acariciados con más ó menos probabilidades de éxito por los referidos Estados, tomarían forma y vigor en el momento en que Europa oyera sonar el primer disparo precursor de la lucha terrible que se entablara entre los dos pueblos enemigos que se miran y agitados se vigilan en las márgenes del Rhin.

Excusado es detenernos á llamar la atención de nuestros lectores sobre la inmensa gravedad de estos problemas, sin contar los accesorios que pudiéramos añadir, para que se comprenda hasta qué punto había de ser y es temida la guerra europea, de que tanto se habla.

Repetimos que la situación es grave, que la necesidad apremia, que la tirantez es visible; en una palabra, que la atmósfera se va haciendo; pero mucho han de pensarlo, muy estrechados han de verse los Gobiernos protagonistas de este colosal y sangriento drama antes de acometerse, y lo mismo decimos de los Gobiernos vecinos, que como especie de testigos han de presenciar ese tremendo y funesto duelo.

¡Dichosa la nación Norte-americana, que, grande y pujante como éstas, vive tranquila, sin aprestos ni temores, asombrando al mundo con su pruducción y sus progresos de todos géneros!

Á las horas en que escribimos esta *Crónica*, los periódicos extranjeros, y lo mismo las Agencias telegráficas, reflejan más pacíficas impresiones que en los anteriores dias. Los Ministros y altos di-

plomáticos se han apresurado á calmar los ánimos, á esparcir declaraciones, ya en forma oficial ante las Cámaras, ya de un modo oficioso por medio de notas, con el fin de contrarrestar ese trabajo veloz y desastroso que las noticias telegráficas han llevado á cabo, conmoviendo profundamente todos los valores públicos.

La prensa inglesa, tomando fundamento de los discursos del Príncipe de Bismarck, comenzó á echar á volar especies de sensación, haciéndole duo la alemana, empleando además un lenguaje agresivo para Francia, al mismo tiempo que los periódicos más importantes de la República han usado un tono moderado y extraño á toda provocación. Al iniciarse los rumores, respondió la opinión pública con una actitud reservada y prudente, revelando cierto sentimiento, que nunca debería explicarse como falta de patriotismo, y sí únicamente como un pesar propio del pueblo que recuerda la serie de desdichas que siguieron á aquella triste y memorable guerra de 1870.

Culpa no es, ni puede atribuírsele tal al pueblo francés, de los desastres entonces ocurridos, así en los asuntos exteriores como interiores; la fuerza de las cosas y fatales coincidencias hicieron que del juego de su política desapareciera toda solución compatible con el antiguo régimen, y así fué que, sin tener simpatías unánimes la forma de gobierno republicana, la aceptó sumisa y como su tabla de salvación en aquellos difíciles momentos. De aquí surgió una situación anómala para ese país, el cual arrastra desde entonces una vida política trabajosa. Y no puede menos de ser así, en cuanto que una considerable parte de aquella sociedad se mueve sin fe en la vida pública, agobiada por un pesimismo destructor.

Semejante flaqueza, hoy más que nunca se ha puesto al descubierto á los primeros anuncios, acentuándose de un modo notable cuando en los últimos días corrieron ya alarmante impresiones; lo cual se explica perfectamente; porque si siempre, en casos tales, marchan las naciones á lo desconocido, la Francia caminaría en la oscuridad respecto del porvenir. Y todo ello consiste en la división profunda de los partidos, en la carencia de soluciones, que de ninguna manera por faltar elementos de acción y patriotismo á la poderosa nación francesa.

Los asuntos de Oriente continúan enmarañados y adquiriendo cada vez más el carácter de un *rompe-cabezas* internacional. Ahora parece existen tendencias de volver sobre la idea iniciada un día, de ofrecer la corona de Bulgaria al Rey de Sérvia, como exclusiva iniciativa de la Regencia de Sofía, y sin tener en cuenta para nada los respetos que en tales negocios merecen los Gobiernos de Constantinopla y San Petersburgo, dándose por muertas todas las candidaturas que han venido figurando en el curso de los acontecimientos.

El Ministerio Depretis corre en estos momentos un temporal, con motivo del revés sufrido por las fuerzas italianas que ocupan á Massonah, sobre el mar Rojo. La Cámara de Diputados de Roma se manifestó propicia para votar un crédito de 5.000.000 de liras, con destino á los refuerzos que á la mencionada posesión se propone mandar el Gobierno; pero, no obstante esto, fué grande la agitación ocasionada en el Congreso á la lectura del parte, la cual continuó después, llegándose hasta demostraciones bastante ágrias contra Mancini, que en un tiempo fué de los que más contribuyeron para que Italia entrase en esa aventura.

Muchas y muy sentidas alusiones hicieron los Diputados al estado actual de Europa, temiendo que este incidente embarace la acción de Italia en los sucesos del porvenir.

Los deseos más indicados por la opinión pública en Roma, son de sostener á todo trance la posesión de Massonah y el honor de las armas italianas; pero no emprender operaciones al interior que produzcan, como á los ingleses, descalabros y gastos considerables.

Tanto en Roma como en Italia se nota excitación con motivo de un suceso no esperado por los anteriores informes del Gobierno. Éste tiene una situación difícil dentro del Parlamento, donde ha perdido simpatías, y más mala aún fuera de él, porque la opinión le acusa de imprevisor.

Verdaderos esfuerzos se hacen en todas las cortes y por todos los Gobiernos, para disipar los recelos sentidos en todas partes. Los periódicos de más significación secundan este movimiento; pero entre tanto, unas tras otras vienen sin cesar las noticias de armamentos,

trabajos, provisiones y organización de fuerzas, en términos que, cada una de las naciones amenazadas, está convertida en un gran taller, donde se producen pertrechos de guerra con la actividad febril que imprime la proximidad del enemigo.

Como la cuestión es de trascendencia suma, y difícil de cortar una vez empezada, seguimos abrigando esperanzas en el triunfo de los intereses de la paz.

Á ésta, poquísimas veces debe preferirse la guerra.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ORIGINALIDAD DE LOS VALIENTES, por D. José Torres Reina.

Con este título ha escrito y publicado un folleto el Sr. Torres Reina, pretendiendo probar la originalidad de *Los Valientes*, último sainete de don Javier de Búrgos.

El autor, después de manifestar su decidido propósito de tomar parte en la cuestión literaria relativa á este asunto, entra de lleno en su cometido, poniendo de relieve los conceptos de *plagio* y *originalidad*.

Hace después un ligero estudio de los tipos que dan vida á *Matasiete* y *Los Valientes*, con objeto de exponer la desigualdad que existe entre ambas producciones, fundándose en la diferencia de *caracteres, combinación artística*, *belleza de las formas literarias* y *finalidad*, que son los atributos esenciales de la originalidad.

De aquí resulta un número de conclusiones que pueden reasumirse en las siguientes:

«Ni el *tomar*, en la acepción lata de la palabra, ni el *fondo* común á dos obras, ni la *sugestión*, ni la *identidad de asunto* aisladamente, ni todos ellos reunidos, bastan, sin otras restricciones, á constituir plagio.»

Finalmente, el Sr. Torres Reina termina su estudio asegurando que, si bien ambas obras tienen sus consideraciones, las tienen también con muchas otras, lo cual no menoscaba la originalidad de ninguna de las dos, porque sus diferencias son esenciales y la combinación de los cuadros evidentemente distinta.

Dice que *Los Valientes* es una obra de caracteres, joya de nuestro teatro,

por su finalidad profunda, y que *Matasiete Espantaocho* es un buen sainete, sin otro fin que distraer la atención del público.

La Condesa, por D. Arturo Vela y Buruaga.

Inspirado en el hermoso poema del Sr. Núñez de Arce, ha publicado el Sr. Vela y Buruaga un poema original, titulado *La Condesa*.

Como dicho poema es ya conocido del público, sólo nos limitamos á decir que su autor no personifica en una clase social vicios ó virtudes que son humanos y por lo tanto, pertenecen á todos, sino que ha subordinado á los personajes de *Maruja* la oposición de caracteres; y, para confirmar esta idea, hace que una mujer de la clase media, rica, sea «la Condesa,» enlazando en la protagonista y en su hija todas las clases sociales.

En resumen: la obra, en general, está llena de pensamientos é imágenes, y su versificación es esmerada y fluída.

El haberse agotado en poco tiempo la primera edición y haber publicado ya la segunda, es el mejor elogio que puede hacerse del poema del señor Vela y Buruaga.

La Vizcondesa de Armas, novela original del Marqués de Figueroa.

Si el autor de *La Vizcondesa de Armas* no hubiese hasta ahora probado sus dotes de novelista, fuera más que bastante su última obra *La Vizcondesa* para sentar la justa reputación de que hoy goza.

La Vizcondesa de Armas es un magnífico cuadro de costumbres aristocráticas, copiadas del natural y encajadas con elegancia en el marco de la novela.

En dicha obra no se sabe qué admirar más, si las descripciones que nos hace el autor en la primera parte de su libro, ó el conocimiento que revela del corazón humano y de las luchas de la vida.

Los tipos de su novela no son caprichosos é inverosímiles, como los forjan otros autores para que les lleven al fin preconcebido, sino personajes reales, trazados con tanta maestría, que el lector se figura conocerlos á medida que el novelista los describe.

El Marqués de Figueroa ha estudiado el mundo y sus engaños; prueba de ello el fondo de su última novela.

Respecto á la forma, podemos asegurar que es una de las mejores que tiene publicadas.

DESCUBIERTA, por D. Juan L. Lapoulide.

Bajo este título ha publicado, en un elegante tomo, que ha tenido la amabilidad de remitirnos el Sr. Lapoulide, una pequeña colección de cuentos, á guisa de ensayo literario, como advierte su autor al público en la primera página de la obra.

Los cuentos son de un corte exquisitamente literario y una prosa castiza y fluída.

Hay paisajes y escenas trazadas á la perfección, y más bien que una *descubierta*, en el terreno de las letras es un ejército de bellezas, ante el cual retrocede la crítica.

El Sr. D. Juan L. Lapoulide no ha hecho más que enseñar sus armas, y ha triunfado, no sólo como hábil prosista, sino como inspirado poeta.

PROLUSIONE AL CORSO DI SPAGNÚOLO ALLA SCÚOLA SUPERIORE DI COMMERCIO, por D. Marco Antonio Canini.—Venecia, 1886.

Mal de nuestro grado dejamos de traducir, respetando la propiedad literaria; pero, ínterin obtenemos el permiso correspondiente de su benévolo cuanto sabio autor, lícito nos será decir algunas palabras acerca de su nueva obra, la cual, aunque consta de 27 nutridas páginas, nos es muy interesante en varios sentidos, aun fuera del literario.

De la lengua española y de la poesía de los siglos XII al XVI trata el introito al curso de español, y dos cosas, en particular, merecen ser notadas: es una lo hecho del trabajo; es otra la cortesía con que el autor se honra y nos saluda, aun en ocasión en que otros compatricios habrían mostrado aquel demasiado calor que suele no atender á tiempo ni á más causas que la propia, bien que excusable siempre por amor patrio.

En lo primero prueba el autor ciencia en escoger, sumar y calificar, no sin hacerse de paso preguntas, que también nosotros nos hemos hecho, relativas á lingüística hispano-itala, no sin hacer observaciones curiosas, no sin citar, no sin comparar, no sin enaltecer, al tiempo de dar razón y de historiar, de cuanto al escolar puede ser, al par que picante, provechoso.

En la segunda bien semeja, como abroquelado en pro de cosa fraternal, estimada y digna de propaganda.

Respondamos á su buen ánimo con nuestra gratitud, y loemos su docta obra como harto diferente de las de ordenanza en tales casos.

Publicaciones varias.—Agradecemos al Sr. Director de Gracia y Justicia el ejemplar que nos ha remitido del «Código penal y Ley provisional» para la aplicación del mismo en Filipinas.

Hace tiempo que nuestras colonias del Archipiélago venían reclamando la aplicación del Código de la Metrópoli, y aunque en 1884 se le concedió por real decreto, siendo Ministro el Sr. Tejada Valdosera, no se ha mandado poner en vigor hasta la real orden del 17 de Diciembre de 1886.

El libro que hemos recibido contiene una larga y concienzuda exposición de la Comisión Codificadora de Filipinas, probando la necesidad urgente, que impone la libertad y el progreso, de conceder las mismas leyes á todos los ciudadanos que viven bajo la protección del pabellón español.

El profesor italiano Pietro Preda ha publicado un extenso folleto titulado *La Pedagogía di Francesco Rabelais.*

Es un interesante y curioso libro, dedicado exclusivamente á poner de relieve la enseñanza que legó al mundo con sus obras el célebre prosista francés Rabelais.

Contiene, además, pasajes curiosísimos de la vida del inmortal maestro.

El Sr. P. Preda ha demostrado sus relevantes dotes haciendo un folleto por demás instructivo.

Hemos recibido el volumen 61 de la biblioteca *El Cosmos Editorial* que, como todos los publicados por esta casa, llaman seguramente la atención del público.

En dicho volumen encuentra el lector dos lindas novelas que, por sus interesantes asuntos, belleza y sencillez de forma, merecen ser leídas.

Negro y Rosa es un precioso poema en prosa, un drama real y positivo, desprovisto de invenciones ridículas, que hacen de las novelas empañados espejos de las costumbres.

El notable novelista Jorge Ohnet, de cuya pluma han salido libros de reconocido mérito, ha logrado con *Negro y Rosa* confirmar su inagotable originalidad.

Corre digna pareja con la anterior la novela titulada *Periquillo*, com-

prendida en el mismo volumen. Pensamiento, desarrollo y personajes, están impregnados de elegante colorido y suma naturalidad.

El asunto es de un interés tan marcado, que lleva al lector, hoja tras hoja, hasta el fin, preocupado con el desenlace.

Es corta en extremo; quizás á eso debe su valor. Su autor, Jules Claretie, ha trazado de mano maestra un cuadro que rebosa naturalidad.

Este volumen, traducido con gran acierto, es nno de los mejores que lleva publicados la expresada casa editorial.

La Dirección de Estadística de la República oriental del Uruguay ha publicado su segundo *Anuario de Estadística*, correspondiente al año 1885.

Dicho libro, de utilidad indiscutible para todo lo que tenga relación con la agricultura, indusdria y comercio, es á la vez clara muestra del estado floreciente en que se halla la República del Uruguay.

Además de las innumerables estadísticas que contiene este *Anuario*, está ilustrado con magníficas láminas y mapas.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA[1]

Ellas por sí solas, Rusia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria-Hungría é Italia, según las hemos colocado en estos apuntes, reunen en Europa una extensión territorial, en kilómetros cuadrados, de 7.817.636'5, conforme á las mediciones del ilustre General ruso J. Strelbitsky, que fija la de nuestro Continente en 9.346.023 kilómetros cuadrados la tierra firme, y la de las islas en 664.463'2, lo cual arroja un total de 10.010.486'2 kilómetros cuadrados de superficie. En 8.880.000 la estima el célebre y celebrado Barón Alejandro de Humbold, y acaso puede consistir la diferencia en lo que se le ha agregado desde entonces como propio de la primera parte del mundo, ó mediciones menos exactas, porque en los límites actuales no estima tampoco la Revista alemana *Bevölkerung der Erde, Gotha. Herausge geben von E. Behm (in J. Perths Geogr. Anstalt zu Gotha) und H. Wagner (Ord Professor der Geogr. u Statistik and der Universität zu Göttingen)* la extensión de Europa en más de 9.885.051'1 kilómetros cuadrados. Pero tomando por base las mediciones del general Strel-

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre, 10 y 25 de Diciembre, 10 y 25 de Enero y 10 de Febrero.

bitsky, échase de ver que las seis grandes potencias representan, desde luégo, el 78 por 100 de toda su superficie; parece título suficiente para constituir el equilibrio llamado europeo en un gran Consejo y justificar su influencia decisiva.

Por la población que suman se explica también su ascendiente, pues reunen:

	Habitantes.
Rusia en Europa (1882).....	87.000.000
Gran Bretaña (1881).....	35.246.562
Francia (1881).....	37.672.048
Alemania (1880).....	45.234.061
Austria-Hungria (1885).....	38.818.971
Italia (1885).....	29.361.032
TOTAL.....	293.330.674

En la Bosnia, Herzegowina y Novi-Bazar, ocupadas por Austria-Hungría, y que dan contingente militar, hay una población de 1.504.091 almas.

Algunas de las otras naciones comprendidas en el 22 por 100 restante de la superficie de Europa, unos 2.202.307 kilómetros cuadrados, forman Estados pequeños, como Portugal, Suiza, Bélgica, Holanda y Dinamarca; los de los Balkanes y Turquía europea constituyen algo aparte y materia litigiosa, la que más da que hacer, la que mayores problemas encierra, la clave de muchas cuestiones; otros dos, Suecia y Noruega, en el Septentrión, España en su apartamiento al ocaso y en el Continente europeo prostrera de las tierras, cuentan relativamente poca población, escasos ejércitos y marina de guerra sin importancia, y no mucho dinero, nervio de la guerra. Tuvieron su época; han decaído después; están, por decirlo así, algo encerradas en su propio territorio, oprimidas por sus vecinos en mayor ó menor grado. Al último Estado, España, nadie negará que le será fácil reponerse pronto y contarse entre las seis grandes potencias, siendo la sétima. Tampoco vemos la razón de por qué no han de ser y formar parte del Concierto las

naciones pequeñas. Suiza, Bélgica y Holanda tienen títulos para ello, por su riqueza y civilización; Portugal es potencia colonial importante; Dinamarca, Suecia y Noruega, darían gran contrapeso en el Norte. Bien mirado, y todo egoismo y ambición aparte. el Consejo europeo de todos los pueblos, alternando las Conferencias en cada una de sus capitales, establecería una solidaridad que permitiría un desarme general por mar y por tierra, aligeraría la carga de los presupuestos, resolvería pacíficamente los conflictos, limitaría las injustificadas pretensiones, establecería la verdadera acción común... y sentaría las bases de aquel sueño de una paz universal. ¡Qué edad de oro! ¿Cabe, después de todo, que los caminos de hierro, el telégrafo eléctrico y el teléfono alejen mucho ese día de ventura, de equidad y justicia? El equilibrio europeo sería una verdad; hoy no lo es.

Penetrando en el secreto de la dominación de las seis grandes potencias modernas, no se necesita profundizar mucho para descubrir lo que en dinero, artes, industria y comercio, armamentos é invenciones les proporcionan las llamadas pequeñas potencias. Cuando se le cierren á Rusia las cajas de Londres, acudirá á las de Amsterdam. De los talleres de Lieja sacará fusiles. Las solas tres pequeñas potencias Suiza, Bélgica y Holanda, que en un territorio, en junto, de 103.712,39 kilómetros cuadrados reunen 12.592.169 habitantes, hacen un comercio dos y media veces mayor que Rusia, á pesar de sus 102 millones de almas. Si el total de Alemania, año común, de 1870 á 1880, ha sido de 7.525.000.000 de pesetas, no menos resultaba también en el promedio de dicho período de unos 5.162.500.000 pesetas el comercio de Bélgica y Holanda, doble casi del de Austria-Hungría, limitado á 2.687.500.000 pesetas. ¿En qué puede fundarse racionalmente que Holanda y Bélgica no formen parte del concierto europeo? En la resistencia de los grandes, desdeñosos de los pequeños. Cada una de las grandes potencias tiene, después de todo, en su astucia y ambición, un equilibrio particular, una causa de egoismo, una razón de Estado, un secreto, un fin político, que explota, trabaja y dirige.

Por eso gastan tanto; por eso están armadas hasta los dientes.

Lo que gastan es asombroso.

Juntemos los presupuestos de los arbitros de Europa:

	Pesetas.
Rusia	2.179.871.830
Gran Bretaña é Irlanda	2.225.945.825
Francia (1)	3.728.948.164
Alemania (2)	882 554.425
Austria-Hungía	2.142.065.977
Italia	1.707.312.769
TOTAL	12.876.498.990

¡A tanta costa son fuertes!

En Guerra y Marina gastan:

	Guerra.	Marina.	TOTAL
Rusia	515.474.860	98.514.394	613.989.254
Inglaterra	443.792.500	309.662.500	753.455.000
Francia	648.128.238	200.392.937	848.521.175
Alemania	489.732.240	49.517.135	539.249.375
Austria-Hungría	254.882.310	27.987.025	282.869.335
Italia	249.793.773	78.474.647	328.268.420
TOTALES	2.601.803.921	764.548.638	3.366.352.559

(1) La suma de 3 728.948.164, pesetas se compone:

de	3.015.474.036	Presupuesto ordinario.
de	163.508.200	Presupuesto extraordinario.
de	472.046.737	Recursos especiales.
de	77.919.191	Por orden al presupuesto general.
TOTAL	3.728.948.164	

(2) El presupuesto general para Guerra, Marina, Estado, Deuda y Magistratura imperial, no es sino una parte pequeña del gravamen, porque en los especiales de los miembros que forman ese nuevo Cuerpo germánico se gasta mucho más, á saber:

	Pesetas.
Prusia gasta	1.573.660 475
Baviera gasta	301.980.975
Würtemberg gasta	67.675 300
Sajonia gasta	74.320.125
Baden gasta	53.515.363

Los demás Estados del Imperio, conforme á su tamaño, población y riqueza tributan.

Tienen en pie de paz y en pie de guerra sobre las armas, y pueden armar:

	Pie de paz.	Pie de guerra.	Armamento general.
Rusia	757.238	2.200.000	3.200.000
Inglaterra (1)	188.657	235.639	577.334
Francia	523.833	2.500.000	3.750.000
Alemania	445.424	2.650.000	5.670.000
Austria-Hungría (2)	284.495	1.071.034	voluntarios
Italia (3)	200.000?	1.990.000	2.400.078
TOTALES	2.399.647	10.546.673	13.597.408

Sus marinas de acorazados, grandes y pequeños, fortalezas de hierro ó acero flotantes, construídas ó en construcción, son las siguientes:

	Número.	Toneladas que desplazan.	Fuerza de vapor. — *Caballos indicados*
Rusia	38	149.674	113.383
Inglaterra	74	471.010	275.430
Francia	47	282.856	164.682
Alemania	13	88.920	72.400
Austria-Hungría	12	53.820	38.479
Italia	18	100.080	110.718
TOTALES	202	1.146.460	775.032

(1) Se componen las fuerzas, contando las inglesas regulares en la India, según las últimas efectivas, de un total de 577.334 hombres.

(2) Las fuerzas de Austria-Hungría por el servicio voluntario en pie de guerra, excedían bastante de lo que se dice.

(3) Se comprenderá fácilmente que no están sobre las armas 690.000 hombres en el pie de paz. Estas fuerzas, en realidad, no exceden de 189.000 á 200.000. Pero el ejército italiano está clasificado, á saber:

Ejército permanente de la primera línea	690.000
Milicia movil, de segunda línea	300.000
Milicia territorial, á la tercera línea	1.000.000
TOTAL	1.990.000

Los estados oficiales de 1885 fijan:

Las fuerzas permanentes en	881.203
La milicia movil, en	362.353
La territorial, en	1.156.522
GRAN TOTAL	2.400.078

Pero la Deuda pública de las seis grandes potencias suma, á saber:

	Pesetas.
La de Rusia (1884).....	14 307.397.500
— Inglaterra (1885).....	20.359.092.985
— Francia (1885) (1)	32.725.000.000
— Alemania (1884) (2).....	774.116.750
— Austria Hungría (1883).....	6.054.015.000
— Italia (1884).....	12.110.964.167
TOTAL (3).....	73.964.679.387

Amontonamos guarismos, y no bastan á dar idea, siquiera aproximada, de la fortaleza, de los tesoros y de las cargas de las seis naciones. Son medios defensivos y ofensivos los ejércitos y escuadras que sostienen á mucha y tanta costa para intimidar, contener y moderar las impaciencias ambiciosas, y al mismo tiempo, caso que se presta á bastantes reflexiones, les sirven y los utilizan en otra mayor necesidad, contra sus mismos súbditos descontentos: aun en sí la Deuda pública, que impone los mayores sacrificios al contribuyente en general, es, bajo muchos aspectos, una fuerza social, cuyos títulos emplea la actividad del especulador como fuerza del crédito, y el *rentista* recibe en forma de intereses con aquella satisfacción de un bienestar que convida á la paz pública, sosiego interior

(1) El *American Almanac*, de 1886, fija el capital de la Deuda pública de Francia, año 1885, en la enorme suma de 5.950 millones de *dollars*, que multiplicados por 5 francos 50 céntimos, resultaría ser de 32.725 millones de francos. Indudablemente ha comprendido en ella la amortizable y la del Tesoro.

(2) La Deuda imperial, no hay que decir, es sumamente inferior á la particular de los Estados de la Confederación germánica en 1884. Sumaba la de éstos 8.748.190.000 pesetas.

(3) He tomado los guarismos del acreditado *American Almanac*, que recoge sus noticias de fuentes oficiales, como he podido comprobar en la mayor parte de los casos; pero estimo las cantidades en moneda de *dollar*, que vale 5,35 francos, por ser su peso de 26'729 gramos, y he preferido darlos en pesetas á razón de 5,50 pesetas el dollar; aumentan algo las cantidades, aunque seguramente se quedan por debajo de las sumas de la Deuda de los Estados en 1886.

y estabilidad de los gobiernos; son esas en nuestros días, á falta de nobleza y clero poderoso, las llamadas clases conservadoras, que sirven de punto de apoyo á los poderes públicos. Si resucitasen los hombres de Estado, los filósofos, los economistas, las masas del trabajo, los capitanes, los almirantes, los ingenieros, los especuladores de la generación de últimos y principios de este siglo (y sin orden y en confusión los colocamos), quedarían asombrados contemplando las grandezas que presenciamos: ¿qué dirían Pitt, Talleyrand, Hardemberg, Metternich y Nesselrode del actual equilibrio europeo? ¿Cuál no sería el pasmo de Adam Smith, Juan Bautista Say, Ricardo, Mill, Destutt Tracy, etc., etc., ante los fenómenos de la increible prosperidad presente, representada en deudas, presupuestos, caminos de hierro, marina de vapor, industria y comercio?

Si resucitaran Federico II y Napoleón, sus cabos y tenientes, ¿con qué ansiedad pasarían revista á las tropas de las grandes potencias y al trazado de los caminos de hierro? Si Nelson viviera... ¿qué pensaría al ver sin vela las naves, y contemplar las chimeneas, y tocar las placas, y encerrado en una torre invulnerable? ¿Cómo los que trazaron modestas carreteras y escalaron con mil rodeos las montañas, contemplarían el Canal de Suez, los túneles del Mont Cenis, de Baltimore, San Gotardo, las obras de Panamá, y esa red férrea que cubre la Europa y los Estados Unidos? Aun los audaces agiotistas, como Law, de los siglos XVIII y primeros años del XIX, verían con tamaños ojos de envidia y codicia las fortunas labradas por F. Goldsmid, A. T. Stewart, M. Mackay, Jay Gould, W. Vanderbilt, los Rothschild, Heinrich Drasche, H. Krupp, John Fair, Thomas Holloway, etc., etc. (pues pródigos hemos estado en citar á tanto millonario, tomados de aquí y de allí), labradas sus fortunas en la banca, minas, caminos de hierro, fábricas y boticas, en el bulle bulle de la sociedad moderna. De las clases del trabajo tendríamos mucho que decir; lo mismo de los filósofos: por eso hemos saltado por encima del mayor número y del más escogido: aquéllas no están contentas, y

suelen agitarse cual el mar en la tempestad. Anda la filosofía algo desalada, y ya no ve muy claro. Su refugio principal parecen ser las ciencias exactas ó el neotomismo. Pero en todo este movimiento moderno, se puede considerar como cierto que no alcanzan la filosofía, la economía política ni el hombre de Estado á prever mucho la solución de los armamentos de las grandes potencias, condenadas á obrar ó estarse quietas, y necesariamente pacíficas, por el temor de los resultados de la guerra.

Las invenciones industriales hacen costosísima la provisión del material para las armas y necesidades de mar y tierra. En el descanso de la paz proporciona la instrucción, la maquinaria, las nuevas comunicaciones interiores, los adelantos de la navegación, las emigraciones, la concurrencia y otras actividades mayor necesidad á la población que aumenta y se enriquece, de rechazar el servicio militar, como advertimos en Francia y Alemania, donde se hace insoportable. Aumenta por igual razón la clase obrera. Los afortunados se rebelan contra lo que les perjudica y compromete, y no quieren, en manera alguna, parecer inferiores á la nobleza militar. En ese sentido, y por todos los caminos, va la sociedad moderna apartándose del antiguo régimen, tomando la forma de la moderna Inglaterra, para acercarse á la fisonomía de la de Norte-América, que recoje todos los años mucho sobrante de Alemania, Inglaterra, Escocia é Irlanda, Suecia y Noruega, que no deja de estar en comunicación con sus familias y su patria, infundiendo en ellas y por ella su espíritu democrático y antimilitar. Razón que le sobra tiene, por lo tanto, el Canciller en querer dirigir la emigración á tierras nuevas con el nombre de colonias, lo cual no le dará resultado, por lento y por lejano. Desde los años de 1820 hasta el de 1880, durante sesenta años, suma la traslación de los irlandeses, escoceses é ingleses á los Estados Unidos, un número de 4.838.000 individuos, y la alemana, en el mismo tiempo, de 3.212.000; en los de 1880, 1881, 1882, 1883 y 1884, la totalidad, de todas direcciones, de los que se han expatriado del suelo germánico, ha sido, en el orden

dicho, 106.190, 210.547, 193.869, 166.119, 143.586, un total de 820.211 personas; tomaron pasaje para los Estados Unidos 797 910. Pocos, muy pocos, contados son los que se aventuran en el largo viaje de Asia y Australia.

Esta influencia que señalamos y se hace ya sentir, será irresistible no muy tarde, pues se irá precipitando. Tiene el pueblo alemán, es verdad, en su robustez, aptitud y profundo despejo, singulares condiciones de disciplina, por larga costumbre de obediencia en la familia, en las tierras del señor, en la escuela, en el ejército y en el taller; de país frio y duro, ingrato suelo de arena y charcas, reducido á cultivo por extraordinario esfuerzo; labrador el habitante en el verano, tejedor en el invierno; su vida familiar era espartana, alimentándole el pan negro de centeno, regalándole la cerveza y un áspero aguardiente; pero sus antes arenales, sin contar las mejores provincias, son ya hermosas haciendas que rinden pingües cosechas y mantienen abundantes ganados; su industria y su comercio les proporcionan utilidades que les permiten regalos; sus medios de comunicación, los mejores de Europa, y el Zollwerein, en sus resultados económicos, les dan, en los cambios, artículos que antes no conocían y abren sus apetitos. Crecen y se embellecen las ciudades del Imperio, donde el regalo se extiende. Quien haya conocido á Berlin á mediados del siglo y le vea ahora, dará razón á nuestras observaciones. No se hable ya de las antiguas rudas costumbres germanas. Alemania se hace francesa, inglesa y norte-americana. No tememos hacer la siguiente profecía: *La gran revolución de Europa, vendrá de Alemania; el moderno Martín Luthero será prusiano.* Pero en el presente, y dejando al tiempo su tarea, pues el hombre y las horas son como el sol y la humedad, convengamos que en el centro de Europa Alemania y Austria Hungría, colocadas entre Rusia, Turquía, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Holanda y Dinamarca, proporciona su unión decisiva influencia al equilibrio de las seis grandes potencias; por cuya razón nos parece la política del Príncipe de Bismarck de suma profundidad y acierto. Con sólo pararse en algunas consideraciones, resultará demostrado

nuestro común sentir. Encerrados los dos Imperios en el círculo de las naciones que hemos enumerado, ocupan una superficie de 1.163.074 kilómetros cuadrados, juntando una población de 73 millones de habitantes; *cincuenta y nueve mil kilómatros* mide la red férrea de los Imperios, que tienen sobre las armas en pie de paz 747.786 hombres, 132.135 caballos y 1.100 cañones, cuyas masas resultarían de 2.639.219 infantes, 523.462 caballos y 4.300 cañones en pie de guerra. Queriendo Alemania y Austria-Hungría, la paz no puede ser alterada. Por eso, ciertamente, dan, sin que esto se pueda negar, insigne muestra de moderación permaneciendo arma al brazo, sujetando muchas impaciencias y caminando despacio. No será todo virtud, acaso diga algún suspicaz. A esto puede replicarse que, aunque no siempre se proclame en alta voz, se cuenta bastante con los pueblos en estos tiempos, y con las necesidades de la agricultura, industria y comercio, y el presupuesto, la deuda y crédito público, y por tanto, se escucha el clamor de las familias; tales razones indican, indudablemente, moderación y prudencia. En ese centro de Europa, donde tienen posición estratégiea admirable Alemania y Austria-Hungría, tan prevenidas y formidables, hacen la policía, vigilan el reposo público, guardan el orden, amparan los antiguos elementos de la sociedad, sin descuidar los modernos, y parecen como escarmentadas de la explosión y acometividad de la Revolución francesa y de Napoleón I, tentación en que cayó Napoleón III. Aparte estos oficios que hacen los dos Imperios, cabe muy bien no estén exentos de ambición y codicia humanas. Austria ha sido muy castigada é injustamente acometida. Su antigua misión parece haber concluído; pero útil será, para esta civilización más dulce de Occidente en Oriente, si pudiera realizar, en premio de los grandes servicios que ha prestado, la trastormación de una parte importante del Imperio turco lindante con sus fronteras y avanzadas, lo cual no causaría los sobresaltos y miedos que producen los rusos empujando sobre Constantinopla. Sería candor poner en duda la bien de manifiesto ambición de la Prusia, ó digamos Alemania. La hemos visto crecer, llegar á ser gigante; pero, ¿puede crecer más?

Bastante lo ponemos en duda. Irá enriqueciéndose, modificándose, aumentando su influencia moral, política y civilizadora, realizando con Francia é Inglaterra una gran misión en la tierra: la de la Reforma; pero no vemos con claridad por dónde pueda extenderse materialmente. No le hacen falta tierras.

Por costas, mares y colonias, suspira su comercio y su industria. Costas, ¿dónde?; ¿las de Dinamarca?; ¿las de Holanda? Interesan mucho, las primeras, á Suecia y Noruega, y, sobre todo, á Rusia, dejando aparte otros vigilantes. Para defender las segundas de invasión germánica, que se parecería demasiado á la del primer Napoleón, se basta y sobra Inglaterra. Sería labor de mucho tiempo; y aunque los hombres de Estado lo nieguen ó no lo digan, la economía, bajo la forma de cuestión social, avanza más que la política. Lo que dice Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*, se realiza: «Esto matará aquello:» en el Continente, la cuestión social será terrible: Inglaterra se salva por los mares; los Estados Unidos, por las tierras; en la parte firme de Europa, habitamos en demasiado reducido espacio. Queda en pie otro término del problema, que parece del dominio de Francia. Se siente humillada. Ha sido en tres épocas distintas árbitra de Europa: cuando Luis XIV, Napoleón I y Napoleón III. No tuvo límites aquella insaciable ambición: conducidos entonces sus ejércitos victoriosos de capital en capital por el águila de la guerra, capitán legendario, poeta de las batallas, el cual, así como los grandes vates dominan la lengua para sus conceptos sonoros, al capricho de su ambición sabía amoldar los entusiasmos vanidosos de los franceses y arrastrarlos el astuto italiano. Por esta predisposición genial, sueñan constantemente triunfos que ensanchen sus fronteras para un desquite, y el Rhin y Bélgica hanse impreso en su memoria calenturienta, mortificándoles la espina de las derrotas, clavada en sus carnes por Strasburgo y Metz. El poder republicano francés, sujeto por Alemania y Austria Hungría, no puede hacer propaganda revolucionaria; busca lejano apoyo: por la forma de gobierno en que vive aislada Francia, desunida dentro y sin efectivos medios para aventurarse sola á rescatar lo que ha

perdido, su situación nos parece gravísima y de difícil vaticinio. No ha sabido resignarse. Es un peligro en Europa y causa de los extraordinarios armamentos y gastos públicos, que se hacen insoportables. Situación semejante, resulta demasiado tirante para que pueda durar mucho tiempo. Ha buscado cierta satisfacción al amor propio nacional en las ocupaciones de África, por Túnez y Madagascar, y extendido hasta el Tonkín sus empresas. Falsa política, siempre costosa. El francés emigra poco. Pero debe reconocerse el inmenso servicio que presta en tales espediciones lejanas á la civilización del mundo: tres grandes pueblos van en distintos caminos extendiéndola, á saber: Inglaterra, Rusia y Francia. En Argelia y Túnez, sobre el Mediterráneo, rige ésta última una población de 3.254.934, en el primer punto, cuya extensión no se halla bien determinada; y en los kilómetros cuadrados 168.700 del segundo Estado, cuenta dos millones de almas. En los establecimientos del Senegal, en la costa occidental de África, San Luis, Gorea-Dakar; en los del golfo de Guinea, Gabón, Asinia, Gran Basám, los medios tiene de penetrar tierra adentro; como se le conoce el objeto de enlazar el Norte de sus posesiones mediterráneas con los primeros. Del otro lado del Continente africano, frente á la costa oriental, al Sur, Mayotte y Nossi Bé, y en la gran isla de Madagascar, Santa Maria, hállanse trabajando los franceses. Muchas otras naciones se han fijado y toman pie en África; los portugueses, en primer término, en mayor territorio del que pueden colonizar; los ingleses, principalmente en el Cabo; los belgas, en el Congo; los alemanes, en varios lugares; pero para crecer, y por la colonización, Argelia y Túnez superan á todos; pues caminando á unirse, por Marruecos, con el Senegal, preparan una obra grandiosa y también amenazadora en algún sentido. Inglaterra, ejerciendo mayor ó menor dominio sobre kilómetros cuadrados 21.499.195 en muy varios territorios, avasalla en realidad los mares, llaves del mundo, lo más directo para comunicar, lo más extenso para enlazar: se la ve influir por el comercio y su industria en el señorío de un vasto imperio colonial, resultando ser el primer elemento de civilización

en Asia y Australia. Con los medios que la Europa proporciona á Rusia, extienden los Czares, rebasando constantemente sus dilatadas fronteras desde China á Persia, por etapas, abarcando extraordinariamente, los adelantos del progreso humano, representado por sus ejércitos, seguido de sus caminos de hierro, para uniformar y unificar. Así las tres grandes naciones avanzan la civilización concurriendo, en su rivalidad, á un fin: en África, varias; en Asia, rusos é ingleses; y, por mar, la Gran Bretaña, llevando en el número y la calidad la delantera. Así, en América, comenzaron españoles, ingleses y portugueses la acción común, que disputan en el día los Estados Unidos, y sólo detienen algo los hispano-americanos y brasileños. En esta labor universal tan fecunda hace el comercio el oficio principal, como en las edades de oscuridad éralo propio de los conquistadores: entonces la fuerza, ahora el cambio. No dejan las grandes potencias á las pequeñas naciones otros medios de acción, mayores, sin embargo, de lo que se presume, que el trabajo perseverante y modesto de su agricultura, industria y comercio. Sin grandes ejércitos y presupuestos, arrinconada al Norte, modesta y religiosa, robusta y sana, cubren los mares los buques de Noruega que, en 1884, medían 1.547.194 toneladas, con 60.523 tripulantes. ¡Dios los bendiga! De cada pequeño pueblo de Europa podríamos ir citando ejemplos parecidos. Ni las grandes potencias pueden prescindir de las pequeñas, ni éstas de aquéllas; pero, juntas las de Europa y América, caminan en la misma dirección, cuyo fin es la unidad por el comercio y el cambio, conservando apenas lo que constantemente se va extinguiendo: la originalidad.

Todavía es el Mediterráneo, desde el tiempo nebuloso de los fenicios, por estar como aprisionado entre Europa, Asia y África, cual un centro, una gran bahía, el puerto, en una palabra, de la civilización del mundo, de clima deleitoso y de singular poesía, comprendiendo el mar de Venecia, el Egeo, que despierta tantos recuerdos, y el de Mármara, de superficie todo él de 34.200 miriámetros, ó de 3.420.000 kilómetros cuadrados. Su longitud mayor es de 3.600, el ancho extremo de 800 y el

medio de 560 kilómetros: únese al Este en el Estrecho de Gibraltar con el Océano Atlántico, cuyas aguas recibe en abundancia, según se percibe por la corriente del centro del paso ó angostura. Forman parte del Mediterráneo: el golfo de Valencia, de Lyón, de Génova, el mar Tirreno, el Adriático, los golfos de Tarento y Lepanto, el mar Egeo, el estrecho de los Dardanelos ó Helesponto, el mar de Mármara ó Propentida, los golfos de Smirna, de Adalia y de Scandererum, y la grande y pequeña Sirte. En el mar Mediterráneo tienen costas España, Francia, Italia, Austria-Hungría, Montenegro, Grecia, Turquía; Inglaterra, que nos ofende con los cañones del peñón de Gibraltar, que parece un nido de buitres y cuervos, ocupa á Malta y Chipre, y *temporalmente* guarnece el Egipto; y Rusia está encerrada en el mar Negro, fortificando á Sebastopol y en su arsenal construyendo acorazados. Miden las costas de los continentes y de las islas principales 8.205 millas marinas, ó sean 36.869'98 kilómetros, de los cuales corresponden al litoral de España 1.604'575, y al de sus islas 805'070; un total, en suma, de 2.409'645 kilómetros. La superficie del Mediterráneo y extensión de las costas que baña, explica perfectamente los progresos de los fenicios, cartagineses, helenos, romanos, genoveses, pisanos, venecianos y catalanes. Baña 868'79 kilómetros de costa de Francia, 3.784'9 de Italia, 2.004'5 de Austria, 2.748 de Grecia. España posee en el Mediterráneo las Islas Baleares; Francia la Córcega; Italia las de Cerdeña y Sicilia; Grecia las que apenas pueden contarse. Lago francés quieren llamarle los francos, su espejo los italianos, su camino y preocupación los ingleses, sus glorias los helenos, su salida marítima los austriacos, sus recuerdos los españoles...; es, después de todo, el patio común de sus ribereños; en él está su independencia y la esperanza política de cada una; porque si una sóla llegara á preponderar en él, estaría á caballo sobre África y Asia y no tendría rival en Europa. Italia, pegada por los Alpes al Continente, baja hasta tocar casi en Cartago. Con Cerdeña y Sicilia, su litoral pasa mucho de 5.800 kilómetros. Costeando se une á Francia, y por el Adriático con Austria, teniendo en-

frente las costas de Albania y Grecia. Los tiempos de Roma no ha olvidado. Ve crecer su comercio y marina. Dado le es aspirar á mucho, y ya se preven los grandes combates navales que librará algún día por su preponderancia en las aguas que ensangretaron sus antepasados, romanos, genoveses, pisanos y venecianos.

Resultan extraordinariamente interesadas en el Mediterráneo cuatro de las seis grandes potencias de Europa; porque aunque Inglaterra sólo guarde como puntos avanzados y de escala Gibraltar, Malta y Chipre, vigilando el camino de la India, á que da paso el Canal de Suez, por su gran comercio, lo estima en todo su valor sin igual. Francia, aunque mucho se desvele frente al Rhin, y á la vista los ejércitos alemanes arma al brazo, con temple ceñuda, con orgullo su Argelia é imperio africano mira. De Italia hemos dicho bastante. ¿Por dónde hará su comercio marítimo, por dónde tendrá puerta á la calle el noble Imperio de Austria-Hungría, si le cierran el paso del Mediterráneo? Pues es precisamente la más amenazada, aunque pueda parecer peligro muy remoto, si la debilidad de Europa, por egoismo y miopía, consiente el avance de una potencia colosal que está ya á las puertas de Constantinopla extendidos los brazos y con ojos de arrebato fijos en Santa Sofía, codiciando el botín. Eso parecerá imposible. Que cedan en Bulgaria los austriacos, que abdiquen, y ¡ay entonces!

Sin mar, ningún Imperio que sostenga la empuñadura de la espada con la diestra, puede amenazar con la punta á todas partes. Rusia, lo repetiremos cien veces, aprisionada en el Báltico y mar Negro, se espaciará por Asia; pero sólo en el Mediterráneo ahogaría entre sus brazos á Europa y tendria Asia y África á sus plantas. Ni cincuenta años le costaría levantar su industria, comercio, navegación y marina de guerra á un grado que causaría asombro, y tripularía sus naves con gente griega, numerosa y perita. Se derramaría como un torrente por el mar de la civilización, cruzando el Canal de Suez y saliendo atropellado por el Estrecho de Gibraltar. —«*¡Constantinopla! ¡Constantinopla! ¡Nunca! ¿No véis que es lo*

»*mismo que dar el Imperio del mundo?*»—dijo Napoleón. En esa inclinación están siempre bajando, sin embargo, los rusos desde el Septentrión, el fanatismo moscovita, sin reposo y sin perder terreno. Parecían el tratado de París y el de Berlin haberles puesto una barrera, que han salvado, empero, sendas veces. Es claro que la conquista de Constantinopla costaría arroyos de sangre y produciría un incendio universal que destruiría riquezas sin cuento y sabe Dios á cuánta costa adquiridas; pero, ¿cómo se ha de contener quien está casi á sus puertas? ¿Por qué se le ha dejado acercarse tanto á una tentación por todo extremo seductora y que corresponde á la grandeza del Imperio? Bien necesita, en lógica rigorosa, tres capitales un territorio de 22 millones de kilómetros cuadrados: San Petersburgo en el Norte, Moscow en el Centro y Constantinopla en su extremo Sur. Se hielan en el invierno los rusos; han menester del calor de Stambul durante los fríos. Soldados y escuadras estarían siempre dispuestas á entrar en campaña, á orillas de los Dardanelos situados. No esperarían la primavera, como ahora.

Menos, para la civilizacion y libertad de Europa, tememos otras ambiciones. La de Rusia es de raza, asiática, religiosa, predominante, tártara y cosaca. Toma los progresos para gozar y saciarse y armar soldados y naves.

Si la más militarmente organizada de las potencias, pongamos por caso, tomando de Napoleón I el ejemplo, incorporase ó *incautase* la Holanda al Imperio germánico, ¿qué sucedería? Algo terrible, en verdad; un pugilato de dudoso resultado, pues se renovaría el duelo que sostuvo Albión con los Países Bajos en los días de Cronwell y Carlos II; de quedar vencedora por mar y por tierra Alemania, no tendría rival; sería la primera en ejércitos, escuadras, comercio é industrias; algo como la Roma de otros tiempos: *la educadora del mundo.* En esta curiosidad, algo infantil, de las tesis, supongamos otra: hagamos cuenta que Francia llega al Rhin, invade la Bélgica, y pone guarnición en Maguncia y Coblenza, por desquite del agravio recibido en Metz y Strasburgo: resultará un orgullo

satisfecho, á la ambición gala un estímulo, una arrogancia diplomática impertinente é insoportable, un París atronador, más hablador el francés; pero eclipsada la civilización de Europa, no, ciertamente. Rusia ha progresado mucho; su Pedro *el Grande* merece eterna gratitud, pero debe reconocerse que avanzamos en la dirección de Europa á Asia, en ese sentido, y que no debemos sufrir la suplantación de la segunda, como allá en época de aluvión prehistórico ó semejante á las invasiones de los bárbaros, que vinieron á derrumbar el Imperio romano y costaron mil años de tiranía, ignorancia, ruinas y anarquía. Las conquistas ó *incautaciones* en Europa, por pueblos de su centro más civilizado, lastiman intereses, sentimientos; pero á la riqueza y cultura que estimamos con cierto egoismo y relativo amor de justicia, no dañan.

De Asia vienen siempre, con los ejércitos disciplinados y uniformados, hordas que causan espanto; así es su civilización; á todo evento se parecen bastante á los ostro y visigodos, semi bárbaros; gústannos poco.

Austria-Hungría debió buscar, cuando vencía bajo el gran Capitán Príncipe Eugenio, la salida del Danubio y las riberas del mar Negro, poniendo doble barrera á rusos y turcos, y construir marina: su vista se dilató poco después de 1648, cuando quedó privada de un brazo y vió rotos los resortes del Imperio. Ella es la que ha vencido á Turquía. Ella debió recoger el fruto de la victoria. Si hubiese marchado en esa dirección, dando la espalda á Alemania, sin tomar nada de Polonia, estaría tal vez en Constantinopla, sin peligro ni sobresalto de Europa. Ese es su camino, aunque ya más erizado de peligros, por las barreras que lo cortan. Siempre ha sido Austria prudente y política. Se la debe mucho más de lo que se la reconoce. Que no lo olvide; que desde Novi-Bazar proteja á Bulgaria y clave allí su espada. Turquía es la causa de la mayor parte de las guerras costosas.

Es un caso raro: hay más mahometanos en Rusia que en la Turquía europea; 5.662 en la primera, y 3.532 en la segunda y anteriores dependencias; pero profesan la religión de Mahoma

en el mundo, en Europa, Asia y África, 201 millones de adeptos, tantos como son los católicos apostólicos romanos. Digámoslo así, el Sultán es su Pontífice, jefe de los creyentes. Constantinopla y Roma resultan ser dos ciudades eternas, dos polos. Inglaterra cuenta en la India más de 50 millones de súbditos musulmanes. ¿Qué ley de garantías daría Rusia (lo que no le estorbaría mucho) á los fieles mahometanos? Diez y seis millones, mezclados á cinco de cristianos, existen en el Imperio turco. El Gobierno reconoce la existencia de siete cultos no mahometanos, á saber: los latinos, francos ó católicos, de la liturgia romana, descendientes de los genoveses y venecianos, y prosélitos entre los armenios, búlgaros y otros; griegos; armenios; siriacos y caldeos unidos; maronitas dependientes del Patriarca de Kanobia, en el monte Líbano; los protestantes, y los judíos. Mucho más tolerantes en materia religiosa han sido los musulmanes que los cristianos. ¿Negará Europa á 201 millones de mahometanos una libertad que considerarían atropellada en la persona del Sultán si resultase expulsado de Constantinopla? Singular problema que no se resuelve tan fácilmente como presumen los rusos. No exceden, después de todo, de 81 millones los católicos griegos, cuyo jefe es el Czar. De más fácil arreglo resultaría la cuestión religiosa en Europa, por mucho ruído que meta, que en Asia y Africa, palpitantes de verdadero y sincero fanatismo los orientales. Si son 147.300.000 los católicos apostólicos romanos en nuestro Continente, y 69.300.000 los católicos griegos, cuentan 71.500.000 los protestantes; y griegos y protestantes suman, en junto, 144.800.000, no muy inferiores á los romanos; esta sola división dice bastante para estimar los títulos de los sectarios de Mahoma al respeto de sus contrarios. Ofrece, por lo tanto, la idea religiosa una dificultad, no insuperable, pero difícil y delicada siempre, en Asia y África.

Turquía ha perdido en Europa en pocos años: la Grecia, reino de 64.688 kilómetros cuadrados y de 2.100.000 almas actualmente; la Sérvia, que mide 48.555 kilómetros cuadrados y junta 1.700.000 habitantes; la Rumania, cuya superficie es de

127.584 kilómetros cuadrados, y la población de 5.400.000 habitantes; la Bulgaria y Rumelia, que reunen 99.872 kilómetros cuadrados las dos, y 2.850.000 almas; la Bosnia, Herzegowina y Novi-Bazar, ocupadas y administradas por Austria-Hungría, territorios de 62.800 metros cuadrados, y población de 1.510.000 habitantes: todas ellas, aparte las desmembraciones para Rusia, en Europa y Asia, y el enflaquecimiento que tuvo Turquía en los dos anteriores siglos en sus guerras con Austria, Polonia y Rusia, miden una respetable superficie de 403.499 kilómetros cuadrados de hermosas provincias, en su mayor parte cristianas, y que, merced á las corrientes civilizadoras, recuerdos históricos, tradiciones nacionales y analogías de raza y comunidad de lengua, quieren engrandecerse autonómicamente y constituirse, con absoluta libertad de protectorados, en Estados independientes, empero contrariados y sujetos por las grandes potencias en tan legítima ambición. Con entusiasmo mediaron, sin embargo, para formar el Reino de Grecia, las cinco que constituían el Consejo y voluntad de Europa anteriormente, y no ha podido extenderse fuera de sus fronteras, aunque solicitados por la vecindad de sus afines; tiene á Corfu, algo al Norte, en el Adriático, sobre la costa de Epiro, y el golfo de Arte le cierra el paso, bien que por los límites del río del mismo nombre suban sus aledaños serpenteando hasta el monte Tsikarela, en la dirección de Oriente, á bajar al golfo de Salónica, cerca de Platamona. Los títulos de nobleza y árbol genealógico como griegos ó bizantinos, no les sirven de nada para realizar su ambición, aunque el idioma y la religión constituirían por sí solas bastante base. Inglaterra de un lado y Rusia de otro, detienen y paralizan ese movimiento, tan propio de nuestro siglo y época, en razón de la desconfianza y precaución que les es peculiar; el helenismo lo han localizado. Pues también al Norte de Turquía, en sus antiguas tierras del Danubio, del lado allá y acá de los Balkanos, arrojan jarros de agua fría sobre las cabezas excitadas de sérvios, rumanos, búlgaros y rumeliotas, las divisiones, celos y temores de las seis grandes potencias, sin que posible sea resolver allí la cues-

tión de Oriente, como evitan la decida Grecia. Constantinopla es la manzana de la discordia. ¿Quién ha de llegar á Constantinopla? *that is the question*. ¿Quién ha de proteger á Constantinopla? Sobre tal base giran las intrigas cerca de la Sublime Puerta Otomana. Bajo Carlos I, hijo del príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, se ha organizado en Rumanía un ejército activo, con su reserva, la Milicia, la Guardia cívica y el levantamiento en masa: el pie de paz, de un número de 1.200 oficiales, 80 *empleados*, 18.532 hombres, 2.945 caballos y 180 cañones; de 100.000 combatientes y 84 cañones la territorial; la Milicia, de 30 regimientos (no consta definitivamente el número de la Guardia cívica y levantamiento en masa). Demostrado quedó en Plewna el valor de las armas rumanas, y para premiarlas los despojó Rusia de la parte de Besarabia, unida al Reino por el tratado de París. Los gastos y los ingresos de Rumanía, indican bastante el poder del Estado; son unos y otros de 128.869.425 pesetas.

Rumanía ocupa el curso del Danubio hasta sus bocas en el mar Negro, desde Vercsiorova, puntos de conjunción de Sérvia y el Reino, frente á Nueva Orsova; un poco más abajo de Isvor lindan Sérvia, Bulgaria y Rumanía con las orillas del río; el mismo separa á las dos últimas de allí á Silistria, plaza fuerte, cuyos sitios son célebres, y endereza al Norte su curso á Reni, en Besarabia, encerrando la Dubruscha entre aquella ciudad, el mar Negro y Bulgaria. ¿Quién no se acuerda, estando tan recientes los triunfos de Alejandro de Battemberg, de la negra traición, descaradamente llevada á cabo por sicarios, que le privó del trono? En pie de paz mantenía 22.570 soldados, fuerte para la guerra el ejército, con reservas y *landsturm*, de 62.370 combatientes, seguramente de bastante más de 100.000 con los de Rumelia, que se echó en sus brazos. Podían muy bien constituir los tres territorios de Rumanía, Bulgaria y Rumelia, en sus 227.000 kilómetros cuadrados y 8 millones y medio de almas, una unión militar imponente, bastante por sí sola, como barrera, para protejer contra mayores ambiciones á la codiciada Constantinopla; pero, desgraciadamente, contra-

riando á dos grandes potencias: á la principal interesada ó más ambiciosa, porque la cierra el paso; á la otra, porque la debilita. Sérvia con la Bosnia, Herzegowina, Novi-Bazar y Austria-Hungría, por sus costas é islas de Dalmacia, serían igualmente un hermoso y suficiente círculo defensivo de la integridad otomana, si de su conservación se preocuparan las grandes potencias.

Estos arreglos de mapas son bastante fantásticos; los procedimientos de la política caminan con lentitud y cuentan mucho las circunstancias y los auxiliares, según los casos. Por las virtudes, precisamente, y condiciones militares de Carlos y Alejandro, frunció el ceño el Czar, rivales geográficos, ya que no enemigos, de Austria-Hungría también. Es muy compleja la cuestión de Oriente. Ha prevalecido como buena solución, noble y generosa, la idea de formar de los miembros de Turquía cuerpos enteros—y á Rusia le parecía excelente;—pero se está viendo que se les priva de aire y espacio, y al *enfermo* debilitarse cada vez más. Costó á Inglaterra y Francia la guerra de Oriente de 1854 á 1855 más de 8.000 millones de pesetas, dinero tirado al agua, malgastado en fuegos artificiales, por cuanto la hemotisis ha tomado mayores proporciones desde entonces: las *cantáridas* de Berlín no han dado resultado.

En esa eterna cuestión de Oriente, los médicos de cabecera parecen entenderse para arruinar á la familia; pero si la salud del paciente pierde terreno, Europa paga las visitas y las medicinas. No es posible calcular lo que ha costado ya la enfermedad; parece difícil de prever lo que costará todavía. Si Rusia entrara en fondos, se burlaría de las resistencias y llegaría pronto al objeto, sin preocuparse de la suerte del Sultán y del Islamismo en Asia y Africa. Eso toca más de cerca á Inglaterra. ¿Quién sabe la revolución que podrán armar el alfange y la media luna, excitados por un Mahdí, el día menos pensado y cuando estemos más desprevenidos? Ya tenemos ejemplos.

Turquía vive agonizando y, no obstante, saca fuerzas de flaqueza. Los que la conocen de cerca, la suponen con más vida y vigor qne de lejos aparece; pero está carcomida. Re-

sistió en Plewna y Kars con gloria, y defendió mal los Balkanos. Rusia la adormece. El Serrallo la mata.

Un país acariciado en Europa por el mar Negro, el de Mármara, los Dardanelos, Egeo y Adriático, cuyas costas miden 3.692'7 kilómetros; 607 en el mar Negro; 48'6 en el estrecho de Constantinopla; 263'5 en el mar de Mármara; 93'9 en el estrecho de los Dardanelos; 2.278'6 en el mar Mediterráneo, Egeo y golfo de Arta, y 401'1 kilómetros en el Adriático, ¡qué sería bajo una de las grandes potencias! Las costas de Grecia miden 2.969'9 kilómetros. Rumania tiene 243'2 kilómetros en el mar Negro. Sembrados de islas aquellos mares, unas de Turquía, de Grecia las otras, como la de Mármara, en sus mismas aguas; como en el helénico mar las de Afsia y Liman; las de Thaso, Samathraki, Imbo, Limni y la pequeña de Tenedo, sobre la costa de Asia Menor; como la Hagiostrati, algo más apartada de ella, y las mayores Lesbos, Chio Samo, Nikaria, Candía, etc., etcétera, y todas las de Grecia, que miden en junto kilómetros 10.025'6, caerían pronto en poder del nuevo Soberano de Stambul. Porque basta examinar el mapa para comprender que, saliendo de Sebastopol, dominadas ambas orillas del mar Negro, costeando las de la Dubrutcha, Bulgaria y Rumelia, se está en el estrecho de Constantinopla, el Bósforo, en el famoso Cuerno de Oro; Asia á un lado, al otro Europa; se penetra en el mar de Mármara; se pasan los Dardanelos; se entra en los mares de Grecia, en el Mediterráneo, en el mundo: ha sonado la hora: César tiene el universo á sus plantas. El nuevo Solimán conquistará el Egipto, el villayet de Trípoli, de Túnez... de Argel; y difícil será que otro Lepanto detenga al vencedor.

¡Cuánto mejor habría sido el reparto que propuso Catalina II á José II en 1770!

¡Cuánto mejor aquel famoso *descuartizamiento*, no sólo probable, sino posible, del Imperio turco, que era siempre el asunto de la conversación de Napoleón con Alejandro en Tilsit, que, aunque ya habían discutido, como refiere M. Thiers, un plan de repartición, *les pareció incompleto!* «Rusia obtenía las orillas del »Danubio hasta los Balkanos; las provincias marítimas, tales

»como Albania y Morea, debían ser de Napoleón»—ya tenían las de Dalmacia—«las interiores, tales como Bosnia y Sérvia, »*se daban* á Austria, y la Puerta conservaba la Rumelia; es de»cir, la parte Sud de los Balkanos, Constantinopla, el Asia Me»nor y Egipto. Así, pues, con arreglo á este proyecto, los bár»baros del Asia se quedaban, al mismo tiempo que con Santa »Sofía, con Constantinopla, *que era la llave de los mares* y la »verdadera capital de Oriente para los hombres de imagina»ción. ¡Constantinopla, prometida tantas veces á los descen»dientes de Pedro *el Grande* por la opinión universal, opinión »formada con las *esperanzas* de los rusos y los *temores* de Europa!

»*Alejandro insistió* en esto más de una vez, porque de se»guro *le hubiera gustado más* una repartición *más completa* que »diese á Napoleón, además de Morea, las islas del Archipié»lago, Gandía, Siria y Egipto, *pero Constantinopla á los rusos.* »Con todo, Napoleón, *que creía haber hecho demasiado para ver de »atraerse al joven Emperador*, NUNCA QUISO IR TAN LEJOS, porque »no debía convenirle ceder la ciudad de Constantinopla á cual»quiera que fuese, *por muy enemigo que fuera de Inglaterra*, ni »dejar que nadie, mientras viviera él, *hiciese la conquista más »brillante que puede imaginarse.* Podía muy bien dejarse llevar »de la tendencia natural de las cosas y, *á fin de proporcionar »una alianza poderosa contra Inglaterra*, permitir que el torrente »de la ambición rusa fuese á batir al pie de los Balkanos, sobre »todo si le animaba el deseo de desviar ese torrente del Vís»tula; pero no quería que pasase de aquellos montes tutelares, »ni que se realizase por nadie de este mundo, enfrente de él y »á su mismo lado, *la obra más magnífica de los tiempos modernos.* »Miraba demasiado por la grandeza de Francia, y tenía sobrado »fija la imaginación, sin auxilio de nadie, en el género humano, »para que fuese á consentir semejante intrusión en el camino »de su propia gloria.»

¡Revelación grandiosa!

Turquía está hoy como la desmembraba Napoleón en 1807.

Ni las campañas de 1812, 1829, 1833, 1854 y 1855, ni la de 1879, han ido más allá de aquellos tratos secretos de Tilsit.

Pero hemos presenciado con asombro, después del arreglo de Berlín y triunfo del Conde de Beaconsfield, y ocupando Austria-Hungría los territorios de Bosnia, Herzegowina y Novi-Bazar, el atentado inaudito y miserable, propio de los Strelitz, Mamelucos y Genízaros, de otros tiempos, cometido á traición contra el noble é ilustre Príncipe Alejandro de Battemberg, sin protesta de Europa, de ninguna de las seis grandes potencias, acatado y sancionado...; y se han visto desconocidos los derechos de Bulgaria, atropellada, insultada, escarnecida, sin que nadie se atreva á tomar la corona, que andan ofreciendo de casa en casa como una curiosidad arqueológica, sustraída de algún museo de antigüedades, y mirando—no sabemos si con risa ó ira—á un General diplomático arrastrando un sable, los bigotes retorcidos, el ceño fiero, en grandes botas de montar metido, ordenando y mandando, verdadero matamoros, látigo en mano, como para castigar perros, atropellar y oprimir, insultar y escarnecer á un pueblo puesto bajo la garantía del Consejo áulico de Europa..., y dejarle abandonado hasta que el matachín Kaulbars se marchó con la música ó el látigo á otra parte.

Eso no se hacía desde tiempo há.

Podrá ser que las grandes potencias estén aprovechando el invierno, preparando sus armamentos. No irá ninguna por Bulgaria, aunque pueda resultar, en caso de fortuna, favorecida. Por otro interés se moverán las seis grandes potencias. Ya conocemos el de Rusia; revelado nos ha sido por Pedro *el Grande*, genio portentoso, Catalina II y su nieto Alejandro. En Tilsit abrió su corazón á Napoleón el seductor Alejandro. Casi llegaron hasta las puertas de Constantinopla los rusos en 1879. La vieron de lejos, se ensanchó su corazón; firmaron, para descansar, el tratado de San Estéfano, como suelen detenerse á media etapa los grandes ejércitos antes de hacer entrada triunfal, vestidos de gala, en el término de sus conquistas... Ahora ó nunca, decimos. ¿Cabe dudar, puestos en marcha, roto el fuego, generalizada la batalla..., que el desenlace será Constantinopla, si no es, en caso de fracaso, la revolu-

ción en Rusia? Sérvia, Rumanía, Bulgaria, Rumelia, con Austria-Hungría en Bosnia, Herzegowina y Novi-Bazar, tendrán, tal vez, ¿quién sabe? que hacer frente, entre dos fuegos, al ruso, al turco y al griego. ¿Y Alemania? El Imperio ha hecho los mayores esfuerzos por sostener la alianza de los tres Emperadores. Con inteligencia conservó la paz y mantuvo á Francia sobre las armas. Pero si rompen el equilibrio, ¿por quién se decidirá? ¿Por Austria, ó por Rusia? Si se decidiese por Austria-Hungría, Rusia no entrará en Constantinopla...; le cierran el paso bosques de bayonetas; asolarán sus costas las escuadras de la Gran Bretaña, que forzarían los Dardanelos y ocuparían el Bósforo. Nos parece casi imposible que Alemania abandone á Austria-Hungría. Resístese á nuestra razón creer que Rusia y Francia quieran hacer frente á Alemania, Austria-Hungría, Italia... y la Gran Bretaña.

Por tal motivo de sentido común, si no estamos perturbados, sostenemos que habrá paz, que se arreglará bien ó mal (otro compás de espera) lo de Bulgaria, que no se romperá la alianza de los tres Emperadores, que Francia seguirá arma al brazo. Pero las seis grandes potencias se están armando, sin embargo.

¿Será que Alemania se entienda con Rusia... y con Francia?

¿Será eso?...

Admitida *semejante locura*, para dar satisfacción á Rusia y acabar de una vez la peligrosa rivalidad y descontento entre germanos y francos, ¿qué podría pasar?

Suponemos, en esa tesis singular un tratado secreto, algo monstruoso, un reparto, entre Cónsules, del mundo, para tres, como allá á la muerte de Julio César en el Senado: Rusia entra en Constantinopla, Francia corre su frontera hasta el Rhin, Alemania toma posesión de Holanda.

¡Guerra, guerra de treinta años; el mundo ardiendo, el fuego consumiendo las riquezas de Europa: América, la virgen América, la única salvación para el género humano, para la libertad, para la paz!

En otro tiempo, no tan lejos como en el siglo XVII, disputá-

ronse el Océano Inglaterra y Holanda: ¿qué sería reñido por Alemania y la Gran Bretaña? No admitimos la hipótesis. Volvemos, por lo tanto, á creer firmemente en la conservación de la paz, ó arreglo de la cuestión de Oriente en el asunto especial de Bulgaria, por difícil que parezca; pero es mejor aplazar, contar con el tiempo, salvar las dificultades del presente y conservar la alianza de los tres Emperadores en el centro de Europa.

¡Constantinopla!

Napoleón I *nunca quiso ir tan lejos*, «porque no debía convenirle ceder la ciudad de Constantinopla á cualquiera que fuese, *por muy enemigo que fuera de Inglaterra.*»

Esa es la buena política.

Las *ideas napoleónicas*, como las entendía Napoleón III, han complicado mucho el equilibrio europeo, por la formación del reino de Italia y del Imperio de Alemania; y toda lucha, en Oriente y Occidente, será, hoy por hoy, devastadora.

Es de necesidad aplazar las cuestiones.

Inconveniente grave ha resultado de la guerra de 1870 y paz de 1871, lastimando, la contribución de guerra de 5.000 millones de francos y desmembración de Alsacia-Lorena, grandes sentimientos patrióticos de los franceses, y obligando á su rival á consolidar y defender las adquisiciones y la preponderancia que le han dado las victorias.

Austria, si no se resignó después de 1866, ejemplo ofrece, desde 1871, de gran moderación y prudencia.

Mírese Francia en ese espejo.

Tal vez Alemania toque algún día dificultades, tanto dependen de la paz como de la guerra, que la obliguen á hacer alguna concesión para afianzar su reposo y desarmar al *enemigo.*

Campo inmenso tiene Rusia en el Asia Central, en las fronteras de la China ó de la Persia, para una gran actividad, y allí no perderá nada la civilización, si choca con un rival.

Es en Oriente la mejor política no contrariar el desarrollo

de la independencia de los pueblos de los Balkanos y Reino de Grecia: en ellos irá penetrando la civilización y cultura de Europa, acaso lentamente, pero con paso firme, y dará sus resultados á la postre.

Una prolongada tregua vale bastante más que grandes victorias y conquistas.

Son tan reales y efectivos los progresos de Suecia y Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, España y Portugal, que pueden felicitarse de no ser grandes potencias, aunque la política de las mismas las obligue á gastos innecesarios. Otra ventaja inestimable disfrutan: no estar expuestas, como cada una de las seis, á ir perdiendo por ir ganando; á estar seguras de crecer y prosperar, si se administran bien; á prosperar conservando la paz á expensas de los que hagan la guerra, si son agrícolas, industriosas y comerciantes. La guerra de Crimea no se ha olvidado todavía en España, y otras muchas naciones pequeñas la recordarán.

Gran cosa es, después de todo, el equilibrio europeo, aunque tan imperfecto é inconstante.

Si se extendiera, como hemos dicho, admitiendo la representación de las pequeñas potencias en el Consejo, no serían menos fuertes las grandes, y estaría más asegurada la paz y sobre principios de justicia. Un sueño, se dirá. Sueño, ciertamente, pero bellísimo.

Por lazos desconocidos antiguamente, hace escasamente un siglo están ya felizmente unidos los pueblos que vivían apartados unos de otros, por ejercer el monopolio colonial con cierto egoismo y codicia, contadas naciones, como Portugal, España, Inglaterra, Holanda y Francia, sin consentir participación á extraños, ni otro mercado en las tierras descubiertas y las ocupadas que el de la Metrópoli, y en éstas á sus productos la exclusiva, para obtener por tal privilegio beneficios que creían extraordinarios, incurriendo en daño grave del interés particular y general, hasta que puso término al entonces mal llamado sistema mercantil la libertad del tráfico entre todas las naciones, promoviendo una prosperidad que admiramos y no com-

prendían. Ese ha sido el primer paso de más estrecha alianza. Las fáciles comunicaciones, los inventos, el vapor en sus muchas aplicaciones, la telegrafía, confundiendo los intereses por la unión de las actividades, las han juntado íntimamente en el cambio por la oferta y la demanda de las universales producciones, obteniendo las grandes potencias mayores beneficios modernamente que por las leyes de exclusión y privilegio las antiguas. ¿Á qué aspirau las naciones de primer orden? ¿Será mayor su ambición realizando los fines que se proponen, qué la que dictó las Leyes de Indias, y las de exclusión de Portugal, Inglaterra, Holanda y Francia?

Nó, ciertamente. Puede ser que *distingan* los diplomáticos; pero en el fondo es lo mismo ó muy parecido.

Admitiendo á formar parte del Consejo para mantener el equilibrio europeo á los Estados de segundo y tercer orden, sería una verdad la ponderación de fuerzas, la representación de intereses, la unión de voluntades y la libertad de los asociados, que daría por resultado la verdadera inclinación á la paz. Cuestiones se presentan en el día tan generales y eminentes, que no nos parece utópico lo que indicamos. El interés de los pueblos va siendo de día en día ménos diverso, más común. Una asociación extendida, resolvería todos los problemas. ¿Qué ha sido el tratado de Westfalia, en 1648? ¿Cuándo se había visto, en la historia diplomática, nada igual que se le pareciera? En el mismo *reparto* de 1815 hecho en Viena, ¿quién podrá negar, á pesar de la codicia de las grandes potencias, que hubo influencias de las pequeñas cuando no se descuidaron? Á tientas se camina en la infancia. Por los pequeños, es verdad, suelen mirar los grandes y representar su causa con mayor ó menor desinterés; en las familias soberanas hallamos esos ejemplos, respecto de sus deudos, pero perjudicando la ganancia de los pueblos, en estado ya de mayor edad los de Europa. Una representación por el estilo quiere tener Rusia en Bulgaria, y de su parte compromete la paz tal esmero. Nó. Limítense las seis primeras potencias á gobernar su casa, y atajen excesivas ambiciones, sometiéndolas á arbitrage, pero siendo

jueces las Repúblicas que estimen su hacienda, libertad é independencia, lo mismo por ser pequeñas que por ser grandes. Si no la hacen, de fijo que serán vencidas á la postre por las de segundo orden.

Á era nueva, política nueva.

Servando Ruiz Gómez.

LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA AGRONÓMICA

Las dos grandes necesidades de nuestra agricultura y, bajo el punto de vista de los intereses materiales de nuestra patria, porque nuestra patria es un país eminentemente agrícola, sus dos grandes necesidades también, son la instrucción y el capital. Todo el mundo ha podido verlo y convencerse de ello. Durante los últimos años, merced á disposiciones acertadas, aunque sin duda incompletas, la instrucción agronómica se ha difundido. Durante los últimos años, merced á los incentivos que ofrecía la esperanza de un lucro próximo y considerable, gran número de capitales se han consagrado en diversas regiones de España á auxiliar y estimular con su concurso el desarrollo de vastas explotaciones agrícolas. ¿Y qué ha sucedido por efecto de la acción combinada de estas dos causas? Pues ha sucedido lo que todos habíamos previsto siempre, y lo que era lógico y racional que ocurriese; ha sucedido que nuestra agricultura se ha levantado de la postración en que estaba; ha sucedido que la producción agrícola ha aumentado considerablemente; y ha sucedido, por último, que, á la par que se multiplicaban los frutos arrancados por el labrador á la tierra, con su perseverancia y su inagotable laboriosidad, mejoraba cada día la condición de sus productos, ya merced al mayor esmero empleado para cultivarlos, ya merced al eficaz y creciente

auxilio que prestan al agricultor para su conservación y trasformación mil industrias que crecen y prosperan á la sombra de este exuberante movimiento de la riqueza agraria.

Pero esto no basta, aunque nuestro afecto patriótico se sienta lisonjeado por esos beneficios y por esas consecuencias tan favorables á la prosperidad y al bienestar del país. Esto no basta; es preciso generalizar, extender y afirmar tales resultados, de manera que estén permanentemente satisfechas aquellas necesidades, y que, partiendo de una base sólida y segura, como esa lo sería, el progreso que señalamos continúe y se realice con mayor rapidez y ofreciéndonos mayores frutos de su pasmosa fecundidad. No por otro motivo ya el Congreso de Agricultores de 1880, el primero de los que se han verificado en España, concedió atención preferente á esas dos necesidades, discutiendo en primer término los problemas que envuelven y consagrando un interes excepcional á todo lo que con ellos se relaciona.

Esta es la causa de que en el cuestionario, en el índice de los problemas que se estudiaron en aquel Congreso, aparezcan en primer término indicados esos dos grandes problemas que juzgamos fundamentales y decisivos, porque en ellos ha de cimentarse la regeneración de nuestra agricultura, y porque de la solución que prevalezca y que los poderes públicos les den depende, ciertamente, su porvenir, porque de su solución depende el porvenir y el bienestar del país.

Al primero de esos dos problemas, al de la enseñanza agrícola, vamos á consagrar hoy algunas observaciones. Al hacerlo, no nos espreciso empezar encareciendo las ventajas de esa enseñanza, ni la indiscutible necesidad de su mejora. Por fortuna, ha pasado ya el tiempo en que esto era oportuno. Las ideas generales que acerca de ese aspecto de la cuestión podrían emitirse, son ideas que están en la conciencia de todos, que todos conocen perfectamente y que todos recuerdan siempre que se suscitan estos problemas. Podria decirse que la atmósfera que respiramos está saturada de aquellas ideas. Por eso nuestra acción ha de ser, bajo el influjo que ellas ejercen, necesariamente

progresiva; por eso abandonarlas ó desatenderlas es hoy más digno que nunca de censura.

En punto á la enseñanza agrícola se presentó en dicho Congreso un plan, obra del Sr. Espejo, distinguido presidente entonces de la Asociación de Ingenieros agrónomos. Ese plan es un trabajo completo y meditado, fruto del saber y de la experiencia, que acreditan á su autor, y capaz de corregir muchos de los graves defectos, muchos de los deplorables errores que imperan todavía en nuestro sistema de enseñanza agronómica. Son, sin duda, aceptables las bases generales de ese plan. Hay en él, en su desenvolvimiento y en sus pormenores, algo defectuoso y algo que parece deficiente, y esto es lo que debemos observar ahora, á fin de que del conjunto de las ideas por el Sr. Espejo consignadas en ese importante ensayo, y de las que en són de crítica, de crítica amistosa, expongamos aquí al examinarle, resulte el plan, á nuestro juicio, más oportuno y eficaz para reformar y encauzar la instrucción de la agricultura en España.

La primera de las bases del plan del Sr. Espejo, era una base que está ya casi por completo realizada. Se reduce á que la Escuela general de Agricultura concentre todos los medios de enseñanza superior agronómica. Esa es una aspiración fundamental, que empezó á cumplirse el día en que se estableció la escuela de la Florida. Desde entonces, apenas si habrá habido algún Gobierno que no haya perseguido este fin, reformando, de acuerdo con los últimos adelantos, el plan de estudios que se sigue en la misma y aumentando considerablemente el caudal de sus medios de acción, de sus recursos científicos, de su arsenal, cada día más valioso y considerable. A esta base sólo pueden oponerse los que creen que el más poderoso cimiento de la agricultura es la experiencia; pero, eso, ¿quiénes lo creen? Hay en esos campos, y en las más lejanas y escondidas provincias, todavía labradores que ponen el saber práctico y la tradición rutinaria sobre la ciencia; pero éstos, ó al cabo llegan á convencerse de su error, admirados por los ejemplos incontestables que los desengañan, ó ven muy pronto sus explotaciones decaer, por el atraso y la inercia, y sus frutos despreciados, por-

que en los certámenes á que acuden no pueden competir jamás con los agricultores que han seguido las lecciones y los consejos de la ciencia.

La ciencia es la base de la agricultura, como es la base de todas las manifestaciones de la actividad humana, como es la base de todos los movimientos industriales. El Sr. Costa nos pintaba en una de las sesiones del referido Congreso, con la verdad, la elocuencia y la brillantez con que él solo puede hacerlo, el admirable progreso agronómico de los Estados Unidos, que es la nación que marcha, bajo éste y otros aspectos, delante de todas las demás de la tierra. Pues bien: ¿á qué debe ese progreso inusitado la República americana? ¿Al hecho de haber seguido sus actuales pobladores fielmente las tradiciones de los que las fundaron, resistiendo y rechazando, como aquí por desdicha se hace, toda innovación? Nó. La República, la gran República americana, debe sus adelantos y los maravillosos frutos de riqueza y bienestar que produce á que la ciencia es la base y la exclusiva guía de todos sus progresos, de todas sus investigaciones y de todos sus esfuerzos industriales. Por eso no nos cansaremos jamás de repetir que la ciencia es la base única de la agricultura, y que la ciencia solamente puede ser fundamento y principio de la instrucción agronómica. Un plan de enseñanza agronómica, puede partir de ella exclusivamente. Como centro de la instrucción agrícola ha de existir, pues, una escuela general agronómica, dotada de todos los medios para darla tan completa, tan progresiva y tan elevada como en cualquier otro pueblo del mundo sea posible. Esa escuela continuará formando este cuerpo doctísimo de los Ingenieros agrónomos, en quienes están, á nuestro juicio, no sólo los hombres capaces de regenerar al país, mejorando y levantando la agricultura patria, sino los únicos competentes para difundir y propagar la instrucción agraria. Hay ideas que se corresponden y completan, y estas que exponemos ahora pertenecen al número de ellas. Por eso sintetizamos nuestro pensamiento diciendo que, así como la base de toda agricultura ha de ser la ciencia, así la base de toda enseñanza agronómica han de cons-

tituirla ese instituto central científico y ese cuerpo ilustrado y peritísimo que en él ha hecho el aprendizaje de sus verdades y de sus prácticas. Por eso creemos, no sólo que era acertada la primera de las proposiciones del Sr. Espejo, sino que ha sido discreto y plausible encabezar con ella la serie de las que la siguen.

Habrá quien censure esta proposición y las ideas que hemos expuesto en su apoyo, motejándolas de excesivamente centralizadoras. Ese ataque sería injusto. Nosotros queremos dar al plan de enseñanza agronómica un centro, una cabeza, un eje, una base; pero no pretendemos en manera alguna que eso centro absorba toda la vida y toda la fuerza desplegada para difundir y propagar la instrucción agrícola. Esto sería centralizar; lo que nosotros queremos es cimentar bien, con fuerza, con vigor, de suerte que el impulso sea poderoso, y su alcance tan extenso y sus efectos tan seguros y eficaces como los de ningún otro. Pero ¿centralizar? Pero ¿absorber en un foco aislado y estrecho la vida que debe circular por todos los extremos y todos los ámbitos de la nación? Eso jamás lo hemos pensado; jamás podíamos pensarlo ni decirlo.

Por esto, después de pedir que la Escuela general de Agricultura concentre todos los medios de enseñanza superior agronómica, deseamos que, como pedía el Sr. Espejo en su excelente proposición, deseamos que en cada una de las cinco regiones agrícolas en que puede considerarse dividida nuestra Península, en la región Cantábrica, en la Bética, en la Penibética, en la Tarraconense y en la Central, se instalen establecimientos de enseñanza tecnológica, donde puedan estudiarse y conocerse bien, de una manera científica y práctica á la vez, los principales cultivos de cada región y las industrias que en ellas pueden adquirir más desarrollo y vida por sus especiales condiciones y medios. Estos institutos podrían ser, bien dotados y organizados, excelentes escuelas de capataces, mayorales, aperadores y braceros, que en poco tiempo contribuirían poderosamente á trasformar el aspecto y la situación de la agricultura en esas varias localidades, y á difundir y extender la enseñanza de sus más elementales principios.

Y no nos basta con eso. La iniciativa del Gobierno puede hacer eso y conseguir, mediante un esfuerzo así, grandes resultados; pero aún creemos que debe intentarse más. Lo que debe intentarse está reducido á estimular por todos los medios posibles el celo de las grandes poblaciones, de las más ricas cabezas de partido, á fin de que sus Municipios establezcan en ellas granjas-escuelas. Estas granjas-escuelas no deben ser establecimientos de instrucción general agronómica. Deben limitarse á algo menos extenso, menos brillante, pero más práctico y productivo. En esos establecimientos se deben instalar modelos del principal cultivo ó industria rural de la localidad. A ellos deben acudir, para perfeccionar su práctica y cimentarla en sólidas ideas científicas, los labradores del término. El Gobierno, á nuestro juicio—y en eso estamos enteramente de acuerdo con la tercera proposición del Sr. Espejo—no sólo debe estimular la fundación de estas granjas escuelas, sino dotarlas del personal necesario, y contribuír con la tercera parte, por lo menos, á sus gastos de creación y de sostenimiento.

Establecer estos centros, es obra difícil y lenta; aun cuando haya quien se consagre con perseverancia á esa tarea, son tales, de tal magnitud é importancia las dificultades con que había de tropezar, que pasaría mucho tiempo sin conseguir grandes resultados en su empresa. Por otra parte, no todas las cabezas de partido son bastante ricas para determinarse á crear y sostener esas granjas-escuelas. Habrá siempre gran número de localidades que carezcan de ellas, y por eso el señor Espejo ha propuesto «que una vez al año, por lo menos, recorra los pueblos en que no haya granja-escuela un profesor que, por medio de sus explicaciones práctico-teóricas, ponga ante la vista de los agricultores aquellas reformas más aceptables en la localidad.»

No vacilemos en decirlo desde luégo. De todas las ideas que contenía el plan del Sr. Espejo, ésta es una de las que más aplausos merecen. El Sr. Espejo indicaba con ella la posibilidad de introducir en la enseñanza agronómica un procedimiento especial, del que á nuestro juicio deberán esperarse grandes

resultados. Para comprender bien su alcance y su importancia, debemos remontarnos al sistema de las escuelas ambulantes que en gran número de países, Suecia es uno de ellos, han conseguido en poco tiempo difundir con gran rapidez la instrucción y la cultura. Esta idea de la ambulancia, es una idea en alto grado civilizadora y benéfica. El comercio da con ella sus primeros pasos en las regiones en que, por hallarse la población diseminada, no hay verdaderos centros, no hay centros posibles de contratación y de cambio. La poesía y el teatro han dado de esta peregrina manera en siglos de atraso la vuelta al mundo, y han llevado al fondo de regiones atrasadas y oscuras la luz del arte y el soplo vivificador del genio. La Francia moderna ha hecho del *commis-voyageur* una leyenda como instrumento de propaganda política y de difusión de la cultura social. La ambulancia, aplicada á la agricultura, había de producir, sin duda alguna, resultados todavía más sorprendentes.

El Sr. Espejo no ha hecho más que indicar esa idea. La desenvolveremos como á nuestro juicio pudiera practicarse. El día en que se organice bien el servicio agronómico, que en nuestro país no está más que empezado á organizar, habrá en cada provincia, afectos á las necesidades agrícolas de la misma, tres ó cuatro Ingenieros agrónomos, bien dotados, cuya principal misión consistirá en difundir la enseñanza de la agricultura, en dirigir y aconsejar á los labradores. Esos Ingenieros deben distribuirse con arreglo á sus aficiones y recorrer de vez en cuando el territorio que les está asignado, no sólo para cuidar de la extinción de las plagas campestres, no sólo para llevar á cabo los grandes trabajos de estadística que aquí urge realizar, sino para conocer el estado de los campos, de la producción y de la riqueza agraria. En estas excursiones pueden visitar las explotaciones agrícolas más importantes y las localidades más necesitadas del auxilio oficial, y ya en ellas, su deber les manda reunir á los labradores, enterarse del estado de los campos, discutir con ellos las necesidades de las industrias rurales y aconsejarles lo que deben hacer para satisfacer esas necesidades y

para prevenir los conflictos y las crisis, que á cada paso entorpecen la vida y los progresos del trabajo.

Si estuviéramos en otro país, más aficionado á este género de actos públicos y más empapado de las corrientes y las costumbres, de los usos y los gustos que caracterizan la vida social, aconsejariamos á esos misioneros de la ciencia que dieran en los pueblos que recorriesen, como se hace en Francia y como se hace en Inglaterra, conferencias y lecciones; pero aquí, por desdicha, sólo consiguen reunir un numeroso público, cuando hablan, otros misioneros, los misioneros de la ignorancia ó del fanatismo. Hay, pues, que renunciar casi por completo á ese sistema que, sólo ensayado como una novedad podría producir algunos efectos, y es preciso que la propaganda se haga individualmente ó poco menos, buscando en su casa, en el café ó en el casino á los labradores más acaudalados y á los agricultores más inteligentes y tratando allí con ellos de las cuestiones agrícolas que puedan afectar á sus tierras y á la localidad en que viven.

Hay regiones donde esto produciría grandes resultados. Vamos, en prueba de ello, á referir un hecho que no tiene más inconveniente ni otra desventaja para ser relatado que el de referirse á la persona que escribe estas líneas. Perdone el lector esa circunstancia y escuche mi recuerdo. Es de corta fecha, porque lo que voy á contar sucedía á principios de 1879. Estaba yo en Vélez Málaga. Había ido á esa rica y hermosísima provincia, que extiende su costa entre las de Cádiz y Granada, con una misión periodística, con el encargo de estudiar y conocer su situación económico-social y sus necesidades.

Reunido en Vélez Málaga con algunas de las personas más importantes del pueblo, procuraba inquirir los datos que necesitaba sobre las cuestiones objeto de mi viaje y, como era natural, después de conversar sobre otras, paró el diálogo en las que se refieren al cultivo de la deliciosa vega de Vélez y de su rico término. Todos sabéis lo que este dá: pasas, vino y cañamiel. A la sazón la pasa y el vino estaban en decadencia. Causas diversas habían aminorado su comercio, abaratando consi-

derablemente ambos frutos. La esperanza de los labradores de Vélez se cifraba sólo en la cañamiel, en la caña de azúcar. Así es que cada día iba extendiéndose más la zona de este cultivo, aumentaba el número de trapiches establecidos en la vega y engrandecían y ensanchaban su acción las fábricas allí situadas, y con especialidad la que en Torre del Mar poseen los Sres. Lario. «Esta—me decían—es á la vez nuestra riqueza y nuestra esperanza. Si el término de Vélez ha de ser próspero y feliz, lo deberá á la fabricación del azúcar.»

¡Triste ilusión! Pero ellos la abrigaban sin temores ni desconfianzas. Yo, entonces, les hice ver que hacían mal en vivir tan descuidados y tranquilos. «Vélez Málaga—les dije—no puede fiar su porvenir á la cañamiel, porque la cañamiel tiene una vida precaria en estas riberas. Cada tres ó cuatro años se hiela la cosecha, y no podría sostenerse ese cultivo, ni la industria de la fabricación del azúcar, si no fuera por la protección exagerada del arancel. Esa protección empezará á disminuir muy pronto, para desaparecer en breve. Ha terminado la guerra de Cuba. La paz nos trae sus Diputados y Senadores á las Cortes de la nación, y una de las primeras exigencias, legítimas y justificadas, de los representantes de la grande Antilla, ha de ser que desaparezca esa protección insostenible, que perjudica su gran industria azucarera y que lastima los intereses de los consumidores peninsulares, es decir, de todo el país.

»Al mismo tiempo que esto suceda, en la Península ha de seguir la política un rumbo poco favorable al mantenimiento de esa protección; porque las ideas liberales acabarán por vencer á los procedimientos conservadores, porque se volverá á las teorías de la libertad del comercio, en mal hora abandonadas hace poco tiempo, y porque se comprenderá la necesidad de satisfacer las justas pretensiones de la grande Antilla, á fin de estrechar más y más los vínculos de afecto entre las antiguas Colonias y la antigua Metrópoli. Estas diversas causas convergerán en un punto para producir ese resultado. Habrá que borrar del arancel los enormes derechos que paga el azúcar de las Antillas; el de la Península, falto de protección, no

podrá competir con él y, arruinada esa industria, la producción de la cañamiel no rendirá las pingües ganancias que hoy constituyen el nervio de nuestra riqueza.» Esto les dije, y ninguno pudo contestar esas observaciones, rigorosamente exactas, fundadas en los hechos y en una previsión discreta de las contingencias futuras.

De todo eso se deducía una verdad incontroversible; la de que los labradores de la vega de Vélez necesitaban ir pensando con qué sustituirían sus cañamelares, con qué reemplazarían el cultivo de la caña. «¿Qué piensan ustedes sobre esto?»—les pregunté entonces.—Unos me dijeron que debería volver á ensayarse el algodón; otros, que si mejoraban las condiciones del tráfico del vino y de las pasas, estimaban oportuno volver á extender el cultivo de la vid, á pesar de la filoxera, que en aquellas regiones no era ya una amenaza, sino un peligro real y efectivo; más aún, un daño cierto é inevitable. El mayor número de los que hablaban conmigo parecían inclinados á solicitar que, en vez de la caña, se les autorizase para el cultivo del tabaco, planta que allí ofrecería cuantiosas ventajas. En eso andaban las opiniones discordes; pero en lo que todo el mundo estaba conforme, era en reconocer la necesidad de ir estudiando ese problema del cambio de los cultivos, y sobre todo. en reconocer la necesidad de que personas peritas vinieran al país á ilustrar su inteligencia y á aconsejarles lo que debieran hacer.

Entonces, escuchándoles, comprendí los excelentes resultados que podrían ofrecer esas misiones científicas de que nos habla el Sr. Espejo. Seguramente hay gran número de localidades donde se agitan problemas análogos al que preocupaba con harta razón á los agricultores de Vélez en 1879. Pues donde quiera que esto suceda, sería utilísimo que un Ingeniero agrónomo, docto en ese linaje de asuntos, fuese á la localidad necesitada de auxilios, tanto para proponer al Gobierno lo que estimase oportuno, cuanto para prestar á los agricultores el concurso de su inteligencia y de sus conocimientos, guiándoles y advirtiéndoles en aquello en que no bastan el saber práctico

ni la tradicional experiencia de los pueblos, para encontrar la solución más acertada. He aquí por qué hemos acogido con tanto aplauso la proposición del Sr. Espejo y por qué hemos dicho al examinarla que la juzgabamos una de las más útiles y fecundas entre cuantas contiene su excelente plan de enseñanza agronómica.

También debemos estar de acuerdo en lo que dicho plan establece respecto á conferencias agrícolas. Es digna de aplauso la idea que las inspira, y hay evidentemente que insistir en aclimatarlas. El mejor medio de conseguirlo no es mantener las disposiciones vigentes sobre este punto. Se manda en ellas que todos los domingos haya conferencias agrícolas en los pueblos más importantes de España, en las capitales de provincia, en las cabezas de distrito. Cuando se publicó la ley que lo ordena, todos los encargados de ejecutarla se apresuraron á darle cumplimiento; pero ¿qué ha sucedido después? Bien lo sabe todo el mundo. Apenas hay una capital de provincia donde las conferencias se den. Sólo en Madrid ha continuado practicándose sin interrupción durante tres ó cuatro años esa solemnidad dominical. Después en Madrid también ha dejado de verificarse. La causa de que no se haya seguido cumpliendo este precepto, no es imputable á la autoridad, ni á los Ingenieros agrónomos, profesores de enseñanza y demás personas obligadas á cumplir el servicio de que estamos tratando; nó. Ellos, con ligeras excepciones, habrían satisfecho ese deber; pero hay algo superior á su propia voluntad que se lo impide, y este algo es la conciencia que tienen de la esterilidad de su propio esfuerzo. Y nada hay, nada que oponga dique tan irresistible y obstáculos tan insuperables al ejercicio de la actividad del hombre, como el convencimiento de que sus actos no tienen objeto alguno que realizar ni fin á cuyo logro dirigirse.

Ha sucedido en la mayor parte de las provincias que, á la primera, á la segunda y aun á la tercera conferencia agrícola, asistían algunas personas. Después el número de concurrentes era cada día más escaso, llegando á ocurrir, hasta en muchas

capitales, que se encontrara solo, completamente solo el disertante. Aquí mismo, en Madrid, ¿no hemos visto muchas veces que la persona encargada de dar la conferencia se dirigía á un público exíguo, compuesto no más de empleados del Ministerio de Fomento, de Catedráticos de la Escuela de Agricultura, de Ingenieros agrónomos y de personas peritas en esa ciencia, es decir, de aquellos que menos necesitan asistir á tales actos, porque debe presumirse que saben lo que se va á aprender en ellos? Los agricultores y los ganaderos, ese públiblico á quien hay que adoctrinar en los conocimientos y en los progresos de la agronomía, han brillado por su ausencia, casi constantemente, aquí y fuera de aquí. Desde el momento en que esto aconteció, en que pudo observarse este desconsolador fenómeno, comprendieron todos los hombres previsores que las conferencias agrícolas no podían seguirse dando en la forma dispuesta por la Ley, si es que se quería obtener de ellas algún fruto. Era imposible seguir así; porque de seguir así, sólo se lograría una cosa, que es lo peor que puede suceder en este género de asuntos: que el país llegara á acostumbrarse á contemplar indiferente ese espectáculo que se le ofrecía todos los domingos y que, no el interés de los pueblos, no el de la investigación científica, sino el de la rutina oficial, prosiguiera alimentando y conservando las conferencias.

Ahora, que discutimos un plan de enseñanza agrícola, hay necesidad imprescindible de buscar una fórmula que impida ese resultado. Conviene insistir en aclimatar las conferencias agrícolas; pero es preciso insistir en ello de una manera discreta y conveniente. Nada conseguiríamos aunque las conferencias se siguieran dando como la Ley dispone. El interés de nuestra propia causa nos aconseja variar de sistema. En vez de esa serie continuada de conferencias en todo tiempo y en toda ocasion dadas, vamos á ensayar otro procedimiento: vamos á ver si dándolas sólo en determinadas épocas, ó cuando la oportunidad de un suceso cualquiera lo recomiende, producen más efecto y van habituando al público á ese medio de propaganda que tan excelente es en sí mismo y que con tanta venta-

ja se practica en la mayoría de los pueblos cultos. Así, en vez de cursos anuales de agricultura, que es lo que en suma vienen á ser, nosotros creemos que deben darse conferencias aisladas cuando las circuntancias lo aconsejen. La aparición de una plaga, el invento ó introducción de una máquina, la necesidad de modificar ó sustituir un cultivo, la urgencia de una medida económica, la realización de cualquier suceso de esos que tienen fuerza bastante para producir una crisis, justificarán, en las localidades á que est os acontecimientos puedan afectar, que se apele á ese medio. ¿Quién duda que los labradores de la Mancha asistirán para oir al conferenciante que diserte sobre el modo de extinguir la langosta, si se les convoca cuando más agobiados se vean por los desastrosos efectos de esa terrible plaga? En Málaga, hace poco tiempo, todos los viticultores iban á oir lo que se les decía sobre la filoxera, é iban á oirlo á la vez que contemplaban devastados sus más ricos viñedos por la presencia del voraz insecto. En Vélez, en el caso y en el momento á que antes nos hemos referido, ¿quién duda que habría logrado reunir en torno suyo un público numeroso el que fuera á hablarles de la inminencia de la crisis que amenaza á la producción azucarera y de los medios de combatirla ó de prevenir sus desastrosas censecuencias? Así, y sólo de este modo, se conseguirá dar á las conferencias agrícolas un interés que hoy no tienen, é inspirar á los pueblos la convicción de que deben fomentarlas como medio eficaz de progreso.

También lo es el de que se auxilie á las provincias y Municipios, y á las asociaciones oficiales ó particulares, para celebrar exposiciones y concursos agrícolas y pecuarios. El Estado debería, además, organizar por su cuenta grandes certámenes nacionales de esta índole, y verificarlos anualmente en las diversas regiones en que puede considerarse dividido nuestro país. No deben, por último, desatenderse las necesidades indicadas en las bases 9.ª, 10.ª y 11.ª del plan del Sr. Espejo. Estimamos, de acuerdo con ellas, convenientísimo que se proteja la publicación de Revistas de agricultura, que se multiplique el número de las bibliotecas agrícolas y se aumente el caudal de

volúmenes que las forman, procurando enviar á las de cada región las obras más adecuadas á sus necesidades especiales, y que se abran concursos para procurar la redacción de libros que traten de los diversos ramos de producción rural y pecuaria. Todo esto será utilísimo, y todo esto es posible hacerlo con provecho, si se subordina á un plan armónico é inteligente. Poco tiempo trascurriría, después de llevarlo á cabo de una manera concienzuda, sin que pudiésemos apreciar sus ventajas y estimar sus favorables resultados. El nivel intelectual de nuestros agricultores se elevaría, y como la ciencia es poder y riqueza, muy luégo advertiríamos en la perfección del trabajo y en la mayor abundancia y bondad de sus productos, en el aumento y desarrollo de las industrias y en la atmósfera de bienestar que crea siempre la actividad ilustrada de un país laborioso, que no habían sido estériles nuestros esfuerzos, antes bien que, merced á ellos, la agricultura española había dado un gran paso, realizando y consiguiendo notorios adelantos.

De propósito hemos dejado de hablar, en este examen de las bases propuestas por el Sr. Espejo, de la sétima, que es, á nuestro juicio, una de las más importantes, si no la capital, en un sistema de enseñanza agronómica. Y hemos preferido hablar de ella en último término, no sólo por su importancia, sino porque creemos que es la más deficiente de todas las que constituyen ese programa y la que exige de nuestra parte más extensas observaciones. Establece esa base que se sostengan las cátedras de Agricultura en los Institutos y que se continúe haciendo el estudio de cartillas y manuales de agricultura en los establecimientos de primera enseñanza. Esta base, en realidad, contiene un principio y un procedimiento: el principio está encarnado en su afirmación de que la enseñanza agrícola figure en el plan de la instrucción primaria y en el del bachillerato en artes; el procedimiento es la forma en que, á juicio del Sr. Espejo, debía continuar dándose esa enseñanza. Aprobamos el principio, estamos enteramente de acuerdo con él y lo defenderemos siempre; no creemos que pueda formularse en nuestro país un plan acertado de educación general, prescin-

diendo en sus dos primeros grados del estudio de la agricultura. Pero en lo que al procedimiento se refiere, distamos mucho de pensar como el Sr. Espejo pensaba. No podemos limitarnos en manera alguna á hacer lo que hoy se hace. Es indispensable que la enseñanza general agronómica salga de los límites estrechos en que ahora se mueve. Es necesario llevar á cabo en ella, en la forma de darla, en su extensión, en el método que ha de seguirse para alcanzar su difusión y mejora, verdaderos progresos que nos garanticen la eficacia de nuestros esfuerzos y que pongan de acuerdo esa parte de la instrucción popular con lo que exigen de toda ella los modernos adelantos pedagógicos.

En un país eminentemente agrícola; en un país cuya primera industria y cuya principal fuente de riqueza es el cultivo de la tierra, todos deben saber algo de la ciencia agronómica; todos, aun los que no se dediquen de una manera determinada á conocer y practicar sus leyes. La agricultura es la base del patrimonio nacional, y todo lo que á éste afecta debe vulgarizarse. Esa es una exigencia que han traído los tiempos. La democracia, al poner el gobierno del país en manos de todos, exige de todos los ciudadanos que adquieran los conocimientos indispensables para contribuir á la buena dirección de ese gobierno. La enseñanza de la agricultura es, por lo tanto, un artículo de primera necesidad, y no hay que fundarse en otra consideración al pretender que se le señale un lugar amplio y constante en el programa de la instrucción popular y en el de la instrucción secundaria. Pero en esto todos estamos de acuerdo, y no hay necesidad de insistir, aparte de que no hemos tomado hoy la pluma para perdernos en inútiles divagaciones, sino para exponer ideas y observaciones, y no debemos hacer otra cosa que exponerlas con claridad y procurando emplear el menos espacio que sea posible.

Fiel á esta consideración, que es para nosotros una regla de conducta indiscutible, no encareceremos por otros motivos la necesidad de que en la primera y en la segunda enseñanza tenga cabida la instrucción agronómica. Nos limitaremos á

decir lo que en nuestro juicio debe hacerse y lo que habría debido proponer el Sr. Espejo para que esa instrucción se dé en la forma más adecuada y eficaz. Vamos, pues, á tratar de las reformas que á este propósito deben introducirse en aquellos dos períodos de la educación oficial.

El estudio de cartillas y manuales agrícolas es, sin duda, insuficiente para aprender agricultura. No lo dice quien ninguna autoridad tiene para hacer afirmaciones tan rotundas; lo ha dicho en un concienzudo trabajo sobre enseñanza, recientemente publicado, nuestro respetable é ilustre amigo el Sr. Galdo. El Sr. Galdo sostiene, y lo sostiene con gran copia de argumentos irrebatibles, que el estudio de las cartillas agrícolas no produce resultados de ningún género. Ved, si no, lo que con ellas acontece. Se entregan las cartillas agronómicas á los alumnos, y apenas se les explican sus términos. Se les obliga á que aprendan de memoria las definiciones y los cuadros sinópticos que contienen y á que, por medio de la memoria también, retengan la idea de algún ejemplo con que ilustra su estudio el profesor. Pero, ¿qué les puede quedar de todo esto? Aprender de memoria, no es aprender, ya lo dijo Montaigne; y á pesar de que esta frase, tan exacta y profunda, no ha debido olvidarse ni desatenderse, la verdad es que nosotros proseguimos, como si no la hubiéramos oído, fundando la enseñanza principalmente en el ejercicio de esa facultad intelectual. Se obliga á los alumnos de primeras letras á que aprendan de memoria algo de esas cartillas agrícolas, que muchas veces no es lo más sustancial que contienen. Se les pregunta más tarde por eso que han aprendido, en cualquier examen ó en uno de los actos académicos solemnes con que se quiere dar cierto brillo y cierto prestigio al alto ministerio de la enseñanza... Y eso es todo: no se hace más, ni se les exige otra cosa.

Como aprendidas de memoria, las definiciones incompletas de esas cartillas no dejan en el pensamiento del alumno ni una sola idea; y si alguna dejan, el tiempo muy pronto se encarga de borrar por completo su imagen, vaga é indeterminada. Ese sistema de enseñanza es de todo punto ineficaz.

Entre nosotros, se aplica á todos los órdenes de conocimientos ó se ha aplicado, por lo menos, hasta hace muy poco tiempo. De ahí que el nivel intelectual de nuestro país se haya mantenido tan bajo y que sea tan escasa la profundidad de nuestra cultura, y que sea tan limitada la aptitud de nuestros compatriotas en todo aquello que exige esas condiciones, aquí nunca ó casi nunca cultivadas. Ese sistema de enseñanza apenas basta para lo que pedía aquella buena madre del cuento, que llevó á su hijo á la academia de cierto profesor para que le instruyera:—«Yo—dijo al maestro—quiero que mi niño no trabaje mucho; estaré contenta con que Vd. le de una tintura de gramática, una tintura de historia, una tintura de geografía, una tintura de aritmética... una tintura, por fin, de todo.» A lo cual dicen que repuso el profesor:—«Pues si Vd. quiere eso, ¿por qué en vez de traer su hijo á la escuela, no se lo ha llevado á un tintorero?»

Nosotros no debemos querer que los niños tengan una tintura de ciencia agronómica, sino que sepan algo de ella y, para conseguirlo, hay que variar radicalmente el plan adoptado en la enseñanza de esa materia. Es preciso que el maestro de primeras letras grabe en el pensamiento de sus alumnos algunas ideas, pocas, las más fundamentales de la agricultura. Para esto, pueden servirles de auxiliar, pero sólo de auxiliar, las cartillas á que antes me refería, no las que han estado hace tiempo en manos de todos, sino otras que contengan sólo la explicación clara, breve y sucinta de aquellas ideas, hecha en términos vulgares y, si es posible, ilustrada con láminas y grabados capaces de excitar la imaginación infantil y de dar un atractivo más á ese estudio. Deben los maestros, además, enseñar á sus discípulos lo que es la agricultura en cada localidad, los cultivos que comprende, la manera de realizarlos y las reformas de que son susceptibles. Debe llevarlos al campo para que observen por sí mismos cómo se practican las faenas agrícolas, y mostrarles allí las ventajas é inconvenientes de la forma en que se practiquen. En estas excursiones aprenderán á conocer la índole y composición de los terrenos, la figura y

condiciones de las plantas y de los arbustos, á distinguir unos y otros, y á apreciar sus rasgos característicos, así como las varias necesidades de su diverso cultivo.

Los cuadros de objetos y los modelos de máquinas completarán bien ese estudio. Más que de cartillas agrícolas, de lo que necesitan las escuelas de primera enseñanza donde se haya de aprender la agricultura, es de un material adecuado y completo. En las de la gran República norte-americana, se sigue hace ya mucho tiempo este sistema, y si no fuera por temor á extender sobremanera el presente trabajo, incluiríamos en él un extracto de los diversos métodos adoptados en las escuelas primarias de Boston, y vería el lector cómo se va inculcando á los alumnos la idea de los objetos reales que forman parte integrante del estudio de la agronomía, y cómo se les enseña á conocer las plantas, los animales, las máquinas que se emplean en el cultivo. Sólo así se explica que niños de ocho y diez años admiren á los viajeros más ilustrados que visitan aquella región, al oirles hablar del estado de la agricultura en su país y al verles indicar las reformas de que es susceptible.

Pero no necesitamos ir á Boston para contemplar un ejemplo provechoso de las ventajas que ofrece el sistema intuitivo y experimental, aplicado al estudio de la agricultura. Entre nosotros se ha hecho ya algún ensayo de todo eso, y los efectos que ha producido son, sin género alguno de duda, excelentes. La Institución Libre de Enseñanza, que es uno de los centros que más contribuyen á la difusión y al progreso de la cultura patria, aplica hace algún tiempo ese sistema con grande éxito. Los niños que cursan en sus aulas agricultura, estudian así y recorren los campos para conocer bien los cultivos, los productos, las variedades pecuarias, el arbolado, los sistemas de riego, las diferentes clases de abono, la estructura de las tierras, etc., y luégo visitan las fábricas, los molinos harineros y de aceite, los lagares y demás establecimientos industriales de la agricultura derivados, para aprender cómo se trasforman y utilizan los frutos de la tierra.

Pues bien; esto es lo que, á nuestro juicio, debe hacerse en

la primera enseñanza, en vez de limitarse á repetir las definiciones de una incompleta cartilla agrícola. Para que esto se haga, no es preciso más que poner verdadero empeño en conseguirlo; obligar á los maestros á que conozcan bien la ciencia agronómica y excitarlos de continuo por medio de la presión oficial, de la vigilancia de la autoridad y de la intervención de sus inspectores especiales, para que consagren buena parte del tiempo que dedican á la enseñanza á este estudio tan variado, práctico y útil. Después de trascurridos algunos años, si ese sistema se aplicara, si una generación —la que ha de reemplazarnos—se educara de ese modo, cuando llegase á la plenitud de la vida, y pudiera aplicar la cultura adquirida en tan largo aprendizaje, lograría en poco tiempo trasformar nuestra patria, hacer más fecundos los veneros de su riqueza é imprimir á la agricultura nacional un movimiento de progreso tan brillante y de adelanto tan notorio, que en breve plazo llegaríamos á ocupar, dentro de esta esfera de la actividad humana, un puesto importantísimo, y alcanzaríamos ver convertidas en hechos las gratas promesas de bienestar y de dicha que tantas veces nos ha brindado la esperanza.

Con este sistema aplicado á la primera enseñanza, habíamos de tener muy pronto alumnos en la segunda, cuyos progresos en la ciencia serían rápidos; pero aceptando esta base, que tan excelentes frutos pudiera producir, es indispensable dar á la enseñanza de la agricultura, en el segundo período de la instrucción oficial, una organización distinta de la que en la actualidad tiene. Esta organización ha de establecerse sobre tres bases esenciales: la reforma del plan de la segunda enseñanza, la reforma del método de la segunda enseñanza y la adopción de una base eminentemente práctica para el estudio de la agricultura.

Hace mucho tiempo que se discute acerca del plan de la segunda enseñanza y que hay empeñada sobre este tema una verdadera batalla en las naciones occidentales. La base de ese plan ha sido, hasta la época actual, el estudio de lo que se lla-

maba las humanidades, de la filosofía, el latín y la literatura clásica. Pero ahora ha empezado á comprenderse que semejante base es insuficiente; porque debiendo instruirse al hombre, ante todo, en lo que le disponga á satisfacer las necesidades múltiples de la vida, y debiendo preferir siempre lo útil y provechoso á lo meramente agradable, es necesario anteponer el estudio de la ciencia al de aquellas materias que sólo pueden dar á quien las aprende, erudición y medios de brillar en el cultivo de las letras. No quiere esto decir que esas materias se releguen á un completo y absoluto olvido, nó. Nos explicaríamos mal si se creyera que ese es nuestro pensamiento. Lo que nosotros creemos, es que del programa de la instrucción oficial sólo deben formar parte aquellas asignaturas cuyo estudio y conocimiento interesa á la generalidad, al mayor número. Aprender el griego antiguo, conocer el latín, la historia literaria de Grecia ó la de Roma, el valor de las obras de Homero ó de Virgilio, ¿interesa á la generalidad? ¿Es indispensable para la mayoría de los ciudadanos? ¿Es condición precisa para que un pueblo progrese y se enriquezca? Nó, ciertamente. A cambio de esto, si la física, la química ó la aritmética no constituyen el fondo de la cultura de un pueblo, ¿qué esperaremos de él? Un pueblo que ha de prosperar, que ha de desenvolver los grandes gérmenes de riqueza de que está dotado el territorio que ocupa, que ha de atender con holgura á las necesidades de la existencia, necesita que se le prepare con una excelente educación científica. La segunda enseñanza es el medio más oportuno de prepararle. Por eso nosotros creemos que la segunda enseñanza debe organizarse de manera que contribuya á preparar buenos ingenieros, buenos arquitectos, buenos industriales, buenos agricultores, buenos hombres de Estado; pero no hombres de Estado al uso antiguo, peregrinos oradores y sabios retóricos, nó; sino hombres de Estado que conozcan á su país, que sepan apreciar sus necesidades materiales y morales, y que sean tan aptos para discutir un problema de derecho constituyente como una ley de presupuestos ó una reforma de aranceles; que sepan apreciar las fuerzas productoras de su pa-

tria y que no ignoren de qué modo pueden aumentarse esas fuerzas, y contribuir más decisivamente á la prosperidad y al bienestar del país. Esto es lo que hay que buscar por medio de la segunda enseñanza, antes que eruditos, filólogos y literatos, capaces de escudriñar todos los misterios y secretas bellezas de un idioma muerto y de competir con aquellos visionarios que en los últimos días del imperio de Oriente consumían su postrer aliento en discutir sobre la luz increada.

Los hombres serios y prudentes suelen lamentarse en nuestro país, y no les falta razón para ello, de dos males que entrañan una gravedad y un peligro innegables. Se quejan de que en las luchas de la política, en la práctica de la administración, en los Cuerpos Colegisladores, en la organización de los partidos, preponderen y abunden más los retóricos que los hombres de sólida ciencia, ilustración vasta y conocimientos profundos. Se quejan también de que el terrible mal de la empleomanía parezca agravarse constantemente, por la necesidad de colocar en los puestos administrativos á esa multitud de literatos, poetas, críticos y filósofos, que no tienen otro presente ni más porvenir que sus ideologías, sus ilusiones y las esperanzas de triunfo de la parcialidad á que van afiliados. Estas quejas son fundadísimas y, entre las causas que producen los hechos que las suscitan, están seguramente la preferencia concedida á los estudios clásicos y las enseñanzas inútiles, conservadas y preferidas por no haberse apreciado la utilidad de cada una con relación á los esfuerzos que cuesta y á los beneficios que puede reportar.

Aquí hallamos las raíces del más importante de todos los problemas que hay que resolver entre los que se refieren á la educación de la juventud, el que se refiere á la elección del orden de estudios que debemos preferir. El objeto de la educación es prepararnos á vivir la vida completa; el mejor sistema educador será, pues, el que más fácilmente realice ese objeto. Aquel problema puede también plantearse en estos términos: ¿Cómo se debe vivir? Ó, ampliándole en estos otros: ¿Cuál es la verdadera línea de conducta que debemos seguir en todas las

situaciones, en todas las circunstancias de la vida? ¿Cómo debemos tratar y cuidar nuestro cuerpo? ¿Cómo dirigir nuestra inteligencia? ¿Cómo manejar nuestros negocios? ¿De qué manera deberemos educar nuestra familia? ¿Cómo es necesario cumplir los deberes que nos impone nuestra condición de ciudadanos? ¿Qué procedimiento es el mejor para que gocemos de todas las dichas con que brinda al hombre la naturaleza? ¿Cuál es, por último, la manera más adecuada de emplear las facultades que poseemos en nuestro mayor bienestar y en el de los que de nosotros dependan ó con nosotros vivan?

Para averiguarlo, para dar satisfacción á todas esas preguntas, nosotros creemos que basta examinar cuáles son los fines de nuestra existencia y, de acuerdo con lo que acerca de cada uno dice el sabio Herbert Spencer, en su excelente tratado sobre la educación, ir indicando qué género de estudios es el más oportuno, para disponernos á su cumplimiento. Así vemos que la fisiología y la higiene nos hacen conocer cómo se satisfacen las necesidades de la conservación del individuo; la lectura, la escritura, la aritmética, la lógica, las matemáticas, la mecánica, la física, la química, la geografía, la astronomía, la biología y la sociología, nos preparan para seguir cualquier carrera ó para ocuparnos en el desarrollo y ejercicio de una industria ó profesión útil, apercibiéndonos para satisfacer las propias necesidades y las de la familia que formamos á nuestro alrededor; la fisiología misma y la psicología, que es el fundamento de la pedagogía, nos instruyen en todo lo relativo al cumplimiento de las obligaciones que impone al hombre la necesidad de educar á su familia; el estudio de la historia, el de las nociones elementales jurídicas y económicas que constituyen la base de la sociología, nos colocarán en condiciones de practicar los altos deberes de cuyo cumplimiento depende la conservación del orden social y de las relaciones políticas.

Educados de esta manera, somos aptos para cumplir nuestros fines. Esa es la educación general que debe darse á todos, y esa, por lo mismo, es la base de la segunda enseñanza. Como se ve por lo que hemos dicho, los estudios clásicos no son ne-

cesarios, ni siquiera útiles dentro de un plan de educación general. El sistema fundado en la ciencia es el más propio, el más oportuno y el más ventajoso para adquir los conocimientos que necesitamos, á fin de ordenar nuestra vida hacia su verdadero objeto y de disciplinar y fortalecer nuestras facultades. El estudio de la ciencia es el que ofrece á la memoria más ancho campo y objetos más dignos de grabarse y fijarse en la mente de todos; el estudio de la ciencia excita á recordar y á juzgar, deduciendo de premisas ó datos conocidos mediante la observación y la experiencia, las conclusiones que se demandan; el estudio de la ciencia da al espíritu independencia y al criterio libertad contra todos los prejuicios que tanto embarazan y dificultan su progresivo desarrollo; el estudio de la ciencia da al espíritu humano una disciplina más elevada y una cultura religiosa superior... La ciencia, no hay que dudarlo, la ciencia es, bajo todos los aspectos y desde todos los puntos de vista, la que mejor realiza y cumple los fines de la educación.

Hay, pues, que reformar el plan de la segunda enseñanza. Conservando de los estudios que ahora lo constituyen la historia, la geografía, la psicología, la lógica y la moral, y dedicando al perfeccionamiento de la gramática española el tiempo que se dedica al estéril estudio de la latina, es necesario que consagremos todo el restante, con preferencia, á la aritmética, la geometría, la mecánica, la física, la química, la astronomía, la geología y la biología, base muy importante de la agricultura, porque la biología estudia los fenómenos de la vida racional y animal. En este plan debe incluirse también la agricultura; pero con las limitaciones y en la forma que más adelante expondremos. Reasumiendo, por tanto, debemos dejar consignado que, á nuestro juicio, lo que hay que hacer con el plan de ese segundo período de la instrucción oficial, no sólo por exigirlo la propagación de la cultura agronómica, sino porque lo piden las necesidades generales de la enseñanza, es modificarlo de manera que, en vez de acomodarse ese período á las condiciones de la instrucción clásica, como sucede ahora, ó de la instrucción mixta, que no tiene

ventaja alguna, porque produce verdaderas y estériles confusiones en la inteligencia del alumno, ese plan se sustituya por otro que sea puramente científico y que contenga las asignaturas que hemos anunciado hace pocos momentos. Ese plan nos asegura para la generación en que se adopte resultados tan extraordinarios y lisonjeros bajo nuestro punto de vista como hoy acaso no los podríamos prever.

Pero no se piense que con eso basta. Además de reformar el plan de la segunda enseñanza, habrá que variar el método con que hoy se estudian las asignaturas que lo constituyen. La innovación que es necesario hacer en este punto, es tan radical como la que hemos propuesto en el anterior. Los sistemas de educación no son más que una parte del sistema social con que coexisten. A la máxima religiosa que prescribía una fe ciega, corresponde el *magister dixit* de las escuelas. La *letra con sangre entra*, de nuestros dómines, no era más que un traslado á la disciplina académica de los principios y las leyes del régimen absoluto. Pero este régimen decae, desaparece. El despotismo, la intolerancia y el dogmatismo filosófico, ¿qué son ahora dentro del régimen representativo, frente á las increibles audacias de la crítica y del libre pensamiento, ó en parangón con esas teorías que han lanzado la metafísica de la ciencia y lo absoluto fuera del comercio humano? Iguales vías emprende la autoridad pedagógica. Montaigne dió lema al movimiento que la destrona; Rousseau, una idea fundamental con su afecto á la juventud y su confianza en las facultades y en la actividad intelectual de los niños: los Pestalozzi, los Oberlin, los Frœbel han desenvuelto esa idea. Spencer la compendia y la mejora. Está hecha la revolución en la enseñanza, como en la política, como en la filosofía, como en las creencias religiosas.

La primera base de esa revolución, que por más pacífica y tranquila anuncia mayor fecundidad y madurez, se refiere al fondo de la enseñanza misma, y ya la hemos expuesto al tratar el punto anterior. La segunda, á la forma en que ha de practicarse la educación intelectual del hombre. Su idea fundamental nace de la confianza en las facultades del niño y del respeto

á las obras de su activa inteligencia. No se trata de imponerle conocimientos, como se han impuesto leyes, dogmas y creencias á los pueblos, en nombre del derecho divino, de la revelación divina, de principios absolutos que por este ó el otro camino siempre se atribuyen á un origen, á una fuente sobrenatural. Se trata de respetar y alentar su iniciativa, su espontaneidad, su libertad; de ofrecer á su inteligencia, como en una brillante exposición, los gérmenes de todas las verdades positivas y de todos los conocimientos útiles: se trata de conformarse á los procedimientos naturales, de preferir el sistema de la naturaleza, de fundar en él la ciencia de la educación y su arte en el principio, hasta ahora desconocido ú olvidado, de que no hay estímulo tan eficaz para el desarrollo de la inteligencia como los honestos placeres del cuerpo y del espíritu. El sistema de la naturaleza, como lo revela la historia de cada hombre y como lo afirma la historia de la humanidad, es el progreso de lo sencillo á lo complicado, de lo indefinido á lo definido, de lo particular á lo general, de la rudeza á la cultura, del embrión á la forma, de las nociones vagas á las teorías comprobadas y distintas. ¿Cuál es el agente poderoso que realiza ese adelanto? La voluntad humana. ¿Por qué lo realiza? Obedeciendo á un deseo, jamás satisfecho ni extinguido, de mejora, de bienestar. ¿Cómo lo realiza? Libre, espontáneamente. ¿De qué manera procede? Por la observación. Ese es el sistema de la naturaleza que ha producido la cultura de que ahora, hombres del siglo XIX, nos enorgullecemos; ese debe ser el sistema de la enseñanza.

Estos principios han sido aplicados ya al sistema de la instrucción general en algunos de los pueblos más ilustrados de Europa, en Inglaterra y en Alemania. La última Exposición internacional de París nos demostró que también se han difundido y se practican en Francia, y que hasta en naciones como Rusia, que no figuran ciertamente á la cabeza del movimiento civilizador, son conocidos y apreciados tanto como su importancia exige. Pues bien; partiendo de esa base, nosotros queremos que sean aplicados en España, y nos parece urgentísi-

mo que se practiquen y desenvuelvan, no sólo en lo tocante á la enseñanza general, sino muy especialmente en lo que se refiere á la de la agricultura. Es preciso desterrar de la instrucción agronómica los malos hábitos que ha arraigado en las escuelas el antiguo sistema pedagógico. Es indispensable que deje de ejercitarse la memoria en el fatigosísimo aprendizaje de nociones ininteligibles; es indispensable comenzar la enseñanza de las ciencias por el estudio de los casos particulares y la observación de los fenómenos en que se ocupan, para terminarla con el de las generalizaciones, las reglas y los principios; es indispensable, por último, que sean instrumentos y medios de ese método instructor la realidad y la naturaleza en primer término, y más especialmente que los libros y los trabajos literarios; por lo cual recomendamos para la segunda enseñanza, como lo hemos hecho para la primera, las excursiones, las visitas á los campos, á las fábricas, á los lagares, á los molinos, á las bodegas, etc., y además, la asistencia asídua á los laboratorios, museos, gabinetes de física, química é historia natural, jardines botánicos, observatorios astronómicos, etc., etcétera. Todo lo que se refiere, por lo demás, á la mejora de éstos, á la perfección y aumento de sus colecciones y de sus aparatos, constituye una parte importantísima de la enseñanza agronómica. No hay que decir si esa enseñanza necesita, en el grado de que ahora hablamos, un material adécuado, ni si los gobiernos deben, en primer término, procurar que estén bien dotados de él los establecimientos en que se da esa instrucción.

Por último, y para concluir ya con esta importante cuestión, después de haber expuesto cuál debe ser en lo sucesivo el cuadro de la segunda enseñanza y qué modificaciones hay que introducir en su método, vamos á indicar algo sobre el programa y el texto preferibles para la enseñanza de la agricultura en los Institutos provinciales. Comenzaremos esa indicación por un recuerdo. Hace algún tiempo, á principios del año 1878, la Dirección general de Agricultura mandó á los secretarios de las Juntas provinciales del ramo que redactasen un informe

sobre el estado de la agricultura en cada provincia. Esas Memorias debían ser un trabajo completo. Se ordenaba á los distinguidos ingenieros que están al frente del servicio agronómico provincial, que en ellas hiciesen una reseña orográfica, hidrográfica y geognóstica de su provincia respectiva, de sus regiones, climas y sistemas de cultivo, describiendo detalladamente cada uno de estos, y estudiando con especial detenimiento los más característicos. Se les mandaba que enumeraran los abonos empleados; que manifestasen si se hacía de ellos un razonable aprovechamiento, y que, dando cuenta de las enfermedades é insectos que en cada localidad atacan á los cultivos propios de la misma, manifestaran qué medios se emplean para combatir esas plagas y qué resultados ofrecen esos medios. Se les prescribía, además, que determinasen qué máquinas agrícolas y útiles modernos se usan en cada localidad; si está muy generalizado su empleo y qué causas se oponen á que se extienda, en el caso de que no lo esté; qué costumbres y sistemas se siguen en las provincias respectivas sobre construcciones rurales, y qué género de consideraciones inspiran para su perfeccionamiento y mejora.

En cuanto á la agricultura en general, las Memorias á que me refiero debían estudiar esas múltiples é interesantes cuestiones. Hay otras en que también debían ocuparse, examinando, en lo que toca á los riegos y sistema hidrográfico de cada provincia, los cáuces ordinarios existentes en la misma; su denominación, clasificación, con arreglo á la respectiva importancia; división en permanentes y temporales; determinación de los que se prestan á ser canalizados; enumeración de los saltos de agua conocidos y de los que se aprovechan en beneficio de las industrias agrícolas; de los canales existentes, de los canales abandonados y de los canales en proyecto, así como de la extensión superficial que cada uno riega ó podría regar; estudio de las presas y su número; de los sistemas de construcción de presas seguidos en la localidad; de los partidores y módulos existentes; de los sistemas de riego usados; de las aguas sobrantes del riego; de la cantidad de agua por hectárea que se

emplea en los diferentes cultivos; de los efectos del riego y reformas que deben introducirse en la manera de hacerlo; de la extensión superficial ocupada por terrenos pantanosos; de los desecamientos que se practican ó se proyectan; de si la topografía particular de los terrenos de cada comarca se presta ó no al aprovechamiento económico de las aguas torrenciales por medio de pantanos, y de si existen obras de defensa construídas para ese objeto.

En cuanto á las cuestiones económico-agrícolas, la Dirección del ramo pedía á los Ingenieros que estudiasen en su informe la situación económica de la agricultura en cada provincia; si existe la conveniente relación entre el capital y la tierra; si hay suficiente número de brazos en todas las épocas del año para las faenas agrícolas; cuáles son los tipos medios del salario que gozan los hombres, las mujeres y los niños, en cada uno de los trabajos que ejecutan; si existe la conveniente relación entre el salario y el jornal; cuáles son las necesidades de la familia media de un jornalero; cantidad con que al año podría satisfacerlas; días hábiles de trabajo que utiliza un obrero; qué dura el trabajo en las distintas épocas y diferentes faenas del campo; de qué modo y en qué forma se pagan los salarios; si se hacen muchos arrendamientos; qué clases de éstos se prefieren y con qué condiciones se estipula ese contrato, señalando los plazos que más frecuentemente se pactan; los defectos principales que se advierten en sus cláusulas; lo que en ellas se establece sobre construcciones rurales de ciertas fincas; si existen ó se proyectan colonias agrícolas, bancos de la misma especie ó granjas-modelo; qué organización tienen los establecimientos de esa especie, ya existentes; y, por último, qué número de operarios suelen ocuparse, por término medio, dentro de cada provincia, en las faenas agrícolas, distinguiendo y clasificando separadamente los hombres, las mujeres y los niños.

En cuanto á las industrias derivadas de la agricultura, se les mandaba describir las que existiesen en cada localidad, exponer los sistemas seguidos en ellas y calcular la cantidad total de productos elaborados por cada fábrica ó cada estableci-

miento industrial. Y en lo relativo á la praticultura, base de la cría de ganados y de uno de los ramos más abundantes de la riqueza pública, se les pedía que calificaran su importancia, que determinasen la extensión de territorio dedicada en las respectivas localidades á pastos, y que estudiaran la situación y porvenir de la ganadería en su región, determinando el número de cabezas de ganado caballar, mular, asnal, vacuno, lanar, cabrío y porcuno existentes, así como si esas cifras revelaban un progreso ó un decrecimiento. Para que las Memorias á que nos venimos refiriendo fuesen completas, habrían de exponer análogas noticias respecto á la cría de aves de corral, apicultura, sericicultura y certámenes agrícolas provinciales y regionales. El interrogatorio, como se ve, era completo. Después de estudiado todo eso, no podía negarse que era conocido el estado de la agricultura de una región cualquiera.

Los inteligentes funcionarios á quienes ese interrogatorio se dirigió, han cumplido bien el deber que les imponía dicho centro directivo. La mayor parte de ellos han enviado sus informes, que constituyen un trabajo verdaderamente notable, sobre el cual la Dirección debe mandar que se forme un resumen, que dará á conocer indudablemente el estado del país bajo ese punto de vista y que nos permitirá apreciar con exactitud sus necesidades. Algunas de esas Memorias han visto la luz pública, con gran contentamiento de todos los que creen que esa especie de trabajos no se realizan sólo para satisfacer una estéril exigencia burocrática. Nosotros creemos que debieran imprimirse todos, aunque varios de ellos no puedan juzgarse una obra definitiva. En general, no lo será ninguno. Provincias hay donde el Ingeniero que ha redactado el informe, por llevar muy poco tiempo de estancia en la que vive, no conoce su situación y sus necesidades tan á fondo como exige un trabajo detenido. Andando el tiempo la conocerá mejor, y entonces quizá rectifique datos y apreciaciones que antes aceptó y expuso como indudables. Aun en las que hayan sido mejor estudiadas habrá, con el trascurso de los años, motivo para mudar de consejo. La agricultura y las industrias que de ella dependen, tienen algo

de contingente y variable que cambia por efecto de los trastornos naturales, del progreso de las gentes y de los fenómenos económicos. Esto contribuirá á que esas Memorias no sean una base inalterable de estudio; pero sujetándolas á rectificaciones periódicas, ¿quién duda que podrían constituir un buen elemento de instrucción?

Explicaremos mejor nuestro pensamiento. Debe reformarse el plan de la segunda enseñanza, y que ésta sea, ante todo, científica, porque la ciencia constituye el saber más sólido y útil y debe anteponerse á todo. Las asignaturas que constituyan ese plan, y la agronomía es una de ellas, deben aprenderse con arreglo á los nuevos métodos y á los modernos procedimientos pedagógicos. Y en cuanto al contenido de esa asignatura, á la materia que ha de enseñarse en las cátedras de agricultura de cada provincia, debe instruirse á los alumnos en aquellos principios generales que se juzguen indispensables para que después puedan estudiar con fruto esas Memorias. Esas Memorias deben constituir la segunda parte de su libro de texto. Así los hijos de cada provincia sabrán de la ciencia en general lo que necesitan para apreciar bien el estado agrícola de su país y conocerán prácticamente, habiéndolas podido estudiar sobre el terreno, las aplicaciones de las verdades que se les han explicado.

Hecho este aprendizaje, en que dominaría siempre un gran espíritu práctico, cuando esos alumnos que ahora frecuentan las aulas de los Institutos, y que hoy son niños, lleguen á ser hombres y se dediquen al cultivo de los campos, ó al comercio ó á la explotación de una industria; cuando, como ingenieros, abogados, maestros, escritores, concejales, diputados, legisladores ó empleados de la Administración, tengan de algun modo que intervenir en las cuestiones que afectan á los intereses materiales del país, á su bienestar y á su riqueza, no darán muestras como hoy nos las ofrecen nuestros contemporáneos, del desconocimiento más completo de sus asuntos ó de un mezquino apego á las preocupaciones rutinarias de sus mayores. Sólo de este modo, únicamente adoptando y practicando con perseverancia las

reglas y principios que hemos expuesto, se le podrá dar á la enseñanza agronómica una base sólida y se llegará á conseguir que se difunda y propague por el país. Sólo así conseguiremos educar á la generación que ha de sucedernos en aquello que nosotros tan difícilmente hemos aprendido. Y si al terminar nuestra misión no hemos logrado llevar á cabo las grandes reformas á que aspiramos; si no vemos todavía convertida en un hecho brillante la regeneración del país, que depende del fomento de sus intereses materiales, nos será dado contemplar allá á lo lejos, lejos aún, pero al final del camino, esa tierra prometida, que es la única esperanza que puede alentarnos en esta larga y penosa peregrinación. No habremos, quizá, sabido utilizar los grandes medios de que disponemos para la nobilísima tarea que constituye nuestro anhelo; pero habremos preparado á otros para que la lleven á cabo. No será esa la obra de nuestra existencia; pero la posteridad habrá de perdonárnoslo, porque seguramente ha de ser nuestro legado.

Francisco de Asis Pacheco.

Madrid, 1881 (1).

(1) Escrito este artículo en esa fecha, se publica ahora, porque la mayor parte de las indicaciones, advertencias y consejos que contiene está sin realizar, y porque cada vez, á juicio de su autor, es más oportuno ir pensando en la necesidad de establecer el plan de enseñanza que en el mismo se expone y defiende.

UN LITERATO SUABO Y DOS POETAS SIRIOS

Depositamos con íntimo y sincero dolor una corona sobre el féretro de un escritor de cuya savia y de cuya pujante iniciativa vivían las ideas, los sentimientos y hasta el lenguaje de la Alemania contemporánea, y que escribía sus libros todos con la sangre de su corazón, formando largos años de incesante trabajo, brillantes campañas, méritos notorios, el activo de su laboriosa vida.

Entre los suabos de prendas eximias y de sentimientos elevados que nos deleitaban, nos encantaban, nos consolaban y enriquecían la gloria del habla alemana; entre los batalladores en pro de la libertad, de la patria y de la cultura, descuella el escritor originalísimo y caballero esforzado *Juan Scherr*, que, con la indignación y el humor del satírico, reñía batallas en las tierras germánicas, cual otro Hutzen, con el oscurantismo y el despotismo y con las locuras de todo género, y que, poseyendo los colores todos de la dicción, todos los recursos del arte de escribir, las armas todas del arsenal lingüístico, empleó su gran talento, á veces, en cosas que podrían compararse á los arabescos de una fábrica monumental; pero que, siendo un varón germano, en la mejor acepción de la palabra, en el que todo era fuerza y energía y no se sabía si dominaba más el corazón ó el cerebro, el hombre ó el escritor; creó también, *monumenta aere perennio-ra*, obras llenas de pura belleza y de gran importancia, que sobrevivirán á su nombre y hacen época en los anales literarios, conmovién-

donos su *Guerra alemana de* 1870 *y* 71 como una tragedia de Esquilo como una trilogia grandiosa, y deleitándonos su *Scholler* por el calor y las galas del lenguaje, por la altura del punto de vista, por la profundidad del sentimiento y por la aspiración concienzuda del autor de no hacer traspasar los límites de la verdad sus simpatías por el favorito de su alma, cuyo bellísimo romance referente al Conde de Habsburgo le había recitado y explicado su madre, una aldeana sencilla, mientras el sol ardiente se ponía detrás de la cumbre de Hohensaufen.

Scherr ha sido de los pocos ingenios selectos que, abriendo las fuentes de la lengua que brotan de la riqueza de nociones nuevas, de nuestros conocimientos ensanchados y de nuestras necesidades multiplicadas, tienen fuerza bastante para creaciones nuevas. Su vida fué una carrera de actividades y energías, un continuo combate en el terreno de las ideas; pero no diremos que la firmeza de sus campañas siempre se haya compadecido con la templanza, ni que su gallarda pluma, que no reconoció el reposo hasta que ha caído de la mano yerta, jamás haya escrito palabra ni concepto que no pudiera ponerse en la copela de la más hidalga caballerosidad. Pero *Scherr*, persiguiendo y odiando á los que consideraba demonios, fué grandiosamente grosero; su pluma era un ariete que descargaba terribles golpes; pero, ¿quién no perdonaría las exageraciones al que tenía por solo oráculo el corazón?

¡Qué humor tan extraño de la historia! El que tenía que pagar el tributo á la iglesia en que fué bautizado, haciendo oficios de infante de coro en Gmünd (Suabia), acababa de borrar el último átomo que hubiera podido dejar en él el espeso y aromático humo del incensario, y hasta se atrevió á atacar al Dios de los cristianos. Lo mismo que para Heine, era también para *Scherr*, ese infatigable polemista que siempre estaba pronto á cruzar sus armas con el oscurantismo, un trabajo hercúleo, una obra de romanos renunciar á un chiste que pasase por su cerebro. Sin embargo, como historiador tiene un sello ético, el lenguaje elocuentísimo del que frente á las personas y acontecimientos no puede ser espectador frío; le anima un pesimismo, sí, pero no el pesimismo débil y cobarde que se deshace en melancolía y se enmudece en su pavor, sino el pesimismo activo y varonil que le-

vanta su voz de trueno contra los vicios, y viendo que no se cumplían sus ideales, prorrumpe en gritos de desesperación.

Pero ¿cómo explicaremos que el que empezó por ser republicano, concluyó siendo un heraldo del Imperio y de su grandeza? He aquí la razón: antes que republicano, fué ferviente patriota, que se regocijaba por la realización de sus esperanzas, aunque éstas se habían realizado por otro camino. Como genuino germano, no perdonaba á los alsacianos su galomanía, en que no vió sino vil ingratitud, falta de patriotismo y apostasía. Hombre que con más solicitud haya seguido el movimiento intelectual de su siglo, no creo que le haya. Jamás desapareció de la arena el que hasta sus últimos momentos comulgaba en los altares de la consecuencia á sus ideales nunca debilitados.

El atleta de la pluma, el ilustre obrero de la inteligencia, el campeón decidido de Alemania, nació en Suabia en 3 de Octubre de 1817, en el pueblecito de Hohenrechberg, próximo al histórico Hohenstaufen y á las cimas de los montes de Suabia, llamados Schwâlischer Alp. Siendo el décimo hijo de un pobre maestro de escuela, encontró *Juan Scherr* el protector generoso de su juventud en su hermano Tomás, que le llamó á Zurich, donde era maestro de una escuela de sordo-mudos. Desde 1837 á 40, cursó estudios filológicos é históricos en Tubinga. En 1849 hizo propaganda en Stutgart por la unidad de Germania; pero siendo perseguido por su culto á la república, tenía que salvarse por la fuga al libre suelo helvético. Dedicóse en Zurich á la carrera académica, y desde 1860 ocupó en aquella ciudad la cátedra de Historia. Pero la actividad literaria, mezclando siempre el humor á la seriedad, era su misión propia y verdadera. La empezó con poesías y la concluyó con una serie de obras en que se refleja un espíritu universal, que dejaba siempre, como huella de su paso, el sello de progreso moral. A Suiza le cumple la gloria de haber educado al que fué llamado el anciano del monte de Zurich. En esta ciudad se sumergió en las sombras de la muerte el 24 de Noviembre de 1886. Confió á su segunda esposa la solicitud por la tumba de su primera; legó á sus hijos su bendición, á sus amigos su memoria, á sus enemigos su perdón y á su patria sus deseos más ardientes. Su compañero Mâhly acaba de depositar sobre la tumba del sentido amigo flores de recuerdo cariñoso. Ya la luz del cerebro creador no lanzará des-

tellos; ya el resorte valioso que impelía al público á pensar y sentir, entregó á la tumba su elasticidad enérgica.

Si inmensa pérdida ha sufrido Germania con el fallecimiento de *Juan Scherr*, ese hijo del pueblo que decía verdades tan amargas al pueblo ingrato y versátil, celebramos que aún florezcan en Suiza dos hombres de su siglo, dos soldados de sus progresos, dos grandes escritores y poetas que rebosan salud y talento. Hay pocos novelistas que puedan compararse con el maestro *Godofredo Keller*, ese hijo del cantón de Zurich, que fué un escribano, lo mismo que su ilustre tocayo, que cantaba el poema eterno de Tristán y de Isolda, y con aquel otro hijo de Zurich, *Conrado Fernando Meyer*, cuyas poesías forman el album del vate, conteniendo los bosquejos delicados de lo que acabó en sus novelas históricas.

Ambos poetas necesitaban largo tiempo para ganar el título de maestro.

El cura Alberto Bitrius, que escondía su nombre bajo el pseudónimo de Jeremías Gotthelf, inauguró en la literatura alemana el reinado de la novela suiza. Sus personajes no huelen á tomillo y á madreselva, como *La Diana* de Jorge de Montemayor, ni son los pastores idealizados de Gessner que viven en la Arcadia, sino que pinta en sus idilios los aldeanos groseros y las reinas del establo de vacas.

Pero un espíritu helvético más delicado palpita en las novelas del fervoroso republicano *Godofredo Keller*, que impregna sus obras de humor y de poesía, de realismo, fantasía y optimismo, y de ese no sé qué que tan singulares atractivos presta á todas las creaciones del novelista suizo. Estas tienen el encanto de lo primitivo, de lo provincial y de lo individual, como las novelas de Pereda, y son verdaderamente suizas en la pintura de los hombres y del suelo donde la acción se desenvuelve, y de las costumbres é ideas, y en la dicción, ora humorística, ora delicada. Al moldear las figuras sanas y vigorosas, el poeta nos ofrece también un pedazo del terruño que las produjo, teniendo sus paisajes helvéticos, sus tabernas y talleres, sus casas y campos, sus ciudades y aldeas, el efecto sensual y brillante de un retrato. Pero lo que distingue á *Keller* es su estilo universal, que habrá debido á su estancia en Alemania, y es, sobre todo, la conciliación de lo fantástico y romántico con lo real, debiendo el rea-

lista al optimista el calor, y al poeta fantástico el colorido, y habiendo alcanzado ambos la moderación y la calma del crítico.

Enarboló junto al altar de su culto á la patria helvética la bandera del patriotismo alemán, creyendo tener la vocación del pintor, como Federico Renter, José Scheffel y Adalberto Stifler; se dedicó á las artes en Munich desde 1840 á 42. Pero su verdadera misión era la poesía. Después de haber estudiado las ciencias políticas en Heidelberg y Berlín desde 1848 á 1855, dió á la estampa en 1855 la historia de su propio desarrollo en la novela romántica y didáctica que lleva por título *El joven Enrique*, perteneciendo al mismo género que *Guillermo Meister*. Pero lo mejor que ha engendrado su galana pluma son sus *Historias de Seldroyla*, impregnadas de sana moral y de realismo vigoroso. Aquellas *Historias* tan celebradas salieron á luz en 1856, siguiéndolas en 1872 *Las siete leyendas*, y en 1877 *Las novelas de Zurich*, y en 1881 *El epigrama*, que llamaremos una joya de su talento. Las *poesías* que publicó en 1846 son inspiradas, sentidas y frescas, como el aire oxigenado de los campos; pero su realismo literario lo debe quizás á sus impulsos ó inclinaciones pictóricas.

Alemania y Suiza rinden culto á los nobles caracteres que, como el de *Godofredo Keller*, tan alto dejan su nombre y tan profundo su recuerdo. Nació el gran novelista, á quien Pablo Heyne llamaba el Shakspeare de la novela, en pueblo próximo á Zurich, el 19 de Julio de 1819, siendo hijo de un pobre tornero. Desde 1876 se consagró sólo á su actividad literaria, después de haber desempeñado, por espacio de veinte años, el cargo de escribano del cantón Zurich. *Keller* está enamorado de su hogar, como Napoleón lo estuvo de la Francia.

Suiza meció la cuna del fisiólogo y poeta Alberto de Keller; sus perfumados aires besaron la frente del teólogo y poeta Lavater; ella arrulló con su melodioso canto á los vates Bodmer y Breilinger; ella nos ha dado el genio del desventurado Leuthoer, y acarició también, con sus alas de luz, la sién de *Conrado Fernando Meyer*, ese poeta que, junto con *Keller*, empuña el cetro de la literatura helvética. Pero mientras *Keller* es el pintor feliz de la vida moderna, *Meyer*, ese maestro del estilo épico, dirige sus miradas hacia el pasado, consistiendo su mayor particularidad en la objetividad.

Refléjase en sus composiciones la Suiza, en la cual todo es gran-

dioso, y el hombre que, atrevido, se abre camino por la naturaleza salvaje, parece un enano dotado de fuerzas gigantescas: la Suiza, en la cual contrastan los collados con las montañas más altas; la verdura de los prados, con las peñas desnudas; los blandos arroyos, que se deslizan reflejando la pompa azul del cielo, con los impetuosos torrentes; las flores, con los inmensos desiertos de hielo; el ruído de las laboriosas ciudades, con el mundo taciturno y sublime de la nieve eterna, y en la cual los lagos cristalinos, ora brillan como el cielo azulado y la esmeralda de los campos, ora se enfurecen. Lo bueno y hermoso del carácter suizo se refleja en *Meyer*, que abre sus oídos y su espíritu á todos los rumores de la naturaleza, á la canción del agua en las arenas, al gorgeo del pájaro en su nido, al suspiro del viento entre los árboles, á las voces de la selva, y trasforma todo lo que escucha en armonía. No muestra la rica superabundancia que arrastra á los españoles al aplauso, ni brilla por una palabra elegante, llena de gracia y de donaire, sino que su frase es siempre nerviosa, fuerte, escultural. Podría llamarse el Tácito de la balada y del romance. Le compararía al autor de *La visión de Fray Martin* y de *Los gritos del combate*, si *Meyer* no fuese una naturaleza profundamente religiosa, combatiendo por la Reforma.

Recordando que Suiza ofreció á Hutten el postrer asilo y el último pan, hizo *Meyer* de aquel caballero germano el protagonista de un idilio heróico de más alto vuelo, titulado *Los últimos dias de Hutten*, que acabó de procurar al poeta los favores de una constante fama en la patria de su héroe, la Alemania, radiado de luz. Refléjase *Meyer* en sus poesías, pero no en sus novelas, pues el narrador ha de iluminarlo todo con su linterna, pero no á sí propio. Sus novelas todas tienen un rasgo dramático, haciéndose el pensamiento poético un cuadro vivo. La bien tajada pluma del poeta corre con maestría é inagotable inspiración por su novela histórica titulada *Jorge Jenatsch*, que presentándonos un héroe de los Grisones, nos ofrece cuadros llenos, ora de una fuerza poderosa y demoniaca, ora de grandeza sublime. Otra genial concepción suya es *El Santo*, que más que novela podría llamarse un poema de la humanidad. El ímpetu de la acción y el brillo artístico lo encontramos en *Las bodas del monje*, en las cuales el Dante aparece como narrador, y entre las novelas pequeñas del

autor descuella *El paje Gustavo Dolfo*. La esencialidad de sus novelas la constituyen lo trágico, lo demoniaco: *Meyer* es el *Echegaray* de la novela.

Nació el inspirado poeta en Zurich el 12 de Octubre de 1825. Estudió Derecho en su ciudad natal; pero más que el estudio de las leyes, le interesaba el de las crónicas. Por espacio de muchos años, se replegaba en las soledades del alma, y aun hoy hace una vida retirada en su finca de Rilchberg, cerca de Zurich. En 1870 inauguró el poeta solitario sus publicaciones literarias con sus *Romances y cuadros*. Salió á luz, en 1871, su poema *Hutten*; en 1876, la novela *Jorge Jenatsch*; en 1880 *El Santo*, y en 1884 *Las bodas del monje*. En 1882 dió á la estampa sus *Poesías*, que se parecen á cuadros más que á armoniosos cantos. Yo tengo para mí que las poesías de su primer período nos encantan por sus adornos, que parecen la púrpura del genio más que el abigarrado equipaje de un principiante. Al refundir casi todas sus composiciones, su mano cruel destruyó á menudo la música de sus versos y la belleza de sus rimas, pues ya le basta una sola palabra para pintar una situación, aspirando el poeta á la mayor brevedad posible. Y terminando este artículo, trataremos de imitar en eso al bardo, cuyos artísticos romances parecen á veces cincelados como un ánfora de plata de Benvenuto.

Juan Fastenrath.

Colonia, 8 de Febrero de 1887.

ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL

ANDRÉS LAGUNA [1]

PARTE QUINTA

Descubrimiento de la válvula denominada en anatomía ileo-cecal.—Ideas acerca de la circulación de la sangre.—Aptitudes de Laguna.—Vuelve á Segovia.—Contrariedades que experimentó.—Amistades que contrajo.—Laboriosidad ejemplar de Laguna.—Profundas consideraciones á que se presta el estudio biográfico del mismo.—Muerte de Laguna.—Juicio de la posteridad.—Honores póstumos.

I

Sin embargo de no constar en la historia de un modo terminante, se cita á Andrés Laguna, en la Anatomía, como el descubridor de la válvula ileo-cecal, situada en el límite del intestino ciego y de los intestinos delgados, que se considera como el resultado de la invaginación del intestino delgado en el grueso y cuyo empleo es importante en los últimos períodos de la digestión, para impedir que las materias contenidas en

(1) Véanse los números del 25 de Enero y 10 de Febrero.

los intestinos gruesos retornen á los delgados. No hemos querido dejar de consignar un hecho que honra igualmente al autor que á la medicina patria, y, por tanto, se indica, por haberlo visto así expresado en las notas del traductor español de la obra de *Historia de la Medicina* de Renouard (1) expuestas para ampliar y completar ideas del original.

Este hecho le acredita de profundo observador anatómico, aun cuando no se dedicó asíduamente á esta especialidad, pues bastante fijó su atención en otros estudios de igual importancia y de gran trascendencia por muchos conceptos. Pero donde quiera que dirigía sus miradas y concentraba su actividad, no tardaban en observarse las brillantes huellas de una inteligencia y criterio superiores. Veía lo que no aprecian las medianías y lo que pasa desapercibido é ignorado al mayor número.

Emitió algunas ideas que indicaban conocimiento, más ó menos remoto, de la circulación de la sangre, cuando ya estaba próxima la aparición en el mundo de Miguel Servet que, para gloria de nuestra patria, fué el descubridor de la referida función orgánica.

Dice Laguna:

«El corazón ocupará la región media del tórax, aunque aparezca que se inclina más al lado izquierdo, por la frecuente palpitación que hiere más á éste que al derecho. Tiene solamente dos ventrículos, uno derecho y otro izquierdo. No sé en qué pueda fundarse la opinión de los que añaden una tercera cavidad, á no ser que entiendan como tal aquellos poros ó durezas prominentes que hay en el tabique. Pero, en realidad, el corazón, que de suyo no tiene sangre alguna, la recibe recíprocamente de la vena cava, por la aurícula del ventrículo derecho, de donde, trasportada á la cavidad izquierda del mismo, se confeccionan los espíritus vitales que, pasando, por fin, por las arterias á todo el cuerpo, van á calentar las partes que están frías y á refrigerar á las cálidas con esta aereación. Siendo, pues, el corazón el órgano más principal de todo el cuerpo, el

(1) Renouard, traducido por el Doctor D. Pablo Villanueva.—Salamanca, 1871.

que primero empieza á vivir y el que más tarde abandona la vida, debe otorgarse parte de certeza á la opinión de Aristóteles, que decía que el principal asiento del alma estaba en el corazón.»

Reflexiona ahora acerca del artificio y obra de la naturaleza: «Como sólo existen dos vasos que van desde el corazón á los pulmones, uno que es la vena (arterioso) y otro que es la arteria (venoso), y éste, formado de una sola túnica, se unen. De aquí surge una controversia nada vulgar.

»Porque como del corazón á los pulmones sólo se dirijan dos vasos, por el uno, llamado vena arteriosa, se dirige la sangre sutil para la nutrición de éstos; por el otro, arteria venosa, los espíritus vitales, cuando se contrae el corazón como el mismo Galeno confiesa. Prodúcese, digo, la cuestión de cuándo y por qué sitio se arrojan los excrementos fuliginosos, desde el ventrículo izquierdo del corazón á los pulmones. Por la vena arteriosa no se dirigen, porque por ella sólo pasa sangre. ¿Dirás, tal vez, por la arteria venosa? Pero es fácil demostrar que tampoco por ésta, ó bien en el diástole; pero en el tiempo que el corazón se dilata, atrae, ciertamente, aire benigno, mas no le envía después. No el sístole, ó sea cuando se contrae, puesto que entonces envía á los pulmones los espíritus vitales. Nunca, por lo tanto, hemos de creer que el aire frío se elabora muy cuidadosamente en los pulmones antes que llegue al corazón.»

Las anteriores líneas indican de una manera bien clara y evidente que Laguna tenía idea de los movimientos sanguíneos, si bien con las inexactitudes propias del estado de la ciencia en aquella época, en que á la Fisiologia faltaba tanto que conocer y los experimentos eran tan deficientes é inexactos.

Poseía variadas aptitudes dentro de su carrera, á la cnal se dedicó con afición y entusiasmo extraordinarios. Excelente clínico, para ser un buen médico á la cabecera de sus enfermos, era también un distinguido naturalista, dirigiendo principalmente su vocación á la Botánica, en cuyo estudio hallaba,

como ya hemos visto, satisfacción su espíritu investigador y erudito. Así es que tenía buenos conocimientos en esta ciencia, tal como entonces se concebía, sobre todo de las plantas de aplicación terapéutica, cuyos detalles consignó con tanta minuciosidad en la obra de Dioscórides. Por eso la Farmacia y la Medicina tienen que consignar en su historia un recuerdo glorioso al ilustre segoviano que tanto contribuyó á la propagación de los conocimientos científicos de su tiempo.

No hay profesor de Farmacia ó Medicina que tenga algún entusiasmo por su carrera y por las glorias patrias, que desconozca ú olvide el nombre de Andrés Laguna, digno de figurar al frente del movimiento científico de una época determinada y representante de una generación que dió á su patria honra y prez, y en el cultivo de los conocimientos produjo adelantos visibles. Es una personalidad de la que no es posible prescinda ninguno de los que se dedican á las ciencias médicas, y cuya importancia reclama ufana una nación que, si bien ha sido pródiga en hijos artistas de imperecedero renombre, no ha estado tan multiplicadamente representada en cultivadores de las ciencias de la naturaleza, aunque tampoco haya carecido de algunos.

No hay para qué hacer consideraciones acerca del mérito de todos sus trabajos, cuando han triunfado tan brillantemente del sudario del olvido, ese abismo en que se hunden y sepultan las obras de la humanidad, al propio tiempo que los autores que las dieron vida y forma. De seguro que todo aquello que resiste las continuas oleadas del tiempo y pasa incólume por las vicisitudes de los años, merece por lo menos la calificación de respetable á los ojos de la historia. No hay que dudarlo; lo que ha conservado la sucesiva tradición en varias generaciones, es porque posee algún título á la perpetuidad, y en tal caso, hay siempre que detenerse á examinar aquello que han considerado digno de aprecio los que nos precedieron en la peregrinación por el mundo.

II

La vida de Laguna se presta á grandes comentarios y á no pocos estudios. Desde el punto de vista histórico es como principalmente hay que considerarle. Como vivió en la época más brillante de la historia española y se distinguió de un modo notable por más de un concepto, ha de ir forzosamente unido su nombre al de las glorias de nuestra nación, cuya influencia era la primera del mundo, y á quien rendían el tributo de respeto y admiración todos los pueblos civilizados. Figura, por tanto, en el catálogo de aquellas personalidades con quienes la patria se enorgullece.

A su venida de Flandes, que tuvo lugar en 1557, creyó poder disfrutar largo tiempo las anheladas delicias de la tranquilidad y la paz del hogar doméstico. Pero no le fué dado conseguir este deseo sino breve período, pues el duque del Infantado rogó le acompañase á Francia, teniendo en cuenta sus relevantes conocimientos médicos, cuando fué á recibir á Isabel de Valois, que venía á desposarse con Felipe II, en cuyo monarca tenía fijos los ojos Europa y cuya política pesaba y significaba tanto en aquel período histórico.

Experimentaba vivos deseos de volver á su patria, como no podía menos, después de haber pasado por la natural nostalgia del que ha permanecido largo tiempo en apartadas regiones del sitio en que naciera y donde trascurrieran felices los risueños días de la infancia y contrajera aquellos lazos de amistad primera, jamás extinguidos ni rotos. Si á esto se agrega que le esperaba la inefable satisfacción de abrazar á los autores de sus días, se comprenderá cuánto sería el anhelo de regresar á un país en que abriera los ojos á la luz, y hoy tornaba con un nombre ilustre y una experiencia adquirida con los años en el yunque del trabajo y probada con las injusticias de los hombres y la continua observación de los hechos.

Pero en aquellos lugares, para él tan queridos, que vieran

deslizarse tranquilos los días de su infancia, le estaban aún reservados dolores que, desgraciadamente, hubo de experimentar bien pronto, y la satisfacción de volver á su patria fué poco duradera, amargándose sus momentáneas alegrías, y los mismos ojos en que se pintara su dicha no tardaron en verse humedecidos por las lágrimas, puesto que su anciano padre, que tanto anhelara la vuelta al hogar doméstico de aquel hijo querido y ausente, pudo apenas estrecharle entre sus brazos, como si esperase á cumplir su paternal propósito para dejar el mundo.

Deseosa su familia, é igualmente ansioso él, de disfrutar los goces de la paz doméstica y las delicias del hogar, cuando tanto tiempo trascurriera lejos de los suyos en extraños y remotos países, no pudo, pues, sin embargo, permanecer largo tiempo en su pueblo natal sin experimentar el terrible dolor de ver morir al querido autor de su existencia, pues falleció poco después de haber llegado á Segovia Andrés Laguna y cuando todavía no se habian extinguido los ecos de los dulces trasportes del cariño revelado tras larga ausencia. Cerró con piedad filial los ojos al anciano padre, de quien recibió el último adiós y la postrer mirada, teniendo en medio de su dolor la satisfacción de asistir á su eterna despedida.

Á fines, pues, del año 1557, á mediados de Noviembre, fué cuando partió de Flandes á España y llegó á Segovia, donde poco después perdió á su padre y colocó en su sepulcro, que existe en la capilla de Nuestra Señora, en la iglesia parroquial de San Miguel, una lápida con un epitafio en letras cinceladas, que dice así:

D. O. M.

Doctrina et pietate, clarissimo viro D. Jacobo Ferdinandi á Laguna, insigni Doctori medico: qui dum Iugiter studeret Segoviensibus ferre. Manus auxilitrites invida tamen morte interceptus Concesit Fatis VII. Idus majas 1541. *Andreas Laguna filius miles Sancti Petri, ac Medicus Julii III. Pohtif. Max. ex*

Italia et Germania Redux Indulgentissimo Patri. Ya Vita Funeto Sibiq. Morituro, ac suis possuit anno 1557.

En la parte inferior hay un escudo con una nave que surca las aguas, y en la parte superior este lema: *Kai to gneima soy odecesei me*, ó sea: *Spiritus tuus deduct me*, que significa: *Tu espíritu me encaminará*. Colmenares dice que no sabe si serán acaso, las armas del apellido Laguna, ó más bien obra de su caprichoso ingenio.

Dibujo que se observa en la sepultura existente en Segovia del padre de D. Andrés Laguna, y según algunos escudo de armas de la familia.

III

De carácter apacible y de simpático trato, supo adaptarse de igual modo á las costumbres y educación de los clientes de alcurnia elevada, que á las personas menos favorecidas por la fortuna y que ocupaban la más humilde categoría social. Si bien es cierto que su distinguida educación y gran cultura le hacían apto para dignamente alternar en los palacios de los Soberanos y Príncipes, su caridad y abnegación, al propio tiempo que su afable proceder, le atraían á la morada del pobre y del desvalido, á la cual llevaba consuelo, ciencia, fe y valor, como el benéfico ambiente produce en los campos, vida y poesía en las flores y frutos que brotan con su influjo.

Mereció ser admitido en la sociedad aristocrática y obtuvo la confianza, el aprecio y hasta la honra de ser consultado en asuntos de gobierno por magnates y Príncipes, por Soberanos y Jefes de Estado, por personajes ilustres de alta significación política y social; todo lo cual se debía á sus condiciones de superior instrucción, talento, prudencia, diplomacia, sentimiento de justicia, trato de gentes, discreción, oportunidad y exquisito conocimiento del mundo, condiciones que revelan en quien las reune que ha traspasado los límites del nivel común y es honra de su patria y de su época, por ser sumamente difícil navegar sin naufragio en el turbulento mar de la vida activa y especial de quien pisa el palacio de los Soberanos y no es el cortesano de oficio, sino el modesto sabio que vive de su ciencia y su trabajo.

Ciertamente tuvo la satisfacción de encontrar algún tanto premiados sus desvelos y, hasta cierto punto, satisfechas sus aspiraciones. Mas no por eso le faltaron luchas, contrariedades y espinas en el camino de su vida. La superioridad de su talento y la posición que supo conquistarse, habían forzosamente de mortificar á muchos que veían disgustados su elevación y sus honores. La envidia es tan antigua como la humanidad,

y hay que contar siempre con sus asechanzas. Pero supo sobreponerse á sus émulos, y jamás le abatieron los sinsabores ni le desvelaron los disgustos producidos por sus contemporáneos.

La vida, no hay que dudarlo, es una lucha incesante, un continuado combate, una serie de dificultades donde, el que más victorias obtiene, es el que alcanza la única y posible ventura que al hombre le es dado conseguir. Así es que en la existencia de Laguna no dejaron de presentarse ocasiones y motivos varios en que hubo de entablar combates con la suerte, logrando al fin vencerla. No de otro modo acontece á todas las personalidades que, cual la que nos ocupa, llegan á llamar justamente la atención de las gentes por sus publicaciones, por sus actos, por su modo de conducirse en los difíciles y elevados cargos que desempeñó; por sus brillantes trabajos, en una palabra, que le conquistaron merecido renombre y eterna inmortalidad.

La prudencia y el talento, juntamente con su gran serenidad, fueron las poderosas armas de que se valió para combatir y conjurar las diarias complicaciones y continuados conflictos de la vida, sobre todo quien, como él, por su posición, por la fama de que su nombre disfrutaba, por la influencia con los Reyes y altos personajes, por sus escritos y por las diversas circunstancias de que estaba rodeado, había de tener mayores obstáculos y mayor número de motivos de sinsabores que los que viven en la modesta esfera de las medianías y no han alcanzado á hollar con su planta esas regiones á que las notabilidades llegan, donde, si bien es cierto que disfrutan satisfacciones y deleites, experimentan asimismo las amarguras y penas del que tiene que recibir los acerados dardos de la emulación, siempre dispuestos á herirle.

Bien puede asegurarse que en ninguna época de su vida fué pródigo del tiempo y malgastó el caudal de la existencia, ni aun en el período de la juventud, en que, por lo regular, tanto se desperdicia y tantas horas se consumen en lo supérfluo ó perjudicial, ó tal vez en la inacción, por lo mismo que el tiempo sobra y se cree que aquellas fragantes flores jamás

han de marchitarse y aquel brillante sol no ha de llegar nunca á su ocaso. En todas ocasiones dió siempre el verdadero valor á las horas que trascurren, sabiendo invertirlas en útiles y provechosas ocupaciones, teniendo la seguridad de que la misión del hombre dedicado á la ciencia es la de hacerla progresar y dejar marcadas las honrosas huellas de su paso por la misma.

En algunos períodos de su existencia no hubo para él distracciones, afectos, mundo, pasiones, esperanzas, aspiraciones, dicha, ideas, entusiasmo y vida sino para el estudio y la posesión de la ciencia, en la cual cifraba toda su ventura y por la que no vacilaba en realizar cualquier género de sacrificios. Por eso alcanzó con justicia un renombre envidiable, y sus opiniones eran consultadas y tenidas en mucho por el público ilustrado, en la seguridad de que sus juicios habían de ser la resultante del mucho estudio acumulado y recogido por una gran inteligencia que una vez dueña de tantas ideas, las modelaba y daba nuevas formas, como hábil escultor que del informe barro produce bellísimas y artísticas figuras.

IV

Era sumamente aficionado á las comparaciones y al estilo figurado cuando explicaba un asunto científico, y lo mismo al hacer la descripción en sus obras. Al tratar de los órganos contenidos en la cavidad abdominal en uno de sus libros, compara dicha cavidad al mar, los intestinos á las grandes naves; las venas mesentéricas que se esparcen por ellos, á los esquifes; los cuatro humores á los remos, y el organismo en general al piloto de la embarcación. Añade que, así como inclinando el timón de un buque se le hace variar de rumbo, del mismo modo la superabundancia de una de las cuatro condiciones del cuerpo, calor frío, humedad y sequedad, que son el timón de la salud, hará precisamente variar el estado de ésta.

Dice que el corazón representa al Pontífice, que ocupa el punto céntrico de las naciones; el hígado, el pernicioso impe-

rio de Turquía; el cerebro, asiento principal del espíritu, al Emperador Carlos V, y que el cerebro, corazón é hígado, se hallan en relaciones, como Grecia, y España. Son ideas que revelan los asuntos de interés en la política de aquel tiempo.

Contemporáneo de Garcilaso de la Vega y testigo de sus triunfos, leía con beneplácito sus producciones y celebraba con entusiasmo las inspiradas églogas del célebre poeta toledano, que puede con razón calificársele de uno de los escritores más elegantes de nuestra patria, á cuyas obras puede acudirse, en la seguridad de hallar una de las fuentes más puras del idioma cattellano, por lo cual se le considera como uno de los escritores clásicos que. á pesar de haber muerto á la temprana edad de treinta y tres años, supo colocar tan alto su nombre. Laguna conoció sus trabajos y los elogió y apreció en cuanto valían.

Los repetidos viajes que llevó á cabo, sirviéronle en gran manera para adquirir un fondo de ilustración y cultura nada comunes, cuya enseñanza fué doblemente fructífera para quien se hallaba con una preparación y aptitud tan extraordinarias. Dotado, en efecto, de facultades intelectuales superiores, adquirieron éstas mayor desarrollo con el incesante cultivo y la bien dirigida gimnasia de su inteligencia, á que se dedicó sin punto de reposo. Porque los museos que visitó, las personas con quien consultó, los países que á su vista se ofrecieron, fueron otros tantos motivos para que adquiriese un caudal de ciencia que, convenientemente asimilada, pudo presentarla á la consideración pública revestida de un grado de originalidad y atractivo que no es dado conseguir á quien no posea las condiciones de la persona á que nos referimos.

Desde luégo se ve en Laguna el hombre incansable para el trabajo, que no retrocede ante las contrariedades inevitables en todos los trances de la vida y que desprecia todos los sacrificios, con tal de ver realizado el logro de sus buenos deseos. Su fe y constancia tienen profundas raíces, para no impacientarse con el inmoderado deseo de lograr prematuramente la satisfación de sus ambiciones. Sabe esperar y tiene suficiente constancia para resistir las duras pruebas á que ha de some-

terse el que ocupa la posición social en que el modesto hombre de ciencia estaba colocado.

La laboriosidad fué su constante norma de conducta. Sin más que hacerse cargo ligeramente del número de obras que salieron de su pluma, bastantes para formar una biblioteca que constituyese la fama de un escritor notable, sus ocupaciones incesantes de médico con gran clientela y de observador profundo de los fenómenos que la naturaleza ofrece á toda hora, para interpretarlos con la crítica del que atesora gran caudal de ideas y superior ingenio, son evidentes señales de que no permanecía ocioso ni daba momento de paz á una febril actividad de la que tanto provecho reportaran la ciencia y la salud pública.

Su actividad era, en efecto, tanta, que parece inconcebible pudiera realizar las empresas que llevó á término cuando, simultáneamente, había de distribuir su atención en varias ocupaciones de índole distinta. Sólo quien, como él, poseyendo igual aptitud en los difíciles trabajos del bufete como para vencer los obstáculos de la oratoria y resolver los problemas que lleva consigo el ejercicio de la medicina y las ocupaciones del naturalista práctico, era el llamado á colocar su nombre tan alto y ofrecer el raro ejemplo de sobresalir en varias carreras y llegar á superior altura en diferentes especialidades.

V

Conocer la biografía de Laguna y estudiar sus obras, vale tanto como investigar las más puras y claras fuentes de la historia de la Farmacia española en el siglo XVI. No es posible permanecer indiferente ante documentos que revelan toda la cultura científica de una época, y en pos de los cuales se ha desarrollado un cúmulo de ideas que hoy constituyen cuerpos de doctrina, cuyo núcleo se halla en aquellas páginas, que de-

ben ser conocidas y proclamadas por todo el que sienta el entusiasmo por la ciencia patria que inspira la lectura de sus curiosos libros.

Laguna puede ser juzgado igualmente por su vida que por sus obras. Hay actos en su existencia, episodios en que intervino, hechos en que fué actor, asuntos de que fué testigo, que no pueden menos de intervenir en alto grado y colocar al protagonista en predilecto lugar. Mas los escritos que ha dejado, al modo de luminosa é inextinguible huella, serán siempre documentos fehacientes de la poderosa inteligencia que les dió el ser, cual esas obras de arte destinadas á desafiar al tiempo y á pasar al dominio de la generalidad, que las considera como una joya de la nación en que nacieron.

En cada período de la vida de este hombre insigne, hay grandes enseñanzas y muchos motivos de meditación y estudio. Los viajes que llevó á cabo, las obras que publicó, los discursos que dirigió á varias colectividades, su conducta con los poderosos y magnates y su proceder con los humildes y menesterosos, son páginas gloriosas de la vida de un profesor celoso, que tiene condiciones superiores y se halla, por lo tanto, en aptitud de legar á su patria honrosos monumentos que las generaciones sucesivas han apreciado, libres de la presión del instante y cuando ha sonado verdaderamente la hora, en el reloj de la historia, de juzgar á las personas con perfecta imparcialidad y con ánimo sereno y desapasionado.

Á su regreso de Francia, cuando acompañó al Duque del Infantado para recibir á la Princesa Isabel, hija de Enrique II, sintióse Laguna acometido de una enfermedad que poco después fué la que le llevó al sepulcro. Un terrible ataque de hemorroides, que adquirió caracteres muy graves, produjo su muerte en los comienzos del año 1560, pudiendo decir que su existencia fue admirablemente aprovechada; pues sin haber alcanzado una gran longevidad, realizó y sintetizó en su vida lo que puede alcanzar el que adquiere con justicia el dictado de sabio y la fama de erudito y de autoridad irrecusable en su profesión; lo cual es dado, ciertamente, á bien pocos.

Laguna murió pobre. Sin embargo de haber desempeñado tan eminentes cargos y dedicar su vida entera á la laboriosidad, no pudo hallar en los últimos días de su existencia todo el bienestar á que era acreedor tan infatigable apóstol del trabajo.

Respecto al sitio en que ocurrió el fallecimiento, no hay completa conformidad de pareceres en las personas que del asunto se han ocupado. Si bien hay muchos que opinan que murió en Segovia, existen también otros varios que aseguran que se verificó antes de llegar á esta ciudad, cuando ya se dirigía á ella muy enfermo del referido ataque y tal vez agravado con las molestias inherentes á tan largo viaje (1). De todas suertes, su primera sepultura fué indudablemente el pueblo en que naciera, en lo cual se cumplieron sus deseos, diversas veces manifestados, pues jamás perdió el afecto á los patrios lares, y donde quiso también dormir su eterno sueño.

Se supone que Andrés Laguna fué célibe, ó si contrajo matrimonio, no tuvo sucesión. No existen, ó por lo menos no aparecen, documentos que atestigüen lo relativo á estos particulares. Á su muerte quedaron por herederos de sus bienes y derechos su madre, doña Catalina, y Miguel Juárez. De todas suertes, es sensible que se extinguiera en su persona la rama directa de un apellido que había engrandecido de tal modo y que supo por su ciencia y condiciones hacerle glorioso é imperecedero.

Tal fué la vida de aquél hombre, cuya celebridad se halla tan plenamente justificada. En sus actos, como médico, orador y literato cortesano, ya se le considere en relación con los Monarcas ó con el más humilde ciudadano; en sus escritos, que después de tres centurias llegan á nuestras manos con el aprecio y valor de documentos históricos, jamás decae, y vemos siempre al individuo que ocupó con sobrada razón un lugar

(1) Suponen algunos que falleció en el pueblo llamado Galapagar; pero no garantizamos esta noticia. Se cita como una opinión sin grandes pruebas.

eminente entre los de su época y ha consignado la fama en su templo con indelebles caracteres y con imborrables huellas. Es, verdaderamente, una gloria nacional.

VI

Murió cuando aún no había llegado al ocaso de aquella inteligencia que diera tantos y tan beneficiosos resultados y aún podían esperarse brillantes creaciones de la fecundidad de su ingenio y del incesante ejercicio á que le sometía. No se apagaba con los años la llama de su entusiasmo, ni se desvanecían los deseos del progreso y adelanto en su carrera, de los cuales marchaba siempre en pos, cual peregrino de la ciencia y de las letras, nunca saciado ni satisfecho con las conquistas que realiza y con los triunfos que alcanza. Fué, pues, sorprendido y súbitamente paralizado en un camino que recorría con avidez y deseo de victorias, como el guerrero que sólo ve los laureles y no recuerda, ni remotamente, los peligros y los riesgos.

Su cadáver fué depositado junto al de su padre, en la misma iglesia y capilla, y más tarde el de su madre, colocando en la lápida la siguiente inscripción:

Aquí yace la buena memoria de Catalina Velazquez, muger del Dotor Diego Fernandez de Laguna, fundadora de la capilla. Falleció á 28 *de Octubre de* 1568 *años.*

El tío de Andrés Laguna, ó sea el hermano de don Diego, el Doctor don Melchor Fernandez de Laguna, gobernador eclesiástico, primero del Arzobispado de Toledo y después del Obispado de Plasencia, que ya estaba presentado para esta mitra, y que cuidó algún tiempo de los sepulcros de sus deudos, fué también enterrado en la misma capilla, que ya había adquirido el carácter de panteón de familia, y era como tal venerado por las muchas personas afectas con que contaron entre sus contemporáneos, de quienes se captaron no escaso número

de simpatías, y entre los que tuvieron el aprecio y consideración que merecían por sus relevantes cualidades.

He aquí el epitafio que dedicó á Laguna, en su sepultura de Segovia, el Canónigo de aquella iglesia catedral D. José de Aldema:

D. O. S.

Hic jacet: inmensumque brevis jam terra Lacunam
Absorbere valet: si tamen ulla valet.
Adttic qui exausit: fuso qui jura Galeno
Addiait: Hispanum Pedaciumque dedit.
Pharmaca dum promit, medicas dum ferre Tiaram
Usque manus incubat, occubuit.
At Bonus in Portum deduxit spiritus illum,
quo transgressa Lacum, libera, navis erit.
Anno M. D. L. X.

Las anteriores frases sintetizan perfectamente la vida y hechos del español ilustre que ha dejado tan honrosa memoria de su vida y tan honda huella de sus grandes y variados trabajos.

Todo el que lea la sencilla inscripción que cubre este sepulcro, no podrá menos de pensar profundamente en lo que significan aquellos huesos encerrados en pequeño espacio, y el gran poema que realizaron en el mundo cuando animados con el calor de la vida, dieron muestras de actividad y energía extraordinarias, juntamente con un sinnúmero de cualidades que contribuyeron á dar fama imperecedera y recuerdo de gratitud al hombre que tantos triunfos alcanzara en el mundo de la ciencia. De seguro el visitante sintetizará en su mente toda esa campaña de proezas que asaltan el ánimo en todo el que conozca las glorias de la patria y haya oído pronunciar los nombres de sus ilustres hijos.

VII

Murió Laguna precisamente el mismo año que Felipe II eligió á Madrid para residencia de la Corte, instituyéndola desde entonces capital de España, trasladándola de Toledo, donde á la sazón se hallaba. A partir, pues, de 1560, es desde cuando reside en Madrid la capitalidad de nuestra patria; idea muy discutida respecto á su conveniencia mayor ó menor, y en cuyo asunto no es oportuno entrar ahora (1). Sólo sí se cita para indicar que no residió en esta población Laguna todo el tiempo que hubiera permanecido si la decisión del Monarca se hubiese anticipado á la fecha referida, que precisamente coincidió con la muerte del ilustre hombre de ciencia. Es, pues, una efeméride relacionada con este asunto, y por eso la consignamos.

No consta que se le concedieran otras distinciones que se otorgan á los hombres de mérito y á las eminencias de una carrera determinada, fuera de las que le confirió el Pontífice. Pero eso no ha sido obstáculo para que haya alcanzado el más grande y estimado premio que puede imaginar el hombre más apasionado de las distinciones y honores, cual es la corona siempre floreciente de la inmortalidad, que se adjudica de una manera espontánea y que brota sin esfuerzo alguno, como el lirio en el valle ó como la cristalina gota de rocío en la hoja. Ese es el más justificado galardón, por lo mismo que ni se busca, ni se pide, ni se prodiga, sino que sale al encuentro del que lo merece, y lo posee sin que nadie sea osado á disputárselo.

En la *Historia de Segovia*, de D. Diego Colmenares, se cita también el nombre de Laguna, colocándole en lugar preemi-

(1) Según el ilustre escritor de gran autoridad en el asunto, el Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos, la capitalidad de España en Madrid debe contarse desde principios de 1561.

nente, al hablar de Fray Andrés de Vega, pues dice que el año 1560 fué infausto para la ciudad de Segovia, puesto que en dicha fecha perdió tres ilustres hijos, que fueron: el doctor Andrés de Laguna, el maestro Fray Domingo de Soto y Fray Andrés de Vega.

El libro de Colmenares ha servido de primera y principal consulta á los biógrafos de Laguna y á casi todos cuantos se han ocupado de su personalidad en diversos conceptos, por lo cual merece gran crédito.

VIII

La ciudad de Segovia, justo es decirlo (1), no se apresuró inmediatamente á honrar cual merecía la memoria de Laguna. No conservó sus cenizas con todo el cuidado que merecían, pues nadie se ocupó de ellas, durante mucho tiempo olvidadas en la capilla de San Miguel de la referida ciudad. El año 1810, con motivo de trasladar á esta iglesia la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, se cubrió con el retablo el sepulcro. Los restos fueron después extraídos, y parece ser que se colocaron en un serón de esparto, quedando abierto el nicho y expuesto á las profanaciones, hasta que por orden del Gobierno, y con la consiguiente licencia de la autoridad eclesiástica, fueron trasladados al panteón de hombres célebres que se proyectó formar en San Francisco el Grande, en Madrid.

En nuestros días se ha dado su nombre á una plaza en la ciudad en que nació, por iniciativa del distinguido farmacéutico y entusiasta de las glorias de Segovia D. Mariano Llovet. A expensas de éste se construyó elegante lápida, que se colocó en la antigua plaza titulada de los Huertos, que desde entonces se llama plaza del Doctor Andrés Laguna, perpetuando de tal suerte la memoria del ilustre segoviano (2). Es de sentir,

(1) *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, por D. Tomás Baeza.

(2) Véanse los documentos del final.

sin embargo, que no se le haya erigido una estatua, como debía haberse efectuado por una suscrición nacional, cuya idea debiera ser acogida por todos los que tengan el aprecio que se merecen á los grandes hombres que han dado á su patria tantos días de gloria.

No ha sido posible averiguar de un modo exacto la casa en que nació, ó por lo menos el lugar que ocupaba. Es lamentable que no haya medio de perpetuar en este sentido su memoria, siquiera con una modesta inscripción en aquel sitio, cuyo recuerdo debiera ser tan grato y apreciable á los que se honran con haber nacido en la ciudad donde vió la luz primera el insigne sabio español. De todas suertes, si la fatalidad ha sido causa de que no haya esa mención material, seguramente el nombre de Laguna se hallará grabado en todos los corazones de sus compatriotas y paisanos y no habrán menester de grandes manifestaciones externas para evocar su recuerdo.

La posteridad, en fin, no ha sido ingrata con este ilustre nombre, pues ha dedicado á su memoria recuerdos honrosos é imperecederos testimonios de su admiración y respeto. Por decreto de las Cortes Constituyentes de 1869 se le declaró digno de ocupar un puesto en el Panteón Nacional de hombres célebres al lado de Calderón, del Gran Capitán, de Garcilaso, de Ercilla, de Lanuza, de Quevedo, de Gravina y de otras grandes celebridades cuya memoria vive en todos los corazones españoles y á cuyo recuerdo se enorgullece el entusiasmo patrio, sintiendo verdadera satisfacción de haber nacido en el mismo suelo en que vieron la luz aquellos héroes de inteligencia privilegiada y por derecho propio poseedores del templo de la inmortalidad, aun sin el mandato oficial.

Así es que el 20 de Junio del referido año, en cuyo día tuvo lugar la traslación de los restos de hombres célebres al Panteón Nacional, ceremonia llevada á cabo con inusitada pompa y extraordinaria solemnidad, iba, entre las varias carrozas que conducían las cenizas de otros genios, el carro de Laguna con magnífica corona de laurel y las inscripciones siguientes, recordando los títulos de sus principales obras: *Método anatómico,*

Epítome de Galeno, *De herba panacea*, *Anotaciones á Dioscórides* y una leyenda con la siguiente inscripción:

Gloria de su patria fué
en Medicina y en fé.

El carro marchaba tirado por cuatro caballos castaños con correaje amarillo y encarnado. Como trofeos las obras del distinguido médico, y formando el cortejo de acompañamiento los estudiantes de las Facultades de Medicina y de Farmacia, las Reales Academias de Medicina y Ciencias exactas, físicas y naturales, representaciónes de los Cláustros de las Facultades de Medicina y de Farmacia de la Universidad Central y del Cuerpo de Sanidad Militar.

En el primer acuerdo relativo á la instalación del panteón de hombres ilustres no figuraba el nombre de Laguna. Pero la iniciativa de un distinguido estadista, el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, Diputado en aquellas Cortes, motivó el presentar una proposición la víspera de la solemnidad en que se hacía públicamente la traslación de los restos de tantas celebridades y, después de apoyarla, acordaron las Cortes Constituyentes por unanimidad que merecía el Doctor Laguna figurar dignamente al lado de las eminencias que la patria colocaba en tan preciado sitio (1).

Á pesar de verificada la solemnidad de la traslación, no se continuaron las obras para la realización de tan gran pensamiento.

Después se han vuelto á trasladar los preciosos restos á su antiguo panteón de Segovia, reclamados por el Ayuntamiento de esta ciudad, en vista de que no se realizaba ni llevaba á término la idea del Panteón Nacional. Para esto fué comisionado el Sr. D. Mariano Llovet, á quien ya hemos citado, Alcalde que ha sido de dicha población, y cumplió con tan honroso

(1) Véanse al final los documentos en que se detallan estos datos.

encargo, llevando los huesos del hombre ilustre á descansar en el templo en que fueron primeramente colocados, y que hoy conserva Segovia cual preciada reliquia que juzga pertenecerle y tener en su recinto como testimonio de glorioso recuerdo (1).

Joaquín Olmedilla y Puig.

(Continuará.)

(1) Véanse los documentos que se insertan al final.

FILOSOFÍA DE LA MISERIA [1]

VIII

Resultan de lo expuesto las dos conclusiones dogmáticas (2) siguientes:

I.—Aunque en el concurso y concierto de todos, *hemos de hacer* (históricamente) *la vida por nosotros mismos ó individual y subjetivamente*—como lo factible y el actor = Yo.

II. — *Engendramos la Propiedad por nuestros individuales estados.*

Ahora bien; para nuestro sostén, necesitamos consumir la cantidad de materiales correspondiente á la satisfacción de nuestras necesidades, y como quiera que no podemos disponer —á partir de nosotros—más que de lo *nuestro*, porque lindando con eso, limitándolo y excluyéndolo está, no ya *lo que es de otro*, sino, lo que es más, *lo que no es nuestro*, hemos de comen-

(1) Véanse las REVISTAS de 10 y 25 de Enero y 10 de Febrero.

(2) De Δογματικός; de Δόγμα = *Conclusión científica* (objetiva) *con caracter* (pedagógico) *de doctrina*. La Teología ha dado á la palabra una restricción impropia, imprimiéndola una significación puramente religiosa. Y más que á la Religión, la palabra conviene á la Ciencia.

zar por *adquirir* (1) *en propiedad* el material que necesitamos consumir (2).

Pero, ¿cómo se adquiere la propiedad? Hemos contestado analíticamente esa pregunta, la cual, en este punto, podemos satisfacer en las dos siguientes proposiciones sintéticas, inversamente correspondientes á las dos anteriores:

(¿Cómo se adquiere la propiedad de lo necesario á nuestra subsistencia?)

I.—*Creándola.*

II.—*Mediante el robo hecho á nuestra misma naturaleza.*

Toda vez que no la creamos sino mediante nuestros personales estados, conducidos con fin economístico. Y deponemos en éstos parte integrante de nuestro ser, la cual sustraemos de nosotros mismos, bien á nuestro pesar, según dejamos expuesto, y bien elocuentemente lo enseña la experiencia.

Es, por consiguiente, esta forma economística de adquirir la propiedad sobre toda ponderación onerosa; es onerosísima: exige recorrer término á término cada uno y todos los descritos de la serie economística, sentida que sea la necesidad=*conformar el producto á ella, mediante dolorosa labor de íntima reflexión; adquirir la materia prima; trasformarla; consumirnos en aras de la satisfacción* y procurarnos reflexivamente todo un orden de dolores para evitarnos un orden de males, etc.

En consecuencia, reflexivo, como es el hombre por su naturaleza, ha debido ocurrírsele y se le ha ocurrido adquirir con menos esfuerzo lo que necesitaba producir. ¿Cómo? *Apropiándose* la propiedad ajena; *robando* (3) lo producido por otros. Los

(1) De *acquiro*; de *ad* + *quæro* = buscar.

(2) Previsor, si por naturaleza no, por experiencia, el hombre procura siempre adquirir *más* de lo que inmediatamente tiene necesidad de consumir, con objeto de guardar una parte, bien para entender sus satisfacciones, ora para atender á sus necesidades durante accidentes determinados; lo cual constituye el *ahorro*, de cuya naturaleza nos ocuparemos después.

(3) De *rapio*, arrebatar; tomar por la fuerza, apoderarse de aquello sobre lo cual no asiste el derecho.

hombres echaron bien pronto de ver que esto era más cómodo que producir, que era menos oneroso, se dieron á vivir de la rapiña y se convirtieron en ἁρπαξίδιος (1). Mas para retener lo suyo los robados han de oponer un grado de resistencia proporcional á la fuerza empleada por el ladrón para arrebatarles la propiedad, razón por la cual la operación ofrece sus riesgos y exige determinadas condiciones por parte del empresario. Y como quiera que no todos los individuos cuentan con la fuerza, la destreza y el valor presupuestos por la operación, han debido discurrir los débiles, torpes ó cobardes un procedimiento—adecuado á su organización—para adquirir (sin producirlo) el material exigido por sus necesidades. Esos se invalidaron á sí mismos; se fingieron enfermos ó sin medios y se resolvieron á vivir sobre el esfuerzo de los que producen, *pidiendo* á cada uno una pequeñísima porción de lo suyo, la cual, acumulada á la procurada por otros productores, le haga posible la vida que *él solo tiene la obligación,* pero *pereza de hacer* y *miedo de desechar*.

El uno es el *ladrón*. El otro es el *mendigo*.

El procedimiento seguido por el primero para adquirir su propiedad no es tan oneroso como el seguido para producirla; mas le exige esfuerzos proporcionados á la resistencia que encuentra.

El procedimiento seguido por el segundo, no le exige género ninguno de esfuerzo: irse de paseo, esperar al transeunte, tenderle la mano y retirarla con el producto de su asedio ó sin nada.....

Son *tres*, por consiguiente, los procedimientos economísticos de adquirir la Propiedad; los cuales podemos clasificar de la siguiente manera:

Procedimiento ....
- Oneroso.—La *Producción*.
- Relativamente oneroso.—El *Robo*.
- Gratuito.—La *Limosna*.

(1) De ἁρπάξ + διος (de ἁρπάζω).

IX

Si los fuertes, valerosos ó diestros se dedican á *robar*, y los débiles, cobardes ó torpes se dedican á *pedir*, para adquirir la propiedad de lo que necesitan, ¿quiénes producen? Un pequeño grupo, del cual:

1.° Los individuos fuertes, valerosos ó diestros no se resuelven á correr los riesgos inherentes al latrocinio. Ó necesitan mayores rendimientos que éste produce. Ó desean disfrutar más tranquilamente que el ladrón las comodidades que la propiedad facilita. Ó temen más que el esfuerzo supuesto por la Producción el descrédito y oprobioso estigma que lanza la Sociedad sobre el ladrón. Ó sienten bajo el cráneo la enérgica protesta de la Razón.

2.° Los individuos débiles, cobardes ó torpes que carecen de pretexto, sin manifiesta mentira, para entregarse á la mendicidad. Ó que sienten vergüenza á la presencia de semejante humillación. Ó que prefieren—pensando la equidad—hacer su independencia solidaria de su personal esfuerzo y no quieren deber á una humillación la vida y el escaso pan que la sustenta.

Pero aun el que se resuelve por seguir el procedimiento oneroso de la Producción para adquirir la propiedad, tiende, naturalmente, á concertar estos dos extremos:

Economía de esfuerzo.

Más provecho.

No entra en su cálculo más interés que el propio. Si puede—sin perjuicio subjetivo—defraudar el interés ajeno, tiene un placer en hacerlo y le sabe muy bien: estamos organizados para el robo, y rehuimos el trabajo, por que nos es una carga muy pesada. El que no roba, es por que *teme*; el que no mendiga, es por que *no puede*. Por lo demás, todos miramos con celos y consideramos bienaventurado al pícaro que ha descubierto un procedimiento para, impunemente, vivir sin trabajar.

A la vista de estos razonamientos hemos de rectificar críticamente alguna de las conclusiones precedentes. Dejamos establecido que el trabajo nos era impuesto por el ineludible imperio de nuestras necesidades. Ahora debemos añadir: trabajan para satisfacerlas quienes temen robar la propiedad de los productos ó no pueden mendigarla. Porque, en realidad, nuestras necesidades no exigen más que productos que las satisfagan. En cuanto á la adquisición de la Propiedad de éstos, depende del sujeto. Éste roba, mendiga ó trabaja, según sus *condiciones personales* y la *ocasión*.

X

Como quiera que, aun cuando expongamos nuestra manera de ser (1), no tenemos por objeto el desarrollo crítico del pesimismo; y, por otra parte, el carácter didáctico de la investigación hasta acá proseguida, muy severamente nos impone las conclusiones científicas inherentes á este estudio, no basta que hayamos declarado los varios procedimientos economísticos de adquirir la Propiedad; reconocemos nuestra obligación de investigar cuál de esos procedimientos es el *racionalmente legítimo*.

Para proseguir con seguridad en la investigación, fijemos el significado de esas palabras.

Aun cuando no lo hemos expuesto aquí, porque su averi-

(1) Los moralistas y sociólogos que afectadamente, ó por irreflexión, ó por sostener bastardos intereses asisten á un espiritualismo preconcebido, dicen de esa manera de ser el hombre que es *perversa*. Nosotros hemos de decir cosa bien distinta: que es *instintiva*; es decir, *imperativamente natural* (fatal). Lo que no es eso es fruto de reflexión, producto del estudio. Lo primero para el animal, con efecto, diremos más; para el ser vivo, es *satisfacerse*. Secundario á eso es la forma de procurarse la satisfacción en el animal que reflexiona *desde sí*, y muchas veces aun éste prescinde de eso. ¿Qué protesta levantará el moralista contra la necesidad? Se impone y avasalla, y arrolla en su impetuosa corriente todas las potencias. Ella *aconseja*, primero, á la reflexión; si no la persuade, trata de *disuadirla;* si no lo consigue, la *arrastra* y *precipita*. Hay que estudiar al hombre como animal, no en su noción filosófica.

guación habría de ser tan metafísica como larga, por la extensa crítica que exige, hemos empleado siempre las palabras «Razon» «racional» en significación de lo *objetivo* ú *ontológico* al hombre referente; de cuanto está sobre la individualidad y constituye al sujeto.—Concretemos, por consiguiente, el significado de la palabra «legítimo.»

De los varios géneros de consideraciones á que nos obligan las palabras, tenemos al presente necesidad de fijarnos en *dos* de esos varios géneros: el *gramatical* y el *ideológico*.

Las palabras tienen cualidad *analítica* ó *sintética:* en el primer caso expresan *cosas* ó *estados de conciencia;* en el segundo son verdaderamente *orgánicas*.

La palabra *legitimidad* que al presente ha de ocuparnos, es evidente que no representa al pensamiento una cosa: al pronunciarla, en efecto, ningún objeto acude á nuestra presencia. ¿Le será asignable, por lo tanto, la segunda de las significaciones de las dos analíticas antes apuntadas? Como quiera que la palabra en cuestión no nos es original, ignoraremos lo que indaguemos mientras no lo buscamos en su fuente.

Á ciertos estados nuestros dotados de una cualidad determinada les hemos llamado *legítimos* de *legitimus* = de *lex*, *legis*. Y conforme á la genuina tendencia de la vida racional generaliza la lengua la expresión en lo *indeterminado neutro* y dice *lo* (que es) *legítimo*, en cuya expresión se comprende todo estado que es adjetivable así. Mas el proceso de las lenguas—en cuanto al nombre se refiere—no tiene su fin en lo indeterminado: exige la vida racional lo *sustantivo abstracto* que la lengua concluye por formar; de ahí *legitimidad*. Es decir, el peculiar modo de ser con que ha de venir á la existencia y vivir todo aquello que aspire á la calificación de legítimo.

Eso es, pues, la palabra legitimidad, gramaticalmente considerada: una *sustantivación abstracta*.

Pero ideológicamente, ¿qué es?—Como quiera que las lenguas carecen de sustantividad, fuera de las ideas que engendran las palabras, en el análisis (léxica) de éstas hállase su razón ó principio generador.—Conocida ya la significación ge-

neralísima, vengamos sobre la individual concreta: *legítimo*, = de *lex*, *legis*, según dijimos. Esto es, lo que se *conforma á la ley*, *lo legal* (1).

Según lo cual, sería procedimiento legítimo de adquirir la Propiedad el que se conformase á la ley. Pero el legislador no se ocupa de los procedimientos de adquirir: se limita á definir el posesor y á condenar los procedimientos torpes y violentos de adquirir. Por otra parte, la adquisición, es racional y tem-

(1) Asimismo decimos que es legítima aquella acción y conducta (sistema de vida) que se resuelve en el estrecho seno de la ley, ó que en un todo se conforma á la vida legislada ó esfera de acción constituída. Eso en sentido positivo. En sentido negativo es legítima toda acción que, prevista por el derecho constituído, no es penable.

Análogamente *es legítima la mujer* que hemos *adquirido*—deseamos que este lenguaje no parezca injurioso, pero el legista no tiene otro—conforme á las prescripcionos legales relativas al contrato en general, y en particular á la herencia. É hijo legítimo es el fruto del matrimonio legalmente constituído.

Aunque relativa á ese sentido, se desvía un tanto de su significación léxica y propende á su significación racional la expresión «Rey legítimo.» Con efecto, es importada al castellano la palabra REY desde el latín, de *rex*, *regis*, sustantivo verbal de *rego*, compuesto á su vez de los elementos *re* + *ago*, contracción de *recte* (el primero de dichos elementos); esto es, *el que hace*, *el que obra recto*: ese es rey. ¿No se recuerda á este propósito aquella famosa fórmula que la legislación gótica imponía al rey en su juramento? *Rex eris*—le decían—*si recte facias; si non facias*, *non eris*. Expresión que trae á su vez á la memoria aquella otra de las *Sentencias* de Isidoro, con que el famoso prelado de Sevilla bosqueja los rasgos característicos de la personalidad política de los reyes godos: *Reges à recte agendo vocati sunt; ideoque recte faciendo regis nomen tenetur, peccando, amittitur.*

He ahí, pues, la respuesta que con su inflexible lógica da la léxica; legítimamente sólo es rey aquel que *administra recto*, que obra siempre *lo que es derecho*, *la viva encarnación de la justicia*. Pero á ese título no hay que buscar rey legítimo entre los hombres, y el caso es verdaderamente desesperado desde que no podemos echar mano de los dioses. Ahora bien; ¿qué hacer, incapacitados como estamos, para proceder como personas... cuando tenemos la conciencia de que no sabemos movernos y vivir si no es *uncidos?*

La Historia ha resuelto el problema que sería incapaz de resolver la Filosofía.

Que obrara recto ó torcido, se confirió á uno el poder de mandar á todos; se erigió al *dinasta* (del fenicio, *dunast* = poder; ó del latín *dynasta* = el que tiene dominio; ó del griego δυνάστης = poderoso; de δυναστεύω = dominar...); mas como con el tiempo vino á formularse en ley la voluntad del dinasta, trasmitiendo la facultad de tal á su

poralmente, anterior á la ley. El significado léxico, por consiguiente, no puede contener la idea que tratamos de expresar, ateniéndonos al sentido jurídico de la palabra.

XI

Si elevamos el concepto desde el sentido crítico al sentido filosófico, conformando entre sí ambas expresiones («racional-

prole, y, en su defecto, á gentes que le fueran allegadas hemos designado con la palabra *dinastía* á la familia en que se halla vinculado el *derecho* á ser dinasta. He aquí, empleando el lenguaje gramitical, una transposición que de ninguna manera consiente el significado de sus términos; esto es, una ley que funda un derecho, cosa contradictoria, ya que la primera no viene á la existencia sino engendrada por el segundo y para socialmente garantirlo. Sin embargo, así es legalmente establecido, y, en consecuencia, *es rey legítimo aquel individuo de la dinastía que viene al trono cuando le llega el turno.*

Pero la legitimidad histórica y legal (crítica) tiene un peligro: su *insubsistencia.*

Observándolo así los Reyes, buscaron el apoyo de los Sacerdotes, y éstos les confirieron el beneplacitum de los dioses, y desde entonces los Reyes lo son por la GRACIA DE DIOS. Mas llega un día en que las Naciones advierten que no han delegado en Dios sus poderes civiles para que les confeccione los Reyes, ni le reconocen, asimismo, facultades para que se los imponga, y la gran cúspide se viene al suelo porque los cimientos son de barro: como en la Revolución francesa, Reyes y sacerdotes son declarados infames.

La experiencia ha enseñado que importa bien poco el abolengo que se atribuían los Reyes, ni que deban su origen al monstruoso aborto de la conquista; que comiencen á ejercer sus funciones como déspotas y tiranos: es, después de todo, la naturaleza Real de escoria vil, que se corrompe pronto; masa notablemente angulosa (informe casi) que ofrece, por ende, gran superficie de rozamiento, por lo cual se desmorona pronto; mientras, por lo contrario, los Pueblos son (de índole análoga que la Conciencia) como esferas que agrandan diariamente su radio, su consistencia, su potencia y su vigor. Lo que sí nos importa notar por el momento, es que en cuanto los pueblos han individualizado su personalidad política, han impuesto á los Reyes su Soberanía.

Lo cual quiere decir que el rey no lo es por derecho *propio;* se reduce todo su ser y valer político al ejercicio de un cargo que la Nación le *confiere*, como la única Soberana; es, por consiguiente, la de Rey *una función del Estado*, y es el Pueblo quien decide de todo cuanto respecta al Rey *(poner, sustituir, suprimir).* En una palabra: de *absolutos,* los reyes han degenerado en *constitucionales.* Y desde entonces, en principio, es decir, en absoluto, carecen de derecho al Trono, y sólo disponen de aquellas prerogativas que la Constitución tiene *á bien concederles* para el ejercicio de sus funciones.

mente legítimo») bajo la cualidad homogénea de un principio objetivo, como el criterio de la indagación, cambia notablemente el significado de la palabra ley.

Con efecto: decimos *leyes del movimiento*, en los cuerpos; leyes de la *reflexión* y de la *refracción* de la luz; leyes de la *cristalización*, etc., á los principios que expresan *lo absoluto permanente bajo lo cual y regido por ello tiene lugar el fenómeno.*

Eso absoluto permanente que constituye en las cosas la ley de lo fenomenal en su vida, es decretado por lo íntimo é inmutable—á nuestra observación—de las cosas mismas. Y como quiera que lo permanente en el hombre, como lo objetivo que le constituye tal es la Razón, ¿cuál es la ley que debe presidir al fenómeno de la adquisición? Ó, según hemos formulado anteriormente la pregunta: ¿cuál es el procedimiento racionalmente legítimo de adquirir?

Como quiera que adquirir es *buscar para sí*—según léxicamente la palabra expresa—y cada hombre, según queda expuesto, debe consagrarse á sí mismo y reducirse á él propio—porque cada individuo se necesita para sí, y aún no se basta—y, por otra parte, la Propiedad no la engendramos sino en nuestros personales estados, síguese natural y obligadamente que la ley que debe presidir á la adquisición de la Propiedad ó el procedimiento racionalmente legítimo de adquirirla es *producirla*, *crearla*. Todo otro procedimiento es *racionalmente ilegítimo*. Y como quiera que la *ley* debe ser expresión del *Derecho*, al igual que éste de los objetivos (racionales) fundados del hombre, el legislador debe condenar todo procedimiento para hacer la vida que no se funde en la propiedad legítima.

Hánse escrito muchas cosas, y muy filantrópicas todas, acerca del derecho á la vida que asiste á cada individuo de la especie; pero es un derecho muy cuestionable. Al presente, formularemos la cuestión en los siguientes términos: *¿Sabe* el individuo, *quiere* y *puede* fundar racionalmente la vida? Desde luégo le asiste derecho á ella. En ningún otro caso puede pedirla.

XII

Apúntanse ya, desde aquí, las graves dificultades entrañadas por el problema economístico social de la adquisición de la Propiedad.

He á continuación lo que, relativo al particular, es axiomático y préviamente queda desenvuelto.

I. Para hacer la vida hemos de consumir la gran cantidad de materiales exigidos por nuestras necesidades.

II. Para consumirlos, hemos préviamente de adquirirlos en propiedad.

III. El único procedimiento legítimo de adquirir ésta es creándola; por consiguiente, *produciendo* aquellos materiales.

Mas la *Producción* es un hecho economístico social relativo á otro hecho del mismo género: el *Consumo*. Ambos, entre sí, recíprocamente, se suponen y se exigen. Un producto responde á una necesidad; si ésta se satisface, se consume aquél, y para reemplazarle se produce otro análogo, y otro después, y muchos más; los cuales se almacenan esperando la demanda de los consumidores, quienes, mediante otros productos adquiridos por su actividad se procuran los adquiridos por actividades específicas, necesarios para sus satisfacciones, estableciendo así la circulación economística en el organismo social.

Mas si el producto no logra consumo, su producción se paraliza. Y como nuestras actividades son específicas, si no se consume el producto de cuya labor somos capaces, ó para la cual estamos facultados y nuestra actividad conformada, resulta, naturalmente, que, á nuestra vez, quedamos imposibilitados para adquirir y consumir; por consecuencia, no podemos producir la propiedad del material que ha de satisfacer nuestras necesidades: caemos en la *pobreza* (1).

(1) De *paupertas*, de *pauper*, necesitado. En griego tiene una significación analítica más extensa: πενία de πένης, que no sólo es el necesitado, sino el que tiene que trabajar para vivir.

Siempre se ha encontrado difícil construir el concepto de la pobreza, en la inteligencia de que es un estado relativo, el cual depende de una comparación con otro estado, y se dice que uno no es pobre sino relativamente á otro más rico. Proviene el error de una preocupación muy arraigada: la de hacer consistir la riqueza en el *numerario*. Por lo contrario, la pobreza puede conceptuarse en sí misma como un estado sustantivo: bástanos para ello referirnos al criterio de la vida economística (1), común al que abunda como al que escasea en numerario.

Es evidente que nuestra plenitud y tranquilidad no depende del dinero que poseemos, sino del *número de necesidades satisfechas*, como lo único que solicita nuestra atención y pone en ejercicio nuestra actividad. ¿Sentimos el duro aguijón de una necesidad para cuya satisfacción no tenemos ó no podemos producir el indispensable material? Nos falta algo, que ni podemos suprimir—sin sacrificio y sin dolor—ni sustituir, sino muy deficientemente. Somos, desde entonces, *necesitados*, en nosotros mismos, de aquello cuya propiedad no tenemos: somos *pobres*. Es de pobreza, por consiguiente, *el estado de necesidad*. Y pobre, no el que tiene menos numerario que otro, sino *aquel que siente necesidades y carece de los medios correspondientes para satisfacerlas*.

Tal es el estado á que queda reducido el productor por la falta de consumo: á la pobreza.

Mas obligado un productor á sacrificar el mayor número de sus necesidades y á satisfacer muy escasamente las más indispensables é imperiosas, por la solidaridad de la vida economística, el resto de un grupo de consumidores determina la crisis de otras fuentes de producción; y éstas, á su vez, la de otras... hasta hacerse la crisis general.

Sin embargo, de la paralisis del organismo económistico no se infiere la del organismo social. La vida del Estado sigue

(1) Ya apuntamos esa diferencia en el artículo *Economismo*, en el número de esta REVISTA correspondiente al 10 de Julio de 1886.

exigiendo lo mismo en un estado de miseria que de prosperidad; pero como los ciudadanos no pueden contribuir, la crisis se complica, é invade la vida entera el espíritu de la Revolución social, con ánimo de mejorar las condiciones economísticas de la vida, suprimiendo las causas—que generalmente son políticas, como entre nosotros—que llevan la anemia ó la atrofia al organismo productor.

Pero no es eso obra de un día, y mientras se prepara y llega, las necesidades claman por su satisfacción, y los individuos, arrastrados por la terrible fuerza de aquéllas é imposibilitados para producir, se ven en la dura necesidad de robarlo ó de solicitar de la caridad de los que tienen algo una exigua parte con que poder acallar el imperioso grito del estómago: es el *mendigo* (1).

Y como quiera que, efecto del vicio político de nuestra Administración, ha muerto en nuestro país hasta el instinto productor, la vida es carísima y escasa, y la mendicidad nuestra gran plaga social.

XIII

El pauperismo; es decir, la plaga social de la pobreza del mayor número, elevada á mendicidad, plantea por sí solo el problema economístico social más abrumador, terrible casi.

Con efecto: la tendencia natural del hombre es *á satisfacerse;* su necesidad se lo exige imperativamente: se lo impone. El que no produce siente el imperativo de necesidades análogas á las sentidas por el que produce; porque la necesidad no es re-

(1) De *mendicus*. No es ya *pauper:* el que siente necesidades á cuya satisfacción no alcanza su esfuerzo; es el que absolutamente carece de todo cuanto necesita y ha de solicitar del prójimo lo indispensable para alimentarse y cubrir sus carnes; se nutre de la sustancia ajena: es un *parásito*. No es πένης; el trabajador, es πενιχρός; el pobre que no trabaja. La Mendicidad, por consiguiente, *es el estado del pobre que no produce.*

lativa á la producción, sino á la naturaleza. Mas como la satisfacción supone la posesión del producto relativo á la necesidad, el que no puede producirlo lo busca en el que lo ha producido: lo *pide* ó lo *roba*. En cualquiera de los dos extremos tiene lugar el fenómeno economístico siguiente:

El productor ha de tener en cuenta en la producción:

Sus necesidades como individuo.

Sus necesidades como ciudadano.

Las necesidades de los que no producen.

Lo cual, sin aumentar el valor, acrece el precio del producto y *encarece* los materiales; *limita* el consumo y *dificulta* la vida con la circulación de la riqueza. Todo ello es á complicar la dificultad; porque el productor, en cuanto á sí mismo, ha de reducir sus gastos restando del consumo personal; esto es, sacrificando propias necesidades. El que no produce ha de aumentar sus gastos, por la carestía de los productos; y como ha de adquirir éstos gratuitamente del productor éste se encuentra á su vez reducido á la pobreza, de lo cual resulta el decrecimiento de productores y el aumento de no productores, los cuales han de vivir sobre aquéllos, si no se resuelven por acabar consigo, equitativo extremo que poquísimos adoptan.

Como quiera que si el necesitado no obtiene lo suficiente de la voluntad para satisfacerse lo roba, la prudencia, unas veces, y otras la compasión, inspirada por la necesidad ajena, ha resuelto la *caridad*, cuyo estudio merece nuestra atención.

Mucho se ha disputado, entre los teólogos, acerca del particular, sin venir á un acuerdo. El Cristianismo ha considerado la caridad como una virtud *teologal* (1), y consiste en *amar á Dios sobre todas las cosas*. El amor al hombre es *secundario*, y por *consecuencia*, se le ha de amar *por Dios*, según la ley cristiana y por decisión de los teólogos. De ahí la división, por éstos, de la caridad en *perfecta* é *imperfecta*, nada de lo cual hemos, por ahora, de tener en cuenta.

(1) De Θέος + λόγος; referente al conocimiento de Dios, ó que tiene á éste por objeto.

Derívase la palabra de *caritas*, cuya raíz, *carus*, significa cosa cara, de elevado precio, que se tiene en mucha estima, que vale mucho, que se la quiere, que se la ama (1). Y con efecto; nada hay más caro que nuestras necesidades ni más valioso que lo que las satisface. Ahora bien; el que no puede ocurrir á ellas por su propio esfuerzo, no le queda más recurso que morir á la voraz acción de sus terribles fauces, si otro que él no acude á su satisfacción, sustituyendo su esfuerzo. De nada ni de nadie recoge, por consiguiente, el necesitado mayor prueba de amor que de aquel que sacrifica parte de su esfuerzo personal en alivio de sus males, en satisfacción de sus necesidades. Mas como quiera que cada cual se necesita á sí mismo para sí, nada le es tan caro como la consagración de esfuerzo propio en alivio del dolor ajeno, lo cual exige un grado de abnegación proporcional al sacrificio exigido por la satisfacción del que la recibe. Por eso es *caritas*; cosa de gran valía, de alta estimación, y si no significa amor, produce, al menos, análogos efectos.

La caridad se ha considerado siempre como una *virtud* y es, con efecto, una de las que exigen más abdicación de sí mismo, más sacrificio y, por consiguiente, el empleo de mayor fuerza para vencerse; porque, en su práctica, el hombre tiene que luchar con su más fuerte contrario: él propio; sus necesidades, que le exigen, y exclusivamente reclaman su atención;

(1) En griego ἀγάπη (de ἀγαπάω) significa lo mismo, y más concretamente. amor. *Agapes* se denominaron las comidas que en común celebraban los primeros cristianos para fortificar sus relaciones. Al principio tuvieron los agapes un carácter piadoso y sincero; posteriormente hubo de prohibirse, entre individuos de distinto sexo, el beso de paz que se daban al reunirse. Más tarde, hasta la reunión se hubo de prohibir. *Agapetas* (αἱ ἀγάπαι) fueron, en la primitiva iglesia cristiana, vírgenes que vivían en comunidad, consagradas por puro amor, al servicio de los eclesiásticos. El trato entre agapetas y eclesiásticos hubo de degenerar de religioso en humano, y Jerónimo pregunta indignado: «*¿Unde agapetarum pestis in Ecclesiam introivit?*» El Concilio de Nicea tomó algunas precauciones para evitar el mal; éste no se corrigió, y en 1139, bajo el pontificado de Inocencio III, fueron completamente abolidas aquellas compañías.

su egoismo, tan natural, tan legítimo. *Yo primero, y después de mí yo también*. Por eso es la máxima de la caridad: *omnes, quantum potes, juva.*

Fúndase, por tanto, la caridad en el sacrificio de parte del interés propio, y tiene por objeto aliviar el mal del prójimo. Según lo cual podemos definirla: *la consagración de parte del esfuerzo personal propio á la satisfacción de la necesidad ajena. Sacrificio del yo al bien de otro.*

XIV

Hemos dicho de la filosofía cristiana que clasifica la caridad entre las virtudes teologales y, si bien no la limita al amor de Dios, no permite tenerlo á las criaturas sino por Dios.—La caridad para con el hombre no es en el Cristianismo más que un simple *consejo* ó *precepto* evangélico constituído por las obras de misericordia (1), que es, segúu hemos podido advertir, lo que realmente constituye la caridad, lo único, además, que puede instituirla virtud: dar el corazón al que padece, prodigarle nuestro cariño y asistencia.

Eso no obstante, por todas partes se propala que la caridad vino al mundo con el Cristianismo y por él; los filósofos mismos y los historiadores lo conceden así, como el exclusivo mérito de aquella confesión religiosa. Como no basta negarlo, para persuadirnos, habríamos de recorrer la historia de la cultura humana, lo cual está muy lejos de ser posible en los reducidos límites del presente trabajo. Eso no obstante, daremos, á través de su curso, una rapidísima ojeada.

En los más tiernos y delicados preceptos de caridad abundan todos los libros del Oriente: el *código Manu*, el *Bhagavata Purâna*, el *Itopadesa*, los *Vedas*, el *Dharma-Sastra*, el *Itihasa*, etc. Buddha, la gran figura del Oriente, consagrado á ali-

(1) De cor + *miseris (datum).*

viar las desdichas de la Humanidad, lo cual puede advertirse en el siguiente bosquejo de su doctrina. Dice Buddha que su ley es *ley de gracia para todos*. La ardiente caridad que enciende su pecho no excluye á nadie, y eleva la predicación sobre la secular organización de las castas, llevando los saludables principios de su moral á los pueblos desheredados por los brahmanes, según los cuales los beneficios de su religión no se extendían más allá de la cuenca bañada por los ríos sagrados. Con dificultad habrá una confesión religiosa que eleve la familia á la altura que lo hace Sakyamuni: oigámosle: «Brahma, oh religioso, está con las familias en que el padre y la madre se ven perfectamente honrados, venerados, servidos. ¿Y por qué? Porque según la ley, un padre y una madre son, para el hijo de familia, Brahma mismo.»

Á su doctrina moral sirven de introducción general las cuatro verdades sublimes, que son:

El dolor moral ó físico á que está expuesto todo hombre.

La causa del dolor, que Buddha fija en las pasiones.

La cesación del dolor por la Nirvana, fin supremo del hombre.

Averiguar la vía que conduce á la Nirvana.

Como consecuencia de las cuatro verdades sublimes nacen algunos preceptos morales religiosos, que Buddha formuló en diez mandamientos, de los cuales son los cinco primeros: No *matar:* No *hurtar*: No *cometer adulterio:* No *mentir*: No *embriagarse*. Que constituyen lo esencial de la ley unidos á las virtudes búddhicas, que son: Caridad, Pureza, Paciencia, Valor, Meditación, Ciencia.

En uno de los Sutras que se consideran auténticos, dice Buddha: «He venido para ilustrar á los ignorantes. El tesoro de la sabiduría es la limosna, la ciencia y la virtud, méritos que no se disipan. Hacer bien, por pequeño que fuere, vale más que realizar obras notoriamente dificultosas. Si los hombres comprendieran cuán grande es el fruto de las limosnas, nadie comería sin hacerlas su último bocado de pan. La caridad es la primera de las virtudes. Mi doctrina es doctrina

de misericordia; por eso la juzgan áspera los que en este mundo se muestran orgullosos de su nacimiento, sin pensar que nadie está condenado por su origen á la ignorancia y á la miseria. Todo hombre puede abandonar el mundo y disipar las tinieblas de su ignorancia. El brahman, que tan orgulloso se muestra, nació como el Chandala, al cual cierra el camino de la salvación, vía que sólo puede obstruir Mara, demonio del pecado y de la muerte. Es preciso huir de él, ó más bien, combatirle declarando contínuamente la guerra á las humanas pasiones. Se engaña el que cree poder dominar sus pasiones yéndose á vivir en las montañas y en las ermitas; el mejor refugio contra el mal es la realidad. Es posible volver la espalda á las excitaciones de los sentidos y del placer, cumplir la ley y ser perfecto religioso, viviendo en el mundo y en la holgura.»

He aquí á continuación unas parábolas de Buddha que parecen modelar el Evangelio:

«Estos hijos me pertenecen, esta fortuna es mía; tales son, dice Buddha, los pensamientos que atormentan al insensato. Él no se pertenece á sí mismo; cuando menos sus hijos y su fortuna.

»¿Qué persona no piensa con ligereza en el mal diciendo en su corazón: el mal no se aproximará á mí? ¿Quién no piensa con ligereza en el bien diciendo en su corazón: el bien no me aprovechará? Las gotas de agua que caen una á una, bastan para llenar un vaso.

»Aquel cuyas buenas acciones superan á las malas, esparce su luz sobre la tierra como la luna cuando sale de las nubes.

»El hombre debe responder al odio con el amor, al mal con el bien, á la avaricia con la liberalidad, á la mentira con la sinceridad.»

Un rey indio, discípulo de Buddha, suplicó al Maestro que hiciese milagros para acallar y confundir á sus enemigos. Sakyamuni le respondió por toda satisfacción: «Gran Rey, yo no enseño la ley á mis oyentes diciéndoles: Id, oh religiosos, y haced entre los brahmanes, con ayuda de un poder sobrenatural, milagros superiores á todo lo que puede hacer el hombre;

sino que les digo: Vivid, oh religiosos, de tal manera, que no se vean vuestras buenas obras y sí vuestros pecados.»

La caridad buddhista no excluye á los animales: los mendicantes habían de hacer tres porciones de su colecta; una para los pobres, otra debía ser abandonada en el campo para los animales, la tercera la reservaban para sí.

Los pitagóricos llevaron su caridad hasta el sacrificio de la vida, y el Maestro estima la amistad como un *lazo universal.* Es, según Porphirio, el primero que ha estimado en nuestro amigo *otro Yo* y ha dicho que todo es *común entre amigos.* Y Jamblicho, citado por Laurent, asegura que, según los pitagóricos, todas las virtudes no son más que caminos para llegar al amor. «La piedad y la ciencia, dice Pitágoras, acercan los hombres á la divinidad; las especulaciones de la filosofía establecen las relaciones entre los dogmas, la del alma y del cuerpo. Los hombres se unen entre sí de una manera más ó menos íntima; la unión de los esposos, de los hermanos, de los hijos, de los padres, es una comunión indisoluble; una buena legislación forma con los ciudadanos *un solo cuerpo*; la naturaleza nos muestra en los *extranjeros nuestros semejantes y nuestros hermanos.* Los animales mismos no quedan excluídos de esta inmensa sociedad, cuyos fundamentos son la naturaleza y la justicia.» Para Pitágoras, muchos siglos antes que para Pablo, ya no hay griegos y bárbaros, sólo hay hombres, y en su comunidad deben entrar hasta los animales, como un grado que son de la Humanidad.

La moral estóica es censurada por su rígida dureza. Marco-Aurelio, sin embargo, pregunta: «¿Qué hay, después de esto, más que gozar de la vida, uniendo una buena acción á otra, sin dejar entre ellas vacío alguno?»

«Tengo que hacer alguna cosa, la hago refiriéndola al bien de los hombres.»

«Un sagrado parentesco une á todos los hombres con todo el género humano. Y puesto que todos los seres racionales son nuestros parientes, el amar á nuestros semejantes está en nuestra propia naturaleza.»

«¿Qué más pides tú al hacer el bien á los hombres? ¿No te basta haber hecho algo conforme á tu naturaleza, y quieres ser recompensado por ello? Esto es lo mismo que si el ojo pidiese un premio porque ve á los pies porque andan; porque del mismo modo que estas partes del cuerpo han sido creadas para un cierto fin, y que, llenando la función que exige su estructura, hacen lo que les es propio, el hombre, nacido para el bien, no hace, cuando presta un servicio ó socorre al prójimo, más que lo que exige su organización.»

«Cuando los hombres estén bien convencidos de que son *miembros de un solo cuerpo, encontrarán, haciendo el bien, el mismo placer que tendrían en hacer el suyo propio.*»

Este lenguaje no es exclusivo á los filósofos; lo emplean también los poetas: Siro dice: «Espera de otro lo que tú hayas hecho á los demás.»

«Más vale recibir una injuria que hacerla.»

«Perdona con frecuencia á los demás; pero nunca á tí.»

«Debe llamarse malo aquel que no es bueno más que en interés suyo.»

«Debe regirse cada día como si fuera el último.»

«Vivir en paz con los hombres, en guerra con los vicios.»

«La emulación más laudable es la que inspira la Humanidad.»

«Ser clementes es vencer.»

«Por nuestras buenas obras es por lo que más nos aproximamos á los dioses.»

¿Falta en estos principios la humanidad y la caridad? Pues tales máximas eran aplaudidas en el teatro romano al fin de la República.

Apolonio de Tyana, animado de una inspiración y vocación semejante á la de Cristo, emprende por el mundo pagano la predicación de una doctrina reformadora bajo las bases de la *unidad* de Dios, la *fraternidad universal* y la *caridad*. Enseñaba que «toda la tierra es nuestra patria; todos los hombres son hermanos y amigos, porque todos son hijos de Dios; su naturaleza es la misma, sean griegos ó bárbaros.»

«Sin la sociedad—dice—el hombre no puede subsistir, y la sociedad es imposible sin la mutua beneficencia. Por eso la naturaleza ha impuesto en el corazón del hombre el amor á sus semejantes, nos convida al amor, nos ordena que hagamos el bien.» He aquí cómo infunde la fraternidad é inspira el sacrificio: «La naturaleza nos ha creado á todos hermanos, engendrándonos de una misma manera y para un mismo fin... no puede llamarse feliz aquel que no mira sino por sí mismo y que relaciona todas las cosas con su interés. Es necesario que viváis para otro, si queréis vivir para vosotros mismos.» Ha reconocido la unidad humana en Dios, y según este superior principio, protesta contra el odioso régimen de la Esclavitud. «Aquel que llamas tu esclavo, tiene su origen en parecido germen, goza del mismo cielo, respira el mismo aire, vive y muere lo mismo que tú.»

Epíteto va más lejos. Según el: «El que se venga, se hace mal á sí mismo; el único modo de vengarse, es hacer una vida perfecta.» «Si es un ladrón, ¿no debe morir? Dí, más bien: este hombre está en el error, está ciego; ¿deben ser condenados á muerte el ciego y el sordo?»

Las máximas de muchos pensadores más podríamos añadir, si después de las consignadas pudiera caber duda de que la caridad ha sido desde siempre considerada teóricamente como un principio de las relaciones humanas. En cuanto á su práctica, ha sido más necesaria y tan real como la teoría.

La piedad musulmana es proverbial, y seguramente no heredada del Cristianismo: tiene su filiación propia.

F. J. J. Benlloch.

(Continuará).

LAS RENTAS ESTANCADAS EN ESPAÑA [1]

Sr. Director de la REVISTA DE ESPAÑA:

«Envío á Vd., mi distinguido amigo, el último libro que he publicado, con el cual, si Dios me conserva el cabal juicio, he resuelto dar por curada la enfermedad que me aquejaba de hacer sudar á las prensas producciones que, vanidosa é infundadamente, denominaba *Estudios económico-administrativos*.

(1) El ex-Director general de Rentas Estancadas, Sr. García Torres, ha tenido la amabilidad de enviarnos su último libro titulado *Las Rentas estancadas. Apuntes históricos. Observaciones y datos estadísticos.*

La importancia de esta obra, que ha servido constantemente de argumento á los oradores que han impugnado y han defendido, en el Congreso de los Diputados, el proyecto de ley de arrendamiento de la renta del tabaco; la reputación de que goza su autor entre los hombres de administración y entre los políticos, y la consideración que la REVISTA DE ESPAÑA debe á uno de sus más estimables colaboradores, nos han movido á encargar el juicio crítico de esta obra á un hacendista que nos ha rogado ocultemos su nombre. Su modestia es tan grande como su competencia en estas maneras.

Un trabajo de exposición y de crítica de una obra que es hoy objeto de estudio y de controversia entre los legisladores y los economistas, bien merece que le publiquemos en el texto doctrinal de la REVISTA, precedido de la carta que se ha servido dirigirnos el Sr. García Torres.

(N. de la Redacción.)

»A muchos de esos escritos dió la REVISTA DE ESPAÑA honrosa hospitalidad en sus estimadas páginas, y si no la solicité para el que le remito, fué por el triple carácter que reunía de documento oficial, estadístico y síntesis de opiniones personales. Sin embargo, declaro que conatos tuve de pedir al reconocido talento de Vd. se tomara la molestia de examinar esas desaliñadas observaciones y emitiera una opinión imparcial acerca de su conveniencia; pero, lo confieso sin rubor, me detenía el natural temor de imponerle la más ingrata de las tareas, que en Andalucía se designa gráficamente con el nombre de *desengañador,* al aconsejarme, si su caridad fuera tanta, que no continuara por el camino emprendido, recomendación, por otra parte, innecesaria, puesto que, sin excitación ajena, y sí de propio convencimiento, desengaños y conveniencia consiguientes al que cuenta larga vida, he renunciado formal y sériamente á que mi humilde nombre vuelva á figurar en la portada de ningún libro.

»Ignoro si los datos, noticias y observaciones reunidas en ese volumen, consecuencia de largo y fatigoso trabajo, ofrecen algún interés, ya que carezcan de mérito; pero como quiera que en los días que corren son objeto de constante discusión, sirviendo de arsenal, al parecer, para defender y apoyar las más contradictorias opiniones, mi amor propio se excita, y del ánimo se apodera nuevamente el deseo de que un criterio imparcial determine si he cometido una acción nefanda, ó si algún servicio real y positivo he prestado consignando en este, que califiqué de mi testamento administrativo, opiniones sanas, tal vez perjudiciales, aunque inspiradas en buen propósito, dando á conocer datos y noticias hasta por la Administración ignorados.

»En el Congreso de señores Diputados han sido bien ó mal interpretadas mis apreciaciones, se han desencuadernado conceptos y utilizado frases fundadas en anteriores razonamientos y posteriores deducciones, atribuyendo propósitos y alcances ajenos por completo al pensamiento, y esto me obligará á hacer en ocasión próxima las oportunas aclaraciones; no obs-

tante lo que, estimo pertinente anticiparlas sumariamente dirigiéndome á Vd., bajo el secreto de confesión, por si de esta manera le comprometo á dedicar algún espacio al examen desapasionado de ese modesto libro, que humorísticamente un señor Diputado calificó de Koran que Mahoma ha de explicar, y puede dirigirme alguna frase tranquilizadora de la duda é inquietud en que me encuentro.

»Cierto, ciertísimo que, en mi concepto, el servicio y explotación de la renta del tabaco es deficiente; que la Administración, por defectos burocráticos, vicios á todos imputables, economías mal entendidas, inestabilidad de los gobiernos, lucha de opiniones, espíritu rutinario y hasta egoista tranquilidad que ofrece el no acometer reformas siempre difíciles, que reclaman voluntad decidida y ánimo resuelto, no es, ni con mucho, lo que debiera para obtener de ese poderoso arbitrio los recursos que debe dar y que positivamente serían bastantes para saldar el déficit anual del presupuesto. Y, sin embargo, esta triste confesión no es, ni mucho menos, la declaración de impotencia administrativa para llenar sus deberes como industrial y proveedor único de ese artículo monopolizado. Y la prueba está en que, al lado del mal se ha presentado su remedio; que el programa de reformas está estudiado, formulado, y después de prolijas tramitaciones ha sido aprobado; que algo y no poco se ha hecho y que no hay obstáculo insuperable para llegar á su realización completa.

»Pues si esto es así, ¿á qué entrar por el peligroso camino de aventuras, que no otra cosa es el arriendo, con su inseparable cortejo de abusos perjudiciales para el Tesoro y sensibles á los consumidores, de habilidades, mistificaciones y astucias comerciales que, en definitiva, dejan rastro interminable de ajuste de cuentas, interpretación de preceptos, abundantes indemnizaciones?

»Respeto la opinión de Vd., que en breve conoceré, así como la de las demás personas ilustradas que han de resolver la cuestión; pero la mía, pobre y desautorizada, se resume en esta breve frase: la Administración debe y puede hacer cuanto

se espera de sus contratistas; el interés privado no se armonizará nunca, aunque lo contrario parezca, con el del Tesoro, y menos con el del público, sean las que quieran las garantías, las suspicacias y las fiscalizaciones; nada aprenderá la Administración que no sepa, y, en cambio, tendrá la pérdida efectiva de las cuantiosas sumas que una empresa lleve á su cuenta ta de beneficios.

»En los períodos más angustiosos de nuestra historia económica ha predominado como mejor sistema el de arrendar las rentas, sin atender á que los arrendatarios sólo tratan de sacar utilidad de las empresas, sacrificándolo todo al interés, sin desaprovechar ocasión que les permita sorprender al Gobierno ó abusar de sus apuros para realizar los fines que se proponen. A estos inconvenientes en los arriendos parciales cabe aumentar los que ocasionan aquellos que tienen el carácter general de una renta. Exigiendo estas empresas grandes capitales, mucho crédito y decisivas influencias, alcanzan, á título de conveniencia, aclaraciones á los contratos, injustificadas tolerancias ó especiales condiciones, que traducen en positivos beneficios y dan lugar á conflictos administrativos, quejas generales y detrimentos al Tesoro.

»De presumir es que el arriendo, puesto á la orden del día, se decrete, y también que se lleve á efecto: que sea para bien, que lo dudo, es cuanto me resta que desear, dado que así suceda, después de haber hecho en favor de la administración directa cuanto mi experiencia, desinteresado celo y deber político, en armonía con el administrativo, me aconsejaban.

»No he de ocupar la atención de Vd., Sr. Director, con la manifestación de lo poco que se me alcanza en las debatidas cuestiones de libre cultivo, temores antillanos, condiciones y bases del contrato, como tampoco respecto al cambio de sistema, ó sea el de completa libertad en los tabacos. Si quiere usted ojear esas páginas, en ellas encontrará algo que pudiera ser oportuno, y que no he de indicar ahora, puesto que sería molesta repetición en que incurriría su afectísimo amigo y colaborador,—*Juan García de Torres.*»

La carta cuyo contenido precede, llegó á nuestras manos acompañada de un grueso volumen in folio, impresionándonos algún tanto, así las frases en que se trasluce desilusión y amargura, como la manera de tratar una cuestión que, con razón, preocupa á los legisladores. No hemos pensado entrar en ella; pero excitada naturalmente la curiosidad respecto á un libro de que, con repetición, se ha hecho uso, determinando ser el único que existe sobre la compleja materia de las rentas de estanco en España, y acaso porque no se pedía, examinamos el libro, resueltos á dar lealmente opinión y á consignar un juicio imparcial en el asunto. A ello también nos impulsaba el conocimiento de otros trabajos del Sr. García Torres, su reputación de hacendista, conocida modestia y buena amistad, que data de antiguo, y he aquí por qué contra su voluntad, y acaso de la nuestra, vamos á dar publicidad al análisis, rápidamente hecho, de su última producción.

Digno es el Sr. García Torres de semejante distinción; porque, cuando el pensamiento dominante es realizar ideas utilitarias, sea mayor ó menor el acierto, todo trabajo que se encamine á robustecer la hacienda y el crédito, asegurando el porvenir económico de España, merece aplaudirse.

Muchos hemos escuchado al Sr. García Torres proclamar con profundo convencimiento la teoría de que el secreto en Hacienda estaba limitado á administrar bien los impuestos indirectos, fomentándolos hasta que se encuentren á la altura de que se consideran susceptibles, á fin de aliviar pronto y grandemente la pesadumbre de las contribuciones directas, que esquilman la propiedad y abruman la industria y el comercio.

En la Memoria que siendo Director general de Contribuciones publicó en 1872 el Sr. García Torres, y que es ya libro de consulta, consignaba su opinión de que la contribución territorial, que constituye el nervio del sistema tributario español, merecía exquisito cuidado, á fin de que, no exagerando la tributación á que se la obligara, pudiera desenvolverse, robustecerse y desarrollarse, y encontrarla potente y vigorosa, cuando, en circunstancias supremas ó apuradas, á ella se hubiera de

acudir para salvar los conflictos del empobrecido Tesoro. «Todo cuanto en favor de la propiedad se haga—decía con la expresión del convencimiento—servirá para aumentar los veneros de la riqueza pública, de los que han de salir el crédito y la importancia nacional en los tiempos normales, y en los calamitosos recursos extraordinarios para hacer frente á necesidades extraordinarias. Siendo esta una verdad axiomática, y toda vez que, dado el progresivo aumento de los gastos públicos, el que las rentas han tenido de mayores ingresos no ha permitido aligerar los tipos contributivos, como no lo será mientras aquéllas no proporcionen mayores recursos, tarea patriótica nos parece la que consagremos á apreciar y aquilatar la virtualidad y eficacia de los procedimientos, de los medios y de la acción necesaria para conseguirlo;» y como á este fin realmente se encamina la obra de que nos ocupamos, entremos sin detenernos en las consideraciones que se nos ocurran al examen y análisis del libro titulado: *Las rentas estancadas. Apuntes históricos, observaciones y datos estadísticos.*

Es el Sr. García Torres, y con este juicio no le ofendemos, uno de los pocos hombres de administración que, habiendo comenzado su carrera desde el extremo inferior de ella y elevádose al superior á fuerza de años, de aptitud y de merecimientos, alteran el orden de los factores en el axioma del Barón Louis, y dicen: «Dadme buena Administración y os daré buena política.»

No analizaremos, por impertinente en este momento, cuestión tan difícil y compleja, limitándonos á consignar que el autor de la obra que nos ocupa, siquiera tenga su puesto en la política, sea por aficiones, carácter ó convicciones, resueltamente pospone aquélla á la Administración. Su declaración es franca y explícita: considera que la política, variable, tornadiza á impulsos de la pasión ó del deseo de procurar el bien de la patria, tan pronto se inclina á uno ú otro cuadrante para volver á marcar, empujada por el viento de las circunstancias, el punto que anteriormente señalara, modificándose las opinio-

nes, reformándose los símbolos y cambiando los sistemas, sin que por ello resulten otros daños que los transitorios y remediables de pasajeras convulsiones que ocasionaran; no debe ejercer su acción destructora en la Hacienda que, representando la riqueza pública, que tiene obligación de favorecer, y el crédito del Estado, que debe enaltecer, conviene se halle á cubierto de los cambios irreflexivos ó aventurados; porque los males que experimente, efecto de la irregularidad administrativa, carecen de indemnización ó recompensa, cuyas consecuencias forzosamente han de traducirse en quebrantos del signo de la fortuna pública y aumento de gravámenes al contribuyente. De aquí la teoría pregonada y poco atendida de la conveniencia de libertar la gestión administrativa de las oscilaciones y movimientos políticos; pero no siendo esto posible, como el Sr. García Torres lo reconoce, preciso es relegar á tiempos más tranquilos y bonancibles la realización de una idea cuya bondad está generalmente reconocida, sin aceptar en absoluto la opinión que consigna, de aplaudir por patriótica y razonable la conducta de aquellos Ministros de Hacienda que han hecho mucho por la Administración y poco en favor de la política.

Sabemos, pues, á qué atenernos en esta parte y, respetando la autoridad del autor, y aplaudiendo su celo, permítanos le digamos que en la conciliación de unas y otras exigencias está la verdadera conveniencia pública.

Inspirado por el criterio intransigente, se dilucida con copia de razones y oportunos argumentos la cuestión de los monopolios por el Estado, que la ciencia rechaza, pero que el Tesoro necesita que las clases productoras aplauden y que recomiendan prudentes y entendidos economistas. Es, en verdad, evidente, dando de mano á consideraciones filosóficas, para atender á las de actualidad, que los mil millones de reales que anualmente producen son indispensables para el sostenimiento de las obligaciones corrientes, suma que, no habiendo manera de obtenerla directamente de la propiedad y de la industria, á menos de causar profundas perturbaciones, exige la necesidad de sostener los monopolios actuales.

Curiosa é instructiva es la reseña que el Sr. García Torres hace de las vicisitudes y conatos de reforma que se registran desde el establecimiento de los estancos, para deducir que la experiencia, aquilatando prácticamente la utilidad y conveniencia del planteamiento de fascinadoras innovaciones, ha demostrado los deplorables efectos de los desestancos, que podrán discutirse, pero permaneciendo en la elevada esfera de las ideas, mientras no abunden los recursos para hacer frente á las necesidades del presente y á las contingencias del porvenir.

Después de estas y otras meditadas consideraciones, que el autor estampa en lo que modestamente califica de preliminar á la Memoria, recomendando se pasen por alto, á fin de consagrar atención preferente á la estadística, que estima trabajo más sustancial, pasa á explicar lo que son en sí cada una de las rentas estancadas, en forma tan clara, precisa y comprensible, que forman realmente cuerpo de doctrina apreciable y monografías de los diversos ramos, cuya lectura hace agradable, no obstante lo árido de la materia, la manera de presentarla: circunstancia advertida en todos los escritos económico-administrativos que el Sr. García Torres ha dado á la estampa.

La abundante suma de datos históricos, que revelan afanoso trabajo, referentes al descubrimiento é implantación en Europa del tabaco; propagación y desarrollo en España, así como los medios empleados para utilizar sus productos en los diversos Estados; las medidas de rigor adoptadas para contener el vicio ó costumbre, que rápidamente se generaliza; las opiniones encontradas de escritores célebres del uso de aquella yerba; el solícito cuidado de los gobiernos para fomentar el consumo, en contraposición del rigor antes empleado, con objeto de acrecentar los pingües recursos que del mismo obtenían; el descuido con que en España se miró durante largo período este arbitrio; su estanco, así como la serie de arriendos que sobre el mismo se hicieron desde 1614 hasta que se estableció el sistema de su administración en 1731, adoptándose la administración exclu-

siva por cuenta de la Hacienda; la nomenclatura de las clases de hoja de tabaco que la industria emplea en cada una de las naciones del mundo; la detallada de las procedentes de diversos puntos que entran en la confección de las manufacturas elaboradas en las fábricas nacionales; la designación de los precios á que las mismas han sido expendidas en el período de estanco, que comienza en el siglo XVII y continua en la actualidad; las tarifas de confección y de coste en las diferentes clasificaciones; el examen breve, pero completo, de la debatida cuestión de libertad de cultivo indígena y zonas favorables para el mismo en la Península; la demostración numérica de lo que desde 1731 hasta el día ha sido producto bruto, gastos y valor líquido obtenido; el sistema administrativo observado, cuyo origen arranca en la Instrucción de 1740, y la sentida manifestación del estado en que se encuentran las fábricas nacionales; lo primitivo de los procedimientos, gravoso y perjudicial de los medios industriales que en las elaboraciones se emplean; utilidades que á la industria fraudulenta proporciona la incuria; y, finalmente, la manera eficaz de allegar al Tesoro las inmensas cantidades que ahora pierde, son puntos interesantes de meditación ó estudio, y recomendable trabajo que atestigua laboriosidad y elevado criterio, merecedor de la reputación que el Sr. García Torres disfruta.

También es curiosa y estimable análoga reseña que publica respecto del *Timbre del Estado*, explicando el origen, vicisitudes, alteraciones y reformas que ha experimentado este arbitrio, á partir de la fecha de la creación, que tuvo lugar en 1636, para subvenir á los apuros que el Erario experimentaba en el reinado de Don Felipe IV; los aumentos progresivos de tipos de imposición, productos y gastos en las diversas épocas; las falsificaciones y vicios que, hallándose reconocidos, no se combaten eficaz y enérgicamente por los medios de que la Administración dispone; las irritantes desigualdades que la legislació autoriza; estudios practicados que justifican y abonan las reformas propuestas para contener, evitar y corregir vicios y

perjuicios que se advierten, constituyen un interesante capítulo del proemio, que concluye con estas sentidas frases, que trasparentan algo bastante importante para fijar la atención de nuestros hacendistas:

«La cuestión, planteada en términos precisos, ha sido resuelta por el Gobierno, después de examinar la manera acertada, conveniente y económica de llevarla á la práctica; el procedimiento estudiado y propuesto por autoridades competentes en la materia, entiendo reune esas atendibles y oportunas circunstancias, y, por lo tanto, existe razón y fundamento para suponer que, al cabo de esa larga serie de tramitaciones que fatigan el ánimo y ponen á prueba la constancia, la fe y el convencimiento, se llegará á abandonar anteriores criterios positivamente perjudiciales, para aceptar más acertado pensamiento, llevándole á la práctica sin otro menoscabo que el que cause á los defraudadores del Tesoro que falsifican el sello del Estado.»

Parécenos que el párrafo trascrito es sobradamente elocuente y expresivo, y que no necesitamos analizarlo y menos amplificarlo.

Igual minuciosidad se advierte en la narración de la historia y alteraciones que se han verificado en la llamada renta de Loterías, punto preferente de las fundadas censuras que á la Administración española constantemente se dirigen por explotar, proteger y fomentar un vicio que persigue, ó debe perseguir, como inmoral é ilícita industria que arruina multitud de familias; que es enemigo de la economía, que halaga los instintos de holganza y que perjudica grandemente á las cajas de ahorros, que deben ser auxilio, recurso y providencia de las clases menos acomodadas de la sociedad.

Cierto que, originariamente, la creación de las loterías, *primitiva* y *moderna*, respondían á un objeto y satisfacían propósitos que las acreditaban: el atender al sostenimiento de obras pías y establecimientos de beneficencia. Pero el tiempo y las necesidades, alterando la idea filantrópica, facilitaron el cam-

bio radical, haciendo que los productos ingresaran en el Tesoro y quedando, cual débil sombra que cubra lo injustificado del arbitrio, pobres asignaciones ó lotes á doncellas desvalidas y huérfanas de militares muertos en campaña.

Sea de ello lo que quiera, obedeciendo á la inexorable ley de la necesidad, la lotería continúa y continuará, á despecho de los anatemas de filántropos y moralistas, y en este concepto el Sr. García Torres da cuenta de aquello que es curioso observar; en la parte historial de productos y gastos, de fluctuaciones y de administración. Y aquí se nos ocurre una sencilla reflexión que no resistimos á la tentación de anotar: una renta que á la luz de la razón resulta injustificada, es la única que se halla perfectamente organizada.

Empresa industrial á cargo de la Administración, y no ramo estancado por la Hacienda, es la explotación de las salinas de la Mata y Torrevieja, resto valioso de la gran propiedad que el suprimido monopolio disfrutaba, y que, con más ó menos acierto y buen resultado, enajenó, cuando la ley ordenó el desestanco de este artículo de primera necesidad.

La descripción de estas magníficas fincas forma interesante capítulo de la parte preliminar de este libro, dando á conocer los resultados ofrecidos por la fabricación de sales en Torrevieja, puesto que en la Mata no se verifica; defectos que en la elaboración se reconocen, sistema de administración y venta, y productos que en tal concepto han ingresado en el Tesoro público desde que fué declarada libre la industria salinera en España, que el año de mayor exportación apenas ha excedido de un millón de quintales, equivalente á igual número de pesetas.

Digno resultado es este cuando se comprueba que las salinas expresadas pueden satisfacer con holgura el consumo nacional y parte del extranjero, siendo fácil suministrar lo mismo la sal blanca que la roja, de espuma ó molida, no excediendo los gastos de producción de una veintena de céntimos de peseta por quintal métrico, ó sea el coste de su extracción y conducción al puerto.

Para obtener mayores beneficios, reducir los gastos y desarrollar la producción, utilizando las inmejorables condiciones geográficas y topográficas de las lagunas propiedad del Estado, preciso es beneficiarlas con arreglo á los adelantos modernos.

Constituye la tercera parte del trabajo del Sr. García Torres una estadística de la renta del tabaco correspondiente al año económico de 1880-81.

Sobradamente conocida y apreciada, en los tiempos modernos, la conveniencia y utilidad de dar publicidad á los datos estadísticos de los diferentes conceptos en que se subdivide la Administración, no hay para qué elogiar el buen propósito en que se ha inspirado el autor de la que nos ocupamos: sin ese esencial conocimiento, la acción oficial camina á ciegas, causando perjuicios y detrimentos que fácilmente habría evitado practicando estudios, comparando resultados y deduciendo consecuencias, que el simple examen de los cuadros estadísticos ofrece á la consideración de los funcionarios encargados de practicarla.

Ante la rutina dominante, fuerza de voluntad es indispensable para desatender infundados temores, reservas burocráticas y diferencias de criterio, dando á conocer pormenores y detalles velados hasta ahora en el misterio oficinesco; y decimos esto, porque merece fijar atención la circunstancia de que, á pesar del ejemplo de la vecina Francia, dando pública cuenta del monopolio del tababo, sin que por ello se afecte en lo más mínimo el progresivo desarrollo de esta industria explotada por la Administración, y de que en otros ramos se dan á la imprenta trabajos estadísticos por los Ministerios de Fomento y de Hacienda, que aparecen más refractarios á semejantes satisfacciones, nada absolutamente era conocido que relación tuviera con recurso tan grandioso como el de tabacos, llamado, según la entendida afirmación que con gusto conocerán los contribuyentes, á producir 200 millones de pesetas anuales y á levantar en algún tanto la enorme pesadumbre de impuestos,

que esquilma y abruma la agricultura, la industria y el comercio.

Bien empleados están el tiempo y los esfuerzos que el señor García Torres haya consagrado á la idea de reformar los ramos estancados: el aprecio de las personas competentes será la digna recompensa por el programa completo que presenta de lo que había, lo que se ha hecho y lo que se debe practicar; de la discusión saldrá la luz, y en la experiencia se aquilatará la bondad mayor ó menor del pensamiento, sea porque se arriende ó porque continúe administrándose por la Hacienda ramo tan importante.

Es bien clara la sumaria exposición de los resultados por efectos y valores del movimiento y explotación del monopolio en 1880-81, permitiendo á las personas más ajenas á estos estudios comprenderlo; porque pueden hacer fácilmente comparaciones y deducir apreciaciones, siquiera no todas redunden en honra de la Administración, que ve trascurrir los años, advierte los perjuicios, conoce los males y, pasivamente, ha dejado correr el tiempo haciendo poco, muy poco de lo que la conveniencia reclama, la experiencia aconseja y el mutuo interés exige. Sin embargo, la amplia y razonada discusión que de este asunto se está verificando en el Parlamento y en la prensa ha de llevar, como consecuencia obligada, á estos servicios, las reformas que ya están aceptadas como indispensables; y aunque otras no fueran las ventajas, motivo habría por ello para felicitar al Sr. Ministro de Hacienda.

Debemos expresar una omisión advertida en la estadística publicada: nos referimos á la valoración de los edificios y terrenos anejos á los mismos destinados á fábricas de tabacos, suponiendo que el no estamparse estos datos habrá sido por no existir tasaciones, acase por que el hacerlas produce gastos. Sea en buen hora; pero parécenos que una Hacienda bien gobernada tiene el deber de saber y poner en el balance el importe ó valor de las fincas y edificios destinados á servicios públicos, constituyendo parte del haber nacional; y con relación á las fábricas de tabacos, habiendo en ellas ingenieros industriales,

cuyas ocupaciones no son tantas que impidan consagrarse á otros trabajos particulares ú oficiales, pudieran y debieran practicar los de formación de planos y valoración de dichos establecimientos industriales, para que el Ministro de Hacienda los conociera: dato que se echa de menos en este libro.

Y damos punto á la tarea que emprendimos con objeto de tratar del tabaco y otros ramos de las Rentas Estancadas; pero lo hacemos en el firme convencimiento de que reclaman gran atención y preferente esmero, puesto que creemos están llamadas, en porvenir no lejano, á ofrecer la solución al problema de solvencia entre los ingresos y los gastos públicos.

Un Hacendista.

BOCETO DEL NATURAL

Se guisa de comer.

Este lema es el ¡alto! que un tabernero ó bodegonero da al transeunte que pasa por delante de la puerta de su establecimiento.

En verdad que pudiera anunciar con más propiedad gramatical su tráfico; pero ¡vayan ustedes á exigirle gramática á un tabernero, en un país donpe tantas personas que tienen obligación de conocer tan indispensable rudimento social, no le han saludado siquiera!

La gramática es un artículo de lujo, y, por consiguiente, no se halla al alcance de todas las fortunas.

Sea esto lo que sea, lo cierto es que un «Se guisa de comer» oportunamente hallado en el camino de la Venta, ó del puente de Vallecas, ó en la ribera del caudaloso Manzanares, ofrece un oásis, ¡Dios me perdone! al transeunte gastrónomo no muy delicado de estómago.

Y no digo nada del incitante y subversivo anuncio de «Callos y caracoles» y del «Ay comidas» sin *h*, por supuesto, que no hay corazón sensible que pase indiferente sin entrar, con el individuo que le conduce, á *extirpar* una fuente de callos ó á ver que *¡ay!* que comer.

Un ventorrillo de los alrededores de la capital de España es tan digno de estudio como un ventorrillo de Puerta de Tierra en Cádiz,

ó como la Caleta de Málaga, aunque no tan pintorescos sus alrededores ni tan alegre el cielo que le cobija.

Hay más variedad, en cambio, en los tipos que visitan tan respetables lugares, sobre todo en días festivos.

Allí *¡ay!* de todo: el embrión de General; porque no puede negarse que desde la ínfima clase de «soldado de tropa» se puede llegar hasta la elevada de Mariscal de Campo, ó Teniente General, ó Capitán, ó Comandante, como decía un chulo á un soldado raso en uno de los referidos ventorrillos; la cocinera, la nodriza en espectación de cría para casa de los padres; el jornalero, el estudiante.

Entrar en un ventorrillo en días de fiesta, es entrar en la gloria, para unos; en el infierno, para los hombres graves y taciturnos; en la antesala de la Casa de Socorro, para varios.

El teatro representa una sala blanqueada, en la cual se ven algunas mesas de pino, perfectamente colocadas, con la pintura más fina que se halla en los talleres del arte; algunos taburetes, bancos ó banquetas.

Entre los parroquianos, de seguro hallarán ustedes un individuo de la especie de chulos y una *gachí*, por lo menos; tal cual albañil, con ó sin familia; algún criado que obsequia á su novia, doncella de profesión en casa de un Director de algún ramo, ó á su novia y á una amiga ó compañera de su novia. Y no era necesario añadir que, por la parte más corta, han de entrar en el ventorrillo tres ó cuatro soldados de caballería, en traje de gala con uniforme.

La representación extraoficial de todas las clases sociales; el elemento civil y el elemento militar.

Figúrense ustedes sentado junto á una de las mesas á un chulo, torero de invierno y papelista puro de temporada, y á su hembra, una muchacha que cose para el *corte*; esto es, que construye pantalones de uniforme para la tropa.

Que ella es buena moza y tiene dos ojos que parecen cuatro, y un lunar en la mejilla derecha, que parece pintado para hacer que la miren con interés los observadores, bueno es decirlo; que él es bravo y usa *pincho* ó *corte*, y le da un *plumazo* —en cristiano, puñalada—al sol que sale, no era menester indicarlo; chulo y madrileño es como decir: Roldán, Cid Campeador, Bernardo ó Gonzalo de Córdova.

En derredor de otra mesa, colocada al extremo opuesto de la sala, están Juanito, Rosa y Leonor; él, dependiente subalterno de una casa de comercio; ellas, empleadas en el ramo de sirvientas.

Un domingo es un domingo, y se han propuesto divertirse; ya han tomado café y media copa en el *Imperial*, un vaso de horchata en una de las horchaterías de la calle de Alcalá, si es tiempo de verano, y después se disponen á comerse una fuente de callos, y unas chuletas, y unas sardinas, y luégo irán «al baile», y luego, si Dios no lo remedia, será posible que un cólico los lleve á la eternidad.

En una y otra mesa se entregan al placer de la gastronomía. Al foro tres ó cuatro albañiles, con sus *parientas* unos y sin sus *parientas* otros, con un chiquillo los que los tienen, y sin ellos los que no los *poseen* ó si los *poseen* no los *usan* en días festivos, charlan, y beben y fuman y depositan en aquella caja de ahorros al aire libre el fruto de su trabajo durante una semana. Para empezar la siguiènte, será posible que tenga que hipotecar la chaqueta nueva ó la camisa de las grandes solemnidades.

Hay animación y bulla, rien, hablan todos á un tiempo, cada cual de su asunto, exceptuando á las mujeres, que siempre se ocupan del ajeno, y en la sala se extiende una atmósfera que pudiera cortarse con un cuchillo.

Pero cuando cierta gente se divierte, no repara en esas frioleras, y desprecia el calor, y el frío y otros excesos.

—Te digo—dice el *Gotera*—elegante pseudónimo del chulo—que ya se desempeñará mañana; que yo tengo que tomar unos duros del empresario del Colmenar.

—Es que, como ya se han cumplido—replica la Dolores—yo no quiero perder unos pendientes que me costaron media onza de oro, de lance.

La buena moza decía, sin querer, la verdad; los pendientes eran de oro de lance; y en cuanto á lo de la media onza, quien dice media, dice cuatro duros; y quien dice cuatro, dice dos.

—Pero, ¿es que te vas?—preguntó después al bravo.

—¡Pues ya lo creo! vamos á torear unos becerros en la fiesta del santo, y yo *yevo* la *cuadriya*.

—A ver si te sucede otra como la *pasá*, que te reviente un *bicho*, y en el lugar de adelantar, atrasas.

—Los funcionarios públicos á eso nos exponemos—responde el torero en caricatura.

—¿Y quién va contigo?

¿Quién? Pues el *Tuerto.*

—¿El Tuerto?

—Sí, el Tuerto; que me *paece* que le voy yo á dejar ciego.

—¿Y por qué?

—Pues, por *ná*: ahí verás tú.

—¿Qué te ha hecho?—pregunta encarnada la moza.

—¡Toma! que yo bien sé que te mira con buenos ojos.

—Pero hombre, ¿con buenos ojos el Tuerto?

—Ahí verás tú.

—Tengo ganas de morirme—gruñe la moza muy incomodada.

—¿De verás?

—Sí, míralas.

Diciendo esto, hace y besa la señal de la cruz.

—No jures, chica.

—¿Pues no sabes que te quiero más que á mi vida, *arrastrao?*

—Así parece—replica el chulo, bebiendo una copa de vino y limpiándose después la boca con la mano.

—Sabes que no me peino yo para tuertos. Y que, no digo yo á ese *filomeno*, pero á otros más *estiraos* los he *dao* yo el quiebro, sin ser torera.

—¡Anda ya, mala *presona!*—interrumpe el guapo, dando una manotada á la moza, lo cual significa entre cierta gente un cariño á toda prueba.

Entre tanto los del grupo de *sirvientas* y dependientes murmuran de sus respectivos señores y sacan á relucir todas las debilidades de la humanidad que conocen, es decir, de la parte de la humanidad que los mantiene, y alternando con este asunto, hablan el novio y la novia de su proyecto matrimonial.

—¿Y cuándo nos dáis el gran día?—pregunta la amiga de la novia con tanta alegría y tanta franqueza, que no pudiera explicarse más que después de comer y de beber juntos.

—Pues yo—responde el novio—pienso que nos unamos en *indisoluto* vínculo á la entrada del próximo venidero invierno.

El dependiente habla con suma pulcritud; ha oído palabras y no sabe dónde, y las casa y las suelta conforme las recuerda, sean ó no propias, pertinentes ó impertinentes.

—¡Vamos, Juanito, no seas así!—refunfuña la novia, como si su amor hubiera dicho una atrocidad.

—¿Quieren ustedes tomar alguna otra cosa de comestibles?—pregunta Juanito.

—Yo, como esta quiera—responde la víbora, en forma de amiga, que acompaña á la pareja dichosa en futuro, y que tal vez lo sería en presente si no lo impidiera el número 3, el estorbo de la impertinente y susodicha amiga.

—¡Mozo!... ¡mozo!...

El mozo acude media hora después á las voces del dependiente, y sirve luégo otro plato á instancias del Juanito y de la amiga; por que la novia, en la perspectiva de llegar á ser esposa del joven anfitrión, empieza á hacerse ó á parecer económica, á lo cual objeta la curiosa compañera:

—¡Un día es un día, y si no lo gasta con nosotras, será peor! ¡Déjale!

—No lo crea Vd., Ciriaca; llevo una vida muy sedentaria y muy patriarcal; amo las comodidades y la dulcísima tranquilidad; detesto las locuras juveniles, que ponen al hombre al borde del patíbulo... (léase precipicio) y no tengo nada de calavera.

El chulo y su hembra miran con insistencia á las tres personas que conversan pacíficamente, y de cuando en cuando amenizan con una carcajada el diálogo.

El enamorado dependiente empieza por escamarse, y concluye por dirigir miradas terribles á la popular pareja.

—¡Verá Vd.—dice luégo entre dientes—cómo parto á algunos por la médula espinal!

—¿Por qué?—preguntan á un tiempo las dos mujeres alarmadas.

—¡Yo sé por qué! No consiento que nadie se me ría—continúa el jóven César—y en cuanto que se repita el espectáculo...

—¡Vaya, vaya, no tengas mal genio!—aconseja la novia.

—Si no miran aquí siquiera—añade la amiga.

—No me diga Vd., Ciriaca, que yo soy muy hombre y sé lo que ven estos ojos.

—¡*Adrento, cabayeroz*!—grita un cabo de caballería que penetra en aquel momento en el ventorrillo como en país conquistado, arrastrando el sable y dando palmadas.

Detrás entran hasta tres soldados de la misma arma, haciendo mucho ruído.

Los cuatro se dirigen á una mesa que hay desocupada entre la que ocupan el chulo y su novia y la en que meriendan el dependiente y las dos domésticas.

—*Asentarse*—prosigue el cabo—y vamos á echar un *mus* hasta la hora de la lista y á bebernos un par de *boteyas der* tinto.

—¡*Mu bien dicho*!—gritan los soldados.

—¡Qué escándalo!—murmura Juanito.

—¡Qué gente tan soez!—afirma la amiga.

—¡Ea, anda y concluye, y vámonos ya!—gruñó el chulo dirigiéndose á la novia—porque la clase de tropa me revienta, y si tienen la suerte de *trompezar* conmigo... vamos, que yo me reconozco y sé... lo que sé... vamos.

—Pero hombre, ¡si mayormente no se meten contigo!

—¡Pues si se metieran!... ¡Ay! ¡Si se metieran!...

—Anda, pues; paga y vámonos.

—Caballeros—dice por lo bajo el cabo—¡vaya un par de luceros de gala que tiene esa mujer!... ¡Ay! ¡*zi ze pudiá* tomar á la carga!...

Entre tanto los cuatro soldados se han colocado alrededor de la mesa, uno en cada lado, y al sentarse cada uno de los dos que están respectivamente hacia los lados de Juanito y del *Gotera*, tropiezan con las sillas de dichos individuos.

—¡Qué bestialidad!—murmura el novio.

—¡Vea *usté* cómo se sientan, *camará*!—dice el chulo al militar que tiene al lado.

—*Usté* perdone—responde éste.

—¡Qué apretura!—exclama el otro que está enfrente—¡Y quién tuviera la *zuerte... der* boticario! como dice una copla que cantan en mi tierra.

—¡*Güena* tierra es la tuya!—replica otro soldado.

—*Mu* mala; ¿no *zabes* tú? *Zi* la tierra *é Graná* es una perdición, ¿verdad? ¡*Zi zerá* mejor Pero Muñoz que Don Pero Muñoz, donde tú has *nacío*! *Er* dia que tú entres en mi tierra, te quedas *visco*, *gachó*, y *ze* abre la boca y no *güerves* á cerrarla *jasta* que *zargas* de la provincia. ¡Qué vega, y qué *sielo*, y qué *jembras*!... ¡Uy!... Dejé yo *apalabrá* una mujer cuando *zalí pa el zervicío*, que en cuarquier otra provincia podía *zevvír pa principeza*. ¿Te *enteraz* tú?

La conversación se anima; el vino está ya sobre la mesa, y pocos segundos después en los vasos, y casi al mismo tiempo en los estómagos.

—Que traigan, pues, unas sardinas y las *juevaremos*—dice uno de los soldados, natural del propio Calatayud.

—Que las traigan—repite el cabo.—Aquí están ya los *naipez*; vamos, ¡á ver quien da!...

—Los soldados juegan, y charlan, y gritan, y disputan por una jugada, y beben y muestran tal algazara, que no dejan entender á los novios, ni al chulo, ni á los transeuntes que pasan por delante del ventorrillo.

—Vamos, chico—dijo levantándose la buena moza—que estoy intranquila.

—¡Que te *cayes* y que me dejes te digo! —replica el torero en conserva.—Pues, ¡Ave María! paece que tienes miedo.

En esto estando, uno de los soldados tira la colilla de un cigarro puro y da con ella en el sombrero de Juanito, que se levanta indignado.

Los soldados se levantan también, y al levantarse tiran el plato de las sardinas sobre la falda de la chula.

El chulo tira de navaja, median otros paisanos y se dispone todo el mundo á dar la batalla.

—¡Boca abajo todo el mundo!—grita el cabo tirando del sable, movimiento que los tres soldados imitan al verse amenazados por navajas, palos y sillas.

—¡Estoy yo deseando comerme un *sordao*! ¡Conque digo—refunfuña el *Gotera*.

—¡Paco! grita la chula.

—¡Cójale *osté*, que no se pierda!—grita el cabo.

—¡Canalla!

—¡Tuno!

—¡Atrás, paisano!

—¡Socorro, guardias!—gritan las mujeres, procurando salir.

—¡A la carga! grita el cabo.

—¡A ellas! vocea otro soldado.

Y en un momento queda convertida aquella mansión en un campo de batalla.

Gritos acá, palos allí, silletazos más allá, cuchilladas, mesas rotas, botellas y platos.

Cada cual sale como puede, y el dueño del merendero pide á voces paz y dinero, y nadie le hace caso.

Al día siguiente se lee en los diarios noticieros:

«Ayer, en un merendero, camino de la Venta, ó del Puente de Vallecas, etc., etc..., hubo una reyerta entre varios individuos y algunos soldados, de la cual resultaron algunos heridos, etc., etc... La intervención de la autoridad puso fin al tumulto..., etc., etc.»

Y el *Gotera*, hablando del suceso con otros camaradas, dice, refiriéndose al mismo y poniendo por testigo á su hembra:

—Chicos, ¡lo que nos *divirtimos* el domingo ésta y yo! ¿no es verdaz?

E. de Lustonó.

CRONICA POLITICA INTERIOR

23 de Febrero.

Difícilmente encontraríamos en nuestra historia de estos tiempos un período de más reposo y de más interés práctico que el de los últimos quince días. Fuera del incidente producido por la orden del Gobernador civil de Madrid prohibiendo la representación de una obra dramática del Sr. Zapata, incidente que, á falta de otros asuntos de más monta, ha tomado ó ha querido tomar las proporciones de una cuestión política, las Cortes y el Gobierno han consagrado toda su atención á tratar de asuntos que aprovechan al país bastante más que las apasionadas luchas de los partidos.

La ley de arrendamiento de la renta del tabaco ha sido aprobada en el Congreso; pero la discusión de sus artículos dió motivo para que dos jóvenes Diputados de la mayoría, el Sr. Díaz Moreu y el Sr. Jimeno, terciaran en el debate pidiendo la libertad de cultivo del tabaco en la Península. El Sr. Díaz Moreu, que representa el distrito de Motril, en la provincia de Granada, sabe que la riqueza azucarera de las costas de Málaga, Granada y Almería está á punto de sucumbir, porque, á favor de la rebaja de los derechos de importación, los azúcares de Cuba y Puerto Rico hacen á los peninsulares, cuya producción

es costosa, una competencia funesta. El Sr. Jimeno, que representa otro distrito de la provincia de Valencia, sabe, á su vez, que la riqueza arrocera pasa también por una crisis angustiosa, porque los arroces extranjeros que entran en España pagando derechos fiscales que bien pueden soportar, hacen á los de Valencia una competencia cruel; y partiendo de estos hechos, pidieron á las Cortes y al Gobierno que, para evitar la ruina que amenaza á los productores de caña dulce y de arroz, que acaso tendrán que abandonar en breve este cultivo, se autorice el del tabaco con las garantías y formalidades que la Administración considere necesarias para armonizar el interés de la Renta con el interés de los cultivadores.

Las enmiendas del Sr. Díaz Moreu y del Sr. Jimeno no fueron aceptadas; pero sus discursos han quedado en pie y en ellos y en las contestaciones que dieron, á nombre de la comisión, el Sr. Testor y el Sr. Aguilera, están las primeras bases de una reforma que la opinión pública reclamará, en su día, imperiosamente: la de la libertad de cultivo del tabaco en España.

Las islas de Cuba y Puerto Rico conseguirán, en un plazo quizás no lejano, su completa asimilación económica y administrativa á la Península. Los autonomistas y los partidarios del régimen especial para las provincias de Ultramar van modificando sus ideas, y, en cambio, van acentuando las suyas los asimilistas. El día en que éstos triunfen, y ese día se ve venir, los productos de Cuba y Puerto-Rico entrarán en España, como los de las islas Baleares, en cabotaje, y no se producirá azúcar en el país, porque la competencia será de todo punto imposible. Continuarán, y ésta debe ser la aspiración de los grandes industriales, los ingenios, y aun se levantarán otros, para beneficiar los azúcares mascabados de nuestras Antillas y obtener de ellos, como lo obtienen los fabricantes de los Estados-Unidos, el azúcar fino, el azúcar terciado y el alcohol. Ganará mucho el país con esta trasformación, porque crecerá su industria, consumirá más barato un artículo que es de primera necesidad y no tendrá que proveerse de los alcoholes de Alemania pagando una fuerte suma. Pero todas estas ventajas positivas no librarán de la ruina á los productores de la caña dulce de Málaga, Granada, Almería y las provincias de Levante, porque instantánea-

mente tendrán que cambiar de cultivo, y esto es peligroso para el propietario y para el labrador.

El Sr. Puigcerver, que es un economista eminente, no ignora esto; el Sr. Puigcerver sabe, además, que en los terrenos en que actualmente se cultiva la caña dulce y el arroz se produciría tabaco, si no tan bueno como el de Cuba y el de Puerto Rico, tan bueno ó mejor que el de Virginia, Kentuky y Mariland y, desde luégo, mejor que el mejor de Europa; el Sr. Puigcerver sabe también que el cultivo del tabaco no es incompatible con el monopolio de la fabricación y venta, ejercido por el Estado ó ejercido por una empresa en aparcería con el Estado; el Sr. Puigcerver sabe, en fin, que la Administración tiene el deber de adquirir la mayor cantidad posible de tabaco de Cuba, Puerto Rico y Filipinas para estimular la producción y fomentar la riqueza de aquellas provincias, pero que puede y debe prescindir del tabaco extranjero, sobre todo si en España se produce de mejor calidad y más barato. Comprendemos que no haya acometido de frente, con ocasión de su proyecto de ley, una reforma económica tan trascendental como la de la libertad de cultivo; porque ni la Administración está preparada, ni lo están los labradores, ni los intereses de Cuba y Puerto Rico están bien deslindados; nos explicamos que quiera asegurarse de las ventajas de esta reforma, ensayándola en pequeñas porciones y en diferentes zonas, de acuerdo con la empresa arrendataria; pero entendemos también que haría mal en abandonar este pensamiento, porque tenemos la convicción de que los ruegos de los Sres. Jimeno y Díaz Moreu han de ser muy pronto una de las más fuertes exigencias de la opinión pública.

Otra cuestión de alto interés económico se ha debatido en el Congreso con motivo de una interpelación del Sr. Duque del Almodóvar del Río, acerca de la circular del Ministro de Justicia en Francia, prohibiendo la venta de vinos enyesados, ya sean nacionales, ya extranjeros. Esta circular afecta á la importación de vinos españoles en la vecina República; y como toda cuestión de esta naturaleza es hoy de vida ó muerte para la agricultura española, porque en ella están interesados el modo de vivir de los que tienen su fortuna en el suelo, el sostenimiento de las clases trabajadoras y el pro-

greso de nuestra riqueza territorial, la Cámara le prestó gran atención.

El Duque de Almodóvar del Río es uno de los principales productores de vinos de Jeréz. Conoce este ramo de la industria agrícola como pocos españoles. Quien le oyera hablar de la composición química de los vinos, de los medios más adecuados para mejorarlos y conservarlos, de la acción de los simples y de los sistemas seguidos y desechados hasta ahora, le tomaría por un hombre de laboratorio. Decimos esto en honor suyo, porque si todos los títulos del Reino y todos los grandes propietarios tuvieran los conocimientos técnicos y la afición que el Duque de Almodóvar del Río tiene y manifiesta siempre que se levanta á hablar de la producción vinícola y del comercio internacional, otra sería la suerte de nuestra agricultura y de las industrias que de ella se derivan. Habla con suma naturalidad, expone con método, sintetiza con sobriedad y con arte y da á sus discursos un perfil de autoridad y de sencillez que se asemeja mucho á la oratoria del Parlamento británico.

Dos cuestiones planteó el Sr. Duque de Almodóvar: Primera. El enyesado no perjudica á los vinos, antes bien, los mejora. Si, pues, en España, por inveterada costumbre y por consejos de la ciencia, se vienen enyesando y así se han importado siempre en Francia, la circular del Gobierno francés prohibiendo la venta de vinos enyesados ha de anular ó, por lo menos, aminorar la importación. Segunda: En el Mediodía de Francia hay muchas fábricas que elaboran una gran cantidad de caldos con el nombre de vinos de Málaga, Alicante, Jeréz y otras marcas regionales de España para exportarlos á los mercados americanos. Resumiendo la primera, dijo con una gran discreción: «Como las medidas adoptadas en la circular del Ministro de Justicia de la República francesa no han de ser definitivas, entiendo yo que, sometiéndose á ellas el Gobierno español, procedería abrir una información, de acuerdo entre ambos Gobiernos, para venir á acreditar si la práctica del enyesado es ó no dañosa á los consumidores, y para establecer definitivamente una legislación que ponga término á las alarmas y congojas de los atribulados productores españoles.» Haciendo la crítica de la segunda, y en esto estuvo un tanto duro y apasionado, exclamó: «Es sobremanera extraño que, cuando una na-

ción rechaza á otra determinados artículos, á título de adulterados, proteja, sin embargo, dentro de su propio suelo, falsificaciones de productos que no contienen nada de vino y que, no obstante, corren por todas partes, haciendo una competencia desleal, como que está basada en el fraude.»

El Ministro de Estado, Sr. Moret, reconoció, desde el primer momento, la importancia de esta cuestión, «que afecta—dijo—á toda la sociedad española;» porque «somos—añadió—un pueblo cuya balanza mercantil se mueve siempre entre límites estrechos; porque nuestra moneda es principalmente de plata, y si, por carecer de mercancías con que pagar la importación del extranjero, tuviéramos que pagar el saldo de la balanza en moneda, como la plata está depreciada, tendríamos que pagar en barras, y resultaría para nosotros una pérdida de un 20 á un 25 por 100, y ¡ay entonces de la riqueza de España! porque, depreciada nuestra moneda en el exterior, si no tuviéramos vinos, tendríamos que pagar el oro de que carecemos, y nuestra propiedad inmueble, nuestra industria y nuestro comercio sucumbirían bajo el peso de ese descuento general!»

El discurso del Sr. Moret, uno de los más interesantes y más bellos que le hemos oído, es una hermosa lección de ciencias naturales, de economía y de derecho internacional en sus relaciones con la agricultura, la industria y el comercio, y fué además un sentido llamamiento á todos los Diputados, para que todos cooperen, con su esfuerzo y su voluntad, al desarrollo de riqueza nacional. «Así como en la política—dijo, en uno de sus más brillantes períodos—cuando hablamos de derechos y de combinaciones de las fuerzas sociales, enseñamos á cada uno á servirse de sus fuerzas y de sus elementos para crear la libertad, así también, cuando en este sitio hablamos de industria y de comercio, es para enseñar al país dónde están sus tesoros ocultos y para animarle á desarrollar sus fuerzas económicas para producir la verdadera riqueza.»

La interpelación del Duque de Almodóvar, en la cual tomaron parte el Marqués de Mochales, que es también productor jerezano, y el catedrático de química Sr. Puerta, ha sido uno de los debates que con más interés ha seguido la Cámara.

Del mismo género que los anteriores y de la misma, si no de mayor importancia, fué el que promovió el Conde de San Bernardo, uno de los grandes propietarios territoriales de España que se dan cuenta de que la prosperidad ó la decadencia de las naciones dependen de la prosperidad ó de la decadencia de su agricultura. Su interpelación al Ministro de Fomento para tratar del estado general de nuestra agricultura y de las reformas que imperiosamente reclama, interpelación que explanó en un discurso breve, sencillo, despojado de pretensiones oratorias, pero inspirado en datos, observaciones é ideas que revelaron un estudio serio de la cuestión y un criterio sólidamente formado, fué oída con gusto por el Congreso y por el Gobierno. Dos cuestiones planteó también el Conde de San Bernardo: la necesidad de estaciones agronómicas que sirvan de enseñanza práctica y de ejemplo permanente á los labradores y la necesidad del catastro, para conocer la verdadera riqueza del país y evitar las injusticias de la tributación. En ambas estamos de acuerdo con el joven Diputado de la mayoría. Es un error, en que la exageración del patriotismo ó la ignorancia nos han hecho incurrir, el creer que España es un país rico porque es un país muy feraz. Nó; Europa produce menos que América, y España menos que la generalidad de las naciones de Europa. En la América del Norte, el terreno está casi virgen; en la vieja Europa, las tierras están esquilmadas. Allí, los labradores tienen abonos naturales poco ó nada costosos; aquí, los abonos son escasos y caros. Allí, suplen la falta de brazos con la maquinaria, que hace más rápido y más económico el cultivo; aquí, las máquinas de labor no están generalizadas. Y claro está que, si la América del Norte produce mucho con poco costo, la competencia de sus trigos, que bien pueden soportar los gastos de trasporte y los derechos fiscales, ha de ser y está siendo ya desastrosa para algunas naciones de Europa.

Casi en la misma relación que Europa, con relación á la América del Norte, á la Australia y aun á la India inglesa, en cuanto al costo de producción y á la importancia de ésta, se halla España respecto de las naciones de Europa. La producción de cereales de Inglaterra está calculada en 24 hectólitros por hectárea, la de Francia en 15, la de Italia en 12, la de España en ocho. Una producción de ocho hectólitros

por hectárea no puede hacer frente á las necesidades del labrador, á la renta y á las contribuciones é impuestos que pesan sobre la riqueza rústica. Es, pues, indispensable acudir al remedio de este mal de que diariamente se está lamentando la clase labradora de Castilla, de Andalucía y de todas partes. Es preciso regenerar nuestra agricultura de modo que la tierra produzca más, con mucho menos costo. ¿Bastará para satisfacer esta necesidad, que todo el mundo siente, porque las quejas llegan á todas partes, la creación de estaciones agronómicas, como propone el Conde de San Bernardo? Escaso nos parece el remedio para un mal tan grave; pero si, por este medio, pudiéramos educar prácticamente á los labradores, demostrándoles las ventajas de un sistema científico sobre la letal rutina, la ventaja de las máquinas, la ventaja de los abonos químicos donde puedan emplearse, la ventaja de saber elegir las semillas más á propósito para cada terreno, ¿quién duda de que las estaciones agronómicas serían grandes centros de civilización y de progreso? La duda que nos asalta, es la de que en España hay que luchar con obstáculos insuperables, nacidos de la falta de policía rural, de la falta de vías de comunicación, de la falta de canales de riego, de la falta de instituciones de crédito agrícola y de la falta de fe de nuestros labriegos que, cuando ven que el Estado les vende sus fincas y los arroja al fondo de la miseria, por no haber pagado la contribución, se abandonan y hacen poco caso de las venturas que les ofrecen los Gobiernos. El remedio, si es que se reconoce la necesidad de aplicarlo, debe ser más enérgico y de más alcance. El propuesto por el Conde de San Bernardo, de cuya interpelación debe estar satisfecho, no es más que un elocuente prólogo.

No debemos pasar inadvertida otra interesante discusión que ha tenido lugar en la Alta Cámara con motivo de la Escuela preparatoria de Ingenieros y de Arquitectos.

El Senador Sr. Bosch y Fustigueras entiende que el Real decreto de 29 de Enero de 1886 creando esta institución docente había sido poco meditado, por que su autor, el Sr. Montero Ríos, no consultó sus opiniones con el Consejo de Estado, ni con el Consejo de Instrucción pública, ni con el Cláustro de Profesores de la Facultad de Ciencias, ni siquiera con la Junta de Profesores de las Escuelas especiales; y de aquí y de las condiciones en que se ha organi-

zado este Centro, partió el Sr. Bosch para interpelar al actual Ministro de Fomento.

Descartado del discurso del Sr. Bosch y Fustigueras todo lo que tiene de pasión política y de espíritu de partido, y fijándonos solamente en su tendencia y en la doctrina que en él expuso, no podemos menos de aplaudirle; porque allí donde oimos proclamar la libertad de la ciencia, la libertad de la enseñanza y aun la libertad profesional, que hasta ella llegó el Sr. Bosch, y donde oimos además deplorar el abandono en que se han dejado en España las ciencias positivas, á las cuales, después de todo, se deben los grandes triunfos de este siglo, creemos oir la voz de la moderna civilización.

El del Sr. Navarro y Rodrigo, contestando al Senador reformista, nos pareció, y este es además el juicio que generalmente ha merecido, notable; porque todo él responde al pensamiento que hoy domina en Europa, en materia de enseñanza oficial; pensamiento que se reduce á dirigir la energía y la actividad de las nuevas generaciones hacia las artes, hacia los oficios, hacia las industrias grandes y pequeñas, hacia el comercio, hacia la agricultura y hacia las profesiones útiles, cultivando las ciencias positivas, para que el progreso intelectual no paralice el progreso material, privando á la sociedad de medios de existencia.

«Yo doy, Sres. Senadores—decía el Sr. Navarro y Rodrigo—toda la importancia debida á los estudios clásicos, que son el recreo y el encanto del espíritu; doy también la importancia debida á la enseñanza de la religión y de la moral en nuestras escuelas y en nuestros institutos... pero, en nuestros dias, es necesario aprender aquellas cosas que no se deben estudiar para saberlas, y diría mejor para olvidarlas, sino para que puedan aprovecharse en el áspero y duro combate de la vida. Desde las escuelas es necesario dar á la enseñanza ese carácter práctico que, creando nuestra independencia, pueda sustraernos á la fatalidad incierta de los acontecimientos y proporcionarnos una especie de salvavidas en esos naufragios tan frecuentes en nuestra agitada y removida sociedad contemporánea... Nosotros hemos pecado en todos tiempos de espiritualistas y de teorizadores. Nos sobran y nos han sobrado en todos tiempos teólogos, abogados, médicos, escritores, oradores, poetas; y es ya indis-

pensable dirigir la energía y la actividad de la juventud hacia todas las profesiones útiles, dignificándolas, levantándolas, enalteciéndolas y protegiéndolas. ¡Ay de los pueblos que no sigan este camino!... Sucumbirán, aunque hayan escrito epopeyas inmortales en la historia del mundo. Sucumbirán, repito, en esta suprema batalla, dada la marcha eminentemente positivista, utilitaria y práctica que sigue nuestro siglo.

»Yo no sé—dijo en otro lugar de su discurso—si será mucho ó poco el tiempo que he de tener el inmerecido honor de estar al frente del Ministerio de Fomento; pero sea mucho ó poco, yo daré por muy bien empleados todo el afan y todos los trabajos que cuesta el estar al frente de un Ministerio de tal importancia, si logro marcar mi preferencia por los estudios de aplicación, por las enseñanzas prácticas y por el cultivo de las ciencias positivas, que ha sido la nota final del discurso del Sr. Bosch.»

Grande es la empresa que el Sr. Navarro y Rodrigo se propone; pero mucho camino llevará andado el día en que la acometa con varonil resolución; porque tendrá de su parte al país entero que ya empieza á comprender que la superioridad de Alemania y de Bélgica y de Holanda y de Francia y de Inglaterra sobre España, depende principalmente de la mala dirección que nuestros Gobiernos han dado á la enseñanza desde hace medio siglo.

La discusión del proyecto de ley de bases para la redacción de un nuevo Código penal, discusión que está á punto de concluir en el Senado, ofrece los más interesantes puntos de estudio. Antes de que empezaran los debates sobre la totalidad, y aun después de iniciados, se dijo que el Sr. Alonso Martínez, haciendo de su obra una especie de dogma cerrado, estaba resuelto á no admitir enmienda alguna y, sin embargo, el Sr. Alonso Martínez, manteniendo su proyecto en lo sustancial, en lo que constituye el fondo de sus convicciones, en lo que cree que es y debe ser criterio jurídico del partido liberal, ha admitido enmiendas y adiciones de todos los lados de la Cámara: de la escuela ultramontana cuya voz ha llevado el Sr. Conde de Canga-Argüelles; de la escuela ultraconservadora, representada desde principios de la Restauración por el Sr. Moyano; de la escuela democrática

cuyas doctrinas ha mantenido brillantemente el Sr. Romero Girón, uno de los más notables criminalistas de esta época; de la escuela liberal-conservadora, en cuyo nombre han terciado en los debates el Sr. Fabié, el Sr. Mena y Zorrilla y el Sr. Silvela; y, por último, de los representantes de la ciencia médica, cuyo derecho á intervenir en la formación de las leyes que definen los delitos y prejuzgan las circunstancias que en ellos pueden concurrir y fijan, por fin, las penas, defendió, con verdadera originalidad, el catedrático de San Carlos señor Letamendi.

¿Ha hecho bien el Sr. Ministro de Gracia y Justicia en admitir estas enmiendas? Nadie lo pone en duda. El Sr. Alonso Martínez, que es un espíritu abierto á todas las luces de la ciencia, á todos los sentimientos de la libertad y á todos los consejos de la recta razón, sabía y sabe que un Código penal no es una ley que responde á necesidades pasajeras de la política, inspiradas en el interés de un partido, sino el arma poderosa de que se vale el Poder público para defender los intereses permanentes de la sociedad; y, teniendo este concepto, mal podía negarse á admitir aquellas modificaciones en que pudieran estar de acuerdo todos los partidos, para que la ley sea obra de todos y producto de la mayor suma posible de representación nacional, y no obra de un Gobierno.

Las enmiendas admitidas no alteran sustancialmente las bases presentadas por el Ministro. La del Sr. Conde de Canga-Argüelles, á la cual se ha querido dar un alcance y un sentido que no tiene, se reduce á que la condición 11.ª quede redactada en estos términos: «Se establecerán sanciones penales eficaces para protejer el culto, sus ministros, las ceremonias y manifestaciones públicas de la religión Católica, que es la del Estado, así como para impedir que se escarnezca públicamente el dogma, sin perjuicio de la tolerancia religiosa, tal como se halla establecida en el art. 11 de la Constitución.» La del señor Moyano, que pedía se impusiera una pena á los que trabajen en días festivos, fué retirada mediante la promesa que el Ministro y la Comisión le hicieron de que quedaría derogado el art. 238 del Código de 1870, que corrige con arresto mayor en su grado máximo á prisión correccional en su grado mínimo al que por la fuerza impida á un ciudadano «abrir su tienda, almacen ú otro establecimiento, ó le obli-

gue á abstenerse de trabajos de cualquiera especie en determinadas fiestas religiosas.» En lugar de este artículo se pondrá otro, *que establecerá una pena contra el que infrinja las ordenanzas que dicten las autoridades administrativas sobre observancia de los días festivos.* La primera de estas enmiendas no tiene más valor que el de afirmar la diferencia que existe entre la libertad de cultos y la tolerancia religiosa; la segunda es poco más que un buen deseo de un ferviente católico, porque, en los tiempos que corren, no creemos que haya muchos Alcaldes que dicten una ordenanza municipal prohibiendo trabajar los días que la Iglesia celebra como festivos, ni muchos Gobernadores que, con la Constitución á la vista, aprueben tales ordenanzas, que podrían ser atentatorias á los derechos individuales; ni creemos, en fin, que esto pueda preocupar á mucha gente.

La base que ha dado lugar á más discusión, ha sido la de los delitos de imprenta. En este punto se manifestó, al principio, el señor Alonso Martínez más prevenido con la prensa periódica de lo que hubiéramos querido verle; pero últimamente, con ocasión de una enmienda presentada por el Sr. Durán y Bas, se ha manifestado tal y como es, tal y como ha sido siempre, defensor de la libertad del pensamiento, pero celoso de las prerrogativas del Poder público, para no dejar á éste desarmado enfrente de un periódico que ofenda á las altas instituciones ó que excite á la sedición y á la rebelión.

La última enmienda del Sr. Durán y Bas, acerca de la cual no hemos de hacer ni el más ligero comentario, decía:

«Serán castigados como delitos graves, ó menos graves, según los casos, los ataques directos ó indirectos que por medio de la imprenta ú otro medio de publicación se dirijan contra la Religión del Estado, la moral, la forma de gobierno, la Familia Real, los principios fundamentales de la organización de la familia y de la propiedad, la conservación del orden público y la disciplina del ejército.»

«En igual concepto serán castigadas todas las formas de expresión del pensamiento que tiendan á hacer nacer ó á mantener y propalar antagonismos ú odios de clase á clase, ó que pongan en ridículo á las personas constituídas en autoridad, ó á clases civiles determinadas.»

Y he aquí cómo la juzgó el Sr. Alonso Martínez:

«Es decir, que se nos propone que erijamos en delito y castigue-

mos como delito, grave, ó menos grave, según los casos, la forma de expresión del pensamiento que tienda á hacer nacer... Señores, esto ya sería inquisitorial. Una prensa, bajo esta ley, no es más que un instrumento en manos del Gobierno, hasta el momento que el exceso de arbitrariedad ministerial provoque una reacción en la opinión y aparezca entonces la prensa clandestina, que hiuque el diente en los que se niegan á que sus actos sean ante la luz pública discutidos y examinados.

»Mañana sale un naturalista tratando de probar á su modo que el globo terrestre tiene 12 millones de años, y gentes que creen que eso no se puede compaginar con el *Génesis* dicen: ataque á la Religión del Estado.

»Mañana aparece un artículo en el que se encarecen las ventajas de la forma republicana en Francia, en Suiza ó en los Estados Unidos; pues según la enmienda del Sr. Durán y Bas, esto constituye un ataque indirecto á la forma de gobierno.

»Así no puede vivir la imprenta. Comprendo lo que hasta ahora se ha pretendido que sea delito: la excitación, la provocación de la imprenta para cambiar la forma de gobierno, empleando la violencia ó la astucia, el fraude ó el dolo; pero no que lo sea la exposición razonada de las ideas, respetando el prestigio y la autoridad de las instituciones. Yo, señores, no voy hasta ahí; lo declaro con franqueza. Yo, que no quiero una prensa licenciosa y anárquica, tampoco quiero una prensa esclava, sino libre; y para que sea libre es menester que se la respete en la exposición mesurada de todas las opiniones, considerándola impecable cuando se limite á ser digno órgano de la inteligencia, y considerándola pecadora cuando se convierta en órgano de las malas pasiones, cuando trate por la violencia, el fraude ó la astucia de conmover la sociedad, de alterar el orden público, en una palabra, de producir ó inducir á ejecución de verdaderos delitos.»

Todavía en las palabras del Sr. Alonso Martínez encontramos algo que el sabio Ministro de Gracia y Justicia debiera suprimir; porque ni la violencia, ni la astucia, ni el fraude, ni el dolo, son armas propias de la prensa periódica; pero no por eso desconocemos que la doctrina del Sr. Alonso Martínez es perfectamente liberal, y que con ella no se menoscaba la libertad del pensamiento.

Y vamos á terminar esta *Crónica* diciendo dos palabras acerca del incidente promovido por la orden del Gobernador civil de Madrid prohibiendo la representación de un episodio histórico, del Sr. Zapata, titulado *La piedad de una Reina.*

En este incidente, que no sabemos si quedaría terminado con la interpelación del Sr. Azcárate, han visto algunos periódicos y algunos hombres políticos, adversarios del Gobierno, la restauración de la previa censura para las obras dramáticas, y nada es tan ajeno y tan contrario como esta suposición á las ideas del Gobierno y singularmente á las del Ministro de la Gobernación. El Sr. León y Castillo que ha consagrado toda su vida á la defensa de la libertad del pensamiento; el Sr. León y Castillo, cuyos triunfos parlamentarios son otros tantos poemas á la libertad de la tribuna, de la prensa, de la reunión, de la cátedra y de cuanto puede ser elemento de civilización y de progreso, no es de los que olvidan su historia y abandonan sus ideas; pero, Ministro responsable de una Reina que la Constitución declara sagrada é inviolable, no podía tampoco dejar de aprobar la disposición que adoptó el Gobernador civil de Madrid, si éste, al conocer la obra, se persuadió de que su representación podía producir un conflicto de orden público. ¿Es que el Gobernador debió esperar á que se hubiera estrenado para entonces prohibirla? ¿Es que la Ley provincial y el Reglamento de policía de los teatros no autorizan al Gobernador para adoptar aquella medida? Todo esto es secundario y pequeño. Lo esencial, lo que no debe perderse de vista, es que en ningún país civilizado se consiente el llevar á la escena los actos del jefe del Estado, ni para aplaudirlos, ni para censurarlos.

El Ministro de la Gobernación habló en defensa de la conducta del Gobernador de Madrid como habla un Ministro que tiene la conciencia de sus deberes; quizá hubiera podido tomar temperamentos menos enérgicos, pero contra estas flexibilidades se revela la unidad de su carácter y la firmeza de sus convicciones. No creemos que el incidente se reproduzca; pero si se planteara de nuevo en las Cámaras, no ha de ser este asunto el que menoscabe la fuerza y el prestigio que tiene en la mayoría el Sr. León y Castillo, antes bien creemos que ha de darle ocasión para recibir nuevas pruebas de confianza y de simpatía; porque la mayoría actual, que es, como hemos

dicho varias veces, muy liberal, pero muy monárquica, no ve en todo este incidente una cuestión de principios, sino un acto de gobierno que en nada contradice la libertad del pensamiento, que nada tiene que ver con la censura previa, y que no ha tenido más fin que el de mantener la armonía entre el derecho del ciudadano y los atributos esenciales del Poder público.

Francisco Calvo Muñoz.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

23 de Febrero de 1887.

Próspera y feliz ha venido muchos años la nación italiana caminando hacia su engrandecimiento, al cual ha llegado de modo rápido y extraordinario, hasta componer parte del Supremo Consejo de Europa, en su calidad de gran potencia. Período extenso y dichoso si se le considera bajo el punto de vista de la paz gozada en el continente guerrero por excelencia, pero brevísimo y sorprendente si nos referimos á la trasformación y resultados obtenidos.

A los sueños más halagadores que pudo tener el desgraciado y animoso Carlos Alberto, han sobrepujado los hechos y las realidades de los últimos tiempos, de tal manera, que si aquel Príncipe volviera á la vida, enloquecería de estupefacción y de delicia. Aquel pequeño Piamonte convertido en nación de primer orden, con Roma por capital, creemos que nunca lo imaginó; y si como pura fantasía pasó por su mente alguna vez, rechazaríala como monstruosa é imposible.

La ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel coronó dignamente una serie de triunfos y golpes grandísimos de fortuna que colmaron la dicha de la dinastía de Saboya y del reino de Italia. Desde entonces esa nación y sus gobiernos han venido dedicados con perfecto acuerdo á la consolidación de su unidad, estudiando y organizando sus rentas, aumentando é instruyendo su ejército, crean-

do una poderosa marina, y lo más principal de todo, han procurado y conseguido dar á la riqueza de su suelo grandísima expansión y desenvolvimiento. Así han trascurrido los años, repetimos, sin ningún contratiempo; haciéndose oir en Europa y en América por su política acertada y por las fuerzas que representa.

Aquel despejado horizonte que sonreía á Italia en sus derroteros por la política exterior, vino á nublarse con la aventura, iniciada por Mancini, de ocupar el puerto de Massonah en el mar Rojo. Este solo hecho se iba dominando, no obstante el disgusto que causaba en Egipto y Abisinia; y así hubieran continuado las cosas, como siguen los ingleses ocupando á Egipto, ganando tiempo y creando raíces; pero tanto los Ministros de Estado y Guerra, como el General Gené, que ocupa á Massonah, concertaron una irrupción á diversos puntos del interior, sufriendo un verdadero descalabro en los desfiladeros de Dangoli.

De este acontecimiento, como saben nuestros lectores, parten la agitación actual en Italia, la crisis ministerial que sufre y los sacrificios que se le preparan en hombres y dinero; pero justo es reconocer que el pueblo italiano ha respondido con entusiasmo á la necesidad que la patria siente de dejar en aquellas abrasadoras tierras íntegro y brillante el honor de su ejército. El problema es espinoso y ocasionado á largas y graves consecuencias; porque bien puede ocurrir que, á semejanza de la vergonzosa derrota é instantánea destrucción que sufrió ante las huestes de Arabi-bey y el ejército inglés, pudiera encontrarse un nuevo Mahdí y una catástrofe como la del infortunado Gordón. Ras-Alula, he aquí el personaje que representa este enigma y el que puede ser una repetición de alguno de los hechos antes citados.

La importancia que envuelve para el porvenir este suceso, ya se ha reflejado en la confusión experimentada por la mayoría del Parlamento italiano y la perplejidad de sus primeros hombres políticos, con quienes el Rey Humberto ha consultado; retardándose, con visibles perjuicios, la solución de la crisis, en cuyo curso han salido á la superficie las enemistades con que cuenta en Roma el Sr. Depretis, recrudecidas y puestas de manifiesto desde el día triste en que leyó el parte de Gené en el Parlamento.

Por efecto de esta descomposición, el Conde de Robilant planteó la crisis, fundándola, en que aquel estado de cosas le despojaba de la necesaria autoridad para, como Ministro de Estado, representar su país é intervenir en los negocios de Europa.

En este trabajo han oscilado las corrientes iniciadas para la solución, desde la continuación de Depretis y Robilant hasta Crispi y Zanardelli, que representan las fracciones más radicales de la Cámara.

En estos momentos, la candidatura probable es la siguiente:

Depretis, Presidencia.

Conde de Robilant, Negocios extranjeros.

Saracco, Interior.

Grimaldi, Obras públicas.

Luzzati, Instrucción pública.

Brin, Marina.

Además, es seguro el nombramiento del Sr. Magliani.

En los días actuales, en que tan grande es la animación de noticias de todo género, las hay también del Vaticano; pero que éstas no traen aparejados ejércitos y escuadras.

Su Santidad León XIII se verá privado en estos difíciles momentos de su sabio Secretario de Estado, Cardenal Jacobini. Este ilustre personaje, tan respetado y querido de los diplomáticos, aquejado de una enfermedad persistente, se retira del despacho de los negocios. Las cartas que vienen del Vaticano afirman que Su Santidad está poseído de un gran pesar: primero, por el mal estado de salud de su antiguo y estimado secretario; y segundo, porque ello priva á la corte pontificia de un valiosísimo elemento.

Es ya cosa resuelta que le reemplazará Monseñor Rampolla, Nuncio de la Santa Sede en Madrid.

Otro suceso, acaecido por estos días en el Vaticano, es la presentación en él y tributo rendido al Santo Padre por el Patriarca armenio, el cual le ha traído ricos presentes, entre los que figura un anillo de gran valor, enviado por el Emperador de Turquía.

Aunque varios periódicos han emprendido la obra de desvirtuar la influencia que ejercen las indicaciones del Pontificado á los electores católicos del Imperio alemán, ésta no puede negarse, y en la pre-

sente contienda electoral serán elegidos muchos representantes que habrán de votar el setenado militar, lo cual no hubiera sucedido á no haber tenido lugar aquellas exhortaciones.

Si unimos estos hechos con los rumores corridos acerca de ciertos propósitos de someter al arbitraje de León XIII algunos de los más complicados problemas de Europa, vendremos en conocimiento del prestigio creciente y la respetabilidad con que es considerada la persona del Pontífice. Si por tal camino se continúa, posible sería que no pocas complicaciones internacionales se resolvieran por el lado provechoso de la paz.

Sigue siendo el Imperio ruso, y sobre todo su capital, San Petersburgo, el más copioso venero de noticias, estupendas unas, contradictorias otras, pero todas de bulto tal que, acompañando á las que surgen de Londres y Berlín, sostienen ese flujo y reflujo, miedos y alegrías en que vive Europa durante un período de tiempo prolongado ya por demás.

Ya en la *Crónica* anterior pudimos hacer referencia á la conspiración que parecía descubierta en San Petersburgo, y no lo hicimos temiendo que el estado de los ánimos y el afán de comunicar noticias de sensación hubiera dado á aquello un carácter de gravedad que no tenía.

Después de la quincena, y vista la insistencia con que nos comunican los descubrimientos de conspiraciones que allí se suceden, cumpliremos el deber de dar cuenta de ello á nuestros lectores.

Cada día se le da distinto carácter á los trabajos perseguidos en Rusia. Unos lo atribuyen al elemento nihilista, que se propone la muerte del Czar y la destrucción de cuanto existe de los organismos actuales en aquella sociedad.

Otros lo consideran como de la iniciativa socialista, cuya bandera no es tan negra como la de los anteriores.

No falta quien estima estos manejos promovidos y alimentados por clases elevadas que desean un cambio de sistema hacia el régimen constitucional; añadiendo que cuenta con algunos miembros de la familia imperial, para el caso de que el Emperador Alejandro se niegue á hacer concesiones en aquel sentido.

Es indudable que el elemento reformista de Rusia va tomando incremento, y de día en día se nota en aquella sociedad la influencia que ejercen las teorías constitucionales y sus partidarios. La intransigencia del Emperador, encerrado en su círculo autocrático, sin la más pequeña concesión de las que exigen los tiempos presentes, va creando allí un malestar tan grande y un trabajo subterráneo y de conspiración constante, hasta el punto de que esos delirios y odiosidades profundas que manifiesta el radicalismo no encuentran tantas antipatías é inconvenientes como fuera de esperar, dadas sus exageraciones. Así es que la situación de Rusia, ya se mire por lo que se refiere á su política exterior, ya por el movimiento que se nota en la interior, está llamada, en un porvenir no lejano, á ofrecer acontecimientos de grandísima importancia.

Ya se encuentran entre los conspiradores personas de distintas clases sociales, lo cual demuestra cómo van ganando terreno las ideas reformistas, á que el Czar pretende poner una barrera insuperable.

La situación de Francia no ofrece novedad extraordinaria en la presente quincena. Sin embargo, no deja de ser extraño que el recargo sobre los cereales, que en estos momentos agita el país, esté combatido por tres Ministros de ese mismo Gobierno que patrocina la medida. Las comarcas esencialmente agrícolas se quejan de la falta de protección á su trabajo, porque persiguiendo, persiguen el ideal del libre cambio, se ha ido hasta un punto en que aquellas trabajosamente sostienen la concurrencia.

Los centros fabriles y manufactureros, como igualmente la industria y el comercio en general, prescinden de esas compensaciones y equilibrios y piden el pan barato, venga de donde quiera.

En esta lucha y en tan grande labor se ocupa hoy el pueblo francés. La circunstancia de mantenerse en el Gobierno los tres Ministros antes citados, tiene para nosotros una grande significación, cual es la de que tanto desean y estiman la cohesión y seriedad en el Gobierno que, ni aun tan distinta manera de apreciar el asunto les obliga á formular una crisis.

Continúan siendo un tanto tranquilizadoras las noticias que cir-

culan, á excepción de algún chispazo belicoso que de vez en cuando se nota.

No cabe duda que se ha llevado á los ánimos mayor tranquilidad, la cual existe y aumenta por el deseo de paz que tienen los pueblos. Mas, á pesar de todo esto, los empréstitos, armamentos y preparativos se escuchan por todas partes. El pacífico Imperio austriaco, en la parte de Hungría que menos iniciativa tiene en la política internacional, se prepara para los acontecimientos y, reconociendo la necesidad de no permanecer en la inacción, se ha presentado un proyecto de ley al Parlamento húngaro pidiendo créditos que le permitan mover sus milicias en la primera ocasión. Y para que nuestros lectores se penetren de la desconfianza que se siente hasta en los más tranquilos países, allá va un trozo del preámbulo con que aparece el proyecto de ley aludido:

«Cometeríamos una grave falta si, en presencia de las medidas que adoptan todos los Estados de Europa en el desarrollo de su poderío militar, permaneciésemos inactivos para armar y, en caso necesario, poder emplear la landsturm (milicias locales).

»Nuestros intereses nos obligan á desenvolver nuestras instituciones de una manera pacífica, y el Gobierno austro-húngaro se esfuerza en trabajar á favor del sostenimiento de la paz.

»Esto, no obstante, debemos, como todo Estado que no quiere renunciar á sus vitales intereses, estar preparados para, en caso necesario, hacer los mayores sacrificios en defensa de la monarquía austro-húngara, á fin de que no nos sorprendan los acontecimientos.»

Estas palabras revelan los graves temores y fúnebres presentimientos que abrigan las grandes potencias, al par que el deseo de eludir la responsabilidad de una inmensa catástrofe, que amenaza de algún tiempo á esta parte los destinos de la vieja Europa, y cuyas consecuencias nadie es capaz de precisar.

Ramón García Galván.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La querida, novela en dos tomos, original de Jules Claretie, versión castellana de Angel de Luque.

Esta novela francesa es de las pocas que han traspasado los Pirineos trayéndonos una lección moral.

Su estilo es muestra clara de su procedencia; naturalidad en las figuras y realismo en los caracteres, aunque un tanto exagerados los sentimientos. Claretie huye del sermoneo que á nada conduce y hace monótonas las obras; pocas veces toma la palabra; sus personajes lo dicen todo, y deja al lector que juzgue de los argumentos que, para atacar ó defender el vicio, exponen los actores de la novela.

Aunque el asunto no es original, está tratado de tal forma, que lo más común ó vulgar parece una creación.

La lucha del vicio y la virtud, representada por Lea y Mauricio respectivamente, constituyen la esencia del novelesco drama que existe, drama que ha tomado carta de naturaleza en la generación moderna.

Mauricio, modelo de esposos y padre amantísimo, es arrancado de las puras felicidades de la familia por Lea, prostituta depravada en la elección de medios para esparcir su perversión, y astuta y sagaz en su modo de atraer.

La novela está desarrollada con suma facilidad y llena de detalles minuciosos, que revelan á Claretie como uno de los novelistas que han estudiado con más esmero las diferentes clases de la sociedad.

La versión castellana es digna de la obra; está hecha tan hábilmente, que no ha perdido en nada el sabor traspirenáico, y ha ganado en mucho las bellezas de nuestro idioma, que con asombrosa facilidad maneja el traductor D. Angel Luque.

Réstanos sólo decir que *La querida*, es una novela de fondo esencialmente moral, aunque su título parezca resumen de una serie de impúdicas escenas, y pueden sin miramiento alguno encantarse en su lectura cuantas personas lo deseen.

LA CONFESIÓN DE UN HIJO DEL SIGLO, por A. de Musset, traducción de Ricardo Gil.

El Cosmos Editorial ha publicado una nueva novela de A. de Musset, que se titula *La confesión de un hijo del siglo.*

Como todas las publicadas por esta casa editorial, la que nos ocupa es interesante y está llena de pasajes curiosísimos, aunque el asunto, lo mismo que los tipos que presenta su autor nos sean sumamente conocidos.

El protagonista de esta novela es el Werther de Goethe; el mismo tipo, moralmente considerado.

Octavio, que así se llama, es muy joven cuando empieza á sufrir las vicisitudes de la vida, y se siente contrariado por diferentes pasiones.

Como Werther, sueña, y como él va de episodio en episodio, unas veces alegre y lleno de ilusiones, y las que más, triste y con la duda por toda esperanza.

La vida de Octavio, como la de Werther, estaba dedicada exclusivamente al amor, y ambos luchaban con el imposible.

Carlota era casada, y su estado no le permitía acceder al cariño de Werther; la amada de Octavio era una loca, mejor dicho, un arcano, porque en el cerebro de aquella mujer tantos y tan encontrados pensamientos tenían cabida, que con una rapidez asombrosa pasaba de la tranquilidad al delirio, del amor al odio y de la pureza á la lascivia.

Esta fué la primera mujer que pudo inspirar á Octavio un amor tan puro como funesto.

Werther tenía un amigo de madura reflexión que le aconsejaba el bien, para apartarlo así del fin que preconcebía.

Desgenais, el amigo de Octavio, si bien se revela en la primera parte de

la novela como individuo razonable y conocedor del mundo, aparece más tarde como escéptico y pesimista. De aquí lo erróneo de sus consejos y la enrarecida atmósfera en que Octavio se agitaba.

Resulta, pues, que entre el protagonista de esta obra y el de la otra tan conocida existe una notable analogía, como dejamos sentado en un principio; pero los tipos están perfectamente hechos, el asunto es interesante y la versión castellana digna de su autor, D. Ricardo Gil.

En resumen, la obra es una mezcla de realismo é idealismo que merece ser conocida.

Dos cuadros sinópticos.—*Teoría del tiro.*

El Remingthon, modelo de 1871, aparece á la cabeza de esta lámina, constituyendo como una segunda línea de marco; la tercerola, también de 1871, y el mosqueton de ingenieros, forman las segundas líneas á derecha é izquierda del cuadro, y en el centro aparecen, muy artísticamente colocadas, todas las piezas principales y secundarias que componen el actual armamento de nuestra infantería.

Acompaña á este esmeradísimo dibujo una explicación muy clara y muy concisa del cañón, la caja del mecanismo, guardamonte, extractor, percutor, muelle real, obturador, palanca de retenida, muelle de esta palanca, disparador, llave que sujeta los ejes, escuadra, apoyo, caja, aparejo, cantonera, baqueta, abrazaderas, casquillo, doble baqueta, rosetas, base, anilla, bayoneta, tercerola, alza, mosquetón y cartucho de guerra.

La línea de tiro, el ángulo que forma con la de mira y la curva del trayectorio, constituyen el centro de este importante cuadro, que ha sido dedicado al General D. Fernando Primo de Rivera.

Divisas y condecoraciones militares.—Las divisas de todas las diferentes clases del Ejército y Armada, aparecen distribuídas en dos columnas laterales y dos grandes líneas, cabeza y base del cuadro. En el centro están las condecoraciones, y en los márgenes derecho é izquierdo una sucinta explicación de las cruces de *María Luisa*, *Isabel la Católica*, *San Hermenegildo*, *San Fernando*, *Beneficencia*, *Carlos III*, *Emulación científica*, *Corona de Prusia*, *Calatrava*, *Santiago*, *San Juan*, *Alcántara*, *Cristo de*

Portugal, *Montesa*, *Mérito Militar* y *Mérito Naval;* y de las medallas *Tales*, *Alfonso XII*, *Cuba*, *Sufrimiento por la patria*, *África*, *Tunas*, *Almería*, *Puerto Rico*, *Joló*, *Madrid*, *Papa*, *Carraca*, *Legión de Honor* (francesa), *Militar* (id.), de *Alcalde*, de *Juez* y *Toisón*.

Este cuadro está dedicado al Ejército y Armada

El autor de estos dos tan excelentes como utilísimos trabajos es D. Antonio Quesada y Yáñez, Alférez del batallón Depósito de Santander, y verdaderamente admira de una parte su gran aplicación, y de otra el arte con que ha sabido exponer gráficamente todas las piezas del arma actual de infantería y las principales condiciones y leyes del tiro. La exposición de las divisas y condecoraciones acusan, de igual modo, uno de esos estimables trabajos de condensación y clasificación que, después de hechos, parecen sencillos, pero que son, en realidad, muy difíciles.

Reciba, pues, el ilustrado Oficial nuestros sinceros plácemes, por una obra que le captará de seguro una seria estimación de sus jefes y un mayor y más respetuoso aprecio entre sus compañeros.

Publicaciones varias.—*El Cosmos Editorial* no cesa de poner á la venta obras y más obras, todas de conocidos escritores, y á medida que las va publicando van haciéndose más populares los volúmenes de su recreativa biblioteca.

La última obra que tenemos á la vista se titula *La conquista de Plassaus*, debida á la pluma del reputado Zola.

Todos conocen á este notable escritor, tan combatido por unos como aplaudido por otros. El autor de *Nana* se ha hecho tan popular en España como en Francia. Sus obras han corrido de unos en otros, leyéndose con verdadero deleite, y las ediciones se han agotado con la premura que el público las buscaba.

Zola, como todos los escritores, tiene su estilo, y éste le presenta ante las personas timoratas como el *coco* de la virtud, como el *ángel malo* que todo lo destruye.

El autor de *La conquista de Plassaus* no es eso ni mucho menos; es el novelista que escoge por asunto la naturaleza, la virtud y el vicio, y todo ello lo encarna en personajes cuyas condiciones son falsas

Echa á reñir á la naturaleza con el deber, á la virtud con la pobreza y al vicio con el dinero, resultando de esta batalla ese mónstruo que llaman los moralistas *naturalismo descarnado*.

La conquista de Plassaus lleva el sello de fábrica, es decir, tiene el corte de todas las obras de Zola, y se distingue por el interés y la sencillez de la trama.

Las escenas resultan un poco subidas de color, y esto obedece á que la situación y condiciones de sus personajes hacen decir la verdad de lo que en la vida práctica sucedería á cualquiera que en el mismo caso se encontrara.

Esto no es motivo para tratar á Zola como chavacano y desmoralizador.

El estilo es elegante; casi toda la obra está dialogada; no recarga las descripciones, que por bien hechas que esten cansan al lector, distrayéndole del asunto principal de la obra.

Esta novela se distingue también por el movimiento y animación de sus capítulos. La pluma de Zola parece el volante de una maquinaria intrincada que hace mover á infinidad de ruedas; no decae en un punto; tiene en juego á multitud de personajes que todos hablan y se mueven; el que calla obra, y de esta manera el interés de la novela no decae un solo instante.

El éxito alcanzado por la producción de Zola, prueba el interés con que se leen todas las debidas á su inagotable ingenio.

Hemos recibido los dos primeros tomos de *Diálogos de salón*, debidos á la pluma de D. Fernando Martínez Pedrosa.

Esta obrita es una colección de poesías representables y escenas sueltas, escritas con facilidad y salpicadas de chistes.

El tercero y cuarto tomos se publicarán muy en breve.

PROPIETARIOS:

JOSÉ LUIS ALBAREDA. L. A. RUIZ MARTINEZ.

DIRECTOR:

FRANCISCO CALVO MUÑOZ

ÍNDICE DEL TOMO CXIV

NÚMERO 450

Páginas.

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA.—*Alemania*, por **don Servando Ruiz Gómez**, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas..... 5
EL HUMORISMO, por **D. Conrado Solsona**..... 35
EL PROGRESO Y EL PAUPERISMO.—*Ley del progreso humano*, por **D. Francisco Molina Salmerón**..... 46
EL TEMPLO DE ESCULAPIO EN ATENAS, por **D. Bernardino Martín Mínguez**..... 68
EL PROYECTO DE LEY SOBRE SERVICIOS POSTALES MARÍTIMOS, por **D. Antonio García Alix**..... 79
FILOSOFÍA DE LA MISERIA, por **D. F. J. J. Benlloch**..... 85
LA PEÑA DEL ARROYO, por **D. Felipe G. Mauriño del Valle**..... 100
CRÍTICA LITERARIA, por **D. Leopoldo García Ramón**..... 118
TOMÁS CAÑIZARES.—(*Cannizzaro, poeta siciliano políglotо*), por **D. Blas Leoncio de Piñar**..... 129
CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. Francisco Calvo Muñoz**.... 136
CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR, por **D. Ramón García Galván**..... 145
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS..... 152

NÚMERO 451

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA.—*Austria-Hungría*, por **D. Servando Ruiz Gómez**, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas..... 161

Páginas.

SUCESOS DE 1820 Á 1823, por **D. Ramón Santillán** 186
EL POSITIVISMO, por **D. Nicolás del Alamo** 208
ESTUDIO HISTÓRICO DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL ANDRÉS LAGUNA, por **D. Joaquín Olmedilla y Puig** 220
FILOSOFÍA DE LA MISERIA, por **D. F. J. J. Benlloch** 250
EL INCENDIO DEL ALCAZAR DE TOLEDO.—*Impresiones de un viaje rápido á la imperial ciudad*, por **D. José Zahonero** 268
LA LITERATURA ESPAÑOLA EN 1886, por **D. Vicente Colorado** ... 283
CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. Francisco Calvo Muñoz** 295
CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR, por **D. Ramón García Galván** 305
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS 315

NÚMERO 452

APUNTES SOBRE EL NUEVO ARTE DE ESCRIBIR NOVELAS, por **don Juan Valera**, de la Academia Española y Ministro plenipotenciario de España en Bruselas 321
LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA.—*El Reino de Italia*, por **D. Servando Ruiz Gómez**, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas 343
ESTUDIO HISTÓRICO DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO ESPAÑOL ANDRÉS LAGUNA, por **D. Joaquín Olmedilla y Puig** 369
LOS PARTIDOS EN FRANCIA, por **D. M. de Toro** 403
FILOSOFÍA DE LA MISERIA, por **D. F. J. J. Benlloch** 415
LA MISIÓN DE EUROPA, por **D. Manuel de Azcárraga** 435
REVISTA LITERARIA.—«*Dos fanatismos*,» *drama de D. José Echegaray*, por **Orlando** 451
CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. Francisco Calvo Muñoz** 460
CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR, por **D. Ramón García Galván** 467
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS 475

NÚMERO 453

LAS SEIS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA, por **D. Servando Ruiz Gomez**, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas 481

Páginas.

La reforma de la enseñanza agronómica, por **D. Francisco de Asís Pacheco** 510
Un literato suabo y dos poetas sirios, por **D. Juan Fastenrath** 541
Estudio histórico de la vida y escritos del sabio español Andrés Laguna, por **D. Joaquín Olmedilla y Puig** 548
Filosofía de la miseria, por **D. F. J. J. Benlloch** 569
Las Rentas estancadas en España, por **Un Hacendista** 589
Boceto del natural, por **D. E. de Lustonó** 603
Crónica política interior, por **D. Francisco Calvo Muñoz** 611
Crónica política exterior, por **D. Ramón García Galván** 625
Notas bibliográficas 631

AP
60
R4
t.114

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY